



ARQUITECTURA,
URBANISME
I EDIFICACIÓ



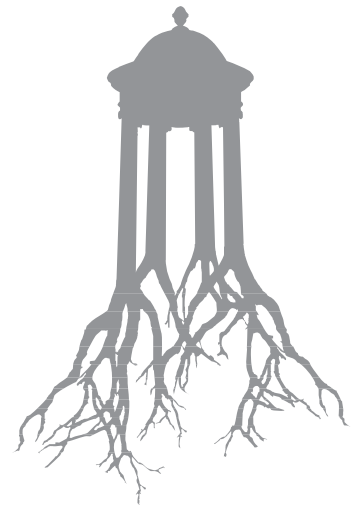
UNIVERSITAT POLITÈCNICA
DE CATALUNYA
BARCELONATECH

→ **UPCGRAU**

Zaida Muxí Martínez

Antología de pensamientos feministas para arquitectura →





UNIVERSITAT POLITÈCNICA
DE CATALUNYA
BARCELONATECH



iniciativa
digital politècnica
Publicacions Acadèmiques UPC



UPCGRAU

Antología de pensamientos feministas para arquitectura →

Zaida Muxí Martínez, coord.

Daniela Arias Laurino, Mar Bartolomé Narbón
Tania Magro Huertas, Magda Melara Orellana
Marta Serra Permanyer, Mireia Simó Higuera
Luciana Pellegrino

Primera edición: marzo de 2022

- © Zaida Muxí Martínez, 2022
 - © Iniciativa Digital Politècnica, 2022
- Oficina de Publicacions Acadèmiques Digitals de la UPC
Jordi Girona 31,
Edifici Torre Girona, Plant 1, 08034 Barcelona
Tel.: 934 015 885
www.upc.edu/idp
E-mail: info.idp@upc.edu

DL: B 6038-2022
ISBN:978-84-9880-966-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista en la ley.



Agradecimientos

Este trabajo ha sido realizado en etapas: en una primera, el grupo formado por Tania Magro Huertas, profesora del DTHATC-ETSAB-UPC, Marta Serra Permanyer profesora del DTHACTC-ETSAV-UPC, y yo misma, Zaida Muxí Martínez, profesora del DUOT-ETSAB-UPC, junto con la doctora arquitecta Daniela Arias Laurino y la magíster Magda Melara hemos realizado la selección de textos basándonos en una encuesta sobre textos imprescindibles entre compañeras profesoras y expertas, y nuestro propio conocimiento. Se ha establecido un arco temporal que empieza en 1961 con el libro de Jane Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, y termina en 2011, considerando que a partir de ese momento han eclosionado las publicaciones derivadas de la cuarta ola feminista, que generan una amplia bibliografía comercialmente asequible.

En la segunda fase del trabajo, consistente en la búsqueda de los permisos, el volcado de los textos y la maquetación de la publicación, han trabajado la arquitecta Luciana Pellegrino y las estudiantes de máster habilitante de la ETSAB Mireia Simó Higuera y Mar Bartolomé Narbón.

Agradecemos especialmente a las autoras y editoriales citadas en este libro que amable y desinteresadamente han accedido a la publicación de fragmentos de su obra. Asimismo, nos sentimos en la obligación de expresar nuestra sorpresa por la negativa de algunas editoriales a otorgar autorización de material en muchos casos descatalogado, para incluir en una publicación como esta: colectiva, de descarga gratuita y dirigida a la comunidad académica.

Agradecemos a la UPC que nos otorgara la ayuda a la mejora docente 2019 por la incorporación de la perspectiva de género en las enseñanzas politécnicas.





Índice

Agradecimientos.....	5
Introducción.....	11
CONCEPTO Y MARCO	16
Interdisciplina y teorías feministas: un camino por recorrer <i>Daniela Arias Laurino y Zaida Muxí Martínez</i>	19
Los discursos sobre los espacios privado y doméstico <i>Soledad Murillo</i>	23
Los liderazgos entrañables: el horizonte de las rupturas <i>Marcela Lagarde</i>	29
Educación feminista para una conciencia crítica <i>bell hooks</i>	45
La acumulación de trabajo y la degradación de las mujeres. La devaluación del trabajo femenino <i>Silvia Federici</i>	51
El sujeto en el feminismo <i>Rosi Braidotti</i>	61
El feminismo latinoamericano: cartografía preliminar <i>María Luisa Femenías</i>	71
El derecho de uso de la ciudad basado en el género. Lo privado y lo público en la teoría de Lefebvre <i>Tovi Fenster</i>	85
El vínculo crítico entre género y ciencia <i>Diana Maffía</i>	95
Los aportes de las afrodescendientes a la teoría y la práctica feminista: desuniversalizando el sujeto mujeres <i>Ochy Curiel</i>	119
Ecofeminismo para otro mundo posible <i>Alicia Puleo</i>	129

HISTORIA 140

¿Por qué la historia importa?
Daniela Arias Laurino 143

Las mujeres en la arquitectura americana. Una perspectiva histórica y contemporánea
Susana Torre..... 147

Historia e historiografía
Marina Waisman..... 153

Enmarcando a los insurgentes. Histogramas para la planificación
Leonie Sandercock 159

Modernidad y domesticidad: tensiones y contradicciones
Hilde Heynen 183

La importancia de los espacios de género urbanos en el ámbito público
Daphne Spain 201

Escribir la historia de las mujeres
Michelle Perrot 215

URBANISMO 224

Ciudades, espacios, género, feminismos
Magda Melara Orellana 227

¿Cómo sería una ciudad no sexista? Especulaciones sobre la vivienda, diseño urbano y empleo
Dolores Hayden 239

Espacio, lugar y género
Doreen Massey 245

Hábitat urbano y políticas públicas. Una perspectiva de género
Ana Falú y Liliana Rainero..... 253

Promesas o progreso: las mujeres y la planificación
Clara Greed..... 263

Las infraestructuras para la vida cotidiana
Inés Sánchez de Madariaga..... 281

Movilización de las mujeres y mecanismos de participación
Anna Bofill 287

La gestión del tiempo y el espacio de la vida cotidiana en el contexto nórdico
Liisa Horelli 295

Ciudad próxima. Urbanismo sin género
Zaida Muxí Martínez 305

Ancianos en la ciudad
María Ángeles Durán 317

La movilidad desde una perspectiva de género en Cataluña
Carme Miralles Guasch 327



¿Qué aporta la perspectiva de género al urbanismo? <i>Col·lectiu Punt 6</i>	341
--	-----

ARQUITECTURA	358
---------------------	------------

Poderosas resonancias. Legados y preguntas hacia una arquitectura de la descategorización <i>Marta Serra Permanyer</i>	361
El derecho de la mujer a un entorno propio. Manifiesto <i>Leslie Kanes Weisman</i>	369
Sexismo y el 'star system' en arquitecturaarquitectura <i>Denise Scott Brown</i>	375
El proceso creativo <i>Labelle Prussin</i>	385
El sexo de la arquitectura. Introducción <i>Diana Agrest, Patricia Conway, Leslie Kanes Weisman</i>	397
Vida cotidiana y "otros" espacios <i>Mary McLeod</i>	401
Las mujeres y la construcción de la casa moderna: una historia social y arquitectónica (introducción) <i>Alice T. Friedman</i>	413
Manual de recomendaciones para una concepción del entorno habitado desde el punto de vista del género <i>Anna Bofill, Isabel Segura, Rosa Maria Dumenjó</i>	431
Frentes de batalla E.1027 <i>Beatriz Colomina</i>	443
Dos cromosomas X en la arquitectura moderna <i>Carmen Espejel</i>	453

Anexo	464
--------------	------------

Línea de tiempo 1: Hitos y olas de los feminismos	466
Línea de tiempo 2: Recopilación de textos de aportes feministas	468
Línea de tiempo 3: Aportes feministas reunidos en esta publicación	470
Bibliografía sugerida complementaria (2011- actualidad)	473



Introducción

Este trabajo surge del convencimiento de la importancia que supone la incorporación de la perspectiva de género como categoría analítica y metodológica para abordar la realidad, así como las teorías y prácticas feministas para la reconsideración crítica del entorno que habitamos, del proyecto y de la teoría.

Habitamos un entorno de pensamiento, social y físico androcéntrico y patriarcal que ha generado un sistema de conocimiento falsamente neutral y que ha dejado fuera las aportaciones de las mujeres a lo largo de la historia, y esto es una omisión que la sociedad ya no puede permitirse.

En este momento de crisis sistémica se hace aún más necesaria la incorporación de las voces críticas que acompañan este libro, así como una revisión compleja de las bases del conocimiento.

La antología surge como respuesta a la constatación de la falta de conocimiento que se tiene, desde las carreras técnicas en general y desde la carrera de arquitectura en particular, de estas otras voces con enfoque de género. Negación y falta de interés, avalado por el sistema sociocultural hegemónico sobre el que descansa la academia, acerca de las aportaciones del movimiento y los pensamientos feministas a la concepción y a la revisión espacial y social.

A pesar de lo avanzado en cuanto a igualdad y visibilización de las mujeres, sorprende seguir escuchando comentarios y viendo actitudes fruto del desconocimiento en las escuelas de arquitectura: que si la aplicación de la perspectiva de género o del feminismo son modas; que si se trata de un hombre que respeta a las mujeres hará lo mejor para ellas y por ello no necesita saber más; que un trabajo de investigación histórica que revisa críticamente con enfoque de género la construcción de la historiografía moderna es considerado ajeno a la historia de la arquitectura. La inacción frente a las demandas de estudiantes o el reconocimiento desvergonzado del desconocimiento sobre las aportaciones de las mujeres, son solo algunos comentarios de estos dos últimos años. La lista es larga, por ello creímos necesario realizar este breve compendio de textos que puede ser útil para reflexionar en la enseñanza y los aprendizajes de la arquitectura.

Los textos seleccionados forman parte imprescindible del acervo del pensamiento feminista. Aunque no están todos, sirven como inicio y esperamos sirva para animaros a continuar en esta búsqueda tan apasionante como imprescindible.

Para construir nuevos andamiajes es necesario cuestionar las presunciones y conocimientos que nos han traído hasta aquí. No hay nada más emocionante que el viaje del conocimiento basado en preguntas y dudas sobre lo que nos ha venido dado, por ello esperamos que nos permitáis acompañaros en el vuestro a partir de esta selección.

Zaida Muxí Martínez

Si bien las reivindicaciones feministas no son algo reciente, en los últimos años ha crecido su relevancia en el ámbito global. Hoy en día todas las disciplinas están siendo atravesadas de forma crítica y transversal por la perspectiva de género. Dentro de los campos del urbanismo y la arquitectura urge la tarea, compleja y necesaria, de seguir desentramando las lógicas patriarcales con las que han sido y continúan siendo configuradas las ciudades y los espacios que habitamos. Esta publicación condensa el aporte de varias autoras conformando un cuerpo teórico que evidencia la conexión que existe entre el espacio, el género y las relaciones de poder. Ya no es posible seguir afirmando que el feminismo no presenta relevancia para la práctica arquitectónica.

Ha sido un placer participar de esta publicación, considero que el material aquí recopilado es una gran contribución, en su profundidad y volumen, a nuestra disciplina. Colaborando en esta edición me he encontrado con textos valiosísimos que tuve el placer de conocer, revisar y resignificar. He dimensionado el gran esfuerzo colectivo y generoso de muchas pensadoras feministas (ninguna de ellas se atribuye la autoría exclusiva de sus aportes) hacia la construcción de una genealogía propia que permita visibilizar los aportes de las mujeres y poner en cuestión las formas tradicionales del conocimiento.

Espero que quienes lo lean valoren y disfruten este material que condensa, desde distintos enfoques y disciplinas, los aportes del feminismo para interpelar y desvelar las relaciones de poder, al tiempo que puede inspirar prácticas transformadoras en la arquitectura y en la sociedad en general.

Luciana Pellegrino

“¿No sabéis quien es Richard Meier? ¿Cómo podéis ser tan ignorantes? ¿Tampoco conocéis el edificio One Charles Center de Mies? ¿Pero qué os enseñan en esta escuela? ¿Al menos sabréis que opinaba Le Corbusier del concepto de monumento? ¡Sois una panda de estúpidos! ¿Y os consideráis arquitectos? ¡No podéis ser arquitectos sin conocer La Arquitectura, con mayúsculas! ¡Inútiles! Os conformáis con la mediocridad. ¿Cómo podéis conformaros con ser tan mediocres?”

Este sermón, por muy hostil que parezca, se repite como un mantra cada día en las escuelas de arquitectura aun a día de hoy. Puede que con los años los nombres hayan ido modificándose, pero el mensaje se mantiene inmutable: existe una arquitectura, que es La Arquitectura, la buena, la de los genios y a la que todos debemos aspirar como arquitectos. Arquitectos, en masculino, porque basta con recordar las clases de historia recibidas durante la carrera para percatarse de que, salvo en contadas excepciones, La Arquitectura, con mayúsculas, pertenece solo a arquitectos hombres, blancos, heterosexuales y, mayoritariamente, adinerados.

No solo eso, sino que, de manera inherente a este discurso, aparecen la competitividad insana, la falsa convicción de que, si no se es el o la mejor, se ha fracasado o la cultura de la explotación laboral, entre tantas otras patologías que caracterizan a la figura del arquitecto. Enfrentarse a este discurso, rebatirlo en defensa de una disciplina arquitectónica más colectiva y más amable es el único camino posible para cuidar y mejorar nuestra calidad de vida como estudiantes y profesionales; pero, también, la de las personas que habitan nuestras ciudades y edificios, merecedoras de espacios pensados para vivir bien en ellos, en lugar de para saciar el ego de sus arquitectos y arquitectas.

Este libro nace como herramienta combativa ante el discurso del star system, hegemónico y patriarcal, bajo el que se rige la arquitectura. Las autoras de sus textos son la viva voz de que existen otras formas de hacer y ver la arquitectura, y de que han existido a lo largo de la historia a pesar de que se las haya querido acallar. Con el deseo de aportar nuestro granito de arena en este viaje hacia una profesión arquitectónica más inclusiva y diversa, os deseamos una feliz y estimulante lectura.

Mireia Simó Higuera

La historia de la arquitectura y el urbanismo es bien amplia y está claro que en las pocas horas de clase que tenemos en la universidad no se pueden cubrir todos los movimientos habidos. Sin embargo, con el tiempo me he ido dando cuenta que el temario que aprendemos viene muy condicionado por los intereses del profesorado, que en la mayoría de los casos es ajeno —por desconocimiento o convicción— a la perspectivas de género en la arquitectura y el urbanismo.

En este libro se hace una revisión de la historia para volverla a presentar en clave feminista, dando visibilidad a todas aquellas mujeres que por varias razones han quedado silenciadas a lo largo de este relato. Recuperando su voz, damos la posibilidad de crear un futuro relato en el que la perspectiva de género no sea tratada como una “moda” o un complemento simple que se añade a las características de un proyecto al que queremos poder llamar inclusivo.

Parece que finalmente hemos llegado al punto en que tanto estudiantes como profesorado nos damos cuenta de la relevancia de este concepto y queremos entender a qué se refiere; porque realmente ¿a cuántos de nosotros nos han hablado de feminismo a lo largo de la carrera? ¿Alguna vez en proyectos o urbanismo os han corregido sobre este punto de vista? porque a mí no, y entonces es cuando una llega al máster y se da cuenta de que hablar de feminismo y de perspectiva de género es como hablar de un concepto que todos sabemos que debemos considerar, pero del que poco sabemos. Gracias a participar en este recopilatorio de textos, de ayudar a traducir algunos, releer palabras de tantas autoras, las infinitas notas de pie que hacen referencia aún a más mujeres de las que nadie me había hablado nunca, que entiendo que el papel de la mujer va mucho más allá que el de cuidadora y el rol doméstico. Una enseñanza que incluya el rol de la mujer en casa, y fuera de ella, como sujeto y también constructora del espacio público y privado, para poder ver la arquitectura y el urbanismo como una herramienta de inclusión, en vez de simplificar esta profesión compleja a través de la voz casi única de hombres blancos heterosexuales, genios solitarios que viven ajenos a esta actividad coral que es la arquitectura.

Mar Bartolomé Narbón



VICUS
DEMAND
CENTRES
TY

UP
FROM
UNDER
WOMEN
UNITE
TORONTO LESBIAN COUNCIL





Interdisciplina y teorías feministas: un camino por recorrer

Daniela Arias Laurino y Zaida Muxí Martínez

Repensarnos individual y colectivamente desde los feminismos implica abordar la realidad compleja para reconstruirnos desde pensamientos y prácticas diversas. Lo personal es político, como apuntaba el lema del movimiento estudiantil y de los feminismos resurgidos a finales de los años sesenta. Por ello el pensamiento feminista, amplio en reflexiones y aportaciones que revisan el pensamiento patriarcal, sexista y androcéntrico, abre una puerta ilimitada de oportunidades para resituarnos desde los distintos lugares, físicos y simbólicos, en que nos desarrollamos como personas y como profesionales.

Los feminismos, al igual que otros movimientos, han generado pensamiento y acción, teoría y práctica. Hablamos de feminismos en plural porque es un movimiento heterogéneo y no se conforma como un cuerpo de ideas cerrado. Esto se debe a que su lucha contra el sexismo se instaura dentro de la compleja trama social y como movimiento político integral aborda cuestiones de orden jurídico, ideológico y socioeconómico, y expresa la lucha de las mujeres contra cualquier forma de discriminación.

Por lo tanto, la epistemología feminista se inscribe en la realidad social. No puede desligarse del contexto, porque el feminismo sea cual sea su manifestación busca promover cambios en las relaciones sociales, y el fin último del conocimiento científico debería ser, consecuentemente, la transformación y mejora de la sociedad. Como afirma bell hooks, las primeras mujeres que forjaron la teoría feminista lo hicieron a partir del análisis del sexismo como estrategia para cuestionar el patriarcado, así como nuevos modelos de interacción social; así, en sus inicios, la meta de la teoría feminista era explicar a mujeres y hombres cómo funciona el pensamiento sexista y cómo podríamos cuestionarlo y cambiarlo.

De cara a transformar los paradigmas establecidos en la enseñanza, tal y como señala Rosi Braidotti resulta indispensable conocer e interpretar las bases de nuestra cultura occidental en las que se asientan las diferencias. La dicotomía sexual establecida y que sitúa a las mujeres en el lado de la diferencia, entendida esta como alteridad, 'diferente de', ha puesto históricamente a las mujeres en desigualdad de condiciones y también en inferioridad respecto de los hombres. Así, la ciencia y la filosofía, insertas y reflejo de la sociedad, han descrito la naturaleza femenina dentro de un genérico "mujer", que como expresa Diana Maffía, la ha ubicado, desde el origen mismo de la ciencia, en un lugar diferen-

ciado y jerárquicamente inferior al del hombre. El vínculo crítico que desbroza Maffía entre género y ciencia explora cómo las jerarquías de estas diferencias entre hombres y mujeres siempre han sido desventajosas para el mismo género y cómo a distintas escalas y tareas científicas respaldaron y consolidaron una desigual repartición de los roles.

Para el análisis feminista la cultura patriarcal bebe de este sistema binario, que como señala Braidotti es un sistema que ha codificado los sujetos en términos sexuales de acuerdo con la más antigua de todas las dicotomías: varón/mujer. En este sentido, la tesis de Silvia Federici ilumina la otredad en la que se ha inscrito a las mujeres, poniendo el acento en la división sexual del trabajo, la acumulación del mismo y la degradación de sus cuerpos. La autora señala cómo se produce por parte del Estado la privación de control de las mujeres de sus propios cuerpos (físicos y psicológicos) ultrajando la maternidad a la condición de trabajo forzado y confinándolas a los trabajos reproductivos. Enfatiza, además, que este rol impuesto que confinó a las mujeres al trabajo reproductivo era desconocido en sociedades anteriores.

En una línea similar pero enfocada al espacio en que se desarrolla la producción doméstica y de cuidados de personas dependientes de manera cotidiana, están las reflexiones realizadas por Soledad Murillo en "Los discursos sobre los espacios privado y doméstico", las cuales giran en torno al sujeto mujer como responsable de su organización. Uno de los conceptos fundamentales que desarrolla la autora es cómo el espacio doméstico "como tierra de nadie" asegura su invisibilidad y depreciación social. Esto, como plantea la doctora en planeamiento y profesora de geografía Tovi Fenster, implica la negación del derecho de uso incluso en el ámbito "privado". A partir de relatos de mujeres la autora desarrolla cómo la casa puede ser un espacio impugnado para la mujer, donde se hagan evidentes los abusos de los derechos de uso y participación. Por lo tanto, el derecho a la ciudad y a los espacios públicos, así como el derecho a participar en la toma de decisiones, debería empezar en el ámbito del hogar.

Siendo la reproducción social un factor clave en la división sexual del trabajo y, por lo mismo, en las relaciones de dominación y subordinación entre los sexos, el desprecio por estos espacios, expresa Murillo, no ha perdido actualidad. Este es, el depreciar el espacio de reproducción social. Este espacio doméstico va más allá de los límites del hogar y trasciende la serialidad de tareas o la reproducción biológica. Es, para Murillo, una actitud, más que una tarea, enfocada al mantenimiento y cuidado del otro. Así, el sujeto (mayoritariamente mujer) no se percibe "autorreflexivamente" sino en función de cubrir las necesidades afectivas y materiales de otras personas.

Pero los sujetos también están estructurados, además de por la construcción del género, por muchas otras variables igualmente poderosas, de las cuales

las más importantes son el género, la raza, la etnia, el origen o la clase. Es a partir del cruce de estas identidades que el enfoque interseccional estudia los diversos modos de opresión y discriminación. En este sentido, la filósofa María Luisa Femenías explica cómo el feminismo latinoamericano entraña características propias, a la vez que complejas, y cómo a pesar de sus diferencias, tanto geográficas como económico-culturales, existe cierta unidad en los reclamos a partir de experiencias compartidas. En *El feminismo latinoamericano: cartografía preliminar*, la autora reafirma cómo el feminismo latinoamericano tiene algo que decir en propia voz, mediante aportaciones resignificadas fruto de realidades, experiencias y necesidades propias.

El concepto de patriarcado, cardinal para la teoría feminista, que examina la dominación masculina es incompleto si no se cruza con las particularidades, con aquellas experiencias dentro de las cuales la raza, la clase o la sexualidad juegan un papel indiscutible de las relaciones sociales. En esta línea, Ochy Curiel explora los aportes de las afrodescendientes a la teoría y la práctica feminista. Desde un discurso esperanzador y conciliador, la autora abre el panorama de enfoques y propuestas considerando que el aporte del feminismo negro, las visiones tercermundistas, postcolonialistas, etc. han completado y reconceptualizado una teoría y una práctica feminista que la aleja cada vez más del etnocentrismo y el racismo. La tarea que queda pendiente, señala Curiel, es que todas las personas feministas, hayan sido racializadas o no, de diversas clases y posiciones sociales aborden todos los sistemas de opresión que afectan a todas las mujeres. Solo de esta manera el feminismo será una propuesta completa y transformadora.

De cara a ocupar nuevos sitios de referencia y aplicar otras maneras y valores, en la enseñanza (pero también en la esfera comunitaria, personal o política) hace falta repensar los liderazgos. Como menciona Marcela Lagarde, hace falta hacer una triple ruptura política para avanzar: Romper con los modelos heroicos que fomentan la desigualdad y el sacrificio de las mujeres; romper con el carácter abnegado, de soportar opresiones, al que la autora se refiere como martirio; y finalmente, la ruptura con la omnipotencia propia de la tradición moderna. Para alcanzar estos liderazgos entrañables a los que hace referencia Marcela Lagarde, hay que romper con el concepto de que las mujeres podemos con todo, con las cargas a la vez que con los avances. Este concepto de *superwoman* es, como explica la autora, la propuesta del liderazgo neoliberal y patriarcal actual.

Si aspiramos a repensar la arquitectura y el urbanismo desde nuevas coordenadas, nuevas reglas de juego, tal como dijo Audre Lorde en 1979 “Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo”, habrá que ampliar los enfoques, las perspectivas y categorías de análisis. Por ello, antes de abordar textos dirigidos o que provienen de áreas de conocimiento específicos, proponemos una selección de textos del marco amplio del feminismo para construir nuevos andamiajes. El movimiento feminista del futuro, nos señala bell hooks,

tiene que incorporar la educación feminista como algo significativo para todos y todas. Esta necesidad que plantea la autora de una educación feminista para una conciencia crítica, surge de la falta de un movimiento educativo de masas que alcance a toda la población. Esta carencia, explica hooks, permite que los medios de comunicación de masas patriarcales sigan siendo el espacio principal de conocimiento sobre feminismo, y la mayor parte de lo que se aprende en ellos es negativo.

La ausencia de una genealogía propia o consolidada que traspase las fronteras de activistas, hombres y mujeres, feministas, es aún una tarea pendiente y lo es más aún en el campo de la arquitectura y el urbanismo. Los textos que hay a continuación trazan genealogías de pensadoras para el justo reconocimiento de las herencias, valores imprescindibles en la construcción de un saber feminista que nos acompañe en este camino de cambio iniciado hace siglos y aún por recorrer. A pesar de lo negativo de la falta de reconocimiento y de la necesidad de seguir luchando, son esos mismos factores que nos entrelazan y nos fortalecen, en el pasado, presente y futuro. Pensarnos otras pero definidas por nosotras mismas, no creer lo que de nosotras han querido decir desde el patriarcado, el androcentrismo y el machismo, sino repensarnos y repensar el mundo a construir, al que evidentemente están invitados todos los hombres si quieren jugar reglas de real igualdad y respeto.



Los discursos sobre los espacios privado y doméstico

Soledad Murillo



Soledad Murillo (1956) es socióloga feminista, investigadora y política española. Doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y profesora titular del Departamento de Sociología y Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Salamanca, donde en 1998 promovió el seminario de estudios de la mujer e impulsó el primer doctorado de género. En sus investigaciones como socióloga destacan sus trabajos sobre el análisis del tiempo de hombres y mujeres en cuanto a las tensiones que genera compatibilizar mercado de trabajo con vida familiar, donde analiza por qué es un problema femenino y no masculino dicha conciliación, así como la investigación sobre el asociacionismo en las organizaciones de mujeres.

Fragmento seleccionado de Soledad Murillo (1996). *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI (pp. 6-12).

EL ESPACIO DOMÉSTICO. LA TIERRA DE NADIE

Ulises engañó al Cíclope tomando el nombre de Nadie. Gracias a este sólido camuflaje pudo perforar su único ojo; con tal suerte que, quienes interrogaron al Cíclope sobre su agresor, obtuvieron como respuesta su nombre. A medida que el herido denunciaba a su enemigo llamándole Nadie, éste aseguraba su invisibilidad.

Más allá de un mero juego de metáforas, me gustaría llamar la atención sobre esta paradoja, por analogía con el caso que nos ocupa. Lo doméstico, si bien resulta imprescindible para un crecimiento integral de todos los individuos, sufre una persistente depreciación social. Escasas son las voces que reclaman otorgar al trabajo doméstico el lugar que se merece, a pesar de integrar un importante volumen de horas dedicadas a la producción doméstica. En otras palabras, la producción cotidiana de bienes y servicios, a la que se suma el cuidado de personas dependientes.

Decir “doméstico” es inherente a la existencia de un sujeto “responsable” de su organización. La realización de tareas no equivale, de ningún modo, al ejercicio de la responsabilidad. Lo habitual es que se coopere, pero la lista de la compra precede a la adquisición de alimentos. Pensar en las tareas y adjudicarlas es propio de la función responsable. Numerosos estudios empíricos han supuesto una decisiva aportación en la estimación del trabajo doméstico al demostrar su dimensión de trabajo no monetarizado. María Ángeles Durán fue la primera en introducirse en un hogar para reflexionar sobre él, sus objetos, sus tiempos y sus protagonistas.¹

Si por un lado se constata la proliferación de análisis encargados de la definición del espacio doméstico, aportando una exhaustiva relación de todas las tareas domésticas, desde su duración (tiempos de ejecución) hasta su incidencia en la vida cotidiana; por otro lado, persiste una obstinada invisibilidad social, lo que no deja de ser sorprendente, porque la reproducción no es solo un concepto, implica permitirle al otro subsistir, ayudarle física y afectivamente en su crecimiento, estímulos de los que no nos está dado prescindir. La reproducción forma parte de una dicotomía, producción-reproducción (trabajo remunerado y doméstico). En uno recaen todas las marcas de prestigio: concede autonomía, otorga poder de decisión y, como veremos en las experiencias que relatan las mujeres trabajadoras, se convierte en una indudable fuente de autoestima. Frente al trabajo remunerado, la reproducción es inseparable de toda biografía, pero tan cercana a la experiencia que corre el riesgo de cotidianizarse. ¿Quién piensa en el trabajo doméstico como generador de recursos? Su práctica diaria le ha rebajado a la categoría de rutina, y esta, por definición, no reporta nada extraordinario.

1 María Ángeles Durán Heras (dir.). *De puertas adentro*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1988 (nota de las editoras).



El espacio social valida la objetividad frente a la subjetividad. Solo adquiere protagonismo una producción concebida para el desarrollo de una sociedad articulada por los verbos: *pensar, calcular, saber*, mientras que el mundo de la vida se devalúa sin remedio frente a la sagrada noción de progreso. El reino de la necesidad, de la subsistencia —más que del lado de la cualidad— se sitúa como simple contingencia: lo que atañe a los sentidos, a la mediatez de la reproducción. Simone de Beauvoir toma dos conceptos de Hegel, inmanencia y trascendencia, como cualidades que constituyen la representación del universo masculino —como productor— y del femenino —como reproductor. No se trata de diferentes asignaciones, porque en ellas subyace una poderosa jerarquía. La reproducción biológica, tan cercana a la naturaleza y tan propensa a la repetición, no invoca significado alguno: “Engendrar, amamantar, no constituyen actividades, sino funciones naturales”.² Carece de valor que tenga o no hijos, su género la vincula a la maternidad, decida o no ser madre, porque será nombrada como función y no como opción personal. Quedará así atrapada en el universo de los instintos, donde no hay posibilidad de desviarse del rumbo marcado por la naturaleza.

Bajo este supuesto se articularán otras esencias femeninas. Este esquema desautoriza al individuo, y destierra con él sus asuntos privados. La maternidad, lejos de pertenecer a la madre y “sus circunstancias”, es legislada por otros sujetos —médicos, sacerdotes, juristas—, no por las propias mujeres, que se sienten legitimados para imponerla o condenarla, según estuviera inscrita, dentro o fuera, del contrato matrimonial. El pensamiento humanista es el encargado de la deconstrucción de lo “supuestamente natural”. Fernando Savater defiende la riqueza de este significado y resalta su aportación: “El humanismo ha consistido principalmente en cuestionar y problematizar los sucesivos modelos de esencia humana tratados tradicionalmente como evidentes”.³

Acudir a la experiencia y no devaluar el universo natural son dos operaciones arriesgadas, especialmente en una sociedad dispuesta a revalidar la naturaleza, siempre que se asocie a tiempo libre, pero cicatera en relación a las prácticas de atención y cuidado. Mientras lo femenino se asocia a naturaleza, lo masculino logra asegurar su entidad en la medida en que se separa de ella. Sus actos se desprenden radicalmente de la condición animal: “civilizarse” equivale a conquistar la naturaleza. Sólo aquél con capacidad para enfrentarse al medio adquirirá la soberanía: “No es dando la vida, sino arriesgando la propia como el hombre se eleva sobre el animal” subraya Simone de Beauvoir.

Se podría pensar que la fuerza de estos procedimientos se ha debilitado con la progresiva racionalidad científica y social. No obstante, la insistencia en jerarquizar

2 Simone de Beauvoir [1948]. *El segundo sexo*. Madrid, Aguilar, 1981, pp. 76-77.

3 Fernando Savater, *El humanismo impenitente*. Barcelona, Anagrama, 1990, p. 87.

zar y, por lo tanto, en depreciar el espacio de reproducción social no ha perdido actualidad. La reproducción es un factor clave en la división sexual del trabajo y, por lo mismo, en las relaciones de dominación y subordinación entre los sexos. La construcción simbólica de vincular la naturaleza a la reproducción ha pervivido sin apenas sufrir transformaciones importantes.

Siguiendo mi definición de la domesticidad más allá de las cargas familiares y el estado civil. Su contenido estaría más próximo a *una vinculación específica y sustentada por un aprendizaje de género*. Por ello, *lo doméstico no se estrecha en los límites del hogar, es más una actitud encaminada al mantenimiento y cuidado del otro*. De esta manera ampliamos su acepción, que trasciende la serialidad de tareas o la reproducción biológica. En otras palabras, cuando *un sujeto no se percibe autorreflexivamente y, en cambio, está atento a cubrir las necesidades afectivas y materiales de otros sujetos*.

Lo doméstico parece vinculado a la vida familiar, pero este concepto es demasiado amplio para conformarnos con una definición clásica: pareja (padre y madre), hijos o hijas. Si los estilos de vida cambian al ritmo de las sociedades avanzadas, la domesticidad parece permanecer ajena a las transformaciones sociales. Algunos ejemplos facilitarán la comprensión de la domesticidad como una actitud más que como una tarea. En una pareja bisalarial, la profesión del varón, su movilidad geográfica o su administración del tiempo se valoran “en primer lugar”, anteponiéndose a las ambiciones o deseos de la mujer. Una mujer que viva sola y tenga un empleo remunerado será reclamada por su familia de origen para acudir en el caso de enfermedad de la hermana, la madre u otro familiar, en cambio sería inusual, en las mismas condiciones, reclamar a un hermano varón. La intención de responder a las necesidades de los otros, olvidando las propias, se agudiza cuando el hogar se compone de hijos e hijas, hasta agravarse en el caso de que haya personas mayores dependientes.

LO DOMÉSTICO, EL ESPACIO DE LAS “INACTIVAS”

Los indicadores sociales relativos a definir el trabajo interpretan como inactivas (¡Aun hoy!) a aquellas mujeres dedicadas exclusivamente a la esfera doméstica. Valorar un trabajo intenso, carente de horarios y sin cuyos resultados sería imposible la supervivencia, no representa una simple omisión. Lo que sucede dentro de casa simplemente no se ve, se da por supuesto y, en muchas ocasiones, por obligatorio.⁴ Los indicadores sociales únicamente se ven abocados a dar cuenta

4 La compleja relación entre trabajo doméstico y economía es visible en las reflexiones de María Ángeles Durán, Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns. Para empezar una compilación interesante en C. Carrasco (ed.). *Mujer y economía*, Barcelona, Icaria, 1999. Y pensando en los sistemas de mediciones fiscales se sitúa toda la obra de Paloma Villota. P. Villota e I. Ferrari, *La individualización de los derechos fiscales y sociales en España. Un modelo alternativo*. Madrid, Instituto de la Mujer, 2000.

del trabajo de la mujer allí donde resulta imposible ocultar su visibilidad (especialmente en comunidades agrarias). En estos casos, se sigue fielmente el derecho de familia al ser integrado como el concepto de “ayuda”, que la esposa necesariamente presta en la propiedad privada familiar. Esta confrontación refuerza la parcialidad del concepto de actividad, reabsorbida en las redes del parentesco e inserta en el espacio doméstico. El Estado interviene en la regulación de la reproducción social a través de la legislación familiar, concretamente del derecho privado (estipula herencias, titularidades, en suma, el derecho de familia). Existe una estrecha relación entre la naturaleza de las relaciones de parentesco y las condiciones económicas, en ellas hombres y mujeres no disfrutaban de la equiparidad necesaria.

Productividad irá indisolublemente unida a actividad pública, y quien no participe de esta regla quedará imbuido en el ámbito doméstico conforme al dominio productivo sobre el reproductivo. Prueba de ello son los vestigios que rigen el patrimonio, las titularidades, o procesos de transmisión en relación directa con la propiedad privada. De acuerdo con esta dimensión, resulta absolutamente importante revisar determinados códigos civiles en cuanto a la propiedad se refiere. En sociedades contemporáneas se activan unas cláusulas de derecho patrimonial que, amparándose en los imperativos legales existentes, contienen elementos discriminatorios. Sobre este punto reflexiona André Michel:

¿Cómo explicar que hoy en día la mujer sea la heredera de su esposo en igualdad de condiciones que sus hijos [...] que los miembros colaterales tengan derecho a la herencia del cónyuge fallecido, como no sea que la vieja regla del derecho romano respecto a los bienes *paterna paternis, materna maternis*, sigue aún en vigor?⁵

Por si no fuera suficiente, la teoría neoclásica del trabajo refuerza, a partir de su definición final de estructura económica, lo que la representación social convierte en norma; la medición de las unidades domésticas queda sencillamente ignorada, María Ángeles Durán, como especialista en economía no monetaria, señala: “Lo que no tiene sentido es la exclusión de las unidades domésticas — en cuanto a sector— del análisis macroeconómico, puesto que ellas constituyen la mitad de la estructura”.⁶

Es evidente que la ciencia, como la economía, sabe sostener los vacíos de sentido. Se trata de un acto de designación y, como tal, constituye una referencia

5 André Michel [1972], *Sociología de la familia y del matrimonio*. Barcelona, Península, 1974, p. 32.

6 María Ángeles Durán (1988). “La integración de las economías domésticas en el sistema económico global”. M. Á. Durán *et al.*, *De puertas adentro*, Madrid, Instituto de la Mujer, p. 142. Recientemente un monográfico sobre economía no monetaria, coordinado por la autora, evidencia los sesgos en las estimaciones sobre el valor del trabajo. En *Política y sociedad*, n.º 19, Madrid, 1995.

a la vez que una exclusión: solo aquellos individuos que figuren como trabajadores directos en el proceso productivo serán incorporados a los indicadores sociales, cuyo objeto es medir las regularidades, los *patterns* de las estructuras. El prototipo de trabajador productor escapa a la definición de aquel sujeto que presenta por la concepción de la domesticidad— una plena disposición para el otro, procurándole afectos o cubriendo sus necesidades. Una serie de servicios no traducibles en términos productivos, sino diluidos en el ritual del don, de la gratuidad, se adaptan a la regla social del significado: “hogar”,⁷ como si en él no aconteciera explotación alguna.

En un estudio realizado sobre la “Mujer salmantina”,⁸ pudimos comprobar cómo las mujeres, con alguna presencia en el espacio público (asociaciones de mujeres o vecinales), acudían con mayor regularidad a los servicios de salud, que aquellas dedicadas en exclusiva al trabajo doméstico. Sus cargas familiares les impedían sustraer un mínimo tiempo para ellas. El espacio doméstico devora cualquier plusvalía de tiempo, ante el cual es muy difícil hacer valer actividades que no reviertan en la familia. Pero todos estos elementos serían impensables de no verificarse la división sexual del trabajo.

7 El “mandato cultural” es otra respuesta para explicar la asunción completa sobre la supremacía del compromiso hacia el hogar y la familia. Véase Rose Laub Coser y Gerald Rokoff (1971). “Women in the Occupational World: Social Disruption and Conflict”. *Social Problems*, n.º 18, pp. 35-54.

8 Me refiero al macroestudio interdisciplinar, a instancias del Departamento de Sociología para el Ayuntamiento de Salamanca, sobre “Las condiciones económicas y sociales de la mujer salmantina”; tanto en los resultados cuantitativos como en los cualitativos se observan importantes diferencias entre las mujeres que interaccionan con el espacio público y aquellas que su universo solo es el hogar, tanto en el autocuidado como en la extracción de un tiempo privado.



Los liderazgos entrañables: el horizonte de las rupturas

Marcela Lagarde



Marcela Lagarde (1948) es política, académica, antropóloga e investigadora mexicana, especializada en etnología y representante del feminismo latinoamericano. Es catedrática de la Universidad Nacional Autónoma de México y asociada fundadora de la Red de Investigadoras por la Vida y la Libertad de las Mujeres. Siendo activista y teórica, se ha dedicado al estudio antropológico de la condición femenina y ha realizado diversas publicaciones y libros que tratan temas como cautiverio, cuidado, sexualidad, amor, poder y autonomía de las mujeres, trabajo, violencia, subjetividad, religión, derecho, maternidad, sororidad, etc.

Fragmento seleccionado de Marcela Lagarde (2000). *Claves feministas para liderazgos entrañables*. Managua: Puntos de encuentro (pp. 68-79).

La participación política, todo esto de estar confrontadas permanentemente con aspectos del mundo en los que no encajamos, estar confrontadas por personas, por instituciones, no contar con un mundo a favor, nos permite observar —a quienes hemos estudiado los fenómenos de liderazgos de mujeres— que hay crisis de los liderazgos y desgastes personales muy agudos en las mujeres que están permanentemente en la línea, trabajando por una causa.

Para enfrentar este trueno, que explotemos, que nos sintamos mal y nos desgastemos, pero también para evitar la discontinuidad en los liderazgos, la cooptación y la enemistad entre las mujeres, quisiera señalar algunas cosas puntuales. Antes traté de nombrar problemáticas políticas de los liderazgos femeninos que quiero repetir: desgaste, truenos en la política o la participación, truenos en la vida privada y la discontinuidad de los liderazgos de mujeres. Cuando hacemos estas historias vemos que, a veces, las mujeres entramos y salimos de los liderazgos cansadas y extenuadas porque no tenemos las condiciones para seguir, por agotamiento.

La discontinuidad es otro fenómeno. La entrada/salida, la pérdida de experiencia, poder insertarse nuevamente y carecer de apoyos familiares para continuar en los liderazgos son algunos de los muchos problemas políticos que enfrentan las lideresas. En cambio, los hombres están apoyados socialmente para mantener los suyos. Hay funciones afectivas y simbólicas de las mujeres esposas, madres, hermanas, amigas entre las que se cuenta apoyar el desarrollo de los liderazgos de sus esposos, de los hijos y los otros hombres. Pero las mujeres no contamos con esos apoyos familiares, sociales o políticos en las instancias donde actuamos y eso produce discontinuidad. Vemos cómo lideresas importantes y adecuadas desaparecen del escenario político como ovnis y tres años después aparecen nuevamente en otro espacio, otro sitio, o tratando de recolocarse. La discontinuidad es característica de los liderazgos de las mujeres. Algunas han tenido continuidad porque han tenido un sustento estructurador muy importante como partidos, organizaciones, movimientos, o han tenido apoyos familiares, de pareja, de comunidad, de colectivo.

También la cooptación es uno de los problemas más complejos de los liderazgos femeninos, un fenómeno de la política. Cuando alguien es cooptado significa que ha sido tomado por el bando opuesto, una institución, grupos o movimientos a los que no pertenece y acaba defendiendo ideas políticas contrarias, antagónicas y paradójicas con los principios que suponía defender.

En los liderazgos masculinos la cooptación tradicional es uno de los mecanismos de ascenso y de jerarquización de los hombres. Ellos usan este tipo de recursos como los antiguos pueblos centroafricanos o los pueblos cazadores y recolectores de todas partes del mundo; cooptar al enemigo da más fuerza a quien lo hace. Los jíbaros, que reducían las cabezas de sus enemigos, no redu-

cían cualquier cabeza; como son pueblos cazadores y guerreros las cabezas más preciadas eran las del enemigo más temido. Esta idea de que al tomar al otro se toma su espíritu o se posee su fuerza es muy típica de sociedades guerreras. En la historia, los pueblos prehispánicos tomaban a los otros y los mataban para que el sol renaciera cada mañana y no los abandonara. Entonces, imaginemos esta conciencia de tomar al otro hasta la muerte como una conciencia de empoderamiento increíble. Afortunadamente las mujeres no tenemos esa conciencia y tampoco necesitamos destruir a nadie para tener poder.

COOPTACIÓN, ENEMISTAD Y SUPREMACISMO

Pero podemos ser cooptadas cuando participamos en la política sin conciencia de género. A veces ni siquiera tienen que cooptarnos, fuimos educadas en ella para avalar valores que nos destruyen, relaciones de poder que nos enajenan y para avalar el lugar tradicional de las mujeres en el mundo. Hay mujeres políticas en la sociedad civil, en el estado y en los gobiernos, cooptadas desde una perspectiva de género, reivindicando formas de oprobio para las mujeres o impidiendo el desarrollo personal y colectivo de las mujeres; ahí hay una cooptación histórica, pero por sometimiento, por opresión. Y desde luego las mujeres que no han tenido la oportunidad de conocer otras opciones no hacen más que cumplir con aquellas cosas para las que fueron educadas, formadas y para las que llegaron a esos espacios de poder.

Otra forma de cooptación dolorosa y complicada se produce cuando los liderazgos que queremos impulsar para el desarrollo alternativo, para la búsqueda de otras opciones de vida, cambian a posiciones distintas y abandonan la lucha. Muchas mujeres son cooptadas porque no tuvieron la suficiente formación de género, por fatiga ideológica, porque no tienen argumentos suficientes para apoyar sus intuiciones, sus deseos, sus anhelos y finalmente cualquiera las calla, cualquiera les da mejores argumentos, y las convence de que no tienen la razón. También pueden ser cooptadas por falta de recursos, de argumentos, por falta de discurso y por falta de apoyo o sustento social, porque los grupos que las posicionan en el liderazgo después las desamparan. Son dos vías de cooptación muy claras: la primera es que encuentran apoyos en otras opciones, quien las legitima y las avala, y la segunda, que alguien de pronto cambie su posición.

El abandono es otra forma de cooptación. Las mujeres dejan de luchar y participar porque no pueden asumir toda la carga de vida que tienen, y regresan a una situación prepolítica. Hay mujeres que dicen: “decidí retirarme de la participación porque tengo problemas familiares, porque tengo personas enfermas, porque tengo hijos e hijas adolescentes que me necesitan y no puedo con todo esto”. Este tipo de cooptación es muy dolorosa y dramática porque habiendo tenido los recursos, habiendo pasado las pruebas, se pierden para el capital simbólico político de la causa.

El último tema, que frecuentemente está entre nosotras, es el de la enemistad. Es una de las políticas patriarcales y por eso no es natural. Se produce como rivalidad competitiva porque es fomentada social y culturalmente; y si no le ponemos un aleo, nadie lo va a hacer. Nadie está interesado en que las mujeres tengamos acuerdo, encuentro, sintonía. Al contrario, tienen la urgencia de que nos confrontemos, que mostremos que pensamos diferentes, y que tenemos posiciones antagónicas. La sociedad y la cultura contemporáneas fomentan la rivalidad entre las mujeres y las sobreponen a la competencia patriarcal tradicional. En otras palabras, nosotras vivimos la superposición de la competencia tradicional de las mujeres tradicionales. Debemos competir para ocupar un lugar mínimo en el espacio, para ser reconocidas por los hombres, para realizarnos a través de los vínculos patriarcales. La competencia es estructural al patriarcado, uno de los ejes en sus relaciones de poder. Expresado de otra forma, la competencia es el producto de relaciones de poder entre mujeres, relaciones para ser elegidas por los hombres, reconocidas, aceptadas, incluidas en algo. Pero también se debe a relaciones de poder de clase entre las mujeres, porque entre nosotras hay relaciones clasistas marcadas por todo ese oprobio; eso posibilita que entre nosotras se desarrolle la desconfianza, el rechazo, la hostilidad, la animadversión e incluso la agresión.

Además, entre las mujeres las diferencias de clase están marcadas por relaciones de poder de clase, de estrato a estrato, de subgrupo de clase a subgrupo de clase, y desde cualquier cultura tradicional política se exagera la confrontación de clase. Las culturas conservadoras y de derecha consideran que las clases sociales son consustanciales a lo histórico, a lo humano. Consideran que las personas de una clase no tienen que ver con las de otra clase y que hay una supremacía natural de clase; y las mujeres no somos ajenas a esas ideologías y culturas de clase, a esas formas de vida. Entonces, si entre nosotras media la enemistad clasista, la desconfianza clasista, y además tenemos relaciones personales de clase, las cosas se agudizan mucho más. Que cada una de nosotras tenga relaciones de clase con otras mujeres propone alternativas muy importantes que desmontan esa estructura. Por eso el feminismo es radical, porque el género toca todas las relaciones de opresión, y en la búsqueda de una ética distinta entre nosotras, inmediatamente nos damos cuenta que también debemos enfrentar esas desigualdades del clasismo en nuestras sociedades.

Quiero mencionar que las relaciones de enemistad también se fundan en el racismo. Nuestras sociedades poseen múltiples estructuras de poder y desigualdad, algunas son de género, otras son de clase, de casta o de raza; y entre las mujeres que pertenecen a grupos raciales y étnicos distintos con desigualdades históricas, se ha internalizado una cultura racista. Necesitamos enfrentar el racismo para enfrentar la enemistad entre las mujeres, necesitamos enfrentar el adultismo, el juvenilismo, infantilismo y el viejismo no porque no hay —la vejez es desvalorizada porque no hay supremacía de vejez, en la sociedad moderna

las personas viejas son desechos, en otro tipo de sociedades las personas viejas acumulan la experiencia, son libros de sabiduría abiertos, tienen otros valores, aquí somos críticas de la modernidad que desecha a las personas viejas, somos críticas de la modernidad que desecha y excluye a las mujeres adultas. Entonces, una clave para enfrentar la enemistad entre las mujeres es enfrentar todo tipo de supremacismo, ya sea de edad, étnico, de clase, político, ideológico, lingüístico o cualquier otro tipo.

Los liderazgos de mujeres también están insertos en relaciones enajenantes de poder entre las mujeres. No se trata solamente de cambiar el mundo, de luchar y que algunos hombres o instituciones se opongan. Se trata también de que necesitamos un territorio de igualdad entre nosotras y necesitamos construirlo con urgencia. Sin embargo, ocurre que nuestros liderazgos se desenvuelven con obstáculos racistas e intelectuales, y con confrontaciones muy enemistosas entre las mujeres. Después volveré sobre el tema, pero quiero mencionar algunas características para que nuestros liderazgos sean entrañables.

LA TRIPLE RUPTURA: HEROÍSMO, MARTIRIO Y OMNIPOTENCIA

Necesitamos hacer una triple ruptura política para poder avanzar. La primera es una ruptura ética con la tradición que llama e iguala el liderazgo al heroísmo, con la tradición que considera que para que un liderazgo sea fuerte, bueno y reconocible debe ser heroico. En América Latina tenemos tradiciones culturales políticas muy fuertes que consideran el heroísmo como un valor y una virtud. No podemos seguir permitiéndonos el heroísmo porque es un atentado contra la calidad de vida de las mujeres, contra su integridad y su vida.

Los modelos políticos heroicos no ayudan en el avance de las mujeres porque implican el sacrificio y, al tratar de desmontar la opresión, tenemos que desmontar la cultura sacrificial de género que padecemos las mujeres. Por eso las ideologías heroicas son incompatibles con algunas de nosotras, no con todas, necesitamos convencer a más. Los estragos que la virtud heroica ha provocado en el liderazgo de las mujeres son observables.

La segunda ruptura que debemos hacer es romper con la tradición patriarcal del martirio femenino. El martirio no implica acumulación de poderes sino aguante al dolor, al sufrimiento, a la pérdida, a la renuncia, al daño; es más, para que haya martirio tiene que haber daño, sufrimiento y pérdida. Con algunas de mis alumnas antropólogas de las religiones hemos hecho investigación sobre las mártires en diferentes religiones y es interesante encontrar por qué son mártires y por qué son valoradas: por el aguante a la opresión de género, entre otras cosas. Por ejemplo, en mi país valorarnos mucho la abnegación de las mujeres. Es una virtud femenina pase lo que pase, hagan lo que hagan. Es una lealtad a toda costa, una adhesión incluso a quien te daña. Y eso que pasa en México no ayuda a las

mujeres en ninguna parte del mundo, porque conduce al martirio y se identifica por valorar a través del daño, el sufrimiento, la pérdida, o vivir como que no pasa nada. Lo que ha impactado la cultura política de las mujeres, sobre todo las que se han incorporado a procesos que no tenían una perspectiva de género, ha sido una combinación sutil entre heroísmo y martirio. Ese sincretismo político no nos favorece, no lo queremos.

La tercera ruptura es con la tradición moderna. Nosotras hacemos una crítica enorme a la tradición moderna patriarcal de las *superwoman*. Son las mujeres que pueden con todo y además si tienen que arrasar con todo, lo hacen. Esa es la propuesta del liderazgo neoliberal, patriarcal y muy moderno, de punta y de vanguardia. Implica asumir la doble carga de vida de las mujeres como si no pasara nada; asumir la doble jornada casi pidiendo una tercera porque no nos hemos cansado. Implica ser retadoras con el mundo porque los obstáculos nos parecen pocos. El liderazgo de *superwoman* es una exacerbación de la omnipotencia y prepotencia femenina.

Voy a esquematizar, pero estas tres tendencias están presentes en los liderazgos de las mujeres, a veces ni siquiera están separadas. Como antropóloga, trato de ver tipos teóricos pero la verdad es que están revueltas o nos dan por épocas de la vida. Un tiempo tenemos la de *superwoman*, luego una de martirio y pasamos a una heroica, o si no, por la tarde somos la heroica, en la noche la mártir y al llegar el sábado estamos hechas talco. Todos son mandatos, estereotipos basados en valores y en formas de ser mujer que se promueven entre nosotras. Los liderazgos tienen esas pautas y las podemos identificar. Por ejemplo, hemos visto compañeras que han entregado su salud a causas importantes porque fueron educadas para que su salud no importara; al contrario, tenían que parecer como si no interesaba. Son los liderazgos de la despersonalización de las mujeres. La vida privada sacrificada a la vida pública; el desarrollo personal sacrificado al desarrollo político de una causa extraordinaria. Cada uno de estos tipos, más modernos o más tradicionales, en el fondo transmiten y fomentan una visión de los liderazgos que daña la imagen, la causa de las mujeres.

Existe una cuarta ruptura, pero esa la dejo para que cada una llene la tarea en su casa con cualquier tendencia enajenante entre nosotras. Por ejemplo, Helena me recordó que no había hablado de las deportistas y caí en cuenta que me las salté. Muchas mujeres deportistas, pioneras, han desarrollado un liderazgo enajenante porque no han tenido las condiciones, el espacio, ni las posibilidades y están contando sus historias, del costo que pagaron al correr en el primer maratón que corrió una mujer. Hoy sabemos que las lideresas mundiales en gimnasia olímpica entre otras cosas, en las barras olímpicas, dejan el desarrollo de su sexualidad; ¿Sabían que cada vez se promueve más que las gimnastas sean chiquitas para brincar más, que pesen menos?; les dan dietas bajas en calcio para que no se les endurezcan los huesos, tienen que acumular muy poca grasa



en sus cuerpos para no pesar, y cuando una no acumula grasa en el cuerpo y no tiene suficiente calcio llega a un grado de desarrollo fisiológico tal que no menstrúa; miles de gimnastas en el mundo no menstrúan.

Quise tomar este ejemplo para hablar de otras formas enajenantes de promover y desarrollar los liderazgos. La clave ética es preguntar a qué costo. Hace dos meses llegó a la punta del Everest la primera mexicana, se apellida Garzolio. Esa mujer ha subido al Everest diez veces. Ella y su marido son un equipo, una pareja moderna, ella lo quiere mucho, él la adora, se apoyan y trabajan juntos; la penúltima vez que trató de subir hasta arriba descubrieron que ella tenía una dificultad respiratoria y el marido acabó poniéndole oxígeno, la prueba era llegar sin oxígeno. Con eso él se dispuso a subir los 100 metros que faltaban, ella se quedó abajo y le tomó la foto. La décima vez ella lo dejó en su casa, subió y puso su bandera en la cumbre del Everest. ¡Qué costo tienen los liderazgos de las mujeres! La puedo ver a ella de equilibrista entre el matrimonio y el Everest, entre sus pulmones y los pulmones del otro. Esa es la escisión de las mujeres. Puedo imaginarla con el señor que le puso el oxígeno para que no subiera. Ella entendió y lo dejó en su casa, y entonces él fue entrevistado como el esposo de la mujer que subió al Everest. Tenemos todos los ejemplos, el heroísmo, el martirio y todas esas formas muy enajenadas en que los liderazgos se van abriendo camino.

LIDERAZGOS NO AUTORITARIOS Y HONESTOS

En función del mundo en que vivimos, de lo que queremos y de lo que no queremos, necesitamos liderazgos que no sean autoritarios, y para eso tenemos que cultivar una rosa blanca y un poco de democracia. Debemos aprender a no ser autoritarias ni ejercer liderazgos autoritarios. Este tipo de liderazgos lastima a las mujeres y hacen retroceder su inserción.

No nos convienen los liderazgos abusivos. Además, no nos gustan y no los queremos. Liderazgos de abuso o para abusar son formas muy tradicionales de ejercer el poder y no queremos eso. Tampoco queremos liderazgos deshonestos. Ciertas ideologías afirman que las mujeres somos honestas así como que nos viene de las hormonas y no hay tal; lo que pasa es que muchas veces no hemos estado en condiciones de ser deshonestas, pero colocadas en ciertas posiciones la que no cae, resbala. Eso quiere decir que necesitamos cultivar una ética de la honestidad entre las mujeres y no ampararnos en una virtud sexual que no tenemos.

Quiero contarles que cuando hice mi investigación sobre los cautiverios de las mujeres, entre otras cosas estudié los delitos femeninos de las mujeres que estaban en las cárceles, y encontré que uno de los pocos delitos femeninos castigados con cárcel es la deshonestidad por sumisión a los hombres. Esas

mujeres estaban purgando penas por fraude y, como antropóloga que soy, cuando analicé los casos a fondo, encontré historias de amores apasionados, de enamoramientos, de hombres que le pidieron a la gerenta que hiciera algo, del que le pidió a la secretaria; ni siquiera robaban para ellas. Uno de estos casos es interesantísimo. Había siete presos del City Bank, entre ellos una presa. En dos años todos los hombres salieron libres. El fraude que hicieron fue muy grande y ella ni se benefició, pero entró a un juego deshonesto por amor. Era la amante de uno de los gerentes. Como ese podemos encontrarnos muchos ejemplos.

También hay lideresas que empiezan a manejar dinero sin tener experiencia. Una clave importante es formar a las lideresas como administradoras de recursos y concretamente, de dinero; que la lideresa más de base sepa hacer y rendir cuentas, que no haya quien la sustituya en eso, porque hasta ahora muchas de ellas son ayudadas por sus hombres a hacer las cuentas. Necesitamos que las lideresas sepan contabilidad. En pocas escuelas o cursos de liderazgos se enseña contabilidad aunque debería ser tan fundamental como saber el alfabeto. Necesitamos saber cómo se rinden informes financieros, cómo se piden créditos, cuándo se tienen que pagar. Tratamos que en todos nuestros proyectos las mujeres tengan recursos económicos, pero no tenemos tradición de manejarlos, entonces tenemos que fortalecer ese campo para fortalecer también una ética de la honestidad.

Otros liderazgos que no son positivos para nosotras son los liderazgos jerarquizantes porque tienden a marcar jerarquías discriminatorias; esto se combina mucho con los heroicos. Quienes son heroicas muchas veces son prepotentes, jerarquizantes, y permanentemente se ponen de ejemplo, las demás no sirven. Los liderazgos prepotentes y rivales no nos funcionan. Cuando pregunté, ¿quieren sangre?, lo dije porque en la cultura política estamos acostumbradas a la confrontación y a la rivalidad política, no específicamente de género. La cultura política en América Latina pasa por tal falta de democracia que no sabemos discutir o argumentar. Al contrario, pensamos que cuando la discusión estuvo dura y se agarraron de las greñas entonces estuvo buena.

Hace poco me entrevistaron para una revista española que se llama *Meridiana*. El tema era un debate entre dos grupos feministas de España. Era el tema de las feministas de la llamada diferencia y las feministas de la llamada desigualdad —por cierto, es un tema que nos alcanza a todas. Resulta que como yo soy discípula de ambas y de ambas aprendo, lo primero es que la periodista me pregunta con quién estoy y qué opino de la bronca que se traen; entonces le respondí que yo no iba a contestar eso porque me parece un abuso fomentar la confrontación entre las mujeres. Una cosa es discrepar y otra muy distinta, confrontar. Toda vía tenemos la cultura de que si hay sangre, se puso buena la cosa. Me parece que la política democrática no tiene que ver con derrotar y con vencer, más bien tiene que ver con convencer. Esa es una clave feminista del consenso.

LIDERAZGOS CON SENTIDO DE AUTOCUIDADO Y CALIDAD DE VIDA

Otro aspecto importante de los liderazgos es que tengan sentido como parte de la convocatoria social y política, y que además tengan sentido en el desarrollo personal de cada mujer. Para lo de la convocatoria social sucede que a veces clamamos, pronunciamos, enunciamos necesidades sociales, pero cuando emergen los liderazgos no los apoyamos. La otra parte es que tengan sentido para la vida de las mujeres lideresas y, al respecto, una clave absolutamente feminista que van a decir quién sabe si se puede es que cada liderazgo éticamente planteado debe conducir al mejoramiento de las condiciones y de la calidad de vida de la lideresa, en primer lugar. Los liderazgos deben conducir a mejorar la calidad de vida, no a empeorarla.

Muchos de los liderazgos sociales de mujeres en América Latina, en Asia, en África, durante los últimos 20 años han empeorado las condiciones de vida de las mujeres. Han sido mujeres insertas en procesos donde las forman como lideresas para que apoyen procesos productivos que no son para ellas o para que participen en procesos sin importar cómo están y cuál es su desgaste. Creo que ya tenemos mucha experiencia y por eso no podemos seguir fomentando liderazgos que bajen su calidad de vida, que las hagan perder condiciones de vida.

Un derecho propio, en primera persona, individual, como mujer moderna es el autocuidado. Ese es el derecho a la vida de las mujeres vivas, y luego está el cuidado colectivo. En primer lugar está, y ustedes van a decir qué exótico, la salud de las lideresas. Si tuviéramos que montar un programa de apoyo a

liderazgos de mujeres, lo primero que deberíamos hacer es un diagnóstico de su salud, aun antes de preguntarles si saben leer o escribir. Además deberíamos proponernos que al liderar mejorara su salud, pues no podemos pensar en mujeres deterioradas liderando la causa del desarrollo humano sustentable.

Necesitamos impulsar la formación de médicas en salud integral en la facultad de medicina. Hacer un conteo de las profesionistas que requerimos para los proyectos políticos de las mujeres. Nos urgen médicas y sicólogas con perspectiva de género. Y como parte de la salud quiero incluir la salud mental. Es una dimensión fundamental de nuestro ser integral. Si las lideresas no cuidan de su salud mental, truenan. De eso se trata lo que hemos hablado, de impulsar liderazgos políticos para todo eso. Nosotras, que somos impulsoras de estos procesos, necesitamos ser ejemplares. No podemos seguir como hasta ahora, con una autoestima hecha pedazos haciendo talleres para la autoestima. Primero necesitamos enderezar la autoestima y luego a ver si tenemos algo que contarles a las demás. No podemos hablar de la salud si estamos desdentadas, seguir diciendo que debemos estar sanas con 20 kilos de sobrepeso, que la salud reproductiva

y me embaracé sin darme cuenta. Eso no puede ser. No podemos seguir involucradas en este tipo de contradicciones doblemente desgarradoras. Un objetivo importante de cualquier proyecto para impulsar liderazgos de verdad es hacer el diagnóstico de la salud de las lideresas y cuidar de su salud; y como somos muy compartidas, entonces vamos a hacer proyectos de salud comunitaria, de salud generacional y de salud y género. No puede haber avance político si la salud de las mujeres no es prioritaria.

Nuestros liderazgos tienen que contemplar a las mujeres en su integralidad y no fomentar un aspecto del desarrollo a costa de otro. Es el caso que se produce cuando promovemos la participación ciudadana solo a través del voto y no la ciudadanía de las mujeres. Pedimos votos para unos machos que no nos representan ni se van a ocupar de nosotras y andamos haciendo campañas políticas sin decirles: ¿Saben qué? Le entramos a su campaña, si nuestra agenda política entra en ella, porque si no, las mujeres vamos a hacer huelga de votos. ¡Si somos la mayor parte del electorado en el mundo! En un siglo cambió la cosa, después que unas cuantas tuvieron que luchar por el voto porque no podían votar, solamente podían hacerlo aquellas que tenían posición de clase en Inglaterra ¿Se recuerdan? Pasamos al voto universal de las mujeres. Hoy somos más electoras que electores, pero no tenemos el poder de las elecciones entre otras cosas porque no condicionamos nuestra participación política, porque aún tenemos vocación de marginales, que es una virtud patriarcal de las mujeres.

LIDERAZGOS AUTÓNOMOS E INDEPENDIENTES

Otra característica de los liderazgos entrañables es la autonomía. Necesitamos liderazgos autónomos e independientes, que no vayan a la zaga de procesos políticos, atrás, sino que formen parte de ellos con estos dos atributos fundamentales: que sean autónomos en cuanto a otras instancias políticas y para que esto suceda necesitamos promover la organización de las mujeres; esto presupone que las mujeres tengamos organizaciones propias. Ayer le preguntaba a una compañera cuál era su grupo de mujeres y me respondió: “bueno, yo milito, pero en un partido político”. Claro que milita, pero en medio tiene una laguna, todas las que venimos de esas historias las tenemos. A veces creemos que la militancia política solo se da en los partidos políticos. Lo que han descubierto muchas es que necesitamos espacios políticos entre mujeres y las que no los tenemos en primer lugar debemos formar espacios de conciencia, no de debate ideológico o político sino del desarrollo de la conciencia, de mí misma, del mundo, de todo.

Algunos espacios que en la cultura feminista han sido muy importantes se conocen como grupos de autoconciencia. Y esos grupos se basan en que el proceso es colectivo y que conjuntamente se desarrollan procesos individuales de con-



ciencia. En esos espacios no tenemos que estar confrontadas; son espacios de confiabilidad entre mujeres —y tampoco tenemos que estar dos mil, cien o cincuenta. No es por kilo; suficiente con tres, porque dos necesita ser tres; pero si son dos, no importa; y bueno, si nada más es una, ya empezó, solamente es cuestión de que se lance a sacar a bailar a otra, que la invite a hacer un grupo de autoconciencia para definir lo que quieren, lo que les pasa, dónde están como mujeres. A eso me refiero cuando digo que las organizaciones, los movimientos y las formas más estructuradas de la causa de las mujeres necesitan autonomía con relación a los partidos políticos. Requieren independencia, libertad de criterio, de pensamiento, dudar, no creer, un conjunto de cosas que son la base de la independencia y de la autonomía.

Los grupos de mujeres y los movimientos de mujeres también requieren ser autónomos del gobierno. Y las mujeres que están en el gobierno necesitan crear equipos de género en los que se fomente, en primer lugar, la conciencia de género de las mujeres que están dentro del gobierno, porque si no, las estructuras gubernamentales y partidistas impiden que fluya la alianza, la coincidencia y la sintonía entre ellas. Entonces, las mujeres que están en el gobierno deben tener sus propios grupos de referencia para desarrollar su conciencia y funcionar con una clave de complicidad de género. A veces en los gobiernos de nuestros países hay una mujer que tiene conciencia de género en la secretaría o en el ministerio de educación, por acá hay otra que está en el de salud y otra en el poder judicial. Están todas separadas, desagregadas. Tenemos que apostarle a la agregación política en cualquier espacio, buscar a aquellas con las que sintonizamos o que están involucradas con las políticas que tratamos de impulsar.

La autonomía de los movimientos también debe tener otra característica: deben ser autorreferidos de género. Actualmente en América Latina existen varias tendencias: una de ellas es que algunos liderazgos, movimientos, instituciones y procesos que asumieron la causa de las mujeres evolucionaron hasta abrazar la causa de género. Algunos otros que no tenían suficiente solidez formativa han confundido la causa de género con la participación de los hombres, pero una cosa es que en las transformaciones de género los hombres deben estar involucrados y otra muy distinta que organizativamente perdamos nuestros espacios de agregación de género. Tenemos que ser cuidadosas. En los espacios de género a los hombres casi se les da la bienvenida con vítores y aplausos.

Las mujeres tenemos que estar claras que necesitamos, y necesitaremos toda la vida, espacios de encuentros entre nosotras para fortalecer nuestra identidad, nuestra autoestima y para construir nuestra estrategia política que no siempre coincide con la de los hombres. Tenemos que cuidar los espacios que hemos construido y no ser frívolas con la inclusión de los hombres en todos los espacios.

Ahora, si queremos estar con los hombres para diseñar, intercambiar y hacer conciencia mixta, tenemos que crear espacios para eso, pero no debemos suplantar lo que hemos hecho con las uñas para tener pequeños espacios de reunión política entre nosotras.

Cuando utilizo el concepto *autorreferido* me refiero a grupos que trabajan por causas que incluyen a las mujeres. Lo más importante es que cada vez se haga más visible que se está trabajando para las mujeres. En muchos sitios me han dicho: esta organización trabaja con mujeres pero se llama Plantas de Animales

S.A. y cuando les pregunto por qué, responden que es para que les aprobaran el financiamiento. Otros nombres: mujer y familia, mujer e infancia, salud materno infantil, ciudadanía y familia; entonces el dilema es si la mujer o la familia y acaba siendo la familia. Acaban implementando políticas para que las mujeres sigan jugando roles tradicionales en las familias; ahí el sujeto no son las mujeres, son las familias. Estamos viendo surgir todo tipo de cosas eclécticas y raras que están haciendo políticas hacia las mujeres pero no con perspectiva de género, y además oponen a las mujeres con otros sujetos más importantes en su jerarquía ideológica como la familia, una entidad que tiene supremacía en torno a las mujeres. En otros casos son los niños, ni siquiera las niñas, los que tienen supremacía frente a las mujeres. También ocurre con quienes trabajan sobre derechos humanos considerando que ahí van incluidas las mujeres y nunca tocan el tema de los derechos humanos de las mujeres. Cuando las cosas ya van caminando, llamémoslas por sus nombres.

La inferioridad de género se manifiesta en que no nos sentimos con legitimidad para ser sujetas. Y eso lo he visto hasta con una arroba. ¿Quieren que les diga de la arroba? Bien, en el intento de avanzar y nombrar a las mujeres en una lengua que tienen géneros, el castellano, decimos las niñas y los niños, las mujeres y los hombres, las ciudadanas y los ciudadanos, las maestras y los maestros, las ingenieras y los ingenieros como un pequeño avance formal, lingüístico, incluyente y civilizador de las mujeres. No sabemos si además tiene valores de género o una perspectiva de avance de las mujeres, pero al menos quedan nombradas. Ahora resulta que para ahorrar papel, porque se tiran muchos árboles en los bosques y somos ecologistas, no queremos que se desperdicie mucho papel en el mundo, entonces acertamos otra vez el enunciado y en una esperpéntica arroba volvemos a aprisionar a las mujeres, y vuelven a quedar innombradas. No, el castellano es una lengua pródiga, usémosla, porque es prodigiosa si sirve para nombrar a las mujeres. Pero si en los avances de género volvemos a omitir, entonces no estamos haciendo que las personas visualmente lean la palabra niña o ciudadana, les estamos ahorrando el sufrimiento misógino de leer esas palabras maravillosas. Les quiero proponer que hagamos un pacto de no usar la arroba y volver a nombrarnos.

ÉTICA PERSONAL Y COLECTIVA: DECONSTRUIR LOS VIEJOS HÁBITOS

Una parte importante es que nuestra realidad es muy compleja. Todo lo que digo parte de esa realidad, por eso una metodología que quiero recalcar individual y colectivamente para impulsar liderazgos de mujeres y para la vida misma, es el desarrollo de una capacidad fundamental para las mujeres contemporáneas: la capacidad deconstructiva. Este concepto significa deshacer, desmontar. Para asumir nuevos hábitos, nuevas formas para los nuevos liderazgos lo que hemos hecho, a veces, es sumar lo nuevo a lo viejo y superponer cosas que son contradictorias y antagónicas. Para evitarnos esa superposición debemos reconocer que es preciso quitar algunas cosas para poner otras, desmontar, desactivar, desaprender para poder aprender.

Este es un cambio dialéctico que no está en la lógica tradicional donde aprender es sumar y sumar. En la perspectiva feminista necesitamos desaprender gran parte de lo que somos, de lo que creemos, de lo que sabemos hacer y dejar de hacerlo, que se nos olvide y no nos acordemos para colocarnos en situación de servidumbre voluntaria. Con ello logramos desmontar deconstructivamente la servidumbre voluntaria de mi instrumental de vida. Pero para eso primero necesito estar consciente qué cosas tengo que desmontar.

Existe una serie de cosas prioritarias para desmontar. Ha habido movimientos de mujeres en los que se ha planteado quitar el color rosa para las mujeres y el azul para los hombres, se destinan todas las energías a cambiar eso. Quisiera colocarme en una posición de mayor profundidad para que veamos hacia dónde dirigir nuestras baterías formativas, pedagógicas y organizativas en la construcción de los liderazgos, en nosotras y en las otras mujeres. Necesitamos entrarle a desmontar, a desyerbar, a desalambrar, a deconstruir, en primer lugar, la violencia política, que en las culturas tradicionales de nuestro continente es una tentación permanente tanto de la derecha como de la izquierda. La violencia política es una tentación. Es seductora. Está en los mitos, en las ideologías, en nuestras historias y casi es legítima en alguna medida. Pero los procesos que hemos vivido nos han hecho saber que es muy costosa, y no va por ahí.

Además, como mujeres que hemos vivido el control político a través de la violencia, es incoherente que fomentemos formas de violencia, y puede volverse en nuestra contra porque toda violencia política es en parte violencia de género. La violencia política entre los hombres es una forma de violencia de género patriarcal. La violencia contra las mujeres lo es también. Todo lo que huele a violencia tiene que ser analizado por nosotras. La relación entre pacifismo y feminismo es una gran tradición contemporánea y ha costado muchos muertos y muertas; ha costado mucha sangre y pérdidas. Eliminar todas las formas de violencia es una prioridad de género dentro de la agenda política global que actualmente está en todos los rincones del mundo, la violencia contra las mujeres y violencia política

en general. Necesitamos desmontar esa violencia en nosotras mismas. Todas las mujeres que han recibido violencia están estructuradas por ella y parte de la formación de los liderazgos es enfrentar la violencia que han recibido las lideresas y entrarle a los procesos de sanación y reparación de las lideresas.

También tenemos que desmontar en nosotras el maltrato personal y colectivo. Hablamos del descuido personal que es una forma de violencia, un maltrato autoconferido, pero si no desmontamos el maltrato personal nos colocaremos en las posiciones políticas en tal situación que seremos maltratadas. La persona que se automaltrata se coloca en posición de maltrato, la persona que se automaltrató recibió maltrato, pero afortunadamente podemos cortar esa cadena de reproducción. La ética y las maneras son importantes. ¡Que el maltrato no esté presente nunca! La amabilidad es una dimensión de la política. No es un asunto superfluo sino parte fundamental de otra manera de hacer las cosas.

ELIMINAR LA DESHONRA Y EL NEGATIVISMO

Otro capítulo importante es que debemos eliminar la deshonra de nuestras formas de hacer política. En otras palabras, tenemos que eliminar el maltrato a la honra e impedir al maltrato a nuestra honra. La honra es una dimensión simbólica del sujeto que a veces no tomamos en cuenta pero que es importante. Los hombres tienen tal poder que muy pocas cosas maltratan su honra, incluso cuando son flagrantes delincuentes, opresores, maltratadores, abusadores, su honra puede quedar en buen estado después de pasar alguna crisis. Si no, vean a Clinton. Mantener la honra política era mantener al sistema político. ¿A qué costo? ¿Millones contra quién? Contra unas mujeres. Simple y sencillamente los hombres y la honra son un tema, pero las mujeres y la honra somos otro tema.

Si en la enemistad algo queda tocado entre las mujeres, es la honra. A las mujeres se nos enseña patriarcalmente a deshonrar a las otras permanentemente con la palabra, con las acciones, con el vacío, el aislamiento, la exclusión y el chisme. El chisme transmite capital simbólico, información, estatus, prestigio. Esa es la materia del chisme, darle en la torre a la honra de las personas. Entonces, estamos muy conscientes de que la deshonra es lastimosa para los liderazgos y que no se vale reproducirla entre las mujeres. Al contrario, necesitamos aprender a honrar a otras mujeres sin sentir que estamos perdiendo, sin sentir que nos subordina, que nos quita algo. Eso implica desmontarnos una de las estructuras de poder más duras de la conflictiva política entre las mujeres.

La descalificación como recurso político también forma parte de los aspectos a desmontar. Muchas mujeres al actuar en público y en privado tenemos que enfrentar de antemano una descalificación implícita. Antes de actuar ya estamos descalificadas, antes de hablar no somos escuchadas. Aun hablando la gente no nos cree, desconfía, desautoriza, desaprueba. Es más, hay quienes

son expertas y expertos oidores de mujeres nada más para esperar la pequeña falta, la ausencia, el equívoco, para desautorizar lo que decimos. La lógica es descalificando esto, descalifico todo y te descalifico a ti. Entonces, un recurso importante para favorecer liderazgos afirmados de mujeres, que puedan tener confianza y se sientan seguras, es dejar de descalificar.

El negativismo también es otra característica a desmontar. Este puede tener muchos orígenes, pero la desautorización, que es uno de los tipos de negativismo, se refiere a la impotencia de género. Es esa carga negativa en la evaluación de lo que hacemos, en que siempre quedamos como insuficientes: algo nos faltó, pudo haberse hecho mejor, se le olvidó esto, dejó aquello. Quien lo haga de la mejor forma posible siempre queda en falta. Fomentar liderazgos de mujeres pasa por evaluarlas con incentivos. No es una aprobación ciega, es una evaluación incentivante, que estimule el desarrollo y no que marque lo que faltó, lo que no se hizo; que promueva y valore lo que se hace, lo que está, lo que se sabe.



Educación feminista para una conciencia crítica

bell hooks



bell hooks (1952-2021) es escritora, profesora universitaria, feminista y activista social norteamericana. Su trabajo ha estado siempre presidido por el estudio de la interseccionalidad de género, raza y clase; lo que ella describe como su capacidad para producir y perpetuar sistemas de opresión y dominación de clase. Ha publicado más de cuarenta libros y numerosos artículos académicos, ha aparecido en documentales y participado en conferencias públicas. Se ha ocupado de la raza, la clase y el género en la educación, el arte, la historia, la sexualidad, los medios de comunicación y el feminismo. En 2014, fundó el Instituto bell hooks en Berea College, Berea, Kentucky.

Fragmento seleccionado de bell hooks (2007). *El feminismo es para todo el mundo* (trad.: Beatriz Esteban Agustí, Lina Tatiana Lozano Ruiz, Mayra Sofía Moreno, Maira Puertas Romo, Sara Vega González). Madrid: Traficantes de sueños (pp. 41-46) [Obra original publicada en 2000].

Antes de los estudios de la mujer, antes de la literatura feminista, algunas mujeres aprendían sobre feminismo en grupos. Ellas fueron las primeras en comenzar a crear una teoría feminista que incluía tanto un análisis del sexismo como estrategias para cuestionar el patriarcado, así como nuevos modelos de interacción social. Todo lo que hacemos en la vida tiene una base teórica. Si exploramos de manera consciente las razones que hay detrás de una perspectiva particular o para llevar a cabo una determinada acción, también encontraremos un sistema subyacente que conforma los pensamientos y las prácticas. En sus inicios, la meta fundamental de la teoría feminista era explicar a mujeres y hombres cómo funciona el pensamiento sexista y cómo podríamos cuestionarlo y cambiarlo.

En esa época, la mayoría de nosotras habíamos sido socializadas por nuestros padres y madres, y por la sociedad para aceptar el pensamiento sexista. No nos habíamos tomado el tiempo necesario para descifrar las raíces de nuestras percepciones. El pensamiento feminista y la teoría feminista nos instaron a hacerlo. La primera teoría feminista se difundió a través del boca a boca o de boletines y folletos de poco coste. Las editoriales de mujeres que se estaban desarrollando (donde las mujeres escribían, publicaban y controlaban la producción a todos los niveles, incluyendo la comercialización) se convirtieron en el medio para la difusión del pensamiento feminista. Mi primer libro, *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*, escrito en los años setenta y publicado en 1981, fue editado por un pequeño colectivo socialista, South End Press, en el que al menos la mitad de sus miembros eran mujeres feministas y la totalidad eran antisexistas.

Producir un cuerpo de literatura feminista junto con la exigencia de recuperar la historia de las mujeres fue una de las intervenciones más poderosas y exitosas del feminismo contemporáneo. Históricamente, en todos los ámbitos de la literatura y el conocimiento académico, los trabajos de las mujeres habían recibido poca o ninguna atención como consecuencia de la discriminación de género. Fue increíble cuando el movimiento feminista reveló los sesgos en los currículos

y muchos de los trabajos olvidados e ignorados fueron redescubiertos. La creación de los programas de estudios de la mujer en facultades y universidades proporcionó la legitimación institucional para investigar los trabajos realizados por mujeres. Siguiendo los pasos de los estudios negros, los estudios de la mujer se convirtieron en un espacio donde se podía aprender sobre género, sobre mujeres, desde una perspectiva libre de sesgos.

Al contrario de los estereotipos populares, entre el profesorado de las clases de estudios de la mujer no menospreciábamos ni menospreciamos los trabajos realizados por hombres. Simplemente intervenimos sobre el pensamiento sexista demostrando que la producción de las mujeres es a menudo tan buena, tan interesante, si no más, que la producida por los hombres. La llamada alta literatura escrita por los hombres se critica únicamente para demostrar los sesgos pre-



sentes en la evaluación del valor estético. Nunca he asistido a un curso de estudios de la mujer —ni sé de ninguno— en el que se consideran poco importantes o irrelevantes los trabajos desarrollados por hombres. Las críticas feministas a los cánones del conocimiento o a las obras literarias realizadas exclusivamente por hombres revelan los sesgos basados en el género. Pero lo que es más importante, destapar estos elementos era fundamental para permitir la recuperación de la producción de las mujeres y la producción nuevos trabajos hechos por mujeres y sobre las mujeres.

El movimiento feminista cobró impulso cuando encontró su propia manera de entrar en la academia. En las aulas de todo el país las mentes jóvenes podían aprender sobre el pensamiento feminista, leer la teoría y usarla en sus investigaciones académicas. Cuando era estudiante de postgrado y me estaba preparando para escribir la tesis, el pensamiento feminista me permitió optar a escribir sobre una escritora negra que en ese momento no era muy conocida: Toni Morrison. Antes del movimiento feminista había muy poco trabajo académico serio sobre las obras de escritoras negras. Cuando Alice Walker adquirió fama participó en la recuperación del trabajo de la escritora Zora Neale Hurston, quien, poco después, llegó a ser la escritora negra más reverenciada dentro de la literatura estadounidense. El movimiento feminista generó una revolución cuando exigió que se respetara el trabajo académico de las mujeres, que se reconociera ese trabajo pasado y presente, y que se acabara con los sesgos de género en los currículos y en la pedagogía.

La institucionalización de los estudios de la mujer ayudó a hacer correr la voz sobre el feminismo. Ofreció un lugar legítimo para formarse, generando un grupo constante de mentes abiertas. El alumnado que acudía a las clases de estudios de la mujer estaba allí para aprender; querían saber más sobre el pensamiento feminista. Y en esas clases fue donde muchas de nosotras despertamos políticamente. Yo había llegado al pensamiento feminista al enfrentarme a la dominación masculina de nuestro hogar patriarcal. Pero simplemente el hecho de ser víctima de un sistema explotador u opresivo, e incluso ejercer resistencia, no significa que entendamos por qué está arraigado o cómo cambiarlo. Yo ya tenía prácticas feministas mucho antes de entrar en la universidad, pero fue en las aulas de estudios feministas donde aprendí el pensamiento y la teoría feminista, donde recibí el estímulo para pensar críticamente y para escribir sobre la experiencia femenina negra.

Durante los años setenta la producción de pensamiento y teoría feminista era un trabajo colaborativo en el que las mujeres estábamos constantemente debatiendo sobre ideas, probando y reformando nuestros paradigmas. De hecho, cuando las mujeres negras y otras mujeres de color plantearon la cuestión de los sesgos raciales como un factor que moldeaba el pensamiento feminista, hubo una resistencia inicial a la noción de que buena parte de lo que las mujeres

de clases privilegiadas identificaban como verdadero en la experiencia de las mujeres podía estar equivocado; con el paso del tiempo, sin embargo, la teoría feminista fue cambiando. Aunque muchas pensadoras blancas eran capaces de reconocer sus sesgos sin hacer el trabajo de repensarse, fue un giro importante. A finales de los años ochenta, la mayoría de la literatura feminista reflejaba cierta sensibilidad sobre las diferencias raciales y de clase. Las académicas que estaban verdaderamente comprometidas con el movimiento y la solidaridad feministas estaban deseosas de producir una teoría que respondiera a las realidades de la mayoría de las mujeres.

La legitimidad académica era crucial para el avance del pensamiento feminista, pero al mismo tiempo creó nuevas dificultades. De repente se prestaba menos atención al pensamiento feminista surgido directamente de la teoría y de la práctica que a teorías metalingüísticas, que creaban una jerga excluyente y estaban escritas exclusivamente para un público académico. Era como si se hubiera juntado un conjunto importante de pensadoras feministas para formar un grupo elitista y escribir teoría que solo pudieran entender las personas “iniciadas”.

Las mujeres y los hombres fuera del mundo académico ya no se consideraban un público importante. El pensamiento y la teoría feministas ya no estaban ligados al movimiento feminista. La política académica y el arribismo ensombrecieron la política feminista. La teoría feminista comenzó a quedar relegada a un gueto académico con poca conexión con el mundo exterior. El trabajo producido en la academia a menudo era y es visionario, pero estas reflexiones rara vez llegan a la mayoría de la gente. Como consecuencia, esta academización del pensamiento feminista debilita al movimiento feminista a través de la despoliticación. Al estar desradicalizado, se convierte en una disciplina académica como las demás, con la única diferencia del enfoque en el género.

La literatura que ayuda a informar a la población, la que ayuda a los individuos a entender el pensamiento y la política feminista, tiene que estar escrita en distintos estilos y formatos. Necesitamos obras dirigidas en especial a la cultura juvenil; nadie en ámbitos académicos produce este tipo de trabajo. Sin abandonar los programas de los estudios de la mujer —que ya de por sí están en riesgo en las facultades y las universidades debido a que el sector conservador intenta deshacer los cambios generados por las luchas por la justicia de género—, necesitamos estudios feministas comunitarios. Imagínate un movimiento feminista de masas en el que la gente vaya puerta por puerta repartiendo textos, tomándose tiempo (al igual que los grupos religiosos) para explicar a la gente de qué trata el feminismo.

Cuando el movimiento feminista contemporáneo estaba en su punto álgido, se criticaron los sesgos sexistas de los libros infantiles. Se escribieron libros para niñas y niños libres”. Cuando dejamos de vigilar críticamente, el sexismo



comenzó a reaparecer. La literatura infantil es uno de los terrenos cruciales para la educación feminista con conciencia crítica, precisamente porque es cuando las creencias y las identidades aún se están formando. Y a menudo el pensamiento tradicional sobre el género continúa siendo la norma en los patios escolares. Las activistas feministas deben seguir incidiendo en la educación pública infantil para crear un currículo sin sesgos.

El movimiento feminista del futuro tiene que pensar en la educación feminista como algo significativo en la vida de todo el mundo. A pesar de los avances económicos de algunas mujeres feministas, que han llegado a ser ricas o han aceptado contribuciones de varones pudientes y que son nuestras aliadas en la lucha, no hemos creado ninguna escuela que se fundamente en los principios feministas para niñas y niños, para mujeres y hombres. Al no haber logrado crear un movimiento educativo de masas para enseñar a todo el mundo sobre feminismo, permitimos que los medios de comunicación de masas patriarcales sigan siendo el principal lugar en el que la gente aprende acerca del feminismo, y la mayor parte de lo que se aprende en ellos es negativo. Que la enseñanza del pensamiento y la teoría feminista llegue a todo el mundo requiere que vayamos más allá del mundo académico e incluso de la palabra escrita. Muchas personas carecen de las capacidades para leer la mayor parte de los libros feministas. Los audiolibros, las canciones, la radio y la televisión son todos ellos medios para compartir el conocimiento feminista; y por supuesto necesitamos un canal de televisión feminista, que no es lo mismo que un canal para mujeres. Reunir fondos para crearlo nos ayudaría a difundir el pensamiento feminista a nivel global. Si no podemos contar con un canal propio, hagamos programas en uno que ya exista. La revista *Ms.*, después de años de ser propiedad de varones, no todos antisexistas, es ahora propiedad de mujeres, todas ellas profundamente comprometidas con los principios feministas. Este es un paso en la dirección adecuada.

Si no trabajamos para crear un movimiento de masas que ofrezca una educación feminista a todo el mundo, mujeres y hombres, la información negativa producida en la mayoría de los principales medios de comunicación de masas seguirá desvirtuando la teoría y la práctica feminista. Es imposible que la ciudadanía de este país llegue a conocer las contribuciones positivas que ha generado el movimiento feminista en todas nuestras vidas si no destacamos estos logros. La cultura dominante a menudo se apropia de las contribuciones feministas al bienestar de nuestras comunidades y nuestra sociedad, y después proyecta representaciones negativas del feminismo. La mayoría de la gente no entiende las innumerables maneras en las que el feminismo ha cambiado todas nuestras vidas de forma positiva. Compartir el pensamiento y la práctica feminista sostiene al movimiento feminista. Los saberes feministas son para todo el mundo.



La acumulación de trabajo y la degradación de las mujeres. La devaluación del trabajo femenino

Silvia Federici



Silvia Federici (1942) es escritora, profesora y activista feminista italo-estadounidense. Una de las teóricas más reconocidas del feminismo anti-capitalista, con una larga trayectoria de activismo y reflexión, defiende que el trabajo reproductivo y de cuidados que hacen gratis las mujeres es la base sobre la que se sostiene el capitalismo. Fue una de las impulsoras de las campañas de los años ochenta que comenzaron a reivindicar un salario para el trabajo doméstico realizado por las mujeres. En la década de 1980 trabajó durante varios años como profesora en Nigeria. Ambas trayectorias convergen en dos de sus obras más conocidas: *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2004) y *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (2013). Es profesora emérita de la Universidad Hofstra en Nueva York.

Fragmento seleccionado de Silvia Federici (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. (Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza, trad.). Madrid: Traficante de sueños (pp. 141-169).

La devaluación del trabajo femenino

La criminalización del control de las mujeres sobre la procreación es un fenómeno cuya importancia no puede dejar de enfatizarse, tanto desde el punto de vista de sus efectos sobre las mujeres como de sus consecuencias en la organización capitalista del trabajo. Está suficientemente documentado que durante la Edad Media las mujeres habían contado con muchos métodos anticonceptivos, que fundamentalmente consistían en hierbas convertidas en pociones y “pesarios” (supositorios) que se usaban para precipitar el período de la mujer, provocar un aborto o crear una condición de esterilidad. En *Eve’s Herbs: A History of Contraception in the West* (1997), el historiador estadounidense John Riddle nos brinda un extenso catálogo de las sustancias más usadas y los efectos que se esperaban de ellas o lo que era más posible que ocurriera.¹ La criminalización de la anticoncepción expropió a las mujeres de este saber que se había transmitido de generación en generación, proporcionándoles cierta autonomía respecto al parto. Aparentemente, en algunos casos, este saber no se perdía sino que solo pasaba a la clandestinidad; sin embargo, cuando el control de la natalidad apareció nuevamente en la escena social, los métodos anticonceptivos ya no eran los que las mujeres podían usar, sino que fueron creados específicamente para el uso masculino.

[...]

Aquí solo quiero poner el acento en que al negarle a las mujeres el control sobre sus cuerpos, el Estado las privó de la condición fundamental de su integridad física y psicológica, degradando la maternidad a la condición de trabajo forzado, además de confinar a las mujeres al trabajo reproductivo de una manera desconocida en sociedades anteriores. Sin embargo, forzar a las mujeres a procrear en contra de su voluntad o (como decía una canción feminista de los setenta) al forzarlas a “producir niños para el Estado”,² solo se definían parcialmente las funciones de las mujeres en la nueva división sexual del trabajo.

Un aspecto complementario fue la reducción de las mujeres a no-trabajadores, un proceso —muy estudiado por las historiadoras feministas— que hacia finales del siglo XVII estaba prácticamente completado. Para esa época las mujeres habían perdido terreno incluso en las ocupaciones que habían sido prerrogativas suyas, como la destilación de cerveza y la partería, en las que su empleo estaba sujeto a nuevas restricciones. Las proletarias encontraron particularmente difícil obtener cualquier empleo que no fuese de la condición más baja: como sir-

1 Un artículo interesante sobre este tema es “The Witches Pharmakopda” (1986), de Roben Fletcher.

2 La referencia proviene de una canción feminista italiana de 1971 titulada “Aborto di Stato” [Aborto de Estado]. Esta canción es parte del álbum *Canti di donne in lotta* [Canciones de mujeres en lucha], publicado en 1974 por el Grupo Musical del Comité del Salario por el Trabajo Doméstico, de la ciudad de Padua.



vientas domésticas (la ocupación de un tercio de la mano de obra femenina), peones rurales, hilanderas, tejedoras, bordadoras, vendedoras ambulantes o amas de crianza. Como nos cuenta, entre otros, Merry Wiesner, ganaba terreno (en el derecho, los registros de impuestos, las ordenanzas de los gremios) el supuesto de que las mujeres no debían trabajar fuera del hogar y que solo tenían que participar en la “producción” para ayudar a sus maridos. Incluso se decía que cualquier trabajo hecho por mujeres en su casa era “no-trabajo” y carecía de valor aun si lo hacía para el mercado.³ Así, si una mujer cosía algunas ropas se trataba de “trabajo doméstico” o “tareas de ama de casa”, incluso si las ropas no eran para la familia, mientras que cuando un hombre hacía el mismo trabajo se consideraba “productivo”. La devaluación del trabajo femenino —que las mujeres realizaban para no depender de la asistencia pública— fue tal que los gobiernos de las ciudades ordenaron a los gremios que no prestaran atención a la producción que las mujeres (especialmente las viudas) hacían en sus casas, ya que no era trabajo real. Wiesner agrega que las mujeres aceptaban esta ficción e incluso pedían disculpas por pedir trabajo, suplicando debido a la necesidad de mantenerse.⁴ Pronto todo el trabajo femenino que se hacía en la casa fue definido como “tarea doméstica”; e incluso cuando se hacía fuera del hogar se pagaba menos que al trabajo masculino, nunca en cantidad suficiente como para que las mujeres pudieran vivir de él. El matrimonio era visto como la verdadera carrera para una mujer; hasta tal punto se daba por sentado la incapacidad de las mujeres para mantenerse que, cuando una mujer soltera llegaba a un pueblo, se la expulsaba incluso si ganaba un salario.

Combinada con la desposesión de la tierra, esta pérdida de poder con respecto al trabajo asalariado condujo a la masificación de la prostitución. Como informa Le Roy Ladurie,⁵ el crecimiento de prostitutas en Francia y Cataluña era visible por todas partes.

[...]

La situación era similar en Inglaterra y España, donde todos los días llegaban a las ciudades mujeres pobres del campo, las esposas de los artesanos completaban el ingreso familiar realizando este trabajo. En Madrid, en 1631, un bando promulgado por las autoridades políticas denunciaba el problema, quejándose de que muchas mujeres vagabundas estaban ahora deambulando por las calles, callejones y tabernas de la ciudad, tentando a los hombres a pecar con ellas.⁶

3 Merry E. Wiesner (1993). *Women and Gender in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press (pp. 83 y sigs.).

4 *Ibid.*, pp. 84-85.

5 Le Roy Ladurie (1974). *Peasants of Languedoc* (traducido del francés), Carbondale (IL), University of Illinois Press, pp. 112-13.

6 Mariló Vigil (1986). *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Siglo XXI, pp. 114-15.

Pero tan pronto como la prostitución se convirtió en la principal forma de subsistencia para una gran parte de población femenina, la actitud institucional con respecto a ella cambió. Mientras en la Edad Media había sido aceptada oficialmente como un mal necesario, y las prostitutas se habían beneficiado de altos salarios, en el siglo xvi la situación se invirtió. En un clima de intensa misoginia, caracterizado por el avance de la Reforma Protestante y la caza de brujas, la prostitución fue primero sujeta a nuevas restricciones y luego criminalizada. En todas partes, entre 1530 y 1560, los burdeles de pueblo eran cerrados y las prostitutas, especialmente las que hacían la calle, fueron castigadas severamente: prohibición, flagelación y otras formas crueles de escarmiento. Entre ellas la “silla del chapuzón” (*Ducking stool*) o *acabussade* —“una pieza de teatro macabro, como la describe Nickie Roberts— donde las víctimas eran atadas, a veces metidas en una jaula y luego eran sumergidas varias veces en ríos o lagunas, hasta que estaban a punto de ahogarse.⁷ Mientras tanto, en Francia, durante el siglo xvi, la violación de una prostituta dejó de ser un crimen.⁸ En Madrid, también se decidió que a las vagabundas y prostitutas no se les debía permitir permanecer y dormir en las calles, así tampoco bajo los pórticos de la ciudad y, en caso de ser pescada *infraganti* debían recibir cien latigazos y luego ser expulsadas de la ciudad durante seis años, además de afeitarles la cabeza y las cejas.

¿Qué puede explicar este ataque tan drástico contra las trabajadoras? ¿Y de qué manera la exclusión de las mujeres de la esfera del trabajo socialmente reconocido y de las relaciones monetarias se relaciona con la imposición de la maternidad forzosa y la simultánea masificación de la caza de brujas?

Cuando se consideran estos fenómenos desde la perspectiva del presente, después de cuatro siglos de disciplinamiento capitalista de las mujeres, las respuestas parecen imponerse por sí mismas. A pesar de que el trabajo asalariado de las mujeres —los trabajos domésticos y sexuales pagados— se estudian aún con demasiada frecuencia aislados unos de otros, ahora estamos en mejor posición para ver que la discriminación que han sufrido las mujeres como mano de obra asalariada ha estado directamente vinculada a su función como trabajadoras no-asalariadas en el hogar. De esta manera, podemos conectar la prohibición de la prostitución y la expulsión de las mujeres del lugar de trabajo organizado con la aparición del ama de casa y la redefinición de la familia como lugar para la producción de fuerza de trabajo. Desde un punto de vista teórico y político, sin embargo, la cuestión fundamental está en las condiciones que hicieron posible semejante degradación y las fuerzas sociales que la promovieron o fueron cómplices.

7 Nickie Roberts (1992). *Whores in History. Prostitution in Western Society*. Nueva York, Harper Collins Publishers, pp. 115-16.

8 Margaret L. King (1991: 78). *Women of the Renaissance. Sobre el cierre de los burdeles en Alemania ver Merry Wiesner (1986: 174-85), Working Women in Renaissance Germany*.



Un factor importante en la respuesta a la devaluación del trabajo está aquí en la campaña que los artesanos llevaron a cabo a partir de finales del siglo xv, con el propósito de excluir a las trabajadoras de sus talleres, supuestamente para protegerse de los ataques de los comerciantes capitalistas que empleaban mujeres a precios menores. Los esfuerzos de los artesanos han dejado gran cantidad de pruebas.⁹ Tanto en Italia, como en Francia y Alemania, los oficiales artesanos solicitaron a las autoridades que no permitieran que las mujeres competieran con ellos, prohibiendo su presencia entre ellos; y cuando la prohibición no fue tenida en cuenta fueron a la huelga e incluso se negaron a trabajar con hombres que trabajaran con mujeres. Aparentemente los artesanos estaban interesados también en limitar a las mujeres al trabajo doméstico ya que, dadas sus dificultades económicas, “la prudente administración de la casa por parte de una mujer” se estaba convirtiendo en una condición indispensable para evitar la bancarrota y mantener un taller independiente. Sigfrid Brauner (el autor de la cita precedente) habla de la importancia que los artesanos alemanes otorgaban a esta norma social.¹⁰ Las mujeres trataron de resistir frente a esta arremetida, pero fracasaron debido a las prácticas intimidatorias que los trabajadores usaron contra ellas. Quienes tuvieron el coraje de trabajar fuera del hogar, en un espacio público y para el mercado fueron representadas como arpías sexualmente agresivas o incluso como “putas” y “brujas”.¹¹ Efectivamente, hay pruebas de que la ola de misoginia que, a finales del siglo xv, creció en las ciudades europeas, —reflejada en la obsesión de los hombres por la “batalla por los pantalones” y por el carácter de la mujer desobediente, comúnmente retratada golpeando a su marido o montándolo como un caballo— emanaba también de este intento (contraproducente) de sacar a las mujeres de los lugares de trabajo y del mercado.

Por otra parte, es evidente que este intento no hubiera triunfado si las autoridades no hubiesen cooperado. Obviamente se dieron cuenta que era lo más favorable a sus intereses. Además de pacificar a los oficiales artesanos rebeldes, la exclusión de las mujeres de los gremios sentó las bases necesarias para recluirlas en el trabajo reproductivo y utilizarlas como trabajo mal pagado en la industria artesanal (*cottage industry*).

[...]

9 Un vasto catálogo de los lugares y años en los que las mujeres fueron expulsadas del artesanado puede encontrarse en David Herlihy (1995). Véase también Merry E. Wiesner (1986), *Working Women in Renaissance Germany*, New Brunswick (NJ), Rutgers University Press, pp. 174-85.

10 Sigrid Brauner (1995). *Fearless Wives and Frightened Shrews: The Construction of the Witch in Early Modern Germany*, Amherst, University of Massachusetts Press, pp. 96-7.

11 Martha Howell (1986). *Women, Production and Patriarchy in Late Medieval Cities*, Chicago, Chicago University Press, pp. 182-83.

EL PATRIARCADO DEL SALARIO

En este contexto son significativos los cambios que se dieron dentro de la familia. En este período, la familia comenzó a separarse de la esfera pública, y adquirió sus connotaciones modernas como principal centro para la reproducción de la fuerza de trabajo.

Martha Howell (1986, pp. 174-83). Howell (1986, pp. 182) escribe: Las comedias y sátiras de la época, por ejemplo, retrataban con frecuencia a las mujeres del mercado y de los oficios como arpías, con caracterizaciones que no solo las ridiculizaban o regañaban por asumir roles en la producción para el mercado sino que frecuentemente incluso las acusaban de agresión sexual.

Complemento del mercado, instrumento para la privatización de las relaciones sociales y, sobre todo, para la propagación de la disciplina capitalista y la dominación patriarcal, la familia surgió también en el período de acumulación primitiva como la institución más importante para la apropiación y el ocultamiento del trabajo de las mujeres.

Esto se puede observar especialmente en la familia trabajadora, pero todavía no ha sido suficientemente estudiado. Las discusiones anteriores han privilegiado la familia de hombres propietarios: en la época a la que nos estamos refiriendo, esta era la forma y el modelo dominante de relación con los hijos y entre los cónyuges. También se le ha prestado más interés a la familia como institución política que como lugar de trabajo. El énfasis se ha puesto, entonces, en el hecho de que en la nueva familia burguesa, el marido se convirtiese en el representante del Estado, el encargado de disciplinar y supervisar las nuevas "clases subordinadas", una categoría que para los teóricos políticos de los siglos xvi y xvii (por ejemplo Jean Bodin) incluía a la esposa y sus hijos.¹² De ahí la identificación de la familia con un micro-Estado o una micro-Iglesia, así como la exigencia por parte de las autoridades de que los trabajadores y trabajadoras solteros vivieran bajo el techo y las órdenes de un solo amo. Dentro de la familia burguesa, se constata también que la mujer perdió mucho de su poder, siendo generalmente excluida de los negocios familiares y confinada a la supervisión de la casa.

Pero lo que falta en este retrato es el reconocimiento de que, mientras que en la clase alta era la *propiedad* lo que daba al marido poder sobre su esposa e hijos, la exclusión de las *mujeres del salario* daba a los trabajadores un poder similar sobre sus mujeres.

12 Gordon J. Schochet (1975). *Patriarchalism in Political Thought: The Authoritarian Family and Political Speculation and Attitudes Especially in Seventeenth-Century England*. Nueva York, Basic Books.



Un ejemplo de esta tendencia fue el tipo de familia de los trabajadores de la industria artesanal (*cottage workers*) en el sistema doméstico. Lejos de rehuir el matrimonio y la formación de una familia, los hombres que trabajaban en la industria artesanal doméstica dependían de ella, ya que una esposa podía “ayudarles” con el trabajo que ellos hacían para los comerciantes, mientras cuidaban sus necesidades físicas y los proveían de hijos, quienes desde temprana edad podían ser empleados en el telar o en alguna ocupación auxiliar. Así, incluso en tiempos de descenso poblacional, los trabajadores de la industria doméstica continuaron aparentemente multiplicándose; sus familias eran tan numerosas que en el siglo xvii un observador austriaco los describió apiñados en sus casas como gorriones en el alero. Lo que destaca en este tipo de organización es que aun cuando la esposa trabajaba a la par que el marido, produciendo también para el mercado, era el marido quien recibía el salario de la mujer. Esto le ocurría también a otras trabajadoras una vez que se casaban. En Inglaterra “un hombre casado [...] tenía derechos legales sobre los ingresos de su esposa”, incluso cuando el trabajo que ella realizaba era el de cuidar o de amamantar. De este modo, cuando una parroquia empleaba a una mujer para hacer este tipo de trabajo, los registros “escondían frecuentemente su condición de trabajadoras” registrando la paga bajo el nombre de los hombres. “Que este pago se hiciera al hombre o a la mujer dependía del capricho del oficinista”.¹³

Esta política, que hacía imposible que las mujeres tuvieran dinero propio, creó las condiciones materiales para su sujeción a los hombres y para la apropiación de su trabajo por parte de los trabajadores varones. Es en este sentido que hablo del “patriarcado del salario”. También debemos repensar el concepto de “esclavitud del salario”. Si es cierto que, bajo el nuevo régimen de trabajo asalariado, los trabajadores varones comenzaron a ser libres solo en un sentido formal, el grupo de trabajadores que, en la transición al capitalismo, más se acercaron a la condición de esclavos fueron las mujeres trabajadoras.

Al mismo tiempo —dadas las condiciones espantosas en las que vivían los trabajadores asalariados— el trabajo hogareño que realizaban las mujeres para la reproducción de sus familias estaba necesariamente limitado. Casadas o no, las proletarias necesitaban ganar algún dinero, consiguiéndolo a través de múltiples trabajos. Por otra parte, el trabajo hogareño necesitaba cierto capital reproductivo: muebles, utensilios, vestimenta, dinero para los alimentos. No obstante, los trabajadores asalariados vivían en la pobreza, “esclavizados día y noche” (como denunció un artesano de Nuremberg en 1524), apenas podían conjurar el hambre y alimentar a sus hijos.¹⁴ La mayoría prácticamente no tenía un techo

13 Sara Mendelson y Patricia Crawford (1998). *Women in Early Modern England. 1550-1720*, Oxford, Clarendon Press, p. 287.

14 Sigrid Brauner (1995). *Fearless Wives and Frightened Shrews: The Construction of the Witch in Early Modern Germany*, Amherst, University of Massachusetts Press, p. 96.

sobre sus cabezas, vivían en cabañas compartidas con otras familias y animales, en las que la higiene (poco considerada incluso entre los que estaban mejor) faltaba por completo; sus ropas eran harapos y en el mejor de los casos su dieta consistía en pan, queso y algunas verduras. En este período aparece, entre los trabajadores, la clásica figura del ama de casa a tiempo completo. Y solo en el siglo XIX —como reacción al primer ciclo intenso de luchas contra el trabajo industrial— la “familia moderna”, centrada en el trabajo reproductivo no pagado del ama de casa a tiempo completo, fue extendida entre la clase trabajadora primero en Inglaterra y más tarde en Estados Unidos.

Su desarrollo (después de la aprobación de las leyes fabriles que limitaban el empleo de mujeres y niños en las fábricas) reflejó la primera inversión de la clase capitalista, a largo plazo, en la reproducción de la fuerza de trabajo más allá de su expansión numérica. Forjada bajo la amenaza de la insurrección, esta fue el resultado de una solución de compromiso entre otorgar mayores salarios, capaces de mantener a una esposa “que no trabaja” y una tasa de explotación más intensa. Marx habló de ella como el paso de la plusvalía “absoluta” a la “relativa”, es decir, el paso de un tipo de explotación basado en la máxima extensión de la jornada de trabajo y la reducción del salario al mínimo, a un régimen en el que pueden compensarse los salarios más altos y las horas de trabajo más cortas con un incremento de la productividad del trabajo y del ritmo de la producción. Desde la perspectiva capitalista, fue una revolución social, que dejó sin efecto la antigua devoción por los bajos salarios. Fue el resultado de un nuevo acuerdo (*new deal*) entre los trabajadores y los empleadores, basado de nuevo en la exclusión de las mujeres del salario —que dejaba atrás su reclutamiento en las primeras fases de la Revolución Industrial. También fue el signo de un nuevo bienestar económico capitalista, producto de dos siglos de explotación del trabajo esclavo, que pronto sería potenciado por una nueva fase de expansión colonial.

En contraste, en los siglos XVI y XVII, a pesar de una obsesiva preocupación por el tamaño de la población y la cantidad de “trabajadores pobres”, la inversión real en la reproducción de la fuerza de trabajo era extremadamente baja. El grueso del trabajo reproductivo realizado por las proletarias no estaba así destinado a sus familias, sino a las familias de sus empleadores o al mercado. De media, un tercio de la población femenina de Inglaterra, España, Francia e Italia trabajaba como sirvientas. De este modo, la tendencia dentro de los proletarios consistía en posponer el matrimonio, lo que conducía a la desintegración de la familia (los poblados ingleses del siglo XVI experimentaron una disminución total del 50 %). Con frecuencia, a los pobres se les prohibía casarse cuando se temía que sus hijos caerían en la asistencia pública, y cuando esto ocurría se los quitaban, poniéndoles a trabajar para la parroquia. Se estima que un tercio o más de la población rural de Europa permaneció soltera; en las ciudades las tasas eran aún

mayores, especialmente entre las mujeres; en Alemania, un 45 % eran “solteras” o viudas.¹⁵

Dentro, no obstante, de la comunidad trabajadora del período de transición, se puede ver el surgimiento de la división sexual del trabajo que sería típica de la organización capitalista del trabajo —aunque las tareas domésticas fueran reducidas al mínimo y las proletarias también tuvieron que trabajar para el mercado. En su seno crecía una creciente diferenciación entre el trabajo femenino y el masculino a medida que las tareas realizadas por mujeres y hombres se diversificaban y, sobre todo, se convertían en portadoras de relaciones sociales diferentes.

Por más empobrecidos y carentes de poder que estuvieran, los trabajadores varones todavía podían beneficiarse del trabajo y de los ingresos de sus esposas, o podían comprar los servicios de prostitutas. A lo largo de esta primera fase de proletarización, era la prostituta quien realizaba con mayor frecuencia las funciones de esposa para los trabajadores varones, cocinándoles y limpiando para ellos además de servirles sexualmente. Más aún, la criminalización de la prostitución, que castigó a la mujer pero apenas molestó a sus clientes varones, reforzó el poder masculino. Cualquier hombre podía ahora destruir a una mujer simplemente declarando que ella era una prostituta, o haciendo público que ella había cedido a los deseos sexuales del hombre. Las mujeres habrían tenido que suplicarle a los hombres “que no les arrebataran su honor” —la única propiedad que les quedaba¹⁶— ya que sus vidas estaban ahora en manos de los hombres, que —como señores feudales— podían ejercer sobre ellas un poder de vida o muerte.

15 Steven Ozment (1983). *When Father Ruled: Family Life in Reformation Europe*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

16 Sandra Cavallo y Simona Cerutti (1980). “Onore femminile e controllo sociale della riproduzione in Piemonte tra Sei e Settecento”. L. Accati (ed.), *op. cit.* (pp. 346y sigs.),



El sujeto en el feminismo

Rosi Braidotti



Rosi Braidotti (1954) es catedrática de Filosofía en la Universidad de Utrecht (Países Bajos), donde fundó el Centro para las Humanidades del cual ha sido directora desde 2005 hasta 2016. Braidotti es pionera en los Estudios Europeos de las Mujeres: funda la interuniversidad SOCRATES red NOISE y la Red Temática de Estudios de mujeres ATHENA, que dirige desde 2005. *Entre sus libros se destaca Patrones de disonancia: un ensayo sobre las mujeres en la filosofía francesa contemporánea* (1991).

Fragmento seleccionado de Rosi Braidotti (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada* (Gabriela Ventureira, trad.). Barcelona: Gedisa (pp. 9-17).

Sería por cierto históricamente falso e intelectualmente pretencioso pensar que soy la primera mujer que tiene el privilegio de subir estos escalones y dirigirse a la comunidad de académicos, ciudadanos y amigos hoy reunidos aquí. Algunas vinieron antes que yo, y muchas más habrán de seguirme. Sin embargo, es con una cierta vacilación que estoy aquí, frente a ustedes, a punto de analizar el problema de la subjetividad femenina como si nunca hubiera sido tratado antes por nadie de mi género. Algunas imágenes vienen a mi mente, imágenes que quiero compartir con ustedes a manera de introducción.

Primera imagen: la Universidad de Cambridge en la década de 1920. Una mujer talentosa se pregunta, frente a los imponentes muros universitarios, por qué las mujeres tienen tan pocas oportunidades de acceder a una buena educación. A ella no le fue permitido aprender griego, latín, retórica y filosofía, de modo que tuvo que estudiar por sí misma la mayor parte de las ramas del saber. Su nombre: Virginia Woolf. Los textos: *Un cuarto propio* y *Tres guineas*.

Segunda imagen: París en la década de 1930. Una joven dotada de talento sabe que no puede ingresar en la École Normale Supérieure, la institución de educación superior más prestigiosa en el campo de las humanidades en su país, porque aún se la reserva para los hombres. Por consiguiente, no conseguirá la atención individual ni la tutoría de los más grandes maestros de su época, y aunque se le permita concurrir a la universidad estatal cercana —la Sorbona— siempre se sentirá privada de una supervisión y una formación adecuadas. Brillante y tenaz, se convertirá, no obstante, en escritora y filósofa. También bregará por los derechos de las mujeres a devenir sujetos de conocimiento y a participar activamente en los debates intelectuales de su tiempo, así como en la vida política, dado que ya habían ganado el derecho al sufragio en Francia. Dedicará la mayoría de sus escritos a desentrañar el interrogante crucial: ¿Cómo pueden las mujeres, las oprimidas, devenir sujetos por propio derecho? Su nombre: Simone de Beauvoir. Los textos: *El segundo sexo* y *Ética de la ambigüedad*.

Tercera y última imagen: Utrecht a principios de la década de la década de 1990. Dos mujeres jóvenes conversan sobre sus proyectos profesionales frente al edificio de Estudios de las Mujeres. Una de ellas pregunta: “¿Y qué harás después [de la graduación]?” La otra le contesta: “Bueno, las cosas normales que suele hacer una chica... docente, médica, profesora, diplomática, directora de museo, gerente, jefa de personal, directora de gabinete, periodista. Veremos”. La primera, sin embargo, que ha estudiado “humanidades generales” y leído sobre las escasas posibilidades de empleo para las graduadas en humanidades, tiene una perspectiva diferente: “Considerándolo bien —dice— creo que aprenderé a jugar en el mercado de valores, ¡así puedo retirarme a los 40 años y dedicarme a escribir mis *best sellers!*”.



LA GENEALOGÍA DE LA TEORÍA FEMINISTA

Hablando de y en Utrecht a principios de la última década del siglo xx y de este milenio, solo puedo acoger con beneplácito y con un sincero entusiasmo el que las mujeres hayan mejorado la imagen que tienen de sí y se valoren más a sí mismas gracias a las oportunidades educativas de que hoy disponen. Me produce un enorme regocijo la desenvuelta independencia de las jóvenes. Admiro su determinación y su autoconfianza.

En el caso de las alumnas aquí presentes, admiro aún más esas cualidades pues sé que han trabajado en el tema en sus clases de Estudios de las mujeres. Han aprendido una fundamental lección existencial a partir de la lectura de la grandeza y miseria de Virginia Woolf¹ y del genio y las frustraciones de Simone de Beauvoir.² El estudio de su propio género ha proporcionado a estas estudiantes universitarias una poderosa herramienta para el análisis y la evaluación de sí mismas. Su conocimiento de las tradiciones culturales femeninas, de la literatura, de la historia de las luchas en favor de las ideas feminista aporta una dimensión adicional a su formación universitaria: les confiere una conciencia intelectual crítica que les permite aprehender la realidad. Los estudios de las mujeres constituyen una perspectiva desde la cual es posible concebir más lúcidamente la cultura contemporánea como intersección del lenguaje con las realidades sociales.³ Saben de dónde proviene su género y por lo tanto saben que la única manera de salir es hacia delante. La conciencia feminista trasladada a la dimensión intelectual es una de las fuentes de su lucidez, autodeterminación y profesionalismo.

La conciencia —compartida hoy por muchas mujeres— de una herencia histórica profundamente negativa para el sexo femenino, asociada con una nueva sensa-

- 1 El caso de Virginia Woolf dio origen a algunas controversias dentro de la intelectualidad feminista; muchas estudiosas feministas criticaron fuertemente la relación de Woolf con el movimiento de las mujeres. Se encontrará una interesante evaluación de este debate en: Toril Moi (1985). *Sexual / Textual Politics*. Londres: Methuen. Asimismo, en el prefacio de Michèle Barret a la colección de ensayos de Virginia Woolf (1979). *Women and Writing*. Londres: The Women's press y Nueva York: Harcourt Brace [*Las mujeres y la literatura*, Barcelona: Lumen, 1981].
- 2 Recientemente se produjo una considerable polémica en lo referente a la evaluación de la vida y la obra de Simone de Beauvoir, aunque conviene aclarar que no todo el debate tiene una gran significación académica. En mi opinión, lo que rodea el legado de De Beauvoir es una mezcla de chismorreo malicioso y diatriba periodística. Para un intento de evaluación más sobrio y útil, véase: Michèle Le Doeuff (1989). *L'étude et le rouet*. París: Seuil. Véase también el ejemplar especial de Yale French Studies dedicado a Simone de Beauvoir: Yale French Studies (1986). *The education of women as philosophers*, *Signs*, vol. 12, n.º2, pp. 207-221.
- 3 Para una excelente exposición de las tradiciones culturales y literarias de las mujeres, les aconsejo el estudio de Maaike Meijer sobre la poesía femenina realizado en Utrecht: Meijer, Maaike (1988). *De lust tot lezen*. Amsterdam: Van Gennep. Véase también la investigación de doctorado de Folkkelien van Dyjk sobre la tradición de la literatura oral de las mujeres en los textos bíblicos. Asimismo, es particularmente importante la investigación de Anja Kosterman sobre la construcción de un lenguaje teológico alternativo para referirse a lo divino de la teología feminista.

ción de orgullo, producto del conocimiento de que las luchas de las mujeres en el contexto de la modernización y la modernidad han logrado transformaciones de envergadura en el estatuto de las mujeres, constituye un fenómeno ampliamente analizado y teorizado como el problema de la subjetividad femenina.

El campo de indagación conocido como estudios de las mujeres, desarrollado cuantitativa y también cualitativamente durante los últimos cincuenta años, es, por así decirlo, la progenie intelectual y teórica de las ideas generadas por el movimiento de las mujeres.⁴ Analistas dedicadas a esta temática tales como Catharine Stimpson y Hester Eisenstein distinguen tres fases en el desarrollo de este campo de estudio. La primera se centra en la crítica al sexismo entendido como una práctica social y teórica que crea diferencias y las distribuye según una escala de valores de poder. La segunda apunta a reconstruir el conocimiento partiendo de la experiencia de las mujeres y de las formas de entender y representar las ideas desarrolladas dentro de las tradiciones culturales femeninas. La tercera fase enfoca la lente en la formulación de nuevos valores generales aplicables a la comunidad en su conjunto. Estas tres etapas se hallan intrínsecamente vinculadas y el proceso de desarrollarlas se produce, como es obvio, simultáneamente. Además, dejan claro que las ideas y la perspectiva crítica desarrolladas dentro de los estudios de las mujeres no incumbe solamente a estas sino que implica la transformación de los valores generales y de los sistemas de representación. Por consiguiente, la cuestión del sujeto femenino no es únicamente un problema para las mujeres. Permítanme ampliar un poco más el tema.

[...]

En otras palabras, la categoría *Mujer*, pese a las diferencias que ciertamente existen entre las mujeres individuales, se identifica claramente como una categoría asignada por supuestos comunes culturalmente impuestos. Por muy diferentes que sean en otros aspectos, todas las mujeres se hallan excluidas de la

4 Para una visión esclarecedora del desarrollo producido en este campo de estudios en Holanda, véase: Brouns, Margot (1988). *Veertien jaar vrouwenstudies in Nederland: Een overzicht*. Groninga: RION. Sobre la evolución de los estudios de las mujeres en Estados Unidos, véase el Ford Foundation Report, de Catharina Stimpson y Nina Kressner Cobb (1986). *Women's Studies in the 90s*. Nueva York: Ford Foundation. Para un panorama europeo, véanse los debates de la conferencia organizada conjuntamente por la revista *Les Cahiers du Grif* y la Comisión Europea, en Bruselas, en febrero de 1988, denominada "*Women's Studies Concepts and Reality*". Si se desea una introducción más metodológica, véanse: Gloria Bowles y Renate Duelli-Klein (comps) (1983). *Theories of Women's Studies*. Londres: Routledge y Paul Kegan. En lo referente a la intersección de sexo y género, véase Akasha Gloria Hull, Patricia Bell Scott y Barbara Smith (comps.) (1982). *All the Women Are White, all the Blacks Are Men, but some of Us Are Brave: Black Women's Studies*. Old Westbury, NY: The Feminist Press. En la investigación realizada en Utrecht sobre las teorías de los estudios de la mujer, se encuentra el proyecto de tesis de Hélène Mijnhout, quien está analizando los orígenes y la función del concepto de "esencialismo" en el feminismo contemporáneo.



educación superior. ¿Por qué? Porque esta cultura tiene una cierta idea preestablecida de la Mujer, cuya consecuencia es la exclusión de todas las mujeres de los derechos a la educación. Tal es la representación tradicional de la Mujer como irracional, hipersensible, destinada a ser esposa y madre. La Mujer como cuerpo, sexo y pecado. La Mujer como “distinta de” el Hombre.

Esta representación constituye la negación de la subjetividad de las mujeres, y el resultado de ello es su exclusión de la vida política e intelectual. Aun en la esfera de la “vida privada”, la Mujer no goza de la misma libertad que el Hombre en lo concerniente a la elección emocional sexual: se espera que nutra y sirva de sostén al ego y los deseos masculinos; su propio ego no está en cuestión. Virginia Woolf dedicó varias páginas memorables al análisis de la función especular que cumplen las mujeres, argumentando que esta actividad de levantar el ego exige que la mujer parezca más débil, más incompetente y menos perfectible que el varón. En este aspecto, cabe considerar algunas de las quejas misóginas tradicionales contra la supuesta incompetencia intelectual y moral de las mujeres como una mera técnica retórica cuyo objetivo es construir al Hombre elevándolo a la categoría de modelo ideal. La misoginia no es un acto irracional de odio a la mujer sino más bien una necesidad estructural, un paso lógico en el proceso de construir la identidad masculina oponiéndola —es decir, rechazando— a la Mujer. Consecuentemente, la Mujer se vincula con el patriarcado por la negación.

La paradoja de ser definida por otros reside en que las mujeres terminan por ser definidas como otros: son representadas como diferentes del Hombre y a esta diferencia se le da un valor negativo. La diferencia es, pues, una marca de inferioridad.

El clásico argumento de la misoginia —una tendencia muy persistente en nuestra cultura— pretende que esta diferencia, entendida como inferioridad, constituye un rasgo natural. Para el misógino, la biología o la anatomía es simplemente un destino, y el cuerpo de la mujer, al que considera único por su capacidad reproductora, es inferior al de los hombres en los demás aspectos.

Desde el siglo xviii, la posición feminista consistió siempre en atacar los supuestos naturalistas acerca de la inferioridad intelectual de las mujeres, desplazando las bases del debate hacia la construcción social y cultural de las mujeres como seres diferentes. Al efectuar tal desplazamiento, las feministas enfatizaron el reclamo de la igualdad educativa como un factor capaz de disminuir las diferencias entre los sexos, por cuanto estas diferencias son la fuente de la desigualdad social. En *Tres Guineas* Virginia Woolf escribe lo siguiente:

Cabría inferir entonces el hecho indiscutible de que “nosotras” —esto es, un todo compuesto de cuerpo, cerebro y espíritu e influido por la memoria

y la tradición— debemos diferir no obstante en algunos aspectos esenciales de “vosotros”, cuyo cuerpo, cerebro y espíritu han sido capacitados de un modo tan diferente e influidos por la memoria y la tradición de una manera tan distinta. Aunque veamos el mismo mundo, lo vemos a través de ojos diferentes. Cualquier ayuda que podamos darles debe ser diferente de la ayuda que ustedes pueden darse a sí mismos, y tal vez el valor de esa ayuda estribe en el hecho mismo de esa diferencia.

Diez años después Simone de Beauvoir llega aún más lejos en su argumento contra la manera dualista —vale decir, opuesta— de presentar las diferencias entre los sexos. En su opinión, las mujeres representadas y construidas como diferentes por una sociedad que necesita excluirlas de las áreas cruciales de la vida cívica: no solo de la universidad y la política organizada, sino también del gerenciamiento, la Iglesia, el ejército, los deportes competitivos, etc. La diferencia u “otredad” que las mujeres corporizan resulta necesaria para sostener el prestigio del “uno”, del sexo masculino en cuanto único poseedor de subjetividad entendida como *habilitación* para participar activamente en todos estos campos. En otras palabras, De Beauvoir considera que la descalificación del sujeto femenino es una necesidad estructural de un sistema que construye las diferencias como oposiciones, lo cual constituye la mejor manera de afirmar las normas, el estándar normal: lo masculino.

Al analizar la posición de la Mujer como las mujeres de los hombres, Beauvoir destaca, aunque solo sea para condenarlo, el concepto de racionalidad —o de razones teóricas—, que no es sino el instrumento por excelencia de la dominación masculina. De ese modo desata el nudo que durante siglos mantuvo unidos el uso de la razón y el ejercicio del poder. En la perspectiva feminista así definida existe un lazo entre la racionalidad, la violencia y la masculinidad.

Este supuesto lleva a cuestionar los fundamentos mismos y la presunta neutralidad del discurso racional. La teoría feminista critica los mitos y mistificaciones que rodean a la Mujer, entendida como el constructo de la imaginación del varón, una teoría que inaugura una tradición cuyo objetivo es subvertir la sistemática descalificación y denigración del sujeto femenino. De acuerdo con el feminismo, los hombres se han apropiado de *jure* de la facultad de la racionalidad, y han confinado de facto a las mujeres a la irracionalidad compulsiva, a la insensatez, a la inmanencia y a la pasividad.

Este abordaje intelectual de la problemática de las mujeres marca uno de los momentos más significativos en la historia de las ideas feministas. El momento fundacional de la historia feminista es la afirmación de un lazo entre todas las mujeres, de una relación entre ellas que existe en la medida en que comparten la misma categoría de diferencia entendida como negativa. Al declarar que ella no podía pensar adecuadamente en su propia existencia individual sin tomar

en cuenta la condición general de las mujeres y, además, la categoría de Mujer como construcción patriarcal, De Beauvoir sienta las bases para una nueva clase de sujeto femenino: una categoría política y teórica “sujeta al cambio”, como dijo Nancy Miller (1986)⁵ o, para citar a Teresa de Laurentis (1986 y 1987)⁶, un “sujeto feminista femenino”.

La pensadora feminista femenina toma como objeto de estudio la experiencia de las mujeres y la categoría de Mujer, y lo hace no solo para comprender el mecanismo de descalificación de su género, sino también para liberar a la noción de Mujer de la red de semiverdades y prejuicios adonde la confinó el patriarcado. A partir de Simone de Beauvoir algunas feministas trabajaron con miras a alcanzar una definición más apropiada de la categoría Mujer, y analizaron la opresión femenina como una descalificación simbólica simultánea por otra parte del patriarcado y como una explotación concreta en la sociedad patriarcal. Asimismo, defendieron una doble visión: criticar la construcción de la femineidad según el modo opresivo y descalificador característico del patriarcado y, al mismo tiempo, convertir las tradiciones culturales y las modalidades cognitivas de las mujeres en una fuente de afirmación positiva de otros valores.

Al hacerlo, las teóricas feministas situaron el tema de la subjetividad en el marco de las cuestiones relativas a los derechos y a la autoridad, es decir, al poder. Se establece pues una conexión entre la política y la epistemología, consideradas como términos de un proceso que construye también al sujeto en cuanto agente material y semiótico.⁷

En mi opinión, el feminismo constituye la pregunta; la respuesta es el empoderamiento de la subjetividad femenina en el sentido político, epistemológico

5 Nancy Miller(1986). *Subject to change*, en T. de Laurentis, *Feminist Studies/ Critical Studies*. Bloomington: Indiana University Press.

6 Teresa De Laurentis (1986). *Feminist Studies// Critical Studies*. Bloomington: Indiana University Press.

Teresa De Laurentis, (1987). *Technologies of Gender*. Bloomington: Indiana University Press.

7 Sobre epistemología feminista véanse: Sandra Harding y Merrill B. Hintikka, (comps.) (1983). *Discovering Reality*. Boston: Kluwer Academic Pub.; Sandra Harding (1986). *The Science Question in Feminism*. Ithaca: Cornell University Press; Evelyn Fox Keller (1983). *A Feeling for the Organism*. Nueva York: Freeman; Evelyn Fox Keller (1985). *Reflections on Gender and Science*. New Haven: Yale University Press. [*Reflexiones sobre género y ciencia*. Barcelona: Península, 2002]. Sobre el conocimiento y el poder, véanse: Irene Diamond y Lee Quinby (comps.) (1988). *Feminism and Foucault*. Boston: Northeastern University Press. La relación entre el conocimiento teórico, especialmente el filosófico, y la diferencia sexual constituye el foco de la investigación de la tesis de Joke Hermsen, realizada aquí en Utrecht, que versa sobre la recepción de las ideas filosóficas en los textos femeninos (estudios de caso: Belle van Zuylen, Lou Andreas Salomé e Ingeborg Bachmann). Christien Franken está investigando la estética feminista con el propósito de analizar diferentes ejemplos históricos sobre la recepción de las ideas estéticas por parte de las artistas mujeres (estudios de caso: Virginia Woolf, Anita Brookner y A. S. Byatt).

y experiencial. Por empoderamiento me refiero tanto a la afirmación positiva (teórica) como a la promulgación concreta (social, jurídica, política).

La experiencia es la noción central que sustenta este proyecto; la experiencia de las mujeres en la vida real que Adrienne Rich expresa tan vigorosa y bellamente en la idea de “política de localización”. La política de localización significa que el pensamiento, el proceso teórico no es abstracto, universalizado, objetivo ni indiferente, sino que está situado en la contingencia de la propia experiencia y, como tal, es un ejercicio necesariamente parcial. En otras palabras, la propia visión intelectual no es una actividad mental desincardinada; antes bien, se halla estrechamente vinculada con el lugar de la propia enunciación, vale decir, desde donde uno realmente está hablando. La obra de Mieke Bal sobre la focalización y el género constituye un ejemplo excelente de este concepto de localización.⁸

No se trata de relativismo sino, en todo caso, de un enfoque topológico del discurso donde la posicionalidad resulta crucial. La defensa feminista de los “saberes situados”, para citar a Donna Haraway (1988)⁹, choca con la generalidad abstracta del sujeto patriarcal. Lo que está en juego no es la oposición entre lo específico y lo universal, sino más bien dos maneras radicalmente diferentes de concebir la posibilidad de legitimar los comentarios teóricos. Para la teoría feminista, la única manera coherente de hacer acotaciones teóricas generales consiste en tomar conciencia de que uno está realmente localizado en algún lugar específico.

En el marco conceptual feminista el sitio primario de localización es el cuerpo. El sujeto no es una entidad abstracta sino material, incardinada o corporizada. El cuerpo no es una cosa natural; por el contrario, es una entidad socializada, codificada culturalmente; lejos de ser una noción esencialista, constituye el sitio de intersección de lo biológico, lo social y lo lingüístico, esto es, del lenguaje entendido como el sistema simbólico fundamental de una cultura.¹⁰ Las teorías

8 Véase, por ejemplo: Bal, M. (1985). *De theorie van vertellen en verhalen*. Muiderberg: Dick Coutinho.; Bal, M. (1988). *Death and Dissymetry*. Chicago: University of Chicago Press. Contribuyen significativamente a este tipo de investigación las obras de las teóricas del cine feminista, para quienes la noción de perspectivas parciales resulta de suma importancia. El trabajo de investigación sobre este problema que se está realizando hoy en Utrecht incluye el proyecto de tesis de Anneke Smelik sobre el sujeto femenino de la visión en el cine hecho por mujeres y en la teoría fílmica feminista contemporáneos, cuyo énfasis recae en la subjetividad y el placer.

9 Donna Haraway (1988). Situated knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminism Studies*, vol. 14, n.º3, pp. 65-107.

10 Aquí utilizo el término *simbólico* en el sentido estructuralista tradicional, según la obra de Claude Lévi-Strauss sobre las estructuras y los mitos, y, lo que es más importante, según la obra de Jacques Lacan sobre el psicoanálisis y el inconsciente. El término *simbólico* ha sufrido algunas redefiniciones drásticas en manos de las teóricas feministas. Especialmente relevante al respecto es la obra de Luce Irigaray. Para una investigación en curso sobre Irigaray, los remito a la tesis de Anne-Clans Mulder acerca de la noción de lo divino y de la encarnación.



feministas de la diferencia sexual asimilaron la perspectiva crítica de las teorías dominantes de la subjetividad a fin de desarrollar una nueva forma de “materialismo corporal”, que define el cuerpo como una interfaz, un umbral, un campo de fuerzas intersecantes donde se inscriben múltiples códigos. Según Gayatri Spivak,¹¹ el cuerpo incardinado no es una esencia ni un destino biológico, sino más bien la propia localización primaria en el mundo, la propia situación en la realidad. El énfasis puesto en el incardinamiento, o sea en la naturaleza situada de la subjetividad permite a las feministas elaborar estrategias destinadas a subvertir los códigos culturales.¹² Ello obliga a reconsiderar las propias estructuras conceptuales de las ciencias biológicas,¹³ a recusar los elementos del determinismo, físico o psíquico, del discurso científico¹⁴ y también a refutar la idea de la neutralidad de la ciencia señalando el papel importante desempeñado por el lenguaje en la elaboración de los sistemas de conocimiento.¹⁵

11 Sobre todo en sus ensayos escogidos; Gayatri Chakravorty Spivak (1988). *In Other Words*. Nueva York: Routledge y Kegan Paul.

12 En este aspecto, la obra de materialistas corporales feministas tales como Donna Haraway cobra mayor significación cuando se la lee junto con la obra de Gilles Deleuze, cuya conceptualización de la múltiple y compleja naturaleza del yo corporal es sumamente interesante. Un brillante intento de analizar el problema del incardinamiento desde una perspectiva feminista es la tesis de licenciatura de Mieke Bernink, terminada en 1989. El proyecto de la disertación de doctorado de Monique Scheepers, quien está investigando la obra de Deleuze y su especial significación para el feminismo, apunta a delinear la estructura conceptual de la obra de ese autor con referencia al género.

13 La crítica feminista a la biología cuenta con una larga tradición que se extiende desde Evelyn Fox Keller y Donna Haraway, ya mencionada, hasta Ruth Bleier (véase: Bleier, R. (1984). *Gender and Science*. Nueva York: Pergamon. y Hubbard y Lowe (véase: Hubbard, R. y Lowe, M. (1983). *Women's Nature: Rationalizations of Inequality*. Londres: Pergamon.). Actualmente, los trabajos hechos en Utrecht en este campo incluyen la investigación de licenciatura de Inés Orobio de Castro, quien está estudiando el discurso médico y psicológico en torno al transexualismo, así como la investigación de grado de Ineke van Wingerden sobre las implicaciones bioculturales de la medicalización del proceso de envejecimiento en las mujeres.

14 A este respecto, es de suma importancia la obra de Evelyn Fox Keller, especialmente: Fox Keller, E. (1983) *A Felling for the Organism*. Nueva York: Freeman. La investigación que se realiza actualmente en Utrecht en esta área corresponde a la tesis de doctorado en curso de Christien Brouwer sobre las metáforas de género en el discurso de la fitogeografía decimonónica.

15 En el presente, se dedican muchas obras a evaluar los méritos propios y comparativos de estas dos escuelas de pensamiento desde una perspectiva feminista. En lo que concierne a la escuela francesa, permítanme remitirlos a mi libro: Braidotti, R. (1991). *Patterns of Dissonance: A Study of Women in Contemporary Philosophy*. Nueva York: Routledge. La investigación que se está llevando a cabo sobre este tópico en Utrecht incluye el trabajo de Denise da Costa sobre la escuela francesa, quien pone el acento en la *écriture féminine*. En cuanto a la tradición alemana, véanse: Seyla Benhabib y Drucilla Cornell (comps.) (1987). *Feminism as Critique*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [Teoría feminista y teoría crítica. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 1990] La investigación que se está realizando en esta área corresponde a la disertación de doctorado de Evelyn Tonkens, quien explora la relación entre la femineidad y la profesionalidad. Véase también la disertación de A. van den Dulk sobre racionalidad y epistemología. Si se desea comparar las dos tradiciones teóricas, especialmente en términos de cuestiones éticas y políticas, véase el importante trabajo de Baukje Prins (1989). *Women, Morality and the Problem of Exclusion: A Critical Inquiry into the Ethical Theories of Jurgen Habermas and Nel Nodding*. Tesis de Maestría, Universidad de Girona.

Para el análisis feminista, la cultura patriarcal es un sistema que ha codificado los sujetos incardinados en términos específicamente sexuales de acuerdo con la más antigua de todas las dicotomías: varón/mujer. En consecuencia, los sujetos se diferencian principalmente por el sexo, aunque también estén estructurados por otras variables igualmente poderosas, de las cuales las más importantes son la raza y la etnia. La dicotomía sexual que marca nuestra cultura situó sistemáticamente a las mujeres en el polo de la diferencia, entendida como inferioridad respecto de los hombres.

La pregunta feminista femenina es, entonces, de qué manera afirmar la diferencia sexual no como “el otro”, el otro polo de una oposición binaria convenientemente dispuesta para sostener un sistema de poder, sino, en todo caso, como el proceso activo de potenciar la diferencia que la mujer establece en la cultura y en la sociedad. La mujer no es ya *diferente de* sino *diferente para* poner en práctica nuevos valores.

La rehabilitación de la diferencia sexual permite reconsiderar las demás diferencias: de raza o etnia, de clase, de estilo de vida, de preferencia sexual, etc. La diferencia sexual representa la positividad de las múltiples diferencias, en oposición a la idea tradicional de la diferencia como “peyorativización” (*pejoration*).



El feminismo latinoamericano: cartografía preliminar

María Luisa Femenías



María Luisa Femenías (1950) es filósofa feminista, académica, investigadora y escritora argentina. Doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y profesora titular de Antropología Filosófica en la Universidad Nacional de La Plata. Ha sido pionera en los estudios de género en Argentina, en sus proyectos de investigación ha trabajado la noción de sujeto e identidad centrándose en cuestiones de multiculturalidad, exclusión y violencia contra las mujeres en América Latina. Su trabajo fue clave para la consolidación del Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad Nacional de la Plata. En 2016 recibió el premio nacional Fundación Konex. Entre sus publicaciones destacan *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler* (2000), *Multiculturalismo, identidad y violencia* (2013) y *Los ríos subterráneos. Violencias cotidianas* (2013).

Fragmento seleccionado de María Luisa Femenías (2006). “El feminismo latinoamericano: cartografía preliminar”. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, n.º 19. Valencia: Universitat de València (pp. 45-53).

El objetivo de este breve trabajo es mostrar algunos retazos del complejo damero que es América Latina, y consiguientemente sus feminismos. Con todo, a pesar de sus diferencias tanto geográficas como económico-culturales, algunas voces y reclamos se aúnan a partir de ciertas experiencias compartidas. Algunas poco felices como es el caso de la violencia. Dato no menor, si se tiene en cuenta que la mayor parte de nuestros países ha padecido profundas y dolorosas discontinuidades institucionales, de las que ni la práctica del feminismo, ni el movimiento de mujeres en general, ni la reflexión teórica en particular han quedado al margen.¹ Para todos los países de América Latina, en mayor o en menor medida, es necesario reconocer la debilidad o juventud de nuestras democracias —debido a factores externos e internos— y, consecuentemente, es preciso tener en cuenta cómo la política y los desarrollos teóricos feministas recogen esa experiencia a la vez que, para adoptar un concepto de Ana Bidegain, exhiben la capacidad de resiliencia de las mujeres. Es decir, su fuerza y su aptitud para enfrentar las diferentes formas de violencia económica, territorial, legal, simbólica, física, moral, ofreciendo alternativas positivas aun en las peores circunstancias.²

En general, sobre los amplios movimientos de mujeres más o menos espontáneos, las corrientes feministas se tensan entre Ilustración-posmodernidad, universalismo-particularismo, estructuralismo-pragmatismo, modelos de la filosofía continental y de la estadounidense. No obstante, ni las teorías ni las prácticas quedan al margen de su recuperación *localizada*. En ese sentido, la traslación, traducción y apropiación de las teorías —nunca ingenua— permite marcar coincidencias, disidencias y *autoctonías*. Al mismo tiempo, se apropia del feminismo estadounidense y de la potencia de un feminismo ilustrado como el de Celia Amorós, al que más recientemente se suma la crítica post-estructuralista francesa. En su deambular por los territorios latinoamericanos, todas esas teorías se han ido transformado, se han enriquecido, revitalizado y encarnado³ constituyendo un humus heterogéneo y fructífero. A mi modo de ver, es relevante que el feminismo se haya instalado en América Latina como una suerte de contracultura que permea las estructuras sociales, sobre todo las de resistencia.

Precisamente por eso emerge en al menos dos vertientes: una potente resignificación de los conceptos y un conjunto de prácticas novedosas y efectivas. Huelga advertir que ambos aspectos van de la mano y que su diferenciación res-

1 María Luisa Femenías (2005). *Perfiles del Pensamiento Iberoamericano*, 2, Buenos Aires, Catálogos, 9-19.

2 Ana María Bidegain y María Angélica Ospina (2005). "Resistencia y resiliencia: las organizaciones de mujeres ante la crisis colombiana actual". *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires.

3 Claudia de Lima Costa (2002). "Repensando el género: Tráfico de teorías en América Latina". María Luisa Femenías (comp.). *Perfiles del feminismo Latinoamericano*. Vol. Vol. 1, Buenos Aires.

ponde solo al análisis.⁴ En principio, las mujeres han acumulado un capital simbólico propio gracias a procesos múltiples de apropiación y de resignificación. Si, como lo ha señalado Celia Amorós, “la retórica ilustrada de la emancipación, de la autonomía, y de otras cosas semejantes, es y sigue siendo en el infinito juego de resignificaciones una adecuada y eficaz aliada de la lucha de las mujeres”, en manos de las mujeres latinoamericanas esta maniobra ha tenido fuerte incidencia.⁵ Prueba de ello es la forma en que han remontado uno de los caminos más arduos, los períodos de interrupción de la democracia, donde buena parte de su energía se ha canalizado no sólo en reivindicar sus propios derechos sino los de la ciudadanía en general.

Ahora bien, toda discusión internacional sobre el feminismo en América Latina tiene que responder al menos a dos desafíos: 1) que es una *ideología extranjera*; es decir, importada de Europa o de Estados Unidos de Norteamérica en tiempos relativamente recientes, y 2) que *no ha hecho ningún aporte significativo* porque en verdad *solo va a la zaga* de las corrientes internacionales.⁶ La primera cuestión remite al *problema del origen* y la segunda, al de la *importancia* —en caso de haberla— de *sus aportaciones*.⁷ Convengamos que “origen” tiene al menos una doble acepción, como comienzo cronológico (y a ese apuntaremos en primer término) y como motivación o interés. En su primer sentido, podríamos apelar a un conjunto contundente de argumentos filosóficos (que van desde Nietzsche a Butler, pasando por Foucault y Deleuze) para advertir de las dificultades e inconveniencias de apelar a nociones como *primero* u *origen*. Podríamos incluso denunciar con Celia Amorós los *pudenda origo*, para intentar la construcción de genealogías (por lo general cooptadas para las mujeres), en tanto se oponen a la búsqueda del origen. Porque, como sostiene Foucault, el genealogista necesita de la historia para conjurar dicha quimera.⁸ Para, en consecuencia, concluir que la pregunta por “el origen” lo es solo por una ficción ideológica, más simbólica que real. Sin embargo, es importante advertir que los centros hegemónicos no solo se preguntan repetidamente por el origen, sino que apelan a él como a una “primogenitura simbólica”, a la manera de principio legitimador. Es decir que —aunque constructo simbólico— lo reclaman para sí al tiempo que lo descalifican.

Sea como fuere, las feministas estadounidenses invocan, como se sabe, la Convención de Seneca Falls (1848) como su partida de nacimiento simbólica.

4 María Luisa Femenías (2005). *Aportes del feminismo Iberoamericano*, Montevideo, Centro Cultural España, noviembre 15.

5 Celia Amorós (1996). “Revolución francesa y crisis de legitimidad patriarcal”. *Hiparquia*, Buenos Aires, AAMEF. 18-19.

6 Amy A. Oliver (2002). “El feminismo compensatorio de Carlos Vaz Ferreira”. *Argentina, Catálogos*.

7 Otra versión puede consultarse en *Aportes del feminismo Iberoamericano*, Montevideo, Centro Cultural España, 15 de noviembre, 2005.

8 Michel Foucault (1976). *Arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 8-11.

Las francesas, la Declaración de Olympe de Gouges sobre los Derechos de la Mujer y las Ciudadanas (1793). En América Latina, podríamos presentar a la mexicana Juana Inés de la Cruz (1651-1695), figura sin parangón en la metrópoli imperial, *primera feminista* de América al decir de Octavio Paz. Décima Musa, como se la denominó desde el siglo xvii, que se autoafirmó —y por extensión afirmó como sujeto a todas las mujeres— sobre todo cuando en 1691 elaboró su famosa Respuesta a Sor Pilotea.⁹ Y si bien por siglos fue una máxima expone, ni fue la única ni quedó sin herederas.

Respecto del “origen”, entendido como motivación o interés, ya Petrona Rosende encabezó su revista *La Aljaba* (Buenos Aires, 1830) bajo la reclamación de educación y derechos de ciudadanía para las mujeres como acto de justicia. Más tarde, Juana Manso en *Álbum de Señoritas* lo enuncia sencillamente: “Todos mis esfuerzos serán consagrados a la ilustración de mis compatriotas y tenderán a un único propósito emancipar de las preocupaciones torpes y añejas que les prohíben hasta hoy hacer uso de su inteligencia, enajenando su libertad y hasta su conciencia a autoridades arbitrarias [...] quiero probar que la inteligencia de la mujer, lejos de ser un absurdo, un defecto, un desatino o un crimen, es su mejor “adorno”, su verdadera fuente de virtud [...]”.¹⁰ Con claridad y precisión, Manso define el origen de su lucha en términos de motivos y razones suficientes.¹¹

No parece admisible, por tanto, la imputación de que las feministas de América Latina solo nos venimos a sumar *recientemente* a una “moda” extranjera, mostrando así un rasgo más de nuestra colonización cultural. Nada hay de foráneo en las reclamaciones de las mujeres de América Latina. Se trata más bien de una larga tradición constantemente renovada. Se alimenta de la propia experiencia en un deambular/traslación/traducción y apropiación enriquecida de teorías.¹² Las improntas teóricas que mencionamos antes se localizan, es decir, al abandonar sus contextos originarios e incorporarse a los nuestros se enriquecen en un proceso hermenéutico de *traducción cultural*, de juegos interpretativos (re)creativos, fundamentales para su supervivencia. Esto explica también por qué en el siglo xix el feminismo no fue un fenómeno circunscrito a México o a Buenos Aires, sino que se extendió a lo largo y a lo ancho de América Latina.¹³ Entre otras cosas, porque la idea de América Latina como “Patria Grande” no admitía las fronteras actuales entre nuestros países. Así, de la mano de las guerras de la independencia

9 Susana Zanetti (1995). *Sor Juana Inés de la Cruz. Primero Sueño y otros textos*, Buenos Aires, Losada: 51.

10 Buenos Aires, *Álbum de Señoritas*, 1854: 1-2.

11 Graciela Batticuore (2005). *Lo muy romántico*, Buenos Aires, Edhasa; C. Iglesia (comp.) (1993). *El ajuar de lo patria*, Buenos Aires, Feminaria.

12 Celia Lima-Costa (2002). “Repensando el género: Tráfico de teorías en América Latina”.

13 Graciela Batticuore (1999). *El taller de la escritora; Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti: Lima-Buenos Aires (1876/7-1892)*. Rosario: Beatriz Viterbo editora.

y de su ideario libertario, un conjunto notable de mujeres reivindicó sus derechos y esperó vanamente que “los preclaros varones forjadores de la patria” las reconocieran como ciudadanas e iguales.¹⁴ Luego, las guerras civiles, las invasiones, el hambre, las dictaduras las obligaron a organizarse y resistir.¹⁵

El problema de las aportaciones del feminismo de América Latina —nuestro segundo inciso— requiere también de muchas precisiones que, por cuestiones de tiempo y de espacio, ahora no es posible hacer. Solo a la manera de *llamado de alerta*, conviene tener presente, por un lado, un conjunto de cuestiones vinculadas a la equifonía, el *logos* con autoridad y la credibilidad equivalente.¹⁶ Entramados en redes de poder hegemónico, estas dificultades impiden o, al menos, disminuyen la importancia del feminismo en América Latina, tejiendo —quizá— un velo que lleva al desconocimiento. Por otro, y no menor, es el problema que se vincula con las cronologías vigentes que responden a procesos de realidades histórico —sociales diversas y políticamente hegemónicas. Nuestras “olas” feministas obedecen a ciertos ciclos propios, que a veces poco tienen que ver con los ritmos que suelen dar legitimidad a las periodizaciones internacionales.¹⁷ Siguiendo nuestros pulsos localizados y ni siquiera válidos para América Latina como un todo, nuestra experiencia feminista ha ido —respecto de las clasificaciones canónicas— a la vanguardia o a la zaga; pero siempre limitada o cancelada por una construcción de conjunto que muchas veces hizo de América Latina una entidad homogénea entre exótica y promisoría.¹⁸ Esas huellas están presentes en buena parte de la bibliografía actual de las feministas latinoamericanas, porque lo que con iluminista optimismo proclamaron las sufragistas decimonónicas de las tertulias, en muchos casos no se ha cumplido aun plenamente. Pero dejemos de lado ese espinoso y complejo terreno.

Desde luego, también se han legitimado prácticas feministas que han demarcado nuevos significados, en cuya visibilidad no podemos ahondar ahora, pero que dan cuenta de un proceso amplio, gradual y sostenido de integración tanto del movimiento de mujeres como del feminista, con hondas huellas imposibles negar; telón de fondo del accionar cotidiano. Desde esta doble operación teórico-

14 Elida Aponte Sánchez (2005). “la Revolución Bolivariana de Venezuela y las Mujeres”. *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, 2, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires, pp. 123-156; Francine Masielo (1994). *La mujer y el espacio público*, Buenos Aires, Feminaria Editorial; O. Schutte (1993). *Cultural identity and social liberation in Latin American thought*. Albany, Suny Press.

15 Ana María Bidegain y Ana M. Ospina (2005.). “Resistencia y resiliencia: las organizaciones de mujeres ante la crisis colombiana actual”. *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, 2, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires, p. 157.

16 M. Isabel Santa Cruz (1992). “Sobre el concepto de igualdad: algunas observaciones”, en *Isegoría*, Núm 6. Coordinada por Célia Amorós Puente: 147.

17 María Luisa Femenías (2005c). “Feminismos en Argentina”. *Labrys, études féministes / estudios feministas* Núm. 9.

18 María Luisa Femenías (2002b). “El feminismo latinoamericano ante el desafío de las diferencias” *Debats*, Revista de cultura, poder i societat Núm. 76. Primavera. 56 y sigs.

práctica, el feminismo latinoamericano ha contribuido con *aportaciones significativas*. Subrayo esto porque aun cuando en general el *Primer Mundo* (en especial el angloparlante) proyecte sobre nosotras sus categorías, hetero designándonos como dependientes, exóticas, más próximas a la naturaleza, poco confiables, *naïves* o simplemente inferiores, podemos responder desde un *locus inesperado*. Precisamente, este *locus inesperado*, este lugar en el que no se espera que estemos, nos inscribe —en términos de Butler— como *sujetos-agente*.

En síntesis, el feminismo latinoamericano tiene *en propia voz algo que decir*. Ante la imposibilidad fáctica de historiar como un todo en estas páginas al feminismo de América Latina, y ni siquiera trazar sus líneas más relevantes, sea teóricas o prácticas, me limitaré a ofrecer unos pocos ejemplos. Por tanto, mencionaré algunas aportaciones cuya novedad radica en el sentido mismo de la resignificación, lo que constituye de por sí una apropiación e aportación interesante a otros tantos conceptos tradicionales. El primero es la elaboración de la *frontera* de Gloria Anzaldúa. A continuación, el *criptograma de la violencia* en el análisis de Rita Segato. En tercer lugar, la figura del *huacho* tal como la ha desarrollado Sonia Montecino, en relación con la figura de la virgen-madre. Por último, el atravesamiento de la categoría de género con la de etnia problematiza la relación de las mujeres de color con su propia historia, fracturando identificaciones, tal como muestra el análisis de Marie Ramos Rosado.

He elegido adrede teóricas de diversos países de origen y de residencia, aunque por cierto el mapa es incompleto debido a limitaciones que ya hemos advertido. Tampoco me detendré en el problema de la *resignificación de las prácticas* por las mismas razones. Solo para dar mínima cuenta de su importancia, me basta mencionar la resignificación de la noción de “maternidad” con las Madres de Plaza de Mayo,¹⁹ el Movimiento Colombiano de Mujeres por la Paz,²⁰ las mujeres de Nuestras Hijas de Regreso a Casa de México.²¹ Imposible separar —como se sigue de estos ejemplos— al movimiento feminista del de mujeres a pesar de las dificultades de articulación. No siempre relacionados armoniosamente, han visibilizado sin embargo conjuntamente el potencial que las mujeres de América Latina mantienen en pie desde hace siglos. Con Flora Tristán, “Empezáis a comprender, vosotros, hombres, que ponéis el grito en el cielo antes de querer analizar la cuestión de por qué reclamo yo derechos para la mujer”.²²

19 Nora Domínguez (2005). “La toma de la palabra”. *Aportes del feminismo Iberoamericano*, ed. María Luisa Femenías. Montevideo, Centro Cultural España.

20 Ana María Bidegain, Ana M. Ospina (2005). “Resistencia y resiliencia: las organizaciones de mujeres ante la crisis colombiana actual”. *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, 2, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires.

21 Rita Segato (2005). “Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez”. *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, 2, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires.

22 Unión Obrera, 1843.



DIALÉCTICA DE LA FRONTERA

Como bien lo ha señalado Amorós, las resignificaciones son un tema político. El análisis de la mexicana Gloria Anzaldúa de la frontera, como lugar de síntesis y resemantización, va en ese sentido.²³ Sabemos que en la tradición latinoamericana, la frontera ha recibido importantes tratamientos que se mueven sobre el eje civilización-barbarie; es decir, blancos-indios. Anzaldúa redefine el problema sobre un doble eje: varones-mujeres, chicanos-anglosajones en una hermenéutica transcultural que le permite iluminar el significado múltiple del lugar de las chicanas en la frontera mexicano-estadounidense. Desafiando demarcaciones políticas, lingüísticas, religiosas, económicas y simbólicas, rechaza considerar la frontera como una clara línea divisoria que *separa* dos ámbitos diferentes: el de anglosajone/as y chicana/as.

Para Anzaldúa, la frontera es mucho más. El desierto de Chihuahua se extiende a ambos lados de la línea imaginaria que separa México *del gran país del norte* (sic). No solo divide ricos de pobres, blancos de mestizos, seguridad de inseguridad, inglés de castellano, protestantes de católicos, poder hegemónico del subalterno. The *border - la frontera* es el espacio de gestación y de producción de los significados nuevos del *spanglish*. Porque la frontera no es un límite rígido que impide el paso. Por el contrario, es una suerte de membrana porosa que favorece capilarmente la circulación de los significados. No es una línea que circunscribe una geografía, sino ancho trazo cultural, que en su movilidad favorece la síntesis. No es un hilo delgado que divide el “aquí” (lo nuestro) del “allá” (lo de ellos), sino una banda inestable y fluida que contiene los lugares de la resignificación. Ahí, las chicanas son, fundamentalmente, *mediadoras* no pasivas.

Si “los varones hacen las reglas —sostiene Anzaldúa— las mujeres las transmiten: las madres y las suegras enseñan a las jóvenes a obedecer, a callar, a aceptar sumisamente la cultura de los varones y de la iglesia”. Las discriminaciones naturalizadas que padecen se suman a la ausencia de cualquier sentimiento de injusticia que las alerte; juegan de este modo un papel fundamental en el funcionamiento y la supervivencia de las mismas estructuras que las subsumen. Así mirado, son cómplices de un sistema patriarcal que permite y favorece costumbres que quizá *en el fondo no deseen*. Pero, precisamente esta suerte de identidad tradicional fuerte, que se resiste a lo *gringo*, constituye para Anzaldúa el pivote que da lugar al cambio.

En efecto, la fuerte cultura materna es el punto de anclaje de la autoafirmación *contra-identitaria* de la generación más joven de mujeres. Es el punto que permite el giro trópico (en palabras de J. Butler), *ellocus* que favorece el distanciamiento y la crítica. Así, la cultura “moderna” y “mundializada” impregna

23 Gloria Anzaldúa (1987). *Borderlands/La frontera*, San Francisco, Aunt Lute Books.

sus vidas cotidianas, resignificando en las prácticas sus cargas identitarias de *etnia* y de *género*: precisamente esta *impureza étnico-cultural* es la que resalta Anzaldúa. Los códigos prescriptivos chicanos constituyen el *a priori* histórico desde el cual resignificar y resignificarse, convirtiéndose en una suerte de *mito de origen de las estrategias de autoafirmación contraidentitaria*, con el beneficio secundario de erosionar al mismo tiempo las pautas esencializantes de la vida tanto anglo americana como chicana.

En pocas palabras, Anzaldúa muestra canales de creatividad y de resignificación *des-normativizadores*, que abonan nuevos significados y desarticulan los subtextos de género-etnia-clase. Para chicanos y gringos, donde las mujeres eran las guardianas de la identidad, ahora son las promotoras del cambio. Críticas del *statu quo*, generan una retórica eficaz que provoca nuevas afiliaciones e identificaciones. Su apropiación selectiva de diversos registros discursivos les resulta funcional para luchar por nuevos espacios de poder, de reconocimiento, de visibilización y de pertenencia. Si antes dominaban la imaginaria cultural en términos paradigmáticos de identidad esencial, ahora las mismas mujeres por *sobrecarga de identidad* (en palabras de Amorós) desafían y rechazan los *mandatos* constituyéndose en agentes de cambio y de resignificación; en factores de apropiación sociocotidiana de la ley.

CRIPTOGRAFÍA DE LA VIOLENCIA

En numerosos escritos Rita Segato examina el problema de la violencia. Desde las violaciones a los asesinatos de Ciudad Juárez, Segato se ha preocupado por desentrañar el *lenguaje cifrado de la violencia ritual*.²⁴ Segura de que no se trata de meros crímenes sexuales, los interpreta como códigos que convierten el cuerpo de las mujeres muertas y/o mutiladas en mensajes encriptados a descifrar. No son ajenos a esos códigos ni a la globalización ni al afán insaciable de acumulación y concentración desregulada de riquezas. Justamente articulan a la vez la economía monetaria y la simbólica, dueños del dinero y de la vida, operan sobre un umbral de violencia normalizada.

Una rápida descripción de las circunstancias de asesinatos que, a primera vista, se presentan como ininteligibles permite a Segato concluir que son perpetrados con *exceso de crueldad*. Mujeres de tipo físico semejante presentan evidencias de violación tumultuaria y de tortura. Se trata de uso y abuso del cuerpo de las mujeres, expropiándoselos con la intención de aniquilar su voluntad en

24 Rita Segato (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*, Bernal, UNQui-Prometeo;
Rita Segato (2004). *Antropología y Derechos Humanos: Alteridad y Ético en el movimiento de los Derechos Universales*, Universidade de Brasília, Departamento de Antropología;
Rita Segato (2005). "Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez". *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, 2, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires.



una suerte de acto *soberano alegórico*. Ahí, el asesino *legisla sobre un territorio-cuerpo que se anexa con voluntad soberana arbitraria y discrecional*, consumando simbólicamente un acto de canibalismo, físico, psicológico y moral. En ese acto, se dirige un *mensaje cifrado* a un interlocutor, física o mentalmente presente en la escena. El mensaje se emite sobre dos ejes de interlocución: el vertical que habla a la mujer y el horizontal que se dirige a los pares. La mujer agredida, violada y asesinada se comporta como *víctima sacrificial inmolada en un ritual iniciático* para que el agresor ocupe una posición de reconocimiento en la hermandad viril (la fraternía, el grupo mafioso).

Sostiene Segato que solo despejando el subtexto de género se le confiere inteligibilidad suficiente a este tipo de crímenes y a la imposibilidad de su esclarecimiento, porque en Occidente la producción de masculinidad y de feminidad se vincula a la violencia, cuyo sustrato generizado, las regulaciones de la vida cotidiana confirman, naturalizándolo. Sobre esta base, el ritual sacrificial une con vínculo inviolable a los miembros del grupo juramentado y la víctima sacrificial —como territorio dominado— es forzada a entregar el tributo de su cuerpo a la cohesión y la vitalidad del grupo. La sangre de la víctima define y sella la pertenencia esotérica de sus asesinos al grupo. Si esto es así —insiste Segato— es porque la violencia y los códigos culturales que la regulan pertenecen a un mismo orden simbólico. Se trata, por tanto, de un exceso, de una forma exacerbada de exhibicionismo en clave mafiosa, pero no de hechos que instituyan un orden simbólico de inteligibilidad diverso al que organiza las escenas de la vida cotidiana.²⁵ Estos modos —aún más allá de la ley— son *advertencia disciplinadora, en función de ejemplaridad*. Su autor hace ostentación de *cohesión, vitalidad y control territorial sobre la red corporativa que comanda*: es decir, ejerce su poder soberano incluso ante el Estado, al que desafía.

Por eso, los feminicidios se comportan como un sistema de comunicación: son mensajes, actos comunicativos violentos, cuyo texto puede ser leído, interpretado y respondido en el *mismo alfabeto de violencia cifrada* sobre los cuerpos de las mujeres. Son mensajes *en una lengua franca que funciona eficazmente para los iniciados*. De ahí la secuencia de crímenes, de ahí también la ganancia y el control territorial que anuncian y la dificultad de su esclarecimiento. El examen de Segato ilumina la lógica de muchos crímenes cometidos en territorio latinoamericano (¿solo allí?). Pero, lo más significativo es que echa luz sobre otro aspecto del subtexto de género: su capacidad de articular la violencia en la gramática de la socialización y de la cultura occidental cotidiana.

25 María Luisa Femenías (2005). "Apuntes sobre la violencia contra las mujeres". *Debats*, Revista de cultura, poder i societat Núm. 89. Verano.

LAS COMPENSACIONES DEL HUACHO

Sonia Montecillo ha elaborado una línea interpretativa original en tomo a la figura de la madre, que merece destacarse en tanto explicación alternativa y plausible al modelo tipificado del *machismo latinoamericano*.²⁶ Rastrea los modos en que la tradición del culto a la virgen María, introducida por los españoles, se consolida en la cultura latinoamericana hasta cristalizarse en sus múltiples apariciones, como modos de materialización de la identidad de los pobladores de los vastos territorios del Nuevo Mundo. Nuestra autora defiende la hipótesis de que, en nuestro continente, la alegoría mariana ha erigido un relato fundante, expresado en categorías vinculadas a lo numinoso, que resuelve nuestro problema del origen —ser hijo/a de madre india y padre español, es decir mestizos— otorgándonos una Madre Común, cuya epifanía se constituye en referente de identidad simbólico y sincrético.

Efectivamente, a diferencia de lo ocurrido en la colonización inglesa, los conquistadores españoles tomaron como esposas a las nativas. Entiendo como positivo este aspecto de mestización temprana, pero ocurrió —como documenta Montecillo— que estas esposas (frecuentemente con hijos pequeños) solían ser abandonadas. Muchas veces, al proseguir con la conquista, los caballeros españoles dejaban tras de sí, en los caseríos, a sus nuevas familias; y no era infrecuente que retornaran a España sin ellas, o simplemente que murieran (batallas, infecciones, altura, etc.). Este padre ausente engendra la figura del *huacho*, el huérfano, término que tanto significa orfandad real como desconocimiento de la identidad del progenitor masculino. Ahora bien, lo más importante es que, tomando críticamente como referencia la estructura freudiana de la personalidad, Montecino muestra de qué modo la orfandad de padre (muerte simbólica o real) implicó hasta cierto punto la sacralización de la madre institucionalizada en la figura de María. La ausencia del varón instituyó a la mujer-madre en el centro único de la escena, dotándola de caracteres omnipotentes: María secularizada y entronizada.

De modo que la figura de la mujer-madre omnipresente marca la identidad de varones y mujeres latinoamericanos, generando en los primeros la necesidad de conductas compensatorias (defensivas) frente a la omnipresencia femenina. El hueco simbólico del *pater*, en el imaginario mestizo de América Latina, se substituye con modelos exacerbados de masculinidad, figuras poderosas y violentas: el caudillo, el guerrillero, el militar. Las circunstancias históricas de la conquista y de la colonización favorecieron —sostiene Montecino— el surgimiento del fenómeno de los innumerables cultos a la virgen María y, por extensión, a santonas locales. Pero generó también secularizaciones sustitutorias como la *mama* del tango rioplatense, favoreciendo la activa participación y visibilidad de las mujeres en el espacio público. Su contracara, el tan referido machismo latinoamericano.

26 Sonia Montecino (2001). *Madres y huachos*, Santiago de Chile, Sudamericana.

ATRAVESANDO EL GÉNERO

Gracias a la denominada “estructura de la alienación”, Marie Ramos Rosado rescata la presencia histórica de lo/las negro/as en Puerto Rico.²⁷ En tanto por razones étnicas constituyeron una alteridad radical, una *extranjeridad inquietante*, en general las políticas de los estados de América Latina se estructuraron (y aún lo hacen) a partir de la supremacía blanca, la invisibilización de los negros y de los pueblos originarios y la ideología del “mejoramiento” de la raza en términos de “blanqueamiento” de la sociedad iberoamericana. Sobre un pasado de esclavitud, de la que fueron emancipados/as en diferentes períodos del siglo xix, poco se sabe en general de los itinerarios de la población negra, más allá de cierto estereotipo “exótico” con que suele promocionarse Puerto Rico como *paraíso turístico*. Menos aún se sabe de la historia y de la situación de las mujeres negras, donde la estructura económica esclavista se prolongó más allá del esclavismo legal.²⁸ Y esto, tanto respecto de su propio grupo étnico-cultural como de su relación con las mujeres blancas, con clara supremacía social aunque no siempre política.

Marie Ramos Rosado nos introduce en el terreno de la indagación de las representaciones literarias de la población negra caribeña, en especial de las mujeres, y de las dificultades técnicas y metodológicas con que se enfrenta quien quiera reconstruir su historia. En estos casos, la “igualdad” proclamada se tornó invisibilización (cuando no sojuzgamiento) de la diferencia étnica y cultural, donde la desconfirmación “del otro” implicó brutalmente la negación de su “identidad” y de su persona. Ramos Rosado remite a problemas como la doble lealtad de etnia y de género (ampliamente desarrollada por el feminismo afro-estadounidense) o las formas de subordinación de las mujeres negras respecto de los varones de su propia etnia, pero también de las mujeres blancas con cuya solidaridad de “sexo” era imposible contar más allá de situaciones aisladas o de proclamaciones retóricas.

Tal como está tramado el tejido social de la mayoría de los países de América Latina, el sometimiento de los conjuntos étnico-culturales al modelo “blanco” es prioritario, y cualquier otra subordinación pasa a un segundo plano, potenciada por la ecuación color pobreza-exclusión. Porque incluso cuando hay capacidad adquisitiva, el factor etnia genera mecanismos de exclusión o descalificación que pocas veces puede revertir la capacidad económica. Solo comprendiendo esta sumatoria, pueden entenderse algunas situaciones complejas de marginalidad que no es económica sino simbólica. Como señala Ramos Rosado, el reconocimiento de

27 Victorien Lavou Zoungbo (2003). *Du “Migrant nu” ou citoyen différé*, Presses Universitaires de Perpignan, 289.

28 Marie Ramos Rosado (2005). “La mujer negra en la literatura puertorriqueña”. *Perfiles del feminismo Latinoamericano*, 2, ed. María Luisa Femenías. Buenos Aires.

que la sociedad actual (no solo en Puerto Rico) está fundada sobre tres raíces —la española, la indígena y la negra— y que por razones económicas y sociales se ha dado visibilidad solo a una de ellas, implicó un impacto intelectual en la sociedad, adquiriendo el “tema negro” afirmación, visibilización y reconocimiento. Sin reconocer el papel jugado por las relaciones entre la población masculina blanca y el sometimiento de la población masculina negra a través de sus mujeres, es imposible explicar demográficamente el crecimiento poblacional del mestizaje en América Latina. Solo leyendo el subtexto de género con sus dobles criterios morales se revela buena parte de la historia del continente.

Una vez más, las conceptualizaciones en base a un modelo de sociedad dimórfica varón mujer se ven desafiadas por la transversalización de la etnia, que trabajos como el de Marie Ramos Rosado pone de manifiesto. ¿Qué ha ocurrido entonces con los estudios e investigaciones en torno a las mujeres negras? Como señala nuestra autora, la mayor parte de las investigaciones en torno al “tema negro” se limita solo a mencionarlas. A diferencia del trabajo llevado a cabo por las afroamericanas estadounidenses, no se han realizado aún estudios suficientes de la realidad que viven las mujeres puertorriqueñas negras o negras en general en América Latina, y de su historia. La razón para que esto ocurra no es solo de índole histórica sino política, económica, social y cultural: el reconocimiento de los aportes de la cultura negra a la formación de las naciones nunca ha integrado una agenda política. Además, no hubo sino hasta recientemente un proceso de plasmación escrita de la autoconciencia de la negritud, que muchas veces por temor a la discriminación más se ocultó que se proclamó.

De lo anterior se sigue, según Ramos Rosado, que las mujeres negras tampoco se constituyeron en un grupo diferenciado. Sin embargo, de hacerse un estudio comparativo históricamente encontraríamos —señala Ramos Rosado— que las mujeres negras han aportado a la sociedad puertorriqueña. Preguntas como ¿qué función desempeña el racismo en nuestra sociedad neocolonial capitalista y cuál es el lugar de las mujeres negras como (re)productoras de modelos en una sociedad que se autoidentifica como multiracial? se tensan más allá de la distinción sexo-género, aunque la perspectiva de género ilumina la dinámica.

PARA ACABAR

Sin pretensiones de agotar el tema, he tratado de dibujar un panorama esquemático de las que considero algunas de las aportaciones más ricas de las elaboraciones feministas latinoamericanas, a modo de respuesta rápida al desafío que recogimos al comienzo. Creo poder sostener con suficiente fundamento que el feminismo en América Latina tiene características y aportaciones propias, que lo hacen merecedor de especial interés. Nace de narrativas múltiples y tradiciones diversas que incluyen *ab initio* transversalizaciones de clase, etnia, género y religión ajenas a otros contextos. La temprana recepción, traducción (la nuestra

es una suerte de situación constante de hermeneuta y traductor), discusión y reapropiación de teorías —desde la Ilustración a la postmodernidad— ha dado lugar además a una suerte de triangulación, o locus catalizador, que actúa como filtro y caja de resonancia de conceptualizaciones y prácticas novedosas que constituyen un real aporte al feminismo, y no solo para nosotras mismas.



El derecho de uso de la ciudad basado en el género. Lo privado y lo público en la teoría de Lefebvre

Tovi Fenster



Tovi Fenster (1955) es doctora en Planeamiento Urbano y profesora en Geografía y Medio Ambiente Humano en la Universidad de Tel Aviv (Israel). Ha publicado artículos y capítulos de libros sobre etnicidad, ciudadanía y género en la planificación y el desarrollo. Es fundadora y directora de PECLAB (2007-actualidad), y exdirectora del programa de estudios sobre la mujer y el género del NCJW (2007-2009). En 1999, inició la creación y fue la primera presidenta (2000-2003) de Bimkom--Planners for Planning Rights in Israel (ONG). Entre sus libros destacan, como editora, *Gender, Planning and Human Rights* (1999) y, como autora, *The Global City and the Holy City: Narratives on Knowledge, Planning and Diversity* (2004).

Fragmento seleccionado de Ana. Sugranyes y Charlotte Mathivet (eds.) (2010). *Ciudades para tod@s. Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias*. (Shamrock Idiomas Ltda. Trad.). Santiago de Chile: Habitat International Coalition (pp. 69-77).

Se ha dedicado mucho trabajo en relación a diferentes definiciones y perspectivas de lo “privado” y lo “público”: su orientación cultural;¹ sus vínculos (por lo menos en los espacios públicos) con la esfera política;² sus raíces en el pensamiento liberal occidental y las diferentes formas de patriarcado;³ y sus perspectivas feministas. En este contexto, el derecho a la ciudad de Lefebvre se refiere claramente a lo público —al uso de los espacios públicos, aquellos que crean la *oeuvre*— un producto creativo que es el resultado y el contexto en el que se desenvuelven las vidas cotidianas de sus habitantes. Sin embargo, algunos críticos feministas perciben la *oeuvre*, lo “público”, como el dominio del hombre blanco, heterosexual, de clase media-alta. Esto significa que las mujeres en las ciudades (occidentales o no) sencillamente no pueden hacer uso de los espacios públicos como las calles o plazas, especialmente si están solas,⁴ y en algunas culturas no pueden pasear en ellas bajo ninguna circunstancia.⁵ Las mujeres pertenecen a la esfera “privada”.

Sin embargo, lo que se revela a partir de los relatos de las mujeres es que su derecho de uso es negado incluso en el ámbito “privado”. Esto significa que debemos mirar el derecho de uso tanto desde la perspectiva pública como de la privada para realmente comprender el origen de la violación de este derecho. Por lo tanto, la discusión que se plantea en este documento sobre el derecho a usar espacios públicos y el derecho a participar en la toma de decisiones debe empezar en el hogar. Como lo muestran los siguientes relatos, a pesar de la noción idealizada del hogar —“lo privado”—, el espacio para la mujer, el espacio de estabilidad, fiabilidad y autenticidad, se desarrolla un sentimiento de nostalgia de algo perdido que pertenecía tradicionalmente a la mujer.⁶ La casa entonces puede ser un espacio impugnado para la mujer, un espacio en que se abusa de los derechos de uso y participación. A continuación, se muestra un relato que ejemplifica como se abusa de los derechos de uso y participación en el hogar. Las mujeres hablan sobre sus sentimientos de comodidad o incomodidad:

1 Hilary Charlesworth (1994). “What are Women’s International Human Rights?” *Human Rights of Women: National and International Perspectives*, editado por R. Cook. Philadelphia: University of Pennsylvania Press; Tovi Fenster (1999b). “Space for Gender: Cultural Roles of the Forbidden and the Permitted”. *Environment and Planning, D: Society and Space* 17: 227-246.

2 Rebecca Cook (1994). “Women’s International Human Rights: The Way Forward”. *Human Rights of Women: National and International Perspectives*. R. Cook (ed.). Philadelphia: University of Pennsylvania Press; Nira Yuval-Davis (2000). “Citizenship, Territoriality and the Gendered Construction of Difference”. *Democracy, Citizenship and the Global City*. E. Isin (ed.), 171-188. Nueva York: Routledge.

3 Carole Pateman (1989). *The Sexual Contract*. Cambridge: Polity; Carole Pateman (1989). *The Disorder of Women: Democracy, Feminism and Political Theory*. Cambridge: Polity.

4 Doreen Massey (1994). *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity Press.

5 Tovi Fenster (1999a). “Culture, Human Rights and Planning (as Control) for Minority Women in Israel”. *Gender, Planning and Human Rights*. T. Fenster (ed.), 39-51. Londres: Routledge.

6 Doreen Massey (1994). *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity Press.

Me siento muy incómoda y siento que no pertenezco al hogar porque vivo con mi pareja y él tiene sus propias necesidades y gustos, que son diferentes a los míos. La forma en que la casa está organizada no es exactamente como yo la hubiese organizado. Está demasiado ordenada. No me gustan los muebles. No me hacen sentir que pertenezco a esta casa. La pertenencia para mí significa estar en mi propio espacio, y decidir qué habrá en él. Tener el control total. (Amaliya, 30 años, casada con un hijo, judía-israelí [vive en Londres] Londres, 22 de agosto de 1999).

Este relato⁷ ilustra hasta qué punto se produce un abuso del derecho de uso y participación en el hogar debido a la dominación patriarcal, la que se transforma en una rutina cotidiana para muchas mujeres en el mundo. Según Amaliya, el orden y la organización del espacio en su hogar, determinados sin su participación, provocan en ella una falta de comodidad y pertenencia. Esta experiencia quizás ratifica la crítica feminista ante la división entre lo “público” y lo “privado” que es inherente a las ideas de Lefebvre. Como señalan los feministas, estas divisiones son provocadas principalmente para justificar la subordinación y exclusión de las mujeres y para esconder el abuso de los derechos humanos en el hogar ante la esfera pública.⁸ Aislando la discusión del derecho a la ciudad del derecho al hogar, Lefebvre crea un dominio público más bien neutral, que ignora las relaciones de poder basadas en el género como un factor dominante en la comprensión del derecho de uso y que, por consiguiente, no tiene relevancia con la realidad de las vidas cotidianas de las mujeres en las ciudades. Obviamente, esto no significa que las mujeres que experimentan un control patriarcal fuerte en su hogar necesariamente sufren de un uso restringido de la ciudad, pero es importante destacar los estrechos vínculos entre lo “privado” y lo “público” al evaluar la noción de derecho a la ciudad expresada por Lefebvre.

Estos estrechos vínculos muchas veces encuentran expresiones contrastantes, como se ve reflejado en el relato de Fatma, quien describe una situación de fuertes relaciones de poder patriarcales en el hogar, que la hacen sentir menos cómoda en él y que hacen que tenga un sentido de pertenencia menor al que siente hacia la ciudad. Para ella, que tiene un nivel de control muy restringido en su hogar, la ciudad se convierte en un espacio de liberación:

Hogar – ¡prisión! A pesar de que en mi pieza tengo todo lo que necesito para “escaparme”: computador, Internet, video, televisión. Cable con 50 canales... Lo tengo todo, pero no es suficiente.
Ciudad – libertad, libertad personal, atmósfera, primavera.

7 Debido a las limitaciones del espacio, solo se presentaron algunos relatos en este documento. Para un análisis más detallado ver Fenster, 2004.

8 Charlotte Bunch (1995). “Transforming Human Rights from a Feminist Perspective”. *Women’s Rights, Human Rights: International Feminist Perspectives*. J. Peters y A. Wolper (eds.). Nueva York: Routledge.

Para Fatma, una mujer musulmana soltera de unos 40 años que vive con su madre, el hogar es un lugar en el que no tiene ningún tipo de derecho. Es un espacio construido en base a la cultura en el que ella se siente condicionada por el estricto control patriarcal ejercido por sus familiares y la comunidad local. La ciudad, en cambio, es un lugar en el que se siente liberada y donde le es fácil practicar su ciudadanía como un proceso negociado. La ciudad se convierte en su lugar “privado” o “íntimo”, un espacio en el que se puede sentir “ella misma”. “Estas ciudades”, escribió Elizabeth Wilson en su libro *La Esfinge en la Ciudad* (1991), “generaron cambios en la vida de las mujeres. Representaron el poder de elegir” (p. 125). El libro se ambienta en las nuevas ciudades coloniales de África Occidental. Sin embargo, el rol de las ciudades de darle a las vidas de las mujeres oportunidades para elegir parece ser aplicable a mujeres que viven en otros lugares.

Los ejemplos anteriores ponen énfasis en la necesidad de discutir el derecho de uso en el hogar como parte integrante de la discusión sobre el derecho a la ciudad. Los relatos insinúan que muchas mujeres, incluso aquellas que se identifican como “occidentales” o como parte de la mayoría, sufren relaciones de poder basadas en el control y el género en sus hogares. Sin embargo, algunos relatos muestran que aquellas que sufren un estricto control de poder patriarcal en sus hogares pueden encontrar en la ciudad un espacio en el que les resulta más fácil negociar su sentido de pertenencia y ciudadanía. Estos relatos ponen énfasis en la importancia de vincular los dominios privados y públicos en la discusión sobre el derecho de uso.

El dominio de las relaciones de poder patriarcal en el ámbito privado tiene un efecto claro sobre las diferentes formas en que la mujer satisface su derecho a la esfera pública, a la ciudad. Por ejemplo, las mujeres no siempre pueden dejar de lado sus hogares y participar de actividades en la esfera pública, como estudiar. Participar de actividades políticas, que por lo general son parte de la esfera pública, ni siquiera es una opción para ellas. Siguiendo con la discusión, exploremos el derecho a usar la ciudad, y las diferentes formas de pertenencia expresadas en los relatos.

PERTENENCIA COTIDIANA Y PRÁCTICAS BASADAS EN EL GÉNERO

El derecho a pertenecer es inherente al derecho a la ciudad. De hecho, el sentido de pertenencia a la ciudad es creado por las posibilidades del uso cotidiano de los espacios urbanos. El libro de Michel de Certeau *La Práctica de la Vida Cotidiana* (1984) hace una relación entre los elementos de “uso” y “pertenencia”. Para el autor, la pertenencia es un sentimiento que se desarrolla y crece a través del tiempo y a partir de la vida cotidiana y el uso de los espacios. De Certeau propone una “teoría de territorialización” a través de tácticas espaciales: “El espacio es un lugar práctico. Por lo tanto, la calle definida geoméricamente por



la planificación urbana es transformada en un espacio por los transeúntes” (p. 117). Según De Certeau, las actividades físicas cotidianas en la ciudad son parte de un proceso de apropiación y territorialización. De hecho, define el proceso mediante el cual se establece un sentido de pertenencia a través de un cumplimiento repetido del derecho de uso. En este proceso, la pertenencia y el cariño se construyen sobre la base del conocimiento, el recuerdo y las experiencias físicas de carácter íntimo acumuladas a partir del uso cotidiano, principalmente mediante la acción de caminar.

Estas prácticas cotidianas de apropiación y reapropiación del espacio —“tácticas” según la terminología De Certeau— se transforman en el medio a través del cual se produce el encuentro y el cuestionamiento de la noción hegemónica de ciudadanía.⁹ Por lo tanto, la ciudadanía se ve como una organización espacial en la que las identidades de género, los roles de género y los poderes patriarcales se transforman en indicadores dentro de las negociaciones y los debates sobre los derechos y las formas de pertenencia en los espacios ciudadanos. Según De Certeau, la ciudadanía es una estrategia que sirve para definir y hacer valer el derecho sobre un espacio de pertenencia limitado.¹⁰

La reivindicación y apropiación de un espacio se construyen a partir de la práctica cotidiana de caminar, como lo indica De Certeau, y son parte de las estrategias que se usan para definir y reivindicar un espacio determinado. Estas prácticas, que son repetitivas, generan lo que Viki Bell (1999) define como “performatividad” y pertenencia.¹¹

9 Anna Secor (2004). “‘There Is an Istanbul That Belongs to Me’: Citizenship, Space and Identity in the City”. *Annals of the Association of American Geographers* 94, n.º 2: 352-368.

10 Michel de Certeau (1984). *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: University of California Press; Anna Secor (2004). “‘There Is an Istanbul That Belongs to Me’: Citizenship, Space and Identity in the City”. *Annals of the Association of American Geographers*, 94, n.º 2: 352-368; Tovi Fenster (2004). *The Global City and the Holy City: Narratives on Planning, Knowledge and Diversity*. Londres; Tovi Fenster (2004). “Globalization, Gendered Exclusions and City Planning and Management: Beyond Tolerance in Jerusalem and London”. *Hagar— International Social Science Review*, Volume 5, Number 1. Algunos ejemplos de estas prácticas son los diferentes usos de los espacios públicos, principalmente parques urbanos por parte de los individuos y los grupos, que ocurren como parte de los encuentros cotidianos informales entre las personas o grupos: los individuos desean apropiarse de algunas secciones de los entornos públicos para lograr tener intimidad o anonimato o para realizar reuniones sociales. Estas apropiaciones son principalmente temporales, pero incluso las apropiaciones temporales constituyen negociaciones en relación con los derechos a pertenecer, ser parte de una comunidad y ser visible.

11 La performatividad es la replicación y repetición de ciertos actos, que están asociados a las prácticas ritualistas a través de las cuales las comunidades colonizan diversos territorios. Estos actos son, de hecho, el ejercicio del derecho a uso en ciertos espacios, y a través de ello se desarrolla el cariño y la pertenencia a un lugar. Neil Leach (2002). “Belonging: Towards a Theory of Identification. The Right to the City and Gendered Everyday Life 50 with Space”. *Habitus: A Sense of Place*. J. Hillier y E. Rooksby (eds.), pp. 281-298. Aldershot: Ashgate.

El uso de los espacios urbanos para la práctica de la pertenencia y para las negociaciones espaciales referentes al concepto de ciudadanía, genera un sentido de conocimiento espacial que las mujeres experimentan en su entorno y que proviene de las reivindicaciones y de la apropiación simbólica de los espacios:

Conozco la calle. Vivo en ella. Conozco el edificio, cada uno de sus ladrillos. Cada vez lo conozco más. Es un conocimiento muy íntimo. (Susana, tiene alrededor de 30 años, está casada y tiene un hijo, es judía-israelí. Jerusalén, 13 de julio de 2000).

Siento una conexión con el barrio de Salah al-Din y con algunas zonas de la Ciudad Vieja. Tengo recuerdos de mi época escolar y el internado estaba en frente de la Casa del Oriente. Transité mucho esta área durante mi vida y por lo tanto siento una conexión hacia ella.

(Saida, tiene alrededor de 30 años, es soltera, palestina-musulmana. Jerusalén, 30 de diciembre de 2000).

El uso del espacio y el conocimiento de este es una expresión del derecho de uso y del derecho de apropiarse de los espacios públicos. El conocimiento viene acompañado de la intimidad del uso y de un sentido de pertenencia. Las prácticas cotidianas son expresiones de las definiciones de los roles basados en el género dentro de la familia. Las mujeres experimentan sus prácticas cotidianas—sus estrategias y tácticas de formulación de sus marcos de pertenencia—cuando cumplen sus roles y responsabilidades basadas en el género para mantener las normas culturales impuestas en sus comunidades al criar a sus hijos o cocinar. Para llevar a cabo sus deberes sociales y familiares, deben negociar sus prácticas espaciales de ciudadanía para poder asegurar el cumplimiento de su derecho de uso, para poder ir a trabajar, ir de compras, llevar a sus hijos a los servicios de educación y de salud, etc. En este caso, el derecho de usar espacios públicos incluye “derechos humanos fundamentales”: alimentación, vivienda, salud y empleo, las necesidades básicas para la supervivencia humana (Kaplan, 1997.¹² Además, el nexo entre lo “privado” y lo “público” se hace más evidente. Para que las mujeres puedan cumplir sus deberes en la esfera privada, necesitan negociar su ciudadanía “pública”.

EXCLUSIONES DEL DERECHO A LA CIUDAD POR RAZONES DE GÉNERO

Los relatos presentados hasta ahora han expuesto prácticas cotidianas en las que se ha cumplido el derecho de uso hasta cierto punto dentro del contexto de los tradicionales roles de la mujer debido a razones de género. Sin embargo, existen otras experiencias que indican la violación del derecho a uso y pertenencia.

12 Temma. Kaplan (1997). *Crazy for Democracy: Women in Grassroots Movements*. New York: Routledge.

cia a la ciudad debido a que los poderes patriarcales, culturales y religiosos han prohibido el acceso a los espacios públicos.

Las formas de exclusión legitimizadas por lo general se asocian a las definiciones tradicionales de ciudadanía.¹³ Estas definiciones son consideradas como relacionadas a la identidad, en el sentido que dictan cuáles identidades son incluidas en la comunidad hegemónica y cuáles son excluidas de esta. Además, estas definiciones pueden tener efectos negativos sobre las mujeres, los niños, los inmigrantes, las personas pertenecientes a minorías raciales o étnicas, homosexuales y lesbianas, y en algunos casos personas de la tercera edad. En este sentido, la definición normativa del derecho a la ciudad parece incluir a los grupos marginales, tales como los extranjeros, personas de diferentes identidades que habitan en la ciudad y las mujeres. Sin embargo, estas prácticas inclusivas no siempre se cumplen, debido precisamente al dominio patriarcal en los diferentes niveles señalados en este documento: hogar, inmueble, calle, barrio, ciudad, etc. En la sección anterior vimos como el dominio del patriarcado abusa del derecho de uso en el hogar. En la ciudad, las prácticas patriarcales se expresan en los sentimientos de miedo y seguridad, y en las exclusiones de los espacios públicos debido al género, de acuerdo a las normas culturales y religiosas. Ambas prácticas generan espacios “prohibidos” para la mujer y limitan su derecho a la ciudad.

MIEDO Y FALTA DE SEGURIDAD

El miedo a usar espacios públicos, especialmente la calle, el transporte público y los parques urbanos, es lo que no permite que las mujeres puedan ejercer su derecho a la ciudad.¹⁴ El miedo y la falta de seguridad pueden ser vistos como un asunto social y espacial que tiene relación en muchos casos con el diseño de los espacios urbanos:

La avenida donde vivo da miedo, porque solo hay una salida a ella; no puedes dejarla de cualquier parte. Y hay bancos donde unas ‘criaturas’ raras pueden sentarse y molestarte y te sientes atrapada... Por lo que no es tan agradable... Si te metes en la avenida estás perdido... es realmente pla-

13 Muchos críticos de la izquierda como de la derecha reconocieron que la ciudadanía es por definición excluyente en vez de incluyente para muchas personas.

Linda McDowell (1999). “City Life and Difference: Negotiating Diversity”. *Unsettling Cities*, editado por J. Allen, D. Massey y M. Pryke, 95-136. Londres: Routledge.

14 Gill Valentine (1998). “Food and the Production of the Civilised Street”. *Images of the Street: Planning Identity and Control in Public Space*, editado por N. R. Fyfe, 192-204. Londres: Routledge; Rachel Pain (1991). “Space, Sexual Violence and Social Control”. *Progress in Human Geography*, 15, n. ° 4: 415-431; Clare Madge (1997). “Public Parks and the Geography of Fear”. *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie* 88, n. ° 3: 237-250. El miedo al acoso en los espacios públicos interviene en las experiencias de vida cotidiana de las mujeres tanto en Londres como en Jerusalén. También interviene en las vidas de personas de otras identidades, tales como la nacionalidad, estado civil, edad, preferencia sexual, etc.

nificado de manera masculina —“ellos” lo hicieron así por el transporte, pero esto me impide caminar por la avenida.

(Rebecca, 30 años, casada, judío-israelí. Jerusalén, 3 de febrero de 2000).

Rebecca cuenta acá una experiencia común para muchas mujeres, cuyo uso cotidiano de la ciudad se ve afectado debido a que los espacios urbanos están diseñados de tal forma que se transforman en una “trampa” para ellas; son desagradables y por lo tanto no los usan. Estos espacios se transforman en una “trampa planificada”. En otras palabras, los planificadores crearon o diseñaron esos espacios sin poner mayor atención a las sensibilidades inherentes a los géneros y crearon, una vez más, espacios en la ciudad que no son usados. En este caso, las mujeres restringen sus movimientos y su movilidad de forma voluntaria y reducen su derecho de uso. La resistencia ante estas construcciones de espacio hechas por los hombres puede ser parte de las negociaciones de las mujeres para expandir el uso de los espacios públicos.

Se hace la misma asociación con los parques urbanos. Algunas mujeres perciben los parques como “áreas masculinas hostiles”: “Son zonas que han sido conquistadas. Siento rabia por no poder usarlas” (Aziza, mujer de alrededor de 30 años, soltera, ciudadana palestina que vive en Israel; entrevista hecha el 7 de agosto de 2000).

Lo que expresa Aziza es básicamente un sentido de exclusión de los espacios públicos debido al miedo y a la falta de seguridad, pero quizás también está expresando su rabia debido a su mal uso, que no le permite tener acceso a estos espacios porque son controlados por los hombres. Todo parece indicar que el miedo es un sentimiento que transforma los parques urbanos en espacios prohibidos después de cierta hora del día. La mayor parte de las mujeres, tanto en Londres como en Jerusalén, evitan usar estos espacios durante la noche. De hecho, otra investigación¹⁵ muestra que el miedo a los parques urbanos, especialmente durante la noche, es el principal denominador común en su falta de uso, no solo por parte de las mujeres, sino que también de los hombres. Entonces, ¿cuáles son los espacios seguros? Son los espacios que permiten las prácticas de la ciudadanía y el cumplimiento del derecho de uso. El relato de Aziza describe las características de estos espacios:

Este es el barrio en el que me siento más cómoda porque es el lugar más hermoso en Jerusalén. Soy una persona que tiene limitaciones: soy mujer, palestina, vivo sola [este barrio es como] un microcosmo —me hace recordar a Londres—; hay una gran variedad de personas... en estos lugares yo florezco, como un pez en el agua, éste es mi mar. Me siento muy protegida

15 Clare Madge (1997). “Public Parks and the Geography of Fear”. *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 88, n.º 3: 237-250.

porque este barrio está en la frontera entre Jerusalén Oriental y Occidental y es el lugar ideal para mí. Antes vivía en Rehavia [un barrio judío] y me sentía sofocada. Desde acá puedo llegar fácilmente hasta la Ciudad Vieja.
(Aziza, 7 de agosto de 2000).

Lo que expresa Aziza es precisamente lo que está incorporado en la noción de derecho a la ciudad. Para ella, un espacio seguro es un espacio urbano, que le permite vivir como una persona anónima. Este es un lugar que le permite negociar sus derechos como ciudadana. Como una mujer palestina soltera, reconoce las limitaciones que existen para una mujer en su cultura y, al mismo tiempo, reconoce las limitaciones para la gente de su nacionalidad bajo las condiciones políticas existentes de la ocupación. Por lo tanto, el derecho a la ciudad se cumple cuando se cumple también el derecho a la diferencia en términos de nacionalidad y cuando las personas de diferentes etnias, nacionalidades y géneros pueden compartir y usar los mismos espacios urbanos.

“SACRALIZACIÓN” Y EXCLUSIÓN POR GÉNERO COMO RESULTADO DE NORMAS RELIGIOSAS Y CULTURALES

El segundo ejemplo de exclusión por género en la ciudad se expresa a través de las normas religiosas y culturales que rigen las expresiones corporales y sus representaciones.

Los “guardias de la cultura” de la sociedad, por ejemplo, los hombres y las mujeres de edad, dictan las fronteras de los espacios sagrados y los privatizan, con el objetivo que solo aquellos que cumplan con las reglas de vestimenta puedan usarlos.¹⁶ Estos espacios simbólicos por lo general son el símbolo de una colectividad nacional particular, de sus raíces y espíritus.¹⁷ Por lo tanto, la movilidad espacial de la mujer es dictada, por no decir controlada, por estos significados simbólico-culturales de espacio. De esta forma, las normas religiosas y culturales crean “espacios de pertenencia y de no pertenencia” que después se transforman, por ejemplo, en espacios prohibidos y permitidos para las mujeres en determinadas culturas y ciertamente tienen efectos sobre las prácticas del “derecho de uso” como expresiones de la ciudadanía.¹⁸

16 Tovi Fenster (1999a). “Culture, Human Rights and Planning (as Control) for Minority Women in Israel”. *Gender, Planning and Human Rights*, editado por T. Fenster, 39-51. Londres: Routledge.

17 Nira Yuval-Davis (1997). *Gender & Nation*. Londres: Sage Publications.
Tovi Fenster (1998). “Ethnicity, Citizenship, Planning and Gender: The Case of Ethiopian Immigrant Women in Israel”. *Gender, Place and Culture*, 5, n.º 2: 177-189.
Tovi Fenster (1999). “Space for Gender: Cultural Roles of the Forbidden and the Permitted”. *Environment and Planning*. D: Society and Space, 227-246.

18 Tovi Fenster (2004). *The Global City and the Holy City: Narratives on Planning, Knowledge and Diversity*. Londres: Pearson; Tovi Fenster (2004). “Globalization, Gendered Exclusions and City Planning and Management: Beyond Tolerance in Jerusalem and London”. *Hagar-International Social Science Review*. Volume 5, Number 1.

En 1999, escribí sobre la construcción cultural de espacio por parte de las mujeres árabes beduinas que viven en el Negev [Naqab], en el sur de Israel.¹⁹ En esa ocasión mencioné la elaboración de la dicotomía de lo público/privado como construcciones culturales de espacio prohibidos/permitidos, que se transforman en restricciones sobre el movimiento de las mujeres árabes beduinas en sus ciudades. Los relatos de las mujeres que viven en Jerusalén y Londres revelan que estas terminologías son aplicables no solo a las mujeres árabes beduinas, sino a las mujeres de otras ciudades del mundo. En Jerusalén, por ejemplo, la mayoría de las mujeres con las que conversé, tanto las judías como las palestinas, mencionaron el ultraortodoxo barrio de Mea Shearim como un área que ellas asociaban con incomodidad, ya que allí tienen que vestirse de acuerdo a ciertos códigos culturales. Por lo tanto, deben evitar caminar en esta zona debido al sentimiento de amenaza que sienten al estar en ella.²⁰

CONCLUSIONES

Este documento expone la naturaleza de múltiples capas que se encuentra en los conceptos de pertenencia y ciudadanía cotidianas basadas en el género, inherentes a la idea de derecho a la ciudad propuesta por Lefebvre, y presenta una crítica feminista hacia esta noción. La premisa básica del documento es que los conceptos de ciudadanía y pertenencia deben ser vistos como procesos espaciales dinámicos y no como definiciones estáticas articuladas en las vidas e identidades cotidianas de las mujeres.

Este documento pone énfasis en el punto hasta el que el derecho a la ciudad, es decir, el derecho a usar y a participar, es violado debido a relaciones de poder basadas en el género. Estas violaciones se expresan a través de las vidas cotidianas de las mujeres en Jerusalén y Londres cuando hablan de comodidad, pertenencia y compromiso con sus ciudades.

Para finalizar, “el derecho a la ciudad basada en el género” significa que las evaluaciones del derecho de uso y participación deben ser incluidas en cualquier discusión seria sobre las relaciones de poder patriarcal, tanto en la esfera privada como en la pública. También tiene que considerar hasta qué punto estas relaciones de poder dañan el cumplimiento del derecho a la ciudad por parte de las mujeres, las personas que pertenecen a minorías raciales o étnicas, etc. Esta discusión está ausente en la conceptualización actual de Lefebvre con respecto al derecho a la ciudad, una omisión que convierte este concepto en algo cercano a una utopía.



El vínculo crítico entre género y ciencia

Diana Maffía



Diana Maffía (1953) es doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Profesora de grado y posgrado en Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (UBA). Fundadora de la Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología (1994) y de la Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía (1987-1991). Desde 2012 dirige el Observatorio de Género en la Justicia dependiente del Consejo de la Magistratura de CABA. Entre otros premios y menciones se destaca el Premio Dignidad, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (2001) y la Medalla del Bicentenario del Gobierno de la Ciudad (2010). En 2019 fue nombrada doctora honoris causa de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha publicado, entre otros, *Sexualidades migrantes, género y transgénero* (2011).

Fragmento seleccionado de Diana Maffía (2006). “El vínculo crítico entre género y ciencia”. CLEPSYDRA, 5. Universidad de La Laguna (pp. 37-57).

INTRODUCCIÓN. LAS MUJERES COMO SUJETO DE CIENCIA

Es difícil ver la relación entre las mujeres y la ciencia de otro modo que como una conjunción forzada de dos categorías definidas históricamente para no unirse. La construcción cultural de la ciencia hace de ella una empresa con ciertas características determinadas, superpuestas a la construcción social de los géneros, lo que da el resultado bastante obvio de que se trata de una empresa masculina.

Sin embargo, debe admitirse que desde sus inicios la ciencia ha hablado de las mujeres, y que algunas (escasas) mujeres han participado de las actividades científicas. Estos dos modos de inclusión de las mujeres en la ciencia (como objeto y como sujeto) deben ser explicados en los estudios de género. Comenzaremos por el papel de las mujeres como sujeto de conocimiento, tomando la ciencia como paradigma.

El ideal moderno de desarrollo científico ha sufrido en la segunda mitad del siglo xx duros embates por parte de la sociología y la historia de la ciencia. Particularmente a partir de los años 70, la supuesta neutralidad de los saberes fue puesta en duda a la luz de una lectura política del cientificismo, releído como una actitud conservadora de defensa de los privilegios del *status quo*. La sociología del conocimiento le puso clase social, color y raza —con sus correspondientes intereses ideológicos— a los científicos, y la historia de la ciencia hizo porosa la evolución de las teorías, poniendo el acento en la ciencia como “proceso” y actividad más que en el “producto” de tal actividad. Tiempo y espacio situaron los saberes científicos en coordenadas de convivencia con múltiples valores que los influían y se dejaban influir.

Pero aun los más agudos análisis del sesgo ideológico o valorativo que el investigador imprime a su producto, en los comienzos de la sociología del conocimiento, siquiera rozan la cuestión del sexismo en la ciencia. Inexorablemente, sin embargo, el avance del movimiento feminista, el creciente (aunque insuficiente) número de mujeres científicas y la crítica filosófica a la ciencia han confluido con el desarrollo de la historia de la ciencia hecha por mujeres. Hay que pensar que la década de los años 70 también es la del feminismo político, el afianzamiento de las mujeres en las universidades (a la que solo se les permitió el acceso a fines del siglo xix), y a los programas de doctorado (a partir de los años 60). Es desde estas posiciones de autoridad discursiva que las mujeres han empezado a construir su propia historia, también como científicas.

La historia (y la filosofía) de mujeres en ciencia es una disciplina relativamente reciente, pero podemos ya distinguir diversos abordajes conceptuales: el primero procura echar luz sobre aquellas mujeres cuyas contribuciones científicas han sido negadas por las corrientes dominantes de historia de la ciencia. El segundo complementa el anterior, y analiza la historia de la participación de las



mujeres en las instituciones de la ciencia, especialmente enfocando el limitado acceso de las mujeres a los medios de producción científica y el estatus dentro de las profesiones. El tercero se interesa por el modo en que las ciencias (sobre todo médicas y biológicas) han definido la naturaleza de las mujeres. El cuarto analiza la naturaleza masculina de la ciencia misma, y procura develar las distorsiones en las mismas normas y métodos de la ciencia que han producido la ausencia histórica de mujeres de cualquier rol significativo en la construcción de la ciencia moderna.

Estos abordajes conceptuales, a su vez, pueden encararse desde tres puntos de vista diferentes: uno “conservador”, que afirma que las mujeres simplemente no pueden hacer ciencia tan bien como los hombres, que algo en su naturaleza física, psicológica e intelectual las incapacita para producir ciencia; el segundo, que suele llamarse “liberal”, ve la ausencia de mujeres en la ciencia como una cuestión de acceso a la educación y el empleo, y propugna la integración de las mujeres a través de medidas de acción afirmativa; el tercero, un punto de vista “radical”, sostiene que no es suficiente para las mujeres ser científicas si la ciencia va a continuar como hasta el presente: la tarea de abrir la ciencia a las mujeres debe estar acompañada de una disposición al cambio. La pregunta que se hace desde esta postura radical es: ¿deben las mujeres moldear sus valores y métodos para acomodarse a la ciencia, o la ciencia moldeará sus métodos y prácticas para acomodarse a las mujeres?

El primero de los abordajes señalados, el que consistía en echar luz sobre las contribuciones de las mujeres a la ciencia, es el que tiene más relación con la historia de las mujeres. Y aunque la historia de mujeres en ciencia, como disciplina, es un fenómeno de mitad de los años 70, la cuestión de la presencia de las mujeres en las diversas disciplinas no es nueva. Hoy se puede observar un avance teórico importante, que se inició con la recolección enciclopédica de figuras del pasado, el análisis sociológico de la situación de las mujeres en el sector científico y tecnológico, la producción de biografías y autobiografías que permitieron evaluaciones cualitativas, sobre todo de las barreras informales para el avance de las mujeres, hasta los estudios mucho más sofisticados producidos por las historiadoras de la ciencia recientemente. Si vamos a reseñar la actividad de las mujeres en ciencia, debemos tener en cuenta que cada una de estas modalidades tiene aportes positivos y riesgos.

Vale la pena notar que quienes llevan a cabo este trabajo intelectual, escribiendo sobre *outsiders*, son ellas mismas *outsiders*. La historia de la ciencia emerge como disciplina entre 1920 y 1930, pero este nuevo campo que estudia la relación entre ciencia y sociedad no considera el rol de las mujeres en ciencia. Aún las mujeres historiadoras prestan poca atención a la participación femenina. Tampoco los teóricos que investigan los orígenes sociales de la ciencia moderna hacen mención especial a las mujeres. Según Schiebinger (1987), los historia-

dores sociales estudian la participación en ciencia desde muchos e importantes puntos: filiación religiosa, clase, edad, vocación, pero ignoran casi completamente cuestiones de género.

En la década de los 70, con el creciente número de mujeres en diversas ciencias y en la disciplina histórica, el estudio de la historia de mujeres en ciencia adquiere una nueva dimensión. Las mujeres científicas elaboran autobiografías donde proporcionan relatos de su lucha, y las historiadoras proporcionan biografías de mujeres científicas que documentan la vida de esas mujeres y dejan asentadas sus contribuciones a la ciencia. También establecen un conjunto estándar de preguntas sobre la vida de las mujeres científicas: ¿qué encendió su interés inicial en ciencia?, ¿cómo accedió al mundo científico?, ¿cómo hizo sus descubrimientos científicos?, ¿qué reconocimiento recibieron esos logros entre sus colegas?

Muchos de los trabajos sobre mujeres científicas encajan en el molde de “historia de grandes hombres”, solo sustituyendo mujeres por hombres. Estos estudios biográficos ubican los logros de Marie Curie, por ejemplo, dentro del mundo masculino, demostrando que las mujeres han hecho contribuciones importantes a la corriente principal de la ciencia. Sin embargo, el enfoque reposa sobre la mujer como excepcional, la mujer que desafía las convenciones para reclamar una posición prominente en un mundo esencialmente masculino.

Uno de los problemas con este enfoque de la historia es que retiene las normas masculinas como medida de excelencia. Podríamos ubicar estos trabajos dentro del segundo de los puntos de vista que describimos al principio, y que sin intención peyorativa llamamos “liberal”. También podríamos decir que están muy en la línea de las proclamaciones del “feminismo de la igualdad”. Las teóricas de esta corriente del feminismo elaboraron la distinción entre sexo y género (el sexo como lo biológico, el género como la forma cultural de la que se lo reviste en cada momento histórico-social) en un esfuerzo por minimizar la polarización entre masculino y femenino. No hay diferencias biológicas sino culturales, que reducen a la mujer al ámbito de las emociones y dificultan su acceso a la esfera objetiva (y en ella a la ciencia). Las feministas de la igualdad han tenido éxito en hacer retroceder la forma de discriminación explícitamente basada en el género, pero hoy subsiste el control social bajo formas de discriminación más sutiles.

El problema del sexismo en ciencia no ha sido solo, ni principalmente, el de establecer “diferencias” entre hombres y mujeres, sino fundamentalmente la “jerarquización” de esas diferencias, siempre desventajosas para el mismo género y que dio respaldo a una desigual repartición de los roles sociales. Ser feminista, por lo tanto, no implica necesariamente negar la diferencia aceptando la jerarquización, sino que podría denunciarse el sexismo (y esto hace principalmente el feminismo de la diferencia) desde la preocupación por echar luz a las caracterís-



ticas de la naturaleza femenina, y la atención puesta en una nueva forma de valoración diferente a la que la cultura patriarcal impuso sobre esas características.

Las mujeres no solo son discriminadas sino también segregadas: marginadas a tareas rutinarias y lejos de la creatividad teórica. Las excepciones funcionan como una advertencia de que no hay barreras si nos esforzamos lo suficiente, y ayudan a preservar la institución científica sin cambios. No basta ser historiadora o escribir sobre mujeres para que nuestros escritos sean feministas. El género biográfico en ciencia puede ser profundamente conservador, y aun reaccionario, si no está alentado por un compromiso para promover los valores de las mujeres como un aspecto esencial de la experiencia humana y para luchar por una nueva visión de la ciencia que pueda incorporar esos valores.

Un ejemplo en esta última dirección lo ofrece Evelyn Fox Keller (1987) en su inteligente y sutil biografía sobre la premio nobel Bárbara McClintock, en la que describe la vida de esta científica como una dualidad de éxito y marginalidad. Mientras el éxito afirma su legitimidad como científica, su marginalidad nos da la oportunidad de examinar el papel y el destino del disidente en el desarrollo del conocimiento científico. Fox Keller nos transmite el sentimiento de marginación que la misma McClintock conserva, aun después de haber sido laureada por su descubrimiento de la transposición genética (el descubrimiento de que los elementos genéticos pueden moverse de una forma aparentemente coordinada y pasar de un puesto cromosómico a otro). McClintock se considera marginada del mundo de la biología moderna, no por ser mujer sino por ir contra la corriente, filosófica y metodológicamente.

Fox Keller trata de aislar las concepciones que tenía McClintock sobre la naturaleza, la ciencia y la relación entre mente y naturaleza. Procura mostrar tal concepción no como una desviación de la concepción convencional, sino en su propia coherencia interna. Y en su núcleo advierte un respeto a la diferencia y a la complejidad que tiene consecuencias para la cognición y la percepción. McClintock cree que centrarse primordialmente en clases y números anima a quien investiga a pasar por alto la diferencia, a llamarla “una excepción, una aberración, algo que contamina”.

Ver algo que aparentemente no se adecua significa para McClintock un desafío por encontrar el modelo multidimensional más amplio en el que sí se adecue. Los granos anómalos de maíz no evidenciaban el desorden o la ausencia de ley, sino un sistema de orden más amplio, que no se puede reducir a una sola ley. La diferencia invita a una forma de compromiso y entendimiento en que lo individual sea preservado.

Como dice Nelly Schnaith (1990): “No se trata de hacer un alegato por lo irracional, de alentar una entronización pseudoreflexiva de la categoría de misterio.

Pero tampoco conviene restar importancia al velo que cubre nuestras más avanzadas incógnitas. Por eso se les hace justicia incluyéndose en la perspectiva del pensar y del saber no como un límite del pensamiento y del conocimiento sino como una de sus fuentes". No se trata de sustituir una estrechez mental por otra, ni de complementar perspectivas masculinas y femeninas, sino más bien de una transformación de las categorías mismas de masculino y femenino, de mente y naturaleza. Buscando así una ciencia que permita la multiplicidad, la supervivencia productiva de diversas concepciones del mundo y sus correspondientes estrategias.

Una variante muy interesante del trabajo de epistemólogas e historiadoras de la ciencia es el estudio de la mujer, ya no como sujeto de la ciencia sino como objeto. El modo en que la ciencia ha descrito a las mujeres, a lo femenino y a la sexualidad, no tiene desperdicio. Sobre todo las ciencias biomédicas nos han dicho cómo ser, cómo gozar, cómo parir, cómo sentir, cómo (no) pensar, cómo enfermar y cómo morir. Todavía hoy nos cuesta vincularnos con nuestro cuerpo sin su mediación. El trabajo crítico en este terreno ha permitido revisar teorías muy sólidamente establecidas y que influyen en la vida cotidiana de las mujeres tanto como en la determinación de su lugar social, político y jurídico. Variantes del trabajo histórico y filosófico realizado por feministas, que nos han aportado y nos seguirán aportando datos relevantes para ampliar la posibilidad de las mujeres de elegir la ciencia y el conocimiento como proyecto de vida.

LAS MUJERES COMO OBJETO DE LA CIENCIA

La ciencia (y también la filosofía) se ha ocupado desde sus orígenes, y de manera consecuente, de proporcionar descripciones de la naturaleza femenina que ubican a la mujer en un lugar diferenciado y jerárquicamente inferior al del hombre. Aunque los argumentos varían, observemos que el método consiste siempre en:

- Señalar diferencias biológicas y psicológicas naturales e inevitables entre los hombres y las mujeres.
- Jerarquizar esas diferencias de modo tal que las características femeninas son siempre e inescapablemente inferiores a las masculinas.
- Justificar en tal inferioridad biológica el estatus social de las mujeres.

Desde sus comienzos, y con profundas variaciones en los cambios teóricos pero no en las valoraciones, diversas teorías biológicas y filosóficas han contribuido a cimentar una concepción de la naturaleza femenina: la mujer es un ser biológicamente imperfecto, gobernado por sus pasiones, más cerca de lo instintivo que de lo específicamente humano, incapaz de los rasgos de racionalidad universal y abstracta que le permitirían ser un sujeto ético, y proclive a la enfermedad "por



naturaleza". Por su influencia sobre el nacimiento y la muerte, sobre el dolor y el goce, sobre la locura y la cordura, la medicina es quizás el saber más relevante para la vida de la gente. El documento médico más antiguo que se posee es el papiro Kahun, del 1900 a. C. Allí se describen los desórdenes causados por la matriz. El papiro Ebers, tres siglos posterior, tiene un capítulo sobre las enfermedades de la mujer. Un aspecto curioso en estos dos documentos egipcios es que no se observa progreso en el conocimiento del cuerpo femenino. Por el contrario, puesto que el segundo pertenece a una época de dominio de la casta sacerdotal, se sumerge en la magia y la superstición.

Ambos papiros describen los desórdenes de comportamiento propios de las mujeres y que encuentran su origen en una mala posición de la matriz. Ambos proponen asimismo ciertos medios para hacer retornar el útero a su lugar, para lograr la salud. Se le imputa al estado de la matriz todo tipo de malestares: una mujer que ama la cama, que no se levanta y no quiere abandonar el lecho; mujeres que sufren de los dientes y de las mandíbulas y no pueden abrir la boca; una mujer que sufre dolor en todos los músculos o de un dolor en la órbita de los ojos. En fin, todo malestar donde el daño no está justificado por una lesión visible, si es una mujer quien lo padece, es imputado a un desorden en el útero.

Los desplazamientos internos de la matriz no son modificaciones mecánicas como el prolapso, sino que significan la presencia de un ser misterioso, agazapado dentro del cuerpo de la mujer. De modo que los cuidados no consisten en manipulaciones directas, sino que "se lo incita a volver". Exponiendo las partes sexuales de la paciente a fumigaciones de olor agradable, se lo atrae hacia abajo. O bien se ponen bajo la nariz de la paciente sustancias fétidas para que el disgusto lo repela. Abundan los ingredientes repugnantes, y algunos combinan la eficacia material con cierto poder simbólico. Se trata de una medicina esencialmente sacerdotal, por lo que las enfermedades femeninas entrañan a veces el recurso a prácticas de orden sobrenatural. El papiro Ebers aconseja un brebaje hecho de alquitrán de la madera de un barco y de residuos; o también fumigaciones hechas a la entrada de la vulva, con excrementos de hombre secos y puestos sobre incienso. Para hacer volver la matriz a su lugar, un ave ibis de cera debe estar puesta sobre el carbón de leña, y el humo producido debe entrar en la vulva. El ibis simboliza al dios Thot, un dios guerrero muy poderoso.

Si los egipcios investigaron fórmulas de encantamientos y ruegos para aliviar sus enfermedades, con respecto a las dolencias femeninas mantuvieron una actitud tan constante que puede suponerse que poseían la certidumbre de haber hallado una buena explicación. No se requieren más ensayos: el útero migratorio da cuenta de todo. Y también se cuenta con una excelente terapéutica: fumigaciones y brebajes, bajo la invocación de un dios masculino y poderoso.¹

1 Henri Ey (1981) *Naissance de la medicina*. París, Masson.

Esta concepción egipcia de las enfermedades femeninas, que pone el acento en la importancia del útero en la naturaleza de la mujer, sirve como antecedente de la obra fundamental de la medicina occidental: el corpus hipocrático, una colección de tratados médicos escritos en jonio, que en la Edad Media se transmite bajo el nombre de Hipócrates.

Los textos de las *Enfermedades de las Mujeres* pertenecen al período entre los siglos v y iv. a C., y conservan resabios de la medicina antigua junto a algunas innovaciones teóricas. Es interesante señalar que estos textos ofrecen una “representación” del cuerpo femenino, por cuanto la observación no era directa. Las mujeres hablaban, describían sus síntomas, y luego el médico aconsejaba. La mirada médica estaba impregnada de las representaciones mentales de una época. Solo en algunas oportunidades las enfermas eran tocadas por otra mujer, la partera, que transmitía sus impresiones al médico. Incluso cierto instrumental (como cañas o calabazas vacías) que servía para el tratamiento, los médicos lo conocían pero son las mismas mujeres quienes los manipulaban.

Para la medicina hipocrática, la salud depende del equilibrio que reina entre los cuatro humores de los que se compone el cuerpo humano: la sangre, la bilis, el agua y la flema. La salud significa la buena circulación de los cuatro humores, en proporciones que varían en función del temperamento del individuo, su edad y el clima en que vive. Entre el hombre y la mujer, Hipócrates ve no solo una diferencia de órganos sino de “esencia”. Para explicarla, recurre a la analogía con un tejido denso (el hombre) y una tela floja (la mujer): en presencia de líquido, ambos se comportan de modo diferente, ya que la tela floja se embebe más rápido. El hombre posee según Hipócrates una naturaleza densa y seca, mientras la mujer posee una naturaleza esponjosa y húmeda. El feto macho y el feto hembra ya están marcados por estas diferencias: el feto hembra se forma después que el feto macho, porque el “semen” femenino es más húmedo y hace que el embrión femenino se solidifique y articule más tarde. La peor amenaza que pesa sobre la salud es la “plétora” (exceso de sangre u otros humores en el cuerpo) y por la descripción que acabamos de dar, se ciñe especialmente sobre la mujer. De la descripción de la esencia femenina y masculina, y de la descripción de la enfermedad (ambas aparentemente objetivas), se concluye nuevamente que la mujer es enferma “por naturaleza”.

Si el diagnóstico es misógino, no lo es menos la terapia. Para evitar la plétora es fundamental mantener el equilibrio de los humores. Dada la naturaleza húmeda de la mujer, su salud depende de la regularidad menstrual y de la frecuencia de las relaciones sexuales (por la eliminación de sangre en una, y la emisión de “semen” en la otra). Las relaciones sexuales son indispensables para la salud, porque si faltan el útero vacío migra por el interior del cuerpo y presiona otros órganos (herencia de la medicina egipcia). Pero no debe haber un exceso de



coitos, porque agrandan el orificio uterino dando lugar a anorexia, ansiedad y dolores lumbares²².

En suma, la mujer es húmeda, productora de fluidos, dependiente del hombre para su salud y maltratada por su matriz. Fundada en la física de los filósofos jónicos, la medicina de los tiempos de Hipócrates posee pocos conocimientos seguros de anatomía. El terapeuta no dispone de un modelo para guiar su examen. Ensayo cuidados frente a una enfermedad, teniendo en cuenta la combinación única encarnada por cada paciente (esencia, constitución y equilibrio de humores). Es una conducta guiada por la “prudencia”, que pronto choca con una nueva corriente inspirada por los filósofos sofistas, que introduce el reino de los conceptos.

Toda una corriente de investigaciones sobre la naturaleza del mundo conducen a la construcción platónica del *Timeo*. Esta interpretación del universo será modelada a su turno por Aristóteles y conocerá la posterioridad por medio de Galeno, rigiendo por largo tiempo las relaciones entre los médicos y las mujeres. Los médicos han visto a las mujeres por los ojos de la teoría, por cierto androcéntrica, y han impuesto esta visión a las mujeres, que ven así obstaculizado el contacto con sus propias experiencias corporales, mediatizado por un saber que refuerza su dependencia. La cultura occidental, la que aún tiene influencia sobre nuestras sociedades, vio la luz en Grecia, unos cinco siglos antes de Cristo. En ese momento floreciente de la humanidad confluyeron la ciencia, la filosofía, el arte, la política. Los hombres aspiraban a conocer el universo con una herramienta poderosa que los diferenciaba del resto de la naturaleza: la razón. De esta maravillosa gestación quedaban excluidas las mujeres. Sus tareas se consideraban incompatibles con los fines del conocimiento. Ellas debían atender el ámbito doméstico, la casa y los hijos, y quedaban recluidas en el “gineceo”, donde realizaban labores consideradas propias de mujeres. En la cuna de la cultura, eran analfabetas. Pero este destino social no era “natural”, estaba fuertemente justificado por la filosofía.

En el *Timeo*, Platón expone una nueva geografía del cuerpo, que asigna a la mujer un lugar nuevo en la creación. Sus ideas, citadas por Aristóteles, evocadas por Galeno, ejercen una poderosa fascinación sobre el pensamiento de la Antigüedad y la Edad Media hasta bien entrado el siglo xvii, particularmente sobre los pensadores cristianos. La descripción anatómica sirve a Platón para explicar las diferentes partes del alma, su situación en el cuerpo. El hombre tiene un alma racional, alojada en la cabeza, que es inmortal. Pero también se compone el alma de dos partes mortales: una alojada en el pecho, el alma irascible, la del coraje militar; y otra ubicada en el vientre, la del deseo, el alma con-

2 Cnide y Cos (1981). *Essai sur les doctrines médicales dans la collection hippocratique*. París, Les Belles Lettres

cupiscente. Y como en esta alma una porción es “por naturaleza” mejor que la otra, divide en dos alojamientos la cavidad del tórax, disponiendo entre ambos el diafragma como tabique. Así, Platón introduce una nueva jerarquía sobre el cuerpo: lo alto es superior a lo bajo.

También se explica en el *Timeo* la diferenciación entre los sexos, la creación de seres vivientes distintos al hombre. La mujer es presentada como un *varón castigado*. En el origen, el demiurgo crea un ser humano, pero aquellos varones que fueron cobardes y vivieron mal, en su segundo nacimiento son transmutados en mujeres. Y hasta el deseo sexual es considerado un premio consuelo para el varón caído: desde entonces los dioses formaron el amor de la conjunción carnal, destinado a la propagación de la especie. La mujer es definida como criatura inferior (aun que aun debajo de ella se encuentran los animales, en los que el hombre puede reencarnar si se porta todavía peor). Platón se encargó entonces de resaltar, en su anatomía ligada a las partes del alma, que “por naturaleza” una parte es mejor y la otra peor, y también por naturaleza nos tocó a las mujeres la peor parte. El órgano femenino por excelencia, el útero, se encuentra ubicado muy lejos del asiento de los pensamientos nobles. Para Platón, el alma racional, ubicada en la cabeza, debe gobernar la concupiscente. Pero eso es difícil en las mujeres, porque ellas están determinadas por su matriz, que es —nos dice en el *Timeo*— “como un ser viviente poseído del deseo de hacer niños”.

Si durante un tiempo, y a pesar de la estación favorable, este “animal dentro de otro animal” permanece estéril, entonces se agitará dentro del cuerpo, obstruirá el paso del aire, impedirá la respiración y ocasionará todo tipo de enfermedades. Y puesto que en esta agitación animal de la matriz está en el fondo la voluntad del creador, debemos aceptar este destino de irracionalidad sin rebelarnos. La anatomía platónica es finalista: una intención divina preside este desorden.

Un filósofo tan relevante como Aristóteles, quizás el más influyente en toda la historia de la filosofía, también se ocupa del problema del origen de la vida. En la *Historia de los Animales*, sostiene tesis similares a las de Hipócrates: hombres y mujeres colaboran en la generación emitiendo dos clases de esperma. Para que haya fecundación, ambos deben emitirse al mismo tiempo; cosa que los hombres deben tener en cuenta pues las mujeres son lentas en muchos dominios. Estas ideas se modifican en *Generación de los animales*, donde el varón encarna el principio motor y generador de la concepción, y la mujer el principio material. Ella ha perdido su esperma creador, y ahora no es más que un vaso. Su esperma son las menstruaciones, destinadas a nutrir el feto cuando no evacúan humores superfluos. Aristóteles refuta la idea del corpus hipocrático, que viene de Empédocles, de que el esperma proviene de todas las partes del cuerpo. Para él el esperma es un residuo; lo que no resulta “cocido” por el calor natural del hombre. La mujer no puede tener un residuo tan elaborado porque carece de calor (se sostiene aquí una “naturaleza caliente” para el varón y una “fría” para



la mujer). Ella produce un residuo más abundante pero menos elaborado (que son las reglas); y así puede explicarse que su talla sea más pequeña.

La mujer es quien, de todos los animales, evacúa una secreción más abundante. He aquí por qué podemos constatar que siempre es pálida y no se le ven las venas, y que su inferioridad física por comparación al hombre es manifiesta. “Es evidente” que la mujer no contribuye a la emisión de esperma en la generación: pues si ella emitiera esperma, no tendría menstruación. (Para ser el autor de los primeros y segundos analíticos, la “evidencia” aludida —en rigor, una petición de principio— resulta poco menos que sorprendente.).

La secreción de líquido que las mujeres emiten en el coito no es espermática. Es solo una secreción local propia de cada mujer y que, de hecho, algunas no emiten —por ejemplo, las morenas de apariencia masculina— mientras por el contrario se encuentra en abundancia en otras —las mujeres de tez pálida de apariencia estrictamente femenina. Para que las latinas no desesperemos, existe un aliciente: podemos aumentarla consumiendo alimentos picantes.

Aristóteles subraya más aún la importancia del útero para la definición de la feminidad: un animal no es masculino o femenino por todo su cuerpo, sino por cierta función de cierto órgano, en la mujer el útero, en el varón los testículos y el órgano genital. Establece entre ellos una simetría: el útero es siempre doble, lo mismo que en los varones los testículos son siempre dos.

Sobre este destino anatómico, se funda un destino social. Aristóteles sostenía en su *Política* que hay entre las personas un orden jerárquico que es “natural”: el macho es superior a la hembra, el amo al esclavo, el adulto al niño. Como naturalmente lo superior debe dominar lo inferior, de esa “naturaleza” se desprende una relación política: el superior gobierna y el otro es gobernado. Los esclavos por no tener facultades deliberativas, las mujeres porque en ellas predominan las emociones, los niños porque aún no poseen una razón madura, deben obedecer al único ser con racionalidad plena: el hombre libre adulto. Según Aristóteles esto beneficia a ambos, pues un ser tan inferior no podría gobernarse a sí mismo. Como vemos, para Aristóteles el hombre es un ser racional pero la mujer no llega a serlo.

Este pensamiento no es arcaico. Se expresa en la ciencia moderna (veremos en el próximo capítulo el ejemplo de la taxonomía de Linneo, y el lugar del *homo sapiens* en ella) y en la religión, incluso hasta nuestros días. Esto es lo que las feministas llaman un pensamiento “androcéntrico”, es decir, que hace eje en el adulto varón. Su pretendida universalidad se traduce políticamente en hegemonía. Resumiendo entonces, para Platón la mujer no posee alma racional y queda ubicada en la mera concupiscencia (puesto que su esencia es el útero), es un hombre castigado, defectuoso, en falta; y la anatomía es un destino divino

e inapelable. Para Aristóteles el goce femenino en el acto sexual deviene superfluo, la mujer es solo un recipiente del semen masculino (mujer-vaso), y su diferencia es negada (dos úteros). Estas afirmaciones no se apoyan en el progreso de la anatomía o en el mejor conocimiento del cuerpo humano: su discurso es ideológico.

Este discurso ideológico influye sobre Galeno (130 a. C.), que crea un sistema coherente, síntesis del pensamiento antiguo, el cristianismo, un análisis del cuerpo humano donde puede leerse la voluntad divina, y una adecuación perfecta de los órganos a su función. Este finalismo seduce a sus contemporáneos, hace su obra admirable a los ojos de los sabios árabes que la traducen, y le asegura el reconocimiento del clero que ejercía la medicina en la Edad Media, pues se acomoda a la idea de un Dios todopoderoso, y ratifica el orden de las cosas. La impronta de Galeno sobre la medicina occidental ha sido inmensa, y ha servido para retener una concepción de la mujer como un hombre invertido, como determinada por su útero a la enfermedad.³

Una característica importante del largo período considerado como Edad Media es que la religión, la ciencia y la filosofía estaban profundamente unidas. Especialmente, porque el saber se concentraba casi exclusivamente en los conventos, y también conceptualmente, pues ciertos principios se consideraban comunes a todo conocimiento. La influencia de Aristóteles se extiende por todos estos siglos a través de intérpretes muy importantes, como Santo Tomás y San Agustín, y la misma ciencia no podía contradecir la que el maestro había impuesto. Al dársele a la ciencia un sentido religioso, cualquier opinión contraria en biología o astronomía era juzgada como una falta moral. Era un período muy dogmático, y por eso a veces se lo considera oscuro.

En los conventos, pero solo allí, las mujeres tenían la oportunidad de estudiar, aunque fueran vistas (incluso hoy) como indignas de ejercer el sacerdocio. Pero fuera del convento el conocimiento era considerado peligroso para las mujeres, y un signo de la presencia del demonio. Y es que la cultura eclesiástica dominante³ definía a la mujer como una pecadora por esencia. El mito de Adán y Eva era usado como una advertencia de las desgracias que podían sobrevenirles a los varones por escuchar la tentadora voz de las mujeres. El cuerpo de las mujeres era algo pecaminoso, una fuente de perdición que el hombre debía procurar evitar. Las mujeres fueron identificadas con el mal, y en un período oscuro ellas fueron lo más oscuro.

Quedaba el modelo de mujer sumisa y obediente al varón que la religión proponía, pero este modelo no coincidía con el ideal de conocimiento sino que se

3 Yvonne Kniebihler y Catherine Fouquet (1983). *La femme et les médecines, Analyse Historique*. Paris, Hachette.



limitaba a las funciones reproductivas. Algunas, sin embargo, lograron destacarse como filósofas, matemáticas o astrónomas; pero eran excepciones pues se mantenía a las mujeres en la ignorancia. Un caso muy notable fue el de Hipathia, directora de la biblioteca de Alejandría, que tuvo varios discípulos en su escuela de filosofía y escribió tratados de astronomía y matemáticas. Pero lejos de ser premiada por ello, tuvo un final trágico: murió en el año 415 lapidada por una multitud cristiana, acusada de conspirar contra un obispo.

Con el Renacimiento, cuando la cultura y la educación abandonaron los monasterios para establecerse en las escuelas y en las universidades, el acceso a ellas quedó prohibido a las muchachas. Mujeres de todas las categorías sociales perdieron así una parte de sus antiguos papeles, pues esta brecha educativa fue invocada para eliminarlas de las profesiones que habían logrado ejercer. Las reinas, princesas y mujeres nobles, sin embargo, encontraban refugio en las cortes, y en ciertas instituciones como el beguinaje (lugares de oración solo para mujeres, que rechazaban a la vez el dominio de los hombres y el de la Iglesia).

En 1258, una bula papal sobre hechicería da comienzo a la Inquisición. Con el pretexto de hechicería o de juicios de herejía, se persigue y se elimina de manera muy cruel a miles de mujeres. Las hechiceras eran acusadas de atacar la potencia sexual de los hombres, el poder reproductor de las mujeres, y de trabajar por la exterminación de la fe. Como no contaban con la protección que aseguraba a las reinas y a las mujeres nobles o ricas su estatuto social o económico, esas mujeres en rebelión terminaron en la hoguera.

En lo que hace a la naturaleza de las mujeres, la influencia de la ciencia de la Antigüedad persistió hasta muy avanzado el siglo XVII; por eso es especialmente interesante observar la continuidad valorativa de la discriminación en épocas de florecimiento de ideales igualitarios, con la modernidad. Claro que el presente es siempre una posición ventajosa desde la cual las teorías científicas de las generaciones previas a menudo parecen ridículas. Y es bastante obvio que lo que conocemos en un momento dado tiene límites conceptuales y tecnológicos que luego son superados. Pero la verdadera grieta son las ideas sociales subyacentes.

Aceptemos que las observaciones de la estructura celular hechas hace cien años con un microscopio óptico han sido sencillamente desalojadas por las observaciones que hizo posible el microscopio electrónico. Pero no fue el aumento del microscopio el factor que limitó las observaciones de científicos del siglo XVII y XVIII, como el consumado microscopista Van Leeuwenhoek, que afirmó que había visto "formas extremadamente diminutas de hombres con brazos, cabezas y piernas completos dentro del semen" bajo el microscopio. Antes bien, pesaron más de veinte siglos de tradición aristotélica que concibe a la mujer

como un ser totalmente pasivo, que no contribuye en nada sino como una incubadora al desarrollo del feto, que brota íntegro de la cabeza del espermatozoide.⁴

El pensamiento tradicional afirmaba que hay una *naturaleza femenina*, lo cual lógicamente significa que debe haber también una naturaleza masculina, a menos que se suponga (como generalmente parece ser el caso) que la *naturaleza masculina* es sinónimo de la "naturaleza humana". La naturaleza biológica es invocada como explicación última especialmente para aquellos fenómenos sociales que, por lo inhumano, trascienden la justificación racional: opresión sexual y social, explotación económica y política, esclavitud, racismo, guerra. Al confundir naturaleza con historia, y biología con política, la ideología ejerce su poder de desnudar al oprimido de la esperanza de verse liberado, y de darle una dimensión individual y subjetiva a la degradación, la subordinación y la inferioridad asignada por decreto.

Es por lo menos curioso observar la convivencia de algunos escritos americanos y europeos de 1860 en adelante, coincidentes con los movimientos por los derechos de la mujer y antiesclavistas. Un craneólogo francés, F. Pruner, escribió en 1866 la siguiente ecuación: "Un hombre negro es al hombre blanco, como la mujer es al hombre en general". James Hunt, presidente de la London Anthropological Society, afirma en 1863: "No hay duda de que el cerebro del negro tiene una gran semejanza con el de la mujer europea o con el cerebro infantil, y así se aproxima más al simio que al europeo". En 1869, el médico William Holcombe escribe:

"La mujer debe ocuparse de cuestiones domésticas y no de ciencia y filosofía. Ella es sacerdote, no rey. La casa, la alcoba y el closet son los centros de su vida social y de su poder, tan seguramente como el sol es el centro del sistema solar".⁵

Podría acusar a las feministas de suspicacia y de ceguera. Después de todo, tal vez la coincidencia entre los científicos acerca de la inferioridad femenina se debe a que el mundo es *realmente* así. Pero veamos: la explicación última de las diferencias naturales de temperamento e intelecto, según los científicos de la época que estamos analizando, reside en la diferente estructura del cerebro femenino. Durante la última mitad del siglo XIX, los neuroanatomistas creían que el lóbulo frontal del cerebro humano explicaba las más elevadas funciones humanas mentales e intelectuales. Los científicos entonces encontraron que los lóbulos frontales de los hombres eran más desarrollados que los de las mujeres, mientras ellas tenían lóbulos parietales más grandes. Cerca de fin de siglo, nuevos cálculos de los neuroanatomistas ubican en los lóbulos parietales, antes que

4 Fox Keller (1985). *Reflections on Gender and Science*. New Haven, Yale University Press.

5 *Ibid.*



en el lóbulo frontal, el sitio del intelecto. ¿Concluyeron entonces que las mujeres eran más inteligentes? Pues no. En poco tiempo los principales anatomistas del período “descubrieron” que los lóbulos parietales de las mujeres no eran realmente mayores y su lóbulo frontal menor que el del hombre como se había pensado (“y observado”), sino justo a la inversa. Y acumularon nueva evidencia empírica para sostener ahora lo contrario.

Es por eso que creemos que la historia de la ciencia ejemplifica el sesgo sexista, más que la prescindencia valorativa y la objetividad del conocimiento. El ejemplo que acabamos de dar no es un caso aislado. Aún hoy se nos hace sentir que el esfuerzo de las mujeres por hacer cosas diferentes de aquellas para las que estamos “destinadas” (por biología y evolución, por naturaleza y temperamento) amenaza la salud y supervivencia de la raza humana. Un tema enunciado explícitamente por los médicos del siglo xix es hoy sugerido oscuramente por los modernos deterministas biológicos, que predicen daños incalculables por desafiar la naturaleza (daños de los que *nosotras* somos responsables).

La última mitad del siglo xix vio un encumbramiento del darwinismo social que concebía al cuerpo político (el orden político y social), junto con el lugar de cada persona dentro de él, como habiendo evolucionado de acuerdo con las leyes de selección natural de Darwin. En este medio, la visión del “temperamento innato” de la mujer (maternal, puro, piadoso, compasivo) subyace el debate de los médicos y educadores, científicos naturales y sociales, sobre el tamaño y funcionamiento del cerebro femenino y la deseabilidad de que las mujeres aspiren a la educación formal: el ejercicio del cerebro femenino podría drenar la muy limitada energía que posee de sus “verdaderos” roles de reproducción y maternidad. En 1873, con esta indudable inspiración, el educador Edward Clarke (1873) afirmaba: “El desarrollo intelectual de las mujeres se logra solo a un alto costo de su desarrollo reproductivo: en la medida en que el cerebro se desarrolla y se accede a la lógica, los ovarios encogen”.

Mientras avanzan las sufragistas y los movimientos antiesclavistas, los cerebros humanos son medidos, pesados y vueltos a medir, en un esfuerzo por encontrar algún índice de inferioridad *cuantitativa* en el cerebro de mujeres, esclavos y negros. La craneología desaparece, pero muchos otros médicos y científicos, desde entonces y hasta el presente, continúan dedicados a la tarea de explicar por qué las mujeres y los negros están naturalmente fijados, biológicamente determinados a los roles sociales que aún desempeñan.

En décadas recientes muchas áreas importantes de la biología han producido explicaciones y teorías de las diferencias sexuales. La sociobiología, por ejemplo, considera todas las conductas, características, relaciones sociales y formas de organización social humanas como determinadas biológicamente, genéticamente y evolutivamente. Nuestras características son adaptaciones para la

supervivencia, y el hecho mismo de que exista prueba que *deben* existir, o de otra manera no se habría evolucionado en ese sentido. Se establece así el carácter innato del racismo y las guerras, y aun de las diferencias sexuales en los roles y la ubicación social. Los sociobiólogos se ocupan del movimiento de mujeres y sus objetivos, pero para rechazarlos con afirmaciones como "Irónicamente, la madre naturaleza parece ser sexista". El discurso de la sociobiología define la agresividad masculina, la pasividad femenina, las jerarquías de dominación, los roles sexuales, la territorialidad, el racismo, la xenofobia, como tendencias biológicas naturales; y no cuesta demasiado imaginar cómo esto podría conformar la base ideológica de programas políticos conservadores o reaccionarios.⁶

Entre las diversas formas contemporáneas de determinismo biológico que excluyen a las mujeres del dominio pleno de las facultades racionales, se encuentra la investigación sobre las hormonas sexuales y sus efectos sobre el desarrollo del cerebro y sobre la subsecuente conducta adulta. También la investigación de las diferenciaciones sexuales morfológico-funcionales del cerebro ha tomado la forma de investigación sobre las diferencias en la lateralización de las funciones entre los dos hemisferios cerebrales. Se cree generalmente que ciertas funciones cognitivas están asimétricamente representadas en el córtex de los dos hemisferios, y se han hecho esfuerzos por encontrar diferencias sexuales en el grado de lateralización o especialización de uno u otro hemisferio.⁷

Pero el amplio espectro de pensamiento que naturaliza los rasgos de lo femenino, y usa a la sociobiología como teoría subyacente, no se limita a la justificación del poder masculino: abarca también al feminismo. Las separatistas lesbianas o las reformistas liberales en Estados Unidos, los esencialismos psicoanalíticos y marxistas en Francia y algunas académicas ocupadas en la reinterpretación crítica de las ciencias sociales, incluyen la posición de que las diferencias de género son profundas e irreconciliables, y que las características y temperamento de las mujeres son superiores y deben ser exaltadas.

El pensamiento esencialista (es decir, la creencia en la existencia de una esencia última dentro de cada uno de nosotros, que no puede cambiar) ha funcionado siempre como un rasgo central de ideologías de opresión. La voz de "lo natural" ha sido siempre la voz del *status quo*, de la perspectiva limitante con respecto a la naturaleza y potencialidades humanas. Las feministas pueden valorar las características que en nuestras sociedades occidentales están asociadas con la femineidad y aun celebrarlas como una fuerza que preserva a la sociedad de la destrucción, y no por eso debemos justificarlas como naturales, biológicas o innatas.

6 Londa Schiebinger (1987). "The History and Philosophy of Women in Science". *Signs*, vol. 12, n.º 2.

7 Ruth Bleier (ed.) (1988). *Feminist Approaches to Science*. Nueva York, Pergamon Press.

GÉNERO Y CIENCIA

Las contribuciones del feminismo a la epistemología son del último cuarto del siglo xx, relativamente escasas en comparación con otros temas, y hay entre las pensadoras feministas puntos de vista divergentes y hasta contradictorios sobre problemas centrales. Debemos considerar por lo tanto dos tipos de diferencias: la diferencia de la perspectiva feminista en relación con el conocimiento tradicional, y la diferencia entre diversas posiciones feministas. Con influencias de corrientes tradicionales de la filosofía, tanto analítica como continental, diversos grados de sensibilidad a la crítica posmoderna y diversas posturas políticas (elementos no siempre congruentes entre sí y con el feminismo) se abordan problemas tradicionales como la objetividad y la justificación del conocimiento, poniendo atención en el sujeto que lo produce.

Los hallazgos epistemológicos más fuertes del feminismo reposan en la conexión que se ha hecho entre “conocimiento” y “poder”. No simplemente en el sentido obvio de que el acceso al conocimiento entraña aumento de poder, sino de modo más controvertido a través del reconocimiento de que la legitimación de las pretensiones de conocimiento está íntimamente ligada con redes de dominación y de exclusión. Evelyn Fox Keller y Helen Longino (1996) señalan que hasta los años 60 el punto de vista dominante de las ciencias era que el conocimiento científico consistía en razonamiento lógico aplicado a datos observacionales y experimentales adquiridos por métodos valorativamente neutros e independientes del contexto. Se creía también que la aplicación de métodos científicos en el desarrollo del conocimiento de la naturaleza resultaría en una explicación simple, unificada, de un mundo objetivo y determinado. En los años 60, sin embargo, el trabajo de muchos historiadores de la ciencia y filósofos de la ciencia de mentalidad histórica —como Kuhn (1962-1970), Feyerabend y Hanson— cambió decisivamente esa visión. La observación científica, argumentaban, nunca es inocente, sino que está siempre e inevitablemente influida por compromisos teóricos. Más aún, el desarrollo del conocimiento científico no puede entenderse como una cuestión de acumulación, como la adición de más detalles o más sofisticación teórica a una base estable. La estabilidad misma es temporaria, está sujeta a periódicas rupturas en el curso de lo que Kuhn llama “revoluciones científicas”.

Helen Longino (1993) nota los paralelos entre los argumentos feministas y las tendencias recientes en la filosofía crítica de la ciencia. Ambos convergen en la conclusión de que no hay posición de sujeto pura o incondicionada. Longino argumenta que tal reconocimiento requiere reconcebir el conocimiento como social, esto es, como el producto de interacciones sociales entre miembros de una comunidad y de interacciones entre ellos y los objetos de conocimiento implicados, antes que una cuestión de interacciones solo entre un sujeto individual y los objetos a conocer. La objetividad revisada debe involucrar no solo

reconcebir las relaciones de los individuos con el mundo que buscan conocer, sino articular apropiadas estructuras y relaciones sociales para los contextos de investigación dentro de los cuales se persigue el conocimiento.

Cuando vinculamos género y ciencia, nos interesa discutir en especial las estrategias metodológicas que permitan una reconstrucción “feminista” de la ciencia, no solo del papel de las mujeres como sujetos de producción de conocimientos, sino de los sesgos que el género imprime al producto, a la teoría científica. Desocultar —sería la tarea—, quitar el velo que esconde el sexo (masculino) de la ciencia. Precisamente este es el mérito principal de Londa Schiebinger (1993): escribir cómo los padres de la ciencia moderna incorporaron sus prejuicios (no solo de género, sino también de clase y raza) en sus investigaciones sobre la ciencia y la historia natural; explorar el modo en que la raza, el género y la clase han dado forma a las clasificaciones y descripciones científicas no solo acerca de humanos sino también de plantas y animales; mostrar cómo los científicos, como miembros privilegiados de la sociedad, construyen imágenes y explicaciones de la naturaleza que refuerzan sus propios lugares y valores culturales⁸.

Hablar de una reconstrucción feminista de los saberes científicos es hablar de una reinterpretación desde la perspectiva de género, y del aporte que desde ella pueda hacerse para la emancipación de las mujeres. Para ello concebiremos la ciencia como una construcción por parte de una comunidad, en la que influyen otras variables sociales además de los parámetros disciplinarios, y cuyo producto no debe ser confinado para su estudio al desarrollo dentro de la comunidad científica. Deben analizarse motivaciones y consecuencias del ejercicio de la ciencia, la intervención de intereses no reducidos al impulso epistémico, los sesgos no visibles por formar parte de los valores compartidos por la comunidad científica.

El científico (o la científica) es un sujeto atravesado por determinaciones de las que no es posible desprenderse, que es necesario reconocer, y que se vinculan a un sistema social más amplio. Entre estas determinaciones, dirán las feministas, se encuentra el “género” (es decir, la interpretación que cada grupo social hace de las diferencias sexuales, los roles sociales atribuidos en razón de este género, y las relaciones establecidas culturalmente entre ellos). Y el desafío es demostrar de qué modo en el producto del trabajo de esta comunidad, producto que ha pasado los controles intersubjetivos que asegurarían su neutralidad, se instala el sexismo como un sesgo fortísimo.

[...] Analizar la ciencia como un producto humano, ponerla en su contexto social de producción, parece un camino obligado para una historia de la ciencia que se

8 Londa Schiebinger (1993) *Nature's Body. Gender in the Making of Modern Science*. Boston, Beacon Press.

proponga develar los modos sutiles en que los sesgos de género han desviado a las mujeres de sus propósitos de conocimiento.

[...]

El sesgo sexista de la ciencia no solo proviene de que aún hoy las mujeres están bastante ausentes de su construcción teórica y de que sus productos han generado una imagen de la naturaleza femenina que contribuyó a su confinamiento social. También influye el papel significativo que las políticas de género han jugado y juegan en la construcción de conocimientos supuestamente neutrales y que el modelo de sujeto que la ciencia prescribe contribuye a ocultar.

Una de las estrategias de la epistemología feminista para desarticular la aparente neutralidad del investigador y develar el modo en que los intereses se filtran en la construcción de teorías científicas, es el análisis del lenguaje de la ciencia. Se discute entonces su transparencia, su aparente referencialidad directa, para mostrar en especial el uso de metáforas. Al desarticular las metáforas usadas por científicos, quedan de manifiesto las analogías que revelan no solo la asunción acrítica sino incluso el refuerzo de ciertos valores sociales predominantes. Cuando esos valores implican relaciones opresivas entre los géneros, la ciencia se pone al servicio del control social.

Las metáforas sexuales no son ajenas a la ciencia. Es más, son propias del surgimiento de la ciencia moderna, y de la metaciencia, ya que definen también la relación de la mente con el mundo, de la ciencia con la naturaleza, y del dominio del conocimiento científico. A veces de maneras sutiles, como cuando se llama “duras” a las ciencias más objetivas por oposición a las “blandas”, más subjetivas, en que implícitamente estamos invocando una metáfora sexual en la que “dura” es masculino y “blanda” es femenino.

El lenguaje de la ciencia no es neutral. Se filtran en él valores y no es meramente descriptivo. Por otro lado, tampoco es literal. Las metáforas rompen la ilusión de la mente científica como espejo de la naturaleza. Cuando las metáforas tienen connotaciones sexuales, se filtra en la aparente neutralidad de la ciencia, a través de diversos períodos, una persistente ideología patriarcal.

En los años 70, las feministas introducen el concepto de *género* como una categoría analítica, diferente del sexo biológico, que alude a las normas culturales y expectativas sociales por las que machos y hembras biológicos se transforman en varones y mujeres. Aunque a veces se omite (Simone de Beauvoir decía que “una no nace mujer, sino que llega a serlo”), conviene recordar que tampoco se nace varón. La ideología de género afecta a ambos, pero influye de modo diferente, creando en los varones la convicción de que sus experiencias expresan la humanidad (el “hombre” en sentido universal), mientras las de las mujeres

aparecen, incluso para sí mismas, como lo otro o lo diverso, la “diferencia”. La ideología de género no solo genera estereotipos que afectan a varones y mujeres individuales, también organiza nuestro mundo natural, social y cultural, y genera estructuras de interpretación incluso en ámbitos donde varones y mujeres no están presentes. A este rasgo producido por las creencias culturales y no por los genes, lo llama Evelyn Fox Keller “trabajo simbólico del género”. En la epistemología feminista comienza a usarse el concepto de género al final de los años 70, cuando el acceso (bien que tardío) de las mujeres a los ámbitos de educación superior permitió analizar los efectos de esta incorporación, y mostró que no alcanzaba con tomar esferas tradicionalmente masculinas, “añadir mujeres y batir”.⁹

Las imágenes tradicionales de género modelan el conocimiento científico de tal manera que ciertos recursos cognitivos, emocionales y humanos que se han tildado de “femeninos” se han perdido para la ciencia, o han sido excluidos. La ideología de género, así, no solo debilita y constriñe a las mujeres sino que también debilita y constriñe a la ciencia. Si analizamos con esta óptica la historia de la ciencia, veremos que desde la modernidad se establecen categorías que funcionan como definiciones muy básicas y, son a la vez, definidoras del género (mente/ naturaleza, racional/intuitivo, objetivo/subjetivo, etc.). Y se observa el uso de metáforas de género para definir una postura adecuadamente científica o para distinguir la buena ciencia de la mala. “Está suficientemente claro —dice Keller, 1996— que la consideración de la mente como activa y masculina, y de la naturaleza como pasiva y femenina, o de la objetividad y la razón como rasgos masculinos, y de la subjetividad y el sentimiento (o intuición) como rasgos femeninos, favorecen la exclusión de las mujeres de la ciencia, pero —y esta es la pregunta importante desde la perspectiva de la ciencia— ¿qué efecto, si lo hay, tiene sobre la práctica científica?”. Esto significa preguntar qué efecto tiene la ideología de género que se desprende del uso de las metáforas de género sobre la ciencia misma. La pregunta encierra un presupuesto, y es que el lenguaje utilizado influye en la representación cognitiva, y no solo la expresa.

Muchos filósofos y científicos no aceptan esta posición, al menos no para el lenguaje científico (aunque podrían presentarse influencias de este tipo en discusiones metacientíficas). El lenguaje de la ciencia representaría para ellos literalmente la realidad de la naturaleza. Es precisamente esta literalidad la que diferencia el lenguaje de la ciencia del de la literatura, y la que lo defiende de vaguedades e imprecisiones del lenguaje ordinario.

Quine, por ejemplo, sostiene que la metáfora es un requisito para la adquisición y el aprendizaje del lenguaje, y que es un error pensar que el uso lingüístico

9 Evelyn Fox Keller (1996). “El lenguaje de la genética y su influencia en la investigación”. *Quark*. Q. Ciencia, Medicina, Comunicación y Cultura. Observatorio de la Comunicación Científica (OCC) de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.



común tiene un carácter literal en su cuerpo principal y un carácter metafórico en sus adornos, pero preserva sin embargo la literalidad de la ciencia: “El discurso cognoscitivo en su más cruda literalidad es más bien, en gran medida, un refinamiento característico de los limpiamente cultivados recintos de la ciencia. Es un espacio abierto en la jungla tropical, creado desembarazándolo de tropos”.

[...]

Solo que Quine reserva el uso de metáforas para la frontera filosófica de la ciencia, en épocas de cambios o crisis. Una vez aceptado el nuevo orden, se abandonan las viejas metáforas y las nuevas “se declaran” literales. Cuando las metáforas usadas en ciencia tienen connotaciones sexuales (y hay muchas metáforas de este tipo), se filtra en la aparente neutralidad de la ciencia una persistente ideología patriarcal. Pero si no vamos a rechazar el uso metafórico en ciencia, con los presupuestos que arrastre, sino que solo vamos a evaluarlo por su valor heurístico, lo que debemos discutir es que este punto de vista androcéntrico —amén de perjudicar a las mujeres— perjudica y empobrece a la ciencia misma.

Gemma Corradi Fiumara¹⁰ parece ir más allá, y señalar un estereotipo de género en la misma aceptación o no de metáforas en ciencia. Por ejemplo, todavía no sabemos cómo la metaforicidad se ha vuelto una “metáfora” para toda dinámica no-literal de lenguaje que se desarrolla fuera del vocabulario homogéneo de cualquier disciplina normal (en el sentido kuhniano de “ciencia normal”). Etimológicamente, el significado de *metáfora* es quizás más cercano al aspecto metabólico de nuestra vida orgánica. *Metaforizar* significa llevar un término más allá del lugar al que pertenece y así ligarlo con un contexto de otro modo ajeno a él. A modo de una primera aproximación, se podría sugerir que el lenguaje literal puede referirse a algún vocabulario intraepistémico mientras los usos no-literales del lenguaje refieren a usos hermenéuticos interepistémicos.

Aceptar el uso metafórico, entonces —dice Fiumara—, supondría abandonar una relación sujeto-objeto de separación por una de interrelación. Y en la teoría feminista, esto está asociado con la influencia de la psicogénesis masculina y femenina, y su influencia en los modos de conocimiento canónicos en ciencia. Pero hay en los últimos años varios cambios en nuestro discurso filosófico, ya no empezamos desde el lenguaje teórico como si las condiciones de vida antecedentes fueran irrelevantes para su desarrollo. Else Barth apunta críticamente que mucha de nuestra filosofía opera cognitivamente en un estilo *social-solipsístico* “en el cual los objetos físicos parecen ser de importancia como tales pero

10 Gemma Corradi Fiumara (1990) *The Other Side of Language: A Philosophy of Listening*. Londres y Nueva York, Routledge.

donde no ocurre, o 'no es tomado en consideración, ningún' contacto verbal u otro signo de contacto entre humanos.¹¹

Conversamente, la investigación de Corradí Fiumara fue inspirada por una perspectiva sobre la vida y el lenguaje que supone su recíproca interacción:

“Cualquier concepto de la vida o del lenguaje que no dé cuenta de su interconexión —dice— probablemente no producirá más que artefactos superfluos; estos tienen poco que ofrecer a una cultura filosófica incipiente que persigue la búsqueda de un lenguaje capaz de comunicación interepistémica. De hecho, si pudiéramos no confiar más en la ubicación de un punto de partida arquimediano, entonces podríamos optar más humildemente por una lógica de interdependencias.”

Si nos resultara exagerada la afirmación de Fiumara, para quien la idea misma de literalidad se corresponde con la psicogénesis masculina, siendo la metáfora una invitación a la vinculación, propia de la psicogénesis femenina, podríamos revisar una expresión que parece apoyar la idea de que el miedo a la metáfora y la retórica en la tradición empírica es un miedo al subjetivismo —un miedo a la emoción y a la imaginación, tradicionalmente asociadas a lo femenino por oposición a la razón masculina.

[...]

El uso de metáforas prefigura dos modos diferentes de concebir la relación de conocimiento: como amor y como poder. Modos de hablar que a la vez expresan y refuerzan dos modelos de construcción de la ciencia diferentes. Porque como dicen Lakoff y Johnson, la metáfora es primariamente una cuestión de pensamiento y acción, y solo derivadamente una cuestión de lenguaje. Afirman que la verdad siempre es relativa a un sistema conceptual, y que cualquier sistema conceptual humano es en muy gran medida de naturaleza metafórica.

Se oponen así a lo que llaman “el mito del objetivismo”, al que consideran particularmente pernicioso porque no solo da a entender que no es un mito, sino que hace tanto de los mitos como de las metáforas objeto de desprecio y desdén. Esta oposición, por si hiciera falta aclararlo, no supone la aceptación de un subjetivismo radical, sino lo que estos autores llaman la “alternativa experiencalista”. Que la verdad es relativa a un sistema conceptual significa que se basa en nuestras experiencias y las de otros miembros de nuestra cultura y está siendo constantemente puesta a prueba por ellas en nuestras interacciones diarias con otras personas y nuestro ambiente físico y cultural.

11 Else Barth (1991). “Waiting for Godot: on attitudes towards artefacts vs. entities, as related to different phases of operation in cognition”. *Epistemología*, vol. 14, pp. 77-104.



[...] En este sentido, las metáforas pueden ser profecías que se cumplen. Un ejemplo paradigmático del funcionamiento de las metáforas en ciencia, que tiene relación directa con el género, se refiere al modo en que los biólogos estudiaron el proceso de fertilización.¹² Hasta épocas muy recientes, la célula masculina se describía como “activa”, “fuerte” y “autopropulsada”, capaz de “penetrar” al óvulo, al cual entrega sus genes y así “activa el programa de desarrollo”. Por el contrario, la célula femenina es “transportada” y “arrastrada” pasivamente a lo largo de la trompa de Falopio hasta que es “atacada”, “penetrada” y fertilizada por el espermatozoide.

[...] ¿Cuál es la meta de esa loca carrera? En este discurso épico masculino, una meta que no permaneciera quieta en su lugar esperando al victorioso, o que seleccionara por sí misma a los competidores, sería considerado indecoroso.

Se puede objetar que por chocante que nos parezca a las feministas este lenguaje pasivo para referirse al óvulo, o incluso su desaparición del discurso relevante, si la confrontación con los datos empíricos corrobora estas descripciones, merecerán seguir perteneciendo al cuerpo de la biología. Y así fue durante muchos años. Precisamente es algo destacable la consistencia de los detalles técnicos que confirman esta descripción: el trabajo experimental proporciona unos razonamientos químicos y mecánicos acerca de la movilidad del espermatozoide, de su adhesión a la membrana celular y de su capacidad para llevar a cabo la fusión de la membrana. La actividad del óvulo, en cambio, considerada inexistente, no requiere mecanismo alguno y por lo tanto se presume que no se produce.

Actividad y pasividad son estereotipos tomados de los modelos culturales de género, que obstaculizan nuevas hipótesis en ciencia, y refuerzan las barreras para la participación creativa de otras miradas sobre el saber androcéntrico. No se trata solamente de permitir el ingreso de mujeres a la ciencia, si ellas serán luego obligadas a no apartarse de las líneas de investigación dictadas por los estereotipos de pasividad y actividad. Recibir el aporte de las mujeres a la ciencia no solo es justo para las mujeres, así como eliminar lo femenino del ámbito de conocimiento científico no solo es una pérdida para ellas. Es una pérdida para la ciencia y para el avance del conocimiento humano, porque se estrechan los horizontes de búsqueda de la ciencia misma. Y es también una pérdida para la democracia, porque todo intento hegemónico (también el del conocimiento) es ético y políticamente opresivo.

12 Evelyn Fox Keller (1996). “El lenguaje de la genética y su influencia en la investigación”. *Quark. Ciencia, Medicina, Comunicación y Cultura*. Observatorio de la Comunicación Científica (OCC) de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.



Los aportes de las afrodescendientes a la teoría y la práctica feminista: desuniversalizando el sujeto mujeres

Ochy Curiel



Ochy Curiel (1963) es activista dominicana y teórica del feminismo latinoamericano y caribeño, antropóloga social y cantautora. Portavoz del feminismo autónomo, lésbico, antirracista y descolonial. Doctora en Antropología Social, especialista en ciencias sociales y trabajadora social. Es docente de la Universidad Nacional de Colombia (UNC) y de la Universidad Javeriana. Es una de las fundadoras del Grupo Latinoamericano de Estudio, Formación y Acción Feminista (GLEFAS) e integrante del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG) de la Universidad Nacional de Colombia. Entre sus publicaciones destacan *Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista* (2007) y *El Patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin, Paola Tabet, Nicole Claude Mathieu* (2005).

Fragmento seleccionado de Ochy Curiel (2007). *Perfiles del Feminismo Iberoamericano*, vol. III. Buenos Aires: Catálogos (pp. 1-2; 3-4; 7; 8-13; 15).

LOS POSTULADOS DEL 'BLACK FEMINISM'. LA EXPERIENCIA EN ESTADOS UNIDOS

Las décadas de los sesenta y setenta fueron sin duda de una alta producción teórica y de nuevas prácticas políticas en el feminismo en muchos países. Ya las reivindicaciones y demandas feministas no eran el derecho al sufragio ni solo entrar a las instituciones masculinizadas, otras lógicas y propuestas políticas enriquecían al feminismo: las afrodescendientes, las lesbianas feministas, las postcolonialistas, las multiculturalistas, entre otras, abrieron el abanico de análisis con nuevas perspectivas en lo que se refería a la subordinación de las mujeres.

Desde un cuestionamiento a la categoría "mujeres" por su pretensión universal, las afrodescendientes o mujeres negras¹ han hecho aportes significativos relacionando categorías como la "raza"² al sexo/género demostrando cómo el patriarcado tiene efectos diferentes en las mujeres cuando estas categorías les atraviesan.

En las próximas líneas presentaré los postulados de las afrodescendientes en tres contextos diferentes: Estados Unidos, Gran Bretaña y América Latina y el Caribe. Doy cuenta fundamentalmente de sus posturas políticas, teóricas y estratégicas. Con ello busco evitar cualquier sesgo esencialista de la categoría "mujer negra" como algo unitario y homogéneo y al mismo tiempo identificar los puntos comunes que sirvan para articular una lucha política transnacional frente al sexismo y el racismo.

[...]

La supresión histórica de las ideas de las mujeres negras ha tenido una marcada influencia en la teoría feminista. Vistas más de cerca, las teorías presentadas como universalmente aplicables a las mujeres como grupo resultan, en buena medida, limitadas por los orígenes blancos y de clase media de quienes las propusieron.³

Así escribió la afroamericana Patricia Hill Collins ejemplificando el sentir de muchas afroamericanas que se toparon en el quehacer feminista con una teoría incompleta e incorrecta que bajo el velo de la generalidad de la categoría "mujer-

1 Planteo aquí mujeres afrodescendientes o mujeres negras porque dependiendo de los contextos se utilizan una u otra identidad política. Mi posición es utilizar afrodescendiente por considerar que es una categoría que refiere a hechos históricos ligados a la colonización y evitar cualquier sesgo biologicista que entiendo contiene la categoría de "mujer negra".

2 En este texto colocaré comillas a la palabra "raza" partiendo de la premisa de que la raza no existe como clasificadora de grupos humanos. Las comillas refieren a su construcción cultural y sobre todo política, y la entiendo como categoría de poder desde la cual se construye el racismo.

3 Patricia Hill Collins (1998). "La política del pensamiento feminista negro". Marysa Navarro (compiladora) *¿Qué son los estudios de mujeres?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 259.



res” escondía su propio racismo. La misma lógica de exclusión que habían vivido las mujeres afrodescendientes desde épocas de esclavitud atravesaba la práctica feminista. Eran las grandes ausentes de la historia de las mujeres, junto con las indígenas, lesbianas, migrantes, etc. Al feminismo le traspasaba el carácter liberal, burgués y universalista que las pioneras combatieron en tiempos de las Luces y de la Revolución Francesa cuando se trataba de las desigualdades con los hombres. Una universalidad que no consideraba los contextos históricos, ni las experiencias individuales y colectivas de muchas mujeres que si bien eran víctimas del sexismo, eran también atacadas por los efectos de otros sistemas de dominación como el racismo, el clasismo, el heterosexismo.

El concepto de patriarcado, fundamental para la teoría feminista, fue puesto en tela de juicio por haber sido considerado como una dominación masculina indiferenciada, sin examinar cómo este se hacía concreto en las experiencias particulares donde la raza, la clase y la sexualidad jugaban papeles fundamentales en la reproducción social.

Una de las principales reivindicaciones del feminismo contemporáneo con base al análisis de la división sexual del trabajo y a la diferenciación entre roles femeninos y masculinos fue el derecho al trabajo asalariado, fuera del hogar, lo cual permitiese a las mujeres una autonomía financiera a la vez que lograr reconocimiento social. bell hooks, basándose en la obra de Betty Friedan, *La Mística de la Femenidad*, texto que de alguna manera se convirtió en un referente teórico y político para el feminismo contemporáneo en los años 60 en Estados Unidos, criticó la visión racista y clasista del feminismo de la época argumentando que lo que proponía Friedan de que las mujeres se liberaran del trabajo doméstico para profesionalizarse igual como lo hacían los hombres blancos, no consideraba a las mujeres afrodescendientes, que siempre trabajaron fuera del hogar como fuerza de trabajo en las calles y en la casa de los blancos y las bancas, fruto de la herencia de la esclavitud.⁴ [...] Audre Lorde, poeta y lesbiana feminista afroamericana, refiriéndose a las diferencias que atravesaban al feminismo preguntaba: “Si la teoría feminista estadounidense no necesita explicar las diferencias que hay entre nosotras, ni de las resultantes diferencias en nuestra opresión, entonces, ¿cómo explicas el hecho de que las mujeres que te limpian la casa y cuidan de tus hijos mientras asistes a congresos sobre teoría feminista sean en su mayoría mujeres pobres y mujeres de color? ¿Qué teoría respalda el feminismo racista?”⁵. La visión clasista y racista del feminismo no dejaba ver cómo se reproducían estos sistemas de dominación entre las mismas mujeres.

[...]

4 bell hooks (2004). “Mujeres Negras. Dar forma a la teoría feminista”. *Eskalera La Karakola Otras Inapropiables. Feminismos desde la Frontera*, Madrid, Traficantes de Sueños.

5 Audre Lorde (2003). *La hermana, la extranjera*, Madrid, Editorial Horas y Horas.

La “sororidad” y solidaridad, principio que sustentaba el feminismo, fue también criticado, considerándolo un mito en tanto invisibilizaba las relaciones de desigualdad y relaciones de explotación y dominación entre muchas mujeres afrodescendientes y feministas blancas, en particular aquellas que tenían lugar en el espacio doméstico: “la palabra *hermandad* lleva implícita una supuesta homogeneidad de experiencias que en realidad no existe”.⁶

Estas nuevas visiones de las feministas afrodescendientes llevaron a desarrollar lo que se denomina *black feminism* o feminismo negro en Estados Unidos, abriendo así las brechas teóricas y conceptuales que articulan diversos sistemas de opresión y que se han hecho concretas en las diversas prácticas políticas colectivas, articulando un movimiento antirracista y antisexista de mucho impacto.

Bajo el concepto de “mujeres de color” nace el feminismo negro en Estados Unidos a principios de los años 70 con dos propósitos: la reconstrucción del feminismo, dominado por una visión etnocentrista y racista que invisibilizaba las experiencias de las mujeres no blancas en sus postulados teóricos, analíticos y en la práctica misma, y la denuncia del sexismo del movimiento de los derechos civiles de los hombres negros que se desarrolla desde los años 60. “Mujeres de color” más que una categoría biológica fue asumida como una categoría

política que cuestionaba el predominio de una supremacía blanca⁷ y las prácticas patriarcales que se daban tanto en la sociedad norteamericana como en estos movimientos sociales.

[...]

El hecho de que el feminismo haya sido una propuesta política y teórica marcada por el racismo y el etnocentrismo, no lo anula como propuesta válida, cuestionadora, revolucionaria y transformadora para las mujeres. El aporte del feminismo negro o la perspectiva de las afrodescendientes, de las tercermundistas, de las postcolonialistas, de las llamadas mujeres populares han completado y reconceptualizado una teoría y una práctica feminista que la aleja cada vez más de ese etnocentrismo y racismo. La tarea que queda pendiente es que todas las feministas, hayan sido racializadas o no, de diversas clases y posiciones sociales, aborden todos los sistemas de opresión que afectan a todas las mujeres. Solo así el feminismo será una propuesta completa y transformadora para la humanidad completa.

[...]

6 Audre Lorde (2003). *La hermana, la extranjera*, Madrid, Editorial Horas y Horas. 124.

7 Bell hooksh (2004). “Mujeres Negras. Dar forma a la teoría feminista”. *Eskalera La Karakola Otras Inapropiables. Feminismos desde la Frontera*, Madrid, Traficantes de Sueños.

ARTICULADAS DESDE EL COLOR POLÍTICO: MUJERES NEGRAS EN GRAN BRETAÑA

En Gran Bretaña, desde una lucha antiimperialista, anticolonialista, contra el racismo, la desigualdad de clase y las prácticas patriarcales se inicia en los años 70 el movimiento de mujeres negras con la experiencia de OWAAD (Organization of Women of Asian and African Descent), primera organización nacional y el grupo de Mujeres Negras de Brixton (AWAZ), no obstante antes ya existían otras experiencias y posteriormente otras decenas de organizaciones surgen bajo la denominación de “mujeres negras”.⁸

“Mujeres negras” ha sido una categoría diversa que refiere a cuestiones de clase, raciales, migración e incluye a mujeres que han migrado de África, Asia y el Caribe. Allí, “lo negro” ha estado lejos de connotaciones esencialistas, en tanto es una categoría diferenciada que implicaba una multiplicidad de experiencias diaspóricas.⁹ Esto ha planteado un desafío a la lucha antirracista fundamentada en el color político y cuestiona de fondo la categoría mujer negra como categoría unitaria. El concepto de negritud para las británicas no es una noción en relación con una no-blancura, sino que se convierte en una identidad política estratégica que les articula frente a un racismo institucionalizado expresado en la violencia policial, los servicios públicos y los efectos de la migración que les coloca en condiciones de desigualdades materiales, sociales y culturales.

El término *negro* “es un acto de oposición que declara la supremacía de historias de resistencia y opresión sobre las tácticas divisivas de la clasificación “científica”.¹⁰ Esta unión afroasiática es heredada, de alguna manera, del movimiento *Black Power* en los años 60 que reunió a hombres y mujeres de descendencia africana y asiática frente al racismo y la violencia desatada en estos años en Gran Bretaña. No obstante la participación de las mujeres en este gran movimiento, no fueron suficientemente reconocidas como sujetas políticas activas en el seno de las diferentes organizaciones que lo constituyeron, lo que les hizo luchar contra el machismo y androcentrismo de sus compañeros de lucha al tiempo que cuestionaron también la visión hegemónica de participación política, como los partidos y los sindicatos alienantes y exclusivistas y crearon organizaciones más autónomas¹¹

8 Avtar Brah (2004). “Diferencia y diversificación”. *Eskalera La Karakola Otras Inapropiables. Feminismos desde la Frontera*, Madrid, Traficantes de Sueños.

9 Avtar Brah (2004). “Diferencia y diversificación”. *Eskalera La Karakola Otras Inapropiables. Feminismos desde la Frontera*, Madrid, Traficantes de Sueños.

10 Julia Sudbury (2003). *Outros tipos de Sonhos. Organizações de mulheres negras e políticas de transformação*, Sao Paulo, Selo negro.

11 *Ibid.*

Julia Sudbury,[...] de origen jamaicano, quien realizó un interesante estudio sobre las organizaciones de mujeres negras en Gran Bretaña del 1970 a 1990, para referirse a las experiencias de sexismo siempre racializadas propone los conceptos de *racismo de género* y *sexismo racializado*, significando que estos conceptos no permiten la separación de los sistemas de dominación racismo y sexismo cuando se trata de la experiencia de las mujeres negras.¹² Identifica seis áreas de acción política en las que actúan las afrodescendientes: las internas de las comunidades negras —lo individual, la familia y la comunidad— y las desarrolladas frente a los aparatos de poder— local, nacional e internacional—. ¹³ El área individual es asumido por tres temas: la autoconfianza; que les da la autonomía frente a la violencia y dependencia de los hombres y frente a las estructuras discriminatorias; una visión de una educación alternativa que combatiera las representaciones negativas sobre la feminidad negra y que les permitiera identificar las barreras racializadas de género, recuperar una historia y lograr una formación para la conciencia crítica; y el desarrollo económico como una vía para lograr intendencia frente a sus compañeros violentos a la vez que una reafirmación personal.

La familia se convierte en un lugar de afirmación y resistencia al racismo. [...]

La tercera área es la comunidad, entendida como diversas experiencias colectivas. Por su situación de mujeres negras, muchas de ellas migrantes de diferentes países, la idea de comunidad es amplia. Un referente comunitario podía ser las organizaciones de mujeres, otro compartir experiencias con afrodescendientes o asiático-descendientes, otra de migrantes. En algunos casos, el concepto de comunidad para muchas mujeres de descendencia africana se vuelve más homogéneo con base a la feminidad negra de descendencia africana, lo que muchas veces les ha traído conflictos acusadas muchas veces de separatismo y de dividir la lucha antirracista.

En torno a la acción política dirigida a las esferas de poder, Sudbury señala las relaciones con el Estado y con el gobierno municipal. Esta acción política se ha dirigido fundamentalmente a lograr una distribución de fondos y subsidios para las organizaciones de mujeres negras, a lograr representación y mejorías económicas y sociales para las organizaciones y las comunidades negras. Si bien esto les ha permitido posicionarse como grupo y comunidad con cierto reconocimiento y exigir derechos, esto les ha llevado a depender financieramente del Estado y de los aparatos gubernamentales del municipio. Muchas organizaciones por captar recursos sustanciosos a través de consultorías y el patrocinio de empresas negras “se están convirtiendo en más sofisticadas y están más

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

activamente preocupadas en planear su base financiera [...] Muchas de ellas han pasado del activismo político a la prestación de servicios.¹⁴ [...]

No obstante las rupturas y fragmentaciones, el movimiento de mujeres negras en Gran Bretaña sigue siendo un referente importante de lucha política anti-racista y antisexista, que articula diferentes niveles y formas de opresión de acuerdo a contextos históricos particulares. Como bien lo señala Avtar Brah: “Como resultado de nuestra posición en las diásporas formadas por la historia de la esclavitud, el colonialismo y el imperialismo, las feministas negras hemos abogado sistemáticamente en contra de la mentalidad provinciana y hemos hecho hincapié en la necesidad de un feminismo consciente de las relaciones internacionales de poder.”¹⁵

MUJERES NEGRAS O AFRODESCENDIENTES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: VISIBILIZANDO EL RACISMO Y REAFIRMANDO LA IDENTIDAD

América Latina y el Caribe es un continente que ha estado marcado por el colonialismo y la dependencia económica, inserto en un capitalismo de libre mercado pero con mercados débiles y con poca capacidad de competir a escala internacional, lo que le mantiene en una situación de pobreza generalizada. Si bien se han suscitado muchas revoluciones, estas han sucedido en el ámbito político, no así en lo social y económico.

Los estados nacionales se forjaron mediante la imposición de élites políticas y económicas que anterior al siglo xx reguló y expropió las riquezas locales e impuso una idea de un nacionalismo que solo ha sido el reflejo de una ideología de las élites: racista, patriarcal, segregacionista y clasista. Esta ideología ha supuesto la exclusión económica, social, económica y política de las poblaciones indígenas y afrodescendientes.

El pensamiento político latinoamericano y caribeño ha estado enmarcado en este contexto, determinado por la colonización y la conquista que impuso la esclavitud indígena y africana, una esclavitud que se ha extendido y ha tenido consecuencias en la vida de una gran mayoría de la población, y las mujeres han sido grandemente afectadas.

La acción política de las mujeres se ha dado frente a las políticas económicas y sociales discriminatorias, las dictaduras y los caudillismos, el machismo y el racismo. La construcción del sujeto político crítico se ha construido bajo una idea de liberación en función de estos fenómenos.

14 *Ibid.* 296.

15 Avtar Brah (2004). “Diferencia y diversificación”. *Eskalera La Karakola Otras Inapropiables. Feminismos desde la Frontera*, Madrid, Traficantes de Sueños.110.

Si bien al feminismo latinoamericano y caribeño le ha traspasado una perspectiva de clase en comparación al europeo y en parte al norteamericano, no dejó de tener un sesgo clasista y también racista debido a las diferentes posiciones sociales, económicas y culturales que han atravesado las mujeres. La afrodescendencia o la indígena-descendencia, si bien está presente a toda la población latinoamericana y caribeña, actúa de manera diferente para aquellas/os que son más racializadas que otras/os en función a las evidencias de estas descendencias, negadas y desvaloradas a lo largo de la historia y ello se ha reflejado en el feminismo. Han sido las afrodescendientes y las indígenas quienes tuvieron que encargarse de evidenciar estas diferencias entre mujeres, de denunciar el racismo en el feminismo que se erigía sobre bases elitistas y clasistas, y que no tomaba en cuenta en sus postulados teóricos y en sus acciones políticas los múltiples niveles de opresión que traspasaba a la mayoría de las mujeres.

No es casual que uno de los grandes debates que se suscitaron en los años setenta y ochenta fue la tensión que si las mujeres llamadas “populares”, en su mayoría afrodescendientes e indígenas, eran feministas, sea que se autodenominaran o no colocando serias barreras de clase y raza en la propuesta feminista. Las mujeres “populares” siempre fueron consideradas las pertenecientes a “grupos de base” como si de partidos políticos se tratara, colocando jerarquías de estructuras, de conocimientos y de visiones políticas.

Así como la clase era un detonador fundamental en las tensiones del movimiento lo fue también la “raza”. A partir de los años setenta y más fundamentalmente en los ochenta se comienza a colocar el dedo en la llaga. Fue en el 1983 cuando sucede el segundo Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe donde de manera colectiva y continental se coloca el tema del racismo, como el gran ausente de los debates políticos y aún planteado con timidez y cierta visión identitaria esencialista, las afrodescendientes y posteriormente las indígenas, comienzan a organizar espacios de debate dentro de los encuentros.

[...]

Ya organizadas en colectivos, organizaciones, las afrodescendientes levantan tres cuestiones fundamentales: la necesidad de abordar el racismo en la propuesta feminista y el sexismo en la lucha antirracista que sostenía el movimiento negro mixto. En otras palabras, tal como lo define Sueli Carneiro, *ennegrecer al feminismo y feminizar la lucha antirracista*,¹⁶ y, por otro lado, construir un sujeto político colectivo capaz de incorporar esas perspectivas a ambos movimientos, pero también que tuviera sus propias construcciones internas y puntos de vista de las afrodescendientes

16 Sueli Carneiro. (2005). “Ennegrecer al feminismo”. *Feminismos Disidentes en América Latina y el Caribe*. Nouvelles Questions Feministas. Vol. 24. N.º 2. París-México.

[...]

La visión afrocentrista ha estado muy presente en este pensamiento político. Se ha visto expresado en el rescate y la revalorización de herencias culturales africanas: culinaria, estética y sobre todo en la religiosidad, que trata de remontarse a las ancestras africanas y la recuperación de mitologías que explican la continuidad de la fuerza política de las afrodescendientes, lo cual ha permitido historizar y relativizar el concepto mismo de política. Jurema Werneck recupera por ejemplo la historia de las *lalodês*,¹⁷ mujeres líderes africanas que resistieron a cualquier pretensión de dominio y sumisión, herencia que reconoce en las mujeres de la diáspora. Este rescate ha implicado colocar la lucha política mucho antes de haber nacido la teoría feminista como teoría.¹⁸

La visibilización del racismo en las sociedades latinoamericanas y caribeñas ha sido la ardua tarea que han tenido que asumir las organizaciones de mujeres afrodescendientes. Debido a la ideología del mestizaje, el racismo se asocia a experiencias ligadas al apartheid o a su segregacionismo como lo fue el caso de Estados Unidos y África del Sur. Se asume que la situación de marginación y exclusión socioeconómica que viven las poblaciones afrodescendientes e indígenas se debe más por su situación de clase que por el racismo mismo, lo cual instauró el modelo de clasismo-más-que-racismo que sustenta la idea de que si se alcanza niveles socioeconómicos más altos y mejores, no se tendría barreras para la movilidad social y, por tanto, no serían víctimas de racismo.).¹⁹ Sobre esta base se ha instalado la ideología de la democracia racial que invisibiliza las diversas maneras en que el racismo se expresa de forma soterrada, pero también devastadora.

[...]

“Lo negro”, en Latinoamérica y el Caribe, diferente a Gran Bretaña, sí hace referencia a un grupo cuyas características fenotípicas son compartidas en mayor o menor grado, y bajo esta categoría se contextualizan las historias, el racismo, el sexismo y el clasismo, no a la inversa lo que ha provocado serios errores en las perspectivas y estrategias políticas. En ese sentido, la mayoría de las acciones

17 “*lalodê* es la forma brasileira para la palabra en lengua iorubá *lálòdè* Según algunas tradiciones africanas trasplantadas para Brasil, *ialodê* es uno de los títulos dados a Oxun, divinidad que tiene origen en Nigeria en Ijexá e Ijebu. *lalodê* se refiere también a la representante de las mujeres y algunos tipos de mujeres emblemáticas, líderes políticas femeninas de acción fundamentalmente urbana. Es, como decimos, la representante de las mujeres, aquella que habla por todas y participa en las instancias de poder.” (Werner, 2005:12).

18 Jurema Werneck (2005). “De *lalodês* y Feministas. Reflexiones sobre el accionar de las mujeres negras en América Latina y el Caribe”. *Feminismos Disidentes en América Latina y el Caribe*. Nouvelles Questions Feministas. Vol. 24. N.º 2. París-México.

19 Peggy Lovell (1991) *Desigualdade Racial no Brasil Contemporâneo*. CEDEPLAR/UFMG. Belo Horizonte.

que define el movimiento gira alrededor de lo cultural, exacerbar la “cultura negra” para visibilizarla y con ello valorarla. Sigo preguntando: ¿Acaba eso con el racismo? Me sigo dando la misma respuesta: “solo recrea la cultura pero no acaba con las desigualdades económicas, sociales y políticas que son producto del racismo y la explotación”.²⁰

20 Ochy Curiel (2005). “Identidades Esencialistas o Construcción de Identidades Políticas. El dilema de las Feministas negras”. *Mujeres Desencadenantes. Los Estudios de Género en la República Dominicana al inicio del tercer Milenio*. INTEC. 2005. Santo Domingo.



Ecofeminismo para otro mundo posible

Alicia Puleo



Alicia Puleo (1952) es doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y catedrática de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Valladolid. Ha dirigido la Cátedra de Estudios de Género de la Universidad de Valladolid durante una década (2000-2010) y ha coordinado diversos seminarios en el Instituto de Investigaciones Feministas, entre ellos el Discurso sobre la sexualidad y crítica feminista y Feminismo y ecología. Sus trabajos sobre filosofía y feminismo han sido publicados en numerosos países de América y Europa. Entre sus libros se destacan; como editora, *Ecología y género en diálogo interdisciplinar* (2015), y como autora, *Claves ecofeministas. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales* (2019). Desde el año 2014, es la directora de la colección *Feminismos* de Editorial Cátedra.

Fragmento seleccionado de Alicia H. Puleo (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Ediciones Cátedra (pp. 7-20; 403-404).

¿VÍCTIMAS O PROTAGONISTAS ÉTICO-POLÍTICAS?

Según el mito griego, el rey Minos de Creta, tras vencer a la ciudad de Atenas en una guerra, le impuso la obligación de entregar periódicamente catorce jóvenes de ambos sexos para alimentar al Minotauro, hijo monstruoso de los amores de su esposa con un toro. Las víctimas encontraban la muerte en un laberinto donde el rey había encerrado a ese extraño y salvaje ser. Después de años de acatamiento ateniense, el joven Teseo decidió arriesgarse para liberar a sus compatriotas de tan horrible tributo. Se ofreció voluntario para integrar el grupo de jóvenes elegidos para el sacrificio. Cuando llegó a Creta, Ariadna, hija del rey, quedó impresionada por su valentía y, sin que nadie lo advirtiera, le entregó un ovillo para que pudiera guiarse con el hilo en el laberinto, matar al Minotauro y retornar victorioso. De esta manera, la criatura híbrida, mitad toro mitad hombre, fue vencida. Teseo obtuvo el triunfo gracias a la secreta colaboración de Ariadna.

Los mitos antiguos han sido interpretados una y otra vez a la luz de cada época histórica. Quizás sea un buen momento para reinterpretar este: ¿podemos imaginar una nueva Ariadna que descubre que el monstruo encerrado no es un ser abominable y lo libera con su hilo? La nueva Ariadna ya no se queda esperando que actúe el héroe. No se limita a colaborar discretamente en un segundo plano. Ella también es protagonista del cambio. Entra en el laberinto del mundo junto con Teseo para transformar la cultura en los tiempos del cambio climático.

La nueva Ariadna es hija del feminismo y de la ecología. Descubre en las criaturas no humanas un parentesco que ha sido negado, contra toda evidencia, durante siglos. La Naturaleza no le produce pavor, sino simpatía. Ya no admira al que mata al "Otro". Quiere liberar al "monstruo". Está decidida a transformar la cultura y alcanzar la justicia social, ambiental y ecológica.

Feminismo y ecologismo son indispensables para el siglo xxi. Este libro es el resultado de mi reflexión de los últimos años sobre sus puntos de contacto. El desarrollo de un diálogo entre ambos es todavía una asignatura pendiente en los países de cultura latina. Aunque el feminismo tiene una historia mucho más larga, se le suele incluir junto con el ecologismo en la categoría de nuevos movimientos sociales, entendiéndolo por tales los que no solo demandan un reparto de recursos justo, sino que plantean, además, otra forma de medir la calidad de vida.

Tanto el feminismo como el ecologismo nos permiten desarrollar una mirada distinta sobre la realidad cotidiana, revalorizando aspectos, prácticas y sujetos que habían sido designados como diferentes e inferiores. En esta nueva visión, la toma de conciencia sobre la infravaloración de las prácticas del cuidado, así como la crítica a los estereotipos patriarcales, que han sido generadas por la teoría y la praxis feministas, pueden constituir una aportación de enorme valor para el ecologismo. Al compartir e intercambiar su potencia conceptual y polí-

tica, feminismo y ecología consiguen iluminar mejor ciertos aspectos de los problemas que cada uno afronta y, de esa manera, ganar en profundidad y eficacia. El feminismo es un movimiento formado por mujeres. ¿Y el ecologismo? El activismo de base del movimiento ecologista mundial es mayoritariamente femenino.

Crisis ecológica, economía y estilos de vida están profundamente ligados. Sobre el papel, la agenda política ha incorporado la preocupación por el cambio climático y la protección del medio ambiente. Desde el informe Brundtland de la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo de Naciones Unidas de 1987, se habla de “desarrollo sostenible” para aludir a un modelo de equilibrio entre crecimiento, innovación tecnológica, imperativo ecológico, creación de empleo y protección social. Pero la realidad de las decisiones políticas tomadas queda muy lejos de tales ideales. La irracionalidad del complejo económico-tecnocientífico se hace patente en desastres anunciados como el del derrame de petróleo del golfo de México en 2010 debido a perforaciones en el lecho marino (*offshore*), método conocido por su alto riesgo, o en la incapacidad de poner freno al envenenamiento del campo y de los alimentos con agrotóxicos en todo el mundo.

El fracaso de la cumbre de Copenhague sobre cambio climático y los insuficientes acuerdos de Cancún han sido una triste muestra del triunfo de los intereses económicos particulares a corto plazo sobre la pervivencia de las condiciones de vida del conjunto de los habitantes humanos y no humanos de este planeta. La falta de información y la duda sembrada deliberadamente por los *lobbies* del petróleo impiden una acción más decidida de la ciudadanía para que los gobiernos tomen las medidas urgentes que serían necesarias. Todavía hay quien cree que las anormalmente bajas temperaturas que se han registrado en alguna primavera reciente son una prueba de que no se está produciendo el calentamiento global, sin comprender que este genera fenómenos extremos, alteraciones cada vez más frecuentes que pueden ser de frío en estaciones cálidas, precipitaciones torrenciales después de largas sequías y un largo etcétera. Sin embargo, actualmente, estamos asistiendo a la desaparición del discurso negacionista que va siendo reemplazado por el de “la adaptación”. Los mismos que negaban que hubiera un cambio climático ahora afirman que es necesario adaptarse a él y se proponen hacer negocio vendiendo a los países pobres los medios tecnológicos para paliar los desastres que se avecinan. A este panorama poco alentador, hay que agregar la colonización del mundo por las transnacionales biotecnológicas, un fenómeno creciente y silencioso cuyo peligro poca gente aún percibe.

El documental del demócrata norteamericano Al Gore, *Una verdad incómoda* (*An Inconvenient Truth*, 2006), marca un hito en el reconocimiento internacional de la crisis ecológica y en el afianzamiento y popularización de la propuesta de un capitalismo verde. Desde esta perspectiva, el cuidado del medio ambiente

es presentado como promesa y proyecto de mayores ganancias económicas, como fuente de enriquecimiento más moderna y menos destructiva. Con vigor e inteligencia, Al Gore denuncia las maniobras negacionistas de los anticuados *lobbies* del petróleo. Pero su propuesta parece culminar fundamentalmente en consejos para cambiar lo que ya se tiene por productos más eficientes energéticamente. Más problemática aún es su apuesta entusiasta por el cultivo de “biocombustibles”, entusiasmo que pertinentemente rebaja en su libro *Nuestra elección (Our Choice, A Plan to Solve the Climate Crisis, 2009)*, al reconocer que se ha demostrado que su proceso de producción contamina tanto como lo que pretenden sustituir.

Actualmente se habla de *Green New Deal*. Se alude así a una renovación del sistema socioeconómico similar a la que en los años treinta del siglo xx, tras la Gran Depresión, realizó Roosevelt, dando paso al estado del bienestar en Estados Unidos. Pero no hay unanimidad en cuanto a la magnitud de los cambios que implicaría este pacto. El debate sobre el modelo económico reaparece en torno a los límites del ecosistema. ¿Es compatible la necesidad de crecimiento continuo del capitalismo con un ecosistema Tierra limitado? ¿Hasta dónde podemos crecer y seguir contaminando? ¿Es ecológico y socialmente viable el capitalismo con rostro humano? El decrecimiento aparece como la otra gran propuesta paralela de cambio social y económico. La agroecología, con sus técnicas no contaminantes del suelo ni destructoras de la biodiversidad, y las redes del comercio justo son opciones ecológicas y sociales reales. Desde esta perspectiva, el *Green New Deal* implica asumir los límites del ecosistema y la lucha contra la explotación social a través de cierto decrecimiento de los países desarrollados y un crecimiento sostenible medido de los demás.

De acuerdo con las estadísticas, las mujeres somos las primeras perjudicadas por la contaminación medioambiental y las catástrofes “naturales”. Así lo reconocía ya la Conferencia de la Mujer de Naciones Unidas celebrada en el año 2000. Sin embargo, por lo general, no se visibiliza la relación entre la estratificación de género y los problemas medioambientales. Aún son escasas las ocasiones en que encontramos su entrelazamiento temático. Por el momento, solo una minoría siente la necesidad de un contacto entre la perspectiva feminista y la ecológica.

El impulso general hacia la igualdad entre mujeres y hombres que ha tenido lugar en las sociedades occidentales en las últimas décadas ha tenido también su influencia en el movimiento ecologista. En algunas de sus organizaciones, se está replanteando el tratamiento de ciertos temas como el del trabajo doméstico y se cuida el lenguaje y las ilustraciones de su material de información para no incurrir en sexismo. En otros grupos, en cambio, aunque no se reconozca abiertamente, existe desconfianza y poca disposición a reflexionar críticamente sobre los roles de género como factores de desigualdad. He podido observar



que el feminismo encuentra en los medios ecologistas dificultades de aceptación similares a las que suscita en el conjunto de la sociedad. Muchas veces, ecologistas de ambos sexos, muy bien intencionados, no perciben los estereotipos masculinos y femeninos que venimos criticando desde hace tantos años en la teoría y la práctica feministas.

En todo el mundo, son muy numerosas las mujeres que participan como activistas en los grupos ecologistas y en los partidos verdes. Pero la conocida pirámide de género de empresas e instituciones —con la base feminizada y la cúspide ocupada por varones— también se reproduce en muchos grupos ecologistas. A menudo, la militancia de base está mayoritariamente compuesta por mujeres y, sin embargo, predominan los hombres como dirigentes.

He llegado a sentir vergüenza ajena viendo algunos documentales de concienciación ambiental que presentaban una sucesión ininterrumpida de expertos y pensadores, todos varones. Como en tantas otras ocasiones y temas, el nuevo campo del pensamiento ambiental se masculiniza en la medida en que va adquiriendo importancia. Desde una profunda simpatía por el ecologismo, tenemos que ser conscientes de este problema y señalarlo. La solidaridad que nos inspire una determinada causa no debe impedirnos practicar la honesta crítica feminista. Más aún si tenemos presente que el feminismo ha sido una de las señas de identidad del ecologismo. Los partidos verdes fueron pioneros en la aplicación de la paridad.

A su vez, mirando desde el otro lado, puede decirse que en el feminismo se detecta bastante indiferencia con respecto a los problemas acuciantes que la ecología y el ecologismo nos están señalando. Pareciera que, salvo raras excepciones, en el mundo latino, feminismo y ecología no tuvieran mucho que decirse. Sin embargo, pueden encontrarse elementos de mutua impregnación. El ecofeminismo comienza a despertar interés en cierto número de ecologistas y de feministas. Se han realizado proyectos de investigación, se han traducido obras ecofeministas y se redactan tesis doctorales con esta temática.

El cuidado del medio ambiente es exigido por los llamados derechos humanos de tercera generación. Es un derecho de todos. Pero cuando atendemos a la cuestión de la salud de las mujeres, nos enfrentamos con problemas específicos. Desgraciadamente, las mujeres no solo pertenecemos a un colectivo afectado en todo el mundo por una desigualdad de orden social y político que se manifiesta en el techo de cristal, las diferencias salariales, la escasa representación femenina en puestos de decisión y la violencia de género, sino que también nos vemos más afectadas por la contaminación medioambiental debido a características orgánicas que nos hacen particularmente vulnerables a ella. Las sustancias tóxicas se fijan más en el organismo de las mujeres. Con una alimentación que no provenga de la producción ecológica, se puede llegar a consumir

hasta cincuenta variedades de pesticidas por día. La Red Medioambiental de Mujeres (Women's Environmental Network), con sede en Londres, ha llamado la atención sobre la pasividad institucional ante el alarmante aumento del cáncer de mama en los últimos cincuenta años debido, principalmente, a la contaminación medioambiental con xenoestrógenos, sustancias químicamente similares al estrógeno femenino natural que se encuentran en los pesticidas organoclorados, las dioxinas de las incineradoras, las resinas sintéticas, las pinturas, los productos de limpieza, los envoltorios de plástico y otros objetos de uso cotidiano. Las mujeres deberíamos reclamar políticas medioambientales que nos tengan en cuenta.

Los productos químicos han mejorado nuestras vidas en muchos aspectos. Pensemos en los dolores, enfermedades, plagas, molestias de todo tipo que hoy en día resolvemos con sustancias de laboratorio. Estas sustancias también colman muchos deseos naturales. No es mi intención demonizarlas. Alcanzar una imagen positiva pero no idealizada de la naturaleza implica ser conscientes de incomodidades, peligros y problemas que la ciencia y la técnica han ayudado a superar.

La cara amable del desarrollo moderno tiene también una cruz que no se puede ignorar. Vivimos en una "sociedad química" de rostro jánico. Poco a poco se filtran datos inquietantes sobre los compuestos nocivos de la industria petroquímica que están presentes en nuestro hogar, en los rincones aparentemente más inofensivos y seguros de la cocina, el baño, los dormitorios, los suelos, en la ropa, en nuestro plato. No en vano Greenpeace ha dado a uno de sus informes el significativo nombre de *La casa química*. Los enormes intereses económicos en juego dificultan la eliminación de productos perjudiciales y su reemplazo por soluciones que, muchas veces, son más sencillas y menos costosas. Hay que reducir al mínimo posible lo que llamo "daños colaterales" de este desarrollo tecnológico; y hacerlo rápidamente. Hoy sabemos que las mujeres se ven afectadas en una proporción más elevada que los hombres por el síndrome de hipersensibilidad química múltiple (SHQM) que la mayoría de los médicos todavía atribuyen a trastornos psicossomáticos o diagnostican como alergia provocada por un animal doméstico. Por cierto, a menudo, este termina en la calle, en la perrera municipal o, con suerte, en una protectora atendida por mujeres compasivas, desbordadas de trabajo y sin recursos. Se acusa a la naturaleza que tiene la poco higiénica costumbre de producir polen y pelos o se minimiza el problema de la afectada en la larga tradición de la "histeria" femenina. De hecho, "somatización" es el concepto que ha reemplazado a "histeria" en la psiquiatría. Es difícil que se sospeche de ambientadores tóxicos, de pinturas venenosas o de las toneladas de pesticidas y herbicidas arrojadas a las tierras cultivadas, a los parques públicos y a los jardines privados. En definitiva, no suele ponerse en duda el modelo de buena y "limpia" vida del industrialismo insostenible.



La crítica ecofeminista también nos ayuda a cuidar nuestros cuerpos frente a una confianza excesiva en el desarrollo de la tecnociencia, que lleva a muchas mujeres a someterse de forma creciente a mandatos sociales colonizadores y agresivos sin preguntarse por los riesgos que entrañan para la salud. Valgan como ejemplo las píldoras para la supresión de la regla, la cirugía estética de senos en la adolescencia, los duros tratamientos de reproducción asistida y las terapias hormonales sustitutorias para la menopausia.

En el Tercer Mundo, gracias a las denuncias de la pensadora y líder ecofeminista Vandana Shiva y de otras activistas del Sur, sabemos hasta qué punto se han deteriorado las condiciones de vida de las mujeres pobres por el “mal desarrollo”, un desarrollo occidental que llega de manera tan arrolladora que acaba con el cultivo de las huertas de subsistencia familiar, arrasa los bosques comunales, las obliga a caminar kilómetros para buscar la leña que antes encontraban junto a su aldea y las enferma con nuevas dolencias provocadas por la contaminación. Antes tenían una vida pobre; ahora su vida es mísera. El “mal desarrollo” tiene muchas caras: la riqueza insultante, la multiplicación de distracciones basadas en la tecnología, una sutil confusión informativa promovida por intereses transnacionales, la miseria de las grandes urbes creciendo sin cesar al ritmo de la destrucción rural, la aniquilación de los animales silvestres y la apropiación y destrucción de su hábitat. Una de las caras siniestras del “mal desarrollo” es la deslocalización de las poblaciones rurales, arrojadas a las chabolas de las grandes metrópolis del Sur. La desaparición de la biodiversidad está acompañada de la pérdida de la soberanía alimentaria propia de los agrosistemas locales y de la desaparición de la diversidad cultural de los pueblos del mundo. El poder de las grandes multinacionales de pesticidas, abonos y semillas transgénicas está acabando con la autonomía campesina y generando hambre donde nunca la había habido.

Las mujeres no somos solamente víctimas. También somos sujetos activos en el cuidado medioambiental y en la construcción de una nueva cultura con respecto a la Naturaleza. Desde mi posición teórica, que llamo *ecofeminismo crítico* en referencia a los orígenes ilustrados del pensamiento emancipatorio moderno y a su necesaria revisión, no considero que las mujeres sean los únicos o los principales agentes capaces de una actuación medioambiental positiva, pero sí que la crítica feminista tiene mucho que aportar a una cultura ecológica de la igualdad. Se trata de un ecofeminismo que habla a todas las personas urbanas o rurales, que sienten, de una manera u otra según sus propias experiencias, que algo debería cambiar en nuestra relación con la Naturaleza, sea esta nuestro propio cuerpo censurado y controlado, los animales torturados por diversión, los que nunca verán el sol en los criaderos industriales, los bosques originarios talados, los campos envenenados, los mares contaminados...

Es hora de ecofeminismo para que otro mundo sea posible, un mundo que no esté basado en la explotación y la opresión. Esta sociedad del futuro se vislumbra ya en la lucha contra todas las dominaciones, las antiguas y las nuevas, las de los antiguos patriarcados de coerción y las del patriarcado de consentimiento que impone sus mandatos en la desmesura neoliberal. Transformar el modelo androcéntrico de desarrollo, conquista y explotación destructivos implica tanto asumir una mirada empática sobre la Naturaleza como un análisis crítico de las relaciones de poder.

¿Hablabamos de Naturaleza o de medio ambiente? Como suele suceder, la elección de términos no es inocente. Las éticas antropocéntricas extremas preferirán referirse únicamente al “medio ambiente”. Puesto que solo atienden a los seres humanos existentes actualmente o a los del futuro con los que nos ligaría una ecojusticia intergeneracional, la Naturaleza queda reducida a “medio ambiente”, un escenario en el que el Hombre puede continuar realizando sus proezas, a condición de que economice los recursos no renovables. En cambio, las éticas ecológicas que reconocen un valor inherente a otros seres, además de los humanos, o al ecosistema en su conjunto, suelen preferir el concepto de Naturaleza, más rico en connotaciones filosóficas, literarias, artísticas y emocionales, y más apto para convertirse en algo digno de respeto.

Aunque en ocasiones utilicemos el término *medio ambiente*, hemos de recordar que la Naturaleza no debe ser reducida a un simple escenario de las actividades de nuestra especie. Hemos de pensar en la continuidad del mundo natural y en la cercanía de los otros seres vivos, en nuestro parentesco y similitud. Para ello, es necesario favorecer el desarrollo conjunto de la razón y la emoción y abandonar lo que el ecofeminismo ha llamado “lógica del dominio”. Razón y emoción tienen que estar conectadas para que los humanos seamos seres equilibrados capaces de alcanzar una calidad de vida que no pase por la multiplicación *ad infinitum* de los objetos materiales, sino por la mejora de las relaciones interpersonales en la igualdad, por disponer de más tiempo libre y ser capaces de usarlo de maneras no alienadas. A esta altura de la Historia, la universalización de virtudes y actitudes tradicionalmente femeninas es posible e indispensable. Podemos contribuir a que sea una realidad. El feminismo nos enseñó a pensar como político lo que nos parecía natural. Esta es la característica más notable del feminismo que nació en el último tercio del siglo xx: analizar la cotidianidad en sus relaciones de poder y plantear alternativas.

Mi propuesta ecofeminista parte de la reivindicación de la igualdad y de la crítica a la discriminación de las mujeres. Pero practica también una hermenéutica de la sospecha para descubrir esa tonalidad insidiosa que ha ido adquiriendo la cultura por el sencillo hecho de que las mujeres hemos sido excluidas de su construcción durante siglos. En lo que Celia Amorós ha llamado “la fase del olfato” del feminismo, se descubre el sesgo de género de la universalidad patriarcal. Si

hemos estado ausentes de la cultura oficial, no es extraño que esta conserve el rastro de los que eran sus únicos agentes autorizados. En el ecofeminismo, se hace una redefinición de actividades y actitudes que han caracterizado y caracterizan aún a gran parte de las mujeres. Se realiza desde la convicción de que es indispensable para alcanzar una cultura ecológica. En este nivel de la reflexión, ya no se trata solo de cuidar del medio ambiente para proteger la salud de las mujeres. Se trata de preguntarnos si nuestra mirada sobre la Naturaleza tiene género. ¿Existen conexiones entre la instrumentalización extrema de la Naturaleza y la bipolarización de las identidades de género-sexo?

¿En qué medida la construcción patriarcal de las subjetividades condiciona la capacidad de sentir empatía y respeto hacia el mundo natural? Para avanzar en la conciencia ética de la humanidad, debemos integrar críticamente la visión que ha sido feminizada y desvalorizada.

Un informe reciente realizado por la Plataforma del Voluntariado de España señalaba que el perfil predominante del voluntariado es el de una mujer, con estudios superiores y menor de cuarenta y cinco años. Estoy segura de que el voluntariado mundial es también mayoritariamente femenino. Con el surgimiento de las preocupaciones ecológicas, algunos han invitado al tradicional “ángel del hogar” a convertirse en salvador del planeta. Esta solución es inoperante. Pero, además, es “impertinente”, como en alguna ocasión ha sugerido Amelia Valcárcel. No se debe pedir a las mujeres que sean las principales cuidadoras del medio ambiente. No sería justo solicitar a quien se halla en situación de desventaja que haga más esfuerzo que quien se encuentra en condición privilegiada. Con respecto al cambio climático, las discusiones teóricas y, más tarde, los debates de política internacional, han incidido en la mayor responsabilidad de los países desarrollados. Se ha dicho que estos deberían realizar más esfuerzos para reducir la contaminación atmosférica que los países pobres que no se han beneficiado del expolio de la Naturaleza en igual medida ni están en condiciones de realizar ajustes tan drásticos. Una lógica similar podría aplicarse a los colectivos de sexo-género.

El ángel del cuidado de los demás está un poco cansado y querría que sus esfuerzos también ampliaran sus alas y sus vuelos. Entre los cambios que aceptaría con gusto podría incluirse el acceso a empleos relacionados con la sostenibilidad, como los que se abren con la agricultura ecológica y las nuevas tecnologías ecoeficientes. Se trata de una posibilidad atractiva de empoderamiento de las mujeres si tenemos en cuenta, por ejemplo, que muchas se muestran interesadas por la producción y el consumo ecológicos. Adoptar una perspectiva ecofeminista igualitaria implica que no se puede hacer política ambiental a costa de las mujeres, es decir, favoreciendo los papeles tradicionales. Ir encontrando la buena senda es un ejercicio delicado porque estamos ante una doble exigencia: fomentar la sostenibilidad e innovar en relación con la división sexual del trabajo.

El movimiento feminista se muestra todavía muy reticente a pensar una aproximación a la cuestión medioambiental. Uno de los motivos de su actitud es una antigua experiencia de las feministas de haber colaborado, ya desde el siglo xix, en distintos proyectos emancipatorios y solidarios, como la lucha por la abolición de la esclavitud o diversos procesos revolucionarios, sin que hubiera reciprocidad. Históricamente, todo nuevo proyecto social ha solicitado a los movimientos organizados de mujeres el trabajo activo en la causa de que se tratara pero, de forma sistemática, las reivindicaciones del colectivo femenino se consideraban de segundo orden y quedaban rápidamente olvidadas. Hay que evitar lo que Celia Amorós ha llamado las "alianzas ruinosas" del feminismo. Por eso me parece esencial que existan proyectos medioambientales que no pidan sacrificios a las mujeres, sino que, por el contrario, favorezcan su empoderamiento. La experiencia histórica del feminismo nos enseña que no debemos sacrificarnos por causas que ignoren nuestras vindicaciones como colectivo de sexo.

Son numerosas las mujeres que luchan en Latinoamérica en defensa de unas condiciones dignas de trabajo en un medio ambiente no tóxico. Destacan en el movimiento de Soberanía Alimentaria y participan de los nuevos movimientos indígenas que buscan preservar sus tierras ancestrales escandalosamente destruidas por la minería, la deforestación masiva, la contaminación con agrotóxicos y los megaproyectos comerciales. Actúan en un espacio en el que disenter exige mucha valentía y puede llevar a la muerte. Creo conocer bastante bien el feminismo ibérico y latinoamericano como para afirmar que es un movimiento potente que incrementará su sensibilidad ecológica en los próximos años. Una de las razones que me llevan a pensar en este incremento es su vocación internacionalista. Si queremos que conserve esta vocación, el modelo de desarrollo e igualdad ha de ser universalizable. La ecología aporta al feminismo la conciencia de la insostenibilidad de ciertos modos de vida de las sociedades industriales. Aumentar la sensibilidad ecológica es una de las condiciones de continuidad de la vocación de sororidad internacional feminista.

[...]

Necesitamos pensar la realidad de nuestro mundo actual con las claves que nos proporcionan el feminismo y el ecologismo. El ecofeminismo nos da esa doble mirada y nos la facilita en dos vertientes, una crítica y otra constructiva. Mi propuesta se basa en la convicción de que el ecofeminismo ha de evitar los peligros que encierra para las mujeres la renuncia al legado de la Modernidad. Para ello, tiene que ser un pensamiento crítico que reivindique la igualdad, contribuya a la autonomía de las mujeres, acepte con suma precaución los beneficios de la ciencia y la técnica, fomente la universalización de los valores de la ética del cuidado hacia los humanos, los animales y el resto de la Naturaleza, aprenda de la interculturalidad y afirme la unidad y continuidad de la Naturaleza desde el conocimiento evolucionista y el sentimiento de compasión. A esta tematiza-

ción, desde estas claves, del mundo humano y no humano en el marco de los crecientes problemas medioambientales la denomino ecofeminismo crítico en alusión a la historia emancipatoria del pensamiento ilustrado, en tanto recoge pero también revisa su ambiguo legado.





¿Por qué la historia importa?

Daniela Arias Laurino

Con este interrogante que nos plantea Gerda Lerner,¹ la historiadora de las mujeres a quien le debemos el impulso inicial que llevó a la academización de la historia de las mujeres en las universidades norteamericanas durante la década de 1960, se abre paso un nuevo marco interpretativo en el que las mujeres son sujeto activo y centro de la mirada historiográfica. Interpelar la historia heredada, única, universal y patriarcal, es el primer paso hacia una transformación que comporte un cambio radical en el modo en que los saberes se construyen, se legitiman y son transmitidos.

En 1977, y en pleno auge del movimiento feminista, Susana Torre instaba a una reflexión crítica sobre el papel de las mujeres arquitectas en la historia a través de una batería de preguntas. Comenzamos este capítulo con algunos de estos interrogantes como el primer paso para una revisión histórica: ¿Por qué ha habido tan pocas mujeres arquitectas? ¿De qué manera concreta se relaciona este hecho con la situación general de las mujeres en la sociedad? ¿Por qué se ha elogiado tanto el papel de las mujeres como mecenas, clientes o propagadoras de estilos arquitectónicos? o ¿Por qué, a pesar de que las mujeres han diseñado y construido desde el principio de la civilización humana, sus logros han quedado sin documentar y sin reconocer en las historias de la arquitectura?

La narración histórica como una de las distintas formas de representación del pasado está guiada por la subjetividad de quien escribe. La historiografía, como interpretación y caracterización del hecho histórico conlleva una determinada selección, articulación y valoración de los hechos históricos desde la experiencia del historiador. Porque la historia, como señalaba la teórica Marina Waisman, no es una simple narración sino una sucesión de juicios. No obstante, la historiografía de la arquitectura se ha amparado bajo los conceptos de verdades universales propias del positivismo, que se han erigido bajo una falsa neutralidad y se han difundido como objetivas y únicas. De este modo, la memoria colectiva de la profesión asocia el género masculino a los grandes hitos y movimientos que recaen en los héroes protagonistas de estas narrativas. Como apunta Hilde Heynen sobre el movimiento moderno, son los discursos de legitimación de dicho movimiento los que reforzaron la asumida superioridad de las cualidades masculinas sobre las características femeninas, lo que, por consiguiente, facilitó

1 Gerda Lerner (1998). *Why history matters: Life and thought*. Oxford University Press.



el acceso de los hombres a los roles de héroes o líderes, en detrimento de sus contrapartes femeninas.

Los lugares que ha asignado la historiografía a las mujeres en la conformación de las arquitecturas y las ciudades han sido discriminatorios; secundarios, y excluyentes en la mayoría de los casos. Los espacios, sean estos físicos o simbólicos, surgen de las relaciones de poder que son las que definen las pautas, y que determinan quiénes pertenecen y quiénes quedan excluidos de dichos espacios o ámbitos. En este sentido el binomio público-privado en referencia al espacio político (ciudad, educación, cargos de decisión) y al espacio doméstico (casa, interior, cuidados), han sido determinantes para que las vidas de las mujeres se vuelvan ahistóricas. El pensamiento y su difusión, es decir la historiografía, conducida por una minoría con poder, de hombres, heterosexuales, blancos y mayoritariamente occidentales,² no solo ha perpetuado la exclusión o limitada participación de las mujeres en los ámbitos públicos del trabajo o la política, sino que las ha forzado a definir su propia historia como los hechos de los hombres o en relación con estos. Además, como indica Michelle Perrot, la escasez de huellas de las mujeres en la historia, debido a tachaduras, falta de fuentes, documentos y archivos destruidos, constituye un gran obstáculo en la historia de las mujeres, su investigación y reconstrucción.

Muchos son los factores y mecanismos que han promovido la desaparición de los registros del pasado y conducido a la infrarrepresentación de las mujeres en la historia de la humanidad y en la de la arquitectura. Por una parte, y como explica Joan W. Scott,³ no es que no hubiera habido información, sino la idea de que tal información no era relevante para la historia. Por otra parte, las formas narrativas de exaltación del héroe, a la vez que excluyentes de otras experiencias y otros cuerpos, han sido los grandes mecanismos simplificadores y homogeneizantes de la historia. El *silencio más profundo es el del relato*, explica Michelle Perrot, profundizando en el inseparable vínculo de los historiadores con el espacio público: las guerras, los reinados, los hombres ilustres, en definitiva, los hombres públicos.

El ámbito público es tanto un concepto político como un espacio físico, apunta Daphne Spain, quien mediante un recorrido histórico y transcultural prueba la teoría sobre cómo la segregación de género obligatoria en los hogares, en las escuelas y en los puestos de trabajo redujo el estatus de las mujeres. La autora apunta a que, si bien las mujeres han sido tradicionalmente relegadas al ámbito privado, cuando ocupan y usan la ciudad, no se las reconoce como esposas o

2 La cultura y el mundo occidental al que se hace referencia corresponde a la expresión autoidentificatoria histórica surgida en Europa, para denominar una zona del mundo poderosa económica y culturalmente durante siglos. Estados Unidos y Europa central.

3 Joan W. Scott (1992.). "El problema de la invisibilidad". Género e historia, pp. 38-65.

madres, sino como extrañas, y su presencia era asociada al desorden. Porque ser una persona pública suponía tener presencia política. Su análisis sobre la segregación de género opcional frente a la obligatoria, termina por concluir cómo los espacios de género urbanos que conducen a las mujeres a la vida pública pueden ser beneficiosos para el ámbito público y para la construcción de una ciudad igualitaria.

Leonie Sandercock, por su parte, examina y critica la historia oficial, expone su lado oscuro y argumenta la importancia de introducir debates historiográficos y teóricos más amplios en el campo de la historia del urbanismo. Para esto, la autora desarrolla la importancia de descubrir y recuperar las “historias de planificación insurgentes” como forma de desafiar al heredado e incuestionable urbanismo tradicional. Presentar experiencias alternativas es una forma metodológica de entender el pasado y ponerlo en duda, principalmente porque mediante ejemplos concretos que representan la alteridad, se interpelan las relaciones de poder que han sido determinantes para construir y perpetuar la historia avalada. Sobre la alteridad, ya no de proyectos sino de quienes usan el espacio urbano, espectadores y su equivalente femenino, poetas, traperos, lesbianas, viudas y viejas, desarrolla su tesis la geógrafa Linda McDowell en “La modernidad y los espacios públicos urbanos: el *flâneur* y la *flâneuse*”.⁴

Linda McDowell pone de manifiesto cómo el pensamiento geográfico, así como las ciencias sociales han tenido una prolongada falta de interés por la esfera privada. En el campo de la arquitectura, sin embargo, la asignación de los roles de género a los espacios interiores han estado claramente definidos. La vivienda ha sido largamente estudiada en la disciplina arquitectónica pero las investigaciones con perspectiva de género siempre han sido periféricas, no avaladas cuando no vilipendiadas. Aunque los interiores domésticos, como señala Hilde Heynen, fue para la mayoría de las mujeres occidentales el lugar donde se efectuó la modernidad. En este sentido, la autora desarrolla en *Modernity and Domesticity: tensions and contradictions*, cómo las mujeres negociaron formas ambiguas y ambivalentes de verse a sí mismas en los espacios interiores y domésticos: algunas veces como agentes del cambio, propio de la época moderna, y otras como símbolos de la continuidad y la tradición.

Los textos a continuación constituyen una selección que busca poner en valor distintos puntos de vista, reflexiones y análisis sobre las mujeres en la historia arquitectónica y urbana. Como expresa Michelle Perrot, para que se produjera el nacimiento de “una historia de las mujeres” en las humanidades en la década de los sesenta, tuvieron que converger distintos factores de tipo científicos, sociológicos y políticos. A día de hoy, las condiciones vuelven a ser propicias,

4 Linda McDowell (1999). Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas. Cátedra, pp. 225-231.



principalmente debido al auge de los feminismos y los despertares de conciencia de las distintas disciplinas, las artes y la cultura en general, sobre las distintas prácticas discriminatorias subyacentes en todos los niveles, en los discursos y también en las prácticas. Pero nada cambiará sino recuperamos, como propone Leonie Sandercock, experiencias insurgentes del pasado y cuestionamos la historia oficial. Una lectura crítica de los textos de la historia de la arquitectura y el urbanismo permitirá encontrar significados y prácticas ocultas, y construir herramientas teóricas y metodológicas críticas para reexaminar el pasado.

La Historia de las Mujeres —así con mayúsculas—, o *Herstory*, y el camino hacia la construcción de una genealogía propia de la historia de las mujeres en la arquitectura, es, ante todo, una postura política y un acto de conciencia que demanda que las mujeres seamos incluidas en cualquier tema que esté en discusión. Como expresa Gerda Lerner, es una perspectiva que nos permite evidenciar cómo las mujeres viven y han vivido en un mundo definido y casi siempre dominado por hombres, pero que ellas han construido también ese mundo y han influido en todo acontecer humano. “La Historia de las Mujeres desafía los supuestos androcéntricos de la historia tradicional y asume que el papel de las mujeres en los sucesos históricos —o la ausencia de mujeres en ellos— debe iluminarse y discutirse en todos y cada uno de los casos [...]”.⁵ La arquitectura y la ciudad no son la excepción.

5 Gerda Lerner (1979). “Autobiographical notes, as a way to an Introduction”. *The Majority Finds Its Past. Placing Women in History*. Oxford, Oxford University Press, pp. XIII-XXXII. Traducción de Montserrat Cabré. Se han mantenido las notas que contiene el texto original y respetado el uso peculiar de las mayúsculas. En Montserrat Cabré i Pairet (2013). “Gerda Lerner (1920-2013). La conciencia de hacer historia”. *Arenal: Revista de historia de mujeres*, vol. 20, n.º 2, pp. 419-427.



Las mujeres en la arquitectura americana. Una perspectiva histórica y contemporánea

Susana Torre



Susana Torre (1944) es arquitecta, crítica y profesora nacida en Argentina; desarrolló su carrera profesional en Nueva York, ciudad en la que reside alternando con Carboneras (Almería, España). En su profesión ha combinado la teoría con la práctica proyectual y la construcción, así como el diseño arquitectónico y urbano, la enseñanza y la escritura. En 1977 organizó y comisarió la primera gran exposición dedicada a arquitectas estadounidenses, inaugurada en el museo de Brooklyn, cuyo catálogo *Women in American Architecture* es un libro pionero. Fue cofundadora de *Heresies. A Feminist Publication in Arts and Politics*, publicada entre 1977 y 1992. Torre ha recibido numerosos premios por sus diseños y trabajos académicos, como The National Gallery (2003), Fulbright Senior Scholar, US Commission for International Educational Exchange (1990) y el Premio Record Houses Award of Excellence for Design (1981, 1988).

Fragmento seleccionado de Susana Torre (1977). *Women in American Architecture. A Historic and Contemporary perspective*. Nueva York: Watson-Guptill Publications (pp. 10-13). Trad. Mireia Simó Higuera.



INTRODUCCIÓN: UNA HISTORIA PARALELA

Prácticamente ningún ámbito social y político de la vida estadounidense de la última década ha dejado de verse afectado por las cuestiones y demandas planteadas por el movimiento feminista. El cuestionamiento por parte de la actividad feminista reciente de la ideología de las instituciones sociales, incluidas las profesiones, se ha producido en dos fases. El énfasis de la primera fase estuvo en las reivindicaciones sociales y económicas inmediatas para las mujeres: una colección de manifiestos polémicos es su legado escrito. La actual segunda fase hace hincapié en el análisis histórico de las cuestiones intelectuales básicas que subyacen en los sistemas de pensamiento occidentales y sus diversas disciplinas, con el fin de exponer las ideologías incrustadas en nuestro conocimiento, que han racionalizado y justificado el rol marginal de la mujer en la esfera pública de la vida social. La siguiente historia de las mujeres en la arquitectura estadounidense incluye material de ambas fases, en parte como resultado de haber yuxtapuesto los diversos puntos de vista de diferentes autoras y en parte porque el análisis histórico-crítico solo puede desarrollarse simultáneamente con una teoría crítica de la arquitectura occidental en general, y dicha teoría está todavía en su propia inepción.

Este proyecto, que engloba una exposición y un libro, se inició a mediados de 1973 como medio para lograr la exposición pública del trabajo de las arquitectas profesionales. Durante el primer año de preparación comenzó a incorporar cuestiones y preguntas de considerable complejidad: ¿Por qué ha habido tan pocas mujeres arquitectas? ¿De qué manera concreta se relaciona este hecho con la situación general de las mujeres en la sociedad? ¿Existe una diferencia en la forma en que hombres y mujeres diseñan y conceptualizan el espacio? Si es así, ¿se debe a diferencias biológicas o a la socialización temprana de la competencia ambiental atribuida a cada sexo? ¿Por qué la idea de que las mujeres como arquitectas solo son aptas para diseñar el espacio doméstico ha estado tan presente en los escritos sobre mujeres y arquitectura de los últimos cien años? ¿Por qué, a pesar de que las mujeres han diseñado y construido desde el principio de la civilización humana, sus logros han quedado sin documentar y

sin reconocer en las historias de la arquitectura? ¿Y por qué se ha elogiado tanto el papel de las mujeres como promotoras, clientes o propagadoras de estilos arquitectónicos? Las mujeres arquitectas no han conseguido librarse del todo de las búsquedas y debates de lo que hoy se percibe como cuestiones falsas en su intento de asumir los papeles concebidos para ellas o sus futuras funciones como seres sociales y profesionales con responsabilidades públicas. Tal vez algunas de las discrepancias eran inevitables, pero no obstante se han convertido en obstáculos, tanto para la búsqueda personal y existencial como para la comprensión crítica colectiva de las circunstancias contextuales e históricas que determinan la condición social y el estatus profesional de las mujeres.

Al mostrar el trabajo de las arquitectas se ha intentado centrar la atención en el hecho de que las mujeres pueden construir estructuras imponentes al igual que los hombres, como si esto fuera una revelación. Estos intentos son ciertamente valiosos, ya que contribuyen a nuestro conocimiento de los logros de las mujeres y ayudan a cambiar la imagen banal que el público tiene de todos los arquitectos. Sin embargo, no cuestionan los supuestos ideológicos que subyacen a una pregunta persistente y reprobatoria: ¿Por qué no ha habido grandes arquitectas?

La historiadora del arte Linda Nochlin ya ha argumentado brillantemente que la primera reacción de las feministas es “tragarse el anzuelo, el sedal y el plomo”¹ y responder a la pregunta literalmente sacando a relucir ejemplos de edificios modestos, aunque interesantes, y de carreras válidas, aunque insuficientemente apreciadas. Pero esta pregunta, como tantas otras que se lanzan a las mujeres con distintos grados de animosidad o de desconcertante simpatía, “falsea la naturaleza de la cuestión”, al tiempo que proporciona “su propia respuesta insidiosa: No hay grandes mujeres [arquitectas] porque las mujeres son incapaces de llegar a la grandeza”.²

Este libro ofrece una respuesta discursiva a esta pregunta, no tal y como está planteada, sino como debería reformularse adecuadamente, por ejemplo, preguntando: ¿Cuáles fueron las circunstancias que apoyaron o dificultaron el logro técnico y expresivo de las mujeres en la arquitectura estadounidense? ¿Qué estructuras institucionales se pusieron a disposición de las mujeres para que tuvieran la preparación necesaria para alcanzar la competencia profesional, por no hablar de la grandeza? ¿Cuáles fueron las supuestas razones para limitar el acceso de las mujeres a las escuelas de arquitectura? ¿Cambian estas razones en diferentes períodos de la historia? ¿Cuándo se ha encargado a las mujeres el diseño de edificios públicos y a través de qué canales? ¿Qué esfuerzos han realizado las mujeres arquitectas por su propia cuenta para progresar profesionalmente? Y por último, ¿cuáles son las interrelaciones de la mujer como consumidora, productora, crítica y creadora del espacio?

Uno de los principales obstáculos a la hora de concebir métodos de investigación histórica y criterios para los juicios de valor en nuestro análisis ha sido el actual debate crítico sobre la tradición femenina y la emergente “cultura de las mujeres”. Por tradición entiendo “aquellas influencias que son tan predominantes en cualquier situación histórica que los seres humanos que están involucra-

1 Linda Nochlin (1971). “Why Have There Been No Great Women Artists?”. *Art in America*, January. p. 24.

2 *Ibid.*, p. 23.



dos en ellas no son conscientes de ellas en absoluto”.³ Es a través del desafío consciente de ciertos aspectos de esta tradición, especialmente los relacionados con el confinamiento doméstico, que las mujeres están intentando situarse en la historia. Este intento está marcado tanto por la creciente participación de las mujeres en el ámbito público como por la documentación de las contribuciones pasadas de las mujeres a la cultura, la ciencia y el arte.

La recuperación de un pasado cultural es crucial para cualquier elección futura de las mujeres, de modo que la evaluación de las conclusiones extraídas de este pasado pueda evitar las repeticiones inconscientes de los patrones tradicionales. Hasta hace muy poco la tradición ha sido, en el caso de las mujeres, un telón de fondo omnipresente que ha absorbido la dispersión de la historia. Frente a su aparente permanencia, los pocos casos de logros sobresalientes de las mujeres podían atribuirse con seguridad a la originalidad y al genio, independientemente de las condiciones contextuales, mientras que el “horizonte de expectativas” tradicional más amplio seguía siendo limitado para la mayoría de las mujeres.

Desde esta perspectiva, este libro aborda la participación de las mujeres en la arquitectura en tres ámbitos: el entorno doméstico, la esfera pública y profesional, y la plasmación estética de una concisión contemporánea del espacio como representación del significado. Estos tres aspectos se tratan de forma relativamente separada en el libro, pero esperamos que los interesados se sientan inspirados para desarrollar conexiones entre ellos con el fin de dilucidar más cuestiones en la historia cultural de las mujeres, así como en la historia de la arquitectura y la construcción.

El elemento dominante en la relación de las mujeres con la arquitectura ha sido, desde los oscuros inicios de la humanidad, la relación con lo doméstico, incluyendo el trabajo cotidiano de cuidado y mantenimiento. Aunque las mujeres fueron las constructoras originales, solo fueron actrices pasivas y marginales en el proceso intelectual que dio lugar a una diferenciación de la “construcción” como función de refugio y supervivencia de la “arquitectura” como función de cultura.

[...]

Como ha señalado Doris Cole, las mujeres indias americanas del suroeste y de las Grandes Llanuras eran las propietarias, las que diseñaban y las que fabricaban los tipis,⁴ esos refugios tan eficaces, para sus sociedades migrantes. Aunque en este punto todavía no es posible identificar la supremacía de un grupo sexual

3 Vincent Scully (1974). *The Shingle Style Today or The Historian's Revenge*. Nueva York: George Braziller, p. 3.

4 Doris Cole (1973). *From Tipi to Skyscraper*. Cambridge, MIT press. Ver capítulo 1: «Frontier Traditions: Pioneer and Indians», pp. 1-27.

sobre otro (dado que cada grupo tiene el control del espacio y los instrumentos de sus respectivas actividades), ya existe un principio de segregación en la estabilidad forzada de la construcción frente a la movilidad de la caza. Es en relación con el vasto espacio abierto de la naturaleza que el primer refugio puede ser visto como la primera forma de confinamiento, distinguiendo entre un exterior, donde el hombre es libre y móvil, y un espacio interior, cerrado, donde la mujer está funcional y espacialmente fijada.

Más tarde, cuando la horda humana primitiva se convirtió en sociedades estables gobernadas por poderosos patriarcas, el contenido de la religión y la cultura incipiente cambiaron del culto a la diosa embarazada (que al asegurar la continuidad de la vida humana calmaba el miedo del hombre a la muerte) a la adoración de deidades masculinas todopoderosas, que ya no se asociaban con la naturaleza y los procesos que dan vida. Al nacer Atenea de la cabeza de Zeus (una creación de la mente) y al establecerse las instituciones sociales, políticas, edilicias, económicas y judiciales, la construcción entra en un sistema formal de representación que monumentaliza las instituciones, asegurando su permanencia física. Dentro de este esquema, a la mujer se le asigna el papel de musa, de inspiradora, pero no de competidora del hombre, el creador. Por extensión de esta función mitológica, las mujeres seguían siendo las espectadoras o clientas pasivas de la creatividad. Aunque la influencia de las mujeres como mecenas de la arquitectura ha sido históricamente reconocida, su labor como creadoras sigue siendo ampliamente desconocida.

La cultura —toda cultura— genera y mantiene sistemas de formas significativas —símbolos, rituales— y sistemas de pensamiento y tecnología “por medio de los cuales la humanidad trasciende lo dado por la existencia natural”⁵ —la supervivencia y la muerte— elevándose por encima y afirmando el control sobre la naturaleza, aunque sea precariamente. Hannah Arendt, en *La condición humana*, habla de esta dicotomía oponiendo el concepto de *labor*, la actividad humana que “corresponde a los procesos biológicos del cuerpo humano”⁶, al de *trabajo*, que “corresponde a la antinaturalidad de la existencia humana” y no está “imbricado en [...] el ciclo de vida siempre recurrente de la especie”.⁷ La labor es entonces “impermanente y sinónimo del ámbito privado”,⁸ mientras que el trabajo es “permanente y sinónimo del ámbito público”.⁹

5 Sherry Ortner, (1972) “Is Female to Male as Nature Is to Culture?” *Feminist Studies*, 1-2; p. 10.

6 Hannah Arendt (1958). *The Human Condition*. Chicago: The University of Chicago Press, p. 7.

7 *Ibid.*, p. 7.

8 Kenneth Frampton, parafraseando Hannah Arendt, en “Labor, Work and Architecture, in *Rand Meaning in Architecture*, eds. George Baird y Charles Jencks (Nueva York: George Braziller, 1969), p. 151.

9 *Ibid.* p. 151.



Las diferencias que existen entre el hombre y la mujer solo pueden adquirir una connotación de superioridad o inferioridad dentro de un marco culturalmente definido, un marco en el que la mujer sigue siendo vista como el “símbolo de algo que toda cultura devalúa” o “define como algo que está en un nivel de existencia inferior al suyo”.¹⁰ Esta cosa es la naturaleza, en el sentido más generalizado.

Esta oposición recurrente entre cultura y naturaleza (o labor y trabajo) es el contexto de un discurso desarrollado por la antropóloga Sherry Ortner para explicar por qué las actividades, las contribuciones y los poderes de las mujeres están “siempre limitados con la suposición de que las mujeres nunca pueden ser oficialmente preeminentes en el sistema total”.¹¹ Ortner sostiene que cualquier enfoque en las contribuciones reales de las mujeres (aunque culturalmente no reconocidas) por sí solas sería un esfuerzo incompleto, a menos que también se entienda “la ideología general y los supuestos más profundos de la cultura que hacen que tales [contribuciones] sean triviales”.¹²

Existe un paralelismo con la dicotomía labor/trabajo (o cultura/naturaleza) en las diferencias culturalmente establecidas entre el proceso de *habitar* y los *productos de la arquitectura*. Estas diferencias se ponen de manifiesto en la importancia que se da al placer creativo y estético, frente al trabajo de supervivencia o incluso a la satisfacción de los deseos materiales. Es inevitable sacar ciertas conclusiones acerca de que la mayoría de las mujeres, arquitectas profesionales o no, dedican la mayor parte de sus esfuerzos de diseño y planificación doméstica y pública a los aspectos sociales de sus entornos, a un proceso de cambio más que a la formulación de modelos culturales absolutos.

10 Sherry Ortner, (1972) “Is Female to Male as Nature Is to Culture?” *Feminist Studies*, 1-2; p. 10.

11 *Ibid.*, p. 8.

12 *Ibid.*, p. 7.



Historia e historiografía

Marina Waisman



Marina Waisman (1920-1997) fue arquitecta, argentina, graduada por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) en 1944. Fue profesora de la misma Universidad entre 1948 y 1971. Entre 1956 y 1959 dio clases en Tucumán junto a Enrico Tedeschi y Francisco Bullrich, creando el IIDEHA (Instituto Interuniversitario de Historia de Arquitectura). En 1974 se incorporó a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Córdoba donde formó el Instituto de Historia y Preservación del Patrimonio. Ha creado en la Universidad de Córdoba el Centro para la Formación de Investigadores en Historia, Teoría y Crítica de la Arquitectura, hoy llamado Centro Marina Waisman. En 1970 comienza a colaborar con la revista Summa de Buenos Aires y dirige, a partir de 1976, Summarios. Su primer libro es *La estructura histórica del entorno*, publicado en 1972. Fue galardonada con el Premio América en 1987 por su incansable labor crítica y trascendental aporte a la arquitectura latinoamericana.

Fragmento seleccionado de Marina Waisman (1990). *El interior de la historia. Histografía arquitectónica para uso de latinoamericanos*. Bogotá: Escala (pp. 14-17).



La ciencia histórica no es la mera reproducción de lo que ha sido. No podía serlo, aún desde un punto de vista estrictamente pragmático, por la imposibilidad de contener la totalidad de los hechos, objetos o acontecimientos. Una selección se hace indispensable, aunque más no fuera para reducir la totalidad a una dimensión inteligible. Luego vendrán el ordenamiento, las articulaciones, las valorizaciones, por medio de las cuales se intentará dotar de sentido al panorama trazado. Pues la historia no es una simple narración: es una sucesión de juicios.

El juicio histórico se ejerce desde el momento mismo en que se toma la decisión de trabajar sobre un determinado tema, esto es, desde el momento en que se define el objeto de estudio del historiador; y sucesivamente se ejerce cuando se eligen instrumentos y metodologías de análisis, cuando se delimita el alcance del estudio, etc. En esta serie de juicios desempeña un papel preponderante el momento histórico en el que vive el historiador, puesto que la historia se escribe desde los intereses del presente y con los instrumentos, prejuicios y proyectos del presente. Por tanto, la historia es reescrita continuamente, y la historiografía permite la doble lectura de la materia tratada y de la ideología del momento histórico en que fue estudiada.

Es corriente la utilización del mismo término, *historia*, tanto para designar la realidad histórica, esto es, la sucesión de los acontecimientos, como la narración de esos acontecimientos, o sea, la ciencia o el estudio de la realidad histórica, las distintas lecturas que los historiadores han realizado, a lo largo del tiempo, de dicha realidad. Esto ocurre no solo en el terreno de la historia general sino en las historias particulares, y entre ellas en la de la arquitectura; pues si hablamos de la historia de la arquitectura gótica, podemos estar refiriéndonos tanto al conjunto de obras que constituyen el acervo arquitectónico de ese período como al acontecimiento que de ellas tenemos a través de los escritos de los historiadores, y a los escritos mismos.

Si bien “la ambigüedad del término parece bien fundamentada, pues la realidad y el conocimiento de esta realidad son inseparables”, a los efectos de una mayor precisión del lenguaje y de la claridad para la discusión de las ideas, conviene mantener diferenciados ambos conceptos mediante su adecuada denominación, llamando *historia*, entonces, a la realidad de los acontecimientos —en nuestro caso a la sucesión de los hechos arquitectónicos— e *historiografía* a los textos mediante los cuales se estudia su desarrollo en el tiempo. Esta distinción conduce asimismo a discriminar entre problemas históricos y problemas historiográficos.

Problemas históricos son aquellos que atañen a la existencia misma del hecho histórico —su veracidad o verosimilitud, su datación o, en el caso de obras arquitectónicas o artísticas, su autor, su comitente, las circunstancias de su

producción, etc. Problemas historiográficos, en cambio, son los que atañen a la interpretación o caracterización del hecho histórico —su inclusión en determinada unidad histórica, su relación causal con otros hechos o circunstancias, las razones mismas de su selección como objeto de estudio, su conexión con sistemas generales en los que pueda ser involucrado, etc.— que conducirán, en definitiva, al juicio histórico, al significado que el historiador le asigne.

Si bien toda la segunda parte de este trabajo estará destinada al análisis de problemas historiográficos, un ejemplo puede servir a esta altura para aclarar la distinción planteada: si se estudia la cúpula de Santa María del Fiore, serán problemas históricos la determinación de la fecha exacta de su realización, la intervención exclusiva de Brunelleschi o la participación de Ghiberti, y aun los conocimientos o estudios que pudo haber realizado Brunelleschi previamente a su concepción. Y serán, por el contrario, problemas historiográficos aquellos que conciernen a la relación de la cúpula con la arquitectura del Renacimiento y la del Gótico; el significado del proceso de diseño inaugurado por Brunelleschi; la interpretación del significado de la cúpula como centralizadora del espacio interno, o de su valor simbólico en el paisaje urbano, etc.

Los problemas históricos se resuelven por medio de la investigación: la operación crítica se ejerce para asegurar la exactitud de los datos y su pertinencia. Se trata de problemas de orden técnico. Los problemas historiográficos, por el contrario, comprometen directamente la ideología del historiador, pues hacen a la selección de su objeto de estudio y de sus instrumentos críticos, a la definición de la estructura del texto historiográfico, a todo aquello, en fin, que le conducirá a la interpretación del significado de los hechos y, en definitiva, a la formulación de su propia versión del tema elegido.

No es este el lugar para profundizar en temas de la teoría general de la historia. Pero no puede obviarse una referencia al debate que desde hace unos cuarenta años se sostiene principalmente entre historiadores y teóricos de la historia. En efecto, tanto desde el campo de la historiografía francesa, con la famosa escuela de los Annales, como desde los epistemólogos anglosajones, se desataron desde la década de los 40 ataques contra la historiografía narrativa, basada en el encadenamiento de hechos únicos (“acontecimientos”) en la estructura de un relato o “intriga” (argumento), acontecimientos que a su vez responden a acciones individuales. Este modo de hacer historiografía caracteriza a la historia política, que fue tradicionalmente “la” historia. Con Fernand Braudel el protagonismo se traslada del individuo al grupo social, y a la narración lineal se contraponen la multiplicidad de los tiempos, las “duraciones”. Ciertos instrumentos tomados de la historia económica y de las ciencias sociales están en la base de esta transformación, pero también otros campos de pensamiento e investigación, como la geografía, están involucrados, pues el espacio adquiere un papel protagónico. Se produce, por una parte, un proceso de autonomía de la



explicación histórica con respecto a la “autoexplicación” del relato; pero además el objeto mismo del estudio histórico cambia: pues el sujeto de la historia, reconocible, identificable, cede su lugar a entidades anónimas —naciones, clases sociales, mentalidades, etc. La nueva historia es una historia sin personajes, y por tanto no puede ser un relato.

En el ámbito anglosajón, por otro lado, se discute la condición misma del “acontecimiento”, su verdadera realidad, y se estudia largamente el modo de integrar la historiografía a las ciencias nomológicas, de conciliar la aparente irrepeticibilidad del acontecimiento y la dificultad de su “explicación”, con la formulación de leyes propias de ese tipo de ciencia.

Estrechamente unido a estas cuestiones está el modo de aproximación a la interpretación histórica: la comprensión o la explicación, esta última más propia de las ciencias “duras”, puesto que requiere un estricto encadenamiento causal. Los partidarios de esta orientación acusan a la “comprensión” de subjetividad. Pero cuando han pretendido aplicar estrictamente la explicación causal de acuerdo con supuestas leyes históricas, se han visto obligados a “ablandar” una y otra vez el modelo original, hasta que este ha acabado por perder fuerza.

El descrédito de la historia événementielle, la historia de acontecimientos e intriga o argumento, la historia narrativa, ha sido indudable durante varias décadas, mientras florecía lo que se dio en llamar *la nouvelle histoire*. Pero la pérdida de su condición narrativa desembocó en la imposibilidad de comprender realmente la historia, por lo que se está regresando a una consideración más flexible, en la que la realidad narrativa del hecho histórico no implica necesariamente la invención de un argumento que lo haga significativo, pero que busca un equilibrio entre la condición intrínsecamente narrativa de la historia y el cuadro más general de la vida social, entre la comprensión y la explicación. Paul Ricoeur encuentra en la “imputación causal singular” propuesta por von Wright una posible “transición entre la explicación por medio de leyes, a menudo identificada simplemente con la explicación a secas, y la explicación por medio de la estructura argumental, a menudo identificada como la comprensión”.

La causalidad está, pues, en el centro de la problemática historiográfica. Puede afirmarse que la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que no existen causas únicas, que la causalidad es irregular, confusa y global; asimismo en que ha de distinguirse entre causas y condiciones.

Otros problemas historiográficos básicos, tales como la selección y formación del objeto histórico, la ideología del historiador, la multiplicidad de perspectivas posibles para observar la historia, han sido tratadas ampliamente en mi libro *La estructura histórica del entorno*.

Estas consideraciones historiográficas son particularmente interesantes a la hora de pensar en un enfoque adecuado para la comprensión de la arquitectura latinoamericana. Podría decirse que la historiografía arquitectónica europea tradicional ha sido eminentemente événementielle: marcada por acontecimientos, esto es, obras y responsables directos de esas acciones. Además, engarzados en “argumentos” que marcan un comienzo primitivo, un período clásico de florecimiento y perfección, y un período barroco de decadencia o de confusión de valores. Así se nos ha hecho leer, en su momento, la arquitectura griega, la medieval, la renacentista. El camino hacia la perfección técnica fue otro argumento, el cual usó Choisy, por ejemplo. Y el camino hacia el logro final de una arquitectura moderna fue el argumento que utilizaron los pioneros de la historiografía contemporánea, con sus héroes y sus réprobos, como tan bien los ha descrito María Luisa Scalvini.

La estructura tradicional de los textos historiográficos, y la dificultad de inventar ese tipo de intriga o argumento con el material latinoamericano, ha de haber sido una de las causas de la ubicación marginal de las arquitecturas latinoamericanas en la historiografía general. Una historia de tipo estructuralista, como la que ensayo en *La estructura histórica del entorno*, puede resultar más apropiada para organizar el material americano. De hecho, los más recientes ensayos de construir una historia general de nuestra arquitectura se mueven en varios planos, entrecruzando líneas de desarrollo, sin caer en ningún momento en la narración lineal única.

Ahora bien, en una aproximación a la problemática historiográfica, aun cuando ella haya de referirse a un segmento muy específico como es el arquitectónico, no puede eludirse la mención de una cuestión de fondo que aparece insistentemente en el ámbito filosófico; la cuestión del fin de la historia, o la disolución de la historia, o la definición de nuestra época como posthistórica.

El fin de la historia —o más bien de la historicidad, según Gianni Vattimo— estaría caracterizado por una serie de rasgos: en primer término, por la disolución de la idea de historia como proceso unitario, esto es, por la multiplicación y dispersión de las historias: el gran relato urdido sobre la idea del progreso de la humanidad hacia una meta cierta —meta que ha variado del Cristianismo al Iluminismo o a la Modernidad— ha mostrado su carácter ideológico y en consecuencia ha legitimado la proliferación de las historias. El progreso, hilo conductor del relato histórico en el mundo técnico, se vacía de historicidad al convertirse en un desarrollo mecánico de renovación continua, “fisiológicamente exigida para asegurar la pura y simple supervivencia del sistema”. En segundo término, la acción de los medios masivos de comunicación, y en particular la televisión, tiende a “presentificar” todos los acontecimientos, a “achatarlo todo en el plano de la contemporaneidad y de la simultaneidad, produciendo una deshistorización de la experiencia”.



Se daría así una especie de inmovilidad tanto en el desarrollo como en la conciencia de ese desarrollo.

Debe hacerse la salvedad de que estas definiciones de la disolución de la historicidad aparecen como propias del punto de vista de la modernidad, que asume lo nuevo como valor, y que implica como corolarios los conceptos de progreso y de superación.

Ubicar en semejante contexto la historiografía propia de nuestros países exige la profundización de varios temas, algunos de los cuales se tratan en este libro, entre otros la cuestión de los valores, la distinción entre historia y crítica, el concepto de modernidad, y muy particularmente la relación centro/periferia o centro/margen, que aparece como una cuestión crucial tanto para la comprensión como para el proyecto de nuestra identidad.



Enmarcando a los insurgentes. Histogramas para la planificación

Leonie Sandercock



Leonie Sandercock (1949) es urbanista y académica australiana-canadiense; se centra en la planificación comunitaria y el multiculturalismo. Su trabajo abarca los campos interdisciplinarios de los estudios urbanos, la política y la planificación urbanas y dilucida cuestiones de diferencia y justicia social. Sus investigaciones más recientes se focalizan en el trabajo con pueblos originarios (First Nations) a través del planeamiento comunitario colaborativo, usando las filmaciones como medio para catalizar el diálogo sobre las posibilidades de curación, reconciliación y asociación. Desde 2001 es profesora en la Escuela de Planificación Comunitaria y Regional de la Universidad de Columbia Británica, en Vancouver (Canadá). Su libro más influyente ha sido *Towards Cosmopolis: Planning for Multicultural Cities* (1997). En 2005 recibió el Dale Prize for Excellence in Urban and Regional Planning (Community Engagement), y en 2007 recibió el BMW Group Award for Intercultural Learning por sus escritos en urbanismo cosmopolitano.

Fragmento seleccionado de Leonie Sandercock (ed.) (1998). "Introduction: Framing Insurgent Histographies for Planning". *Making the Invisible Visible. A Multicultural Planning History*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: University of California Press. (pp. 1-20). Traducción: Mireia Simó.



La historiografía subversiva conecta las prácticas opuestas del pasado y las formas de resistencia presentes, creando así espacios de posibilidad en los que el futuro puede ser imaginado de forma diferente —imaginando de tal manera que podemos ser testigos de que soñamos, avanzamos y superamos los límites de las ubicaciones fijas.

bell hooks (1994)¹

EL PODER DE LA HISTORIA

Las profesiones (al igual que las naciones) mantienen su forma moldeando la comprensión del pasado de sus miembros (los ciudadanos), haciendo que olviden los acontecimientos que no concuerdan con una imagen justa, mientras mantienen vivos los recuerdos que sí lo hacen. El novelista Milan Kundera ha dicho que la lucha del pueblo contra el poder es una lucha de la memoria contra el olvido.² Para los historiadores, la lucha de determinados recuerdos contra determinadas omisiones o supresiones también implica poder. Las historias sobre el pasado tienen poder y otorgan poder. El impulso de contar nuevas historias sobre el pasado muestra que el propio tiempo es una perspectiva en la construcción de las historias. Las sucesivas generaciones de estudiosos no reescriben la historia, sino que la revisan y la vuelven a presentar, dotándola de un significado contemporáneo.

Los colaboradores de este volumen se proponen revisar la historia del urbanismo y volver a presentarla, tanto como una historia e interpretación de los acontecimientos como un tipo particular de práctica textual y teórica. Al hacerlo, nos enfrentamos al poder de la historia. Al construir su historia, la profesión del urbanismo siempre se dedica a moldear la comprensión de sus miembros de las luchas y los triunfos del pasado y, al mismo tiempo, a crear una cultura profesional contemporánea en torno a esos recuerdos, a esas historias. Al elegir contar determinadas historias en lugar de otras, se configura una identidad profesional, se le da un significado y se defiende. Pero, ¿cuáles son las tachaduras y exclusiones implícitas en el proceso de forjar una identidad profesional?

Al revisar la historia del urbanismo descubrimos una “historia oficial” que se repite constantemente: la historia del proyecto de planificación modernista, la representación del urbanismo como la voz de la razón en la sociedad moderna, la portadora de la misión de la Ilustración de progreso material a través de la racionalidad científica. Esta debe ser la historia que deseamos creer sobre nosotros mismos, como urbanistas. Es una historia heroica. Pero, ¿es una historia real? ¿O es un mito, una leyenda? ¿Existe un lado oscuro en esta historia? La versión oficial, o modernista,

1 bell hooks (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom*. Routledge.

2 Citado en: Joyce Oldham Appleby; Lynn Hunt; Margaret Jacob (1994). *Telling the truth about history*. Norton & Company, p. 270.

de la historia del urbanismo es la historia del urbanismo por y a través del Estado, parte de una tradición de construcción de ciudades y naciones. Pero siempre han existido tradiciones alternativas de urbanismo al margen del Estado y, a veces, en oposición a él. Estas historias de planificación insurgentes³ desafían nuestra propia definición de lo que constituye el urbanismo. Al descubrirlas o recuperarlas, ponemos en duda la exactitud de la historia oficial y exploramos su dinámica subyacente —política, económica, social, psicológica y cultural— y las relaciones de poder implícitas en ella. Al presentar esta colección de historias insurgentes del urbanismo, deseamos ir más allá del paradigma modernista del urbanismo para presentar alternativas al mismo, como formas tanto de entender el pasado como de imaginar un futuro diferente para el urbanismo.

Este ensayo introductorio examina y critica la historia oficial, expone su lado oscuro y argumenta la importancia de introducir debates historiográficos y teóricos más amplios en el campo de la historia del urbanismo. Considero que no se trata de un proyecto intelectual esotérico, sino más bien de un proyecto emancipador, que conduzca a una visión más amplia e inclusiva del urbanismo y a una práctica con un marcado carácter autocrítico. No podemos imaginar un futuro diferente para el urbanismo a menos que comprendamos las deficiencias del proyecto de urbanismo modernista. Los ensayos que siguen retoman este proyecto emancipador de dos maneras: en primer lugar, recuperando o descubriendo prácticas insurgentes en el pasado, y en segundo lugar, proporcionando lecturas críticas de los textos de la historia del urbanismo, buscando significados y prácticas ocultas, y ofreciendo herramientas teóricas y metodológicas críticas para reexaminar el pasado. El foco geográfico se centra principalmente en la historia del urbanismo en los Estados Unidos, pero la línea de cuestionamiento se nutre de los debates más allá de estos límites territoriales y es relevante para ellos.

LA HISTORIA OFICIAL

El subcampo de la historia del urbanismo ha surgido como parte de la disciplina del urbanismo (y no como un subcampo de la historia, como la historia del urbanismo) solo en los últimos treinta años.⁴ Desde las primeras obras impor-

3 Sin la contribución de James Holston al capítulo 1 de este libro, no habría llegado a esta caracterización. Su ensayo me ayudó a cristalizar mis propias ideas sobre este proyecto, por lo que le estoy muy agradecida.

4 Las historias del urbanismo difieren de las historias urbanas al menos en dos aspectos significativos. Mientras que los historiadores urbanos tratan de dar sentido a la ciudad, en toda su vasta multiplicidad, los historiadores del urbanismo tratan de dar sentido a las intervenciones urbanas en las ciudades y regiones. Hacer esto último presupone una definición del urbanismo, tanto como conjunto de ideas como de prácticas (llegar a esta definición es en sí mismo un acto político, que luego determina los límites que trazamos en torno a nuestra historia del urbanismo). Una segunda distinción se deriva del hecho de que el urbanismo es un campo de práctica, de acción. Por tanto, los historiadores del urbanismo suelen estar políticamente interesados e implicados en los resultados —en lo que funciona y en lo que no, y por qué, en la defensa de determinados conjuntos de ideas y prácticas frente a otros, etc.— de un modo que los historiadores urbanos pueden no estarlo.



tantes de historia de la planificación urbana en Estados Unidos en la década de los sesenta —*The Making of Urban America* (1965) de J. W. Reys y *American City Planning Since 1890* (1969) de Mel Scott—, el interés por este campo ha crecido y su alcance se ha ampliado. En la actualidad existen numerosos volúmenes de ensayos sobre el tema, siendo los más conocidos y utilizados los editados por Donald Krueckeberg, *The American Planner* (1983) e *Introduction to Planning History in the United States* (1983), y Daniel Schafer, *Two Centuries of American Planning* (1988). Hay un reciente *best seller* de Peter Hall, *Cities of Tomorrow* (1988), cuyo alcance va más allá de los Estados Unidos. Y hay una gran cantidad de estudios de casos históricos de piezas particulares de la historia del urbanismo que abarcan una época, o una institución, una ciudad o un tema. Casi sin excepción, estos estudios proceden del ámbito del urbanismo —el libro de Mel Scott era literalmente una historia oficial, ya que fue encargado por el Instituto Americano de Urbanistas con motivo del “quincuagésimo aniversario del instituto”— y todos son descaradamente modernos en su orientación. ¿Qué significa esto? ¿Por qué debería ser un problema?

Para responder a esto debemos empezar con una pregunta muy básica: ¿Qué es la historia del urbanismo? ¿Cuál es su campo de investigación? La respuesta dada por los historiadores mencionados anteriormente es bastante sencilla: relatar el surgimiento de la profesión, su institucionalización y sus logros. Estas historias tienen varias vertientes, desde el surgimiento de la propia profesión hasta los relatos de las ideas y/o personas clave (siempre grandes hombres) que dieron forma al surgimiento del urbanismo, pasando por las historias de políticas específicas dentro del campo: la vivienda, las ciudades jardín, el transporte, la idea regional, etc. Todas estas obras adoptan un enfoque descriptivo en el que el auge del urbanismo se presenta como una narrativa heroica, progresista, parte del proyecto occidental o de la Ilustración de modernización, parte del ascenso de la democracia liberal con su creencia en el progreso a través de la ciencia y la tecnología, y la fe en que “el urbanismo racional de los órdenes sociales ideales” puede lograr la igualdad, la libertad y la justicia.⁵ La elección del héroe individual o héroes en estos relatos puede parecer ecléctica, ya que algunos defienden a Ebenezer Howard, otros a Patrick Geddes o a Le Corbusier como los padres fundadores de la profesión, y la mayoría también da importancia a “héroes locales” como Daniel Burnham, Frederick Olmsted y Robert Moses. Pero más allá de estos individuos, el verdadero héroe es el propio urbanismo, que lucha contra enemigos de izquierda y derecha, mata a los dragones de la avaricia y la irracionalidad y, si no siempre triunfa, al menos siempre es noble, siempre está del lado de los ángeles.

En estos retratos modernistas del urbanismo, el héroe, planificando, no tiene defectos irremediables. Si las batallas están a veces, incluso frecuentemente,

5 David Harvey (1989). *The Urban Experience*. Johns Hopkins University Press, pp. 11-13.

perdidas, no es culpa del héroe sino del mundo malvado en el que él debe operar. Estas historias convencionales tienen en común las siguientes características. El rol del urbanismo y los urbanistas no es problemático. Se asume que sabemos y estamos de acuerdo en lo que el urbanismo es y quién es o no un urbanista. Se asume que el urbanismo es una “cosa buena” —una práctica progresista— y que sus oponentes son reaccionarios, irracionales o simplemente codiciosos. Se asume que los urbanistas saben o pueden adivinar “el interés público” y que poseen un conocimiento que debe prevalecer (en una sociedad racional) sobre la política. Se da por sentado que los urbanistas tienen capacidad —que lo que hacen y piensan tienen autonomía y poder. Se ve como natural y correcto que el urbanismo debe ser “conducido a la solución” en lugar de estar atento a la construcción social de lo que se define como “problemas urbanos”. No hay aplicación de teorías de poder/conocimiento/control en el dominio del urbanismo. No hay escrutinio de la ideología, clase, género, u orígenes étnicos ni prejuicios de los urbanistas, o de la clase, género o efectos étnicos de su trabajo. El auge de la profesión es, simplemente, una causa de celebración en lugar de análisis crítico. Hay una pequeña alma buscando los errores del urbanismo. En otras palabras, nos encontramos de lleno en la tradición moderna, una tradición que iguala el urbanismo al progreso —no solo a la materia en sí, sino también al método histórico. Estas historias son relatos cronológicos directos, con la supuesta impersonalidad de los autores, donde la voz objetiva es el único punto de vista. En la mayoría de los casos, estos relatos se escriben desde dentro de la profesión, y hay un evidente motivo colectivo de autojustificación.

Por ejemplo, *American City Planning Since 1890*, de Mel Scott, esboza lo que se ha convertido en los temas habituales de la historiografía del urbanismo en Estados Unidos: comenzando por los intentos de los reformistas y los trabajadores de las casas de colonización de finales del siglo XIX de resolver los problemas de saneamiento urbano, las viviendas de los barrios marginales y la congestión de la población, seguidos de las transformaciones del entorno construido de la ciudad según las normas del movimiento *City Beautiful* de principios del siglo XX; el desarrollo de una base “científica” para la profesión bajo la cruzada del movimiento *City Functional*; la aparición del urbanismo a escala regional y nacional a mediados de siglo; y, por último, un llamamiento a una comprensión renovada centrada en el ser humano. En esta amplia narración, Scott ofrece la historia del urbanismo como un continuo evolutivo casi sin fisuras en el que las ideas arraigan y maduran hasta convertirse en propuestas legislativas, que a su vez dan lugar a las agencias del urbanismo e instituciones, que luego deben desarrollar procedimientos de aplicación de políticas. En el camino, hay muchos obstáculos que el héroe, con su “voluntad de planificar”, debe superar.

Del mismo modo, el libro de Peter Hall *Cities of Tomorrow* elige una docena de temas principales, entre los que se encuentran todos los sospechosos habituales —la reforma de los barrios de chabolas y el saneamiento, la ciudad jardín,



la *City Beautiful*, el nacimiento del urbanismo regional, la ciudad corbusiana de las torres, la ciudad del automóvil, etc.—, y dedica un capítulo descriptivo a cada uno de ellos. Su método consiste en rastrear estos temas hasta las ideas de unos pocos “visionarios”, la mayoría de los cuales vivieron y escribieron en las pocas décadas que median entre el cambio de siglo XIX al XX, y luego seguir el destino de estas grandes ideas y visiones a medida que otros (implícitamente mortales de menor rango) tratan de ponerlas en práctica. El tema principal de Hall, lo que él describe como “el verdadero interés de la historia”, es la capacidad humana individual. Quiere demostrar, frente a lo que denomina el reduccionismo económico de los historiadores marxistas, que los individuos pueden marcar y marcan la diferencia, “especialmente los más inteligentes y originales de entre ellos”.⁶ Los héroes de Hall son Ebenezer Howard y Patrick Geddes, los “padres del urbanismo urbano moderno [...] Por desgracia, casi no hubo madres fundadoras”⁷ y sus intérpretes en el nuevo mundo, como Lewis Mumford, Clarence Stein, Stuart Chase, Benton McKaye, Rexford Tugwell y Frank Lloyd Wright. Pero hay una nota en su lamento por el desfase entre la calidad visionaria de las ideas y sus diluidos impactos sobre el terreno, donde a veces estas grandes ideas están “casi irreconociblemente distorsionadas” y, de hecho, después de cien años de planificación, “tras repetidos intentos de poner en práctica las ideas, nos encontramos casi de vuelta al punto de partida”.⁸ Lo que comienza como un relato evolutivo, por tanto, termina en una especie de final circular y lamentado: a pesar de las intenciones y visioness progresistas de los urbanistas, la “subclase urbana” sigue con nosotros. Hall afirma que no puede ofrecer ninguna explicación para este desfase entre la visión y la realidad, salvo decir que la ejecución estaba en manos de los mortales de menor rango. Pero, de hecho, en su último capítulo, Hall presenta un argumento muy claro sobre la razón de la persistencia de la pobreza urbana. Por ejemplo, atribuye la causa del abandono de las viviendas públicas no a una política de planificación inadecuada, a un diseño o a un emplazamiento inadecuado, sino al hecho de que “las familias de asistencia social muy pobres, con un gran número de niños, con un profundo fatalismo sobre el poder de influir en su entorno, no podían hacer frente a este tipo de edificio, ni este a ellos”.⁹ Describe al típico residente de una vivienda pública como “una madre de la beneficencia nacida en una chabola de Georgia y abandonada en San Luis o Detroit con una prole de hijos incontrolables” y culpa específicamente a las mujeres pobres de color que crían a sus hijos en hogares monoparentales. “Los resultados inevitables [de la maternidad en solitario] son la delincuencia juvenil y la ilegitimidad”.¹⁰ Además, describe a

6 Perer J. Hall (1988). *Cities of Tomorrow: An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century*. Oxford: Blackwell Publishing, pp. 4-5.

7 *Ibid.*, p. 7.

8 *Ibid.*, p. 11.

9 *Ibid.*, p. 239.

10 *Ibid.*, p. 240.

estas mujeres como carentes de un fuerte sentido de los vínculos familiares o de una profunda preocupación psicológica por sus hijos. Al aceptar de forma acrítica el concepto de una clase inferior y de los pobres que no lo merecen, la obra de Hall refuerza en última instancia la tradición conservadora de culpar a la víctima estigmatizándola. Al cerrar su relato de cien años, describe que ⁶ el urbanismo se enfrenta ahora a “un retorno al más antiguo de los problemas urbanos, el problema de la subclase urbana, que espera como una masa hosca y descontenta fuera de las puertas”.¹¹ Esta “explicación” pasa por alto las pautas de desigualdad y discriminación estructurales y las políticas de planificación que han anclado la pobreza en los barrios del centro de la ciudad. También ignora la capacidad de acción de los pobres y su historia de lucha por la vivienda y otros servicios urbanos. Por ejemplo, las luchas de los inquilinos de viviendas públicas, lideradas en su mayoría por mujeres de color como la afroamericana Bertha Gilkey, para revertir el declive de su proyecto y establecer sindicatos de inquilinos y la autogestión de los proyectos de vivienda pública, recibieron una amplia y favorable publicidad en la década de 1980, justo cuando Hall escribía. Se podría argumentar —pero ciertamente no lo ha hecho Hall— que estas mujeres pobres son las visionarias del urbanismo de finales del siglo xx y que sus luchas constituyen una de las historias del urbanismo de la oposición que aún no se han escrito.

¿QUÉ FALTA?

En el nivel más fundamental, no se han abordado dos cuestiones básicas en estas historias modernas dominantes. ¿Cuál es el objeto de la historia del urbanismo?

¿Y quiénes son sus sujetos? Los límites de la historia del urbanismo no son fijos ni están dados. Los límites cambian en relación con la definición del urbanismo y con el propósito del historiador. Si definimos el urbanismo como la profesión, y su objetivo como la construcción de ciudades, generamos un conjunto de historias. Si definimos la construcción de comunidades, generamos otra. Si definimos el urbanismo como la regulación de la fisicalidad, la socialidad y la espacialidad de la ciudad, producimos historias de planificación que intentan dar sentido a esas prácticas reguladoras a lo largo del tiempo y del espacio. Pero si hacemos hincapié en el urbanismo como práctica reguladora o disciplinaria, podemos pasar por alto sus posibilidades de transformación, que a su vez pueden estar relacionadas con historias de resistencia a determinadas prácticas de planificación y regímenes reguladores. La cuestión es que la escritura de las historias no es simplemente una cuestión de sostener un espejo hacia el pasado e informar sobre lo que se refleja. Es siempre una representación, una recons-

11 Perer J. Hall (1988). Perer J. Hall (1988). *Cities of Tomorrow: An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century*. Oxford: Blackwell Publishing, p. 361.



trucción textual del mismo. Lo que vemos está condicionado por las preguntas que nos hacemos, que a su vez están condicionadas por las teorías (a veces implícitas, a veces explícitas) que aportamos a nuestro tema. Los historiadores del urbanismo modernos y convencionales han considerado que su tema es la profesión y su objeto es describir y celebrar su aparición y sus logros. Este enfoque tiene al menos dos limitaciones importantes. Si el tema del urbanismo es la profesión, entonces solo aquellos que se califican como “profesionales” son vistos como agentes históricos relevantes. El resultado es una narración sobre las ideas y acciones de los hombres blancos de clase media, ya que las mujeres y las personas de color fueron, al menos hasta hace poco, sistemáticamente excluidas de la profesión a través de su exclusión de las instituciones de educación superior. Y si el objeto de la historia del urbanismo es el surgimiento de la profesión y sus logros, entonces se privilegia una historia heroica (el urbanismo como progreso) a expensas de cualquier tipo de visión crítica o escrutinio de las prácticas reales del urbanismo, incluyendo sus bases de conocimiento. Y luego está el urbanismo como algo que solo es impulsado por y a través del Estado, el proyecto de futuros impulsados por el Estado, a expensas de todo el ámbito del urbanismo impulsado por la comunidad y basado en la comunidad (a veces en oposición al Estado), que podría decirse que tiene una historia significativamente más larga que la de la profesión. Estos pecados de omisión son el lado oscuro del urbanismo.

LA OSCURIDAD DE LA HISTORIA DEL URBANISMO

En su historia crítica y distópica de Los Ángeles, *City of Quartz* (1990), Mike Davis describe una tradición de promoción de la ciudad que se asemeja a lo que he descrito como la “mitificación” de la profesión de urbanista en las historias modernas del urbanismo. A falta de una tradición crítica de escritos históricos sobre la ciudad desde los años cuarenta hasta los setenta, Davis sostiene que Los Ángeles llegó a entender su pasado, en cambio, a través de un robusto género de ficción conocido como *noir* en el que la imagen de la ciudad se retrata como un infierno urbano desarraigado. Los novelistas *noir* (James Caín, Horace McCoy, Nathaniel West y Raymond Chandler son los más conocidos) crearon una ficción regional preocupada por perforar la imagen del sur de California como la tierra dorada de las oportunidades y el nuevo comienzo.¹² Especialmente significativa fue la breve aparición del *black noir*, ejemplificado en la ficción de escritores como Langston Hughes y Chester Himes, que retrataron Los Ángeles como un infierno racial en el que los negros son destruidos o llevados a la auto-destrucción por la dinámica caprichosa y psicótica del racismo blanco¹³

12 Mike Davis (1990). *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*. Londres, Verso Books, p. 38.

13 Mike Davis (1990). *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*. Londres, Verso Books, p. 43.

Mi objetivo, en esta introducción y en esta colección, es perforar o desmitificar la imagen heroica de la historia de la planificación mediante la inyección de una serie de temas, teorías y metodologías críticas. Quizá la omisión más llamativa de la saga del “auge de la planificación” sea la ausencia de todos los actores del escenario histórico, excepto los hombres profesionales blancos. ¿Dónde están las mujeres? ¿Dónde están los nativos americanos, los afroamericanos, los mexicanos americanos, los japoneses y los chinos americanos? ¿Dónde están los gays y las lesbianas? ¿Dónde están, tanto en calidad de sujetos —haciendo planificación, contribuyendo a la construcción de la ciudad y de la comunidad, investigando los problemas urbanos— como en calidad de objetos (víctimas, si se quiere) de la negligencia de los planificadores o del deseo de tener el control sobre las preocupaciones y necesidades particulares de estos grupos en las ciudades?

Tomemos la ausencia de las mujeres. Peter Hall (1988) justifica su ausencia en su libro afirmando que no hubo “madres del urbanismo”. Esto es sencillamente erróneo, como han demostrado los trabajos de estudiosas feministas como Dolores Hayden (1981), Eugenie Birch (1983), Jacqueline Leavitt (1980), Susan Wirka (1989, 1994), Barbara Hooper (1992) y Gail Lee Dubrow (1991, 1992). Los enfoques feministas de la historia de la planificación van desde la crónica de las “grandes mujeres” (Jane Adams, Melusina Fay Pierce, Charlotte Perkins Gilman, Catherine Bauer, Edith Elmer Wood, Mary Simkhovitch) hasta la documentación de toda una tradición de diseño de viviendas y planificación comunitaria feminista,¹⁴ pasando por la crítica de las formas en que se han conmemorado las contribuciones de las mujeres.¹⁵ Algunas historiadoras feministas están desafiando las periodizaciones tradicionales de la historia de la planificación urbana;¹⁶ otras están haciendo nuevas lecturas textuales del “viejo material” para explorar nuevos temas, como los elementos de control social en las prácticas urbanas¹⁷. Susan Wirka (1989) y Peter Marcuse (1980) han defendido de forma persuasiva una redefinición de la historia de la planificación para que incluya tanto la ciudad social como la ciudad práctica, un movimiento que recen-

14 Dolores Hayden (1981). *The Grand Domestic Revolution. A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities*. Cambridge, Mass. MIT Press.

Susan Marie Wirka (1989). “Mary Kinsbury Simkhovitch and Neighborhood Planning in New York City, 1897-1909”. *Master’s thesis*, University of California, Los Ángeles.

15 Gail Lee Dubrow (1991). *Preserving Her Heritage: American Landmarks of Women’s History*. PhD Dissertation University of California, Los Ángeles.

Gail Lee Dubrow (1992). *Claiming Public Space for Women’s History in Boston: A Proposal for Preservation, Public Art, and Public Historical Interpretation*. *Frontiers F*. Vol. XIII, n.º 1.

16 Leonie Sandercock (1990). *Gender: a new agenda for planning theory*. N.º 521. Institute of Urban and Regional Development, University of California at Berkeley.

17 Véase: Elizabeth Wilson (1992). *The sphinx in the city: Urban life, the control of disorder and women*. University of California Press: Berkeley; Barbara Hooper (1992). “Split at the Roots”. *Critique of the Philosophical and Political Sources of Modern Planning Doctrine*. *Frontiers*. Vol. XIII, n.º 1; y muchas de las colaboradoras de este libro.

traría lo social y llamaría más la atención sobre las contribuciones de las mujeres reformistas sociales y constructoras de comunidades.

A falta de esa definición de la planificación, los historiadores de la corriente dominante no han apreciado las contribuciones de las muchas mujeres activistas y articuladas que trabajaban fuera de una profesión que, o bien no existía todavía (en el caso del trabajo de Addams y otras a finales del siglo XIX), o bien pronto llegó a excluirlas de sus filas. La historia oficial de Mel Scott contiene dos referencias a Addams y Simkhovitch, ninguna de ellas de más de media frase. Addams es señalada como fundadora de Hull House, una de las primeras casas de acogida, y como alguien que, junto con Jacob Riis, tuvo una visión temprana de las necesidades sociales de la comunidad,¹⁸ pero Scott dedica un párrafo a Riis, atribuyendo su especial visión a su reciente condición de inmigrante y a su empatía por la difícil situación de los inmigrantes pobres. Mientras tanto, Jane Addams, en la Hull House, llevaba trabajando con los inmigrantes pobres del South Side de Chicago desde 1889 y había sido pionera en la investigación de encuestas sociales entre ellos. Y Mary Simkhovitch, a la que Scott menciona solamente de pasada —no la menciona como una destacada trabajadora de las casas de acogida—, fue miembro del Comité de Población de 1907 y activista de la vivienda de toda la vida, y presidenta de la Conferencia Nacional de la Vivienda Pública en 1931. A pesar de su evidente longevidad en los movimientos de planificación y vivienda, sus contribuciones nunca se evalúan como las de sus contemporáneos masculinos. Pero, como ha demostrado la investigación de Wirka, Simkhovitch no solo escribió extensamente sobre temas de vivienda y planificación social, sino que también trabajó incansablemente como activista pública en estos temas y fue la primera en esbozar una visión integral de la planificación de barrios y en situar dicha planificación en su contexto metropolitano.¹⁹ La labor de recuperar la contribución de las mujeres individuales a la planificación general continúa, al igual que la tarea de reconceptualizar el trabajo de las mujeres en cuestiones de reforma urbana y social y en el desarrollo de la comunidad como otro tipo de planificación, aunque sea en la base y no a través de los organismos estatales.

¿Y qué hay de la ausencia de afroamericanos, y de otras minorías étnicas, en los relatos principales? Hay una suposición tácita de que no hay antepasados ni antepasadas afro/mexicanos/asiáticos en la planificación urbana. También se asume implícitamente que la planificación ha sido neutral desde el punto de vista racial en sus prácticas, en lugar de apoyar las políticas de segregación y discriminación de la estructura de poder blanca. Joan Fitzgerald y William Howard (1993) han abordado el primer supuesto, argumentando de forma convincente que existe una historia de planificación negra y que los negros participaron en la planificación

18 Mel Scott (1969). *American City Planning since 1890*. Berkeley: University of California Press, p. 72.

19 Susan Marie Wirka (1989). "Mary Kinsbury Simkhovitch and Neighborhood Planning in New York City, 1897-1909". *Master's thesis*, University of California, Los Angeles.



urbana mucho antes de la era de los derechos civiles. Se centran en la investigación activista de W. E. B. Du Bois, que comenzó con su monumental estudio *The Philadelphia Negro* en 1898 y continuó con sus investigaciones recogidas en las publicaciones de la Universidad de Atlanta, que ofrecieron un retrato completo de los afroamericanos urbanos. A través de estas publicaciones, Du Bois “hizo una gran contribución a la investigación urbana y a la planificación del desarrollo comunitario, especialmente en lo que respecta a la comunidad negra”. Las conclusiones y prescripciones de Du Bois de hace casi cien años son notablemente similares a los análisis recientes de la pobreza urbana negra.²⁰ Junto con el trabajo de la Liga Urbana, las iglesias negras y las mujeres negras, existe un conjunto de investigaciones, acciones políticas y servicios sociales urbanos que representan colectivamente una tradición afroamericana distintiva de planificación urbana y desarrollo comunitario. Cheryl Gilkes (1988), Gail Dubrow (1992) y Dolores Hayden (1995) forman parte de un grupo cada vez mayor de estudiosos que documentan el papel de las mujeres negras en la construcción de la comunidad.

Si redefinimos la “planificación” para incluir la tradición de construcción de la comunidad —lo que podríamos llamar planificación desde abajo—, entonces creamos la posibilidad de un conjunto de narrativas mucho más inclusivo, que abarque no solo a la comunidad afroamericana, sino también a las comunidades latina y asiática-americana que, en respuesta a su exclusión de la planificación dominante, se han desarrollado. Hay al menos tres razones por las que esta tradición de construcción de comunidades ha sido ignorada, en primer lugar las investigaciones de Du Bois como por las de la Liga Urbana, que llamaron la atención sobre las historias de tensiones raciales en las ciudades estadounidenses; sin embargo, en el mundo de la planificación urbana, tal como surgió a principios del siglo xx, la cuestión del racismo parece haber sido un tema innombrable, al menos hasta los desafíos de la era de los derechos civiles. En segundo lugar, como argumentan Fitzgerald y Howard, la tradición de planificación que llegó a dominar la emergente profesión de planificador se basaba en la configuración del entorno físico —la tradición de construcción de ciudades—, mientras que el enfoque de las tradiciones afroamericanas (y de otros grupos étnicos) se centraba en las preocupaciones laborales y económicas, el trabajo social y la prestación de servicios urbanos, y la acción política colectiva. La tercera historia de la construcción de la comunidad, aunque tiene que ver claramente con el desarrollo económico y la planificación social, no glorifica el papel de la profesión de la planificación. Por el contrario, es una historia que demuestra la capacidad de los ciudadanos de a pie para planificar en su propio nombre, a pesar de las fuerzas de exclusión, discriminación y marginación que han caracterizado la práctica profesional de la planificación y la política urbana durante la mayor parte de este siglo, o quizás a causa de ellas.

20 Véase: William W. Goldsmith y Edward J. Blakely (1992). *Separate societies: Poverty and inequality in US cities*. Temple University Press; Douglas Massey y Nancy A. Denton (1993). *American apartheid: Segregation and the making of the underclass*. Harvard University press.



El silencio de los principales historiadores de la planificación sobre la cuestión del racismo en la planificación ha dado lugar a que se eviten sistemáticamente las formas en que la práctica de la planificación ha contribuido a reforzar la segregación y la discriminación raciales. Las “cuestiones raciales” se mencionan por primera vez en la página 423 de *American City Planning Since 1890* de Scott, momento en el que ha llegado a la década de 1950 en su narración cronológica. Pasan otras 160 páginas antes de que se vuelvan a mencionar las cuestiones raciales, pero sigue habiendo una negativa a implicar a los planificadores.

“Los planificadores de la ciudad”, escribe Scott, “empezaron a ser dolorosamente conscientes de que la urbanización había puesto en el umbral político problemas de raza y pobreza como ninguno de los que se habían planteado anteriormente a los trabajadores sociales serios, a los funcionarios elegidos y al público en general”.²¹ Aquí la propia construcción de la frase de Scott evade la cuestión. Hace que los planificadores sean conscientes y no responsables de ninguna manera. En su lugar, la abstracción llamada “urbanización” es responsable de los problemas de “raza y pobreza” (en contraposición al racismo y la desigualdad), que en el relato de Scott solo se convierte en un “problema” en la década de 1960. Hay que acudir a la obra del jurista C. E. Vose (1967) para ver un estudio sistemático de las formas en que los blancos utilizaron la herramienta de planificación de los convenios restrictivos para excluir a negros, judíos, mexicanos, japoneses y chinos de sus barrios durante al menos la primera mitad de este siglo hasta que la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People) y la ACLU (American Civil Liberties Union) llevaron el asunto a los tribunales. Y tenemos que acudir a las nuevas historias étnicas para ver las múltiples formas en que las minorías han sido excluidas de grandes partes de las ciudades estadounidenses.²²

21 Mel Scott (1969). *American City Planning since 1890*. Berkeley: University of California Press, p. 590.

22 Véase: Albert Camarillo (1979). Chicanos in a changing society; from Mexican pueblos to American barrios in Santa Barbara and Southern California 1848-1930 (N.º 04; F869. S45, C3.); R. Romo (1983). George I. Sanchez and the civil rights movement: 1940-1960. *La Raza* LJ, 1; Ronald Takaki (1993). “Multiculturalism: Battleground or meeting ground?” *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 530(1), pp. 109-121.

Esta historia no es exclusiva de Estados Unidos. Para un relato del papel de los planificadores en el apartheid sudafricano, véase Robert A. Beauregard) “Subversive histories: texts from South Africa”, in: L. Sandercock (Ed.) *Making the Invisible Visible: A Multicultural planning history*, (1998); para una comparación entre el Reino Unido y Suecia, véase: A. Khakee y H. Thomas (1995). “Ethnic minorities and the planning system in Britain and Sweden”. *European Planning Studies*, 3(4), pp. 489-510. Sobre el Reino Unido véase H. Thomas y V. Krishnarayan (1994). “‘Race’, disadvantage, and policy processes in British planning”. *Environment and Planning, A*, 26(12), pp. 1891-1910; sobre el barrio chino de Vancouver, véase Kay J. Anderson (1991). *Vancouver’s Chinatown: racial discourse in Canada, 1875-1980*. McGill-Queen’s Press-MQUP El análisis de Kristin Ross sobre la planificación francesa de posguerra también es esclarecedor en lo que respecta a la reorganización espacial y social de París, dirigida a los inmigrantes negros africanos: Kristin Ross (1995). *Fast cars, clean bodies: Decolonization and the reordering of French culture*.

Las consecuencias racistas de los esquemas de planificación urbana y regional reciben un compromiso total en un documento reciente de June Manning Thomas (1994) y en una brillante disertación de Clyde Woods ([1993] 1997). Thomas aboga por una perspectiva con mayor conciencia racial en la historia de la planificación, una que sea “más sensible a la historia de la urbanización afroamericana”. Sugiere una nueva periodización (en cuatro partes) de la historia de la planificación urbana para ponerla en relación con la experiencia urbana negra. Esta periodización comienza con la época durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, en la que se produjo la primera gran migración de negros del sur a las ciudades del norte y los primeros grandes disturbios raciales del siglo xx, y que creó problemas industriales, cívicos, de vivienda y religiosos para los funcionarios de las ciudades. La respuesta de la planificación fue el aumento de los controles residenciales: la zonificación para la segregación social por razas y los pactos restrictivos incorporados a los títulos de propiedad.²³ La segunda etapa es la era de la vivienda pública, después de 1937, incluyendo las viviendas de la Segunda Guerra Mundial y la renovación urbana de la posguerra, un período en el que se reforzó la segregación residencial y se consolidaron los límites de los guetos, ya que los políticos locales trabajaron para mantener los proyectos de viviendas para negros fuera de los barrios blancos. Esta fue también la época de la segunda gran migración de los negros rurales del sur hacia el norte y el oeste, y la época de la limpieza de los “barrios negros” para construir autopistas.²⁴ La tercera etapa es la época de los derechos civiles y las rebeliones civiles, en la que la profesión de la planificación desarrolló una conciencia sobre la raza y el racismo, y en la que la planificación social y la planificación de la defensa fueron respuestas a esta nueva conciencia. En el cuarto período, que abarca los años 70 y posteriores, y que Thomas describe como la “metrópolis racialmente separada”, la comunidad negra ha experimentado un aumento del poder político pero también una creciente desventaja económica. Thomas describe cómo el planeamiento afecta, y es afectado por, la raza y el racismo y muestra las conexiones históricas entre el desarrollo urbano y la opresión de raza.

Se necesitan estudios similares para otras minorías, desde las acciones de zonificación excluyentes contra los inmigrantes chinos del siglo xix,²⁵ los pactos restrictivos contra mexicanos y judíos durante la primera mitad del siglo xx,²⁶ hasta todo el sistema de “reservas planificadas” para los nativos americanos y el internamiento de los japoneses americanos como parte de una reinterpretación más amplia de

23 June Manning Thomas (1994). “Planning history and the black urban experience: Linkages and contemporary implications”. *Journal of Planning Education and Research*, 14(1), pp. 2-3.

24 *Ibid.*, pp. 2-4.

25 Charles M. Harr y Jerold S. Kayden (1989). *Zoning and the American dream*. Planners Press, American Planning Association

26 Robert M. Fogelson (1967). “White on black: a critique of the McCone Commission Report on the Los Angeles riots”. *Political Science Quarterly*, 82(3), pp. 337-367.
R. Romo (1983). *George I. Sanchez and the civil rights movement: 1940-1960*. La Raza LJ, 1.



la labor de planificación como la restricción y el control de determinados cuerpos en el espacio: los de las mujeres, las minorías raciales, los pobres y los pueblos indígenas, entre otros. Puede que este sea el lado oscuro de la historia de la planificación, algo a lo que preferiríamos no enfrentarnos en nuestro pasado profesional colectivo, pero cuanto menos discutamos estos efectos de la planificación más probable es que continuemos ciegos ante los efectos racistas y clasistas, así como sexistas, de las prácticas de planificación contemporáneas.

Al igual que cualquier otro grupo oprimido, los gays y las lesbianas tienen historias que contar sobre las formas en que sus vidas en las ciudades y los barrios han sido y son afectadas por las políticas sociales y espaciales y como, a su vez, responden a ciertas políticas y las impugnan. Para que estos relatos formen parte de la historia de la planificación es necesario abordar cuestiones como las siguientes. ¿Se ha excluido a los homosexuales, como individuos o como parejas, de determinadas urbanizaciones o barrios? ¿Cómo han creado o reforzado esas barreras las políticas de zonificación y vivienda? ¿Cómo han afectado las políticas relativas al diseño y uso de los espacios públicos a la capacidad de los homosexuales para vivir abiertamente y sin acoso? ¿Qué suposiciones sobre la familia u hogar “normal” se incorporan a los códigos de zonificación de los suburbios y cómo afectan a la discriminación de las parejas u hogares homosexuales? ¿Cómo tratan las instituciones de vivienda pública y los propietarios privados a los gays que son padres? ¿Cómo pueden los planificadores ayudar a crear calles y barrios más seguros para gays y lesbianas? ¿Cómo han hecho suyas partes de las ciudades? ¿Cómo han interactuado con los planificadores en este empeño?

Las políticas urbanas y los movimientos sociales de los homosexuales se extienden inevitablemente a las cuestiones de planificación y a la pregunta de quién controla los ayuntamientos y las instituciones de planificación. Los gays y las lesbianas se han implicado en las luchas electorales precisamente para influir en el tipo de barrios en los que viven, para proporcionar servicios específicos a sus necesidades económicas, recreativas y de salud. Existen aquí paralelismos con los argumentos de las planificadoras feministas de que las necesidades de las mujeres en las ciudades, y las formas en que las mujeres utilizan las ciudades, son diferentes de las de los hombres (y diferentes para las mujeres de diferentes clases y razas) y requieren consideraciones políticas especiales. En otras palabras, al igual que hemos establecido que las políticas de planificación no son neutrales ni en cuanto al género ni a la raza,²⁷ podemos hacer el mismo argumento con respecto a las comunidades de gays y lesbianas. Ellas también tienen necesidades particulares con respecto a los servicios urbanos y las políticas espaciales. Es importante entender cómo las políticas de planificación han afectado históricamente a la calidad de vida urbana de gays y lesbianas, incluyendo cómo dichas políticas pueden

27 Véase Leonie Sandercock y Ann Forsyth (1992). “A gender agenda: New directions for planning theory”. *Journal of the American Planning Association*, 58(1), pp. 49-59.

haber reforzado su opresión. Jóvenes estudiosos como Moira Kenney (1994) y Eric Reyes (1993) están realizando un trabajo pionero en estas áreas, empleando pero transformando la cartografía cognitiva y otras técnicas para hacer visibles las historias de gays y lesbianas en Los Ángeles. Los tentadores estudios históricos de Elizabeth Wilson (1991, 1992) sobre las ciudades y la planificación han sugerido que “la mujer andrógina, la lesbiana, la prostituta, la mujer sin hijos... todas ellas despertaron temores y crearon ansiedades en relación con la erotización de la vida en la metrópolis”.²⁸ Sostiene que la emergente profesión de urbanista estaba preocupada por controlar las sexualidades amenazantes en la ciudad, lo que convierte a los planificadores en los primeros enemigos de los estilos de vida homosexuales. Aunque son más especulativas que fundamentadas en la obra de Wilson, estas ideas exigen una mayor investigación histórica y una relectura de los textos y documentos de planificación clásicos.

HISTORIA Y TEORÍA

Llamar la atención sobre algunas de las evidentes ausencias en los relatos de la historia de la planificación es una crítica fundamental. Estas ausencias no son inocentes. Son exclusiones sistemáticas. Surgen de posiciones ontológicas y epistemológicas previas, relativas al sujeto y al objeto de la planificación, a la escritura de la historia, a la relación de la planificación con el poder y al poder de los sistemas de pensamiento. Para entender estas exclusiones sistemáticas necesitamos la teoría. Los historiadores han reconocido la importancia de la teoría para su profesión al menos desde la creación de las revistas *History and Theory* (1961), *Radical History Review* (1974) y *Marxist Perspectives* (1978). En las dos últimas décadas han proliferado las “nuevas historias” —feministas, poscoloniales, étnicas, queer, culturales, por ejemplo. Los propios títulos de algunas de estas obras, *Remaking History* (Kruger y Mariani, 1989), *The New Cultural History* (Hunt, 1989), *Selected Subaltern Studies* (Guha y Spivak, 1988), indican los desafíos que se plantean en muchos frentes a las historias tradicionales no solo de “fechas y grandes”, sino también a los relatos masculinistas, blancos y eurocéntricos. Muchas de las nuevas historias comienzan con la recuperación de culturas desatendidas, reprimidas u olvidadas, la recuperación de nombres y rostros borrados de los relatos del pasado. Este proceso de recuperación, o lo que Joan Kelly (1987) ha llamado “historias compensatorias”, es esencial para desbaratar los relatos dominantes de la historia de la planificación. Pero el proceso de recuperación no es el final de la historia. Hay otros niveles de excavación y análisis. La conciencia de nuevas voces con nuevas historias que contar ha producido lo que Michel Foucault ha descrito como “una nueva forma de historia que intenta desarrollar su propia teoría”.²⁹

28 Elizabeth Wilson (1992). *The sphinx in the city: Urban life, the control of disorder and women*. University of California Press: Berkeley. p.106.

29 Citado en: Barbara Kruger y Phil Mariani (eds.) (1989). *Remaking history* (N.º 4). Bay Press.

Estas nuevas historias son interdisciplinarias y se basan en herramientas de análisis procedentes de los estudios literarios críticos feministas y en sus relecturas de los textos psicoanalíticos; en los estudios culturales, con su enfoque en la raza y la representación; en los exámenes postestructurales y poscoloniales de las relaciones entre el conocimiento y el poder, las prácticas discursivas y los regímenes reguladores, la construcción de la ideología y su funcionamiento a través de las esferas políticas, culturales y sociales, y la interrelación entre la hegemonía y las fuerzas de resistencia. Dentro de la historia urbana, durante las dos últimas décadas se han desarrollado nuevos enfoques que toman la diversidad étnica como punto de partida y reconocen las experiencias dispares de clase y género en un enfoque mucho más inclusivo de las ciudades, explorando el conjunto visto desde las perspectivas afroamericana, latina y china y japonesa-americana, y destacando la nitidez de las divisiones y distinciones espaciales, así como culturales.³⁰ Estas nuevas historias urbanas no solo llaman la atención sobre la contribución de las diferentes comunidades étnicas en la construcción de las ciudades estadounidenses. También sitúan a las mujeres en el centro y no en la periferia de la vida económica y social de la ciudad.

Con un par de notables excepciones,³¹ los historiadores de la planificación han permanecido notablemente inmunes a cualquiera de estos desarrollos en la teoría social crítica y la historiografía, y se han aferrado tenazmente a su marco modernista y liberal progresista.³² A mediados de la década de 1990, esta situación está cambiando por fin, ya que los jóvenes estudiosos, influidos por una amplia gama de teorías críticas, comienzan a volver a presentar las historias de la planificación. En mi debate sobre el lado oscuro de la historia de la planificación he llamado la atención sobre las ausencias de ciertas historias. En este caso, quiero argumentar que no basta con añadir nuevas historias. Hay una diferencia entre reescribir la historia añadiendo las contribuciones olvidadas o reprimidas de (por ejemplo) las mujeres y teorizar la historia utilizando el género o la raza como categorías de análisis.³³ La reciente evolución de las historias feministas ofrece un ejemplo alimentario de la diferencia que supone la teoría. Ha habido un patrón general de trabajo descriptivo detallado primero, descubriendo las actividades y contribuciones de las mujeres, seguido de una

30 Dolores Hayden (1995). *Urban landscapes as public history*, p. 40.

31 Véase: Christine M. Boyer (1983). *Dreaming the rational City: The Myth of American City Planning*. Cambridge, Mass.: MIT press; Richard E. Foglesong (1986). *Planning the Capitalist City: The Colonial Era to the 1920s*. Pincenton, N.J.: Princenton University Press.

32 Significativamente, ni Boyer ni Foglesong han trabajado en planeamiento. Boyer es un historiador arquitectónico y crítico social; Foglesong, un científico político influido por el "nuevo marxismo" venido de Francia y Alemania desde la década de los 60.

33 Joan Kelly-Gadol [1976] (1987). "The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications of Women's History". *Feminism and Methodology: Social Science Issues*, ed. Sandra Harding. Bloomington: Indiana University Press.



discusión y exposición de las relaciones patriarcales y de cómo el sistema del patriarcado ha limitado la participación de las mujeres en el ámbito público. Las historiadoras feministas argumentaron entonces que exponer el patriarcado no era suficiente. Una historia verdaderamente humana, en contraposición a la centrada en los hombres, también exploraría los ámbitos en los que las mujeres han sido más activas: la familia y la vida personal, el hogar, el barrio y el trabajo comunitario. Las feministas que trabajan en la historia de la planificación han recorrido todos estos terrenos desde finales de la década de 1970.³⁴ Aunque todavía queda mucho trabajo de este tipo por hacer, la historiografía feminista sugiere nuevos retos.

En un ensayo teórico pionero de hace una década, Joan Kelly argumentó que la historia de las mujeres ha sacudido los fundamentos conceptuales del estudio histórico al problematizar tres de las preocupaciones básicas del pensamiento histórico: la periodización, las categorías de análisis social y las teorías del cambio social. Uno de los temas de la erudición feminista ha sido la cuestión del estatus de la mujer, es decir, los papeles y las posiciones que ocupan las mujeres en la sociedad en comparación con los de los hombres. En términos históricos, esto significa que examinamos épocas o movimientos de gran cambio social con respecto a su liberación o represión del potencial de las mujeres. Una vez que hacemos esto, el período, o el conjunto de acontecimientos, puede adquirir un significado totalmente diferente al normalmente aceptado. Según Kelly, “si aplicamos el famoso dictamen de Fourier —que la emancipación de la mujer es un índice de la emancipación general de una época— nuestras nociones de los llamados desarrollos progresistas, como la civilización clásica ateniense, el Renacimiento y la Revolución Francesa, sufren una sorprendente reevaluación”.³⁵ El propio trabajo de Kelly sobre la pregunta: ¿Existió un renacimiento para las mujeres? proporciona la evidencia sustantiva para su argumento teórico. Teniendo en cuenta la cuestión de si los puntos de inflexión significativos en la historia tienen el mismo impacto para las mujeres que para los hombres, podemos recurrir a las historias de la planificación y examinar sus periodizaciones desde un punto de vista muy diferente.³⁶ En lugar de celebrar

34 Véase: Dolores Hayden (1981). *The Grand Domestic Revolution. A History of Feminist Designs For American Homes, Neighborhoods, and Cities*. Cambridge, Mass. MIT Press; Eugenie Ladner Birch (1983). “From City Worker to City Planner: Woman and Planning, 1890-1980”. *The American Planner: Biographies and Recollections*, ed. Donal A. Krueckeberg. Nueva York: Methuen.; Susan Marie Wirka (1989). “Mary Kinsbury Simkhovitch and Neighborhood Planning in New York City, 1897-1909”. *Master’s thesis*, University of California, Los Ángeles; Gail Lee Dubron (1992). *Claiming Public Space for Women’s History in Boston: A Proposal for Preservation, Public Art, and Public Historical Interpretation*. In *Erontiers*. Vol. XIII, n.º 1.

35 Joan Kelly-Gadol [1976] (1987). “The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications of Women’s History”. *Feminism and Methodology: Social Science Issues*, ed. Sandra Harding. Bloomington: Indiana University Press, p. 5.

36 Véase: Leonie Sandercock (1990). *Gender: a new agenda for planning theory*. N.º 521. Institute of Urban and Regional Development, University of California at Berkeley, pp. 28-33.



cada hito en la evolución de la planificación como profesión, debemos preguntar si las mujeres formaron parte de esta profesión emergente y qué efecto tuvo cada “hito” en sus vidas en las ciudades. ¿Participaron las mujeres en la redacción o propagación de alguna de las primeras ideas formativas? ¿Se organizaban las mujeres en torno a cuestiones urbanas en esta época? ¿Cómo afectaron las ideas de los “padres fundadores” a la vida de las mujeres en las ciudades? ¿Cuáles son las relaciones hombre-mujer implícitas en las ideas sobre “la buena ciudad” o la buena planificación? ¿Participaron las mujeres en la formulación de la legislación urbanística y/o en su aplicación? Y, en caso afirmativo, ¿qué diferencia supusieron? ¿Cuáles fueron las consecuencias de determinadas leyes de planificación en la vida de las mujeres? ¿Ha intentado alguna legislación de planificación ampliar las oportunidades de participación de las mujeres en la vida pública? ¿Qué suposiciones sobre las relaciones entre los sexos se incorporan a los planes y a la legislación de planificación?

Lo mismo ocurre con el segundo reto de Kelly, las categorías de análisis social. Si el género se convierte en una categoría tan fundamental para nuestro análisis del orden social como otras clasificaciones, como la clase, y consideramos que la relación entre los sexos, al igual que la de la clase, está constituida socialmente y no de forma natural, esto podría llevar a un historiador de la planificación a preguntarse, sobre cualquier conjunto de ideas o prácticas de planificación, ¿cuáles son las relaciones entre hombres y mujeres implícitas aquí? Por ejemplo, ¿qué papeles se asignan a las mujeres cuando diseñamos casas, barrios y sistemas de transporte?

El tercer desafío de Kelly se basa en el segundo. Si la relación de los sexos es tan necesaria para comprender la historia de la humanidad como la relación social de clases, entonces hay que abandonar una teoría del cambio social que se derive de una perspectiva neutra en cuanto al género. No podemos seguir asumiendo que cuando “las cosas” cambian para mejor (para los hombres), esas “cosas” también serán mejores para las mujeres. Una historia de la planificación feminista demostraría que rara vez ha sido así, como han argumentado Hayden (1984) y otras feministas con respecto a la suburbia de la posguerra y el aislamiento de las mujeres, por ejemplo. Los planificadores que quieran crear un mundo mejor para hombres y mujeres deben construir una teoría de la transformación social que tenga en cuenta las relaciones entre los sexos, el modo en que esas relaciones se conforman en el entorno construido y cómo ese entorno construido se produce socialmente de acuerdo con las nociones preexistentes de las relaciones adecuadas entre los sexos.

Si bien el trabajo de Kelly plantea importantes retos a los historiadores de la planificación, estos no son los únicos desafíos que la historiografía y la teoría feministas tienen que ofrecer. Desde una dirección totalmente diferente, el trabajo de las feministas francesas se ha centrado en el cuerpo como construcción

social. Enlazando esa visión con las teorías de Foucault, las feministas se han interesado por los regímenes urbanos de regulación y por los discursos sobre los regímenes de regulación. La primera académica que aplicó este modo de teorizar a la historia de la planificación fue Christine Boyer, en *Dreaming the Rational City* (1983). Boyer abre su libro con un resumen de la obra de Foucault e indicaba que una de sus preocupaciones era “el orden disciplinario de la mentalidad de planificación”. A pesar de esta declaración, el grueso de su estudio tiene en realidad poco en común con los escritos de Foucault, situándose más bien en la tradición del marxismo occidental.

Una aplicación más exitosa de la obra de Foucault a la planificación (aunque la planificación no es el centro de su estudio) es *French Modern* de Paul Rabinow (1989), un estudio sobre “la construcción de normas y la búsqueda de la forma adecuada para entender y regular la sociedad moderna”. Rabinow se interesa por cómo, a partir del siglo XIX, la “sociología correctiva” de las ciencias sociales y naturales positivistas comenzó a definir y valorar las normas —según los binarios sano/patológico, normal/anormal, productivo / no productivo, etc.— y a dotar a estas normas de formas arquitectónicas y urbanas. Explora las formas en que las crecientes profesiones y los expertos profesionales crearon prácticas disciplinarias que sirvieron para controlar y regular a las personas en las sociedades modernas —esencialmente, para regular los cuerpos en el espacio. Pero, curiosamente, ni Boyer ni Rabinow se ocupan de las implicaciones específicas del género en la aplicación de la obra de Foucault a las prácticas de planificación. Una investigación de este tipo preguntaría cómo la planificación, en tanto que profesión, ha funcionado como un régimen regulador, concretamente en su discurso y en sus normas relativas al lugar “apropiado” (o “normal” o “natural”) de las mujeres, de los gays y de las personas de color en la ciudad.

Encontramos un tentador comienzo de tal proyecto en *The Sphinx in the City* de Elizabeth Wilson (1992) y en su ensayo en *New Left Review*: “Con la intensificación de la división público–privado en el período industrial, la presencia de las mujeres en las calles y en los lugares públicos de entretenimiento causó una enorme ansiedad, y fue la ocasión para cualquier número de discursos morales y reguladores”.³⁷ Wilson sugiere que durante el siglo XIX hubo una creciente preocupación entre los reformadores sociales urbanos, los políticos y los escritores por el tema del desorden urbano. Se creía que una de las causas de este creciente desorden era la presencia de las mujeres en las nuevas ciudades industriales. Además, sugiere que la obsesión de los reformistas por el tema de la prostitución era, en cierto modo, metafórica. La prostitución servía como “una metáfora de todo el nuevo régimen del urbanismo del siglo XIX”³⁸ un régimen en el que las muje-

37 Elizabeth Wilson (1992). *The sphinx in the city: Urban life, the control of disorder and women*. University of California Press: Berkeley, p. 20.

38 *Ibid.*, p. 105.



res —sus cuerpos, su sexualidad— estaban de repente en las calles, tentando y amenazando potencialmente el orden masculino, la autodisciplina masculina y el disciplinamiento masculino de la ciudad. El ensayo de Barbara Hooper en este volumen desarrolla y profundiza los temas planteados por Wilson. Hooper se centra en el París del siglo XIX y en los textos de los planificadores, higienistas públicos, ingenieros de saneamiento y padres de la ciudad para mostrar cómo el cuerpo femenino se convirtió en sinónimo de enfermedad, desorden y contaminación.

Trabajos recientes de estudios culturales (Ross, 1995),³⁹ historia gay (Chauncey, 1994)⁴⁰ y estudios medioambientales (Stratford, 1996) siguen poniendo de manifiesto la importancia de los discursos sobre la higiene y el desorden como elemento central de la historia de la planificación como régimen regulador destinado a controlar la presencia y las actividades de determinados cuerpos en el espacio. *Fast Cars, Clean Bodies* (1995) de Kristin Ross es un estudio sobre la descolonización y la reordenación de la cultura francesa durante el período de intensa modernización de la economía francesa en las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Describe la “construcción” de una nueva geografía social de París durante la segunda mitad de este siglo, que supuso la expulsión del centro de la ciudad (“París intramuros”) de más de dos tercios de sus habitantes, bien por la fuerza o mediante sucesivos aumentos de los alquileres. En esta nueva geografía social identifica los efectos políticos de la unión de la modernización y el discurso de la higiene, efectos que se vuelven “cada vez más raciales en forma de una especie de ‘purificación’ del cuerpo social/urbano”.⁴¹ Entre 1954 y 1974, París sufrió la demolición y reconstrucción del 24 % de su superficie edificable, y la modernidad y la higiene sirvieron de pretexto para la demolición de *quartiers* (vecindarios) enteros. En esos años, París propiamente dicho perdió el 19 % de su población, pero el número de trabajadores se redujo en un 44 %, dispersándose en los suburbios. Esta modernización de París se construyó en gran medida sobre las espaldas de la mano de obra inmigrante argelina, y la creciente población argelina se asentó en los *bidonvilles* (barrios de chabolas) de la periferia o en la *Goute d’or* y otros de los llamados *îlots insalubres* dentro de la ciudad. Fueron estas zonas las que fueron objeto de una agresiva renovación a principios de los años sesenta, “en un momento en que se dice que De Gaulle comentó a su prefecto del Sena, Paul Delouvrier, que la región parisina era un burdel. Y que Delouvrier debería proceder a “poner un poco de orden allí”.⁴²

39 Véase: Kristin Ross (1995). *Fast cars, clean bodies: Decolonization and the reordering of French culture*, MIT press.

40 Véase: George Chauncey (1994). *Gay New York: Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World, 1890–1940*. Basic Books.

41 Kristin Ross (1995). *Fast Cars, Clean Bodies. Decolonization and the reordering of French culture*, MIT press, p. 150.

42 *Ibid.*, p. 153.

Los estudios sobre la renovación de zonas concretas en Francia han demostrado que, en muchos casos, la propia presencia de inmigrantes fue utilizada por los promotores y los intereses favorables a la reurbanización como indicador de la necesidad de intervención. “Todos los estudios muestran cierto grado de convergencia entre los discursos de higiene y saneamiento, por un lado, y la expulsión de los extranjeros, por otro... Los estereotipos culturales adquirieron un nuevo vigor... la causa de todos los males pasó de las viviendas en mal estado a la presencia de los inmigrantes: limitar su número se convierte en un acto de ‘higiene social’.”⁴³ Lo que señala el trabajo de Ross es cómo los procesos de renovación urbana, que requieren una intervención activa del Estado en la estructura urbana (es decir, la planificación) con el fin de cambiar tanto la función como el contenido social de los espacios ya existentes, fueron, al menos en París, el resultado lógico de la hábil manipulación del discurso de la higiene por parte de la modernización capitalista. Y, al igual que el discurso urbano del siglo XIX utilizó el lenguaje de la higiene y la metáfora de la enfermedad como máscara para el control patriarcal de los cuerpos de las mujeres en la ciudad, la planificación del siglo XX también ha utilizado el lenguaje de la higiene social como justificación para expulsar a los inmigrantes y a la gente de color de ciertas partes de las ciudades. Un caso extremo de la práctica de este discurso en Estados Unidos fue la campaña antijaponesa en California entre 1900 y 1942, cuya culminación lógica, según Eugene Kim (1996), fue el encarcelamiento masivo de los japoneses estadounidenses en “campos de concentración”, independientemente de su amenaza real para la seguridad nacional.⁴⁴

George Chauncey, en *Gay New York*, aborda un tema paralelo: la preocupación por el mantenimiento de un determinado tipo de orden social y moral en la ciudad. Chauncey argumenta que el pensamiento sobre la ciudad que acabó convirtiéndose en teoría de la planificación urbana a principios del siglo XX identificaba a los “desviados sexuales” como una de las causas de la desorganización social:

Algunos teóricos de la primera generación de sociólogos urbanos, que se hicieron eco de muchas de las preocupaciones de los reformistas con los que a menudo trabajaban, expresaron preocupaciones similares sobre las mayores posibilidades de desarrollar una vida homosexual secreta que creaban las condiciones urbanas. La urbanización, advertían, provocaba la ruptura de los lazos familiares y sociales que mantenían bajo control el comportamiento del individuo en las ciudades más pequeñas, más estrechamente organizadas y reguladas. La “desorganización personal” resultante, escribía el sociólogo Walter Reckless en

43 *Ibid.*, pp. 155-156.

44 “Dondequiera que los japoneses se hayan asentado, sus nidos contaminan las comunidades como las llagas de la lepra. Existen como las colillas descartadas, amarillentas y humeantes en un cenicero lleno, vilipendiando el aire con sus olores repugnantes, llenando a todos los que tienen la desgracia de mirarlos con un sano disgusto y un deseo de lavarse”. (American Defender, 27 de abril de 1935, citado en Kim, 1996, 1).



1926, conducía a la liberación de “impulsos y deseos... de los canales socialmente aprobados”, y podía dar lugar “no solo a la prostitución, sino también a la perversión”.⁴⁵

La investigación de Chauncey sitúa a gays y lesbianas en el centro de este debate sobre las amenazas al orden urbano. En conjunto, los trabajos de Rabinow, Wilson, Ross y Chauncey, con su línea de investigación foucaultiana sobre el disciplinamiento de los cuerpos en las ciudades, el control de los cuerpos en el espacio, proporcionan la base para una reinterpretación de la historia de la planificación como una actividad reguladora cuyo propósito ha sido la imposición de un tipo particular de orden moral y social con sus relaciones de poder concomitantes (patriarcal, heterosexual y blanco), y cuyos orígenes fueron en parte impulsados por un miedo generalizado al deseo y al “desorden” en la ciudad. Las definiciones de orden y desorden, por tanto, son necesariamente una preocupación no solo de los historiadores y teóricos de la planificación, sino también de los habitantes de las ciudades, que salen a la calle para reclamar sus derechos sobre el espacio y los recursos públicos. Las historias de resistencia a las definiciones dominantes de “orden”, “higiene” y “patología” se convierten en una dimensión importante de las historias de planificación insurgentes.

La aparición de los estudios urbanos marxistas en la década de 1970 dio lugar a otra re teorización de la historia de la planificación, sobre todo en la obra de Richard Foglesong *Planning the Capitalist City* (1986). Inspirándose en los teóricos alemanes y franceses (Habermas, Offe, Castells, Poulantzas), Foglesong describe su tarea como la de aplicar el modelo estructuralista a la historia de la planificación urbana estadounidense y descubrir lo que la historia real de esta planificación tiene que enseñarnos sobre la idoneidad de este enfoque teórico. Sus temas son la relación entre la planificación y las contradicciones del desarrollo capitalista; la relación entre los planificadores, los intereses de clase y el Estado; y la cuestión de la relativa autonomía de los planificadores respecto al capital. La contribución más significativa de los enfoques marxistas a la historia de la planificación ha sido el enfoque en la clase y la deconstrucción de la noción de “interés público”. A diferencia de los historiadores convencionales, los marxistas han hecho transparentes los impactos de clase de las prácticas de planificación, poniendo en primer plano la cuestión de quién obtiene qué, y dónde, en la ciudad a través del proceso de planificación, y por qué.

Las historias marxistas existentes presentan una serie de problemas (que, sin embargo, no deben restar importancia a sus aportaciones). El enfoque exclusivo en el análisis de clase ha ignorado o desdibujado los efectos de género y raza de la planificación. Y el paradigma tiene un efecto muy tautológico y determi-

45 George Chauncey (1994). *Gay New York: Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World, 1890–1940*. Basic Books, p. 132.

nista. Dado el punto de partida teórico —que la planificación es una función del Estado, que el Estado en la sociedad capitalista es un Estado capitalista y que, por tanto, en el análisis final todos los aspectos de la planificación están al servicio de las necesidades del capital— entonces, por supuesto, cada idea y acción de los planificadores debe interpretarse como “mantenimiento del sistema”. O la planificación sirve a la acumulación de necesidades del capital o sirve a la función de legitimación. Esta conclusión, necesaria dado el punto de partida teórico, es preocupante para aquellos que desean cambiar el mundo a través de la profesión de planificador y explica parcialmente, al menos, por qué la erudición urbana marxista es menos influyente ahora que hace una década.

El problema general de este enfoque macroteórico radica en que la propia búsqueda de una teoría totalizadora parece equivocada, y nos empuja hacia una especie de generalización universal en nuestro trabajo, predetermina lo que vamos a encontrar en nuestras investigaciones, ignora la idea foucaultiana de que el poder comienza en pequeños “lugares” y en términos de pequeñas cosas, y cierra las posibilidades de la agencia humana. A menos que bajemos nuestro análisis de este nivel de grandes teorías y nos alejemos de la búsqueda de la metateoría que lo explique todo (por ejemplo, que toda la planificación es un refuerzo del sistema, o que toda la planificación es control social), nunca podremos imaginar el potencial de transformación inherente a cualquier ciudad en cualquier momento. Esto parece especialmente importante en la historia de la planificación, un campo que inevitablemente se ocupa de cuestiones de acción, de cambio, de transformación, de empoderamiento —cuestiones que emergen con fuerza en los ensayos de este volumen.

La teoría es indispensable. Es la forma de dar sentido al mundo. Como historiadores de la planificación, necesitamos una serie de teorías a nuestra disposición, y una mente abierta en cuanto a su utilidad (recordando que nuestros propósitos determinan nuestras elecciones teóricas). Necesitamos teorías del espacio y del lugar; teorías del Estado y del papel de la planificación dentro del aparato estatal; teorías del poder y del conocimiento; teorías de las desigualdades de género y de raza; teorías de los cuerpos como construcciones sociales; etc. La lista no puede ser nunca completa, por dos razones. En primer lugar, porque cada nueva generación reescribe la historia en función de sus propios intereses y problemas, eligiendo la lente o las lentes que le parezcan más adecuadas en ese momento. En segundo lugar, porque los límites que trazamos en torno al objeto de la historia de la planificación vienen determinados por cómo definimos la planificación. Esto es, y siempre será, una decisión política y estratégica.



Modernidad y domesticidad: tensiones y contradicciones

Hilde Heynen



Hilde Heynen (1959) es arquitecta, filósofa y doctora en Arquitectura. Es profesora de Teoría de la Arquitectura en la Katholieke Universiteit Leuven en Bélgica y su investigación se especializa en la teoría arquitectónica del siglo XX, arquitectura y modernidad desde una perspectiva cultural así como temas de domesticidad y género en la arquitectura y en arquitectura y urbanismo del postcolonialismo. Es autora de numerosos libros y de publicaciones regulares en las revistas de arquitectura *Harvard Design Magazine*, *Journal of Architecture* y *The Architectural Review*. Desde 2009 es académica de la Royal Flemish Academy of Belgium for Science and the Arts. Entre sus publicaciones destacan *Negotiating Domesticity* (2005) y *Sibyl Moholy-Nagy: Architecture, Modernism and its Discontents* (2019).

Fragmento seleccionado de Heynen Hilde (2016). “Modernidad y domesticidad: tensiones y contradicciones” [primera parte] (Cristina López Uribe, trad.). *Bitácora Arquitectura*. N.º 33, pp. 4-13 (obra original publicada en 2005).



MODERNIDAD Y FALTA DE HOGAR

La literatura de la modernidad se centra en la idea del cambio y la discontinuidad. Se explica que en la condición moderna, el cambio gobierna y nada puede permanecer fijo o estable. La motivación básica para esta lucha por el cambio se localiza en el deseo de progreso y emancipación, que solo se pueden lograr si la contención dentro de las asfixiantes convenciones del pasado puede ser superada. Así, en las descripciones comunes, la modernidad se presenta como una búsqueda heroica de una mejor vida y de una mejor sociedad, la cual está en desacuerdo básico con la estabilidad, la tradición y la continuidad. Marshall Berman, por ejemplo, declara:

Ser moderno es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo, y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos.¹

Así, ser moderno significa para él participar en una búsqueda por el mejoramiento de uno mismo y de su entorno, dejando atrás las certezas del pasado. Inevitablemente, este viaje tiene como resultado la experiencia ambivalente de la gratificación del desarrollo personal, por un lado, y de la nostalgia por lo que está irreparablemente perdido, por otro.

Múltiples autores feministas han señalado que estos enfoques teóricos, hoy bien difundidos, tienden a asignar el género masculino a la modernidad. Esto no se debe solo a la íntima conexión entre modernidad y razonamiento crítico —al ser la razón la capacidad que la filosofía occidental ha atribuido invariablemente más a los hombres que a las mujeres, como lo ha señalado, por ejemplo, Genevieve Lloyd.² La asignación del género masculino a la modernidad también reside en los héroes que aparecen en estas narrativas y en los sitios específicos que ocupan.

Como lo ha explicado Rita Felski, los héroes ejemplares en el texto de Berman —Fausto, Marx y Baudelaire— no son solo símbolos de la modernidad que persiguen los ideales de progreso, racionalidad o autenticidad, en una constante batalla con un mundo atado por creencias irracionales y mecanismos de poder corruptos, también encarnan nuevas formas de subjetividad masculina que se manifiestan en la arena pública, en las calles de la ciudad y en los discursos políticos, aparentemente libres de cualquier lazo familiar o comunitario. De este

1 Marshall Berman (1985). *All that is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity* [1982]. Londres: Verso, p. 15.

2 Genevieve Lloyd (1984). *The Man of Reason. "Male" and "Female" in Western Philosophy*. Minneapolis: University of Minnesota Press.



modo funcionan como emblemas tanto de la modernidad como de la masculinidad, lo que resulta en un relato de la naturaleza de la modernidad claramente vinculado al género y, por lo tanto, parcial.³

La conceptualización propia de la modernidad como la encarnación de la lucha por el progreso, la racionalidad y la autenticidad también tiene connotaciones de género. En la medida en que la modernidad significa cambio y ruptura, parece implicar, de forma necesaria, dejar el hogar. Una metafórica carencia de hogar de hecho se considera a menudo como el sello de la modernidad.⁴ Para un filósofo como Heidegger es claro que el hombre moderno ha perdido el conocimiento de “cómo habitar”.⁵ Theodor Adorno opina de la misma manera: “El habitar, en el sentido correcto, actualmente es imposible. La casa es algo del pasado”.⁶ Aunque la perspectiva de Adorno es muy distinta de la de Heidegger, ambos filósofos comparten la asunción fundamental de que la modernidad y el habitar están en desacuerdo y no pueden conciliarse. La metáfora también es recurrente en los estudios de sociología, como se infiere del libro de Peter Berger, Brigitte Berger y Hansfried Kellner, *The Homeless Mind. Modernization and Consciousness*.⁷

Como el hogar se asocia con las mujeres y lo femenino, la metáfora de la carencia de hogar refuerza la identificación de la modernidad con lo masculino. Pareciera como si las vicisitudes de la modernidad se representaran en un escenario que atribuye los papeles activos y productivos a las cualidades masculinas de la razón, el dominio y la valentía, mientras que deja los papeles más pasivos y resistentes a las capacidades femeninas de alimentar y cuidar. Gracias a esto, por lo tanto, en gran parte se establece con héroes predominante masculinos que se aventuran a conquistar lo desconocido, en tanto que en general el papel de la mujer es el de encarnar “lo otro” de la modernidad —la tradición, la continuidad, el hogar. Este escenario es también, en su mayoría, el guión de la modernidad.

EL GÉNERO DEL MOVIMIENTO MODERNO

El movimiento moderno, en su sentido más amplio, puede entenderse como un término genérico que designa aquellas ideas teóricas y artísticas acerca de la modernidad que aceptan la experiencia de lo nuevo y que buscan fomentar la

3 Rita Felski (1995). *The Gender of Modernity*. Cambridge: Harvard University Press, p. 2.

4 La autora utiliza el término *homelessness* en el original.

5 Martin Heidegger (1971). “*Building, Dwelling, Thinking*”. *Poetry, Language Thought*. Londres: Harper and Row, pp. 143-162.

6 Theodor W. Adorno (1991 [1951]), *Minima Moralia. Reflections from Damaged Life*. Londres: Verso, pp. 38-39.

7 Peter L. Berger, Brigitte Berger, Hansfried Kellner (1974). *The Homeless Mind. Modernization and Consciousness*. Nueva York: Vintage Books.



evolución hacia un futuro más brillante.⁸ Sin embargo, comúnmente estos movimientos formaban parte de la alta cultura y tendían a ser críticos de la cultura de masas y los efectos homogeneizadores de la modernización. Los discursos modernos, por lo tanto, han aclamado a menudo la lucha por la autenticidad y la integridad, y han denigrado las necesidades de confort y consuelo que eran vistas como características de una mentalidad de pequeño burgués. Esta polarización de valores, que puso de relieve la distinción entre arte y lo *kitsch*, tiene connotaciones de género, como lo señala Andreas Huyssen:

Es, de hecho, sorprendente observar cómo el discurso político, psicológico y estético del cambio de siglo asigna el género femenino constante y obsesivamente a la cultura de masas y a las masas, mientras que la alta cultura, ya sea tradicional o moderna, claramente se mantiene en el ámbito privilegiado de las actividades masculinas.⁹

De muchas formas, los discursos y las prácticas del movimiento moderno favorecieron las cualidades masculinas y fueron personificadas por representantes masculinos. Esto, por ejemplo, lo confirma Richard McCormick, quien comenta que en el movimiento de la nueva objetividad “el género del sujeto que aparentemente lo produjo, el sujeto que glorificaba y al que estaba dirigido era, obvia y explícitamente, de hecho, defensivamente, masculino”.¹⁰

Entonces no es ninguna sorpresa que los grandes artistas, autores y arquitectos modernos sean predominantemente hombres, y que los cánones en los diferentes campos incluyeran solo a una limitada cantidad de mujeres —aun cuando en las últimas décadas han aparecido importantes contribuciones por parte de investigadores feministas que intentan reinscribir a las artistas, autoras y arquitectas en las historias de las artes visuales, la literatura y la arquitectura.¹¹ Es claro que el papel dominante de los hombres en estos campos estuvo provocado por las condiciones sociales y culturales de esos tiempos, que a ellos los incentivaba a seguir sus sueños y alertaba a las mujeres a no alejarse demasiado de los patrones aceptados de vida. No debemos subestimar, sin embargo, hasta

8 La autora utiliza el término *modernism* en el original, se optó por cambiarlo por “movimiento moderno” por carecer de un sustituto en español que abarque el significado del término en inglés.

9 Andreas Huyssen (1986). *After the Great Divide. Modernism, Mass Culture, Postmodernism*. Bloomington: Indiana University Press, p. 47.

10 Richard W. McCormick (2001). *Gender and Sexuality in Weimar Modernity. Film, Literature and “New Objectivity”*. Nueva York: Palgrave, p. 47.

11 Véase, por ejemplo, Whitney Chadwick (1990). *Women, Art and Society*. Londres: Thames and Hudson; Bonnie Kime Scott (ed.) (1990). *The Gender of Modernism. A Critical Anthology*. Bloomington: Indiana University Press; Susana Torre (ed.) (1977). *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*. Nueva York: Whitney Library of Design; Bridget Elliott y Janic Helland (eds.) (2002). *Women Artists and the Decorative Arts 1880-1935. The Gender of Ornament*. Aldershot: Ashgate.

qué punto los discursos de legitimación del movimiento moderno reforzaron la asumida superioridad de las cualidades masculinas sobre las características femeninas, lo que, por consiguiente, facilitó el acceso de los hombres a los roles de héroes o líderes, en detrimento de sus contrapartes femeninas.

En el discurso arquitectónico, por ejemplo, era muy común alrededor del cambio de siglo observar cómo el eclecticismo del siglo XIX era condenado por sus rasgos “afeminados”. Arquitectos como Hermann Muthesius, Adolf Loos o Henry van de Velde defendían las virtudes de la simplicidad, la autenticidad y la integridad, y contrastaban estas sobrias y “viriles” cualidades con la sentimentalidad, la ornamentación y las pretensiones ostentosas asociadas con el eclecticismo.¹² Hendrik Petrus Berlage hizo un llamado por una arquitectura moderna que expresara lo sublime —una forma de la belleza, explicó, que difiere de la cualidad más común de agradar a la vista, de la misma forma en que la belleza masculina difiere de la femenina. Lo sublime se basa en debates espirituales, ascetismo y una conciencia completamente libre; estos ideales supremos, declaró, deben llevar la arquitectura hacia un nuevo estilo basado en principios constructivos, de necesidad y sobriedad.¹³ Una variante más tardía de este punto de vista acerca del género en la arquitectura moderna puede encontrarse en la novela de Ayn Rand, *The Fountainhead*, en la que retrata al masculino héroe arquitecto como el único que posee las cualidades de integridad, virilidad y autenticidad que la arquitectura moderna requiere.¹⁴

En una maniobra consistente con este esquema analítico, Christopher Reed declara en su introducción al libro *Not at Home. The Suppression of Domesticity in Modern Art and Architecture* que hay una divergencia creciente entre domesticidad y movimiento moderno. Ve la asociación del movimiento moderno con la idea de la vanguardia como la principal razón para esta divergencia, y argumenta que en la medida en que los arquitectos modernos se concebían a sí mismos como miembros de la vanguardia tenían incorporada la tendencia a ser antidomésticos.

Como su nombre derivado de lo militar sugiere, la vanguardia (literalmente “guardia de avanzada”) se imaginaba a sí misma lejos de casa, marchando hacia la gloria en los campos de batalla de la cultura [...]. Desde el cuarto de dibujo victoriano, con sus artesas llenas de baratijas, hasta la casa suburbana del siglo XX, con sus pinturas producidas en serie, el hogar

12 Véase, por ejemplo, sus textos compilados en Hilde Heynen y otros (eds.) (2001). *'Dat is architectuur'. Sleutelteksten uit de twintigste eeuw* [“Esto es arquitectura”. Textos clave del siglo XX]. Rotterdam: nai 010. “Hermann Muthesius (1900)”, pp. 32-36; “Henry van de Velde (1902)”, 48-50, y “Adolf Loos (1910)”, pp. 63-66.

13 Hilde Heynen y otros (eds.). (2001) *Dat is architectuur* Hendrik Petrus Berlage (1911). “Over moderne architectuur” [“Acerca de la arquitectura moderna”], pp. 67-71.

14 Ayn Rand (1971). *The Fountainhead* [1943]. Londres: Harper Collins.



se ha colocado como antípoda del arte elevado. Al final, a los ojos de la vanguardia, el ser antidoméstico llegó a servir como garantía de ser arte¹⁵

Para Reed estaba claro que arquitectos como Loos o Le Corbusier eran profundamente hostiles a la comprensión convencional de la casa, la cual asociaban con histeria sentimental y conservadurismo polvoriento; abogaban por una nueva forma de vivir en la que las residencias se redujeran a máquinas para vivir que ofrecieran a sus habitantes apenas el mínimo de decoración.

Sin embargo, cabe señalar que la comprensión de Reed de la vanguardia en términos de heroísmo pertenece a una interpretación muy específica de la noción de vanguardia. Esta interpretación, formulada por autores como Renato Poggioli y Matei Calinescu, subraya su carácter radical, su necesidad de lucha contra la tradición y la convención, su dinamismo y activismo, su inquieta búsqueda de aniquilar todo lo superfluo, la cual a veces termina en un gesto nihilista que busca la purificación en la nada absoluta.¹⁶ Esta interpretación de la vanguardia fue la dominante hasta la década de 1980.

En fechas más recientes, sin embargo, un punto de vista distinto hace hincapié en otros aspectos. Este punto de vista es la teoría de Peter Bürger. Según este autor, los movimientos de vanguardia en la primera mitad del siglo xx no se concentraban tanto en cuestiones puramente estéticas, sino que estaban preocupados en abolir la autonomía del arte como institución.¹⁷ Su objetivo era poner fin a la existencia del arte como algo separado de la vida cotidiana, es decir, el arte como un dominio autónomo que no tiene verdadero efecto en el sistema social.

Movimientos como el futurismo, el dadaísmo, el constructivismo y el surrealismo actuaban según el principio de “¡arte en la vida!”; objetaban los límites tradicionales que separan las prácticas artísticas de la vida cotidiana. Andreas Huyssen ha retomado esta comprensión de la vanguardia y el movimiento moderno. Para él, la vanguardia no era la más radical “punta de lanza” del movimiento moderno, sino que formuló una opción para este. Mientras que el movi-

15 Christopher Reed (1996). “Introduction”. Christopher Reed (ed.), *Not At Home. The Suppression of Domesticity in Modern Art and Architecture*. Londres: Thames and Hudson, pp.7-17. En su libro reciente, *Bloomsbury Rooms. Modernism, Subculture and Domesticity* (New Haven: Yale University Press, 2004), Reed es de alguna forma más sutil al distinguir entre el movimiento moderno de la corriente principal, que era antidoméstica, y otras tendencias, como el grupo de Bloomsbury, que más bien nunca desarrollaron sus visiones modernas alrededor del tema de la domesticidad.

16 Renato Poggioli). *The Theory of the Avant-Garde*. Londres: Harvard University Press traducción de *Teoria dell'arte d'avanguardia*, 1962; Matei Calinescu, “*The idea of the avantgarde*”. Matei Calinescu (1987). *Five Faces of Modernity. Modernism, Avant-Garde, Decadence, Kitsch, Postmodernism*. Durham: Duke University Press, pp. 93-148.

17 Peter Bürger (1984). *Theory of the Avant-Garde*. Minneapolis: University of Minnesota Press. Traducción de Peter Bürger, *Theorie der Avant-Garde*, 1974.

miento moderno insiste en la autonomía de la obra de arte, es hostil a la cultura de masas y se separa de la cultura de la vida cotidiana, las vanguardias históricas buscaban el desarrollo de una relación alternativa entre arte elevado y cultura de masas, y por lo tanto deberían ser distintas del movimiento moderno.¹⁸

Si la vanguardia puede entenderse alternadamente como heroica (perseguir lo desconocido) o transgresora (orientada hacia la vida cotidiana), la cualidad del movimiento moderno como siempre masculino también se problematiza. Bonnie Kim Scott, por ejemplo, enuncia que la asignación de género a la modernidad en la literatura fue el resultado de circunstancias históricas concretas:

La modernidad como nos lo enseñaron a mediados de siglo estaba quizá a la mitad del camino de la verdad. Inconscientemente se le asignaba el género masculino. Las inscripciones de madres y mujeres, y más ampliamente de sexualidad y género, no estaban decodificadas de manera adecuada, en el caso de que fueran detectadas. [...] Deliberado o no, este es un ejemplo de la política de género. Por lo general, tanto los autores de los manifiestos originales como los historiadores literarios de la modernidad tuvieron como su norma el pequeño conjunto de sus participantes masculinos, que fueron citados, compilados, enseñados y consagrados como genios.¹⁹

Como una jugada maestra, la antología crítica de la literatura de la modernidad de Scott presenta una serie de textos cuya elección mina la estrechez de la modernidad frente a la escritura experimental, que desafía a la audiencia y se centra en el lenguaje. Su elección amplía el alcance de la modernidad al mostrar que un gran número de voces se unía a ella y que más bien debía ser descrita como polifónica, móvil, interactiva y cargada sexualmente. Así, Scott (re)construye la modernidad en el arte como femenina más que masculina.²⁰

De hecho, la articulación entre la modernidad en el arte y la feminidad no es tan nueva. Como lo defiende Vivian Liska, hay una larga tradición, que comienza con Charles Baudelaire y Eugen Wolff, que atribuyen cualidades femeninas a *la modernité* o *die Moderne*. La mujer alegórica es evocada por muchos autores en el cambio de siglo pasado para describir los aspectos efímeros y enigmáticos de la modernidad. En la alta modernidad —Virginia Woolf, por ejemplo— se encuentran también referencias a un estilo de escritura pensada para articular una psique femenina. La elaboración más importante de este topos proba-

18 Andreas Huyssen, *After the Great Divide: Modernism (1986) mass culture, postmodernism*. Indiana University Press. pp. VII-VIII.

19 Bonnie Kime Scott (ed.). *The Gender of Modernism*, p. 2.

20 Vivian Liska (2000). "Die Moderne als Weib". *Am Beispiel von Romanen Ricarda Huchs und Annette Kolbs* ["La modernidad como mujer". *Estudios de caso de novelas de Ricarda Huch y Annette Kolb*]. Tübinga: Francke, pp. 42-43.



blemente sean las recientes teorías posestructuralistas de Julia Kristeva, Luce Irigaray y Hélène Cixous, quienes practican y defienden una *écriture féminine* con características sorprendentemente modernas, pues rechazan la linealidad y la transparencia, y en su lugar escriben de una forma que pone de relieve el carácter ambivalente y paradójico del lenguaje, evocando así una multiplicidad y una difusión sin fin de significados. La metáfora clave que para ellas alberga la promesa de una cultura subversiva capaz de socavar el falocentrismo dominante es la de lo femenino.

Lo que encontramos aquí como una contradicción entre diversas interpretaciones feministas de lo moderno —la que lo presenta como “masculino” y otra que pone lo “femenino” en su núcleo— viene de una división básica entre dos tendencias que pueden más o menos identificarse como una crítica —emancipadora, constituida en gran parte por autores angloamericanos; frente a un feminismo postestructuralista francés.²¹ La primera de ellas, situada en la tradición del pensamiento liberal de izquierda, se interesa en los mecanismos de discriminación investigados de forma empírica y se centra en factores históricos, sociales y culturales de desigualdad para las mujeres. Está políticamente arraigada y orientada hacia la emancipación de los sujetos (mujeres) reales. La segunda se refiere más bien a las teorías psicoanalíticas y lingüísticas, y favorece sobre todo el análisis de los discursos y sus implicaciones simbólicas. Está arraigada filosóficamente y se orienta hacia el análisis de subjetividades en la forma en que aparecen en una diversidad de prácticas y discursos. Esta segunda tendencia se refiere primeramente a desentrañar, desmontar y criticar las jerarquías convencionales entre lo masculino y lo femenino. Teniendo en cuenta estos orígenes tan distintos, y el hecho de que ambas líneas del feminismo se han desarrollado por completo independientes una de otra, no sorprende que tiendan a funcionar en plataformas diferentes, avocándose a problemas diferentes. Sin embargo, las últimas décadas han sido testigo de varias tentativas para mediar entre ellas y llegar a cierto acercamiento.²²

EL CULTO A LA DOMESTICIDAD

Si una de las perspectivas mencionadas tiende a establecer como masculino el género de la modernidad a partir de su oposición frente a la domesticidad femenina, un enfoque en cuanto a la domesticidad en sí misma, por otra parte, revela una forma distinta de interconexión. Al rastrear la historia y los significados de la domesticidad se puede ver que hubo una conexión directa entre la aparición del ideal doméstico y el surgimiento del capitalismo industrial y el imperialismo.

21 Encontré muy útil el mapeo de estas tendencias hecho por Vivian Liska. Ver Vivian Liska, *Die Moderne als Weib*, pp. 20-21.

22 Véase el trabajo de Rosi Braidotti, Sigrid Weigel, Judith Butler o Elisabeth Grosz.

Walter Benjamin observó que el individuo privado hace su aparición en la escena de la historia a inicios del siglo XIX, en el momento en que, por primera vez, su hogar se convierte en lo opuesto a su lugar de trabajo.²³ De hecho, hasta entonces la casa no era un refugio privado para los miembros de una familia pequeña, sino una gran estructura que comprendía tanto talleres como alojamiento residencial; no solo albergaba al marido, la esposa y los niños, sino también a los miembros de la familia extendida, a los protegidos y a los miembros del servicio. Antes del siglo XIX, la casa era mucho menos parte de la dicotomía privado/público que hemos llegado a asociar con ella, y tampoco tenía las implicaciones claras de género que sugieren que la casa pertenece antes que nadie a la madre.²⁴

La domesticidad es entonces una construcción del siglo XIX. El término se refiere a un conjunto de ideas que se desarrollaron como reacción a la división entre trabajo y hogar. Estas ideas acentuaron la creciente separación entre las esferas masculina y femenina, que se justificó por las suposiciones acerca de las diferencias presentes en la “naturaleza” entre los géneros, como por ejemplo en esta cita famosa de John Ruskin:

El poder de la mujer es para normar, no para la batalla —y su intelecto no para la invención o creación, sino para ordenar, arreglar y decidir dulcemente. [...] El hombre, en su trabajo duro en el mundo abierto, se debe encontrar con todo peligro y todo juicio [...]. Pero él protege a la mujer de todo esto; dentro de su casa, gobernada por ella [...] ella necesita no encontrar ningún peligro, ninguna tentación, ninguna causa de error o delito. Esta es la verdadera naturaleza del hogar —es el lugar de la paz.²⁵

Como consecuencia de sus diferentes naturalezas, los hombres se consideraban aptos para tomar su lugar en la esfera pública del trabajo y el poder, mientras que las mujeres se relegaban al campo privado del hogar, el cual, se asumía, convertirían en un lugar para el descanso y la relajación de sus maridos, padres o hermanos.

Cuando los hombres abandonaron sus lugares de trabajo dentro de la casa para establecer sus talleres, fábricas y oficinas como los sitios principales de la producción económica, se creó así una ideología completa que justificaba la división por género entre los que se ganaban el pan, por un lado, y las que proveían el cuidado, por otro. Esta ideología se articuló en términos de género, espacio, trabajo y poder; estableció las normas un tanto precisas (aunque cambiantes) sobre

23 Walter Benjamin (1999). *The Arcades Project*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, p. 19.

24 Dona Birdwell-Pheasant y Denise Lawrence Zúniga (eds.) (1999). *House Life. Space, Place and Family in Europe*. Oxford: Berg.

25 John Ruskin (1901). “Of Queens’ Gardens” [1870]. *Sesame and Lilies y The Crown of Wild Olive*. Nueva York: The Century Co., pp. 101-102.



los requisitos esenciales de la vida familiar, las necesidades de los niños, la forma correcta del arreglo de los alimentos, la ropa y los muebles, el cuidado del cuerpo y la salud, las mejores formas de balancear el trabajo, el ocio y las actividades familiares, las necesidades de limpieza e higiene. La domesticidad se puede, por lo tanto, discutir en términos de disposiciones legales, configuraciones espaciales, patrones de comportamiento, efectos sociales y constelaciones de poder, lo que da lugar a una variedad de discursos para comentarlo o criticarlo.²⁶

En Estados Unidos, el culto a la domesticidad llevó al surgimiento de lo que Ann Douglas ha llamado la “feminización de la cultura”. Alrededor de la segunda mitad del siglo XIX, la creciente cantidad de mujeres de clase media educadas las llevó a convertirse en las principales consumidoras de productos culturales, como libros y objetos decorativos, ya que ellas tenían el tiempo y la oportunidad de cultivar una cultura de la lectura y las actividades sociales. Abogaban por una literatura construida alrededor de las virtudes femeninas de la piedad, la sensibilidad y la crianza, y que propagara una cultura del sentimentalismo. Como Douglas reconoce, sin embargo, esta feminización de la cultura, aun así, no implicaba una amenaza seria a la hegemonía de los objetivos económicos y políticos, que se guiaban por un conjunto muy diferente de valores:

El sentimentalismo es un fenómeno complejo. Éste afirma que los valores que la actividad de una sociedad niega son precisamente los que atesora; intenta tratar con el fenómeno de la bifurcación cultural mediante la manipulación de la nostalgia. [...] Muchos estadounidenses en el noreste de mediados del siglo XIX actuaban cotidianamente como si creyeran que la expansión urbana, la urbanización y la industrialización representaran el mayor bien. Hay que reconocerles que indirectamente reconocieran que la búsqueda de estos objetivos “masculinos” significaba dañar, quizá perder otro bien, uno que cada vez más incluían en el ideal “femenino”. Pero el hecho todavía es que este pesar suyo se calculara para no interferir con sus acciones.²⁷

Douglas al parecer observa una oposición clara entre los valores sentimentales de una cultura feminizada, por un lado, y los firmes objetivos que los actores

26 Joan Williams, por ejemplo, se enfoca en los aspectos jurídicos. Para ella, la ideología de la domesticidad significó cierto mejoramiento de la situación previa de un patriarcado completamente desarrollado, en el que los hombres conservaban un poder total sobre sus esposas e hijas por la simple razón de que las mujeres eran vistas —de forma inequívoca— como seres humanos inferiores. La domesticidad por lo menos estaba basada en un esfuerzo por conceptualizar a hombres y mujeres como seres humanos que eran, aunque diferentes, iguales —su diferencia los llevaba a tener diferentes papeles en la vida que no se presentaban en un orden jerárquico, sino complementario. Williams es consciente que esta igualdad teórica nunca funcionó tal cual en la vida real, pero la propia evocación de ella, en teoría, ya era un paso hacia delante en comparación con períodos anteriores de la historia occidental. Joan Williams (2000). *Unbending Gender. Why Family and Work Conflict and What To Do About It*. Oxford: Oxford University Press, pp. 19-37.

27 Anne Douglas (1978). *The Feminization of American Culture*. Nueva York: Knopf, p. 12.

sociales dominantes ya ocupan, por otro. Ella reconoce que es perfectamente posible para una sociedad ser guiada por deseos y valores al parecer incompatibles, designados por sus propios campos para actuar en ellos. Los Estados Unidos del siglo XIX pueden así albergar el sentimentalismo al mismo tiempo que la búsqueda despiadada de la acumulación capitalista. El desarrollo gradual del culto a la domesticidad pasó por varias etapas. De acuerdo con John Tosh, en la Inglaterra de principios de la era victoriana, la separación entre el trabajo y el hogar se hizo una realidad primero entre los miembros de la clase media y los hombres profesionales.²⁸ Ellos apreciaban mucho el hogar, antes que nada como el bien merecido refugio para el que se ganaba el pan. Gradualmente, el hogar se convirtió en la esfera sagrada de la esposa y los niños, lo que coincidió con un culto creciente a la maternidad y un mayor enfoque en el niño como centro de la vida familiar. A principios del siglo XIX, sin embargo, continuó permeando también en las vidas de los hombres —como esposos, como padres y como defensores de las virtudes del hogar.

Es solo hacia finales del siglo XIX, según Tosh, que la domesticidad y la masculinidad comenzaron a ser vistas como opuestas. Los valores de intimidad, soporte y confort se percibieron cada vez más como amenazas para la reproducción de la masculinidad, ya que en este momento los padres comenzaron a dudar si sus hijos, quienes eran criados en estos hogares bajo la influencia abrumadora de las mujeres, eran capaces de mostrar las características masculinas requeridas para el éxito en el campo público. Se puede observar, por lo tanto, una doble evolución hacia el final del siglo en Gran Bretaña: por un lado, un aumento continuo de la domesticidad masculina entre los sectores bajos de la clase media y, por otro, una crisis real de la domesticidad entre las clases profesionales y comerciales, que comenzaron a preocuparse por la disminución de la autoridad patriarcal y la dominancia de un ambiente femenino en el hogar. El resultado en estos círculos fue una distinguible rebelión masculina en contra de la domesticidad, concluye Tosh —una revuelta, yo agregaría, que tuvo mucho en común con la antidomesticidad que dominaba los discursos modernos.

Es importante también darse cuenta de que los ideales incorporados al culto de la domesticidad tuvieron implicaciones que fueron más allá del umbral de la casa. Como lo señala Karen Hansen, la cercanía etimológica de “domesticidad” con “domesticar” no es coincidencia: la domesticidad se considera a menudo como parte de una misión civilizadora, y como tal la importación de la domesticidad fue un factor crucial en el encuentro colonial.²⁹ Anne McClintock se basa en esta per-

28 John Tosh (1996). “New Men? The Bourgeois Cult of Home”. *History Today*, 46-12 (diciembre), pp. 9-16.

29 Karen Tranberg Hansen (ed.) (1992). “Introduction: Domesticity in Africa”. *African Encounters with Domesticity*. New Brunswick: Rutgers University Press, pp. 1-33.



cepción y devela la conexión entre domesticidad e imperialismo, que a menudo se mantiene oculta en interpretaciones más convencionales de la domesticidad:

[...] el imperialismo y la invención de la raza fueron aspectos fundamentales de la modernidad industrial occidental. [...] Al mismo tiempo, el culto a la domesticidad no fue solo una irrelevancia trivial y efímera al pertenecer correctamente al campo privado, “natural”, de la familia. En su lugar sostengo que el culto a la domesticidad fue una crucial, aunque escondida, dimensión de la identidad masculina, así como de la femenina —cambiantes e inestables como eran—, y son elementos indispensables tanto del mercado industrial como de la empresa imperial³⁰

Al analizar imágenes, anuncios de productos y discursos victorianos, McClintock muestra la forma en que la noción de la domesticidad como un espacio organizado correctamente “domesticado”, limpio y privado se proponía como una característica distintiva de la civilización. Por lo tanto, fue utilizado para justificar la empresa colonial, al destacar la rectitud moral de “la responsabilidad del hombre blanco”, que consistía en llevar esa civilización a otras partes del mundo.³¹

Visto desde esta perspectiva, es claro que modernidad y domesticidad no pueden considerarse como opuestas: si se amplía más el alcance de la investigación y se incluyen a su vez las capas más ocultas de los determinantes sociales y económicos, que a menudo quedan ocultas en las prácticas y los discursos modernos, es claro que hay también cierta complicidad en juego entre la modernidad y la domesticidad. A pesar de los relatos dominantes que asocian la modernidad con lo público y la domesticidad con lo privado, un análisis más minucioso nos permite ver que esta distinción es en sí parte de una maquinación totalmente inherente a la modernidad. Esta percepción desestabiliza la oposición limpia entre ambos términos.

LAS MUJERES COMO SUJETOS DE MODERNIDAD

Si se intenta averiguar cómo se relacionaron las mujeres con la experiencia de la modernidad en el siglo XIX y principios del XX, la imagen se vuelve aún más complicada. En un ensayo citado frecuentemente, *The Invisible Flâneuse*, Janet Wolff ha explicado que las mujeres se mantienen en gran medida invisibles en

30 Anne McClintock (1995). *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest*. Nueva York: Routledge, p. 5.

31 La domesticidad se asocia típicamente con la raza blanca, como lo muestra no solo McClintock, sino más tarde Wendy Webster. Ella analiza, por ejemplo, cómo en las películas de los años cincuenta y sesenta las personas blancas se representaban consistentemente como parte de una familia y disfrutando el descanso doméstico, mientras que los negros nunca aparecían en un espacio doméstico propio. Wendy Webster (1998). *Imagining Home. Gender, 'Race' and National Identity, 1945-64*. Londres: UCL Press.



la literatura canónica de la modernidad escrita por Simmel, Benjamin o Sennett, quienes invocan repetidamente el *flâneur* de Baudelaire —el paseante, el hombre de la multitud— como la figura más paradigmática de la modernidad. En el siglo XIX, argumenta, las mujeres no podían participar en el acto de pasear discretamente por la ciudad, observando el bullicio de esta y disfrutando los encuentros casuales. De acuerdo con las costumbres de la época, a las mujeres virtuosas —es decir, mujeres de clase media, burguesas— no se les permitía aventurarse en las calles sin la compañía adecuada. Cualquier mujer que fuera vista sola en los espacios públicos de la ciudad corría el riesgo de ser etiquetada como “mujer pública”, una prostituta.³²

Este ensayo de Wolff ha provocado un debate agitado acerca de la participación de las mujeres en la modernidad. Por ejemplo, Elizabeth Wilson ha objetado el relato de Wolff de las “esferas separadas”, las cuales asignan a las mujeres al espacio privado del hogar y a los hombres al campo público del mundo económico, político y cultural. De acuerdo con Wilson, las mujeres estaban lejos de estar confinadas al hogar en las metrópolis del siglo XIX. Desde luego, hacia los últimos años de ese siglo hubo una cantidad creciente de establecimientos de alimentos y grandes almacenes que ofrecieron nuevos espacios para las mujeres y así justificaron su presencia en las calles. Las fronteras entre las diferentes esferas y clases también estaban lejos de ser rígidas, ya que había zonas sociales intermedias que permitían negociaciones e intercambios (por ejemplo, no era inusual que una prostituta se convirtiera en una respetable mujer casada). Por otra parte, hubo un número creciente de mujeres obreras y trabajadoras de cuello blanco que claramente tenían la facilidad de moverse por la ciudad sin el acompañante requerido para las mujeres de clase media. La realidad social de Londres o París en el siglo XIX, sostiene Wilson, era así mucho más turbulenta y transgresora que lo que Wolff retrata, y las ciudades ofrecían a las mujeres oportunidades de libertad y de autodefinición nunca antes vistas.³³

A finales del siglo XIX e inicios del XX también se vio el auge de un movimiento feminista con las *suffragettes* en campaña por el voto y los reformadores sociales cuestionando el papel de la domesticidad en la vida de las mujeres. Charlotte Perkins Gilman es probablemente el mejor ejemplo conocido de esas mujeres que abogaban por una revolución doméstica y que imaginaron nuevos arreglos para la vida cotidiana que permitieran a las mujeres participar de lleno en la vida pública y en las actividades culturales.³⁴ Sus propuestas se referían a la prestación de servicios domésticos colectivos —cocinas comunes, lavandería y

32 Janet Wolff (1990). “The Invisible Flâneuse: Women and the Literature of Modernity”. *Feminine Sentences. Essays on Women and Culture*. Cambridge: Polity Press, pp.34-50.

33 Elizabeth Wilson (2001). “The Invisible Flâneur”. *The Contradictions of Culture. Cities, Culture, Women*. Londres: Sage, pp. 72-89.

34 Elizabeth Wilson (2001). “The Invisible Flâneur”. *The Contradictions of Culture. Cities, Culture, Women*. Londres: Sage, pp. 72-89.



guardería— que racionalizaría el grado en que cada mujer tenía que atender a su familia, liberándolas así de los lazos estrechos de la domesticidad de una familia. Es difícil entender cómo estas propuestas radicales para la transformación de la vida cotidiana pudieran ser vistas como algo que no fuera “moderno” o incluso “del movimiento moderno”. Sin embargo, la historia de estas activistas generalmente no se cuenta como parte de la gran narrativa del movimiento moderno ni es del todo reconocida su contribución en los discursos de reforma social y emancipación.³⁵

La difícil posición de las mujeres como sujetos de la modernidad y cuidadoras de la domesticidad sale a la luz una vez más en la imagen de la Nueva mujer. Aparece a finales del siglo XIX en Estados Unidos como resultado de las nuevas oportunidades para las mujeres en la educación superior y en las profesiones, y del creciente número de mujeres que ingresan a la fuerza laboral y al ámbito público. De Estados Unidos emigra a Europa, donde hace una aparición especialmente contundente en Weimar, Alemania.³⁶ La Nueva mujer no se confina al hogar, sino que disfruta una libertad que la lleva a los campos deportivos, al ámbito social y a la fuerza laboral. Vive sola, sale con sus amigos y está sexualmente liberada. Es competente y segura de sí misma, sabe de moda y se interesa en el arte y la cultura. Aunque después del matrimonio se considere todavía responsable de la casa y los niños, es capaz de moverse sola en la vida pública de una forma mucho más evidente que sus hermanas de algunas décadas atrás. Para la gestión de su hogar ha adquirido además habilidades tayloristas, que emplea con una perfecta ejecución de todas las disposiciones de economía doméstica. Así, la Nueva mujer simboliza el nuevo espíritu de la época y a menudo actúa como icono de la modernidad.

Janet Ward observa cómo en esta imagen de la Nueva mujer actuó toda una serie de ambivalencias que revelan la ansiedad que acompañaba a la figura de la mujer liberada y autosuficiente. El cuerpo de la Nueva mujer se arquitecturizaba: se conformaba de acuerdo con los nuevos ideales del deporte y la moda,

35 Charlotte Perkins Gilman (1972). *The Home: Its Work and Influence* (reimpresión de la edición de 1903). Urbana: University of Illinois Press. Para una revisión de estas tendencias, véase Dolores Hayden (1981). *The Grand Domestic Revolution. A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities*. Cambridge, Mass.: MIT Press; Günter Uhlig (1981). *Kollektivmodell Einküchenhaus: Wohnreform und Architekturdebatte zwischen Frauenbewegung und Funktionalismus 1900-1933* [El modelo colectivo de la casa de una cocina. Reforma doméstica y debate arquitectónico entre el movimiento de las mujeres y el funcionalismo 1900-1933]. Giessen: Anabas.

36 Mary McLeod y Mark Wigley han comenzado a develar las interconexiones entre la reforma de la moda y la arquitectura moderna. Véase Mary McLeod, “Undressing Architecture: Fashion, Gender and Modernity”. Deborah Fausch y otros (eds.) (1994), *Architecture: In Fashion*. Nueva York: Princeton Architectural Press, pp. 38-123; Mark Wigley (1995). *White Walls, Designer Dresses. The Fashioning of Modern Architecture*. Cambridge, Mass.: MIT Press. Sin embargo, la historia completa, de las interconexiones de la reforma social con el movimiento moderno en la arquitectura y las artes aún está pendiente de ser contada.

lo que resultó en un delgado y atlético cuerpo que se asemejó a más al de una chica prepúber que al de una mujer madura. La característica más obvia de esta chica era paradójicamente su masculinidad, subrayada también por la moda, que negaba las líneas onduladas del cuerpo femenino y tendía hacia una silueta fluida y lineal sin senos ni caderas. Por lo tanto, Ward declara:

Es en el cuerpo de la Nueva mujer que la cultura superficial de Weimar estaba más claramente inscrita con toda su fuerza —a pesar del hecho de que la figura de la modernidad era predominantemente masculina, y a pesar de la imagen tradicional de la mujer como una figura de *Unsachlichkeit* [falta de objetividad].³⁷

A la Nueva mujer, sin embargo, no se le permitió una larga vida. En Alemania, la reacción violenta contra ella fue la más fuerte al coincidir con el surgimiento del nazismo en los primeros años treinta. Después de la caída financiera de 1929, la mujer ideal fue modelada otra vez como la figura de crianza materna, quien favorecía la tranquilidad de las provincias en lugar del ritmo agitado de la metrópoli. Esta figura maternal claramente le dio la espalda a los llamados por la igualdad y la independencia.³⁸

Sin embargo, ya sean mujeres nuevas o antiguas, la mayoría de ellas a inicios del siglo xx negociaba sus vidas respecto a cuestiones relacionadas con la domesticidad. Judy Giles enlista cuatro puntos en los que el efecto de la modernización sobre las vidas de las mujeres fue más prolífico. Primero, el incremento de la urbanización y el desarrollo de la producción industrial habían llevado al fenómeno del suburbio, visto ampliamente como el ambiente ideal para criar una familia. El segundo, el avance del conocimiento y la tecnología médicos había resultado en un mejoramiento sobresaliente de las condiciones básicas de vida. La mejor atención médica, los ambientes más higiénicos, el control de la natalidad y una nutrición más adecuada propiciaron una situación en la que la vida era mucho menos brutal, breve y violenta de lo que fue en el siglo —xix —por lo menos para la clase obrera. En tercer lugar, el cambio hacia una economía consumista había significado un aumento de oportunidades para la comodidad, el disfrute y la autoexpresión. Por último, el éxito del racionalismo científico había cargado el hogar con expectativas contradictorias. Este permeó el culto a la domesticidad, que se centraba en el amor, la familia y la privacidad, con requisitos en cuanto a eficiencia y control, lo que llevó a exponer el interior a la mirada de los administradores, trabajadores de la salud y expertos domésticos. Todo esto dio lugar a un posicionamiento ambiguo de la mujer ante la modernidad.

37 Katharina von Ankum (ed.) (1997)., *Women in the Metropolis. Gender and Modernity in Weimar Culture*. Berkeley: University of California Press.

38 Janet Ward, *Weimar Surfaces* (2001). *Urban Visual Culture in the 1920s Germany*. Berkeley: University of California Press, p. 87.



Como resultado, las mujeres negociaron formas ambiguas y ambivalentes de verse a sí mismas: algunas veces hacia adelante como agentes del cambio, pero otras hacia atrás como símbolos de la continuidad y la tradición.³⁹

En última instancia puede establecerse un cuadro en el que está claro que para la mayoría de las mujeres occidentales la casa fue el lugar donde se efectuó la modernidad:

[...] en la primera mitad del siglo xx, la modernidad para millones de mujeres se trataba de trabajar para crear un espacio llamado “hogar”, en el que la violencia, la inseguridad, la enfermedad, la incomodidad y el dolor eran cosa del pasado. Esto podía proporcionar a las mujeres un sentido de ciudadanía y una participación en el futuro. Más importante aún, trabajar para crear casas mejores les ofreció a muchas mujeres la oportunidad de verse a sí mismas en un papel central para el logro de lo que se consideraba el proyecto de la existencia social moderna, el derecho a definir su propio futuro y la capacidad de estar en control de su propia vida.⁴⁰

Lejos de ser un antídoto a la modernidad, el hogar, de hecho, para muchas de estas mujeres fue el lugar donde se representaba la modernidad. Y este hogar no era visto necesariamente como apretado y estrecho. A menudo era concebido como parte de un esfuerzo más amplio que buscaba una misión civilizadora. Se pretendía trasponer las virtudes domésticas de cuidado amoroso y sutil orientación al nivel de las organizaciones sociales, las instituciones de bienestar y la configuración general del Estado. En ese sentido, muchas mujeres y sus organizaciones manipularon la ideología de la domesticidad de tal manera que les dio acceso a la vida pública y a las posiciones de influencia sustancial, en lugar de circunscribirlas a los estrictos límites de su propia casa.⁴¹

La oposición radical a los ideales domésticos adoptada por la segunda ola del feminismo, provocada por el libro *A Feminine Mystique*, de Betty Friedan, fue entonces un fenómeno típico de los sesenta y setenta.⁴² Este tipo de feminismo afirmaba que la igualdad fundamental entre hombres y mujeres invalidaba la idea de que debían ocupar diferentes papeles en la vida. La responsabilidad y el disfrute del hogar, pensaban, deben compartirse por ambos, hombres y muje-

39 Katharina von Ankum (1997), “Introduction”. *Women in the Metropolis, Gender and Modernity in Weimar Culture*. Berkeley: University of California Press, pp. 1-11.

40 Judy Giles (2004). *The Parlour and the Suburb. Domestic Identities, Class, Femininity and Modernity*. Londres: Berg, p.22.

41 Judy Giles, *The Parlour and the Suburb*, p. 164.

42 Para este argumento, véase el análisis de Jane Addams en Sharon Haar, “Location, Location, Location: Gender and the Archaeology of Urban Settlement”. *Journal of Architectural Education* vol. 55, no 3 (febrero de 2002): pp 150-160, y Daphne Spain (2001). *How Women Saved the City*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

res, y lo mismo con los retos y las recompensas del trabajo y de las actividades sociales. Esta línea feminista de pensamiento ha dado lugar a la política de igualdad de oportunidades que ahora ha sido adoptada oficialmente en la mayoría de los países occidentales. Significa que el sistema legal trata ahora a los hombres y las mujeres como sujetos totalmente iguales: deben responder a las mismas normas y tienen las mismas responsabilidades.

Sin embargo, la realidad está muy atrás de la política y muestra la continua fuerza e influencia de la ideología de la domesticidad. Aunque esta es hoy día más tácita que explícita, las estadísticas señalan claramente que, en general, los hombres están dedicando muchas más horas a sus puestos de trabajo que las mujeres, y que las mujeres dedican, en promedio, muchas más horas que sus compañeros al cuidado infantil y otras actividades domésticas. En el Flandes de 1999, por ejemplo, los hombres pasaban un promedio de 27 horas y 25 minutos a la semana en sus trabajos, las mujeres solamente 15 horas y 40 minutos; por otro lado, las mujeres dedicaban un promedio de 25 horas y 37 minutos a la semana a las labores del hogar y el cuidado de los niños, y los hombres solamente 13 horas y 26 minutos.⁴³ Datos como estos muestran claramente que los patrones de roles tradicionales alineados con la ideología de la domesticidad todavía tienen gran influencia en la vida cotidiana de la mayoría de las personas.

43 Betty Friedan (2001). *The Feminine Mystique* [1963]. Nueva York: Norton.



La importancia de los espacios de género urbanos en el ámbito público

Daphne Spain



Daphne Spain (1949) es profesora del Departamento de Planificación Urbana y Medioambiental de la Universidad de Virginia. Máster y doctorado en Sociología por la Universidad de Massachusetts. En 1995 se incorporó al consejo editorial del *Journal of Planning Education and Research*, y en 2002 al del *Journal of the American Planning Association*. En 1995 fue nombrada profesora visitante de la Fundación Russell Sage y para el período entre 2013 y 2015 se le concedió la Cavalier's Distinguished Teaching Professorship, máximo reconocimiento docente de la Universidad de Virginia. Entre 2016 y 2019 ha formado parte de la Albemarle County Planning Commission, que es una comisión de supervisión sobre planeamiento y desarrollo urbano. Entre sus libros destacan *Constructive Feminism: Women's Spaces and Women's Rights in the American City* (2016) y *How Women Saved the City* (2011).

Fragmento seleccionado de Daphne Spain (2006). *Urbanismo y género. Una visión necesaria para todos* (T&S Translation Trad.). Barcelona: Diputació de Barcelona (pp. 14-17)



Como profesora de planificación urbanística licenciada en sociología, mi primer objeto de investigación fue la relación entre las desigualdades sociales y el entorno edificado. Mis primeros trabajos probaron la teoría de que la segregación de género obligatoria en los hogares, las escuelas y los lugares de trabajo reduce el estatus de las mujeres en comparación con el de los hombres.⁴⁴ Datos transculturales sobre sociedades no industrializadas y datos históricos sobre los Estados Unidos corroboraron esta hipótesis. Transculturalmente, las mujeres tienen el estatus más bajo en las sociedades no industrializadas, en las que están relegadas a ciertas partes de la vivienda, separadas de los hombres en los centros de aprendizaje, y desempeñan sus labores en zonas distintas a las de los hombres. Históricamente, en EE. UU. el estatus de las mujeres aumentó al estar el interior del hogar menos diferenciado, convertirse las escuelas en coeducacionales y también gracias a la inclusión tanto de hombres como de mujeres en los lugares de trabajo. Transcultural e históricamente, cuanto mayor es la separación espacial tradicional entre hombres y mujeres en un edificio, menor es el estatus que tienen las mujeres en el ámbito público.⁴⁵

En trabajos de investigación posteriores seguí haciendo hincapié en los edificios individuales, pero con tres variaciones. En primer lugar, me centré en la segregación de género opcional frente a la obligatoria. A finales del siglo XIX, miles de mujeres estadounidenses se unieron a asociaciones de voluntariado como la YWCA y la College Settlements Association. Estas organizaciones permitían a las voluntarias adquirir experiencia en la gestión inmobiliaria y las finanzas, así como desarrollar habilidades para el liderazgo político antes de que la mayoría de las mujeres pudiera votar.⁴⁶

En segundo lugar, examiné edificios que no eran ni hogares, ni escuelas, ni lugares de trabajo, sino híbridos que desempeñaban algunas o todas estas funciones. Las casas de acogida del siglo XIX, por ejemplo, proporcionaban un hogar y un lugar de trabajo a un pequeño número de residentes, y guarderías para cientos de niños del vecindario. Los edificios combinados de la YWCA eran escuelas de mecanografía para mujeres jóvenes que también se alojaban bajo el mismo techo. Estas estructuras presentaban características liminales, en el umbral entre el espacio público y el privado. Eran lugares necesarios para las mujeres recién llegadas que habían cambiado su hogar en el campo por la ciudad.

44 Daphne Spain (1992). *Gendered Spaces*. Chapel Hill: University of North Carolina.

45 He definido el estatus de las mujeres como el control de su propio trabajo, el control de la propiedad y el grado de participación en la vida pública fuera del hogar. En las sociedades no industrializadas, estas variables se medían por los derechos de herencia y el grado de poder en las redes familiares. En EE.UU., el estatus de las mujeres estaba determinado por los derechos legales sobre sus propios salarios, propiedades y el voto (Spain, 1992).

46 Daphne Spain (2001). *How Women Saved the City*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Por último, examiné estos edificios en su contexto urbano para comprender su contribución a la ciudad estadounidense industrializada. Las pensiones para mujeres trabajadoras, las casas de acogida para las madres solteras, así como las guarderías, bibliotecas y enfermerías para los niños del vecindario se convirtieron en “lugares de redención” que ofrecían refugio a las recién llegadas a la ciudad. Simultáneamente, protegieron a la ciudad del caos demográfico. Debido a que tantos lugares de redención satisfacían las necesidades de mujeres y niños, la YWCA y las casas de acogida introdujeron los espacios de género en el paisaje urbano.

En conjunto, mi investigación sugiere que la segregación de género involuntaria en los edificios individuales reduce el acceso de las mujeres al ámbito público, mientras que la segregación voluntaria en el espacio urbano puede mejorarlo. El objetivo de esta ponencia es analizar las circunstancias en las que las mujeres han creado con éxito sus propios espacios de género urbanos.⁴⁷ He estudiado tres comunidades en las que las mujeres se han forjado un espacio en la ciudad literal y simbólicamente: el beguinaje medieval, la casa de acogida de finales del siglo XIX y el centro contemporáneo para madres de las sociedades postsocialistas. Aunque separadas por siglos y continentes, las tres cumplen funciones necesarias y promueven la participación en el ámbito público concediendo a las mujeres identidades independientes (algunas con un perfil bastante elevado) fuera del hogar. Los espacios de género urbanos también crean lugares seguros en los que las mujeres pueden alcanzar la independencia económica. Estas nuevas instituciones surgen cuando la anomia propicia las oportunidades.

Según el sociólogo Emile Durkheim, la anomia representa un estado sin normas, un abandono de las pautas y reglas tradicionales que gobiernan la vida cotidiana. La anomia es el resultado de la ruptura de la solidaridad social. Crea un sentimiento de confusión e inseguridad que dará lugar a la necesidad de un esfuerzo para restaurar el orden social.⁴⁸ La ciudad medieval, la ciudad industrializada y la ciudad contemporánea de Europa del Este ponen de relieve las tendencias anómicas de sus respectivas épocas. Las deficientes condiciones sanitarias de las ciudades medievales provocaron una tasa de mortalidad tan elevada que la población solo podía reemplazarse a través de la inmigración constante. La expresión alemana “el aire de la ciudad le hace a uno libre” reconocía el nuevo estatus que se les confería a los inmigrantes una vez dentro de los muros de la ciudad. Los conflictos entre los poderes feudales y eclesiásticos contribuyeron a la falta de estabilidad política.⁴⁹

47 En las ciudades también existen espacios de género masculinos como parques de bomberos o sedes sindicales, pero me centro en los espacios de género femeninos.

48 Anthony Giddens (ed.) (1972). *Emile Durkheim: Selected Writings*. Cambridge: Cambridge University Press.

49 Max Weber (1958). *The City* (trad. y ed. D. Martindale y G. Neuwirth). Nueva York: Collier Books.



La ciudad industrializada del siglo XIX también fue un imán para los inmigrantes; miles de ellos llegaban de Europa cada año. También los estadounidenses abandonaban las granjas por la ciudad en tropel a medida que la economía pasaba a depender menos de la agricultura. Las enormes desigualdades en los salarios y el conflicto entre los dirigentes y los obreros dieron lugar a una mezcla urbana volátil. La ciudad industrializada se llenó de forasteros con distintas prácticas étnicas, raciales, religiosas y culturales. El sentimiento de pertenencia a la comunidad que experimentaban las zonas rurales homogéneas se debilitó.

La ciudad contemporánea de Europa del Este es el escenario en el que la transformación de una economía socialista planificada a una economía de libre mercado se aprecia con mayor claridad. Han surgido complicadas distinciones de clase social que se basan en la propiedad y el estatus laboral. Las mujeres fueron las más afectadas por las reformas radicales, ganando menos, teniendo menos propiedades y ocupando menos cargos políticos que los hombres.⁵⁰ Las repercusiones de la transición económica y política han afectado a sociedades enteras y han fomentado un estado de incertidumbre.

La ausencia de normas puede deberse a numerosas condiciones, tres de las cuales voy a explicar aquí. La primera es un desequilibrio en la dinámica de la población, cuando el equilibrio alcanzado por la interacción de nacimientos, defunciones y migración se perturba. Una sociedad puede seguir creciendo si las elevadas tasas de mortalidad se compensan con una fertilidad alta, como ocurre en las economías agrícolas, o si la inmigración compensa las bajas tasas de maternidad, como ocurre en muchos países desarrollados. Las alteraciones de un equilibrio demográfico establecido a menudo catalizan un cambio social y político. Las elevadas tasas de maternidad en EE. UU. tras la Segunda Guerra Mundial forzaron a las escuelas públicas a instaurar dos turnos y contribuyeron al desasosiego civil de los años 60, y en la actualidad repercuten en el debate nacional sobre los beneficios de la Seguridad Social. El *baby boom* fue una aberración en el lento declive de las tasas de maternidad característico de los países industrializados. Gran parte de la sociedad estadounidense de hoy en día, desde las escuelas primarias abandonadas hasta el crecimiento de las comunidades de jubilados, sería diferente sin su influencia.

En segundo lugar, las transiciones políticas generan inestabilidad y propician el cambio social. El movimiento de reforma progresista dio lugar al nacimiento del Partido Progresista de Theodore Roosevelt en 1912, un tercer partido que abogaba por el control popular del Gobierno, elecciones primarias directas, el referéndum y el sufragio femenino. La reformista de las casas de acogida Jane Addams pronunció un discurso durante un meeting cuando Roosevelt fue nom-

50 Marnia Lazreg (ed.) (2000). *Making the Transition Work for Europe and Central Asia*. Washington DC: The World Bank.
Don Martindale (1960). *The Nature and Types of Sociological Theory*. Boston: Houghton Mifflin.

brado presidente. El Partido Progresista desapareció pronto, pero generó el apoyo suficiente para otorgar a las mujeres el derecho constitucional al voto en una década. En la historia reciente, el desmembramiento de la antigua Unión Soviética provocó una considerable inestabilidad política y económica en gran parte de la Europa oriental.

La incertidumbre respecto a la responsabilidad de los servicios, la tercera condición, varía histórica y culturalmente. En la ciudad medieval, la industria textil necesitaba mano de obra femenina, y los ancianos y enfermos precisaban cuidados. El beguinaje cumplía ambas funciones. En la ciudad industrializada del siglo XIX, los inmigrantes y los pobres necesitaban centros de sanidad pública y educación antes de que los municipios prestasen estos servicios, y las casas de acogida los facilitaban. En la ciudad postsocialista, las mujeres necesitaban los servicios de empleo y apoyo que en su día prestaba el Estado, función que desempeñó el centro para madres.

Las condiciones anómicas surgen cuando convergen cambios demográficos, transiciones políticas y económicas, y un sentimiento de incertidumbre respecto a la responsabilidad de los servicios básicos. Estas circunstancias crean un triángulo de oportunidades para la emergencia de nuevas instituciones como los espacios de género.

LAS MUJERES Y EL ÁMBITO PÚBLICO

El ámbito público es tanto un concepto político como un espacio físico. Las personas que están en el entorno público pueden actuar en nombre de toda la comunidad, en ocasiones superando los intereses privados. Solo en público es posible usar la fuerza legítimamente o influir sobre la economía. Por último, en el escenario público se establecen sistemas de desigualdad que elevan el estatus de los hombres por encima del de las mujeres de manera casi universal. Las mujeres rara vez ocupan el ámbito público. Rara vez toman decisiones aplicables a toda una comunidad o controlan el uso de la fuerza, ni tienen influencia sobre la política económica.⁵¹ En la medida en que un ámbito público vital es esencial para la sociedad civil, los espacios de género que conducen a las mujeres a la vida pública son factores que contribuyen de manera importante a una ciudad igualitaria.

51 Michelle Zimbalist Rosaldo (1980). "The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross Cultural Understanding". *Signs: Journal of Women and Culture*, suplemento 5, pp. 389-417.

Mary P. Ryan (1990). *Women in Public: Between Banners and Ballots, 1825-1880*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.



La socióloga Lyn Lofland⁵² distingue tres tipos de espacio urbano: el ámbito privado del hogar y la familia, el ámbito parroquiano del vecindario, y el ámbito público de la ciudad donde uno se encuentra con extraños. Las mujeres han sido tradicionalmente relegadas al ámbito privado. No obstante, cuando se aventuran en la ciudad, no se las reconoce como esposas o madres, sino como extrañas implicadas en la vida de la ciudad. Las mujeres del ámbito público gozan de más oportunidades que las del ámbito privado para alcanzar independencia económica e influencia política.

Los espacios de género urbanos pueden ser beneficiosos para el ámbito público cuando clarifican las funciones de las mujeres fuera de la familia. El beguinaje acogía a religiosas que trabajaban como profesoras, enfermeras y obreras de la industria textil. Salían a la ciudad para trabajar, a diferencia de las monjas de clausura. Dado que nadie sabía exactamente cómo designar a este tipo de mujer híbrida, recibieron el nombre de “beguinas”, un término despectivo que posteriormente perdió su connotación negativa y se adoptó en la lengua común. Así pues, las beguinas tenían una identidad. Podían ser solteras o haber estado casadas anteriormente, podían ser hermanas, hijas o madres, pero como beguinas ocupaban un lugar en el ámbito público.

Las mujeres siempre han estado presentes en los espacios públicos de las ciudades, comprando y vendiendo mercancías en los mercados, usando las aceras y las calles para llegar al trabajo y participando en celebraciones religiosas y civiles.⁵³ Desde el siglo XIII hasta el siglo XV, en los Países Bajos del sur⁵⁴ las mujeres dirigían negocios como posaderas, comerciantes de telas y verduleras. Constituían una parte integral de la economía urbana. Sin embargo, su presencia se asociaba al desorden. En 1360, un magistrado de Bruselas prohibió una celebración anual de las mujeres del mercado porque en los años anteriores se habían desencadenado actos violentos contra los hombres. Las formas de control social informales incluían acusar a las mujeres que se encontraban en lugares públicos de vestir de una manera demasiado llamativa o de cotillear en exceso.⁵⁵

A pesar de su presencia en los lugares públicos de las ciudades medievales, las mujeres no ocupaban el ámbito público en el que se debatían y definían los intereses colectivos de la comunidad. Ser una persona pública suponía tener

52 Lyn H. Lofland (1998). *The Public Realm: Exploring the City's Quintessential Social Territory*. Nueva York: Aldine De Gruyter.

53 Mary P. Ryan (1990). *Women in Public: Between Banners and Ballots, 1825-1880*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

54 Los Países Bajos del sur eran zonas de Alemania, Francia, Bélgica y Holanda.

55 Walter Simons (2001). *Cities of Ladies: Beguine Communities in the Medieval Low Countries, 1200-1565*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, p. 11.

presencia política. Las mujeres, sin embargo, no podían ocupar cargos públicos. Su exclusión de los cargos públicos y de la influencia política permitía a las autoridades urbanas restringir la participación de las mujeres en las actividades comerciales influyentes y relegarlas al hogar.⁵⁶

En las ciudades estadounidenses del siglo XIX, las mujeres sufrían situaciones similares antes de que pudieran votar. Las mujeres estaban presentes en los lugares públicos, pero sujetas a críticas por no estar acompañadas. En el mejor de los casos, las mujeres sin acompañante eran consideradas víctimas potenciales de hombres sin escrúpulos. En el peor de los casos, se les atribuía una moral distendida o promiscuidad. La participación de las mujeres en manifestaciones políticas (como marchas a favor del sufragio o relativas a medidas contra el alcohol) les otorgó una voz colectiva en el discurso público de la que carecían individualmente. La ocupación de un espacio público físico era el primer paso hacia la introducción en espacios simbólicos de influencia política. Posteriormente, las mujeres estadounidenses lograron el derecho a voto y a presentarse a cargos públicos, pero la mayoría de los cargos electos en EE. UU. siguen siendo hombres. En 2005, solo el 15 % de los congresistas estadounidenses y el 22 % de los legisladores estatales eran mujeres.⁵⁷

Las mujeres de los países postsocialistas se enfrentan a otro tipo de situaciones. Antes de la reforma política, las mujeres de las sociedades socialistas tenían tasas de ocupación laboral más elevadas y mayor representación política que las mujeres de los países occidentales. Las ayudas de baja por maternidad, cuidados durante el día y servicios familiares les permitían acceder al ámbito público en gran número. No obstante, la integración de género fruto de dichas políticas fue más imperativa que voluntaria. Ahora pueden elegir, las mujeres de los países postsocialistas están comprometidas con el restablecimiento de una sociedad civil en la que se protejan los intereses de los niños y las mujeres durante la transición a una economía de libre mercado.⁵⁸

La forma de los espacios de género urbanos está supeditada a circunstancias históricas y culturales. A continuación analizaré estos lugares con el fin de ilustrar su importancia para el ámbito público.

56 *Ibid.*, p. 12.

57 Center for The American Woman in Politics. Eagleton Institute of Politics, Rutgers University, 13/03/2005.

58 Monika Jaeckel (2001). "Mother Centers in the Czech Republic". Sangeetha Purushothaman, Monika Jaeckel (eds.). *Engendering Governance and Development: Grassroots Women's Best Practices*. Bangalore: Books for Change, pp. 40-62.



EL BEGUINAJE MEDIEVAL

Durante la Edad Media, miles de mujeres solteras desempeñaban funciones a medio camino entre lo religioso y lo laico. En 1274, un magistrado de ciudad observó que “hay mujeres entre nosotros a las que no sabemos cómo denominar, mujeres ordinarias o monjas, porque no viven ni en el mundo ni fuera de él”.¹ Su estatus marginal concedió una independencia a las beguinas que, de otra forma, habría sido imposible en la cultura medieval. Las beguinas adoptaron una forma de vida religiosa y ascética, pero mantenían la creencia herética de que la práctica y la instrucción religiosa podían llevarse a cabo sin la supervisión del clero. Su insistencia en leer e interpretar las Escrituras por sí mismas constituyó un paso significativo hacia la reforma religiosa.

El nombre *beguina* pretendía ridiculizar a esta nueva clase de mujeres religiosas que estaban exentas de muchas de las restricciones impuestas a las monjas de clausura. Las beguinas empezaron a adquirir propiedades y a identificarse a sí mismas como miembros de un “beguinaje” a mediados del siglo XIII. El beguinaje normalmente se ubicaba al final de una ciudad amurallada. Algunos estaban compuestos por un solo edificio, pero muchos otros incluían varios edificios organizados alrededor de un patio. Podía estar rodeado por muros o fosos, pero el beguinaje estaba abierto a la comunidad porque era la sede de numerosos servicios. Era un centro de instrucción para jóvenes y un centro de caridad para los pobres, los ancianos y los enfermos. Las enfermerías fueron las primeras adiciones que se realizaron al patio del beguinaje. Fuera del beguinaje, las beguinas trabajaban como obreras urbanas, especialmente en la industria textil. Las beguinas constituyeron un fenómeno precursor que no tenía una coordinación central ni un único fundador. En 1566 había casi 300 beguinajes y muchos estaban conectados por una red de calzadas romanas y medievales.²

Una explicación de la emergencia del beguinaje durante el siglo XIII es que funcionaba como una “estructura en suspenso” para mujeres sin maridos. Había tantos hombres que se unían a las cruzadas o se internaban en monasterios que la distorsionada proporción de hombres y mujeres originó un excedente de estas últimas. Otra interpretación demográfica es que las mujeres tendían más que los hombres a emigrar de las granjas a las ciudades en busca de empleo. La proporción de hombres y mujeres en las ciudades también estaba desequilibrada, pero no debido a la mayor mortalidad de los hombres ni a destinos monacales. Otros teóricos defienden que muchas mujeres simplemente preferían la vida colectiva del beguinaje a las responsabilidades domésticas del

1 Carol Neel (1989). “The Origins of the Beguines”. *Signs: Journal of Women and Culture*, 14, p. 323.

2 Ernest W. McDonnell (1969). *The Beguines and Beghards in Medieval Culture*. Nueva York: Octagon Books; Walter Simons (2001). *Cities of Ladies: Beguine Communities in the Medieval Low Countries, 1200-1565*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.



matrimonio.³Sea cual fuere la razón, el beguinaje fue una solución novedosa a un dilema demográfico.

El beguinaje ofrecía a las mujeres solteras una identidad, el potencial para ser económicamente independientes y una sensación de seguridad. Era importante para el ámbito público porque constituía un destino para los pobres y los ancianos que estaban enfermos, y para las jóvenes que querían aprender a leer y a escribir. No cabe duda de que los beguinajes contribuyeron a los elevados índices de alfabetización femenina de los Países Bajos del sur durante ese período.⁴ El beguinaje también ofreció plataformas para las figuras públicas de la reforma religiosa. María de Oignies organizó un grupo de hombres que apoyaron el movimiento secular de las mujeres (el *Frauenbewegung*) en las estructuras eclesiásticas, y los discípulos masculinos de Christine Stemmeln también defendieron mayores libertades religiosas para las mujeres.⁵

LA CASA DE ACOGIDA DEL SIGLO XIX

Si el beguinaje fue una respuesta al exceso de mujeres, la casa de acogida fue una respuesta al exceso de docentes. Comenzó en Inglaterra como un asunto fundamentalmente masculino, pero el movimiento de las casas de acogida en EE. UU. se convirtió principalmente en el territorio de mujeres solteras universitarias. Ir a la universidad no era frecuente para las mujeres (y los hombres) estadounidenses del siglo XIX. En 1870, al menos el uno por ciento de mujeres jóvenes eran universitarias. Pero esta proporción creció enormemente de una década a otra. En 1910 aproximadamente el cuatro por ciento de las mujeres acudía a la universidad, y en 1920 se alcanzó el ocho por ciento.⁶ La principal ocupación para las mujeres con estudios era la enseñanza.

Pero a finales del siglo XIX, las mujeres con titulaciones universitarias se encontraron con que la enseñanza estaba saturada, en una sociedad que atravesaba cambios económicos y sociales significativos. Las mujeres, impulsadas por motivaciones religiosas o políticas, se forjaron su propio lugar instalándose en vecindarios de inmigrantes para compartir sus cualidades con los pobres. Las ciudades estaban saturadas por los miles de inmigrantes que llegaban cada año, y la casa de acogida se convirtió en un lugar de asimilación. El movimiento de las casas de acogida otorgó a las mujeres de clase media un lugar en el ámbito

3 *Ibid.*

4 Walter Simons (2001). *Cities of Ladies: Beguine Communities in the Medieval Low Countries, 1200-1565*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, p.6.

5 Elise Boulding (1976). *The Underside of History: A View of Women Through Time*. Boulder CO: Westview, pp. 449-453.

6 Barbara Miller Solomon (1985). *In the Company of Educated Women: A History of Women and Higher Education in America*. New Haven: Yale University Press, p.64.



público. Consiguieron una nueva identidad profesional, pero también prestaron importantes servicios. A comienzos de la época progresista, antes de que el Gobierno asumiera responsabilidades, más de 400 casas de acogida de EE. UU. ofrecían a los inmigrantes bibliotecas, lugares de recreo, baños públicos y educación para los adultos.⁷ Al igual que el beguinaje quizás no habría existido sin la migración selectiva desde lo rural hacia lo urbano, la casa de acogida podría no haber existido sin una migración internacional significativa. Las casas de acogida difuminaron los límites entre el espacio público y el privado. Eran espacios privados para las mujeres (y hombres) que vivían allí, pero también servían de salas de estar comunitarias para los inmigrantes que se hacían en las hileras de casas vecinales. Y lo que es más importante: las casas de acogida eran lugares en los que se debatían los asuntos públicos del día. La educación para los inmigrantes, el sufragio femenino y la sanidad pública eran temas centrales en el orden del día. Las casas de acogida representaban una plataforma desde la que las mujeres se implicaban en el discurso público. Jane Addams, de la Hull House de Chicago, influyó en la legislación local, estatal y nacional sobre la protección de mujeres y niños, mientras que las pioneras del movimiento Mary Kingsbury Simkhovitch, Lillian Wald y Vida Scudder se convirtieron en líderes reconocidas de la reforma inmobiliaria.

Los residentes de las casas de acogida ofrecían clases a los niños y adultos inmigrantes, promovían la artesanía y prestaban servicios de enfermería a los pobres. Antes de que las mujeres estadounidenses pudieran votar, utilizaron el movimiento de las casas de acogida para influir en las leyes sobre el trabajo de menores, mejorar la calidad ambiental de las ciudades y animar a los inmigrantes a participar en los procesos democráticos. La Hiram House de Cleveland se tomó muy en serio la educación cívica de los niños. En 1906, la Hiram House organizó un campamento de verano llamado “Ciudad de progreso”, un municipio en miniatura donde los pequeños ciudadanos celebraban elecciones, aprobaban leyes, acuñaban su propio dinero y publicaban un boletín. Los niños aprendían democracia participativa experimentándola directamente.⁸

LOS CENTROS PARA MADRES CONTEMPORÁNEOS

Los centros para madres, sobre los que Monika Jaeckel ampliará la información en este congreso,⁹ son una versión contemporánea de espacios de género urbanos en las sociedades postsocialistas. La idea de los centros para madres nació

7 Robert A. Woods; Albert J. Kennedy (eds.). (1911). *Handbook of Settlements*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

8 Daphne Spain (2003). *Make-believe Municipalities: A Settlement House Experiment in Promoting Citizenship*. Documento presentado durante la conferencia anual de la Society of American City and Regional Planning History. St. Louis MO. Noviembre.

9 Jornadas de Urbanismo y Género; una visión necesaria para todos. Diputació de Barcelona, Barcelona, abril, 2005.

en Alemania en los años 80 y pronto fue adoptada por la República Checa. Los centros para madres son iniciativas precursoras que comenzaron como espacios comunales donde las mujeres y sus hijos podían pasar tiempo juntos fuera del hogar. Tras la experiencia colectiva de la crianza de los hijos bajo el comunismo, muchos padres querían tener más influencia en la forma en que educaban a sus hijos. Los centros para madres anteponian los intereses de las mujeres y los niños como forma de reforzar la familia y fortalecer así la sociedad civil.¹⁰

Los centros para madres permiten a las mujeres participar más plenamente en la sociedad, fomentando la participación en las formas de gobierno locales y nacionales a la vez que cuidan de los niños. Se han convertido en “escuelas de democracia” que promueven el aprendizaje entre compañeros, el desarrollo de habilidades laborales y de liderazgo y la construcción de comunidades. Las participantes vuelven a aprender los procesos democráticos tras cuarenta años de dominio comunista en los que la libre asociación estaba prohibida. Los centros para madres checos gozan de una gran notoriedad en sus comunidades. Patrocinan festivales tradicionales a los que se invita a todo el vecindario y sus miembros debaten las políticas relativas al cuidado de los hijos y al entorno en la televisión y en la radio.¹¹

En la actualidad, en Alemania hay más de 400 centros para madres, la mayoría en zonas urbanas. El primer centro de la República Checa se fundó en 1992 en Praga y en la actualidad hay 150 en funcionamiento en este país. A pesar de que muchos centros iniciaron su andadura en habitaciones alquiladas, prosperaron realmente cuando reivindicaron su propio espacio público. El propio acto de negociar con las autoridades para obtener un espacio capacitó a las mujeres.¹² Los centros para madres se han convertido en una importante alternativa a espacios públicos institucionales habituales como iglesias y escuelas. Son, según Jaeckel,¹³ “salas de estar públicas” similares a las “salas de estar de los vecindarios” creadas por las casas de acogida.

10 La Comisión Huairou, una organización que defiende la capacitación de las mujeres a través de organizaciones pioneras en países en vías de desarrollo y postsocialistas, ha catalogado los centros para madres como uno de los cinco programas más útiles para el avance de la participación de las mujeres en el liderazgo y la gobernanza, así como en la reivindicación de un espacio público para mujeres. Fruto de la Cuarta Conferencia Mundial sobre Mujeres celebrada en Pekín, la Comisión Huairou (se pronuncia “guai-rou”) recibió este nombre en honor a la pequeña ciudad donde un grupo de mujeres se reunió para discutir sus preocupaciones comunes (Purushothaman y Jaeckel 2001).

Monika Jaeckel. “Mother Centers in the Czech Republic”. Sangeetha Purushothaman, Monika Jaeckel (eds.) (2001). *Engendering Governance and Development: Grassroots Women’s Best Practices*. Bangalore: Books for Change, pp. 40-62.

11 *Ibid.*

12 Andrea Laux. N. D. Andrea. *The Story of the Mothers Centers, Germany*. The Huairou Commission Newsletter, 12/09/2003.

13 Monika Jaeckel. Personal Communication. 2003



La demografía desempeña una función destacada en la aparición de los centros para madres, al igual que ocurre con otros espacios de género urbanos. La mayoría de los países desarrollados tiene tasas de maternidad muy bajas, pero las de Alemania y la República Checa son extremadamente bajas. Durante más de dos décadas, en Alemania y la República Checa ha habido menos niños de los que se necesitan para regenerar la población. La falta de niños incrementa su valor y convierte los temas privados de las familias en un asunto de debate público. Los centros para madres tienden un puente entre los ámbitos privado y público, lo que coloca a las familias en el núcleo de reformas políticas y económicas. La baja fertilidad es una prioridad nacional debido a sus implicaciones para la inmigración. Los trabajadores extranjeros pueden compensar la falta de mano de obra originada por las bajas tasas de maternidad, pero rara vez se conceden a los inmigrantes los derechos legales de ciudadanía. Las grandes comunidades de inmigrantes de las principales ciudades plantean las mismas cuestiones de gobernanza, prestación de servicios y sanidad pública que las que se pusieron de relieve en las ciudades estadounidenses del siglo XIX.

CONSIDERACIONES FINALES

Este congreso¹⁴ sobre urbanismo y género plantea temas significativos para el ámbito público. He comentado que los espacios de género urbanos evolucionan cuando condiciones anómicas dan lugar a nuevas instituciones. A diferencia de la segregación de género obligatoria, que reduce el acceso de las mujeres al ámbito público, los espacios de género voluntarios pueden mejorarlo.

Cualquier espacio seguro que ofrece a las mujeres oportunidades fuera del hogar contribuye a la sociedad civil de tres maneras. Primero, ofrece a las mujeres una identidad más allá de la asociada al hogar, lo que en sí mismo incrementa el potencial para un ámbito público más igualitario. En segundo lugar, puede servir de plataforma para el discurso público de asuntos importantes. El beguinaje dio lugar a un debate sobre la función adecuada de las mujeres en la religión formal. La casa de acogida fue escenario de intensos debates sobre el sufragio, los derechos laborales y la corrupción municipal. El centro para madres propicia deliberaciones sobre el equilibrio adecuado entre la familia y los valores de libre mercado. En ocasiones, un espacio de género urbano crea una comunidad que apoya a figuras públicas distinguidas como María de Oignies o Jane Addams. Por último, cuando los espacios de género voluntarios promueven la independencia económica, es menos probable que las mujeres dependan de la ayuda de sus maridos o del gobierno.

14 Jornadas de Urbanismo y Género; una visión necesaria para todos. Diputació de Barcelona, Barcelona, abril, 2005.

La política pública puede contribuir al éxito de los espacios de género urbanos facilitando espacios para que florezcan, tal y como demuestra el ejemplo de los centros para madres. A pesar de que inicialmente fueron un movimiento pionero independiente de ayudas gubernamentales, algunos centros para madres han convencido a las autoridades locales para que les cedan tanto espacio como el que ocupan otras oficinas municipales. Los centros para madres han conseguido mayor legitimidad al aumentar su visibilidad espacial.

¿Son necesarios los espacios de género urbanos? Una forma de responder a esta pregunta es plantearnos qué ocurriría si no existieran. La economía urbana medieval habría sufrido sin el trabajo de las beguinas en la industria textil, y la calidad de vida de los pobres y los enfermos habría sido peor. Tal vez la elevada tasa de alfabetización del sur de los Países Bajos habría sido inferior si las beguinas no hubieran enseñado a las mujeres jóvenes a leer. La ciudad industrializada del siglo XIX necesitaba un mecanismo para asimilar a miles de inmigrantes, una función que cumplieron las casas de acogida. En los países postsocialistas actuales, los centros para madres representan intercambios laborales y una base de prácticas democráticas que a las mujeres les resultaría difícil conseguir aisladas. Al igual que el beguinaje y la casa de acogida, el centro para madres prepara a las mujeres para ocupar puestos laborales y de liderazgo en una economía de transición política.

En los períodos de transición el ámbito público civil peligra. Se abandonan las normas tradicionales que rigen los comportamientos adecuados, mientras que las nuevas tardan mucho tiempo en aparecer. Un largo proceso de ensayo y error precede a la capacidad para reemplazar el antiguo orden social. Este período transicional de anomia, tanto si dura siglos como si dura décadas, es uno de los escenarios en el que pueden surgir espacios de género. Al conferir a las mujeres una identidad, potencial para su independencia económica y visibilidad política, los espacios de género contribuyen a un ámbito público vital.



Escribir la historia de las mujeres

Michelle Perrot



Michelle Perrot (1928) es historiadora y feminista francesa. Es pionera del estudio de la historia de las mujeres en Francia. Le ha sido otorgada la Legión de Honor por su conocimiento de la historia del siglo XIX. Es profesora emérita de la Universidad París VII - Denis Diderot, donde ha efectuado parte de su carrera, tras abandonar la Sorbona en los setenta. Ha trabajado sobre la historia de las mujeres, de la clase obrera, y más adelante sobre las interpretaciones sociales comprometidas, en programas contra el sida o en defensa de la cultura de la paz. Ha sido amiga y colaboradora de Foucault. Dirigió con Georges Duby la *Histoire des femmes en Occident* (Historia de las mujeres en Occidente) (5 vol., Plon, 1991-1992) y publicó el conjunto de sus artículos sobre el tema en “Les femmes ou les silences de l’histoire”, *Flammarion*, 2001 (Las mujeres y el silencio de la historia).

Fragmento seleccionado de Michelle Perrot (2006). *Mi historia de las mujeres* (Mariana Saúl Trad.) Barcelona: Fondo de Cultura Económica. (pp. 9-15; 17-24; 27).



EL SILENCIO ROTO

Escribir la historia de las mujeres es sacarlas del silencio en que estaban sumergidas. Pero, ¿por qué este silencio? Y antes que nada: ¿las mujeres tienen solo una historia?

La pregunta puede parecer extraña. “Todo es historia”, decía George Sand, y Marguerite Yourcenar afirmó más tarde: “Todo es la historia”. ¿Por qué las mujeres no pertenecerían a la historia?

Todo depende del sentido que se dé a la palabra *historia*. La historia es lo que pasa, la sucesión de los acontecimientos, de los cambios, de las revoluciones, de las evoluciones, de las acumulaciones que tejen el devenir de las sociedades. Pero también es el *relato* que se hace de ellos. Los ingleses distinguen *story* de *history*. Las mujeres han quedado largamente excluidas de este relato, como si, condenadas a la oscuridad de una reproducción inenarrable, estuvieran fuera del tiempo o por lo menos fuera del acontecer. Sepultadas bajo el silencio de un mar abismal.

Por cierto, en este silencio profundo las mujeres no están solas. Dicho silencio envuelve el continente perdido de las vidas engullidas por el olvido en que la masa de la humanidad queda abolida, pero cae con más peso sobre ellas. Y esto por varias razones.

LA INVISIBILIDAD

En principio, porque a las mujeres se las ve menos en el espacio público, el único que durante mucho tiempo mereció interés y relato. Ellas trabajan en la familia, confinadas en casa (o en lo que hace las veces de casa). Son invisibles. Para muchas sociedades la invisibilidad y el silencio de las mujeres forman parte del orden natural de las cosas. Son la garantía de una polis pacífica. Su aparición en grupo da miedo. Para los griegos significa la *stasis*, el desorden.¹ Su palabra pública es indecente. “Que la mujer se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión”, dice el apóstol Pablo.² Ellas deben pagar su falta con un silencio eterno.

Hasta el cuerpo de las mujeres asusta. Se lo prefiere tapado. Los hombres son individuos, personas, tienen apellidos que pueden transmitir. Algunos son “grandes”: “grandes hombres”. Las mujeres no tienen apellido: solo nombre de pila. Aparecen confusamente, en la penumbra de grupos oscuros. “Las muje-

1 Sobre este tema, véanse los trabajos de Nicole Loraux.

2 Primera epístola a Timoteo, 2, 12-14.

res y los niños”, “primero”, o al costado, o afuera, según el caso: la expresión clásica traduce esta generalización. Al principio de *Tristes trópicos*, Claude Lévi-Strauss describe un pueblo después de que los hombres han salido a cazar: ya no quedaba nadie, dice, salvo las mujeres y los niños.

Porque se las ve poco, se habla poco de ellas. Y esta es una segunda razón de silencio: el silencio de las fuentes. Las mujeres dejan pocas huellas directas, escritas o materiales. Su acceso a la escritura fue más tardío. Sus producciones domésticas se consumen más rápido, o se dispersan con mayor facilidad. Ellas mismas destruyen, borran sus huellas porque creen que esos rastros no tienen interés. Después de todo, solo son mujeres, cuya vida cuenta poco. Hay incluso un pudor femenino que se extiende a la memoria. Una desvalorización de las mujeres por ellas mismas. Un silencio consustancial a la noción de honor.

En cuanto a los observadores o a los cronistas, hombres en su gran mayoría, les prestan una atención reducida o guiada por estereotipos.

Es cierto, se habla de mujeres, pero de manera general. “Las mujeres son...”, “La Mujer es...”. La verbosidad del discurso sobre las mujeres contrasta con la ausencia de información precisa o detallada. Lo mismo ocurre con sus imágenes. Producidas por los hombres, estas imágenes nos dicen, sin dudas, más sobre los sueños o los temores de los artistas que sobre las mujeres reales. Ellas son imaginadas, representadas, más que descritas o narradas. He allí una segunda razón para el silencio y la oscuridad: la asimetría sexual de las fuentes; variable, por otra parte, desigual según las épocas, y sobre la cual deberemos volver.

Pero el *silencio más profundo es el del relato*. El relato de la historia tal como lo construyen los primeros historiadores griegos o romanos concierne al espacio público: las guerras, los reinados, los hombres “ilustres”, o al menos los “hombres públicos”. Lo mismo sucede con las crónicas medievales y la historia sagrada, que habla de santos más que de santas. Y además, los santos actúan, evangelizan, viajan. Las mujeres preservan su virginidad y rezan. O acceden a la gloria por el martirio, espléndido honor.

Las reinas merovingias, tan crueles, las damas galantes del Renacimiento, las cortesanas de todas las épocas hacen soñar. Para existir hay que ser piadosa o escandalosa.

[...]

¿Cómo cambiaron las cosas? ¿Cómo nació una “historia de las mujeres”, de la que ellas fueron la materia prima, a la vez objeto y sujeto del relato?



NACIMIENTO DE UNA HISTORIA DE LAS MUJERES³

Surgió en Gran Bretaña y los Estados Unidos en los años sesenta, y en Francia una década más tarde. Muchas series de factores imbricados —científicos, sociológicos, políticos— convergieron en la emergencia del objeto “mujer”, en las humanidades en general y en historia en particular. Evocaré estos factores brevemente.

Factores científicos: alrededor de los años setenta se opera una renovación del cuestionamiento, ligada a la crisis de los sistemas de pensamiento (marxismo, estructuralismo), a la modificación de las alianzas disciplinarias y al crecimiento de la subjetividad. La historia se reconcilia con la antropología y redescubre la familia; la demografía histórica, en pleno auge, mide todas sus dimensiones. Mediante datos como la natalidad, la nupcialidad, la edad al contraer matrimonio o la mortalidad, capta —sin por eso atarse a ella— la dimensión sexuada de los comportamientos. De paso, se plantea la cuestión de las mujeres como sujetos. El quehacer de Georges Duby, llegado a la historia de las mujeres por la vía antropológica, ilustra esta evolución

[...]

Existen *factores sociológicos*, a saber, la presencia de las mujeres en la universidad. Como estudiantes, ellas representan casi un tercio de los inscriptos en los años setenta; como docentes, tras haber sido “indeseables” durante largos años, luego de la Segunda Guerra Mundial se abren un camino y hoy en día constituyen casi un tercio del personal. Esta feminización puede ser el germen de una demanda renovada, o por lo menos de una atención favorable.

Los *factores políticos*, en el sentido amplio del término, fueron decisivos. El Movimiento de Liberación de las Mujeres, desarrollado a partir de los años setenta,⁴ en principio no apuntaba a la universidad y, aunque sus preocupaciones no incluían la historia, se apoyaba en mujeres intelectuales, lectoras de Simone de Beauvoir que creían haber resuelto el problema de *El segundo sexo*. Este movimiento tuvo efectos de saber, al menos de dos maneras. En primer lugar, en su búsqueda de ancestros y de legitimidad, y por su deseo de encontrar pistas y hacerlas visibles, inició un “trabajo de memoria” que no ha dejado de desarrollarse desde entonces en la sociedad en su conjunto. En segundo lugar, y en un plazo más largo, el movimiento tuvo ambiciones más teóricas. Pretendía criticar los saberes constituidos, que se presentaban como universales a pesar de su carácter frecuentemente masculino. En los años setenta y ochenta hubo

3 Sobre esta historiografía, véase Françoise Thébaud (1998). *Écrire l'histoire des femmes*, Fontenay-aux-Roses, ediciones ENS.

4 Françoise Picq (1993). *Libération des femmes. Les années-mouvement*. Paris. , Seuil.



una voluntad de “ruptura epistemológica” que afectó principalmente a las ciencias sociales y humanísticas, pero que ocurrió también en las matemáticas.⁵

Así nació el deseo de otro relato, de otra historia.

LAS MUJERES REPRESENTADAS: DISCURSOS E IMÁGENES

Para escribir la historia hacen falta fuentes, documentos, huellas. Y esto constituye una dificultad en la historia de las mujeres. Su presencia suele estar tachada, sus huellas borradas, sus archivos destruidos. Hay un déficit, una carencia de huellas.

En principio, por falta de registro. Por el lenguaje mismo. A ello contribuye la gramática, que en caso de carácter mixto recurre al masculino plural: ellos disimula ellas. En raso de huelgas mixtas, por ejemplo, con frecuencia ignoramos el número de mujeres.

Las estadísticas suelen ser asexuadas, sobre todo en el ámbito económico, las estadísticas industriales o laborales. La sexuación de las estadísticas es relativamente reciente y exigida por sociólogas del trabajo feministas. ¿Acaso no es necesario conocer para analizar? Hoy nos encontramos con problemas análogos a los de los orígenes étnicos, cuya identificación atormenta, con mayor gravedad, al ámbito de los demógrafos.

Mediante el matrimonio las mujeres perdían su nombre; en Francia, por lo menos, pero no solo allí. Suele ser difícil, e incluso imposible, reconstituir linajes femeninos. La investigación demográfica llamada TRA e iniciada por Jacques Dupâquier, que estableció la genealogía de las familias cuyos apellidos comienzan por *Tra* para estudiar los fenómenos de movilidad social, ha debido renunciar a las mujeres por esta razón. No hay dudas de que el retroceso del matrimonio y la posibilidad de elegir el apellido propio y el que se lega a los hijos complicarán el futuro de los demógrafos y genealogistas. Esta revolución del nombre es rica en sentido.

En general, cuando las mujeres aparecen en el espacio público los observadores se desconciertan; las ven en masa o en grupo, lo que por otra parte corresponde en general a su modo de intervención colectiva: ellas intervienen en tanto madres, amas de casa, guardianas de los víveres, etc. Se abusa de los estereotipos para designarlas y calificarlas. Los comisarios de policía hablan de “harpías” o de “marimachos” para designar a las manifestantes, casi siempre llamadas “histéricas” si profieren el más mínimo grito. La psicología de las masas presta

5 Alrededor de la asociación “Mujeres y ciencias” de Claudine Hermann, por ejemplo. Se trataba menos del contenido de las matemáticas que de sus condiciones sexuadas de enseñanza.



a las masas una identidad femenina, susceptible de pasión, de nerviosidad, de violencia, incluso de salvajismo.

La destrucción de las huellas también opera. Esta destrucción es social y sexualmente selectiva. En una pareja en la que el hombre es famoso, se conservarán los papeles del marido, no los de su mujer. Es así como se guardaron las cartas de Tocqueville a su esposa, pero no las que esta le mandaba a aquél. Hasta hace poco se descuidaban los archivos privados y los depósitos públicos recibían con reticencia papeles que no se sabía cómo administrar. Para los políticos o los escritores, vaya y pase. Pero ¿para la gente común? Y, sobre todo, ¿para las mujeres? Como reacción a esta actitud se creó, hace unos diez años, bajo el impulso de Philippe Lejeune, una asociación destinada a recibir y promover el depósito de los archivos privados.

También opera una autodestrucción de la memoria femenina. Convencidas de su insignificancia, muchas mujeres, extendiendo a su pasado el sentimiento de pudor que se les había inculcado, destruían —y destruyen— sus papeles personales al final de sus vidas. Quemar los propios papeles, en la intimidad de la habitación desierta, es un gesto clásico de la mujer anciana.

Todas estas razones explican que haya una carencia de fuentes, no sobre las mujeres —y menos aún sobre la mujer—, sino sobre su existencia concreta y su historia singular. En el teatro de la memoria, las mujeres son solo sombras.

[...]

LA AVALANCHA DE IMÁGENES

Y se las pinta, se las representa desde que el tiempo es tiempo, desde las grutas de la prehistoria, en las que no se terminan de descifrar sus huellas, hasta las revistas y publicidades contemporáneas. Las paredes de la ciudad están saturadas de imágenes de mujeres. Pero, ¿qué nos dicen sobre sus vidas y sus deseos?

El problema de las imágenes fue planteado sobre todo por los historiadores de la Antigüedad, Paul Veyne, y de la Edad Media, Georges Duby, impresionados por el silencio de las mujeres en las épocas que estudiaban. En *Los misterios del gineceo*, magnífico análisis del fresco de la Villa de los Misterios de Pompeya, Paul Veyne se pregunta por aquello que esas representaciones dicen de las mujeres y de su deseo. “La mirada no es simple, y la relación entre la condición de las mujeres y la imagen de la mujer lo es aún menos”, dice. Por su parte, Françoise Frontisi-Ducroux, al final de un cautivante estudio sobre “el sexo de la mirada”, concluye más radicalmente que es imposible, para esas épocas

antiguas, llegar a la mirada de las mujeres, “construcción del imaginario de los hombres”.

Georges Duby no es mucho más optimista. En el prólogo a *Images de femmes*, insiste en algo que para él constituía una obsesión enigmática: la fuerza de la iniciativa masculina que obliga a las mujeres a ser solo espectadoras, más o menos anuentes, de ellas mismas. “Las mujeres no se representaban ellas mismas [escribe Duby]. Ellas eran representadas. [...] Aún hoy, es una mirada de hombre la que se fija sobre la mujer”, esforzándose por reducirla o seducirla. Él espera que, a pesar de todo, las mujeres encuentren algún placer en esa mirada.

Entonces, ¿qué hacer con esas imágenes que nos hablan más que nada sobre el imaginario de los hombres? Puede hacerse el inventario de las representaciones de la feminidad. Puede uno preguntarse qué era la belleza en tal o cual época.⁶

Interrogarse sobre la manera en que los pintores percibían la feminidad. En este sentido, la experiencia de Colette Deblé es absolutamente singular. Desde hace años esta artista representa a mujeres según cuadros pintados por pintores conocidos, tan disímiles como Miguel Ángel, Philippe de Champaigne, Girodet y Félix Vallotton. Según su trato íntimo y prolongado con estos artistas, ¿qué impresión le queda en cuanto a la mirada de ellos sobre las mujeres? “Ellas les dan miedo, pero las aman igual”, responde a mi pregunta.

[...]

FUENTES: MUJERES EN LOS ARCHIVOS

Discursos e imágenes recubren a las mujeres como un grueso manto. ¿Cómo alcanzarlas, cómo perforar el silencio, los estereotipos que las envuelven?

Sin embargo, existen muchas fuentes. Fuentes que hablan de ellas. Fuentes que emanan de ellas, en las que sus voces pueden escucharse directamente, que es posible encontrar tanto en las bibliotecas —lugares de lo impreso, de los libros y diarios— como en los archivos, tanto públicos como privados. Lugares solidarios y complementarios que sería un error comparar, pero que se diferencian, sin embargo, por un grado mayor o menor de espontaneidad discursiva. Todos esos son caminos que yo quisiera tomar. Por lo menos, quisiera señalar algunos de ellos.

Internémonos primero en los archivos públicos. Los archivos policiales y judiciales son los más ricos en lo que atañe a las mujeres, sobre todo a partir de los

6 Georges Vigarello (2004). *Histoire de la beauté. Le corps et l'art d'embellir de la Renaissance à nos jours*, París, Seuil [trad. esp. : *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].



siglos xvii y xviii, cuando el orden de la calle, así como el del país, se torna una obsesión. Ahora bien, las mujeres alteran el orden más de lo que convendría. En este aspecto, los trabajos de Arlette Farge son significativos. En el afán de recuperar, a través del contacto con el archivo y de la emoción que este suscita, la presencia de los desconocidos, de los silenciosos de la historia, Farge extrajo de los archivos del Châtelet (la policía de París) la materia prima de una obra en la que palpita el pueblo de París. En *Vivre dans la rue* y *La vida frágil*,⁷ las mujeres se cuelan y se afirman; en el corazón de las noticias periodísticas que cuentan conflictos y situaciones familiares difíciles —pero también la solidaridad y la vitalidad de la gente humilde que trata de arreglárselas frente a las trampas de la ciudad— se encuentran vendedoras rebeldes, hábiles empleadas domésticas, esposas furiosas, hijas casaderas “seducidas y abandonadas”. En las actas asentadas por los comisarios, menos codificadas que en la actualidad, se dejan oír las recriminaciones, las quejas, las injurias, las palabras del pueblo y de las mujeres.

[...]

Los interrogatorios, las investigaciones de la instrucción, los testimonios permiten en cierta medida acercarse a las mujeres de las clases populares en sus realidades cotidianas. Se oye el eco de sus palabras, que los comisarios de policía o los gendarmes se esfuerzan en consignar, incluso traducir. Se perciben sus reticencias, la inmensidad de lo no dicho. Se siente el peso de su silencio.

Debido al lugar que ocupan en la familia, tenemos más oportunidades de encontrar algún rastro de las mujeres en los archivos privados. Por definición, el estatus de esos archivos fue durante mucho tiempo —y sigue siendo— necesariamente incierto. Los archivos públicos, nacionales o departamentales, destinados a hundirse bajo los expedientes administrativos, los reciben con reticencia, a cuentagotas y de manera selectiva. Escritores, políticos o empresarios franquean el umbral, pero es mucho más difícil para la gente común, y más aún para las mujeres.

Para paliar esta carencia, ligada también a la saturación de los depósitos públicos, fueron creados diversos organismos. El Instituto Memorias de la Edición Contemporánea (IMEC, actualmente en la abadía de Ardenas, cerca de Caen) recibe los archivos de editores, revistas y en segundo lugar escritores e investigadores, como Marguerite Duras y Michel Foucault. Es un lugar muy rico para la vida intelectual contemporánea.

7 Arlette Farge (1979). *Vivre dans la rue à Paris au XVIII siècle*, París, Gallimard, col. “Archives”; (1986). *La Vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIII siècle*, París, Hachette [trad. esp.: *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 1994].

[...]

Hay pocas autobiografías de mujeres. ¿Por qué? La mirada introspectiva en cada vuelta o al término de una vida, más propia de los personajes públicos que de los privados, con el fin de hacer el balance de su existencia y dejar un rastro de ella, es una actitud poco femenina. “Mi vida es menos que nada” dicen la mayoría de las mujeres. ¿Para qué hablar de ella, si no para recordar a los hombres, más o menos “grandes”, que una conoció, acompañó o frecuentó?

Las que lo intentaron lo hicieron más bien bajo la forma de “memorias” de su tiempo.

[...]

La correspondencia es, en cambio, un género muy femenino. Desde madame de Sévigné, ilustre antepasada, la carta es un placer, una licencia, hasta un deber para las mujeres. Son sobre todo las madres las corresponsales del hogar. Escriben a los parientes ancianos, al marido ausente, al adolescente interno, a la hija casada, a las amigas del convento. Sus epístolas circulan a veces entre la parentela. La carta constituye una forma de sociabilidad y de expresión femenina autorizada, incluso recomendada o tolerada. Forma distanciada del amor, más cómoda y menos peligrosa que el encuentro, la carta de amor lo sustituye hasta el punto de representar lo esencial. Se convierte en un tema y un motivo de la literatura (la novela epistolar) y la pintura de género, sobre todo holandesa: la mujer que lee una carta en la intimidad, o cerca de una ventana, en la frontera entre el interior y el exterior, y sueña con el amante o con el marido viajero o guerrero (véase Vermeer de Delft).

[...]

→ 3 URBANISMO



SAVE THE WEST VILLAGE

WE WANT A RAFFIC

PLER
HELP U
PROTEC
OUR
CHILD



Ciudades, espacios, género, feminismos

Magda Melara Orellana

Los cambios de paradigmas propuestos tanto por las mujeres, como por las distintas reivindicaciones del movimiento feminista, dan cuenta de una mirada amplia en la lectura de la realidad. El urbanismo no escapa a estas interpretaciones, y, ya sea desde la producción teórica o desde la práctica misma, se han señalado u ofrecido soluciones ante acontecimientos de inequidad, de derechos no alcanzados, de experiencias disímiles que tienen como escenario concreto las ciudades.

Ambas propuestas, tanto las provenientes de las mujeres como las de los movimientos feministas, contravienen la apuesta de hacer ciudades desde la zonificación propuesta por el movimiento moderno. La ciudad resultante, especialmente desde el final de la Segunda Guerra Mundial SGM, configura el escenario de la producción económica, que prioriza la movilidad y el espacio utilizado por los coches, que admite un módulo generador —un sujeto, masculino, en edad de trabajar, saludable, con auto, que hace su vida junto a una mujer que permanece en casa— que apela a una neutralidad inexistente en la experiencia humana. Y si lo anterior fuera un argumento insuficiente, tampoco se hace cargo de la reproducción de la vida. Las ciudades han sido configuradas y gestionadas de forma androcéntrica y patriarcal.

Desde los feminismos hace tiempo que se produce pensamiento, práctica y acción ligados al urbanismo, a las ciudades y sus espacios. En este apartado se ha hecho una compilación básica e imprescindible, que es una selección de un amplio legado. Las contribuciones que las mujeres y el movimiento feminista, arquitectas o no, han hecho a través de sus reivindicaciones, gestión de prácticas espaciales, y en la producción de las ciudades, representan un legado prolífico, tanto por la integridad de sus propuestas como por la calidad de sus soluciones. Este legado está compuesto de todas las experiencias de mujeres de todo el mundo y de todos los tiempos quienes de maneras diversas se encargaron de construir, proyectar, reivindicar, gestionar, cuestionar, proponer, actuar.

Para iniciar, se recupera un fragmento entre los amplios aportes desarrollados por Jane Jacobs, quien desde 1961 hizo referencia a la importancia de activar la diversidad urbana que a su vez expone como una condición necesaria para generar espacios urbanos vitales. En ese contexto, profundiza sobre lo beneficioso que resulta en las ciudades la mixtura de usos y la confluencia de personas con distintos perfiles, y detalla las condiciones que encuentra necesarias para que

pueda ocurrir la diversidad que propone. Destacó la calle, la acera, los espacios públicos y la vida de barrio como los escenarios idóneos para el encuentro de las personas y la gestión comunitaria de las necesidades cotidianas.

Por su parte, Dolores Hayden, reclama un nuevo paradigma de casa, de barrio, de ciudad, que no edifique la división sexual del trabajo y no sea sexista como es el caso del suburbio estadounidense. A su vez, argumenta como una denuncia cómo esta solución habitacional ofrece un conglomerado de diversas limitaciones a las mujeres que las habitan, y la necesidad de que las mujeres y feministas transformen la división sexual del trabajo tanto en términos físico-espaciales como sociales —aludiendo también a la corresponsabilidad en las tareas reproductivas— para ser consideradas de manera efectiva como “miembros iguales” en la sociedad.

Pero para ser iguales en cualquier escenario es necesario identificar las diferencias, detectar desventajas y profundizar en los motivos que las admiten. Para el caso, Doreen Massey reivindica a través de una reflexión muy profunda cómo es distinto el acceso al espacio si se explica a partir de las experiencias de mujeres, en comparación con la experiencia de los hombres. Argumenta cómo incluir el enfoque de género que a su vez permite alcanzar una lectura acuciosa de la realidad para desarrollar propuestas beneficiosas para todas las personas.

Por su parte, Ana Falú y Liliana Rainero documentan los inicios de la aplicación de la perspectiva de género al hábitat urbano en el contexto latinoamericano; a partir de datos empíricos destacan la relación de las mujeres en la producción de sus espacios urbanos a partir de las responsabilidades familiares que los roles de género les asignan. Profundizan además en los temas de debate en aquel momento y las oportunidades para impactar la agenda de la política pública.

Gestionar la agenda política ha sido un camino de oportunidad, pero hacer permear la mirada de las mujeres ha requerido de esfuerzos importantes. Clara Greed ofrece una visión general del efecto del movimiento de las mujeres en la práctica de la planificación. Para Greed es importante señalar los factores inhibidores del progreso, señalando la naturaleza masculina de la profesión urbanística, y cómo sus respuestas a través de la planificación y la política pública no responde a la necesidad amplia de las mujeres, un colectivo homogéneo, cuyas opiniones varían según la edad, etnia, clase social, perspectiva personal, entre otros. Invita a incluir diversos elementos de análisis a partir de la mirada diversa de las mujeres para no yacer en la comodidad del esencialismo.

La importancia de incluir la mirada de las mujeres y las actividades de la reproducción como una manera de integrar la dimensión de género en el urbanismo, pasa también por contemplar la propuesta nórdica de las infraestructuras para la vida cotidiana, como lo hace Inés Sánchez de Madariaga, quien también argu-

menta la necesidad de favorecer las distancias cortas y la proximidad, situación que implica cambios en el espacio urbano en todas sus escalas y en distintos ámbitos.

Sin lugar a duda, adecuar el urbanismo para la vida cotidiana también requiere abrir espacios políticos dentro de la sociedad civil para incluir en la discusión y reflexión, situaciones que generalmente poco interesan a las estructuras hegemónicas. Anna Bofill Levi documenta la necesidad y los métodos para elevar la diversidad de voces en los espacios participativos —es decir, las voces de las mujeres, las de personas con distinta situación de origen, con distintos niveles de ingresos, etc.— dado que estos colectivos con perspectivas propias necesitan vías particulares para encontrar los espacios donde depositar sus experiencias al momento de llevar a cabo una consulta que intenta ser democrática, pero que sin estos reconocimientos no llega a serlo.

Por otro lado, un elemento destacado en las ciudades que se ocupe de todas las personas es el factor tiempo. Liisa Horelli expone los argumentos para crear un nuevo planteamiento sobre la gestión de la relación tiempo y espacio en la vida cotidiana para los contextos urbanos. Por un lado, con la intención de mejorar la estructura de apoyo a la vida que constituye una muestra de la tradición nórdica de servicios sociales, y, por el otro, para implementar la investigación de las políticas europeas locales que tienen como objetivo desarrollar sincronías entre tiempo, vida y ciudades.

Es patente la necesidad de una ciudad próxima si se trata de una ciudad para la vida de acuerdo al breve recorrido por las autoras anteriores. Por su parte, Zaida Muxí Martínez documenta ampliamente cómo los modelos económicos repercuten en la configuración y las dinámicas de las ciudades, y cómo a partir de esto surgen los retos para plantear una ciudad que realmente sea para todas las personas; habla de una ciudad próxima. A su vez, señala la necesidad imperante de salir de las mesas de dibujo de los despachos profesionales para encontrar en la gestión próxima y en la empatía una herramienta más para la gestión de las ciudades.

La edad también es importante en una ciudad que piensa y se ocupa de todas las personas. María Ángeles Durán, por su parte, profundiza en la necesidad de trabajar sobre la configuración espacial de las ciudades en razón del crecimiento de la población en edad avanzada. Aporta también la construcción social de la edad y ofrece un análisis desde la perspectiva de género. Conjuntamente, contribuye a visualizar las barreras arquitectónicas que enfrentan las personas mayores en la ciudad, y, a su vez, recupera una serie de instrumentos de planificación para la movilidad y accesibilidad urbana en materia.

La movilidad es, ciertamente, una experiencia diversa. Carme Miralles analiza las características de la movilidad en Cataluña y profundiza en la marcada diferencia observada en las mujeres mientras se mueven o se transportan por la ciudad, que encuentra una explicación en su rol dentro de la estructura social. Por tal motivo, argumenta la necesidad de que los estudios sobre movilidad y tráfico no hagan caso omiso de esta situación, y demanda la necesidad de un análisis diferenciado por sexo.

Sin lugar a dudas, destacar y reconocer la amplitud de las experiencias que habitan las ciudades es todavía una reivindicación. Col·lectiu Punt 6 expone la necesidad de trabajar los barrios y ciudades para generar espacios inclusivos que tengan en cuenta la diversidad de experiencias y que, a su vez, consideren tanto las exigencias derivadas del mundo reproductivo como productivo en un nivel equitativo de importancia. A través de su escrito recogen una serie de recomendaciones para la aplicación de la perspectiva de género en el urbanismo.

Perspectiva de género y feminismos aplicados al urbanismo conllevan un posicionamiento profesional a partir del cual repensar las ciudades para la inclusión, donde es fundamental reivindicar el papel de las mujeres, asignando la importancia a cada aspecto de la cotidianidad y la diversidad de experiencias, para poder, así, garantizar el sostenimiento de la vida.



Muerte y vida de las grandes ciudades Jane Jacobs



Jane Jacobs (1916-2006) fue divulgadora científica, teórica del urbanismo y activista sociopolítica estadounidense; debido a la guerra de Vietnam abandonó su país para ser ciudadana canadiense. Jacobs decía que cada ciudad debe ser ella misma, con sus diferencias y características. Si bien para ella su mayor legado era su contribución a la teoría económica, es en el ámbito de la planificación urbana donde ha tenido su mayor impacto. Sus observaciones sobre las formas en que funcionan las ciudades revolucionaron la profesión de planificación urbana y desacreditaron muchos modelos de la planificación de mediados de siglo xx. Destacó por su activismo en la organización de movimientos sociales urbanos encaminados a paralizar proyectos urbanísticos que destruyeran las comunidades locales. En 1996 le fue concedida la Orden de Canadá por sus escritos fundamentales y sus comentarios que invitan a la reflexión sobre el desarrollo urbano. La sección de sociología urbana y de la comunidad de la American Sociological Association le otorgó su premio Outstanding Lifetime Contribution en 2002.

Fragmento seleccionado de Jane Jacobs (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades* (Ángel Abad y Ana Useros, trad.). Madrid: Capitán Swing Libros (pp. 40-41, 175-83). (Obra original publicada en 1961.)

LOS GENERADORES DE DIVERSIDAD

Las guías de teléfonos nos muestran muy claramente el dato capital en relación con la ciudad: el inmenso número de partes que la componen y la inmensa diversidad de esas partes. La diversidad es algo connatural a las grandes capitales.

“Muchas veces me he entretenido —escribía James Boswell en 1791— pensando lo diferente que es Londres para distintas personas. Aquellas cuyas estrechas mentes se limitan a considerar un objetivo particular, lo ven únicamente a través de este prisma. [...] Pero el hombre de entendimiento recibe su impacto, pues comprende la vida humana en toda su variedad, cuya contemplación es inagotable”.

Boswell no solo dio una buena definición de las ciudades, sino que puso el dedo en uno de los principales problemas a la hora de tratar de ellas. Es muy fácil caer en la trampa de considerar los usos de una ciudad cada uno por separado, por categorías. De hecho, el hacer esto —analizar las ciudades uso por uso— se ha convertido en la táctica habitual para urbanizar. Las conclusiones de distintas categorías de usos se juntan entonces en un marco amplio y global.

Las panorámicas globales que estos métodos engendran son aproximadamente tan útiles como aquel retrato que hicieron los ciegos que palparon un elefante y después reunieron averiguaciones. El elefante seguía su camino, ajeno totalmente a la noción de si era una hoja, una serpiente, una pared, un tronco de árbol y una cuerda, todo ello puesto junto de alguna manera. Las ciudades, como son artefactos nuestros, no tienen tantas defensas contra tan solemnes majaderías.

Para entender una ciudad hemos de ocuparnos abiertamente, como su manifestación esencial, de las combinaciones o mezcla de usos, no de estos por separado. Ya vimos la importancia de esto en el caso de los parques vecinales. Podemos pensar fácilmente —demasiado fácilmente— en los parques como fenómenos específicos y describirlos como adecuados o inadecuados en términos

de metros cuadrados por habitantes pongamos por caso. Este enfoque nos dice algo sobre los métodos de los urbanistas, más no nos dice nada útil sobre el comportamiento o valor real de los parques vecinales.

Una mezcla de usos, para ser lo bastante compleja como para sostener la seguridad urbana, el contacto público y el cruce de funciones y actividades, necesita una enorme diversidad de ingredientes. La primera cuestión —y a mi juicio la más importante, con mucho— sobre urbanización de ciudades es la siguiente: ¿Cómo pueden generar las ciudades una suficiente mezcla de usos, suficiente diversidad, a todo lo largo y ancho de un territorio suficiente, con el objeto de conservar su civilización?

Está muy bien reprimir la *gran carcoma de la monotonía* y comprender por qué es destructiva para la vida en una ciudad, pero esto no nos lleva muy lejos. Consideremos el problema planteado por la calle con la bonita acera-parque de Baltimore que mencioné en el capítulo 3 [del libro original]. Mi amiga de esa calle, la señora Kostritsky, tiene toda la razón cuando dice que hace falta algún comercio para la comodidad de sus usuarios. Como puede suponerse, la incomodidad y la falta de vida pública de calle son simplemente dos de los subproductos de su monotonía residencial. El peligro es otro: el temor a las calles oscuras. Algunas personas temen quedarse a solas en sus casas durante el día desde que tuvieron lugar dos repugnantes asaltos a pleno sol. Además, el lugar carece de posibilidades comerciales y de interés cultural. Bien se ve lo mortal que es la monotonía.

Pero, dicho esto: ¿qué hacer? No nace la diversidad y la comodidad, el interés y la vitalidad porque el área necesite estos beneficiosos resultados. Habría que ser estúpido para poner aquí una tienda, por ejemplo. No se ganaría ni para comer. Desear que en esta calle se origine de alguna forma una vida urbana animada es soñar despierto. Este lugar es un desierto económico.

Aunque es difícil de creer, si miramos las áreas urbanas tristes y grises o las cooperativas de vivienda o los centros cívicos, es un hecho que las grandes capitales son generadores naturales de diversidad, incubadoras prolíficas de nuevas empresas e ideas de todas clases. Más aún, las grandes ciudades son los hogares económicos naturales de numerosos tipos de pequeñas empresas.

Los principales estudios sobre la variedad y las dimensiones de las empresas situadas en una ciudad tratan de fábricas, sobre todo los de Raymond Vernon, autor de *Anatomy of a Metropolis*, y de P. Sargant Florence, que analizó el efecto de las ciudades sobre las actividades fabriles aquí [en Estados Unidos] y en Inglaterra.

Es característico el hecho de que, cuanto más grande es una ciudad, mayor es tanto la variedad de su actividad fabril como el número y proporción de sus pequeños fabricantes. La razón de esto, en pocas palabras, es que las grandes empresas tienen mayor autosuficiencia que las pequeñas, son capaces de cubrir por sí mismas la mayoría de sus necesidades de mano de obra cualificada y equipo, pueden almacenar ellos mismos y, finalmente, pueden vender a mercados más amplios y buscarlos donde haga falta. No necesitan radicar en las ciudades y, aunque a veces les sea más ventajoso instalarse en ellas, lo normal es lo contrario. Pero para los pequeños industriales es exactamente lo opuesto. Por lo general, tienen que buscar sus materias primas, sus calificaciones profesionales y muchas más cosas fuera; además, sirven a un mercado reducido, y esto cuando puede hablarse de mercado, y han de ser especialmente sensibles a los cambios de esteeste. Sin las ciudades no existirían. Dependientes de una

enorme variedad de otras empresas urbanas, añaden a su vez algo a esa diversidad. Esto último es importante: la diversidad urbana origina, permite y estimula más diversidad.

Una situación análoga descubrimos en muchas otras actividades distintas a las fabriles. Por ejemplo, cuando la Connecticut General Life Insurance Company construyó su nueva sede central fuera del casco urbano de Hartford, pudo hacerlo solamente instalando —además de los espacios destinados a oficinas y salas de descanso, departamento médico, etc.— un gran supermercado, un salón de belleza, una bolera, una cafetería, un teatro y una gran variedad de terrenos de juego. Este equipamiento es intrínsecamente ineficaz, está vacío la mayor parte del tiempo. Requiere subsidios, no porque sea un tipo de empresa ruinoso de por sí, sino porque su uso es muy limitado. Sin embargo, se supone que es necesario para atraer una fuerza de trabajo, y conservarla. Una gran compañía puede permitirse el lujo de esta ineficacia, que compensa con otras ventajas. Pero una pequeña oficina no puede hacerlo en absoluto. Si quiere ofrecer a empleados competentes y estables las mismas condiciones o mejores, debe estar en un lugar animado de la ciudad donde sus empleados encuentren las comodidades subsidiarias y las opciones que quieren y necesitan. Ciertamente, una de las razones, entre otras muchas, por las que el tan cacareado éxodo de posguerra de las grandes oficinas de las ciudades no pasó de ser un simple rumor, es que la diferencia en el menor coste del espacio suburbano se anula por el muy superior índice de espacio por trabajador que requiere un equipamiento que ningún patrón necesita aportar en la ciudad, ni ningún cuerpo de obreros o clientes mantener. Otra razón por la que estas empresas han permanecido en las ciudades, junto

con los pequeños despachos, es que muchos de sus empleados, sobre todo los ejecutivos, necesitan estar en estrecho y personal contacto y comunicación con personas ajenas a su despacho, incluyendo gente de pequeñas empresas.

Los beneficios que las ciudades ofrecen al pequeño son igualmente evidentes en el comercio al por menor, los servicios culturales y el ocio. Y esto es así porque las poblaciones urbanas son lo suficientemente grandes como para mantener una amplia variedad y elección en estas cosas. De nuevo encontramos que lo grande tiene todas las ventajas imaginables en los asentamientos pequeños. Por ejemplo, los suburbios y las ciudades pequeñas son el hogar natural de los enormes supermercados y no lo son, o lo son menos, de las tiendas de comestibles, lo son de las salas de cine y *drive-in*, pero no de los teatros. Y es que, sencillamente, no hay suficientes personas para atender a tanta variedad, aunque sí puede haber unos pocos que utilizarían esos servicios si los hubiera. Sin embargo, las ciudades son el hogar natural de los grandes almacenes y los cines y, junto a estos, de las tiendas de delicatessen, las pastelerías finas, los ultramarinos de importación, las salas de versión original, etc., todo en per-

fecta coexistencia, lo corriente y lo selecto, lo grande y lo pequeño. Allí donde se encuentre una parte animada y popular de la ciudad lo pequeño supera en número, con mucho, a lo grande.¹ Al igual que los pequeños fabricantes, estas pequeñas empresas no podrían vivir en ninguna otra parte de no existir las ciudades. Sin estas, no existirían.

La diversidad, de cualquier clase, generada por las ciudades se fundamenta en el hecho de que en estas hay muchas personas muy juntas, y entre ellas reúnen muchos gustos, conocimientos, necesidades, preferencias, provisiones y comeduras de coco.

Incluso los establecimientos más sencillos compuestos por el propietario y un empleado —ferreterías, quioscos, tiendas de golosinas y bares—, pueden florecer en número y presencia en los distritos urbanos animados, porque hay gente suficiente para mantenerlos en cortos y cómodos intervalos; a su vez esta comodidad y esta cualidad interpersonal vecinal es en buena parte el género que venden estos establecimientos. En cuanto dejan de ser frecuentados en cortos y cómodos intervalos, pierden ese activo. En un determinado ámbito geográfico, la mitad de la gente no mantendría la mitad de empresas semejantes repartidas en el doble de terreno. Cuando surge la incomodidad de la distancia, los establecimientos pequeños, diversificados y personales se marchitan.

Conforme hemos pasado a ser una zona rural con sus pueblos y pequeñas ciudades a una zona urbana, las empresas han aumentado en número, tanto en términos absolutos como relativos. En 1900 había veintiún establecimientos independientes no agrícolas por cada mil personas en toda la Unión. En 1959, a pesar del inmenso crecimiento de las empresas gigantes durante ese período, el índice era del 26,5 por mil. Con la urbanización, lo grande se agranda todavía más, pero lo pequeño se multiplica numéricamente.

Por supuesto, lo pequeño y lo diverso no son sinónimos. La diversidad de las empresas urbanas tolera todos los grados de tamaño pensables, pero una gran variedad requiere un alto porcentaje de elementos pequeños. Un escena-

1 En el comercio al por menor esta tendencia se ha ido desarrollando vigorosamente. Richard Nelson, experto en problemas del suelo de Chicago, en un estudio sobre las tendencias de posguerra de las ventas al por menor en unos veinte centros urbanos, ha descubierto que los grandes establecimientos comerciales han disminuido sus operaciones; las cadenas de establecimientos de productos varios las han mantenido aproximadamente al mismo nivel: los establecimientos pequeños y especializados han incrementado su negocio. Además, estos últimos han aumentado también en número. Estas pequeñas y diversificadas empresas no pueden competir fuera de la ciudad; pero a las grandes de tipo estándar les es fácil competir, en sus naturales lugares fuera de la capital, con otras igualmente grandes del centro. Esto es lo que ha ocurrido en el barrio donde yo vivo. Wanamaker's, el gran almacén localizado anteriormente en Greenwich Village, ha cerrado sus puertas aquí y se ha trasladado a una zona periférica; al mismo tiempo, las pequeñas y diversificadas tiendas de la anterior vecindad de Wanamaker's han aumentado en número y prosperado económicamente de manera asombrosa.

rio urbano animado lo es en buena parte en virtud de su enorme colección de pequeños elementos.

Pero la diversidad, que es lo más importante en los distritos urbanos, no se reduce de ninguna manera a las empresas de negocio al por menor, y puede parecer que hago demasiado hincapié en el comercio al detalle. Creo que no lo hago. La diversidad comercial es, en sí misma, de una enorme importancia para las ciudades, tanto social como económicamente. La mayoría de los usos de la diversidad a los que me referí en la primera parte del libro [original] dependen, directa o indirectamente, de la presencia de un comercio urbano abundante, cómodo y diverso. Además, allí donde encontremos un distrito urbano con una variedad exuberante de comercios, también descubriremos una amplia gama de otros tipos de diversidad, como oportunidades culturales de diferentes clases, distintos escenarios y ambientes, y una gran variedad de personas y usuarios. Esto no es una coincidencia. Las mismas condiciones físicas y económicas que generan la diversidad comercial están íntimamente ligadas a la producción, o a la presencia, de otras clases de variedad urbana.

No obstante, aunque pueda llamarse a las ciudades, con mucha razón, generadores económicos naturales de diversidad e incubadoras económicas naturales de nuevas empresas, esto no significa que las ciudades generen por definición esa diversidad simplemente porque existen. La generan por los distintos núcleos, económicos y eficientes, de distintos usos que forman. Donde no consiguen originar estos núcleos, entonces no generan diversidad mejor (si acaso) que los asentamientos pequeños. Y el hecho de que necesiten la diversidad social, a diferencia de los asentamientos pequeños, no cambia las cosas. El hecho más sobresaliente que hay que reseñar aquí es lo poco uniformemente que las ciudades generan diversidad.

Por otra parte, las personas que viven y trabajan en el North End de Boston, el Upper East Side de Nueva York o el North Beach - Telegraph Hill de San Francisco, por ejemplo, son capaces de usar y gozar grandes cantidades de diversidad y animación. Sus visitantes ayudan mucho. Pero los visitantes no crean los cimientos de la diversidad en áreas como estas, ni en las muchas otras bolsas de diversidad y eficacia económica dispersas en las grandes capitales, a veces en los lugares más insospechados. Los visitantes olfatean algo vigoroso y ya existente; entran entonces a compartirlo, compartirlo, reforzándolo por tanto.

En el otro extremo, enormes aglomeraciones urbanas existen sin que su presencia genere más que estancamiento y, en última instancia, un fatal descontento del lugar. Y no es que estas personas sean diferentes, más aburridas, tristes o que no aprecien el vigor y la diversidad. A veces incluyen hordas de buscadores, que olfatean esos atributos en otra parte, en cualquier parte. Más bien es que algo va mal en sus distritos, falta algo que catalice la habilidad de la población de



ese distrito para interactuar económicamente y ayudar a que se formen núcleos eficaces de usuarios.

En principio, puede ser ilimitado el número de personas de una ciudad cuya potencialidad como población urbana se derroche. Consideremos, por un instante, el Bronx, un municipio de Nueva York con un millón y medio de habitantes, aproximadamente. El Bronx está lamentablemente huérfano de vitalidad urbana, de diversidad y magnetismo. Tiene, por supuesto, sus residentes leales, la mayoría de ellos adscritos a los escasos brotes de vida callejera de la ciudad vieja, pero no son suficientes.

En un asunto tan sencillo para la amenidad y diversidad urbanas como son los restaurantes interesantes, el millón y medio de habitantes del Bronx no son capaces de generar uno. Kate Simon, autora de una guía urbanística —*New York Places and Pleasures*— describe cientos de restaurantes y otros establecimientos comerciales, especialmente los situados en lugares insospechados y apartados. No es ninguna esnob, y le gusta regalar a sus lectores descubrimientos baratos. Pero aunque lo ha intentado, no ha conseguido encontrar nada en el Bronx. Tras rendir homenaje a las dos sólidas atracciones del municipio, el zoo y el Jardín Botánico, pasa inmediatamente a recomendar un único lugar para comer, a la salida del zoo. La única posibilidad y lo acompaña con esta disculpa: “El barrio constituye por desgracia una tierra de nadie; el restaurante necesita un lavado de cara, pero a una le consuela pensar que... el mejor médico del Bronx puede estar sentado en cualquiera de las mesas de al lado”.

Pues bien, así es el Bronx y es realmente una gran desgracia que sea así; una desgracia para los ciudadanos que viven en él ahora y para los que lo heredarán un día u otro por su carencia de elección económica; en fin, una desgracia para la ciudad en su conjunto.

Y si el Bronx es un lastimoso derroche de potencialidades urbanas, como efectivamente sucede, consideren el hecho aún más deplorable de que puedan existir ciudades y áreas metropolitanas enteras sin apenas diversidad y variedad urbanas. En la práctica, toda el área urbana de Detroit presenta tan escasa vitalidad y diversidad como el Bronx. Consiste en una serie de anillos concéntricos, monótonos y grises. Ni siquiera el centro urbano es capaz de producir un mínimo respetable de diversidad. Es un centro desvaído y lóbrego; prácticamente desierto a partir de las siete de la tarde.

Mientras nos contentemos con creer que la diversidad urbana representa accidentes y caos, su irregular génesis nos parecerá un verdadero misterio.

Sin embargo, podemos descubrir fácilmente las condiciones que generan la diversidad urbana si observamos con atención los lugares donde florece esa

diversidad y estudiamos las razones económicas que la hacen nacer en dichos lugares. Aunque los resultados son intrincados y los ingredientes que los producen varían enormemente, la complejidad se basa en relaciones muy tangibles que, en principio, son mucho más simples que las intrincadas interconexiones urbanas a las que da lugar.

Para generar una diversidad exuberante en las calles y distritos de una ciudad son indispensables cuatro condiciones:

Primero, el distrito, y sin duda cuántas partes del mismo como sean posibles, ha de cumplir más de una función primaria; preferiblemente, más de dos. Estas han de garantizar la presencia de personas que salen de sus hogares en horarios diferentes y que están allí con fines distintos, pero capaces de usar muchos equipamientos en común.

Segundo, la mayoría de las manzanas han de ser pequeñas, es decir, las calles y las ocasiones de doblar esquinas deben ser abundantes.

Tercero, el distrito ha de mezclar edificios de distintas épocas y condiciones, incluyendo una buena proporción de casas antiguas, de forma que presenten una gran variedad en su rendimiento económico. Esta mezcla ha de ser necesariamente bastante compacta.

Cuarto, ha de haber también una concentración humana suficientemente densa, sean cuales fueren los motivos que los lleve allí. Esto requiere una densa concentración de personas presentes en dichos lugares por ser su residencia habitual.

La necesidad de estas cuatro condiciones constituye el tema principal de nuestro libro [Muerte y vida de las grandes ciudades]. Combinadas, crean núcleos efectivos y económicos de uso. Dadas estas cuatro condiciones, no todos los distritos de una ciudad producirán una diversidad equivalente. Las potencialidades de cada distrito difieren por muchas razones; no obstante, una vez desarrolladas (o efectuada la mayor aproximación posible a su completo desarrollo que quepa en la vida real), un distrito urbano debería ser capaz, en principio, de realizar efectivamente sus mejores potencialidades, cualesquiera que sean estas. Habrán de despejarse todos los obstáculos que se interpongan por medio. La gama de elementos no tiene por qué llegar hasta esculturas africanas, escuelas de arte dramático o casas de té rumanas; pero cualquier posibilidad, fruterías, escuelas de cerámica y alfarería, cines, pastelerías, floristerías, exposiciones, clubs de inmigrantes, ferreterías, comedores, o cualquier otro establecimiento, tendrán su oportunidad. Y con ellos, la vida urbana tendrá su oportunidad.

[...]



¿Cómo sería una ciudad no sexista? Especulaciones sobre la vivienda, diseño urbano y empleo

Dolores Hayden



Dolores Hayden (1945) es historiadora urbana, arquitecta, escritora y poeta. Es profesora emérita de arquitectura, urbanismo y estudios americanos en la Universidad de Yale. Está considerada como una de las primeras teóricas en planificación y espacios habitados desde la óptica feminista. En los años 80 publica trabajos sobre la ciudad no sexista, sobre las utopías urbanas lideradas por mujeres en *The Grand Domestic Revolution* (1980), *Redesigning the America Dream* (1984) y *Power of Place* (1992).

Fragmento seleccionado de Catherine R. Stimpson et al. (eds.) (1998). “¿Cómo sería una ciudad no sexista? Especulaciones sobre la vivienda, diseño urbano y empleo”. *Women and American City*. Vol. 5 (n.º 3, pp. 170-187). (Edición original publicada en 1979.)

La frase “el lugar de la mujer es el hogar” ha sido uno de los principios más importantes del diseño arquitectónico y del planeamiento urbano en los Estados Unidos durante el último siglo. Un principio más bien implícito que explícito para las profesiones relacionadas con el diseño, conservadoras y predominantemente masculinas, que no es posible encontrar escrito en mayúsculas en los libros de texto dedicados a la utilización del suelo. Esta idea ha generado mucho menos debate que los demás principios organizadores de la ciudad americana contemporánea, en una era de monopolio capitalista, lo que incluye la devastadora presión del desarrollo del suelo privado, la dependencia fetichista de millones de automóviles privados y el derroche de energía de forma inútil.

Sin embargo, las mujeres han rechazado este dogma y han ido entrando en el mercado de trabajo remunerado en un número creciente. Las viviendas, los barrios y las ciudades diseñadas para mujeres recluidas en su hogar limitan a las mujeres física, social y económicamente. Una aguda frustración aparece cuando la mujer se opone a estas limitaciones para dedicar toda o parte de la jornada laboral a trabajar por un salario.

Afirmo que el único remedio para esta situación es desarrollar un nuevo paradigma de casa, de barrio y de ciudad, para empezar a definir el diseño físico, social y económico de los asentamientos humanos que contribuyan a apoyar, más que limitar, las actividades de las mujeres trabajadoras y de sus familias. Es esencial reconocer tales necesidades para comenzar tanto la rehabilitación del actual parque inmobiliario, como la construcción de nuevas viviendas que satisfagan las necesidades de una nueva y creciente mayoría de mujeres americanas trabajadoras y de sus familias.

Cuando se habla de la ciudad americana en el último cuarto del siglo xx, se debe evitar una falsa distinción entre “ciudad” y “suburbio”. La ciudad, organizada para separar la vivienda del lugar de trabajo, debe verse como una totalidad. En tales regiones urbanas, más de la mitad de la población reside en crecientes áreas suburbanas o “ciudades dormitorio”. La mayor parte del entorno construido en los Estados Unidos consiste en “crecimiento suburbano”: viviendas unifamiliares agrupadas en áreas segregadas por clases, atravesadas por autopistas y abastecidas por grandes centros y corredores comerciales. Alrededor de 50 millones de pequeñas viviendas están sobre el territorio. Cerca de dos tercios de familias americanas “poseen” sus viviendas gracias a largas hipotecas; esto incluye cerca del 77 % del total de los incluidos en la AFL-CIO [Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO, por sus siglas en inglés)]. Los hombres blancos cualificados están mucho más cerca de ser propietarios de sus viviendas que los miembros de minorías y las mujeres, a los que se les ha negado desde hace mucho tiempo el acceso a créditos y a la vivienda en igualdad de condiciones. Los trabajadores se desplazan a sus puestos de trabajo tanto en el centro como en cualquier parte en

el anillo suburbano. En áreas metropolitanas estudiadas en 1975 y 1976, el desplazamiento al trabajo, en transporte público o vehículo privado, ronda las nueve millas en cada sentido. Cerca de 100 millones de vehículos privados llenan garajes de dos o tres plazas (que podrían considerarse magníficas viviendas en sí mismos en muchos de los países en vías de desarrollo). Los Estados Unidos, con un 13 % de la población mundial, utiliza el 41 % del transporte mundial de pasajeros para soportar los patrones de vivienda y transporte descritos.

Las raíces de estas formas de asentamientos americanas se basan en las políticas económicas y ambientales del pasado. A finales del siglo XIX, millones de familias inmigrantes vivían hacinadas en los sucios suburbios de las ciudades industriales americanas y se desesperaban para conseguir unas condiciones de vida razonables.

Sin embargo, muchas huelgas de militantes y manifestaciones entre 1890 y 1920 hicieron que algunos empresarios reconsideraran la ubicación de las fábricas y el tema de la vivienda en su búsqueda de una sociedad industrial.

“Una buena vivienda mantiene contento al trabajador” fue el lema de las asociaciones industriales para la vivienda en 1919. Estos asesores y muchos otros ayudaron a crear mejores planes de mejora de las viviendas para los trabajadores blancos cualificados y sus familias con el objetivo de eliminar el conflicto industrial.

Sostenían que “unos trabajadores felices significan invariablemente mayores beneficios, mientras que unos trabajadores descontentos no son nunca una buena inversión”. Los hombres iban a recibir “salarios familiares”, y llegarían a ser “propietarios” de sus viviendas y responsables de los pagos regulares de la hipoteca, mientras que sus esposas se convertirían en “gestoras” del hogar, encargadas del cuidado de su cónyuge y de los hijos. El varón trabajador volvería de su trabajo diario en la fábrica o en la oficina al espacio doméstico privado, alejado del estresante mundo laboral en una ciudad industrial caracterizada por la polución ambiental, la degradación social y la alienación personal. El hombre entraría en un hogar sereno cuyo mantenimiento físico y emocional sería tarea de su esposa. De este modo, la vivienda privada suburbana era el escenario establecido para la eficaz división sexual del trabajo. Era la comodidad por excelencia, un estímulo para el trabajo masculino remunerado y un ámbito contenedor del trabajo femenino no remunerado. Esto hizo del género una autodefinition más importante que la de clase, y que el consumo adquiriese mayor implicación que la producción. En un brillante discurso sobre el “patriarca como un esclavo del salario”, Stuart Ewen ha mostrado cómo el capitalismo y el antifeminismo se fundieron en campañas para promocionar la propiedad de la vivienda y el consumo de las masas: el patriarca cuyo hogar era su “castillo” tenía que trabajar año tras año para proporcionar el salario que mantuviera este entorno privado.

Aunque esta estrategia fue estimulada en principio por corporaciones interesadas en una fuerza de trabajo dócil, pronto atrajeron a empresas que habiendo sido fábricas de armas para la Primera Guerra Mundial querían transformarse en fabricantes de productos domésticos en tiempo de paz para millones de familias. El desarrollo de la industria publicitaria, documentada por Ewen, apoyó este ideal del consumo de masas y promocionó el alojamiento privado suburbano, que maximizó el número de compras. Los habitantes de las viviendas aisladas eran sugestionables. Compraron ellos mismos su casa, un coche, una cocina, un frigorífico, aspiradora, lavadora, alfombras. Christine Frederick, explicándolo en 1929 como *Selling Mrs. Consumer*, promovía la propiedad de la vivienda y un acceso más fácil a créditos de consumo, y aconsejaba a los publicistas sobre cómo manipular a las mujeres americanas.

Hacia 1931, la Comisión Hoover sobre propiedad y construcción de la vivienda estableció la vivienda unifamiliar como un objetivo nacional, pero una década y media de depresión y la guerra pospuso este logro. Los arquitectos diseñaron casas para el Sr. y la Sra. Bliss en un concurso patrocinado por General Electric en 1935; los ganadores incluyeron decenas de instalaciones eléctricas sin criticar los costes energéticos que suponían. En los últimos años de la década de los 40, las familias fueron estimuladas por las hipotecas de la FHA y la VA [Administración Federal de Vivienda (FHA, por sus siglas en inglés) y del Departamento de Asuntos de Veteranos (VA, por sus siglas en inglés)], y la construcción de viviendas aisladas, altamente privatizadas y consumidoras de energía, se convirtió en un lugar común. “Compraré ese sueño” fue el lema más popular en la posguerra.

La Sra. Consumidora llevó a la economía a nuevas cimas en la década de los años 50. Las mujeres que se quedaron en el hogar experimentaron lo que Betty Friedan llamo la “mística femenina” y Peter Filene renombró como la “mística doméstica”. Mientras la familia ocupaba su espacio físico privado, los medios de comunicación y los expertos en ciencias sociales invadieron el espacio psicológico más eficazmente que nunca. Con el aumento de la privacidad espacial llegó la presión para el conformismo respecto al consumo. El consumo era caro. Cada vez más mujeres casadas se unieron al trabajo remunerado, ya que la sugestionable ama de casa necesitaba ser tanto una consumidora frenética como una trabajadora remunerada para afrontar las facturas de su familia. Justo cuando la masa de varones blancos trabajadores había logrado la “casa de sus sueños” en un suburbio donde las fantasías de patriarca autoritario y de consumo se realizaban, sus esposas entraron en el mundo laboral. Hacia 1975, las familias con los dos cónyuges trabajadores suponían el 39 % de las viviendas americanas. Otro 13 % eran familias monoparentales normalmente encabezadas por mujeres. Siete de cada diez mujeres empleadas trabajaban obligadas por necesidades económicas. Cerca del 50 % de los niños entre uno y diecisiete años tenían madres trabajadoras.

¿Cómo sirve un hogar convencional a una mujer empleada y a su familia? Malamente. Si está en un barrio suburbano, periurbano o interior, en una casa de campo, en una pieza moderna de hormigón y cristal, en una casa de vecindad de ladrillo, la vivienda o el apartamento están casi invariablemente organizados en torno al mismo tipo de espacios: cocina, comedor, salón, habitaciones, garaje o zona de aparcamiento. Estos espacios requieren a alguien que haga la comida, la limpieza, que cuide de los niños y habitualmente se ocupe del transporte privado si los adultos y los niños carecen de él. Debido a los hábitos de las zonas residenciales, el alojamiento típico eliminará físicamente habitualmente cualquier espacio público compartido, tiendas y servicios de guardería, de lavandería, por ejemplo, que tienen que estar dentro del espacio de la vivienda. En muchos casos estos servicios serán ilegales si traspasan los límites de la propiedad. Pueden ser incluso ilegales si se sitúan en el espacio de las zonas residenciales. En algunos casos, compartir este espacio privado de la vivienda con otros individuos (como parientes o como aquellos con los que no se tiene vínculos de sangre) está también en contra de la ley.

Entre los espacios privados de la vivienda, la cultura materialista actúa en contra de las necesidades de las mujeres trabajadoras tanto como la zonificación, porque la vivienda es una caja que tiene que rellenarse de comodidades. Los aparatos normalmente tienen un único propósito, y a menudo son ineficaces, máquinas consumidoras de energía, enchufadas en un habitación en la que el trabajo doméstico se hace aisladamente del resto de la familia. Las alfombras y moquetas necesitan limpiarse, las cortinas hay que lavarlas y todo tipo de bienes que necesitan mantenimiento llenan los espacios domésticos, a menudo decorados en estilo "colonial", "mediterráneo", "francés provenzal" o en otros estilos eclécticos ofrecidos en las rebajas o en los grandes almacenes para alegrar esta caja desnuda que es la vivienda aislada. De las madres trabajadoras normalmente se espera, y casi invariablemente lo hacen, que dediquen más tiempo al trabajo del hogar y con los niños que el hombre trabajador; a menudo se espera de ellas, y normalmente lo hacen, que empleen más tiempo en desplazarse que los hombres, por su dependencia del transporte público. Un estudio encontró que el 70 % de los adultos sin acceso a los coches son mujeres. Sus barrios residenciales no son muy adecuados para proporcionar apoyo a sus actividades laborales. Un "buen" barrio está normalmente definido en términos convencionales de compras, escuelas, y quizás de tránsito público, más que en términos de servicios sociales adicionales para los padres trabajadores, tales como guarderías o clínicas nocturnas.

Mientras que las familias de dos trabajadores con ambos cónyuges cooperando enérgicamente pueden resolver algunos de los problemas de los patrones de alojamiento existentes, las familias en crisis, como aquellas en las que existe el maltrato a mujeres y niños, por ejemplo, son particularmente vulnerables a esta inadaptación. De acuerdo con Collen McGrath, cada treinta segundos una

mujer es maltratada en algún lugar de los Estados Unidos. La mayoría de estos maltratos suceden en la cocina y en el dormitorio. La relación entre el aislamiento de la familia y el maltrato, o entre la labor doméstica no remunerada y el maltrato solo puede adivinarse en este momento, pero no hay duda de que las viviendas americanas y las familias están siendo literalmente sacudidas con violencia doméstica. Junto a esto, millones de mujeres frustradas y deprimidas toman tranquilizantes en sus hogares —una compañía farmacéutica advertía a los médicos: “No puedes cambiar su entorno, pero puedes cambiar su estado de ánimo”.

La mujer que abandona la vivienda unifamiliar aislada o el piso encuentra que hay muy pocas alternativas reales adecuadas para ella. La típica mujer divorciada o maltratada busca una vivienda, un empleo y una guardería simultáneamente. Y encuentra que es imposible compaginar las complejas necesidades familiares con las diferentes ofertas de los caseros, empresarios y servicios sociales. Un entorno que incluyese viviendas, servicios y trabajo podría resolver muchas dificultades, pero el existente sistema de servicios gubernamentales, que pretenden establecer las familias y los vecindarios asegurando las mínimas condiciones de vida adecuadas para todos los americanos, casi siempre asume que la familia tradicional con un varón trabajador y una esposa no remunerada es el objetivo que debe lograrse o simularse.

[...]

Creo que atacar a la división convencional entre espacio público y privado debería ser la prioridad de los socialistas y las feministas para la década de los 80. Las mujeres deben transformar la división sexual de las labores domésticas, la base económica privada del trabajo doméstico, y la separación espacial de las viviendas y los lugares de trabajo en el entorno construido, si quieren ser consideradas como miembros iguales de la sociedad.

[...]

Cuando todos los que hacen las viviendas reconozcan que están luchando tanto contra los estereotipos debidos al género, como contra la discriminación en los salarios, cuando vean que se necesitan cambios sociales, económicos y medioambientales para superar estas condiciones, no tolerarán nunca más viviendas y ciudades diseñadas según los principios de otra época, que proclaman que “el lugar de la mujer es el hogar”.

Este artículo contiene parte del texto de la conferencia “Planificando y diseñando una sociedad no sexista”, celebrada en la Universidad de California (Los Ángeles) el 21 de abril de 1979. Se puede encontrar en C. Stimpson *et al.* (ed.) (1981). *Women and the American City*. Chicago: University of Chicago Press.



Espacio, lugar y género

Doreen Massey



Doreen Massey (1944-2016) fue una científica social y geógrafa británica, especializada en geografía marxista, geografía feminista y geografía cultural, así como otros tópicos. Fue catedrática de Geografía en la Open University. Es una de las geógrafas más influyentes de nuestros días. Sus reflexiones sobre el espacio abarcan todas las disciplinas sociales; defendió que el ser capaces de conceptualizar el espacio y el lugar es la manera de entender y transformar el mundo. Se involucró en el activismo político y social del Reino Unido, y ha desarrollado conceptos como la “geometría del poder”, que le ayudó a definir la estrecha relación entre política, espacio y lugar entendiendo este último como algo con múltiples identidades. Recibió múltiples reconocimientos, entre ellos el doctorado honoris causa en diferentes universidades, como la Universidad de Zúrich, la Universidad Harakopio de Atenas y la Universidad de Glasgow. En 1998 recibió el premio Vautrin Lud, máximo reconocimiento mundial en geografía. Entre sus libros destacamos *Space, Place, and Gender* (1994) y *World City* (2007).

Fragmento seleccionado de Doreen Massey (1994). *Space, Place and Gender*. (Gloria Elena Bernal, Trad.). Cambridge: Polity Press (pp. 39-46).

Recuerdo con toda claridad un espectáculo que solía impresionarme mucho cuando tenía nueve o diez años. Yo vivía entonces a las afueras de Manchester, e “ir a la ciudad” era un suceso de considerable importancia; tardábamos más de media hora en llegar, y viajábamos en la parte superior de un ómnibus de dos pisos. En el trayecto cruzábamos el anchuroso valle llano del río Mersey; la memoria me trae a la mente húmedos campos lodosos que se diluían en una distancia fría y brumosa. Toda esa planicie, la extensión entera de Manchester, se dividía en campos de fútbol y de rugby. Y los sábados, que era cuando íbamos a la ciudad, esa vasta región se cubría hasta donde alcanzaba la vista de cientos de personas pequeñas que corrían por todos lados persiguiendo balones. (Desde lo alto del camión la escena semejaba una inmensa pintura animada de Lowry, solo que la gente menuda aparecía en colores mucho más brillantes que los que Lowry usaba, y tenía las piernas rojas y frías.)

Recuerdo todo esto con gran nitidez. También recuerdo que a la niña perpleja y pensativa que yo era le sorprendía intensamente que ese enorme trecho de la planicie de inundación hubiera sido entregado enteramente a los muchachos.

Yo no iba a esos campos de juego; parecían estarme vedados, tratarse de otro mundo. (Hoy en día, con mejor temple y cierta conciencia de ser una invasora de espacios, me encanta ir a los campos de fútbol y permanecer largamente en ellos.) Sin embargo, había otros lugares a los que sí podía ir y de los que sentía, no obstante, que no me pertenecían o, al menos, que habían sido diseñados para hacerme experimentar, sin lugar a dudas, mi subordinación previamente estipulada; ese era, cuando menos, el efecto que sobre mí ejercían. Me acuerdo por ejemplo de que, siendo todavía una adolescente, estuve en una Galería de Arte (así, con *G* mayúscula y *A* mayúscula) en cierta ciudad del otro lado del canal de la Mancha. Me encontraba vagando por “el Continente” con dos jóvenes varones. Ese templo de la Alta Cultura, que era uno de los Lugares A Visitar, estaba repleto de pinturas, muchas de las cuales eran de mujeres desnudas. Eran retratos de mujeres desnudas pintados por hombres, es decir, de mujeres vistas a través de los ojos de hombres. Ahí estaba yo con esos dos amigos que miraban esas pinturas de mujeres vistas a través de los ojos de hombres, y lo que yo miraba era a mis dos jóvenes amigos mirando retratos de mujeres desnudas vistas a través de los ojos de hombres. Me sentí cosificada. Este era un “espacio” que me decía contundentemente algo ignominioso sobre lo que la Alta Cultura pensaba que era mi lugar en la Sociedad. El efecto que sobre mí tenía estar en este espacio/lugar era muy diferente del que tenía sobre mis amigos. (Después íbamos a un café y lo discutiríamos. Yo perdí la discusión, en gran medida debido a que estaba siendo “tonta”. Para entonces no había yo leído a Griselda Pollock, ni a Janet Wolff, ni a Whitney Chadwick... posiblemente yo era realmente la única persona que se sentía tan a disgusto...)

Podría mencionar muchos otros ejemplos por el estilo, y estoy segura de que también podría hacerlo cualquiera de ustedes, mujeres u hombres. Pero mi pretensión se limita a afirmar que espacio y lugar, los espacios y los lugares, así como el sentido que tenemos de ellos —junto con otros factores asociados, como nuestros grados de movilidad— se estructuran recurrentemente sobre la base del género.¹ Más aún, se estructuran sobre la base del género en miles de maneras diferentes, que varían de cultura a cultura y a lo largo del tiempo. Y esta estructuración genérica de espacio y lugar² simultáneamente refleja las maneras como el género se construye y entiende en nuestras sociedades, y tiene efectos sobre ellas.

Cuando comencé a “hacer geografía”, simplemente no se hablaba de estas cosas. Lo que deseo hacer en esta ocasión es dar un ejemplo de la forma como los problemas relacionados con el género empezaron a penetrar furtivamente en nuestro tema de estudio. Este ejemplo puede parecer demasiado terrenal, ya que se refiere a cuestiones empíricas de desarrollo regional que actualmente tienen un lugar bien definido en el debate; sin embargo, todavía pueden derivarse de él algunos aprendizajes interesantes.

Mi ejemplo procede de estudios de empleo regional realizados en el Reino Unido. Nos remite a la descentralización regional del empleo que tuvo lugar en este país entre mediados de la década de 1960 y principios de la de 1970. Pero antes de entrar en materia conviene conocer algunos hechos. Fue ese un período de gobierno predominantemente laborista, en el que Harold Wilson ocupó el cargo de primer ministro. Se habían producido importantes pérdidas de empleo en la minería de carbón en el noreste de Inglaterra, en el sur de Gales y en el centro de Escocia. Esa era la gran época de la política regional, durante la cual se ofrecieron abundantes incentivos y alicientes destinados a lograr que las empresas invirtieran en las regiones donde la pérdida de empleos estaba teniendo lugar. Y esa era también una época de descentralización de los empleos de las áreas de altas tasas de empleo del sureste y del oeste hacia esas otras regiones “norteñas” de alto desempleo. La cuestión que preocupaba a muchas y muchos de nosotros en esa época era cómo concatenar todos esos hechos. O, más específicamente, cómo explicar la descentralización del empleo hacia las regiones del norte y del oeste.

El debate transcurrió a lo largo de diversas etapas. Cuando menos yo entiendo el proceso como una sucesión de etapas, aunque sé que muchos protagonistas de lo que considero fueron las primeras etapas estarán en desacuerdo con ello. El cambio intelectual no es lineal ni sencillo.

1 La expresión literal de la autora es *are gendered through and through*. N. de la T.

2 En inglés, *This gendering of space and place*. N. de la T.

Así pues, durante la “primera etapa” estaban a la delantera del análisis personas que manejaban computadoras y paquetes estadísticos, que correlacionaban el ritmo y las dimensiones de la descentralización del empleo con el ritmo y la distribución de la política regional. Estas personas encontraban una alta correlación entre los dos procesos, y deducían que ambos estaban causalmente relacionados, es decir, que la política regional era la causa directa de la descentralización del empleo (aunque, por supuesto, esto no era demostrado directamente por las estadísticas mismas). De modo que, de acuerdo con esta lectura, la política regional había resultado todo un éxito.

Pero después vino la “segunda etapa”. Se produjo a raíz de ciertos rumores políticos de descontento por parte de sindicatos y de consejos locales dominados por varones, así como de las evidencias presentadas ante un subcomité parlamentario. Y es que, por lo que se empezaba a ver, los empleos no eran simplemente empleos; los empleos estaban influidos por el género.³

Mientras que los trabajos que se habían perdido eran trabajos masculinos, los nuevos empleos que se ofrecían como parte de la ola de descentralización estaban siendo aprovechados principalmente por mujeres. En el ámbito de la academia se abrió toda una línea nueva de investigación a partir de la pregunta de por qué esos empleos se estaban destinando a las mujeres. Las respuestas que se encontraron son bien conocidas en la actualidad. Las trabajadoras eran baratas; estaban preparadas para aceptar salarios bajos, como resultado de años de negociación en torno al “salario familiar”. Las mujeres estaban también más dispuestas que los hombres a realizar trabajos de medio tiempo, lo que a su vez era efecto de la división del trabajo vigente desde antiguo en la unidad doméstica. Estos dos factores eran característicos de las relaciones entre hombres y mujeres, tanto en el hogar como en el mercado de trabajo en todo el país. Pero había algunas razones más específicas, o cuando menos más importantes, en relación con las regiones particulares hacia las que se había descentralizado el empleo. Por ejemplo, en esas regiones las mujeres tenían muy bajas tasas de organización laboral, como resultado de los muy bajos niveles de incorporación previa al empleo remunerado. Las tasas de actividad económica femenina que se habían registrado en esas regiones se encontraban sin duda entre las más bajas del país. En otras palabras, estas mujeres se ajustaban perfectamente al tipo clásico de mano de obra “no calificada” o sin experiencia.

Habiéndose desarrollado de esta manera la discusión, comenzó a surgir una historia ligeramente más compleja. Esta historia reconocía algunas diferencias en el interior del mercado de trabajo, ciertos constreñimientos y especificidades de las mujeres en tanto empleadas potenciales y, en suma, las diferencias que había entre mujeres y entre empleos para mujeres. Esta nueva manera de

3 En inglés, *(the jobs) were gendered*. N. de la T.

entender el problema condujo también a una nueva evaluación de la efectividad de la política regional. Se hizo evidente que era necesario disminuir la intensidad de las afirmaciones respecto de su éxito. Se produjeron dos versiones de esta nueva evaluación. Una de ellas, obviamente sexista, insistía en que los nuevos empleos que se estaban abriendo en las regiones debían someterse a crítica por no ser “empleos reales”, o por estar destinados “únicamente a las mujeres”. La otra versión, sin embargo, más respetable desde el punto de vista académico pero preocupante por sus implicaciones, hacía notar que el hecho de que los nuevos empleos fuesen para las mujeres era desafortunado, en el sentido de que, puesto que los trabajos femeninos estaban peor remunerados que los masculinos, el ingreso regional agregado era todavía menor.

Pero hubo todavía una etapa ulterior en el desarrollo del debate: “la tercera etapa”. Porque mientras más se pensaba en ello, más complicada parecía la historia. Por ejemplo, ¿por qué había sido históricamente tan baja la tasa de actividad económica de las mujeres en estas regiones? Esta pregunta planteaba de lleno el problema de las culturas de género locales. Muchas personas estudiosas de la geografía y la sociología habían reflexionado sobre el peso del trabajo doméstico que implicaba ser esposa o madre de mineros. También señalaban que la duración e irregularidad de los turnos de trabajo dificultaban a uno de los miembros de la pareja la búsqueda de un empleo remunerado fuera de casa.

Se hicieron muchas investigaciones detalladas sobre la construcción de formas particulares de masculinidad en torno a trabajos tales como el de la minería. Y esas investigaciones, sumadas a otras, apuntaban en conjunto hacia una explicación más profunda de las causas por las cuales la cultura en estas regiones tendía, en mayor medida que en la mayoría del resto de las regiones del país, a considerar al hombre como el proveedor y a las mujeres como amas de casa.

En otras palabras, nos habíamos estado desplazando a lo largo de una serie de enfoques: de no tomar en cuenta al género en absoluto, pasamos primero a mirar a las mujeres, y de ahí a considerar los papeles de género, a los hombres, y a las culturas genéricas construidas localmente. Esto nos dio todavía otra versión diferente de lo que había ocurrido, así como una evaluación distinta de la política regional. La nueva historia era, otra vez, más compleja y matizada. Harold Wilson había llegado al poder en 1964 apoyado en un programa de modernización de la democracia social. Parte de ese programa se concentraba en la racionalización de viejas industrias tales como la de la extracción del carbón. Sin embargo, contradictoriamente para él, la pérdida de empleos que resultó de esa racionalización tuvo lugar precisamente en las regiones que constituían su principal base geográfica de poder: el noreste de Inglaterra, el sur de Gales y el centro de Escocia. Por tanto, para proceder a la reconstrucción de los antiguos sectores básicos de esas regiones, era necesario tener como contraparte del plan una sólida política regional. Si se contaba con ella, podía obtenerse el respaldo de

los sindicatos obreros y de sus miembros. Sin embargo, fue el hecho mismo de que los hombres en esas regiones estuvieran volviéndose superfluos lo que resultó decisivo para generar la disponibilidad de la fuerza de trabajo femenina. Y es que, por primera vez en décadas, las mujeres fueron “liberadas” para el mercado de trabajo. Necesitaban empleos remunerados, particularmente ahora que no había oferta de trabajo para los varones, y la carga de trabajo doméstico que en otras circunstancias les impediría acceder a esos empleos, era menor. Más aún, precisamente por la especificidad de la cultura de género local, estas mujeres habían sido construidas a lo largo de los años como el tipo de fuerza de trabajo que las industrias descentralizadas estaban requiriendo.

Todavía se produjo una evaluación más de la política regional. Esta ya no podía ser considerada como el único factor dominante en la explicación de la descentralización del empleo, puesto que la fuerza de trabajo que había sido parte del atractivo para las industrias en proceso de descentralización había sido creada no por la política regional, sino por la declinación simultánea del empleo masculino y como resultado de una cultura de género preexistente. Seguía siendo cierto, sin duda, que la política regional había traído consigo únicamente empleos mal remunerados; pero desde otro punto de vista podían observarse algunos aspectos positivos en el empleo que esa política logró producir, los mismos que no habían sido reconocidos anteriormente. Lo más importante de todo es que dio lugar a cierto ingreso independiente para las mujeres, y ello por primera vez en décadas. Aún más, y como lo indicaba el hecho mismo de las protestas iniciales, en la medida en la que introdujo esos empleos, la política regional comenzó a fracturar algunas de las antiguas relaciones de género. Dicho de otra manera, desde esta perspectiva —si bien no desde muchas otras— puede considerarse que la política regional tuvo algunos efectos francamente positivos, aunque no fuesen en absoluto los que inicialmente se proclamaron durante la primera etapa del debate.

El relato del proceso que siguió este análisis nos permite hacer una serie de reflexiones. La primera y más evidente es que la consideración seria del género como factor explicativo dio lugar a una evaluación más fina y detallada de la política regional, a una comprensión más profunda de la organización y reorganización de nuestro espacio económico nacional y, sin duda —puesto que las industrias descentralizadas se estaban desplazando hacia el norte para reducir sus costos frente a la creciente competencia internacional—, pudo mostrar de qué manera la industria británica aprovechó activamente las diferencias regionales en los sistemas de relaciones de género en un primer esfuerzo por salir de lo que ha llegado a ser la crisis de la economía inglesa. La segunda es que se llegó a esta comprensión no solo gracias a que se miró a las mujeres —aunque ello fue un principio—, sino a que se investigaron las variaciones geográficas en la construcción de la masculinidad y de la femineidad, así como las relaciones entre ambas. La geografía feminista trata —o debería tratar— tanto de los hombres

como de las mujeres. La tercera, para ir más lejos, es que el estudio atento de la variación geográfica implica escapar a toda forma de esencialismo respecto de los hombres y de las mujeres, y concentrarse en la manera como ambos grupos son contruidos en tanto tales.

La cuarta reflexión es de naturaleza muy diferente. Hoy en día resulta relativamente fácil mirar atrás y criticar aquel antiguo patriarcado de las regiones carboníferas. De hecho, con ello se ha conseguido un buen palo con el que se puede golpear al “viejo movimiento obrero”. Pero eso no debería hacernos caer en el supuesto de que, como lo viejo era malo, de alguna manera lo nuevo no presenta problemas.

De modo que, en parte como respuesta a las tres últimas reflexiones (la necesidad de tomar en cuenta a los hombres y la masculinidad, la importancia de reconocer las variaciones geográficas y de elaborar análisis no esencialistas, y la intuición de que es tan importante considerar los nuevos trabajos como los antiguos), actualmente me encuentro participando en una investigación sobre una “nueva” región de crecimiento económico: Cambridge. El solo nombre del lugar evoca el “fenómeno Cambridge”, un proceso de incremento de la alta tecnología, de ascenso de la ciencia y de la innovación, y de crecimiento del empleo profesional. Ese fenómeno se encuentra a miles de millas de distancia de las minas de carbón en términos geográficos, tecnológicos y, se pensaría, también sociales. Pero en realidad la situación no es así de clara.

Esta nueva investigación se concentra en los trabajadores altamente calificados del sector de la tecnología de punta. Mucho más del noventa por ciento de esos científicos y técnicos son varones. Vemos con mucha frecuencia que ellos aman su trabajo. Esto no parece malo en absoluto... por lo menos hasta que topamos con afirmaciones como la de que, en este campo, “la frontera entre trabajo y juego desaparece”. En ese momento se tiene que hacer una pausa para reflexionar.

¿Es que el juego es lo único que existe fuera del trabajo asalariado? ¿Quién se encarga del trabajo doméstico? Estos empleados trabajan durante largas horas en la resolución de intrincados problemas, y construyen la imagen de sí mismos como gente que realiza trabajo remunerado. Pero esas largas horas de trabajo, así como la flexibilidad de su organización, constituyen constreñimientos para alguien más. ¿Quién va a la lavandería? ¿Quién recoge a los niños de la escuela? En un proyecto anterior del que esta investigación se deriva y del que obtuvimos alguna información inicial, solo una de las empleadas, perteneciente al muy reducido grupo de mujeres que encontramos, mencionó que aprovechaba la flexibilidad de la jornada laboral para hacer algún tipo de trabajo doméstico; en ese caso, la mujer refirió que ocasionalmente dejaba el trabajo a las seis de la tarde

¡para correr a casa y dar de comer al gato!⁴ La cuestión estriba en que el diseño total de estos empleos exige que los trabajadores no tengan que dedicarse al trabajo de la reproducción ni cuidar de otras personas; antes bien implica, en el mejor de los casos, que cuenten con alguien que los cuide a ellos. Por tanto, no solo el viejo movimiento de los trabajadores sino también las regiones donde aparece el “hombre nuevo” presentan problemas asociados con la construcción de las relaciones de género. Lo que se está construyendo en esta región de nuevo crecimiento económico es una nueva versión de la masculinidad, así como un nuevo conjunto, todavía muy problemático, de papeles y relaciones de género.⁵

4 Véase el trabajo de Doreen Massey, Paul Quintas y David Wield (1992). *High-Tech Fantasies: Science Parks in Society, Science and Space*. Londres, Routledge.

5 Esta investigación está siendo realizada con Nick Henry en la Universidad Abierta, con financiamiento del Economic and Social Research Council (n.º R000233004, bajo el título High status growth? Aspects of home and work around high technology sectors).



Hábitat urbano y políticas públicas. Una perspectiva de género

Ana Falú y Liliana Rainero



Ana Falú es arquitecta argentina activista social por los derechos humanos y por los derechos de las mujeres. Ha sido directora regional de UNIFEM para la Región Andina (2002-2004) y para Brasil y países del Cono Sur (2004-2009). Ha sido investigadora y profesora en la Universidad Nacional de Córdoba, y fue directora del Instituto de Investigación de la Vivienda y Hábitat. Es integrante del Grupo Asesor en Género de ONU-Habitat. Desde la acción feminista impulsó numerosas iniciativas institucionales y contribuyó desde el inicio a instalar los derechos de las mujeres a la ciudad, a la vivienda y al hábitat. Es cofundadora de la Red Mujer y Hábitat de América Latina, de CISCASA, Argentina, y de la Articulación Feminista Marcosurs. En 2013 obtuvo el Premio Trayectoria Feminista. Es profesora emérita de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) en Argentina desde 2018.

Liliana Rainero es arquitecta y profesora de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Es coordinadora del Programa de Género de la UNC fundado en 2007.

Fragmento seleccionado de Ana Falú y Liliana Rainero (1996). “Hábitat urbano y políticas públicas. Una perspectiva de género”. Lola G. Luna, Mercedes Vilanova (comp.). *Desde las orillas de la política. Género y poder en América Latina*. Barcelona: Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad (pp. 49-57).

- señora maestra, ¿cómo se forma el femenino?
- partiendo del masculino: a la o final se la sustituye simplemente por una a.
- señora maestra, y el masculino ¿cómo se forma?
- el masculino no se forma, existe¹

Académicas, investigadoras, miembros de las ONG y el movimiento de mujeres en sus distintas expresiones, vienen realizando esfuerzos para legitimar y aportar a lo que comúnmente se denomina “la problemática de las mujeres”. Virginia Guzmán² plantea que:

Todo programa se orienta implícita o explícitamente a satisfacer necesidades sociales y/o atender problemas determinados que si bien afectan a determinados grupos tienen consecuencias negativas para los otros grupos y afecta la gobernabilidad de la sociedad [...]. La interpretación de las necesidades y de los problemas que afectan a un grupo social da lugar a distintos discursos, los que no se limitan a identificar y evaluar su urgencia sino también deliberan sobre sus causas y sobre las formas más adecuadas para solucionarlos.

A veinte años de Nairobi, en donde se asumió oficialmente la necesidad de poner atención a las mujeres, más allá de los impulsos y apoyos logrados a través de compromisos de las agencias de financiamiento y apertura de posiciones desde los sectores de gobierno y de los innúmeros avances en materia de producción de conocimiento sobre la situación de las mujeres en el mundo —situación por demás heterogénea y compleja— debemos asumir que mucho falta por construir. Como bien lo señala Maruja Barrig:³

[...] un balance imparcial contrastaría el vasto, extendido interés por el tema con el creciente deterioro de las condiciones de vida de la población femenina. Los serios esfuerzos de activistas y académicas para promover políticas que favorezcan a las mujeres, la producción de diagnósticos, materiales y metodologías educativas, e incluso la mayor visibilidad de las mujeres como actrices sociales discurren por vías paralelas al desplome del Estado de Bienestar, a la concentración de la riqueza y a la entronización del nuevo liberalismo.

Desde distintos ámbitos y agendas de trabajo se asume la necesidad de incorporar al análisis de las diversas problemáticas sociales la especificidad de las mujeres. En la última década los esfuerzos por analizar la relación entre mujer y

1 Citado por Ana María Piusi (1987). “Significatività/Visibilità del Femminile e Logos della Pedagogia”. *Diotima, Il pensiero della differenza sessuale*. La tartaruga edizioni, Milán, pp. 90-91.

2 Virginia Guzmán (1994). “El Género en la Planificación Social”. Maruja Barrig y Andy Wehkamp (ed.). *Sin Morir en el Intento*. Edición NOVIB y Red Entre Mujeres. Lima, Perú, pp. 143-207207.

3 Maruja Barrig, “El Género en las Instituciones, una mirada hacia adentro”, pp. 75-101, *Ibid.* 3.

hábitat urbano tomaron una nueva dimensión. El hábitat urbano entendido como una construcción histórico-social condujo necesariamente a distintas disciplinas —geógrafas, urbanistas, arquitectas, sociólogas— a intersecciones de campos de conocimiento. Los avances, aún incipientes, se apoyaron en los estudios antropológicos, de la sociología urbana, así como en la producción teórica feminista.

Las primeras indagaciones apoyadas en estudios empíricos se centraron fundamentalmente en poner en evidencia las actividades de las mujeres y sus repercusiones en el espacio, implicando avances importantes en cuanto a diagnósticos. Sin embargo, los estudios posteriores buscaron saltar la etapa descriptiva de los roles de género, intentando avanzar en la comprensión de las relaciones de género. En este sentido, la geografía, y en particular la denominada geografía del género contribuyó con aportes importantes. La misma, conocida también como geografía feminista, se define como aquella que

[...] examina las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman no solo los lugares donde vivimos sino también las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres que allí viven y, también, a su vez estudia cómo las relaciones de género tienen un impacto en dichos procesos y en sus manifestaciones en el espacio y en el entorno.⁴

En esta línea se incorpora al análisis del hábitat urbano la perspectiva de género. Categoría que —como sabemos— busca indagar el significado social del ser mujer y hombre, las construcciones culturales de hombres y mujeres, en tanto normas, valores sociales asignados, representaciones, prácticas que los definen. Es decir, los roles que conllevan concepciones de lo masculino y femenino a partir de considerar la diferencia sexual una distinción pertinente dentro de las relaciones sociales y que se traducen en relaciones asimétricas y de subordinación.

Ahora bien, es necesario situar esta preocupación en un contexto más amplio que tiene como objetivo último la búsqueda de equidad social y consolidación de sociedades más democráticas. En otras palabras, la categoría género nos sirve como herramienta en la búsqueda de un plano analítico de las relaciones hombre-mujer para poder avanzar en el *qué* y el *cómo* se expresan las desigualdades o diferencias en la vivencia del espacio urbano. Estas indagaciones intentan desarrollar algunas formulaciones propositivas aplicables a políticas públicas.

Conscientes de la complejidad del tema debemos señalar que este campo de estudios es aún innovativo, no obstante los aportes desarrollados. Incorporar la perspectiva de género a proyectos y programas vinculados al hábitat —vivienda,

4 Little *et. al.* (1988), p. 2. Citado por M. Dolores García Ramón en “Para no excluir del estudio a la mitad del género humano: Un desafío pendiente en geografía humana”.

barrio, ciudad—, implica diagnósticos, estrategias y propuestas metodológicas que no son sencillas de abordar. Clarificar las condiciones de hábitat y de vida cotidiana en las ciudades latinoamericanas, desde una perspectiva que visibilice cómo dichas condiciones inciden en la construcción de las relaciones de género y, dialécticamente, cómo estas últimas se manifiestan en la producción del hábitat es un debate que suscita infinitas preguntas, que vincula temas sociales, antropológicos, económicos, para citar los más significativos.

Mucho se avanzó en los estudios de y acerca de las mujeres. El análisis de la incidencia para la vida de las mujeres, de temas como, salud, trabajo, educación, violencia, con una importante acumulación de trabajo, tienen ya un consenso social. Sin embargo, mucho falta por elaborar y aportar desde otras disciplinas. Hablar de la especificidad de la interrelación de las mujeres con el territorio y las condiciones de vida urbana —vivienda, acceso a los servicios y equipamientos comunitarios, etc.— requiere aún generar información y análisis que legitimen el tema y permitan plantear los “alertas” en relación con la gestión de las ciudades, el diseño de políticas públicas y, en consecuencia, el impacto diferenciado de estas para la vida cotidiana de las mujeres. En síntesis, el tema abre una vasta agenda

de investigaciones. Algunos estudios desarrollados en Europa⁵ y Latinoamérica⁶ vienen aportando sustantivamente a este campo de conocimiento en el esfuerzo de construir teoría.

De los avances realizados algunas cuestiones emergen como temas de debate.

1. La primera cuestión se relaciona con el porqué hablar específicamente de las mujeres y su vida en las ciudades. Preguntas tales como: ¿en qué se diferencia de la de los hombres? más aún, ¿en la pertenencia a un mismo sector de clase, situación socioeconómica? en las situaciones de idéntica localización física en la ciudad, ¿no viven hombres y mujeres los mismos problemas?
2. La segunda cuestión tiene que ver con la relación ONG - centros académicos - Estado, debate vinculado a la posibilidad de incidir en las políticas públicas:

Las relaciones entre el estado y la sociedad civil empiezan a ser reconceptualizadas, al mismo tiempo que se resignifica y valoriza la democracia. El

5 García Ballesteros, Izquierdo, Del Río, Cos, Andrieu, Ramos Torres (entre las y los españoles), Bhoman, Schlyter, Larson (Suecia), Moser, Peake (Inglaterra), por citar algunas de ellas.

6 Anderson, Barrig, Fort, Huaman (Perú), Segovia, Rodó (Chile) Jelín, Feijóo, Falú (Argentina), Mazzola (México), Aguirre (Uruguay), IBAM (Brasil), De Suremain (Colombia), entre otras.

respeto a la diversidad y la cercanía del estado con la sociedad civil baja el nivel de abstracción de la reflexión y la sitúa allí donde las diferencias y las desigualdades se hacen visibles, entre ellas las de género.⁷

En cuanto a la primera cuestión, teorías como las desarrolladas por Moser⁸ atendiendo al “triple rol de la mujer” y la propuesta del enfoque de la “planificación de género”, que retoma y reelabora el ya clásico planteo de Molyneaux de “los intereses y necesidades prácticas y estratégicas” de las mujeres, han significado un aporte en tanto permitió una herramienta para mirar las desigualdades entre hombres y mujeres de un mismo sector social en un mismo espacio territorial. Estudios que se apoyaron en evidencias empíricas y buscaron indagar en las relaciones de género. De estos surgieron miradas críticas y algunos aportes significativos como los de Anderson⁹ ampliando la óptica y generando fuertes críticas a estas propuestas, quien propone nuevas miradas para analizar la complejidad de las relaciones de género: el planteo de la autonomía, el enfoque de los procedimientos y, por último, el análisis de la igualdad.

En la intención de aportar datos empíricos que permitan disponer de información y generar el conocimiento necesario sobre las diferencias entre hombres y mujeres en relación con ámbitos de ejecución de las políticas públicas, CISCESA logró aportar en este sentido sobre temas específicos tales como políticas de vivienda, políticas de servicios urbanos y su impacto diferencial en hombres y mujeres. Los estudios se refieren a la ciudad de Córdoba, en trabajos sobre sectores de población significativa que devienen en casos testigos de una situación que puede ser generalizada para la región.

En investigaciones realizadas¹⁰ y específicamente en estudios realizados por CISCESA en sectores urbanos pobres de la ciudad de Córdoba, observamos que las mujeres en relación con el barrio y la ciudad:

[...] responden fundamentalmente al rol de mediadoras de las necesidades que conciernen al grupo familiar.

Las mujeres son las principales usuarias de la vivienda, del barrio, de los equipamientos colectivos, pero este “uso” aparece ligado fundamentalmente a la reproducción de la vida familiar —salud, trámites, abasteci-

7 Virginia Guzmán y Rebeca Salazar (1992). “El género en el debate de las políticas públicas”. Ponencia presentada al II Congreso Nacional de Ciencia Política, Iquique.

8 Caroline Moser y Linda Peake (1987). *Women, Human Settlements and Housing*. Londres, Inglaterra.

9 Jeanine Anderson (1992.). “Intereses o Justicia. A dónde va la discusión sobre la mujer y el desarrollo”. *Entre Mujeres*. Lima, Perú.

10 Equipo de Investigación de CISCESA (1995). “Los Servicios Urbanos en el marco de las Políticas Sociales y la Problemática de Género”. Ana Falú y Liliana Rainero (eds.). *Hábitat Urbano, una visión de género*, Córdoba.

miento, etc.— existiendo una disociación espacial entre el lugar en el que viven, la localización de los equipamientos y el trabajo asalariado cuando lo tienen. Esta inadecuación entre la localización de las necesidades y la localización de las actividades urbanas, supone para la mujer largos desplazamientos, con altos costos económicos, mayor insumo de tiempo y un incremento del esfuerzo físico de su jornada laboral.¹¹

Esta situación de desigualdad social que se expresa en la ciudad afecta de manera diferenciada a las mujeres, y, entre ellas, a las más pobres y particularmente a las mujeres jefas de hogar. Esta afirmación se basa en la constatación de que la mujer es la encargada principal de la reproducción familiar: crianza de los hijos, elaboración del sustento familiar, mantenimiento de la higiene, enfermeras de la salud familiar, etc. Habiendo encontrado en nuestros trabajos que entre las familias de los barrios analizados —producto de relocalizaciones villeras—, el 30 % corresponde a hogares con mujeres como único sostén económico.

A las localizaciones periféricas, carentes de equipamiento urbano, debemos sumar los déficits del transporte público, como medio indispensable para acceder a otros servicios urbanos, elemento que contribuye a segregar a las mujeres en el barrio y en sus hogares, desalentando y obstaculizando posibilidades que mejoren su calidad de vida.

El espacio aparece así como mediador entre el tiempo social, doméstico e individual de las mujeres, multiplicando o minimizando las contradicciones entre los tiempos señalados. Para las mujeres de los barrios estudiados —producto de relocalizaciones villeras— la menor disociación espacial entre sus distintas actividades productivas y reproductivas constituye el argumento de mayor peso a la hora de evaluar comparativamente su calidad de vida en el barrio actual respecto al asentamiento original. Como expresara una de ellas: Yo trabajaba ahí no más, iba caminando al centro ida y vuelta, todo quedaba más cerca.¹²

Como sostiene Dina Vaiou,¹³ para el gran número de personas que residen en las ciudades, las condiciones de vida vienen diseñadas, en gran medida, por procesos de desarrollo urbano y los usos del tiempo y el espacio que posibilitan. De qué se dispone, en qué condiciones y a qué costos, en diferentes partes de un área urbana.

11 Lilitana Rainero, "Estudio del transporte", *Ibid.*, p. 10.

12 *Ibid.*, p. 11.

13 Dina Vaiou (1992). "Hogar y lugar de trabajo: la experiencia de las mujeres en el desarrollo urbano de Atenas". *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, n.º 19-20, pp. 123-140. Traducción M. Carmen Gonzalo. Departamento de Geografía, UAB.



En nuestro contexto y específicamente en los barrios estudiados —por el equipo de investigación de CISCESA—, en relación con los servicios urbanos corroboramos, por ejemplo:

[...] la inexistencia de guarderías infantiles que garanticen el cuidado de los niños, lo que implica una limitación para las posibilidades laborales o actividades en general de las mujeres, con riesgos, además para los niños que quedan solos en sus casas o al cuidado de otros niños pequeños. En la sociedad argentina en particular, el peso del cuidado infantil recae especialmente sobre la mujer, no solo se la considera como parte de un cúmulo de redes protectoras de la niñez sino como la principal y en muchos casos la única responsable de los niños pequeños. Sin embargo, las definiciones actuales de abandono enfatizan los factores múltiples e interactuantes que contribuyen a la desprotección del niño (Dubowitz y otros, 1993). Este nuevo modelo denominado ecológico implica que el modelo del “víctima-culpable” que es persistente en el campo del maltrato infantil, deberá ser reemplazado por consideraciones individuales, familiares, comunales y sociales. Estas nuevas definiciones, han servido para demostrar la importancia de las políticas públicas y de la sociedad en su conjunto en esta tarea.¹⁴

De igual manera, el déficit de equipamiento sanitario y servicios sociales en general implica para la población de los barrios analizados trasladarse a hospitales públicos cuya distancia, sumada a la falta de transporte, ante una emergencia — accidentes, partos— implica muchas veces consecuencias irreversibles para la vida y la salud de la población. Son las mujeres en casi la totalidad de los casos las que asumen la responsabilidad de los enfermos de la familia como son ellas también quienes llevan los niños a vacunar.

Los estudios desarrollados por Vaiou¹⁵ para la ciudad de Atenas reafirman los resultados de nuestras investigaciones:

[...] la educación, la sanidad, la atención a las personas mayores o disminuidas son algunos de los ejemplos característicos de cómo la distribución de “recursos de consumo colectivo” da por supuesto que la necesidad de algunos servicios se satisfará desde el propio ámbito familiar; presupone además que algún miembro de cada familia, es decir, alguna mujer, estará disponible o dispuesta para proporcionar o complementar los servicios necesarios.

14 Patricia, Morey. “Cuidado Infantil”, en “Los Servicios Urbanos en el marco de las Políticas Sociales y la Problemática de Género” en Hábitat Urbano, una visión de género. Falú, A. y Rainero L. (eds.), Córdoba, 1995.

15 *Ibid.*, p. 12.

Ahora bien, es necesario señalar aquí que el problema de la calidad de vida de las mujeres en las ciudades no puede limitarse a ser abordado siempre y cuando se lo asocie a la pobreza. La mayoría de los programas, proyectos e investigaciones están direccionados a responder sobre las necesidades, en función de su calidad de vida, de las mujeres pobres. Sin duda los efectos son más duros para estos sectores. Ya hemos acuñado las feministas, no sin dolor, la frase “feminización de la pobreza” y hemos constatado de diversas maneras el aumento de hogares monoparentales a cargo de mujeres. El argumento utilizado, de alguna manera, define la orientación de la política hacia las mujeres. Las políticas pueden ser consideradas una forma de asistir a mujeres en situaciones vulnerables, lo cual es absolutamente necesario, pero no se debe descuidar el campo general de las políticas públicas que contemplen la cuestión de la “no discriminación” de las mujeres, como una modalidad de extensión de los derechos ciudadanos y profundización de la democracia.

Al respecto, resulta relevante la experiencia de Italia —luego replicada en España— donde la problemática del uso del tiempo fue abordado no solo desde el ámbito académico, sino que gran parte del trabajo se ha realizado en el ámbito de la acción política, habiendo logrado que un problema del ámbito privado —la falta de tiempo de las mujeres por su doble presencia productiva y reproductiva— se traslade al ámbito público. Resultado de este trabajo es la propuesta de ley de iniciativa popular, presentada en 1990, por las mujeres comunistas denominada: “Las mujeres cambian los tiempos, una ley para humanizar los tiempos del trabajo, los horarios de la ciudad y el ritmo de la vida”. La ley abarca tres aspectos principales: 1) los ciclos de la vida; 2) los horarios de trabajo; 3) los tiempos en la ciudad. La ciudad, sus espacios y sus tiempos deben dar cabida a la complejidad de la vida humana, partiendo de los cambios que las mujeres producen. Las mujeres eligen vivir hoy plenamente la multiplicidad de experiencias que la vida propone: el trabajo, la familia, los afectos, el estudio, el tiempo para sí mismas. Sin embargo, se encuentran con una organización material y simbólica de la sociedad basada aún en las relaciones sociales de los sexos, que tiende a negar esta experiencia de vida múltiple y compleja dejando casi inalterada la división sexual del trabajo.¹⁶

La implementación de esta ley y en lo que respecta a los tiempos de la ciudad, se traduce en una reorganización de los tiempos —horarios de los servicios públicos, comercios, etc.— para adaptarlos a la nueva realidad de hombres y mujeres.

El hábitat urbano como construcción social refleja la estructura de poder de la sociedad articulando clase y género. La contradicción entre la cotidianeidad

16 Livia Turco (1993). “Las mujeres cambian los tiempos”. *Debate Feminista*, n.º 7, México D. F., marzo.

femenina y el hábitat urbano está agudizándose; mientras que la participación de la mujer en el trabajo asalariado y en la recreación va creciendo, la separación de funciones sigue reflejando la ideología de la domesticidad. Con la creciente segregación aumentan las distancias, el déficit en transporte público y la inseguridad social, conocidos obstáculos todos ellos para la participación de la mujer en el espacio público.¹⁷

En relación a la segunda cuestión que nos planteamos como tema de debate, la articulación ONG-centros académicos-Estado, y mirando a esta desde los avances del movimiento de mujeres, coincidimos con Coelho¹⁸ que se distinguen esencialmente dos posiciones al respecto. Están las que niegan el esfuerzo de acciones sobre las instancias de gobierno, sosteniendo que no habrá cambios para modificar la situación de subordinación de las mujeres. Centrándose dicha posición en la necesidad de cambios culturales y, por lo tanto, remover en profundidad los valores históricos y tradicionales de la sociedad, de los cuales el Estado y sus gobiernos son expresión. Por lo tanto, se plantean actuar con prescindencia del Estado. Una segunda vertiente otorga mayor centralidad a la interrelación ONG-Estado-academia, pero reconociéndose a su vez distintas posiciones. Simplificando las mismas: están las que definen a dicha interrelación como espacios de mera instrumentación de los gobiernos y, por lo tanto, la articulación debería estar centrada en la denuncia. Otras posturas consideran que el Estado no es monolítico, por lo cual hay resquicios, espacios, momentos y oportunidades que posibilitan en determinadas circunstancias articular acciones, negociar, concertar, impactar, etc.

Coincidiendo con esta última posición creemos necesario analizar las articulaciones posibles en el marco de las complejidades que se dan dentro del Estado. Como así también cruzar estos análisis, vinculándolos al debate alrededor del “empoderamiento” de las mujeres. Si uno de los objetivos es impactar las políticas públicas y buscar “empoderar” a las mujeres, parece necesario trabajar sobre el Estado, sobre los gobiernos, en tanto son estos los ejecutores de las políticas.

Para Meny y Thoening,¹⁹ las políticas públicas engloban el conjunto de procesos mediante los cuales las demandas sociales se transforman en opciones políticas y en tema de decisión de las autoridades públicas. Como sostiene Guzmán-Salazar,²⁰ para que un problema sea considerado objeto de una acción pública,

17 Citado por Lia Karsten y Donny Meertens (1992). “La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder”. *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, n.º 19-20, pp. 181-193.

18 Marta Coelho (1994). “La relación ONG ESTADO Apuntes para un debate pendiente”. Mimeo, Argentina.

19 Jean Meny y Claude Thoening. Citado por Virginia Guzmán Rebeca Salazar, *op. cit.*, p. 7.

20 *Ibid*, p. 2.

primero tiene que ser “construido”, debe transformarse en un problema político, es decir, ser la expresión de una demanda social:

Las necesidades no existen en sí mismas, se construyen a partir de la interacción de distintos actores que, según su respectiva ubicación social, poseen diferentes recursos para lograr que sus problemas sean considerados como temas de interés general y merecedores de la atención de las instituciones comprometidas con el desarrollo.

En este sentido resulta imprescindible la difusión y comparación de los estudios de género en distintos contextos históricos, geográficos y sociales que nos muestran cómo feminidad y masculinidad son construcciones sociales, y por lo tanto nos permitan incidir en cada realidad y aportar a su transformación.



Promesas o progreso: las mujeres y la planificación

Clara Greed



Clara Greed (1948) es profesora emérita de Planificación Urbana Inclusiva. Es miembro del Royal Town Planning Institute. Su experiencia se centra en los aspectos sociales de la planificación y ha trabajado durante mucho tiempo en mujeres y planificación, género, igualdad, discapacidad, diseño urbano, accesibilidad y otras cuestiones de diversidad, incluidas las cuestiones públicas. Se ha hecho famosa por sus investigaciones y publicaciones sobre la importancia de la provisión de baños públicos en el contexto del diseño urbano y los aspectos sociales de la planificación. Los baños públicos son el eslabón perdido en la creación de ciudades sostenibles, equitativas y accesibles, y son una instalación esencial para las personas cuando caminan, andan en bicicleta y viajan en transporte público.

Fragmento seleccionado de Clara Greed (1996). “Promise or Progress: Women and Planning”. *Built Environment*. Vol. 22, n.º 1, *Women and the Environment*. Ed. Alexandrine Press (pp. 9-21). Trad. Luciana Pellegrino.

PROMESAS O PROGRESO: LAS MUJERES Y EL PLANEAMIENTO

Parece haber dos profesiones de planeamiento: una corriente principal y fundamentalmente masculina, y otra que es partidaria de las mujeres y el planeamiento, con poca superposición entre las dos. Pero solo tenemos una ciudad para todos. Este documento analiza críticamente el progreso para crear un entorno sensible para las mujeres.

El propósito de este documento es dar una visión general del efecto del movimiento de mujeres y urbanismo en la práctica de este y considerar los factores que han inhibido su progreso. Se ha escrito mucho sobre la mujer y el urbanismo, por lo que la falta de progreso no puede explicarse por la escasez de información. Por ejemplo, la revista *did women* lo hizo hace doce años, y otras ediciones lo han hecho más recientemente.¹ Ha habido intentos anteriores de delinear la agenda urbana alternativa de las mujeres, particularmente por parte de mujeres de América del Norte.² Pero escribir y nombrar el problema es solo el comienzo. Buscar cambiar la situación a través de políticas y procedimientos de implementación es otro aspecto totalmente diferente.

En la primera parte del documento se identifica el problema, se resumen brevemente las demandas de las mujeres y se discute en qué medida se han cumplido dentro del sistema de planeamiento estatutario. En la segunda parte se discuten los factores que explican la falta de progreso, entre ellos la naturaleza de la profesión urbanística. Esta sigue siendo predominantemente masculina, de clase media y todavía parece relativamente impermeable a las demandas de las mujeres, especialmente en los niveles superiores.

Por lo tanto, consideraré el papel de la educación y la teoría del urbanismo en la configuración de las percepciones de la realidad según el género. Se llega a la conclusión de que el progreso ha sido bastante limitado y se dan indicaciones sobre el camino a seguir. Este artículo se deriva de mi investigación sobre las mujeres y el planeamiento³ (donde he investigado tanto la situación histórica como la contemporánea). Se basa en mis continuas investigaciones en este campo. En él intento de nuevo (a cierta distancia ahora del calor de la investigación relacionada con el libro) dar un paso atrás y hacer un balance, con el fin de construir y obtener una descripción general de dónde estamos realmente; y dónde se encuentran las mujeres y el planeamiento, vis a vis con otras tendencias que posteriormente han capturado la agenda del planeamiento, entre

1 Sophie Bowlby (ed.) (1984). "Women and the Environment". *Built Environment*, 10(1); Sophie Bowlby (ed.) (1990). "Women and the Design of the Environment". *Built Environment*, 16(4).

2 IJURR (International Journal of Urban and Regional Research) (1978). *Women and the City*, ed. especial, 2(3); Signs (1980). "Women and the American City". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 5(3).

3 Clara Greed (1994a). *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. Londres: Routledge.

ellas el movimiento medioambiental y el crecimiento de una perspectiva más europea sobre la planificación urbana británica. Mi enfoque de investigación es principalmente etnográfico, con el fin de investigar factores cualitativos, como los valores culturales y sociales de los urbanistas, que dan forma a sus percepciones de la realidad. Busco entender por qué los urbanistas toman las decisiones políticas que toman, porque sus políticas pueden parecer completamente razonables dentro de la subcultura profesional dominada por los hombres dentro de la cual operan, pero a menudo parecen inexplicables y poco prácticas para las mujeres.⁴ El documento se refiere principalmente a Gran Bretaña, pero, cuando procede, se extraen referencias de otros países.

POLÍTICAS DE PLANIFICACIÓN

Problemas y soluciones

En cuanto al problema del planeamiento de toda la ciudad, hay muchas críticas a la zonificación del uso del suelo, particularmente a la segregación de áreas residenciales y laborales, es decir, del hogar y el trabajo.⁵ Los sistemas de transporte público diseñados para servir a la ciudad zonificada han tendido a basarse en cubrir las necesidades del viaje [masculino] al trabajo, en lugar de los viajes diversos y frecuentemente fuera de las horas pico de las mujeres. Este problema fue identificado por Stimpson⁶ en América del Norte y se ha reiterado en una amplia gama de literatura feminista urbana en Gran Bretaña a medida que nuestras ciudades también se han vuelto cada vez más dispersas y dependientes de los automóviles.⁷ Pero, como explica Little,⁸ la falta de poder e influencia de las mujeres dentro del mundo de la fraternidad de la planificación del transporte ha significado que dicho material no ha tenido prácticamente ningún impacto sobre los responsables políticos, y nunca han asistido a nuestras conferencias en las que estos se discuten estos asuntos. A menudo se crean nuevos problemas humanos al tratar de solucionar el problema del transporte desde una perspectiva de observador de trenes relativamente sin gente. La calma del tráfico puede resultar en mayores tasas de accidentes que otros usuarios de

4 Clara Greed (1994b). "The place of ethnography in planning: or is it 'real research?'". *Planning, Practice and Research*, 9(2), pp.119-127.

5 Clara Greed (1994a). *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. Londres: Routledge, p. 40.

6 Catharine R. Stimpson, Elsa Dixler, Martha J. Nelson y Kathryn B. Yatrakis (eds.) (1981). *Women and the American City*. Chicago: University of Chicago Press.

7 Clara Greed (1994a). *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. Londres: Routledge, Apéndice 11, p. 199.

8 Jo Little (1994). *Gender, Planning and the Policy Process*. Oxford: Elsevier Pergamon, pp. 134-137.

la carretera que no son automóviles.⁹ Se ha demostrado que caminar¹⁰ es la principal modalidad de transporte para muchas mujeres en las ciudades, pero, dado que no está mecanizado, puede excluirse por completo de los cálculos del planificador de transporte.¹¹

¿Qué quieren las mujeres en su lugar? Las respuestas se dan en una variedad de textos.¹² Las mujeres no son un grupo unitario, y hay varios, en lugar de uno solo, movimientos de mujeres y urbanismo, con diferentes énfasis en las políticas y bases ideológicas (atravesando el espectro feminista, incluidas las perspectivas burguesas, liberales, socialistas y separatistas). Además, las mujeres difieren entre ellas según la clase, la edad, la etnia, la perspectiva personal, si son conductoras de automóviles, si tienen hijos dependientes y dónde viven. Sin embargo, ciertas preocupaciones comunes y cuestiones clave surgieron una y otra vez en mis investigaciones, aunque las soluciones políticas preferidas que fueron propuestas por diferentes planificadoras variaron un poco.

La preferencia política general está encapsulada en el concepto de la ciudad de los viajes cortos y de la vida cotidiana, como se acordó en una reciente conferencia internacional sobre la mujer y la planificación celebrada en París.¹³ Las mujeres parecen querer una ciudad multinucleada y deszonificada, de usos mixtos del suelo, cuya estructura se basa en la provisión de instalaciones localizadas, con una gran cantidad de tiendas, trabajos, instalaciones y servicios esparcidos en todo el espacio urbano. Se han elaborado detalles en cuanto al diseño local, el cuidado de los niños, la seguridad y la accesibilidad mediante una variedad de guías de diseño y textos de asesoramiento, como en Southampton.¹⁴ Mucho de lo que se desea parece ser de sentido común básico y francamente obvio, y no parece requerir la creación de una gran teoría o un cálculo matemático complejo para justificarse.

9 Sylvia Trench y Richard Ball (1995). "Buses and traffic calming, in Trench", *Current Issues in Planning*, Volumen II. Aldershot: Avebury.

10 GLC (Greater London Council) (1985). *Women on the Move: GLC Survey of Women and Transport*. Londres: GLC and London Residuary Body.

11 Mayer Hillman (1994). "How statistics distort transport policy". *Town and Country Planning*, 63(12), pp. 330-331.

12 Incluyendo: RTPI (Royal Town Planning Institute) (1989). *Planning for Choice and Opportunity*. Londres: RTPI; WGSG (Women and Geography Study Group, Institute of British Geographers) (1984). *Geography and Gender*. Londres: Hutchinson; GLC (Greater London Council) (1986). *Changing Places*. Londres: GLC; Clara Greed (1994a). *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. Londres: Routledge; Jo Little (1994). *Gender, Planning and the Policy Process*. Oxford: Elsevier Pergamon.

13 OECD (Organisation for Economic Co-operation and Development) (1995). *Women in the City: Housing, Services, and the Urban Environment* (Conference Proceedings, 4-6, oct. 1994). París: OECD.

14 Council Southampton City (1991). *Women and the Planned Environment: Design Guidelines*. Southampton: Directorate of Strategy and Development.

Sin embargo, una y otra vez, los urbanistas convencionales parecen incapaces de asimilar lo que se dice y continúan cometiendo errores bastante básicos porque simplemente no están pensando en las necesidades de las mujeres. Por ejemplo, aunque menos mujeres que hombres usan un automóvil durante el día en Gran Bretaña, a menudo se asume que todo el mundo tiene un automóvil para ir de compras y desplazarse. En Bristol, por ejemplo, hay varios nuevos desarrollos de hipermercados en los suburbios exteriores, algunos justo al lado de áreas verdes de urbanizaciones existentes, desde los cuales presumiblemente los residentes podrían caminar hasta las nuevas tiendas. Pero no hay caminos ni aceras que permitan a la población local hacerlo con seguridad: por el contrario, el acceso peatonal puede estar restringido por vallas perimetrales y setos, o restringido a huecos demasiado estrechos.

Si uno camina o conduce por las ciudades británicas, encontrará poca evidencia física de cambios en la forma urbana en beneficio de las mujeres. Una rampa aquí, una guardería allí, tal vez como parte de una política de planificación local basada en áreas micro, pero no se ven cambios estratégicos en la política macro y, por lo tanto, en la forma y estructura urbana. A pesar de toda la retórica y la aparente preocupación por los entornos sostenibles, el centro de la ciudad, la igualdad de oportunidades y las comunidades locales, la tendencia general en el desarrollo urbano británico durante los últimos 30 años ha sido hacia la descentralización, lo que hace que el aumento de automóviles privados sea una necesidad. En respuesta, las mujeres de la comunidad exigieron cada vez mejores instalaciones locales, aunque no fue hasta la década de 1980 que esto se manifestó en los documentos de políticas oficiales, al principio solo dentro de las autoridades metropolitanas más progresistas, especialmente en Londres, donde una minoría significativa de mujeres fueron empleadas como técnicas municipales de urbanismo por las autoridades locales, y donde las concejales establecieron comités de mujeres.¹⁵ A pesar de las solicitudes de las mujeres de más instalaciones comerciales y de empleo locales, han sido declaradas culpables de crear congestión de tráfico como usuarias no esenciales del vehículo privado. Por el contrario, en una conferencia reciente en Edimburgo, una concejala explicó que si los automóviles se acabaran de inventar, solo estarían disponibles para mujeres con criaturas, y para personas ancianas y con discapacidades, ya que, por supuesto, ¡a los jóvenes [machos] y a las personas sanas no les gustaría que se les viera con la necesidad de usarlos!

Palabras o hechos: caminando con el habla

Aunque se puede encontrar poca evidencia espacial de sus efectos sobre la implementación, el movimiento de mujeres y urbanismo parece haber tenido cierta influencia en el contenido de documentos de políticas públicas. El Gobierno

15 GLC (Greater London Council) (1986). *Changing Places*. Londres: GLC.

central proporciona orientación sobre políticas a las autoridades locales de planeamiento (que son responsables de producir planes de desarrollo y operar el sistema de control del desarrollo) a través de documentos del Departamento de Medio Ambiente, incluidas las PPG (Recomendaciones para las políticas de planeamiento) y circulares sobre diferentes aspectos de la política de planeamiento. Las recomendaciones de política gubernamental revisadas recientemente sobre el desarrollo de centros urbanos y minoristas (PPG 6)¹⁶ y también la PPG 13¹⁷ sobre transporte tienen en cuenta los problemas del desarrollo fuera de la ciudad, estructuras urbanas dispersas y una dependencia excesiva del automóvil. Sin embargo, la naturaleza diferencial de los efectos sobre los diferentes grupos sociales, y específicamente sobre las mujeres, no se declara abiertamente. Los problemas se perciben como de naturaleza ambiental y económica y, por lo tanto, la orientación parece ser neutra en cuanto al género, de hecho, en algunos lugares, sin gente. Incluso cuando se discute la “deszonificación” como una opción, pareciera estar separada de los aspectos sociales del planeamiento. Por ejemplo, el documento de debate *Quality in Town and Country*¹⁸ muestra conciencia de los problemas de la zonificación dispar e incluso reconoce la naturaleza fragmentada del viaje de las mujeres al trabajo, pero esto se combina, de manera incongruente, con una imagen turística bastante optimista de Gran Bretaña en el documento en su conjunto, sin apenas mención alguna a la privación social o los problemas reales que la gente encuentra todos los días en ciudades mal diseñadas.

En la actualidad hay más de 25 PPG, pero hasta ahora ninguno de ellos se ocupa de las mujeres y la planificación, ni de cuestiones de minorías étnicas, discapacidad o acceso. Sin embargo, en *Development Plans: Good Practice Guide*¹⁹ se establece, dentro de una discusión de temas sociales, que sectores particulares de la población deberían ser considerados en la formulación de políticas, sugiriendo que, tal vez, los niños y niñas, las mujeres y las personas sin hogar deberían agregarse a la lista.²⁰ Pero el Departamento de Educación recomienda que no es aconsejable que haya capítulos separados sobre las mujeres y las minorías

16 DOE (1993) y (1995). *Town Centres and Retail Development*, PPG6. Londres: HMSO.

17 DOE (1994a). *Transport*, PPG13. Londres: HMSO; DOE (1994b). *Quality in Town and Country*. Londres: HMSO. Documento de debate *Quality in Town and Country*¹⁸ muestra conciencia de los problemas de la zonificación dispar e incluso reconoce la naturaleza fragmentada del viaje de las mujeres al trabajo, pero esto se combina, de manera incongruente, con una imagen turística bastante optimista de Gran Bretaña en el documento en su conjunto, sin apenas mención alguna a la privación social o los problemas reales que la gente encuentra todos los días en ciudades mal diseñadas.

18 DOE (1994a). *Transport*, PPG13. Londres: HMSO; DOE (1994b). *Quality in Town and Country*. Londres: HMSO, p.2.

19 DOE (1992a). *Development Plans: Good Practice Guide*. Londres: HMSO.

20 *Ibid.* (párr. 3.75).



étnicas,²¹ y prefiere que la referencia se integre en los capítulos principales de los documentos de políticas.

Algunas autoridades locales han incorporado mujeres y urbanismo en planes de desarrollo urbano, en particular las necesidades de cuidado infantil y la seguridad.²² Little encontró que las mejores autoridades tendían a ser las autoridades metropolitanas, especialmente aquellas con un nuevo carácter político de izquierda, aunque de manera bastante independiente, encontramos algunas joyas inesperadas escondidas en las áreas rurales, generalmente porque había una mujer particularmente dinámica o un comité de mujeres que trabaja detrás de escena. A primera vista, el libro de Jo Little²³ da la impresión de que muchas autoridades locales están planificando para las mujeres, pero ella misma deja muy claro que su investigación se ha centrado en la política más que en investigar los niveles de implementación, lo cual es otra cuestión.²⁴ Quienes han investigado la implementación de políticas de mujeres²⁵ se han encontrado con una situación irregular, caprichosa y arbitraria. La implementación en un gobierno local particular puede ser habilitada o impedida de acuerdo con el apoyo político local y con las actitudes de los funcionarios superiores de planeamiento, más que debido a leyes o políticas específicas.²⁶

Control del desarrollo: ¿Está las cuestiones de las mujeres más allá de la competencia del urbanismo (“*ultra vires*”) o son simplemente un virus?

Gran parte de la jurisprudencia sugiere que las mujeres y los requisitos de planeamiento se consideran *ultra vires*, porque no se consideran cuestiones de uso del suelo y, por lo tanto, se consideran fuera del ámbito legal del urbanismo. Lo que se considera o no un asunto de usos del suelo tiene un alto grado de implicación de género en su construcción. Curiosamente, la provisión de instalaciones deportivas y los llamados espacios abiertos públicos siempre se ha considerado un asunto válido de uso del suelo, mientras que la provisión de cuidado infantil, que tendría importantes implicaciones espaciales si se brindara

21 *Ibid.* (párr. 3.79).

22 Jo Little (1994). *Gender, Planning and the Policy Process*. Oxford: Elsevier Pergamon.

23 *Ibid.*

24 *Ibid.*, p.187.

25 Judith Taylor (1990). Planning for Women in Unitary Development Plans: An Analysis of the Factors which generate 'Planning for Women' and the Form this Planning takes'. Unpublished MA Thesis, Town and Regional Planning Department, Sheffield University; Linda Davies (1993). "Aspects of equality". *The Planner*, 79(3), pp.14-16; Linda Davies (1995). "Equality and planning: Gender and disability". Clara Greed (ed.). *Implementing Town Planning*, Harlow: Longmans.

26 Deborah Barnes (1989). Women and Planning: Recent Initiatives with Reference to the GLC and Sheffield City Council. Unpublished BA (Hons) dissertation, Department of Town Planning, Oxford Brookes University.

adecuadamente, se ha considerado un asunto social más que físico.²⁷ He tratado de explicar minuciosamente a mis alumnos los detalles del debate *ultra vires*. Pero la verdadera naturaleza de las actitudes hacia las mujeres y el planeamiento fue ilustrada por un comentario en un ensayo sobre el tema de uno de mis alumnos en el que declaró inocentemente que los urbanistas ven a las mujeres como un virus.

Un problema importante para las mujeres es la naturaleza del sistema de control del desarrollo. Tiene la responsabilidad legal de controlar el uso y desarrollo del suelo, en lugar de considerar si los requisitos de planeamiento permitirán a las personas usar el suelo con mayor facilidad. Por ejemplo, muchas mujeres consideran que la provisión de baños públicos adecuados, servicios de guardería, entornos seguros y accesibilidad para personas con discapacidad son requisitos previos esenciales para poder beneficiarse de los diferentes usos y servicios.

A primera vista, parecería que la orientación de la política gubernamental proporcionaría la justificación para la provisión de los llamados servicios sociales. La PPG 12 sobre el contenido de la política del plan de desarrollo²⁸ estableció que el sistema del Plan de Desarrollo Unitario (UDP) (una forma revisada de plan de desarrollo introducido en las antiguas autoridades metropolitanas) proporcionaría a las autoridades locales oportunidades positivas para reevaluar las necesidades de sus áreas, resolver demandas conflictivas, considerar nuevas ideas y presentar soluciones apropiadas. En varios distritos de Londres, los urbanistas que han tratado de incluir baños públicos y guarderías dentro de nuevos desarrollos comerciales, y han escrito tales requisitos en la parte de declaración de política del UDP, han descubierto que el inspector de planeamiento ha eliminado dichas declaraciones de política en la etapa de consulta (aprobación).²⁹ Se consideró que un plan de desarrollo no era lugar para cupos y estándares tan detallados, pero esto nunca se ha dicho sobre los estándares de estacionamiento de automóviles. Pero si dichos estándares no se incluyen en el nivel del plan estratégico, un desarrollador puede argumentar que no hay motivos para la imposición de estos estándares al negociar una propuesta de desarrollo.³⁰

[...]

27 Barry J. Cullingworth y Vincent Nadin (1994). *Town and Country Planning in Britain*. Londres: Routledge, p. 251.

28 DOE (1992b). *Development Plans and Regional Planning Guidance*, PPG12 (Planning Policy Guidance Note). Londres: HMSO.

29 WDS (1993, and updated supplement 1994). *Planning London: Unitary Development Plans*, London Women and Planning Forum. Londres: Women's Design Service.

30 Clara Greed (1993). "Is more better?: Mark II: with reference to the position of women town planners in Britain". *Women's Studies International Forum*, 16(3), p.237.

DOE (1992c). *General Policy and Principles*, PPG1. Londres: HMSO.

Clara Greed (1996). Planning for women and other disenabled groups with reference to public toilet provision. *Planning and Environment A*.

Mientras que mujeres y urbanismo se consideran a menudo como cuestiones de uso del suelo que no son relevantes, otras nuevas áreas de políticas están funcionando mucho mejor. Uno de los mayores retos al ámbito del urbanismo tradicional en los últimos años ha sido el movimiento ecologista. Aunque muchas de sus demandas no están relacionadas con asuntos específicos de uso del suelo, sino con vastas cuestiones globales y ecológicas, que ni siquiera se pueden ver, en contraste con las mujeres y el planeamiento, sus requisitos fueron rápidamente consagrados en la ley de urbanismo. Los urbanistas ahora deben incorporar la evaluación de impacto ambiental (EIA) como parte integral del sistema de control del desarrollo como resultado del Reglamento de Planificación Urbana y Rural (Evaluación de los Efectos Ambientales) de 1988, activando así la Directiva de la CE 85/337 en Inglaterra y Gales. En contraste, el SIA (Análisis de Impacto Social) existe desde la década de 1970 y es un requisito de planeamiento en algunos países.³¹ La SIA se puede utilizar para medir los efectos de una propuesta de planeamiento en diferentes sectores de la población desde una perspectiva de género, clase, etnia, capacidad y edad. Si se hubiera adoptado en Gran Bretaña, habría sido una herramienta legal útil para promover la causa de la mujer y la planificación. El ecologismo, que ha eclipsado al feminismo como tema de moda en la actualidad, proporcionó muchos puestos de trabajo a los jóvenes, pero los problemas de las mujeres siguen sin resolverse. Sin embargo, algunos aspectos de la agenda original de mujeres y urbanismo podrían beneficiarse de ser reencarnados por el movimiento de hermandad y sostenibilidad y posiblemente implementados a través de iniciativas de Agenda 21.³² Asimismo, los objetivos de sostenibilidad (sin género) que buscan reducir el énfasis en el planeamiento del transporte en automóvil, en favor de las necesidades de los ciclistas, peatones y el transporte público, podrían inadvertidamente también satisfacer algunas de las demandas de las mujeres por más seguridad, más calles accesibles y bien iluminadas. En términos más generales, es una pregunta fascinante por qué la agenda del movimiento ambiental ha sido asumida con tanto entusiasmo por la profesión urbanística y encarnada en poderes regulatorios, mientras que el movimiento de mujeres y urbanismo permanece marginado profesionalmente y sin apoyo legal.

CONTEXTO PROFESIONAL

Factores cuantitativos

En esta sección consideraré los factores que exacerban los problemas descritos anteriormente con especial referencia al papel de la profesión de urbanista. Por

31 R. Howe (1994). "Housing and Neighbourhood Environments Designed with Women and Children in Mind". *Women in the City: Housing, Services, and the Urban Environment*. París: OECD.

32 WDS (1995). "Sisterhood, Cities and Sustainability", London Women and Planning Forum, Broadsheet 14, May 1995. Londres: Women's Design Service.

supuesto, el contexto gubernamental más amplio y el papel de otros tomadores de decisiones urbanas, incluidos los concejales del gobierno local, el sector de la propiedad privada y miembros de otras profesiones relacionadas con la propiedad y la construcción, también tienen un papel que desempeñar.³³ Pero se puede considerar que los urbanistas están en primera línea en la batalla de las fuerzas urbanas que resulta en la reproducción de relaciones sociales sobre el espacio,³⁴ en este caso, las marcas de las relaciones de género en el entorno construido.³⁵ Incluir a más mujeres en el planeamiento no significa necesariamente algo mejor ni para las mujeres mismas ni para la naturaleza de la política de planificación.³⁶ De ello no se deriva que una vez que se alcance la masa crítica, las compuertas se romperán y todo irá bien. Por el contrario, a medida que más mujeres ingresan a la profesión, la segmentación por género de la fuerza laboral profesional se vuelve más pronunciada, tanto verticalmente en términos de promoción como horizontalmente en términos de especialización en planificación.

Cuantitativamente, la profesión del urbanismo en Gran Bretaña todavía está dominada numéricamente por hombres de manera abrumadora, particularmente en los niveles más altos de la profesión.³⁷ El 20 % de los miembros de pleno derecho del RTPI (Real Instituto de Urbanismo), el principal organismo profesional, son mujeres. Sin embargo, se estima que solo la mitad de ellas tienen un empleo profesional a tiempo completo. Solo 20 de los 613 becarios (el grado de membresía más antiguo) son mujeres. Según Nadin y Jones³⁸ las tres cuartas partes de las mujeres urbanistas tienen menos de 40 años (y un poco más ahora), mientras que los hombres se distribuyen de manera bastante uniforme en los grupos etarios. Entre las edades de 25 y 34 las mujeres constituían más de un tercio de los miembros, pero entre las edades de 40 y 50 constituyen 1 de cada 10, y mayores de 50 años, 1 de cada 20.

El 80,80 % de todos los urbanistas británicos y el 75 % si son mujeres, trabajan en gobiernos locales. En promedio, el 23 % de todo el personal profesional de las oficinas de planeamiento son mujeres, aunque no todas son urbanistas, algu-

33 Como se analiza en Clara Greed (1996). "Planning for women and other disenabled groups with reference to public toilet provision". *Planning and Environment A*.

34 Doreen Massey (1984). *Spatial Divisions of Labour: Social Structures and Geography of Production*. Londres: Macmillan, p. 16.

35 Clara Greed (1991). *Surveying Sisters: Women in a Traditional Male Profession*. Londres: Routledge.

36 Clara Greed (1993). "Is more better?: Mark II: with reference to the position of women town planners in Britain". *Women's Studies International Forum*, 16(3), pp. 255-270.

37 Sue Buckingham-Hatfield (1991). "Equal opportunities survey". *Newsletter*, Spring, Institute of British Geographers, Urban Geography Group; Jo Little (1994). *Gender, Planning and the Policy Process*. Oxford: Elsevier Pergamon, pp. 134-137; Clara Greed (1994a). *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. Londres: Routledge.

38 Vincent Nadin y Sally Jones (1990). "A profile of the profession". *The Planner*, 76(3), pp.13-24.

nas son estadísticas, geógrafas, arquitectas.³⁹ Incluso teniendo en cuenta los factores de edad, las mujeres están desproporcionadamente subrepresentadas en los niveles superiores. Solo el 5 % del personal superior de planeamiento son mujeres, y el número de mujeres jefas de planeamiento puede contarse con los dedos de una mano. Sin embargo, la situación varía según la localidad y la composición política de la autoridad en cuestión. El 29 % de todas las urbanistas se encuentran en el área de Londres y, en general, se descubrió que es en las autoridades del condado de Londres de nueva izquierda y más progresistas donde es probable que más mujeres ocupen puestos de responsabilidad, lo que representa un 10-15 % de los oficiales superiores. Muchas mujeres me dijeron en el curso de mi investigación que se sentían atrapadas en un atasco en el nivel gerencial medio, y que los hombres no las dejarían pasar. En el gobierno central, hay pocas mujeres en puestos de responsabilidad y nunca ha habido una secretaria de Estado de Medio Ambiente. Barbara Castle fue ministra de Transporte en la década de 1960 (la primera y única mujer). En su autobiografía comenta que cuando fue nombrada, el edificio del Ministerio ni siquiera tenía un baño para mujeres para que ella lo usara,⁴⁰ y aún hoy la provisión para mujeres es inadecuada en el Departamento de Medio Ambiente en Marsham Street, Londres. Siempre tomo la situación de los baños como un indicador o comparador más confiable de la verdadera posición de las mujeres en relación con los hombres dentro de la sociedad, las organizaciones profesionales y la ciudad⁴¹ que el número de palabras producidas sobre igualdad de oportunidades.

Factores cualitativos

Se podría argumentar que la escasa representación de las mujeres, o para el caso de las minorías étnicas, es irrelevante porque el hombre profesional debería ser capaz de planificar para otros a diferencia de él, pero la investigación y la experiencia humana han demostrado que esto no es así.⁴² Se sostiene, a partir de mi investigación, que el logro y la implementación de diferentes políticas de planificación depende de la creación de una ética profesional y una estructura organizativa más favorables a las mujeres. Incluso si las mujeres tienen políticas diferentes o mejores que los hombres, si se les impide alcanzar niveles superiores de toma de decisiones en la profesión, o si les resulta imposible combinar las demandas del hogar y del trabajo debido a la forma en que se estructura la planificación del empleo, ellas no estarán en condiciones de dar forma a la polí-

39 LGMB (Local Government Management Board) (1992). *Summary: Survey of Planning Staffs in Local Authority Planning Departments as at 31st October 1991*. Londres: LGMB with RTPI.

40 Barbara Castle (1993.) *Fighting all the Way*. Londres: Pan.

41 Clara Greed (1995). "British public conveniences and town planning". *International Symposium on Public Toilets*. Hong Kong: Urban Council, Conference Report.

42 Clara Greed (1994b). "The place of ethnography in planning: or is it 'real research?'". *Planning, Practice and Research*, 9(2), p.10.

tica urbana. Considero que la profesión de urbanista posee su propia subcultura, es decir, sus propios rasgos, creencias, estilo de vida y forma de ver la realidad. Uno de los factores más importantes para ser aceptado y progresar dentro de la profesión de planificación es la capacidad de encajar con los valores de esta subcultura. Las actitudes, experiencias y creencias personales de sus miembros tienen una gran influencia en la naturaleza de su toma de decisiones profesionales, lo que influye en la naturaleza del desarrollo urbano.⁴³ Las mujeres, y otros grupos minoritarios, pueden experimentar los efectos de mecanismos de exclusión como el cierre (de filas) contra los forasteros⁴⁴ y la acreditación innecesaria (que establece los requisitos de calificación de manera que pocas mujeres mantengan el rumbo).⁴⁵

Es posible que el urbanismo como profesión deje de existir en su forma actual en el próximo siglo. La Conferencia Permanente de la Industria de la Construcción (CISC)⁴⁶ está mapeando actualmente las profesiones del entorno construido, incluida la planificación urbana, con el fin de armonizar y estandarizar las calificaciones profesionales y técnicas. Como miembro del grupo de trabajo de la CISC, me ha preocupado constantemente que dentro de la subcultura de la industria de la construcción haya poca conciencia de cuestiones sociales más amplias, especialmente las cuestiones de la mujer. A largo plazo, el aumento de la especialización y la fragmentación de la profesión de la planificación o, alternativamente, el aumento de la armonización, particularmente dentro de Europa, y, por lo tanto, la fusión con enormes grupos de profesionales de ingeniería de entornos construidos dominados por hombres, podrían ser perjudiciales para los intereses de las mujeres. Las mujeres no solo se enfrentan a los urbanistas (que en términos relativos son los buenos), sino que en el futuro pueden tener que defender su rincón dentro del universo más amplio de las 2.000.000 de personas en Gran Bretaña que están empleadas en la industria de la construcción, de las cuales menos del 5 % son mujeres. Además, los recortes de los gobiernos locales y las TMC (licitación competitiva obligatoria de servicios profesionales) pueden conducir al trabajo por contrato y, por lo tanto, a la reestructuración de la profesión y a la erosión de los derechos laborales de las mujeres.

43 E. Howe y J. Kaufman (1981). "The values of contemporary American planners". *Journal of American Planning Association*, Julio, pp. 266-278.

44 Como lo discutió: Frank Parkin (1979). *Marxism and Class Theory: A Bourgeois Critique*. London: Tavistock, pp. 89-90; Clara Greed (1991). *Surveying Sisters: Women in a Traditional Male Profession*. Londres: Routledge, p. 6.

45 Randall Collins (1979). *The Credential Society*. Nueva York: Academic Press, pp. 90-91; Sandra Acker (1984). 'Women in higher education: what is the problem?'. S. Acker y D. Warren-Piper (eds.). *Is Higher Education Fair to Women?* Slough: NFER.

46 CISC (Construction Industry Standing Conference) (1994). *CISC Standards: Occupational Standards for Professional, Managerial, and Technical Occupations in Planning, Construction, Property and Related Engineering Services*. Londres: The Building Centre.

De hecho, aunque uno podría desesperar del estrecho enfoque espacial del sistema de planeamiento británico y de su absorción en la industria de la construcción orientada al mercado y a la tecnología, factores todos los cuales militan en contra de la implementación de las mujeres y la política de planificación, uno puede mirar con relativo optimismo hacia el mayor nivel de planeamiento de la Unión Europea en el futuro, particularmente en el papel de las direcciones generales (DG) [...]. En este nivel, parece haber más espacio para la consideración de factores sociales, económicos y ambientales, en beneficio de las mujeres, en la construcción de las políticas urbanas. También movimientos como EuroFem proporcionan una plataforma europea más amplia para presionar por el cambio urbano.

PERCEPCIONES DE LA REALIDAD URBANA

La educación en Planificación

En esta sección se prestará atención al entorno educativo que forma a los urbanistas y los dota de una imagen particular de la realidad. Sin duda, el carácter distintivo de la educación en urbanismo ha cambiado, posiblemente para mejor, en relación con la edad oscura de la educación en planeamiento patriarcal experimentada hace veinte años. Hoy en día, se pueden ver a mujeres en disertaciones, hablar abiertamente sobre temas de mujeres, tomar la licencia por maternidad, admitir que no se siente bien a veces e incluso enseñar a las mujeres y planificar sin correr el riesgo de fallar académicamente, ser ridiculizada o agredida físicamente. Una incluso podría ser elogiada por sus esfuerzos, particularmente si las publicaciones feministas urbanas ayudan al departamento con su calificación de investigación. En la actualidad, los paneles de validación de cursos de RTPI pueden incluso rechazar un curso si no presta la debida atención a las cuestiones de igualdad de oportunidades, la diversidad y la base de valor del planeamiento (como se requiere en el documento de orientación para instituciones académicas).⁴⁷ Esto es asombroso para aquellas de mi generación (que ingresaron a la planificación de la educación a fines de la década de 1960) que tuvieron que luchar arduamente para defender la importancia del género junto con la clase las primeras veces que se reconocían las cuestiones de mujeres y urbanismo, y que eran constantemente sujetos de burla en el sentido de que “las mujeres no cuentan” “las mujeres son estúpidas”, “deberían preocuparse por la clase trabajadora”.

Ha habido un aumento progresivo en el número de mujeres que ingresan a las escuelas de urbanismo, de modo que en la actualidad al menos el 25 % de los estudiantes de los cursos son mujeres. Sin embargo, todavía hay variacio-

47 RTPI (Royal Town Planning Institute) (1992). *Guidance Note B. Annex to The Education of Planners: Policy Statement and General Guidance for Academic Institutions offering Initial Professional Education in Planning*. Londres: RTPI.

nes considerables en los diferentes cursos, y en algunas facultades enormes y combinadas de entornos contruidos, las mujeres pueden superar en número durante el primer año cuando trabajan juntas en módulos interprofesionales. Los tutores de admisiones han notado el comienzo de una disminución en las solicitudes de mujeres, lo que puede explicarse, en parte, por este entorno educativo más duro. Asimismo, hay más mujeres conferencistas que hace 20 años, pero aún son relativamente pocas, y varias son a tiempo parcial o con contratos de corta duración; y, de manera significativa, pocas ocupan puestos de responsabilidad. Considero que la forma en que se trata a las mujeres conferencistas es una medida mucho más precisa del compromiso con la igualdad de oportunidades que el número de mujeres estudiantes admitidas. [...]

Pero cuando uno mira más de cerca la distribución del poder dentro de la academia, poco ha cambiado en el mundo de la geografía urbana y la planificación urbana.⁴⁸ Siguen siendo los hombres los que tienen el mayor número de citas y los principales tejedores del discurso académico.⁴⁹ La situación ha cambiado poco en la geografía.⁵⁰ Una tabla en un informe para el comité de publicaciones del Instituto de Geógrafos Británicos⁵¹ muestra que se están publicando tres veces más artículos de investigación de hombres que de mujeres en la prensa académica en este campo, aunque, en estudios de nivel de pregrado las mujeres representan más de la mitad de todos los estudiantes de geografía.

Una vez más, uno debe mirar el contexto europeo más amplio para encontrar motivos para el optimismo. El intercambio de ideas y perspectivas entre estudiantes y académicos a través de esquemas como Erasmus (y sus sucesores) da una dimensión diferente a los problemas urbanos británicos y abre los ojos a las personas al hecho de que las cosas no tienen que ser como son y hay otras formas de abordar las cuestiones del planeamiento. En términos más generales, inevitablemente con una mayor armonización e integración con el resto de Europa, aumentarán las presiones para cambiar la naturaleza de los cursos de planificación urbana británicos, que son únicos en Europa por ser principalmente de pregrado (la planificación del uso físico del suelo y la regulación) y algunos dirían demasiado corto y demasiado básico en relación con el énfasis en los modelos de posgrado de alto nivel que se encuentran en otros sistemas.

48 Linda McDowell (1990). "Sex and power in academia". *Area*, 22(4), pp. 323-332.

49 Andrew Bodman (1991). "Weavers of influence: the structure of contemporary geographic Research". *Transactions of the Institute of British Geographers*, 16(1), pp. 21-37.

50 Linda McDowell y Linda Peake (1990). "Women in British geography revisited: or the same old story". *Journal of Geography in Higher Education*, 14(1), pp.19-31.

51 IBG (Institute of British Geographers) (1994). "Table III: Gender division of authors". *Report of the Publications Committee*, Annual General Meeting 4th January.
WGSG (Women and Geography Study Group, Institute of British Geographers) (1984). *Geography and Gender*. Londres: Hutchinson.

Teoría de la planificación

Las obsesiones reflejadas en la teoría dominante de la planificación han cambiado poco (el trabajo de los hombres, el transporte, la política de poder, el deporte, la dominación global), aunque la jerga y las teorías mismas pueden haber cambiado de *rojo* a *verde* (del socialismo al ambientalismo). Sin embargo, gran parte de la vieja sociología urbana, neomarxista, tan favorecida por los enojados planificadores de tipos de hombres jóvenes de hace veinte años, se ha olvidado afortunadamente, precisamente porque las académicas feministas han demostrado que los conceptos de clase, empleo y política urbana, basados en solo ver las actividades masculinas como relevantes, son patéticamente defendibles. Pero en lugar de reconceptualizar el discurso académico para incluir dimensiones de género y etnicidad, se ha visto que se produce una evasión, como se evidencia en la difusión de la teoría postestructuralista y posmoderna; y en el surgimiento de la teoría de la planificación “verde” sin género. Uno escucha conversaciones en la academia en el sentido de que “bueno, la clase nunca fue realmente muy importante, después de todo, se trata de discursos y culturas: clase, género, raza, son conceptos relativos en realidad”. Deberían estar más preocupado por el medio ambiente. (Ni una palabra sobre experimentar discriminación o ser tratado como basura porque eres del área, el sexo o la raza equivocada). Es más probable que las perspectivas feministas urbanas se encuentren empaquetadas herméticamente y marginales, dentro del contexto de cursos separados sobre, por ejemplo, necesidades especiales o desigualdad social. Con el crecimiento de la modularización, la semesterización y la expansión de asignaturas optativas, dentro de la planificación de la educación, la nueva flexibilidad permite a algunos estudiantes evitar estudiar algo social.

[...]

CONCLUSIONES

A pesar de las publicaciones, la investigación, la organización de grupos de mujeres y los cursos de mujeres y urbanismo, muchas de las demandas originales siguen sin cumplirse y poco ha cambiado realmente en el mundo de la práctica profesional del planeamiento que da forma al entorno construido. Pero todavía hay esperanza, debido al aumento de mujeres que se involucran en la política local y grupos comunitarios que se preocupan por los mismos temas, aunque es posible que no se den cuenta de que son parte de la planificación urbana. Las concejales, en particular, pueden tener un papel proactivo en cambiar la agenda de la política de las autoridades locales. A medida que los recortes afecten a más personas, es probable que haya un mayor crecimiento a este nivel de base. La reducción en las entregas de leche de casa en casa seguramente hará que más personas se den cuenta de lo vulnerables que son si viven en áreas sin tiendas locales, particularmente si no tienen acceso a un automóvil o son ancianos.

Asimismo, continúa la difusión de la conciencia feminista urbana entre las mujeres de otras profesiones del entorno construido, como la agrimensura, la ingeniería civil y la arquitectura, lo que fortalece la causa. Grupos como Women in Construction Alliance, Women in Property y Women's Environmental Network tienen vínculos de apoyo mutuo con las mujeres y el planeamiento.

Pero el progreso no puede darse por sentado; podemos perder tan fácilmente lo que hemos ganado. Una destacada urbanista, que había creado una sección sólida de mujeres y planificación en su departamento, se trasladó a otro trabajo. Me dijo que cuando visitó a su antigua autoridad local, encontró a un joven sentado en su escritorio. Había dejado sus archivos y notas detalladas, pero sus instrucciones habían sido ignoradas. El joven, distraído, comentó que había tirado todas esas cosas. Desde su partida, el elemento femenino y de planificación del trabajo del departamento había dejado de existir. Esta anécdota muestra cuánto depende el progreso de los esfuerzos de los individuos porque el movimiento no está adecuadamente integrado en el tejido legal de la práctica urbanística. Si la EIS se hiciera obligatoria, como la EIA, independientemente de las opiniones personales de los urbanistas individuales, las cuestiones de género deberían recibir una consideración obligatoria.

Las urbanistas han tenido mucho éxito en nombrar y definir la relevancia de las cuestiones de género en la planificación y en incluirlas en la agenda educativa. Pero, hasta el momento, las mujeres no han logrado convencer a la fraternidad de planificación de la corriente principal de que actúe sobre estos temas y cambie la política. El fracaso radica en la profesión, no en las mujeres, al ignorar y subestimar la importancia de las mujeres como mayoría de la población. Las consecuencias de esto no solo serán una desventaja social y espacial para las mujeres, sino también un bajo desempeño y falta de progreso para la economía nacional, y un ambiente pobre para todos. Pero ¿estamos impacientes? Obviamente, no se puede cambiar la estructura de la ciudad de la noche a la mañana, pero quizás a estas alturas las mujeres y las políticas de planeamiento deberían tener más efecto en la forma urbana. Las mujeres están hartas de que les digan que esperen. Por el contrario, el movimiento de los rascacielos transformó nuestras ciudades en prácticamente diez años en la década de 1960. Es cierto que la situación política y financiera era diferente en ese momento, ya que las autoridades locales tenían más poder de decisión que hoy sobre la provisión de viviendas, pero aún se puede argumentar que el poder de la industria de la construcción para transformar el paisaje urbano (a pesar de los urbanistas) ha cambiado poco, aunque hoy en día es más probable que sus energías se dediquen a proyectos comerciales. Lo que se necesita, como próximo paso, es que el gobierno se tome las cuestiones en agenda más en serio. Se necesita una orientación política más sólida del gobierno central, como la emitió, por ejemplo,



el Ministerio de Medio Ambiente en Oslo, Noruega,⁵² y en Finlandia bajo la dirección de Sirpa Pietikäinen, ministra de Medio Ambiente.

Debería haber una ampliación del ámbito del control del planeamiento para incluir asuntos de usos del suelo tanto sociales como físicos que afectan la forma en que las personas usan los edificios, para abolir la trampa *ultra vires*. Se debe exigir a los desarrolladores que cumplan con ciertos criterios obligatorios en cuanto a cada tipo de uso y desarrollo, según las líneas de un acuerdo de cumplimiento de zonificación de América del Norte. Por ejemplo, se puede otorgar un permiso de desarrollo minorista, por lo general, con la condición de que exista una provisión de comodidades públicas de alta calidad, guarderías, mejoras ambientales, oportunidades de empleo para minorías (tanto para los profesionales y trabajadores de la construcción que construyen el desarrollo como para aquellos que trabajarán allí cuando se complete) y se cumpla una amplia gama de otras condiciones de diseño cualitativas internas y externas.⁵³ Pero también es necesaria una inversión pública más directa. Al igual que otros países europeos, debemos invertir más dinero en el transporte público, la infraestructura social, incluido el cuidado de los niños, y en políticas positivas de igualdad de oportunidades, ya que estamos muy por detrás de muchos otros países.⁵⁴ Más fundamentalmente, es necesario cambiar el eje de la planificación y cambiar su cultura. Tal cambio espacial (social) es muy difícil de lograr, pero es el precursor del cambio espacial urbano. El RTPI tuvo una mujer presidenta hace veinte años (Sylvia Law, 1974-1975) y otra recientemente (Hazel McKay, 1994-1995), pero ¿eso ha cambiado mucho en los años intermedios? Creo que no. Lejos de cambiar la profesión del urbanismo, se puede argumentar que ahora existen dos profesiones, una corriente principal (y principalmente masculina) y otra para los seguidores del movimiento de mujeres y urbanismo (principalmente mujeres con algunas notables excepciones), con poca superposición entre los dos, cada uno con su propio conjunto de reuniones, libros, prioridades, problemas, estrellas y eventos. Pero solo hay una ciudad.

52 R. Skjerve (ed.) (1993). *Manual for Alternative Municipal Planning*. Oslo: Ministry of the Environment.

53 Para ver ejemplos sobre esto, véase J. Barry Cullingworth (1993). *The Political Culture of Planning: American Land Use Planning in Comparative Perspective*. Nueva York: Routledge, cap. 7.

54 OECD (Organisation for Economic Co-operation and Development) (1995). *Women in the City: Housing, Services, and the Urban Environment* (Conference Proceedings, 4-6 October 1994). París: OECD.



Las infraestructuras para la vida cotidiana

Inés Sánchez de Madariaga



Inés Sánchez de Madariaga (1963) es doctora Arquitecta por la Universidad Politécnica de Madrid y Master of Science por la Universidad de Columbia, en Nueva York. Actualmente es directora de la Cátedra UNESCO de Género en Ciencia, Tecnología e Innovación de la UPM y profesora titular de Urbanismo y Ordenación del Territorio en la misma universidad. Se dedica a la docencia, investigación y transferencia de tecnología e innovación a la sociedad donde trata temas de género en urbanismo. En 2021 ha recibido el Premio Matilde Ucelay. Entre sus libros, destacan *Mainstreaming gender in the city* en coautoría con Michael Neuman (2016) y *Urbanismo con perspectiva de género* (2004).

Fragmento seleccionado de Inés Sánchez de Madariaga (1998). “Las infraestructuras para la vida cotidiana”. *Urbanismo con perspectiva de género*. Instituto Andaluz de la Mujer (pp. 64-69).

Favorecer la vida cotidiana y crear una ciudad de distancias cortas y proximidad implica cambios de todo orden en la forma actual de construcción de las ciudades. Desde cambios pequeños y sencillos, como por ejemplo la ampliación de las aceras para permitir el paso de coches de bebé, hasta grandes cambios que implicarían modificar sustancialmente la actual relación entre transporte público y privado. Son cambios que afectan al espacio urbano a todas sus escalas, desde la vivienda y su entorno inmediato, al barrio y al conjunto urbano y metropolitano. Afectan al modo en que las administraciones públicas a todos los niveles, estatal, regional y local, aplican todos sus poderes urbanísticos: de regulación de la iniciativa privada, de inversión pública, de incentivación y de disuasión de los comportamientos colectivos e individuales, de educación, negociación y sensibilización.

LAS INFRAESTRUCTURAS PARA LA VIDA COTIDIANA

La gran dificultad con que se enfrentan hoy la mayoría de las mujeres y algunos hombres a su doble rol en las esferas pública y privada ha obligado hasta ahora a las personas a desarrollar estrategias privadas y cooperativas para salir adelante. El problema ha alcanzado tal magnitud, y sus implicaciones sociales y económicas son ya tan evidentes, que tanto la Comisión Europea como la mayoría de los estados miembros empiezan a considerar la conciliación entre vida laboral y vida familiar como un campo prioritario de la acción pública.

En el terreno del urbanismo, el concepto de infraestructuras para la vida cotidiana puede ser una herramienta útil a la hora de pensar de qué manera la acción pública urbanística, en todas sus escalas y en todos sus niveles, puede contribuir a reducir los problemas que la estructura actual de las ciudades genera en la vida cotidiana de las personas.

Las nociones de nueva vida cotidiana y de infraestructuras para la vida cotidiana, acuñadas en el contexto escandinavo desde la década de 1970, y desarrolladas por la red EuroFem durante la de 1990, se refieren a las formas de vida derivadas de los nuevos roles de género y a aquellas infraestructuras físicas, económicas y sociales que se pueden desarrollar en el barrio fundamentalmente, pero también en la región, para facilitar el desarrollo de la vida diaria y la calidad de vida de todos.

La idea de nueva vida cotidiana implica una responsabilidad frente a la naturaleza y frente a todas las personas, dando valor y reconocimiento al trabajo que se realiza para cuidar a las personas y al entorno natural. La valorización del cuidado se vincula a la idea de un reparto más justo y equilibrado de roles y tareas entre mujeres y hombres, tanto en el ámbito productivo como en el reproductivo, sin recurrir a los estereotipos sexuales. Se trata de un concepto que cuestiona algunas ideas y formas de hacer asumidas, como son:

- La división convencional entre trabajo productivo y trabajo no remunerado, cuando en su vida diaria cada vez más personas combinan ambas cosas y las viven como una totalidad.
- La práctica funcionalista de la planificación urbana y la organización sectorial de la administración y de la gestión, que crean espacios separados en los que realizar el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado.
- Los procesos no participativos de toma de decisiones, que definen esos espacios, incluidos los domésticos, según los puntos de vista de un pequeño grupo de la población, profesionales y clase política, que son abrumadoramente varones.
- La falta de valor social atribuido al trabajo reproductivo, que asegura la relegación en las prioridades políticas de las soluciones y equipamientos que podrían reducir la carga que supone, fundamentalmente para las mujeres.

La incorporación femenina al mundo laboral implica una transformación de gran calado en nuestra sociedad, que necesita cambios también estructurales en la forma en que se solucionan muchas tareas ahora resueltas en el ámbito privado por trabajo femenino no reconocido como tal. Es decir, el nuevo modelo socioeconómico basado en el trabajo femenino no puede funcionar sin una transformación de las estructuras de apoyo a la familia, más que a riesgo de asumir los costes que tenemos ahora: baja tasa de natalidad y gran envejecimiento, altos índices de estrés y enfermedades derivadas entre las mujeres de 30 a 50 años, desigualdad en la esfera laboral e incremento de la feminización de la pobreza y de la pobreza infantil.

Desde una perspectiva histórica, en los dos períodos anteriores del siglo xx en que hubo una generalización del trabajo femenino, durante las dos guerras mundiales, los estados crearon las infraestructuras necesarias para liberar a las mujeres de parte de las tareas domésticas porque su trabajo en la industria era necesario para el esfuerzo bélico mientras los hombres se encontraban en el frente. Están documentadas, por ejemplo, las infraestructuras de comedores municipales y de guarderías públicas creadas en esos períodos en Inglaterra y en Estados Unidos. Estas infraestructuras fueron clausuradas tras la contienda, cuando las mujeres tuvieron que abandonar sus empleos en favor de los veteranos de guerra.

La idea de infraestructuras para la vida cotidiana no es nueva en el urbanismo: antes bien, es una idea que hunde sus raíces en los mismos orígenes del urbanismo moderno. La ciudad jardín de Howard era una ciudad organizada cooperativamente, donde las posibles plusvalías generadas por el proceso inmobiliario

se reinvertían en la creación de un pequeño estado del bienestar local, gestionado por la propia población no por el Estado.

En Letchworth, entre esos equipamientos, además de los clásicos educativos, etc., existían equipamientos de guardería, de cocina común y de comedor común. Incluso algún grupo de casas carecía de cocina. Otros grupos de casas, pensados para mujeres profesionales que no deseaban emplear su tiempo en labores domésticas, resolvían los problemas de intendencia doméstica de modo cooperativo y centralizado. En estos aspectos, Howard, Unwin y Parker estaban insertos en toda una corriente de su época que veía como necesaria la creación de un espacio urbano que facilitara las tareas domésticas. Otro importante urbanista de la época, F. L. Olmsted, diseñador del Central Park de Nueva York, se refiere en sus escritos indistintamente como infraestructuras al viario, las escuelas y las guarderías.

Esta corriente que, dentro del urbanismo de principio del siglo xx, plantea la necesidad de adecuar las ciudades y los espacios residenciales a una organización del trabajo doméstico que permita a las mujeres no estar atadas a estas tareas, va perdiendo terreno en el período de entreguerras y lo pierde definitivamente tras la Segunda Guerra Mundial. La construcción del suburbio americano responde a una visión y a un discurso no disimulado que explícitamente asigna a las mujeres un rol doméstico y las separa de la esfera pública. En el terreno específico de la cultura urbanística, triunfa también en esa década de 1920, y, de manera generalizada después de la Segunda Guerra Mundial, la corriente funcionalista, que propugna la separación estricta de funciones en el espacio urbano, frente a otras corrientes de la primera mitad del siglo que valorizaban el espacio complejo de la ciudad tradicional.

Los estudios que explican la formación del suburbio han analizado la confluencia de intereses y la gran coalición que se forja en esos años para su construcción: intereses de las industrias petrolíferas y automovilísticas (que compran los sistemas de transporte público de 40 ciudades y los desmantelan), de las cajas de ahorros que financian las viviendas, de las constructoras y promotoras, de los sindicatos, que negocian un salario "familiar" para el hombre a cambio, entre otras cosas, de la retirada de las mujeres del empleo remunerado, de las industrias manufactureras que necesitan viviendas para llenar con sus productos y de una persona, Mrs. Consumer, que dedique su tiempo a comprarlos y a usarlos. La creación de la imagen del ama de casa norteamericana de la década de 1950 va unida a la construcción del suburbio de vivienda unifamiliar. En la Inglaterra de esos mismos años el discurso oficial no es demasiado diferente: documentos de la época, incluso algunos debidos a Beveridge, artífice del estado del bienestar británico, se refieren al espacio doméstico unifamiliar como el lugar apropiado para las mujeres, mostrando explícitamente la intención de confinarlas a ese ámbito separado del espacio público.

En Estados Unidos, las propuestas para aplicar soluciones espaciales que facilitaran las tareas domésticas desaparecen de la agenda con el triunfo de la opción privatizadora del espacio, representada por la vivienda unifamiliar, la gran superficie comercial, el parque empresarial y el transporte privado. En Inglaterra, esta opción privatizadora es la adoptada para la vivienda destinada a una parte importante de la población. Para otra gran parte, las personas de menor poder adquisitivo, en lugar de las propuestas de tipo cooperativo propugnadas por Howard, se opta por soluciones estatalizadas: vivienda pública y servicios públicos. La opción estatalizadora se adopta en la mayor parte de los países europeos que desarrollan sus estados del bienestar en esas décadas: Francia (fundamentalmente en el ámbito del Estado), países escandinavos, Reino Unido y Holanda (en el ámbito municipal).

Las opciones estatalizadoras resuelven en algunos países ciertas necesidades de la vida cotidiana, pero solo algunas. Por ejemplo, los países escandinavos han desarrollado infraestructuras para el cuidado de personas dependientes que cubren de manera bastante satisfactoria las necesidades de las madres que trabajan. En Francia, esa cobertura, aunque tiene carencias de tipo cuantitativo, ofrece cierta diversidad de soluciones adaptadas a las situaciones y preferencias de las personas. En Holanda se está en estos momentos diseñando un sistema que dé cobertura universal a todas las madres que trabajan. En Suecia, Holanda o Canadá existen experiencias de vivienda cooperativa o en alquiler, para madres solas por ejemplo, que permiten solucionar otros aspectos de la vida cotidiana, como la comida. Ejemplos recientes, como un grupo de viviendas llamado *Frauenwerkstadt* construido en Viena siguiendo los principios de diseño de la vida cotidiana, proporcionan un entorno alrededor de la vivienda y una distribución interior que promueven la realización compartida de ciertas tareas, la adaptación del espacio a organizaciones familiares diversas y cambiantes, y espacios adecuados para el cuidado y el desarrollo de contactos informales sobre los cuales construir redes de apoyo mutuo en el vecindario.

Paradójicamente, el espacio suburbano de la vivienda unifamiliar, que había sido pensado, entre otras cosas, para separar el espacio doméstico destinado a las mujeres del espacio público destinado a los hombres, es una de las causas que ha contribuido en Estados Unidos a la incorporación masiva de las mujeres al empleo, muy pocos años después. El alto coste de la forma de vida asociada al suburbio es uno de los factores que, ya en la misma década de 1950, obliga a las mujeres norteamericanas a trabajar por un sueldo.

La incorporación de las mujeres al empleo se inicia en esa década para poder mantener el alto coste de la vivienda unifamiliar y de todos los artefactos que contiene, y para poder hacer frente al alto coste de un transporte privado. Esa incorporación se hace con grandísimas dificultades porque la estructura física de las ciudades funciona como un corsé para las mujeres.

Pocos años más tarde, en la década de 1970, cuando se inicia la recuperación de los centros urbanos en los Estados Unidos, no es de sorprender que sean las mujeres uno de los principales agentes de esa vuelta a los centros. Hoy en día, en Estados Unidos y Canadá las mujeres son mayoría entre las personas residentes en los centros urbanos, y esa cifra sube aún más para los hogares encabezados por mujeres.

La importación en años recientes en España y Europa de las formas dispersas de construcción de la ciudad, impulsada por fuertes intereses económicos, viene por tanto a contrapelo de las necesidades de una gran parte de las personas que la habitan. También resulta paradójico que se estén asumiendo acríticamente estas formas de construcción del territorio cuando las tendencias de planificación voluntaria en los Estados Unidos tienen precisamente como objetivo controlar y reconducir la dispersión.

El concepto de infraestructuras para la vida cotidiana [...] reanuda conscientemente la tradición iniciada en el urbanismo por Howard, Unwin, Olmsted, Geddes y tantos otros en torno a 1900, retomada y reinterpretada en la década de 1970 por Lefebvre y Castells, en la de 1980 por Hayden, en la de 1990 por Friedmann y Healey.

La elección del término *infraestructuras* no es casual. En la jerga convencional del urbanismo, las infraestructuras están vinculadas a las actividades ingenieriles —infraestructuras de transporte, de saneamiento, de acometida de aguas, de telecomunicaciones, etc.— es decir, la parte más técnica y “dura” del urbanismo, que, además de resolver problemas básicos de salubridad, frecuentemente está pensada para dar satisfacción a las necesidades del aparato productivo. Precisamente por ello las infraestructuras, especialmente las de transporte rodado y las de apoyo a la producción, suelen aparecer en lugar privilegiado entre las prioridades políticas a partir de las cuales se definen los planes urbanísticos. Hablar de infraestructuras para la vida cotidiana expresa esa voluntad de reconocer la importancia del trabajo reproductivo y la necesidad de que los espacios urbanos contribuyan a mejorar las condiciones en que se lleva a cabo, en exactamente los mismos términos que el trabajo productivo.



Movilización de las mujeres y mecanismos de participación

Anna Bofill



Anna Bofill Levi (1944) es compositora y doctora en Arquitectura en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona con la tesis sobre Generación geométrica de formas arquitectónicas urbanas; investigadora en la creación musical de las mujeres y en espacios, barrios y ciudades más habitables. Ha sido pionera en la práctica y la teoría del urbanismo con perspectiva de género en Cataluña y España. En el año 2009 recibió la medalla al trabajo President Macià de la Generalidad de Cataluña.

Fragmento seleccionado de Anna Bofill (2005). “Mobilització de les dones i mecanismes de participació”. *Planejament urbanístic, espais urbans i espais interiors des de la perspectiva de les dones* (Quaderns de l’Institut; 6). Barcelona: Institut Català de les Dones (pp. 78-88).
Trad. Mar Bartolomé Narbón.

PUESTA EN MARCHA DE MEDIACIONES ENTRE ESFERA PÚBLICA, ESFERA PROFESIONAL Y ESFERA SOCIOCOMUNITARIA

Con el objetivo de conseguir espacios políticos dentro de la sociedad civil, las mujeres y las minorías étnicas de distintos países han optado por ocuparse de los temas de planeamiento, para adecuar la vida cotidiana a las tareas de asistencia y a los temas que reciben poca atención por parte de la estructura dominante del poder económico. Para tener voz en la transformación del entorno no han sido suficientes los movimientos de las asociaciones de vecinos, en los cuales las mujeres, excepto en casos extraordinarios, no han tomado la palabra tanto como los hombres.

En diferentes países del área occidental se hacen desde el último cuarto de siglo experiencias modernas de concertación entre organizaciones de base e instituciones públicas.

En América, particularmente en Canadá, y en diferentes países de Europa se han desarrollado —muchas veces promocionadas por la UE— prácticas políticas que ponen en relación los movimientos urbanos con los gobiernos municipales, tal como se expone en el primer capítulo [de la publicación original].

HACIA UN NUEVO IDEAL DE CIUDADANÍA: LA CIUDADANÍA DIFERENCIADA

El pensamiento feminista se ha encontrado con una primera gran paradoja a la hora de querer armonizar la universalidad de los derechos con la dualidad de sexos.¹ Las mujeres no pueden pensar en usar equitativamente el espacio si el espacio ha sido concebido para una “persona universal” que es “hombre”, es decir, para un destinatario universal “hombre” que a pesar de la pretensión de ser neutro tiene única y exclusivamente las características del masculino. Y para la ciencia urbanística o para las políticas de desarrollo urbano, además de ser de sexo masculino es de raza blanca, en edad de trabajar y con plena salud.

El concepto de ciudadanía como universal e igual tratamiento para todas las personas se debe sustituir por el de ciudadanía diferenciada, como inclusión y participación de mujeres y hombres.²

Adoptar un punto de vista general en nombre de las personas, ciudadanas y ciudadanos, sin tener en cuenta las experiencias de las mujeres y de los grupos diferentes o grupos oprimidos, es solo querer reforzar los privilegios de los gru-

1 Fina Birulés (2004). “Les dones i la política”. Quaderns de l’Institut, I. Dia internacional de les Dones 2004. Barcelona: ICD, Generalitat de Catalunya.

2 Iris Marion Young (1996). “Vida política y diferencia de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal”. Carmen Castells (comp.). *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad.

pos dominantes. Los grupos de los sectores oprimidos junto con las mujeres forman un grupo mucho mayor que el de las personas que son de sexo masculino, de raza blanca, en edad de trabajar y con plena salud.

Las ciudadanas y los ciudadanos de la sociedad del bienestar deben desafiar a los expertos y tomar el control del entorno y de las instituciones que lo transforman mediante debates y discusiones orientadas a lograr decisiones colectivas.

El ideal de ciudadanía universal encuentra el hecho público encarnado en la mayoría, antagonica de la particularidad y de la diferencia.

La perspectiva general imparcial es un mito. Un mito más, como la existencia del neutro.

En la sociedad actual hay que imponer la idea de ciudadanía diferenciada en función de los diferentes grupos y colectivos, así como un sector público heterogéneo. Por otra parte, en una ciudadanía diferenciada, las mujeres, las personas de color, de menos cultura, de menos recursos, tienden a participar menos en las asambleas y reuniones, y a tener sus intereses menos representados. Las perspectivas y experiencias de algunos suelen ser silenciadas.

A veces, un incremento de democracia lleva a un incremento de segregación, porque unos son más capaces de articular sus privilegios que otros. La paradoja de la democracia es que el poder social hace a algunos ciudadanos y ciudadanas más iguales que otros. La solución está, en parte, en proporcionar medios institucionalizados para el reconocimiento y la representación explícita y real de los grupos oprimidos.

Según la propuesta de Iris M. Young para los gobiernos democráticos que apliquen la forma de participación ciudadana, las instituciones deberán proporcionar mecanismos para que todas las voces (las de las mujeres en nuestro caso) sean representadas y reconocidas, así como su perspectiva como grupo.

Estos mecanismos y recursos públicos son:

- La autoorganización de sus miembros para obtener una representación colectiva y una comprensión de sus intereses y experiencia.
- La observación de cómo las propuestas políticas de los que deciden (instituciones) han tenido en cuenta sus perspectivas.
- Tener poder de veto respecto a políticas específicas que afectan al colectivo.

Young propone foros democráticos para discutir cuestiones y formular propuestas de grupo, o asambleas vecinales, o espacios públicos para que los participantes discutan los temas conjuntamente, y lo que decidan se supone que será lo mejor y lo más justo para todos.

DE LA PRÁCTICA DEL USO DE LOS ESPACIOS HABITADOS A LA TOMA DE DECISIONES

¿Cómo pueden las mujeres transformar la disimetría de los sexos en uso propio del espacio?

La práctica de la relación y del hecho de partir de sí misma ha desarrollado políticas donde la concepción de la libertad es relacional, sustitutiva del individuo, de la singularidad, donde el orden social es sustituido por el orden simbólico.

Las mujeres deben ser las actrices principales de la transformación del territorio, deben ser el elemento dinámico y al mismo tiempo equilibrador. La característica de la lucha de las mujeres ha sido siempre el dinamismo, el movimiento pero también el equilibrio demográfico, ambiental, etc.

La participación de las mujeres en la toma de decisiones añade un plus a la definición del futuro del territorio, fomenta la cohesión social, supera la pasividad del usuario/a, del consumidor/a, contribuye a la reapropiación social del espacio.

La participación de las mujeres en la toma de decisiones para la transformación del medio urbano debe contar con la puesta en escena de soluciones contractuales consensuadas por la red de relaciones representadas por las asociaciones, cooperativas, sociedades, grupos diversos, etc.

Es muy difícil querer cambiar el imaginario cultural masculino de repente. También lo es que métodos y prácticas de hacer ciudad giren 180 grados. Sin embargo, el movimiento de las mujeres, su concepto diferente de identidad y de libertad, su práctica de ejercer la vida cotidiana y las relaciones, y los conocimientos y sabidurías que emanan de su experiencia deben propiciar el verdadero cambio y garantizar la auténtica sostenibilidad.

Más que buscar la equidad en el uso del espacio es necesario repensar una ciudad y un territorio para todas las personas. Conocer y entender los mecanismos de transformación y desarrollo de las ciudades y de los pueblos, saber utilizar los entornos urbanos o rurales y saber vivir en ellos y disfrutarlos a la vez que se les tiene respeto, es todo un reto. Solo la participación de las mujeres en su transformación, organización y configuración lo hará posible.

HERRAMIENTAS PARA LA ACCIÓN

Los gobiernos locales deben disponer de información para poder establecer planes de participación. Se necesitan estadísticas e indicadores cuantitativos y cualitativos para identificar desigualdades sociales y asimetrías, para poder interpretar sus causas y luego proponer mecanismos de redistribución de los recursos, componer las agendas políticas y la toma de decisiones para ponerlas en práctica, hacer el seguimiento y la evaluación de las políticas y de los programas, planes y proyectos.

Esta información debe estar en primer lugar disgregada por sexos. Por cada área geográfica o localidad se deben detectar las transformaciones sociales recientes en el mundo del trabajo, de las relaciones familiares y de los grupos de convivencia y de la vida cotidiana, con relación al tiempo y al espacio. En diferentes países, autonomías y localidades, la democratización de las cuestiones locales referentes a las mujeres se ha hecho por medio de instancias específicas como las secretarías de la mujer o los consejos de las mujeres, y también se han abierto espacios de participación de las mujeres con la ayuda de las ONG. También se han hecho experiencias de concertación entre organizaciones sociales de base, ONG, municipios y otras organizaciones públicas. Se han hecho algunas experiencias en varios países con temas de desempleo y trabajo, sanidad, violencia, seguridad o conciliación de la vida laboral y doméstica, pero en el Estado español y especialmente en Cataluña las experiencias en urbanismo, espacios urbanos y vivienda son más bien escasas.

Es necesaria una voluntad política de la Administración para implementar políticas de género en materia urbanística, de espacios públicos y de vivienda.

Saber utilizar el conocimiento y la experiencia de las mujeres es un reto para cualquier institución pública.

MODELOS DE PARTICIPACIÓN

Las experiencias locales en diferentes intervenciones de transformación urbana con el objetivo de visibilizar el conocimiento de las mujeres, nos muestran diferentes métodos de consulta y de participación verdadera.

Métodos de consulta

Para la consulta se han empleado métodos estadísticos de tipo cuantitativo y métodos de tipo cualitativo. Los primeros se hacen mediante cuestionarios; los segundos consisten en entrevistas que pueden ser individuales o en grupos.

Métodos de participación

El método de participación tendrá sus particularidades según el área geográfica, el barrio o el sector de la ciudad donde se realice el estudio. Dependerá de si hay asociaciones de mujeres o no, del grado general de asociacionismo del barrio, del grado de implicación ciudadana y política de las mujeres del barrio, del tiempo que se pueda dedicar al análisis y al trabajo de campo.

Los modelos de participación que conocemos como eficaces son:

- *Las marchas exploratorias* realizadas con grupos de mujeres residentes en el área. Un método muy eficaz para obtener información sobre cómo es percibido el barrio por parte de las mujeres que lo habitan es el de hacer itinerarios en grupo con ellas para que muestren los lugares de todo tipo que les provocan sensación de inseguridad o donde hay un motivo muy evidente de inseguridad, o también para identificar elementos del área urbana que no se adecuan a las necesidades o deseos de las mujeres, ya sea respecto a servicios y equipamientos como a temas de accesibilidad, de movilidad y comunicación, u otros. Las marchas exploratorias son muy útiles si se quiere elaborar una cartografía de puntos sensibles del área en cuestión.
- *Los seminarios o talleres* para la identificación de necesidades concretas del área urbana en cuestión. Se pueden utilizar diferentes técnicas. Una muy utilizada es la de establecer grupos de trabajo de un número reducido de personas (de 15 a 25) con una muestra suficientemente amplia de edades, formación, tareas, estatus, representatividad, del área en cuestión. Se plantean trabajos de reflexión personal y de debate en equipo sobre diferentes grupos de temas que afectan al área (servicios y equipamientos, movilidad, seguridad, vivienda, espacio público, servicios urbanos, relaciones espacio/ tiempo, etc.) o bien se proponen ejercicios de introspección sobre la gestión de la vida cotidiana de cada persona y luego se confrontan en grupo.

INTERVENCIÓN EN PLANES Y PROYECTOS

Las instituciones y los actores sociales deben hacer entender esta problemática del género también a las personas profesionales y técnicas en las disciplinas de transformación física del entorno, y fomentar su interacción con la población destinataria de planes y proyectos. Se perfila así un programa amplio de trabajo:

1. Realizar análisis socioeconómicos, demográficos y del marco espacio/ tiempo no solo de ámbito global, sino también de cada localidad.



2. Estudiar y proponer variables cuantificables y variables cualitativas.
3. Obtener información estadística disgregada por sexos.
4. Conocer métodos para la implicación de las mujeres y de los diversos colectivos en los procesos de planificación y proyección del entorno físico e implementarlos.
5. Definir indicadores para evaluar el impacto de la implementación de estas políticas y procesos en las relaciones de género.
6. Redactar guías prácticas de planificación y proyección según criterios de género para nuevos desarrollos urbanos, espacios públicos o viviendas.



La gestión del tiempo y el espacio de la vida cotidiana en el contexto nórdico

Liisa Horelli



Liisa Horelli es profesora adjunta y psicóloga ambiental; realiza investigaciones y supervisa a estudiantes de doctorado en la Universidad Aalto en planificación electrónica participativa y ciudades inteligentes. Actualmente, Horelli es profesora invitada en el Politécnico di Milano, Designing for Smart (and Wise) Cities. Es asesora en temas de género y medio ambiente desde la perspectiva de la diversidad y la inclusión psicosocial. Sus últimos proyectos y publicaciones tratan de la planificación del tiempo, la cocreación de servicios y *Smart Cities*. Es expresidenta de la Sociedad de Evaluación de Finlandia (FES) y miembro de la junta de la Sociedad de Evaluación Europea.

Fragmento seleccionado de Liisa Horelli (2006). “La gestió del temps i l’espai de la vida quotidiana en el context nòrdic”. *Urbanisme i gènere, una visió necessària per a tothom* (T&S Translation, Trad.). Barcelona: Diputació de Barcelona (pp. 249-258).

EN BUSCA DE UNA VERSIÓN NÓRDICA DE LA PLANIFICACIÓN DEL TIEMPO

La planificación del tiempo y la coordinación de las rutinas diarias aún no figuran en la agenda de los países nórdicos, porque estos han invertido más en la infraestructura social y material de la vida cotidiana que muchos otros países europeos. De hecho, la sociedad del bienestar nórdica con derechos subjetivos sobre muchos tipos de cuidados ha sido el proyecto para mujeres más importante del último siglo. No obstante, el cambio de milenio ha tenido que hacer frente de manera simultánea a unas condiciones laborales cada vez más exigentes, a un deterioro gradual de los servicios sociales, y a la aparición de la pobreza urbana acompañada por una densificación frenética de las ciudades nórdicas. La infraestructura local de la vida cotidiana ya no apoya la gestión de las actividades cotidianas por parte de las mujeres, lo que ha dificultado aún más el equilibrio entre el trabajo y la vida privada.

Así pues, existen al menos dos razones para crear un nuevo planteamiento sobre la gestión del espacio y el tiempo en la vida cotidiana. Por una parte, existe una necesidad urgente de continuar mejorando la tradición nórdica de servicios sociales y la creación de la llamada infraestructura de apoyo a la vida cotidiana, que comenzó con el movimiento de las mujeres de los años 80 (el Grupo de Investigación para una Nueva Vida Cotidiana, 1991). Por otra parte, es importante experimentar con las políticas europeas locales sobre el tiempo, que luchan por construir nuevas sincronías entre el tiempo individual y el colectivo a través de la legislación (en Italia) y de la creación de oficinas del tiempo como los *Uffici dei Tempi* en Milán, el *Zeitbüro* en Bremen y el *Bureau des Temps* en París.¹

Las políticas urbanas sobre el tiempo se refieren aquí a aquellas políticas públicas e intervenciones de planificación que figuran en los programas temporales y en la organización del tiempo y que regulan las relaciones humanas en el ámbito urbano.² La documentación y las buenas prácticas sobre políticas temporales revelan que el planteamiento parece basarse en la reorganización de las rutinas diarias en torno al trabajo y la vida privada mediante la aplicación simultánea de una gran variedad de medidas, herramientas y métodos.³ Por ejemplo, en los Países Bajos, se realizaron más de 100 experimentos con rutinas diarias.⁴ Uno de los puntos de partida más significativos es el apoyo a las cadenas de acti-

1 Jean-Yves Boulin (2005). "Local Time Policies in Europe". Ponencia impartida en la Urban Research Conference, Helsinki, 22.4.2005.

2 Marco Mareggi (2002). *Innovation in Urban Policy: The Experience of Italian Urban Time Policies*. *Planning Theory & Practice*, 3, 2, 173-194.

3 P. Dommengues; C. Delfour (eds.). (2003). "Conciliation Policies in France". *Bulletin de la coordination nationale et transnationale*, n.º 7-8 Special issue. París: Afet.

4 Ministry of Social Affairs and Employment in The Netherlands (2002). *Daily Routine Arrangements, Experiments in the Netherlands*. La Haya.

vidades diarias de hombres y mujeres mediante una planificación participativa y la prestación de servicios.⁵ Las cadenas de actividades pueden desarrollarse desde el hogar hasta el centro de día, el trabajo o la escuela, la clase de aeróbic, el centro comercial o el gimnasio, y de vuelta a casa. Entonces, las soluciones de apoyo consistirían en la disponibilidad de distintos tipos de oportunidades de viviendas, servicios móviles o fijos, la integración del trabajo y el ocio en el vecindario y soluciones de movilidad que sean respetuosas con el medio ambiente.

En Francia, la ciudad de Belfort es conocida por su centro de gestión de la movilidad, que coordina soluciones avanzadas de transporte público de acuerdo con los ritmos diarios de los vecindarios y de la región de 300.000 habitantes. Además del autobús ordinario y los servicios de tranvía, la gama de movilidad ofrece distintos tipos de tráfico lento y rápido, servicios a petición del usuario que incluyen microbuses, coches compartidos, flotas de automóviles y transporte nocturno especial para adolescentes. Se han llevado a cabo negociaciones con los empresarios para tomar medidas temporales especiales sobre los horarios de apertura y cierre para evitar las horas punta. Las autoridades francesas también han realizado esfuerzos para negociar con las empresas horarios flexibles que puedan ser controlados tanto por los empresarios como por los trabajadores.

Es evidente que las oficinas temporales no pueden encontrar soluciones por sí mismas para los complejos problemas temporales y espaciales. La implantación de estas soluciones tendrá que producirse en numerosos ámbitos y sectores, en colaboración con distintos socios y organizaciones híbridas y con conocimientos interconectados. Pero, ¿cómo será el modelo nórdico de planificación temporal? ¿Seguirá el modelo de ciudad abierta 24 horas que impulsa el mercado? ¿Será una versión ampliada de la tradicional sociedad del bienestar? ¿O será algo nuevo y nunca visto?

Con el fin de descubrir al menos algunos pequeños indicios sobre el futuro, ha comenzado recientemente un experimento sobre la planificación temporal en dos ciudades finlandesas: Helsinki y Turku. El objetivo de esta ponencia es presentar los primeros resultados provisionales del experimento para debatir sobre la gestión del tiempo y el espacio en la vida cotidiana y sobre la función del *mainstreaming* de género en este contexto.

En primer lugar, presentaré el historial y el marco del experimento, que es un proyecto de investigación de tres años financiado por los fondos sociales europeos (500.000 euros) bajo el epígrafe "conciliación del trabajo y la vida privada".

5 M. Hidding (2002). *Putting work and care on the map. A new approach to municipal planning*. Leeuwarden. Países Bajos: Emancipatiebureau Equa.

CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DE LA INFRAESTRUCTURA DE LA VIDA COTIDIANA

Hace más de 25 años, un grupo de mujeres nórdicas empezó a movilizarse a favor de la conciliación del trabajo y la vida familiar. Sus esfuerzos no solo incluían una crítica de las condiciones actuales, sino también una visión de una sociedad armoniosa, creativa y justa. Se inspiraba en los textos críticos de Gortz (1980) y Lefebvre (1971), además de en las primeras feministas utópicas y en las feministas materialistas estadounidenses.⁶ El modelo de acción que las mujeres nórdicas aplicaban en su proyecto de diez años de duración era la creación común de una infraestructura de apoyo a la vida cotidiana. Esto quiere decir que la localidad debe ofrecer oportunidades para integrar el hogar, el trabajo y los cuidados de manera viable.⁷ El concepto central es la creación de un nivel intermedio entre los hogares privados y el mundo público y comercial de las empresas. El nivel intermedio es una nueva estructura en los vecindarios que incluya viviendas respetuosas con el medio ambiente, servicios, trabajo y otras actividades que apoyen a los residentes sin tener en cuenta ni su edad ni su sexo.⁸

En los años 90, las mujeres europeas se reunieron en varios congresos internacionales y formaron la red EuroFem de género y asentamientos humanos. Esta red consiguió, entre otras cosas, repercutir en las regulaciones de los Fondos Estructurales de la UE, lo que aún es patente hoy en día en las oportunidades para las mujeres de desarrollar proyectos de género financiados por los distintos Fondos Estructurales.

EuroFem también supuso la ampliación de la infraestructura de la vida cotidiana para que incluyera, además del ámbito del vecindario, el de la ciudad y el regional, donde la red de centros de recursos para mujeres desempeña una función especial.⁹

El movimiento de las mujeres contribuyó igualmente a las teorías sobre el proceso y la sustancia (contenido) del desarrollo y la planificación. Esto último da lugar a un planteamiento que tiene en cuenta el género y la edad (ciclo vital) en la planificación y el desarrollo participativos. La planificación participativa puede definirse como una "práctica social, ética y política en la que las mujeres y los

6 Dolores Hayden (1981). *The Grand Domestic Revolution*. Mass: MIT Press.

7 The Research Group for the New Everyday Life (1991). *The New Everyday Life – ways and means*. Oslo: Nord.

8 Liisa Horelli; Kirsti Vepsä (1994). "In Search of Supportive Structures for Everyday Life". Irwin Altman; Arza Churchman (eds.). *Women and the Environment. Human Behaviour and Environment*, vol. 13. Nueva York: Plenum, pp. 201-206.

9 Rose Gilroy; Chris Booth (1999). "Building Infrastructure for Everyday Lives". *European Planning Studies*, 7,3, 307-324; Liisa Horelli (2002). *European women in defence of place – with a focus on women's resource centres in Finland*. *Development*, 45, pp.137-143.

hombres, los niños, los jóvenes y las personas mayores participan en distinto grado en las fases solapadas del ciclo de planificación y toma de decisiones, ayudados por un conjunto adecuado de herramientas y métodos capacitadores".¹⁰ El *mainstreaming* de género implica en este contexto que debería prestarse atención a las visiones, la elección de estrategias y los métodos de cada fase, así como a todos los ámbitos y sectores.

El movimiento de las mujeres también contribuyó a la elaboración de teorías fundamentales sobre qué se entiende por buenos entornos. Por ejemplo, la "infraestructura de apoyo a la vida cotidiana" ha sido un concepto útil en las fases de análisis contextual y previsión de la planificación. [...] El modelo consiste en estructuras físicas, funcionales y participativas que puedan ser facilitadas de manera sencilla por los agentes del vecindario o áreas más amplias. Los resultados de la asignación se reflejan en la aparición de redes de cuidados y mediación,¹¹ que pueden dar lugar a una estructura cultural de apoyo que incluya capital social. Por capital social se entiende la posibilidad de movilizar recursos que están integrados en relaciones sociales y redes en beneficio de algún propósito.¹² Es posible planificar e incluso implantar las estructuras físicas, funcionales y participativas del modelo. No obstante, la confianza y el sentimiento de comunidad solo se producen si los agentes quieren facilitar las estructuras y si sus redes cuentan con recursos y están conectadas con grupos interesados poderosos.¹³

Aunque el "tiempo" está integrado en ambos tipos de teorías, no ha sido un planteamiento significativo. Así pues, es importante integrar las políticas temporales en los esfuerzos anteriores.

ARJA: UN EXPERIMENTO SOBRE LA GESTIÓN DEL TIEMPO Y EL ESPACIO EN LA VIDA COTIDIANA

La historia del proyecto

El objetivo del proyecto de investigación activa sobre la gestión del tiempo y el espacio en la vida cotidiana (ARJA) es construir y probar modelos de planificación temporal que se adecuen al contexto finlandés. La hipótesis es que la

10 Liisa Horelli; Christine Booth; Rose Gilroy (2000). *The EuroFEM Toolkit for Mobilising women into Local and Regional Development*. Versión revisada. Helsinki: Helsinki University of Technology; Liisa Horelli (2002). "A Methodology of participatory planning". Robert Bechtel; Arza Churchman (eds.). *Handbook of Environmental Psychology*, pp. 607-628. John Wiley.

11 A. Staffans (2004). *Vaikuttavat asukkaat* (residentes con impacto). Helsinki: University of Technology, Centre for Urban and Regional Studies, Publicación A 29.

12 Nan Lin (2001). *Social Capital, A Theory of Social Structure and Action*. Cambridge: Cambridge University Press.

13 Judith Allen (octubre de 2004). "It ain't necessarily so: social exclusion, social capital and local associational activities". Ponencia impartida en la 21 Conferencia de CIB W69 Housing.

gestión del tiempo y el espacio/lugar, que es vital en la conciliación del trabajo y la vida privada, puede reforzarse o incluso mejorarse si se consideran simultáneamente la casa, el trabajo, los servicios y la movilidad en el área residencial. Así pues, la principal pregunta de la investigación es si la coordinación socioespacial y temporal de la casa, el trabajo, los servicios y la movilidad aumentará las oportunidades de conciliación desde la perspectiva de 20 familias piloto y 20 empresarios. También es pertinente la cuestión de los cambios en los servicios y la movilidad en los vecindarios de Herttoniemi (18.000 habitantes) y Pansio-Perno (5.000 habitantes), así como algunas de las prácticas de gobernanza de Helsinki (550.000 habitantes) y Turku (200.000 habitantes). Otro asunto importante es también el relativo a las oportunidades y la función del *mainstreaming* de género en un proceso de implantación tan complejo.¹⁴

El proyecto, que comenzó en septiembre de 2004, ha finalizado su fase preparatoria con la elaboración del marco y los escenarios futuros para los temas principales. También se ha realizado un análisis contextual de los vecindarios piloto, con encuestas y entrevistas que revelan los activos y los problemas de estas zonas. Las encuestas han servido para conseguir una cantidad adecuada de familias piloto y sus respectivos jefes para que participaran en el proyecto.

El marco y las estrategias de implantación

En la actualidad, la mayoría de los problemas sociales son complicados y confusos, lo que quiere decir que tienen que encontrarse soluciones desde distintos sectores, ámbitos y disciplinas. También el marco de ARJA, que guía la investigación activa, es inter y transdisciplinario. Se basa en teorías de organización, vida laboral, *mainstreaming* de género, vida cotidiana y planificación participativa. El complejo planteamiento de sistemas coevolutivos¹⁵ integra las distintas disciplinas y campos de estudio. Gracias a ello, las interrelaciones complejas se entienden como entidades holísticas y fenómenos especiales, no como representantes de disciplinas concretas.

El marco de implantación puede describirse como la apropiación y comprensión colectiva de las estructuras espaciales y temporales de la vida cotidiana, mejorada por el planteamiento de red basado en el aprendizaje para la planificación y

14 El proyecto está coordinado por el Centro para los Estudios Urbanos y Regionales de la Universidad de Tecnología de Helsinki, que se responsabiliza de los temas de vivienda y trabajo. La Asociación Central por el Bienestar de la Infancia es responsable del tema de servicios y WSP LT-Consultants y Liidia Ltd del tema de gestión de la movilidad, mientras que Statistics Finland se encarga del control del tiempo en las familias, y las ciudades de Helsinki y Turku del desarrollo local y la gobernanza urbana.

15 Eve Mitleton-Kelly (2003) "Complexity Research - Approaches and Methods: The LSE Complexity Group Integrated Methodology". Auli Keskinen; Mika Aaltonen; Eve Mitleton-Kelly (eds.). *Organisational Complexity*, pp. 55-74. Turku: Finland Futures Research Centre, Turku School of economics and Business Administration.

el desarrollo. Es a la vez un proceso de integración social en el que los esfuerzos de los actores dan lugar a entornos de apoyo que permiten la supervivencia creativa y, en última instancia, una presencia psicológica. Los principales conceptos del marco son el tiempo, el planteamiento de red basado en el aprendizaje para la planificación y el desarrollo, y la infraestructura de apoyo a la vida cotidiana.

El tiempo es un complejo fenómeno multidimensional. Las siguientes dimensiones son fundamentales para la investigación activa relacionada con la gestión del tiempo y el espacio de la vida cotidiana:

- a) Tiempo subjetivo, experimental / Tiempo “objetivo” (lineal). El último hace referencia al tiempo medible y comparable que puede controlarse mediante diarios de empleo del tiempo. El aprovechamiento de la calidad experimental del tiempo, por ejemplo mediante entrevistas, es importante, porque la naturaleza subjetiva del tiempo proporciona los principales criterios individuales de la conciliación exitosa del trabajo y la vida familiar, principalmente la oportunidad de la presencia psicológica.
- b) Tiempo social individual/colectivo (de la familia, la comunidad, el vecindario, la sociedad). Dado que cada persona tiene sus horarios individuales, que pueden entrar en conflicto con los colectivos, es importante realizar análisis sobre ambos.
- c) El tiempo como pasado, presente y futuro perfilable. Las estructuras temporales históricas y temporales repercuten en las oportunidades actuales e incluso futuras de gestionar el tiempo y el espacio. Así pues, es necesario analizarlas (archivos, planos, encuestas) y prever escenarios futuros con los participantes.¹⁶

[...]

Varios investigadores¹⁷ han señalado que la planificación participativa solo puede llevarse a cabo a través de un planteamiento de red y que solo pueden implantarse las políticas si los distintos socios trabajan en red.¹⁸ En este planteamiento es fundamental la aplicación de una gran variedad de herramientas capacitadoras y de investigación tradicional que ayuden a integrar el proceso en el con-

16 Development, 2004.

17 David E. Booher.; Judith E. Innes (2002). “Network Power in Collaborative Planning”. *Journal of Planning Education and Research*, n.º 21, pp. 221-236; / Manuel Castells (2002). *The Rise of the Network Society*. Cambridge (Mass): Blackwell;; Development Surviving uncertainty, número especial. 47, 1-137. / Barabasi, Albert-Lazlo. (2002) *Linked: The New Science of Networks*. Cambridge, Mass: Perseus Publishing.

18 Walter J. M. Kickert; Erik-Hans Klijn; Joop F. M. Koppenjan (eds.) (1997). *Managing Complex Networks: Strategies for the Public Sector*. Londres: Sage.

texto material y sociocultural de las ciudades en cuestión y a crear las redes necesarias de cuidados y mediación. Las estrategias de implantación incluyen la creación de eventos significativos (boca a boca), una red participativa, creación de capacidad, aplicación de TCI, información y *marketing* integrados en todas las intervenciones, aplicación de artes y métodos creativos, así como un control y una autoevaluación continuos.¹⁹ Así pues, se espera que las estrategias elegidas movilicen a los grupos interesados para crear y reproducir los nódulos y conexiones de redes que finalmente proporcionen la infraestructura de apoyo a la vida cotidiana.

La infraestructura de apoyo a la vida cotidiana es un modelo ideal para el análisis contextual y la previsión de las futuras mejoras para grupos, como familias con hijos y personas mayores o discapacitadas, así como para los residentes que aprecien la comunidad local.²⁰ El modelo no niega la existencia paralela de otros modelos para grupos localmente no dependientes, como los “profesionales cualificados”, los “actores autónomos (solteros)” y los “catalizadores”, que prefieren un estilo de vida móvil y urbano y sus consiguientes escenarios.²¹

La coordinación de los distintos actores y elementos del hogar, el trabajo, los servicios y la movilidad requiere un control colectivo y una autoevaluación continuos. También implica que los resultados y la repercusión tienen que examinarse en varios ámbitos. Los siguientes ámbitos son importantes en este estudio:

El ámbito individual relativo a la regulación de las ambiciones personales de cada uno y la experiencia del bienestar (y presencia psicológica²²).

- El ámbito del hogar, que es escenario del reparto equitativo de las tareas domésticas y los perfiles de tiempo compartido.²³
- El ámbito de la empresa o institución relativo a los temas del control individual y colectivo de la flexibilidad temporal y de la organización favorable para la familia.

19 Liisa Horelli (2003.). *Valittajista tekijöiksi, nuoret voimaantumisen verkoissa Pohjois-Karjalassa* (De quejarse a convertirse en representantes, adolescentes en las redes de la capacitación en el norte de Carelia). Espoo: Teknillinen korkeakoulu/YTK.

20 Liisa Horelli. “Environmental human-friendliness, a challenge to research and practice”. *European Review of Applied Psychology*.

21 *Ibid.*, 11.

22 J. Heinonen; V. G. Herten; O. Kuusi (2004). *NYT on ennen huomista. Tutkielma äsnäolosta* (AHORA es antes que mañana). Saarijärvi: Ekosäätiö & Syöpäsäätiö.

23 I. Niemi; Hannu Pääkkönen (2002.). *Time Use Changes in Finland through the 1990s*. Helsinki: Statistics Finland. Culture and the Media, 2; EUROSTAT (2004). *How Europeans spend their time. Everyday life of women and men*. Eurostat, 1998-2002. Libro de bolsillo. Tema 3.



- El ámbito de los vecindarios o comunidades, donde a las asociaciones de residentes y los grupos de usuarios les incumbe la “pequeña democracia”.
- Los ámbitos municipales o regionales, que tratan los asuntos de la gobernanza urbana y la “gran democracia”.
- Los ámbitos nacionales e incluso supranacionales (UE), donde se deciden asuntos relacionados con la política temporal más amplios.

DEBATE

Es demasiado pronto para responder a la principal pregunta de la investigación relativa a la gestión del tiempo y el espacio respecto al equilibrio entre el trabajo y la vida privada. No obstante, sobre la base de los documentos y experiencias de la implantación del proyecto ARJA, la gestión del tiempo y el espacio de la vida cotidiana parece implicar no solo una aplicación de soluciones distintas en diferentes ámbitos y sectores (entre las familias, los empresarios, los proveedores de servicios y los vecindarios), sino también una constante búsqueda de nuevas disposiciones coevolutivas en la interrelación de ámbitos y sectores. Una nueva solución alentadora es el concepto de servicios que favorezcan a la familia, lo que quiere decir que todos los servicios públicos y algunos privados orientados a las familias, ya sean del sector social, sanitario, educativo o comercial, estarán bajo un mismo techo o interconectados como grupos en el vecindario o en la zona residencial. Este concepto ha empezado a tomar forma tanto en Helsinki como en Turku y está financiado por el Ministerio de Asuntos Sociales y Sanidad.

Los sistemas escolares y de cuidados diarios están funcionando bastante bien en Finlandia (véase el informe europeo PISA), pero parece ser que hay una gran necesidad de servicios que alivien el estrés diario. Así pues, otra solución emergente es el “concepto del mostrador de ayuda”, que ya se ha probado en varios países europeos. Algunos ejemplos prometedores son los Servicios Sociales Locales en Francia, que trabajan para crear un grupo de servicios públicos y privados en los vecindarios tanto para los residentes como para el personal de las distintas empresas, y el “mostrador de servicio del tiempo de calidad” de los Países Bajos, creado por la empresa Elivio para el personal de un gran hospital (Conciliación del Trabajo y la Vida Privada, 2004).²⁴ También numerosos centros de recursos para mujeres funcionan como un “gran mostrador de ayuda” para muchas empresarias.

24 Reconciliation of work and private life (2004). Daily Routine Arrangements from local practice to national policy. Policy and Good Practices in Finland, France, Italy, The Netherlands. Países Bajos: La Haya, Ministry of Social Affairs and Employment.

Este concepto del mostrador de ayuda se pondrá a prueba tanto en organizaciones públicas como privadas, al igual que en uno de los vecindarios.

Las intervenciones en las empresas del proyecto ARJA acaban de comenzar. Su adecuación a la familia se analizará y mejorará a través de hojas informativas que ayudarán a controlar el apoyo del clima de la organización, el estado del estrés laboral individual, la flexibilidad de las horas laborales y las opciones de distintos tipos de transportes organizados por la empresa como compartir vehículo.

Los asuntos más problemáticos hasta el momento han sido los retos que están planteando la dispersión de conocimientos (integración de planteamientos interdisciplinarios) y el liderazgo compartido.²⁵De acuerdo con las experiencias finlandesas, una coordinación sensata no consiste en hacer cumplir, sino en negociar e interactuar con los distintos socios y grupos interesados.²⁶No obstante, el número de socios y grupos interesados con los que hay que contactar y trabajar en red en ocasiones supera el nivel que es posible gestionar, especialmente porque los procesos de gobernanza urbana participativa aún no se han establecido bien en las ciudades finlandesas. Sin embargo, los indicios de los resultados preliminares son bastante más positivos que negativos para las oportunidades de gestión del tiempo y el espacio.

El principal asunto concierne a las posibilidades y la función del *mainstreaming* de género en una situación compleja. A pesar de que el proyecto ARJA es solo para mujeres y la mayoría de participantes son mujeres, la gestión del tiempo y el espacio colectivos sensible al género constituye un reto mucho mayor en red que en la situación tradicional. Las redes no se pueden controlar ni dirigir. Solo se pueden alimentar y cuidar, y después siguen su propia dirección. ¿Cómo se puede controlar cada paso y cada fase del desarrollo para que las consecuencias intencionadas y las no intencionadas apoyen a ambos sexos o para que las acciones positivas se lleven a cabo de manera justa? Los ámbitos colectivos son importantes porque también repercutirán en la familia y en los ámbitos individuales.

25 I. Nonaka; R. Toyama; N. Konno; N. Seci (2000). "Ba and Leadership: a Unified Model of Dynamic Knowledge Creation". *Long Range Planning*, 33, 5-34.

26 Véase también Marco Mareggi (2002). "Innovation in Urban Policy: The Experience of Italian Urban Time Policies". *Planning Theory & Practice*, 3, 2, 173-194.



Ciudad próxima. Urbanismo sin género

Zaida Muxí Martínez



Zaida Muxí Martínez (1964) es arquitecta por la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, doctora por la Universidad de Sevilla y profesora del Departamento de Urbanismo y Ordenación del Territorio en la Escuela Técnica Superior de Barcelona de la Universitat Politècnica de Catalunya. Fundó y fue miembro del Col·lectiu Punt6 hasta el año 2015. Entre sus libros destacamos *Mujeres, casas y ciudades. Más allá del umbral* (2018) y *Política y arquitectura. Por un urbanismo de lo común y ecofeminista*, en coautoría con Josep Maria Montaner (2020).

Fragmento seleccionado de Zaida Muxí Martínez (2006). “Ciudad próxima. Urbanismo sin género”. Revista *Ingeniería y territorio*, 75 (pp. 68-75).

INTRODUCCIÓN [...]

Necesitamos un pensamiento y una práctica urbana de la proximidad, de lo pequeño, no solo la ciudad del dibujo que es la ciudad de la distancia de un mundo perfecto a la medida de nuestro papel o nuestra pantalla. Se confunden realidades con líneas, sin embargo, la ciudad es la vida cotidiana, el día a día. Las ciudades son cada una única e irreplicable, la ciudad como definición es una asociación de gentes diversas; esta aseveración nunca ha sido tan cierta como a principios del siglo XXI: orígenes diversos, opciones de vidas diversas, intereses diversos... y sin embargo, los *renders*¹ que pretenden ser la realidad anticipada contienen todos los mismos personajes.

Es necesario, por supuesto, tener una idea o proyecto general, global de ciudad, con sus respectivos planos y dibujos, para poder incorporar variaciones y realidades que correspondan a la proximidad y no a la lejanía. La ciudad del príncipe que domina a los otros es la de la maqueta o foto aérea, donde todos y todas somos fichas móviles según el capricho de un juego que juega otro, “ el mapa es más puro que el territorio, porque obedece al príncipe ”.² Por ello, aunque se actúe circunstancialmente como técnicos-técnicas y como políticos – políticas, no se ha de olvidar que en primer lugar somos ciudadanos y ciudadanas y en tanto que tales hemos de trabajar de manera participativa para proyectar el futuro de nuestras ciudades.

Los retos futuros de las ciudades, tanto aquellos pertenecientes a las demandas de escala global como las de escala local, solo se llevarán a término de manera equilibrada y sostenible, es decir, que perdure y mejore en el futuro, al tiempo que se creen nuevos sentidos de pertenencia si se hace con la participación activa de toda la ciudadanía, políticos-políticas y técnicas-técnicos, pero también, y fundamentalmente, las gentes diversas que habitamos las ciudades.

NOMBRAR LA CIUDAD EN FEMENINO³

Género es la construcción cultural de roles atribuidos a los sexos, esta construcción asigna espacios y da prioridades. Lo privado y lo público, pares complementarios y a la vez antagónicos. Lo cotidiano es secundario y relativo; el exterior, lo público es principal e importante, por lo tanto solo formulable desde las teorías neutrales, racionales y abstractas no desde la experiencia. Esta valoración dis-

1 Representaciones en perspectiva hechas con medios informáticos que pretenden ser mirados como reales.

2 Andre Corboz (2004). “El territorio como palimpsesto”. Ángel Martín Ramos (ed.). *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*. Barcelona: Edicions UPC.

3 Título tomado del libro de María-Milagros Rivera Garretas (2003.). *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de mujeres y teoría feminista*. Barcelona: Ed. Icaria (1a ed., 1994). Explicado por ella de la siguiente manera:

criminadora tiene su formalización en el orden doméstico y en el orden urbano, dos figuras que son complementarias e inseparables.

El discurso de género se articula en la aceptación de la estructura patriarcal, de jerarquías y que está garantizada su repetición y perpetuación por el parentesco. Esta escenificación y puesta en práctica de roles tiene dos espacios: la casa y la ciudad. Es necesario desvelar los discursos y significados detrás de las formas.

[...] Gerda Lerner, por su parte, ha descrito el género como “la definición cultural de la conducta definida como apropiada a los sexos en una sociedad dada en una época dada. Género es una serie de roles culturales” Todo esto quiere decir que lo que conocemos como “hombre” y lo que conocemos como “mujer” no consiste en un conjunto de atributos, en un conjunto de objetos predominantemente naturales, sino que se trata en gran parte de construcciones culturales.[...]

“Nombrar el mundo en femenino se refiere a la obra de reconocimiento y de creación de significado de las relaciones sociales hecha a lo largo del tiempo por mujeres. A esta obra de creación de significado, de reconocimiento del sentido del mundo en que vivimos, se le llama hoy día hacer orden simbólico. No es, sin embargo, un proyecto del siglo xx. Pienso que en todas las épocas de la historia ha habido mujeres que han vivido y han dicho el mundo en femenino desde su experiencia personal. Unas, las genias, como Eloísa, Margarita Porete, Teresa de Cartagena, Teresa de Jesús. Virginia Woolf o María Zambrano nombraron el mundo a lo grande, acertando a consumir con su vida y su escritura una revolución, una revolución simbólica, que logró captar el sentido nuevo y clave de toda una época, su verdad particular [...]” (yo aquí añadiría a Christine de Pizan, Mary Wollstonecraft, Flora Tristán, y muchas que seguro olvidamos...Nótese a modo de ejemplo casual que en el corrector del programa Microsoft word la palabra *genia* no figura, sí haciéndolo la palabra *genio*).

Victoria Sau ha definido el patriarcado como “una toma de poder histórica por parte de los hombres sobre las mujeres cuyo agente ocasional fue de orden biológico, si bien elevado este a la categoría política y económica. [...]”

[...] en la organización dominante del conocimiento, las mujeres hemos quedado fuera. Porque, tradicionalmente, el sujeto del pensamiento, el sujeto del discurso, el sujeto de la historia, el sujeto del deseo es un ser masculino que se declara universal, que se proclama representante de toda la humanidad. Según el pensamiento de la diferencia sexual, el sujeto del conocimiento no sería un ser neutro universal, sino sexuado; y el conocimiento que ese sujeto pretendidamente universal ha producido a lo largo de la historia sería solamente conocimiento masculino, conocimiento en el que las mujeres no nos reconocemos. Porque, en las sociedades patriarcales, los hombres habrían construido su identidad masculina como única identidad posible, y nos habrían negado a las muje-

res una subjetividad propia. De ahí la condena ancestral al silencio. Por tanto, lo que conocemos como femenino en el patriarcado, no sería lo que las mujeres son o han sido en el pasado, sino lo que los hombres —o algunos hombres— han construido para ellas, han dicho que ellas son. Y lo son en relación especular con lo masculino, vacías por tanto de contenidos independientes. Precisamente esta carencia de subjetividad femenina independiente sería necesaria para la perpetuación del patriarcado, para que las mujeres aceptemos nuestra subordinación social en el marco de una familia fundada en el contrato sexual.⁴

El desafío es construir un espacio sin género ni orden patriarcal, por lo tanto, sin jerarquías, un espacio para visibilizar las diferencias, un espacio de todos y todas en igualdad de valoración de miradas, saberes y experiencias. Resignificar la construcción de nuestras ciudades a partir de la experiencia que del mundo tengan hombres y mujeres, dos maneras de enunciar una realidad única.

Se trata de afirmar la experiencia de cuerpos sexuados que signifique el reconocimiento de las diferencias, de la identidad escogida y construida, que será la que posibilite una empatía auténtica con los otros, permitiendo la pertenencia o adscripción a grupos o a conjuntos sociales desde una verdadera sintonía y elección y no desde la imposición de una jerarquía cultural-educacional-social.

La representación histórica, a través de cuadros, y contemporánea, a través de la publicidad, sitúan perfectamente los espacios de influencia asignados a cada género: para los hombres la calle (pensar en la diferente connotación de hombre público, de la calle y mujer pública, de la calle) y para las mujeres un interior controlado.

Las ventanas son el marco a través del cual lo femenino, como modelo cultural y jerárquico, se cuelga en el exterior, ventanas reales o metafóricas: vive el exterior a través de las experiencias del hombre de la casa; la calle es observada desde la ventana y desde la televisión viviendo así la mujer una realidad mediada por otros. Siendo esta una construcción deseada, buscada por las jerarquías dominantes, ya que aunque se desconozca o se niegue la presencia de mujeres en el ámbito exterior, las mujeres han estado y están presentes. Revolucionarias francesas o proletarias del XIX, solo por citar algunas, también hicieron posibles cambios en los que no se les reconoce su participación, si no ¿por qué, por ejemplo, cuesta tanto encontrar una calle con nombre de mujer (que no sea reina o santa), que es una manera directa de reconocer presencia, construir discurso e historia?

Las mujeres han estado presentes activamente en todos los momentos históricamente decisivos de la cultura occidental pero han sido invisibilizadas. Este es

4 María-Milagros Rivera Garretas, *op. cit.*; Victoria Sau (1989).). *Diccionario ideológico feminista*, 2a. ed., Barcelona, Icaria, pp. 237-238

un problema aun hoy presente. No se reconoce más que una manera de hacer y explicar las cosas, por lo tanto, las mujeres que hayan roto los tabúes y las jerarquías han sido silenciadas, apartadas.

La categoría de análisis más difícil es la categoría mujeres. La teoría de géneros plantea la dificultad de desbrozar qué parte del pensamiento “femenino o de mujeres” es propia y cuál es la que asignan los roles culturales, por tanto patriarcales y jerárquicos.

Pensar en otros términos plantea el problema de si es posible pensar desde fuera de la cultura, desde fuera del orden simbólico en el que las mujeres hemos sido socializadas, desde fuera del orden patriarcal en este caso. Hay quien sostiene que no, que nada escapa a la marca de la cultura que tenemos, pues es esta la que nos humaniza... hay quien sostiene que es posible un “pensamiento del afuera”, fuera del espacio clásico de las representaciones... el pensamiento de las mujeres ha buscado y hallado, sin embargo, siglo tras siglo, [...] pensar en otros términos, pensar fuera del sistema es, pues posible.⁵

La experiencia de vivir en la ciudad en un cuerpo sexuado en femenino tiene que ser enunciada y escrita. Nos hemos acostumbrado a asumir que existe un cuerpo de conocimiento neutral que se asocia con saberes técnicos. Y, sin embargo, esta afirmación está lejos de ser cierta, vivimos una sociedad que se ha forjado bajo una visión predominantemente masculina, y un sistema patriarcal de orden simbólico. Hacer visible la diferencia es el primer paso para construir un orden simbólico diferente, en el que las mujeres podamos decirnos desde nuestra experiencia vital.

En el mundo de la posmodernidad, que a mi entender significaría asumir las diferencias, el fin de una única mirada dominante nos ha de posibilitar reivindicar la primera diferencia⁶ entre el ser hombre y el ser mujer. A partir de construir este mundo dual, a veces complementario pero esencialmente diferentes, podemos comenzar a pensar en hablar de procesos de igualdad.

La experiencia personal, su estatuto de originalidad, está muy desprestigiada en nuestra época. A este desprestigio han contribuido sobre todo el estructuralismo y la crisis de la subjetividad, el desmoronamiento de la identidad estable, todo eso que se suele llamar “la muerte del autor”: un pensamiento que antepone las estructuras del discurso al individuo que habla, acusando de esencialista el recurso a la propia experiencia como justificación de algo. La experiencia

5 María-Milagros Rivera Garretas (2003). *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Barcelona: Icaria (1a ed., 1994), pp. 61-63.

6 Hablar de diferencia nunca es hablar de desigualdad.

femenina personal vive, en cambio, en la práctica política del movimiento de mujeres [...].⁷

Frente a la valoración excesiva del saber racionalizado y hecho universal por el poder se ha de valorar la experiencia real del otro, en este caso la otra. La posibilidad de decirse comienza por poder describir la propia experiencia, por valorar las transmisiones de saberes no reglados y por activar la capacidad crítica desde cada mirada.

BREVE RESEÑA DE LAS APORTACIONES DE MUJERES AL PENSAMIENTO URBANO

La invisibilidad de las mujeres no es solo la de la mujer-persona sino que también lo es, en la formación académica que recibimos técnicos y técnicas del urbanismo, de aquellas que han contribuido y contribuyen al pensamiento de la ciudad.

No es fácil rastrear aportaciones de mujeres, ya que la historia se ha encargado de borrar sus huellas. En este sentido, un trabajo encomiable es el que realiza Dolores Hayden⁸ desde hace más de dos décadas en el que visibiliza las aportaciones de las mujeres pioneras en el pensamiento de la nueva ciudad norteamericana. La oportunidad de un nuevo mundo no se podía dejar pasar, así lo comprendieron muchas mujeres y, también, hombres que participaron conjuntamente en proyectos de nuevas maneras de vivir. Este pensamiento reformista estaba fundamentalmente dirigido al espacio de la casa, a las tareas domésticas. Entendiendo la casa como célula básica del tejido urbano y, por lo tanto, cambiando esta podía pensarse una estructura urbana diferente.

Destacan las propuestas de casas sin cocina, que serán una variable imprescindible en todas las propuestas tendientes a una igualdad de oportunidades. Si ciertas actividades fueron extraídas del hogar para mejorar su eficiencia (educación, salud...), siguiendo los criterios mecanicistas y racionales del XIX, ¿por qué no ha corrido la cocina la misma suerte?⁹ Seguramente porque en el alimento se depositan una serie de características simbólicas que no interesa cuestionar, la madre como nutriente biológica pura naturaleza, sustraída de los valores de conocimiento. Sin embargo, son muchos los ejemplos de barrios y viviendas sin cocinas o con cocinas compartidas, desde su aparición pública en la Exposición Internacional de Chicago de 1893, propuesta por Ellen Swallow Richards. Esta

7 María-Milagros Rivera Garretas. *Op. cit.*

8 Dolores Hayden (1982). *The Grand Domestic Revolution: a History of Feminist Designs for Americans Homes, Neighborhoods, and Cities*. Cambridge, Massachusetts and London, England: The MIT Press.

9 Véase Zaida Muxí Martínez (2005). "Mujeres y arquitectura: teoría y práctica de la vivienda". *Revista Arquitectura COAM 340*, Madrid, 2T.

idea de cocina pública y espacios de comer familiares en las casas tendría sus seguidores: en las ciudades jardín de Welwyn y Letchworth se atendió a las particularidades de sus futuros habitantes proponiendo casas sin cocina, viviendas cooperativas para gente sola y viviendas para los mayores:

El máximo defensor de la vivienda cooperativa en Inglaterra, Ebenezer Howard,¹⁰ admiraba a los reformadores americanos como Edward Bellamy y Marie Howland [...] en 1889 ayudó al British Nationalist Club a preparar los planes para un experimento utópico en Essex, las notas para el diseño de esta colonia, publicada en *Nationalization News* en 1893, se convirtieron cinco años después en las ciudades jardín del mañana [...] Howard, con sus asociados Raymond Unwin and Barry Parker, desarrollaron la Cooperative Quadrangle donde las tareas domésticas eran compartidas por una cooperativa de inquilinos, como la unidad básica residencial de una ideal ciudad jardín [...].¹¹

Finalmente, en 1909 Howard pudo realizar en Letchworth la primera ciudad jardín donde en un comienzo se evitaron las construcciones cooperativas, la construcción de *Homesgarth*, treinta y dos apartamentos sin cocina en cooperativa, “enfatiando su innovación como una respuesta pragmática a la cuestión de los sirvientes y a la cuestión de la mujer, cuando se dirigía a clientes de clase media. En 1913, Howard y su mujer se trasladaron a vivir en este conjunto [...]”.¹²

Dolores Hayden también ha trabajado con la memoria de ciudadanas y ciudadanos, nunca tenidos en cuenta, construyendo a partir de trabajos participativos un nuevo paisaje de la memoria en Los Ángeles, *The Power of Place*. Sus trabajos pioneros muestran que el discurso único no es representativo y significa dominio de unos sobre otros.

En su libro *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work, and Family* (1984) examina cómo las mujeres han sido sistemáticamente excluidas o se las ha hecho sentir inseguras en los ambientes urbanos. Previamente había escrito un ensayo publicado en 1981,¹³ “What would a non sexist City Be Like? Speculations on Housing, Urban Design and Human Work”, que comienza:

“El lugar de la mujer es en el hogar” ha sido uno de los principios más importantes en el diseño arquitectónico y en la planificación urbana en los Estados

10 Howard Ebenezer (1850-1928) autor de *Tomorrow. A Peaceful path to real reform* (La ciudad jardín del mañana).

11 Dolores Hayden (1995). *The Grand Domestic Revolution*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press, pp. 230-237.

12 *Ídem*.

13 Catharine Stimpson; Elsa Dixler; Martha J. Nelson y Kathryn B. Yatrakis (1981). *Women and the American City*. Chicago: University of Chicago Press.

Unidos de América durante el último siglo. Un principio más bien implícito que explícito para la profesión del diseño conservadora y dominada por los hombres [...] esta cuestión ha generado mucho menos debates que otros principios fundamentales de la ciudad americana contemporánea en la era del monopolio capitalista, que incluye la presión destructora de la urbanización de tierras privadas, la dependencia fetichista del vehículo privado, y el uso desmedido de la energía... las mujeres desoyendo esta norma han ingresado en masas en la fuerza laboral pagada. Edificios, barrios, y ciudades diseñadas para mantener en el hogar a las mujeres las constriñe física, social y económicamente. [...] el remedio para esta situación es desarrollar un nuevo paradigma del hogar, del barrio y de la ciudad [...] que deberá soportar más que restringir las actividades de las mujeres trabajadoras y sus familias [...].¹⁴

Otra aportación significativa y, posiblemente, más reconocida ha sido la de Jane Jacobs quien en 1961 escribiera *Muerte y vida de las grandes ciudades americanas*.¹⁵ Que formaría parte con toda una serie de escritos aparecidos en esa década del cuerpo de conocimiento crítico e independiente que marcarían el pensamiento urbanístico que cuestiona la ciudad de la función, la ciudad de la máquina y la ciudad que olvida a sus habitantes.

Otra aportación ya clásica e imprescindible fue la visión aportada por Denise Scott Brown a los trabajos que realizaría en colaboración con Robert Venturi; es especialmente relevante el trabajo que realizaron conjuntamente con Steven Izenour, *Aprendiendo de Las Vegas* (1972). La mirada de Denise Scott Brown, más popular, acostumbrada a resaltar las aportaciones de la gente común y encontrar en ello aspectos para aprender, se sumó al conocimiento más clásico y académico de Robert Venturi; la unión de ambas miradas es el sello que signa la ingente producción de este equipo.

La falta de reconocimiento al trabajo compartido llevó a que Denise Scott Brown realizara la siguiente aclaración en el prólogo a la edición de 1977:

[...] La nota de Robert Venturi sobre la autoría de la primera edición, con su reconocimiento de coautores y colaboradores, fue virtualmente ignorada por casi todos los que reseñaron el libro. Los resentimientos personales ante el caballeroso tratamiento a mi aportación y las atribuciones que en general han hecho arquitectos y periodistas me llevaron a analizar la estructura social de la profe-

14 Traducción de la autora del artículo.

15 En esta línea de pensamiento: los estudios sobre el impacto social de la planificación urbana realizados por Herbert Gans, *The Urban Villagers: Group and Class in the Life of Italian-Americans* (Nueva York: New Press, 1962) y *The Levittowners: Ways of Life and Politics in a New Suburban Community* (Londres: Allen Lane, 1967). Otro importante texto americano fue *La imagen de la ciudad* de Kevin Lynch (1960), que mostraba que el diseño urbano tiene significados sociales que van mucho más allá de lo que juzgan los profesionales.

sión, su dominación por machos de la clase alta y el énfasis de sus miembros en el *star system* arquitectónico. El resultado es un artículo titulado "Sexism and the Star System in Architecture".¹⁶

Una aportación importante a un urbanismo con visión de mujer fue realizada desde la geografía urbana feminista, siendo las precursoras las académicas de Gran Bretaña, haciendo importantes aportaciones que comenzaban con cuestiones derivadas de la propia experiencia:

Recuerdo con claridad un espectáculo que solía impresionarme mucho cuando tenía nueve o diez años. Yo vivía entonces a las afueras de Manchester, e "ir a la ciudad" era un suceso [...] en el trayecto cruzábamos el valle llano del Río Mersey [...] Toda esa planicie, la extensión entera Manchester, se dividía en campos de fútbol y de rugby [...] se cubría hasta donde alcanzaba la vista de cientos de personas pequeñas que corrían por todos lados persiguiendo balones [...] Yo no iba a esos campos de juego; parecían estarme vedados, tratarse de otro mundo [...] mi pretensión se limita a afirmar que espacio y lugar, los espacios y los lugares, así como el sentido que tenemos de ellos se estructuran recurrentemente sobre la base del género [...] esta estructura genérica del espacio y lugar simultáneamente refleja las maneras como el género se construye y entiende en nuestras sociedades, y tiene efectos sobre ellas.¹⁷[...]

Aun a riesgo de dejar olvidos, señalaría algunos trabajos y autoras claves en el urbanismo con visión de género en territorio español, dentro de las I Jornadas de Feministas Independientes en 1980 en Barcelona. Anna Bofill propuso en la conferencia "Mujer y arquitectura"¹⁸ una mirada diferente de las mujeres sobre el entorno poniendo de manifiesto la relación entre estructura patriarcal y la forma de nuestras ciudades. En 1984, en unas jornadas interdisciplinarias organizadas por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid se hace una primera incursión sobre el uso del espacio en la vida cotidiana.

En 1991, la antropóloga Teresa del Valle publica el estudio "Las mujeres en la ciudad, un estudio aplicado a Donostia" y en 1997 "Andamios para una nueva ciudad".

En 1995, Isabel Segura publica la *Guía de Mujeres de Barcelona* donde se buscan las huellas de los pasos de las mujeres por la ciudad desde la época romana

16 Robert Venturi; Steven Izenour; Denise Scott Brown (1998). *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*. Prólogo a la edición revisada de 1977. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, GG Reprints.

17 Doreen Massey (1994). *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity Press. Traducción tomada de la revista *Debate feminista*, año 9, volumen 17, abril 1998.

18 Anna Bofill Levi (1981). "Dona i habitatge". *Quaderns d'alliberament*, n.º 6, Barcelona: La Magrana.

hasta la actualidad, espacios prohibidos y espacios vividos, leyendo la historia urbana desde otro lugar, haciendo visible aquello más allá del monumento, los márgenes de la historia tradicional.

En la década de los noventa se harán encuentros y jornadas en varias ciudades de manera habitual comenzando en 1997 en Vitoria con “La ciudad con, de, desde, para, según las mujeres”. En Madrid la asociación La Mujer Construye organiza, en 1997, los primeros “Encuentros de mujeres en arquitectura”, que se repetirán cada año. En 1999, en Barcelona se realiza el primer Congreso de las Mujeres de Barcelona, trabajo de participación de los consejos de mujeres de los diez distritos realizándose una ponencia, “El espacio urbano, los tiempos y las mujeres”, donde se hacen propuestas sobre vivienda, espacio urbano, accesibilidad y seguridad urbana. Aquel año también se publica por la Fundació Maria Aurèlia Capmany el “Manual de recomendaciones para la concepción de los aglomerados urbanos desde la perspectiva de género” como resultado del proyecto europeo “Las mujeres y la ciudad” realizado por Anna Bofill, Isabel Segura y Rosa M. Dumenjó.

En el año 2004 se realizaron en Barcelona las I Jornadas Urbanismo y Género, que resultaron de un gran impacto mediático y contaron con la participación de técnicas nacionales y extranjeras de un amplio abanico profesional. La peculiaridad de estas jornadas fue la implicación de diferentes organismos y que su amplia difusión hiciera que no se limitara a un saber entre pocas sino una discusión abierta. Estas jornadas fueron coordinadas por Isabela Velásquez.

Entre otras arquitectas, urbanistas y profesoras que levantan una voz disidente frente a la neutralidad impuesta destacaría la labor de Inés Sánchez de Madariaga,¹⁹ que ha realizado numerosas investigaciones y escritos en torno a urbanismo y género. También destacan grupos de mujeres que desde una labor técnica y cívica incentivan tanto la participación de las mujeres como el abordaje del tema urbano desde otro punto de vista: Grupo Suburbanas de Sevilla, Rurbanas de Cataluña, Precarias a la Deriva, entre otros grupos.

LA CIUDAD DEL TERCER MILENIO

La mirada de la experiencia femenina sobre la ciudad construida, una mirada crítica que tiende a una adecuación del entorno construido para mejorar la igualdad de oportunidades en el uso y disfrute de la ciudad, tiene que ver en una primera aproximación con hacer visible las necesidades de todos y todas aquellas que no son tenidos ni tenidas en cuenta en el pensamiento dominante. La ciudad se planifica mayoritariamente para un hombre (rol de género y no de sexo) de

19 Inés Sánchez de Madariaga; María Bruquetas Callejo; Javier Ruiz Sánchez (2004). *Ciudades para las personas. Género y urbanismo: estado de la cuestión*. Madrid: Instituto de la Mujer.

mediana edad, en plenas condiciones físicas, con trabajo estable y bien remunerado que le permite tener coche privado y que tiene en casa una esposa que le aguarda con todo hecho y preparado. Pensemos si no en la proporción de inversión pública ligada a mejoras viarias para vehículos privados (mejora de calzadas, autovías, túneles, rondas...) comparada con la inversión en un transporte público más eficiente, más detallado, que llegue a más puntos y con mayor frecuencia. La proporción de usuarios de vehículos privados es mayoritariamente masculina y en parte mínima con respecto al total de la población. Queda claro, por lo tanto, para quién se proyecta la ciudad y el territorio.

Las mujeres por su vivencia de acompañante, asignación ligada al género, solemos destacar las dificultades y necesidades de otros y otras, no la mirada exclusivista ni neutra universal. La mujer como madre, cuidadora, nutridora (nuevamente papeles de género) habla por experiencias compartidas: aceras insuficientes para acompañar a alguien que necesita ayuda, para pasar con carros de bebés o carros de la compra; la iluminación de las calles que continúa primando iluminar la calzada cuando los coches llevan luz en detrimento de la iluminación de la acera. Lo vemos, por ejemplo, en la iluminación con farolas tipo de carretera en calles con aceras arboladas que dejan con poca luz el espacio de peatones. Los transportes públicos siguen primando los traslados obligados considerando estos solo de áreas de residencia a áreas de trabajo y zonas de estudio, sin considerar los traslados —más complejos, por lo tanto, más difíciles de analizar y responder— de las mujeres, cuyos recorridos no son nunca de punto a punto, sino que son zigzag aprovechando el espacio entre actividades para hacer otra. Los caminos escolares están muchas veces llenos de obstáculo, dificultades y peligros, llegando muchas veces al colmo de una escuela sobre una vía más o menos rápida con una acera de 2 o 3 metros. La penalización del peatón es otra queja, ¿cuánto han de andar los peatones para llegar a un paso de zebra? Sabemos que menos semáforos potencian un tráfico más fluido y por lo tanto más rápido; nuevamente nos preguntamos ¿para quién se piensa esta ciudad?

La seguridad y la percepción de la seguridad son muy diferentes para las mujeres que para los hombres, por ello es importante ponerse en nuestra piel a la hora de planificar espacios públicos. Usos, límites, transparencias, visibilidad e iluminación son variables a tener en cuenta según la experiencia de mujeres.

La política del tiempo y los horarios es otra complicación. Compaginar horarios de colegios, actividades extraescolares y un trabajo en la esfera productiva requiere un gran esfuerzo cuando no la claudicación de las propias aspiraciones personales y profesionales de las mujeres.

Las mujeres reclaman una ciudad compleja y de proximidad, con buen transporte público y en espacios públicos seguros que permitan elegir en libertad el uso que hacemos de la ciudad.

Ahora bien, si hace más de treinta años que la crítica feminista denuncia el sesgo de las políticas urbanas que favorecen a los hombres y a la ciudad funcional, como una estructura que no favorece la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, ¿cómo es posible que aun perviva el pensamiento de la ciudad por partes?

Solamente una imagen: autopistas, viviendas adosadas sin equipamientos educativos, sanitarios, culturales ni tampoco comercio, áreas de naves industriales, y entre ellos terrenos yermos; este es el paisaje de la ciudad (a veces llamada ciudad territorio, para disminuir el impacto negativo de decirle no-ciudad o suburbio sin atributos) que estamos construyendo sobre el territorio. Además del insostenible modelo de crecimiento dependiente ¿cómo se imaginan las vidas de estos habitantes quienes planifican?, ¿cuántos autos hay por vivienda?, ¿cómo se compagina tener hijos y trabajar?, ¿cómo se compagina hacer las tareas domésticas y trabajar en la esfera productiva?; en definitiva, ¿qué vida es posible en este mosaico infinito de fragmentos inconexos?

Todo ello no parece importar a quienes dibujan esos falsos paraísos de las ciudades globales. Ciudades que necesitan mostrarse siempre nuevas, relucientes, y divertidas, ser espacios para la diversión y el *dolce far niente*; se pretende esconder y prohibir todas aquellas actividades y personas que no son decorativas, que pongan en entredicho tal espejismo.

La ciudad tardoracionalista²⁰ no deja de ser una repetición pervertida de la ciudad moderna, que aun podía entenderse bajo un ideal de igualdad universal para todas las clases, aunque su realización lejos haya estado de este ideal. La ciudad por partes, la ciudad de las funciones segregadas ha degenerado en una ciudad triplemente segregada por funciones, clase y género.

Mientras existan dos esferas de trabajo, uno remunerado, reconocido y visible, y otro no remunerado, no reconocido e invisible, no podremos hablar de un nuevo orden simbólico, en la base de una división de tareas injusta y no reconocida está el sistema jerárquico patriarcal, sea el sexo que sea el que asuma cada rol de género.

20 Véase el artículo de Josep Maria Montaner y Zaida Muxí (2001). "La ciudad tardoracionalista". *Revista Arquitectos N° 13*. Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú.



Ancianos en la ciudad

María Ángeles Durán



María Ángeles Durán (1942), como investigadora se ha especializado en el análisis del trabajo no remunerado y su relación con la estructura social y económica. Ha sido catedrática de Sociología y profesora de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En 2002 obtuvo el Premio Nacional de Investigación en Ciencias Sociales, Económicas y Jurídicas Pascual Madoz, y en 2018, el Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política del CIS. Autora de más de doscientas publicaciones, entre sus libros destacan *Los costes invisibles de la enfermedad* (2000), *El trabajo no remunerado en la economía global* (2012) y *Si Aristóteles levantara la cabeza* (2000). Abiertamente partidaria de la investigación-acción, en sus trabajos reivindica tanto el rigor de la observación empírica como la imaginación creativa y el compromiso social.

Fragmento seleccionado de María Ángeles Durán (2008). “Ancianos en la ciudad”. En *La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso*. Santiago de Chile: Ediciones Sur (pp. 87-97).

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA VEJEZ

Frente a algunas imágenes bucólicas de los ancianos de épocas pasadas, la realidad histórica ha dicho cosas bastante diferentes. La esperanza de vida era breve, se envejecía tempranamente y se adquiría la condición de “anciano” a edades hoy consideradas intermedias. La mayoría de los que llegaban a adultos no vivía lo suficiente para ver crecer a sus hijos. En condiciones de supervivencia colectiva de extrema dureza, no han sido raras las culturas que forzaban a sus ancianos a acelerar el final como un modo de regular el tamaño de la población y dar cabida a los nuevos miembros. Es cierto que el control de la propiedad de la tierra y de la tecnología artesanal otorgaba reconocimiento a los mayores, pero este se condicionaba de hecho a las facultades físicas (fuerza, agilidad, visión, destreza), y la selección natural y social era muy exigente. La mejora de las condiciones de vida, especialmente en la alimentación, el alojamiento y el cuidado sanitario, ha producido un alargamiento espectacular de la edad media de vida en los países desarrollados y un cambio en las necesidades de alojamiento, servicios y diseño urbano.

Aunque la edad avanzada ha sido siempre un poderoso agente de atribución de papeles sociales, nunca lo fue de manera tan determinante como en la actualidad. En sociedades desarrolladas ya no solo es una condición individual, sino un factor de pertenencia a un sector de la sociedad con capacidad para negociar —explícita o implícitamente— el contrato social que vincula a sus miembros con el resto de la sociedad. La capacidad interventiva de los mayores se pone claramente de relieve en los procesos electorales ante temas que los afectan de cerca, como la cuantía de las pensiones o el precio de los medicamentos; no obstante, la incidencia general en la toma de decisiones políticas no es proporcional a su número de votos. Paralelamente a los cambios demográficos, el soporte económico de los ancianos ha cambiado desde una base patrimonial (principalmente agricultura y pequeños negocios) a un sistema de rentas (pensiones, subsidios y réditos).

La nueva situación requiere nuevas palabras, pero ni *vejez* ni *ancianidad* describen adecuadamente las relaciones sociales y administrativas surgidas de la generalización del retiro a los sesenta y cinco años, por lo que se han extendido los términos *tercera edad* y *sociedad de mayores*.

[...]

El crecimiento de la población de edad avanzada hace imprescindibles algunos cambios en la organización espacial de las ciudades, tanto en relación con la accesibilidad física como con la accesibilidad organizativa de los servicios. Pero tales cambios solo se llevarán a cabo si también se modifican las actitudes y priorizaciones sociales. La preparación de los espacios públicos para el uso de

una población envejecida, igual que la remodelación de las viviendas, requiere fuertes inversiones y la elección entre presupuestos alternativos que favorezcan a diferentes grupos sociales. Tanto física como psicológicamente, la integración en la vida cotidiana tiene efectos positivos para los ancianos. De ahí que las medidas encaminadas a eliminar obstáculos a su participación generen indirectamente salud, tanto para ellos como para quienes reciben sus demandas de cuidado.

El alargamiento de la esperanza de vida ha traído consigo importantes cambios en la estructura familiar. Las relaciones paternofiliales más fuertes no se producen ya con los primogénitos sino con los benjamines, porque estos permanecen más tiempo en el hogar en vida de sus padres. Han perdido sentido muchas tradiciones y convenciones respecto a la transmisión de la propiedad y el uso de los bienes familiares. La generalización del sistema de pensiones ha reforzado la autonomía y el poder de los jubilados dentro de las familias, especialmente en los medios rurales, donde coexisten con economías de autoconsumo y escasa liquidez monetaria.

Los jubilados en buenas condiciones de salud constituyen un grupo muy importante y creciente en la vida de las ciudades españolas. Es este colectivo con ganas de vivir el que describe con gracia la popular canción de Martirio "Y a mí quién me cuida", preocupados por la combinación entre "no perder la pensión" y "ponerse contentos". Disponen de recursos de tiempo formidables, especialmente los varones, aunque consumidos en gran parte de modo pasivo ante la televisión. Pero son también el soporte real de la calidad de vida en muchas familias, la garantía última que permite la incorporación al empleo de mujeres jóvenes, y la base en que se asientan las cada vez más extendidas organizaciones culturales o filantrópicas sin ánimo de lucro.

Para la mayoría de las mujeres de edad avanzada que no están incorporadas al mercado de trabajo, la edad de jubilación no tiene consecuencias prácticas importantes y continúan ejerciendo su trabajo doméstico sin interrupciones. Los varones asalariados, en cambio, viven la jubilación de un modo muy intenso, especialmente cuando se la anticipa obligatoriamente. La jubilación es el descanso y la seguridad merecida para muchos, pero otros la viven como una expulsión disfrazada del mercado de trabajo.

LONGEVIDAD Y DEPENDENCIA

La prolongación de la etapa de jubilación en condiciones de validez física y mental no debe hacer olvidar que este es un período de antesala hacia un final que inevitablemente llega, que es la vejez en sentido estricto, con sus secuelas de incapacidad, enfermedad y muerte. En la cultura occidental, y muy especialmente en la subcultura sanitaria, la muerte no se interpreta como un final natural

o un acto más de la vida, y existe muy poca reflexión sobre su impacto en la vida cotidiana: como si al no hablar de ella y de sus asociaciones, disminuyese el poder de su amenaza.

A pesar de la ampliación de la etapa de jubilación en condiciones de validez, la última etapa de vida, con invalidez y deterioro grave, crece más aprisa todavía. Si una se incrementa lentamente, al paso, la otra se distancia al galope, y los cuidados que requiere un anciano no válido (estimados en horas semanales) son mucho más voluminosos, y menos gratos, que los que requiere un niño recién nacido. En las sociedades occidentales se asocia todavía la imagen del cuidado al débil con la de la madre y el niño, unidos por elementales cadenas biológicas. Esta es la ética que ha reforzado tradicionalmente la estética de la pintura, de la narración y de la poesía. En la transición al siglo XXI, en España como en todos los países desarrollados, la mayor parte de la demanda de cuidado no proviene ya de los niños, sino de los ancianos no válidos. Los niños llegan cuando, planificadamente, sus padres creen que están en condiciones de tenerlos. La vejez de uno mismo, o de los familiares y entorno, llega sin pedir explicaciones; a veces (como en los accidentes cardiovasculares o las temibles roturas de cadera), anticipada o prematuramente. La transición de edades de los niños sigue etapas altamente fiables y regulares: puede estimarse el momento en que irán a la guardería o al colegio o en que podrán cruzar la calle solos. En el caso de los ancianos no válidos, lo único que puede preverse es que, en conjunto, su situación se irá degradando paulatinamente, con mayor sufrimiento y dependencia.

Los sujetos dominantes en la toma de decisiones sobre la ciudad, los *varavos* [acrónimo de varones activos], tienen poco que ver con la vejez y prefieren distanciarse de ella lo más posible, como forma de acallar el temor de conocerla. Esto no modifica su irremediable destino de convertirse en viejos, pero frustra la posibilidad de encararlo serenamente en un esfuerzo de ajuste colectivo, más responsable, solidario y libre.

El miedo a la vejez y a la invalidez también nos empuja a derivar sus consecuencias inmediatas —la satisfacción de las demandas más urgentes— hacia otros miembros de la red familiar y social que han sido estructuralmente entrenados para la solidaridad y la carencia de un proyecto propio. Un entrenamiento del entorno familiar que interpretó magistralmente Laura Esquivel en las relaciones entre la madre anciana, dominante, y sus dos hijas casaderas en *Como agua para chocolate*. Una relación que tiene su correspondencia organizativa, en España, en el tipo de soluciones de atención a los enfermos de larga duración que ofrece la organización sanitaria. Cualquier sala de espera en las secciones de urgencias en los grandes hospitales de la Seguridad Social está ocupada por personajes que podrían reescribir la novela de Esquivel en carne propia.

Un conjunto de condiciones biológicas (mayor resistencia física) y sociales (menor inducción a actividades insalubres o peligrosas) hacen que la longevidad media de las mujeres sobrepase la de los varones. Este logro, que en principio ha de saludarse con alegría, tiene algunas contrapartidas sobre las que rara vez se expresa la reflexión social y política.

En su estudio sobre las mujeres mayores, Freixas (1993¹) ha analizado los aspectos motivacionales de la vejez. Muchas mujeres achacan la vejez a la “pérdida de esperanza o carácter”. En general, las mujeres creen que se enfrentan mejor que los varones con el envejecimiento, porque están mejor entrenadas para ello. Contrariamente a lo que generalmente se atribuye a la menopausia, la autora citada concluye que las mujeres mantienen una relación positiva consigo mismas durante esa etapa, sintiéndose más libres y seguras cuando la sobrepasan. En cambio, el retiro provoca en los varones, según el mismo estudio, una aceleración del envejecimiento, con un deterioro físico pronunciado. También surgen dificultades por el uso cotidiano del espacio y el tiempo: el aumento de las horas de convivencia entre las parejas de edad avanzada, restringidas a un espacio que durante décadas las esposas consideraron como propio, es, según Moragas (1989)², una causa frecuente de problemas.

Como en los matrimonios por lo general hay una diferencia de edad a favor de los varones, que se hace todavía mayor en los segundos matrimonios o parejas de hecho, y como es más frecuente que vuelvan a casarse los varones, no las mujeres, abundan entre ellas las de edad avanzada que no tienen pareja. En su mayoría los varones llegan hasta la vejez y la muerte acompañados por esposas más jóvenes que ellos, que han asumido culturalmente la obligación de cuidarlos. Pero no hay simetría para las mujeres, y puede preverse estadísticamente que, como promedio, pasarán los últimos diez años de su vida sin la presencia de un compañero. La condición económica de las mujeres deriva en la mayoría de los casos de la de su esposo, especialmente en cuanto a las rentas monetarias derivadas de pensiones. En caso de viudez, la renta se reduce respecto de la que percibía el esposo.

En Madrid, veinte de cada cien personas mayores viven solas; entre los varones esta proporción es de siete de cada cien, pero entre las mujeres es cuatro veces más alta. La mayoría de los que viven solos señalan razones positivas, tales como la independencia y la capacidad física y económica para hacerlo, pero también es destacada la proporción de los que lo hacen porque no tienen otro remedio. A pesar de que sus condiciones de validez empeoran, entre los más ancianos es más frecuente vivir solo, como consecuencia de la muerte del cónyuge u otros miembros de la familia.

1 Freixas, Ana. (1993) *Mujer y envejecimiento: aspectos psicosociales*. Barcelona: Fundación La Caixa,

2 Ricardo Moragas (1989) *La jubilación, un enfoque positivo*. Barcelona, Grigalbo ed.

Aunque sea muy relevante para el mantenimiento o el riesgo de bancarrota del sistema general de prestaciones del Estado de bienestar, la trascendencia de estos datos no deriva principalmente del carácter “no activo” o ajeno al mercado de trabajo de las personas mayores. Donde la vejez se convierte en un desafío formidable a la capacidad organizativa, la solidaridad y el cambio de actitudes es en el cuidado de los que devienen no válidos como consecuencia del envejecimiento. La esperanza de vida crece a un ritmo más rápido que la esperanza de vida válida en todos los países desarrollados: los no válidos se miden por la diferencia entre ambas esperanzas de vida.

La alta demanda de cuidados generada por los ancianos recae sobre sus familiares. También su demanda sanitaria es más elevada que la del resto de la población. La prestación de cuidados la realizan preferentemente los familiares convivientes, entre los que desempeñan un papel principal las mujeres, pero también es relevante el papel de los familiares no convivientes. Aunque es más alta la proporción de ancianos en los pequeños municipios, la mayoría de los ancianos vive en ciudades, donde se enfrentan a problemas de aislamiento, dificultades de transporte, inaccesibilidad en general y alto costo de vida.

Los servicios asistenciales son escasos en España, como lo son en general en la mayoría de los países en vías de desarrollo, y el cuidado de los ancianos, igual que el de los enfermos, descansa en la disponibilidad de familiares dispuestos a asumirlo. Este cometido es incompatible con la incorporación al mercado de trabajo o a cualquier otra actividad que requiera una dedicación continuada. Por ello, la estructura de los servicios asistenciales y la organización sociosanitaria es para las mujeres una cuestión política de primera importancia.

INSTRUMENTOS DE PLANIFICACIÓN Y ACCESIBILIDAD URBANA

La declaración de 1993 como el Año europeo de las personas mayores y de la solidaridad entre las generaciones facilitó la toma de conciencia de las dificultades que entrañan las barreras arquitectónicas para los mayores en las ciudades. Aunque esta conciencia crece continuamente, y a ello contribuyen de modo muy activo las organizaciones de discapacitados o minusválidos, todavía no han alcanzado un nivel real de transformación del diseño de las nuevas edificaciones, de las vías públicas y, menos aún, de los cascos antiguos de las ciudades. No obstante, son numerosas las iniciativas en marcha. A título de ejemplo, extrapolable a otras realidades, una de las iniciativas más recientes y complejas desde el punto de vista administrativo es la que afectará a Zaragoza y las restantes ciudades aragonesas como consecuencia de la promulgación en Aragón, en 1997, de la Ley de Promoción de la Accesibilidad y Supresión de Barreras Arquitectónicas, Urbanísticas, de Transporte y de la Comunicación. Esta ley establece detalladamente las propuestas siguientes:

- a) Accesibilidad urbanística: accesibilidad de los espacios de uso público que afectan a vías públicas, parques, itinerarios peatonales, vados, rampas, escaleras, mobiliario urbano, señalización, así como estacionamiento para vehículos con placas identificatorias, y reserva de plazas de estacionamiento en garajes subterráneos y de superficie.
- b) Accesibilidad en la edificación: catalogación de los espacios, instalaciones y servicios según las categorías de accesibles, practicables o adaptables.
- c) Accesibilidad de los edificios de uso público: requiere, como mínimo, la practicabilidad de todos los edificios de las administraciones públicas que prestan servicios, tales como centros sanitarios, estaciones de transporte, centros de enseñanza, museos, teatros, instalaciones deportivas, centros religiosos y establecimientos comerciales, hoteleros, o centros de trabajo a partir de cierto número de plazas. Se impondrá además un sistema de señalización internacional para facilitar la lectura de los puntos de acceso o los itinerarios alternativos. Establece asimismo los requisitos de comunicabilidad interna de los edificios y practicabilidad de los ascensores.
- d) Reserva de viviendas para personas con situaciones de limitación, que se establece en un mínimo del 3 % de las viviendas que reciben cualquier tipo de ayuda o subvención de las administraciones públicas.
- e) Accesibilidad de los elementos comunes de las viviendas.
- f) Accesibilidad en el transporte: altura de las plataformas, sistemas mecánicos de ascenso y descenso, y disponibilidad de taxis adaptados a las condiciones de las personas con movilidad reducida.
- g) Tarjetas de identificación personal para acreditar la minusvalía padecida en el acceso a servicios especiales.
- h) Accesibilidad en la comunicación sensorial: para ello se potenciará la simultaneidad de lenguajes orales/visuales y la colaboración con entidades de apoyo a estos colectivos. Especiales facilidades se otorgarán a los perros guía.

Junto a esta enumeración de objetivos, la Ley establece algunas medidas económicas (dotación presupuestaria, aunque no especifica cuantía) y administrativas, tales como ser requisito previo para la concesión de licencias, cédulas de habitabilidad y autorizaciones municipales, derribo de las obras no legalizables y cláusulas de adecuación en los contratos administrativos. También establece medidas sancionadoras, para las que llega a fijar cuantía.

Como instrumento de adecuación urbanística, este texto legal es sin duda muy ambicioso. No obstante, su eficacia dependerá de los recursos reales que dedique la Administración pública a ejecutarlo y de la medida en que el movimiento ciudadano lo haga suyo y lo respalde.

ALTERNATIVAS DE ALOJAMIENTO Y SERVICIOS

Como consecuencia del envejecimiento de la población, en todas las ciudades se plantean nuevas necesidades de alojamiento y servicios.

La experiencia de otros países que realizaron la transición demográfica antes que España puede ser de alguna utilidad en la reflexión sobre las posibles medidas urbanísticas u organizativas, pero la comparación no está exenta de riesgos, porque tanto la estructura familiar como la administrativa pueden ser muy diferentes a la española. Un libro editado recientemente por la Fundación Caja de Madrid, titulado *Envejecer dignamente en la Comunidad*³ (Heumann y Boldy, 1995), analiza algunos programas de vivienda para ancianos en Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Suecia, Israel, Japón y Canadá. Entre las medidas utilizadas se encuentran la subvención para construcción de viviendas adaptadas, la subvención para alquileres baratos, el alquiler de casas móviles para ubicarse temporalmente en los jardines de otros familiares, los alojamientos compartidos, las viviendas tuteladas y la prestación de servicios en centros públicos y domiciliarios.

En España, en respuesta a esta nueva necesidad han aparecido las residencias geriátricas públicas y privadas, los apartamentos tutelados, los clubes de jubilados y los centros de día. A ellos habría que añadir, aunque predominen las funciones sanitarias, los hospitales gerontológicos y los hospitales de día, así como distintos tipos de servicios de la ayuda domiciliaria, programas de asistencia a los familiares de ancianos discapacitados y programas de ayuda económica y técnica.

La visibilización de la demanda de cuidados en las horas nocturnas, los festivos o las vacaciones no se hace patente cuando recae sobre familiares, pero entra en claro conflicto con los derechos de otras personas cuando son trabajadores asalariados y se rigen por la estricta lógica y ética del intercambio salarial.

La oferta de plazas públicas está muy por debajo de la demanda real, y las listas de espera motivan su derivación hacia residencias privadas, donde la relación entre el precio pagado por el residente y la calidad es, en general, peor que en las públicas.

3 Leonard F Heumann y Duncan P Boldy (1995) *Envejecer dignamente en la comunidad: soluciones internacionales destinadas a la protección de ancianos dependientes* Barcelona: SG; Madrid: Fundación Caja de Madrid

Otras soluciones intermedias, menos costosas y menos drásticas en la separación del anciano de su entorno, son los centros de día. Cubren solo parcialmente las atenciones al anciano, pero le prestan cuidados en las horas centrales del día, entre diez de la mañana y seis de la tarde. Como casi todos los servicios públicos cierran los sábados y festivos.

La limitación del número de plazas disponibles deriva sobre todo del alto costo de los edificios y su infraestructura, así como de los costos laborales del mantenimiento, que son proporcionales a los servicios que ofrecen (limpieza, manutención, atención sanitaria y psicológica, actividades de ocio, religiosas, etc.). El sector gerontológico es uno de los que experimentan un auge mayor en la creación de empleos actualmente, sobre todo en los servicios sociales y sanitarios de las administraciones locales.

Como todos los trabajadores asalariados, los empleados del sector disponen de la fuerza que les concede su capacidad de negociación colectiva. Incluso los servicios de atención a domicilio, que se iniciaron como simple subsidiariedad respecto a familiares para el cuidado doméstico, suben rápidamente de precio cuando se profesionalizan. A los intereses de los empleados y de los empresarios se une también el de los representantes políticos en la publicitación de sus logros. Frente a una demanda insolvente no organizada, que no reclama ni amenaza, es más rentable la inauguración de centros atractivos, "dotados de todos los servicios" y con personal cualificado, que la cobertura más extensa y peor dotada de esa necesidad vital generalizada que carece de canal para expresarse.

Como consecuencia de las tendencias demográficas de España, de la mayor longevidad y la natalidad reducida, en los próximos veinte años aumentará el número de ancianos que viven solos. La generación intermedia no podrá asumir el cuidado de los antecesores por ambas líneas familiares, tarea que antes se distribuía durante menos años entre un número mayor de hijos e hijas. Los elementos de fatiga y deterioro de las relaciones familiares se harán más patentes y ejercerán mayor presión para la redistribución de los recursos colectivos y privados a favor de nuevas formas de alojamiento comunitario.



La movilidad desde una perspectiva de género en Cataluña

Carme Miralles Guasch



Carme Miralles Guasch (1961) es doctora en Geografía y profesora de la Universitat Autònoma de Barcelona. Ha sido política siendo diputada del Congreso de los Diputados de España en la VII legislatura (2000-2004). Es especialista en movilidad, ciudades y transportes. Cuenta con numerosos artículos y libros publicados.

Fragmento seleccionado de Carme Miralles Guasch (2010). “La mobilitat des d’una perspectiva de gènere a Catalunya”. *Dones, mobilitat, temps i ciutats* (Quaderns de L’Institut; 14). Barcelona: Institut Català de les Dones (pp. 75-95). Trad. Mar Bartolomé Narbón.

La creciente preocupación entorno al fenómeno de la movilidad y la necesidad de emprender políticas públicas sobre transporte e infraestructuras, que incluyan toda la población y todas las necesidades que tiene una sociedad compleja como la nuestra, ha dado lugar a estudios cada vez más profundos sobre este fenómeno. De esta manera, igual que en otros países europeos, Cataluña tiene, desde el año 2006, la Encuesta de Movilidad Cotidiana (EMQ06¹) que permite saber el número de desplazamientos realizados por la población catalana y caracterizarlos según los motivos, las formas de transporte, el horario de los desplazamientos, etc. También se pueden diferenciar entre los diversos grupos sociales, como la edad, el sexo o los grupos socioeconómicos.

En este sentido, para efectuar un análisis de la movilidad desde la perspectiva de género, el presente apartado utilizará los datos correspondientes a la EMQ06 teniendo en cuenta que esta es la primera herramienta que da la oportunidad de obtener múltiples informaciones numéricas para entender y explicar la relación establecida entre sexo y movilidad para el conjunto de Cataluña.

En este apartado se analizan las características de la movilidad en Cataluña y se pone especial atención en las peculiaridades de la movilidad de las mujeres, en comparación con la de sus homónimos masculinos.

ASPECTOS CONCEPTUALES Y METODOLÓGICOS

Tal y como ya se ha mencionado en el primer capítulo de este libro [de la publicación original], las diferencias entre los modelos de movilidad femeninos y masculinos no radican tanto en la cantidad de desplazamientos sino en sus características. Reafirmando esta primera idea, los datos de la EMQ06 confirman que el número de desplazamientos diarios de las mujeres y de los hombres es bastante similar. Ellas realizan 3,55 desplazamientos de media al día y ellos, 3,71 desplazamientos.

Las diferencias no se observan tanto en cuanto al número sino a cuestiones más relacionadas con el rol de las mujeres en la estructura social. En este sentido, son los diferentes motivos que generan el desplazamiento en relación con las actividades cotidianas de las mujeres, los medios de transporte usados según el uso de los recursos familiares que ellas tienen y el tiempo de recorrido derivado de los horarios de sus actividades los que marcan las diferencias cuantitativas entre sexos.

En la medida que se ha ido observando y reivindicando la igualdad entre todos y cada uno de los motivos que provocan los desplazamientos, las encuestas de

1 Las siglas EMQ06 pertenecen al texto original en catalán: Enquesta de mobilitat quotidiana (N. del T.).

movilidad han dado un paso importante para reafirmar esta idea en el momento en el que han asimilado que un desplazamiento lo determina un motivo, tenga la naturaleza que tenga. A nivel metodológico se ha convenido que lo que definía un movimiento no era ni la distancia ni el medio de transporte usado, sino la razón que lo motivaba. Este avance conceptual ha sido un paso decisivo a la hora de percibir y validar todos aquellos motivos con el mismo rango, ya sean de la esfera laboral o la doméstica. De hecho, y por primera vez, la denominación que tienen los diferentes movimientos según los motivos ya no es obligado o no obligado como hasta ahora, sino laboral o personal. Un cambio nominativo que indica el avance conceptual y metodológico que en esta materia ha habido en los últimos años en Cataluña.

La evolución indicada es muy relevante en la medida en que los datos resultantes de las encuestas son la materia primera a partir de la cual se calculan los índices y se da la información cuantificada sobre una realidad concreta. Por este motivo, es fundamental que las encuestas de movilidad no hagan invisible el hecho de los desplazamientos femeninos a través de **metodologías** no suficientemente precisas o de conceptualizaciones androcéntricas que lo que hacen es perpetuar relaciones de dependencia. Siguiendo esta pauta más equitativa de no menospreciar ninguna de las características que definen la movilidad de las personas, las encuestas han ido ampliando la relación de *motivos incluidos* en las posibles respuestas, a medida que las actividades domésticas y familiares ampliaban su importancia en las ciencias sociales y, también, a medida que los estudios de género aumentaban la presencia y denunciaban los sesgos que existían en los estudios cuantitativos.² En este sentido, los análisis de movilidad se habían basado en los motivos de la esfera productiva, trabajo y estudios, los habían llegado a calificar y definir como obligados, y habían relegado al resto a un conjunto homogéneo definido como no obligados. De hecho, durante mucho tiempo los estudios, los análisis y las previsiones de servicios de transporte y de infraestructuras se hicieron de acuerdo con este sesgo informativo, que a la vez también representaba un sesgo de género. Un sesgo de género porque las actividades, y por lo tanto los desplazamientos que estas originaban, se habían cualificado de optativas o no obligadas, reflejando las obligaciones propias que tenían los hombres —científicos sociales delante de estas actividades. Llevar a los niños al colegio, ir a comprar o ir a la consulta médica no eran considerados por ellos como actividades suficientemente obligatorias.

Ahora, una vez se ha completado y ampliado el número de motivos, la EMQ06 recoge un total de catorce distribuidos en tres grandes grupos: la movilidad ocupacional, que agrupa los motivos por trabajo y estudios; la movilidad personal, donde se ubican los desplazamientos originados por compras, por acompañar personas,

2 Para este tema véase Cristina Carrasco (2007). *Estadístiques sota sospita. Proposta de nous indicadors de l'experiència femenina*. Generalitat de Catalunya. Institut Català de les Dones.

para hacer actividades lúdicas, entre otras, y el regreso a casa. Este último es el conjunto de desplazamientos desde las dos motivaciones anteriores en dirección al domicilio propio. El objetivo es poder calcular el grado de pendularidad (o de encadenamiento de desplazamientos) de los movimientos. Así, la pendularidad será más elevada cuando más se aproxime al 50 % la proporción de desplazamientos de regreso a casa. Otro elemento importante, como se ha visto en los capítulos anteriores de esta movilidad diferenciada por sexo, es **la utilización de distintos medios de transporte**. Este uso se relaciona con el territorio cotidiano de las personas. Un territorio que si es cercano al lugar de residencia permite ir a pie. También se relaciona con la oferta de transporte colectivo que hay en los recorridos que hacen las personas y el repartimiento de los recursos domésticos, en este caso el coche, en el seno del hogar. De esta manera, la EMQ06 agrupa los medios de transporte en tres grandes grupos: las formas no motorizadas, donde se incluyen el ir a pie y en bicicleta; el transporte público, que agrupa los medios ferroviarios (FGC, Renfe, metro y tranvía), los autobuses urbanos e interurbanos y el taxi; y los transportes privados, es decir, la moto y el coche, con la distinción de si se viaja como conductor o como acompañante.

La distribución horaria y el tiempo medio de los desplazamientos, tal y como ya se ha comentado, son pautas de movilidad que varían en relación con el grupo de población que los efectúa en la medida en que están relacionados con la tipología de actividades, con los horarios comerciales y de los equipamientos, con la distancia de recorridos y con las formas de transporte utilizadas. La EMQ06 recoge la movilidad de la población catalana a lo largo de toda la semana, tanto en días laborales como festivos. Por este motivo, y dado que las actividades cotidianas son bastante diferentes entre estos dos tipos de jornada, los datos se presentan según sea un día laborable o festivo. También se puede estudiar la distribución horaria de los desplazamientos, determinada por el inicio y la duración media de estos.

En la información que nos da la EMQ06 también se encuentran elementos relacionados con **una dimensión más subjetiva de la movilidad**, donde se recoge la disponibilidad de permiso de conducir y de vehículo privado, y las motivaciones de la elección del tipo de transporte. Asimismo, se pide la valoración que las personas entrevistadas otorgan a cada uno de los diferentes tipos de transporte, según sean usuarios mucho o poco frecuentes, y los costes asociados a su utilización. Esta información más valorativa que descriptiva sobre los desplazamientos de la población permite conocer las diferentes percepciones, según el sexo, de la población catalana. Otro aspecto que permite obtener la EMQ06 es la caracterización de los perfiles de **la población no móvil**, es decir, de las personas que declaren que no habían salido de casa el día en que se les entrevistó. En Cataluña, a lo largo de un día laborable, gran parte de la población no móvil son mujeres (61,8 %), hecho que puede significar que hay una demanda de movilidad no satisfecha.

ELLAS Y ELLOS SE DESPLAZAN POR MOTIVOS DIFERENTES

Tal y como se ha dicho, la EMQ06 tiene en consideración catorce motivos distintos, que agrupa en tres grandes categorías: las ocupacionales, las personales y los regresos a casa. Partiendo de estas tres categorías, lo primero que se puede decir es que los porcentajes de regreso a casa son parecidos para los dos sexos, y representan el 45,5 % de todos los desplazamientos que realizan los hombres y el 45,3 % de las mujeres. La diferencia se encuentra en las otras dos categorías, donde el 27 % de los movimientos de los hombres son por motivos ocupacionales, relacionados con el trabajo y los estudios, y de las mujeres lo son el 18,2 %. En cambio, en ellos la movilidad personal ocupa el 27 %, y en ellas llega casi al 37 %. Como ya se había dicho, los motivos de los desplazamientos ligados a las actividades cotidianas, más vinculadas al mundo laboral para ellos y al mundo familiar y doméstico para ellas, dan lugar a estas sustanciales diferencias. La misma situación, aunque con más detalle, también aparece en la desagregación de los motivos. Así, más allá del trabajo y de las gestiones del trabajo, en las que la diferencia es notable entre el más del 23 % de la población masculina frente al más del 14 % de la femenina, las diferencias se concentran en dos actividades de la esfera doméstica. Las compras representan para ellas el 11 % de los desplazamientos cotidianos y para ellos, poco más del 5 %. En cuanto a otros motivos personales, los porcentajes están en el 12 % y el 18 %, respectivamente. En cambio, los hombres se mueven más para pasear y por ocio, un 9,7 %, frente a un 7,5 % en las mujeres.

Tabla 1. Distribución de los desplazamientos según el motivo y el sexo

(Día laborable. Población a partir de 16 años)

	Hombre	Mujer	Total
Trabajo y gestiones del trabajo	23,7%	14,5%	19,9%
Estudios	3,5%	3,7%	3,6%
Compras	5,4%	11,0%	8,2%
Ocio / paseo	9,7%	7,5%	8,6%
Otros motivos	12,2%	18,1%	15,1%
Vuelta a casa	45,5%	45,3%	45,4%
Total	100%	100%	100%

Fuente: ATM, DPTOP y IERMB. Encuesta de movilidad cotidiana de Catalunya 2006. Autoritat del Transport Metropolità i Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat de Catalunya.

Si se profundiza un poco más en los motivos personales, se puede observar que del total de sus desplazamientos se reafirma la idea anterior de que las mujeres se dedican más a las tareas que son ineludibles en la cotidianidad, y

así lo refleja su movilidad. Por ejemplo, si separamos las compras cotidianas, básicamente relacionadas con el avituallamiento del hogar, de las no cotidianas se observa que donde hay la diferencia más importante es en la movilidad que generan las primeras, ya que mientras que los hombres solo le dedican casi un 17 %, las mujeres llegan al 26 %. Ellas continúan ocupándose de comprar lo que falta en la nevera. Asimismo, en los desplazamientos que implican cuidar personas, como llevar a los niños a la escuela (acompañar personas), ir a la consulta médica o al hospital, las mujeres tienen mucha más presencia.

Tabla 2. Distribución de los desplazamientos personales según el sexo

(Día laborable. Población a partir de 16 años)

	Hombre	Mujer	Total
Compras cotidianas	16,6%	25,9%	22,0%
Compras no cotidianas	3,4%	4,2%	3,9%
Acompañar personas	11,3%	20,1%	16,4%
Ocio / diversión	18,4%	10,6%	13,9%
Pasear	17,3%	10,0%	13,1%
Visitar amigo / familiar	10,2%	9,9%	10,1%
Gestiones personales	12,0%	8,0%	9,7%
Médico / hospital	4,9%	6,9%	6,0%
Formación no reglada	2,3%	2,6%	2,4%
Comida en horario laboral	2,4%	1,0%	1,6%
Otros motivos	1,4%	0,8%	1,1%
Total	100%	100%	100%

Fuente: ATM, DPTOP y IERMB. Enquesta de mobilitat quotidiana de Catalunya 2006. Autoritat del Transport Metropolità i Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat de Catalunya.

Por lo tanto, si el número de desplazamientos de ellas y ellos es cuasi similar, con unos índices de 3,6 viajes al día, donde se empiezan a observar las diferencias es en los motivos que nos hacen salir de casa, motivos que están estrechamente relacionados con las actividades y, por lo tanto, con la estructura social que, por motivos de género, está asociada a cada uno de los sexos.

Y de hecho, la importancia de las diferencias surge en el detalle con el que podemos completar las razones que motivan los movimientos. Cuando a grandes rasgos se diferencian movilidades ocupacionales y personales, ya se encuentran algunas diferencias, aunque es en la letra pequeña donde se muestran las desigualdades entre la una y la otra. Por esto, ahora se puede entender más que en el momento en que se diseñan ciudades donde las tiendas de proximidad desaparecen o la monofuncionalidad y la baja densidad de los barrios imposibilita los

servicios que nutren nuestra cotidianidad, el sector de población que sufre más las consecuencias y se ve más perjudicado es el de las mujeres.

ELLAS Y ELLOS USAN FORMAS DE TRANSPORTE DIFERENTES

Además de la motivación del viaje, otro factor diferenciador entre la movilidad de los hombres y la de las mujeres es el medio de transporte utilizado. A grandes trechos se puede decir que las mujeres, en la mayoría de sus desplazamientos diarios, concretamente casi el 67 %, van a pie y en transporte público, mientras que en los hombres este porcentaje es del 48,5 %. En el transporte privado, en cambio, ellos lo utilizan casi en el 52 % de los viajes, y ellas no llegan al 34 %.

En la desagregación del uso de los medios de transporte según el sexo, además de constatar que las mujeres son más usuarias de la forma a pie y del transporte público (especialmente el autobús) y menos usuarias de los medios privados, la tabla muestra cómo las mujeres hacen más desplazamientos en coche como acompañantes. Los hombres, en cambio, además de especializarse en el coche como conductores, también lo hacen con otros medios como la motocicleta.

Tabla 3. Medios de transporte según el sexo

(Día laborable. Población a partir de 16 años)

	Hombre	Mujer	Total
A pie	34,5%	48,7%	41,7%
Bicicleta	1,3%	0,5%	0,9%
Total no motorizado	35,8%	49,2%	42,6%
Bus	3,6%	6,9%	5,3%
Metro	4,4%	5,2%	4,8%
FGC	1,2%	1,6%	1,4%
Renfe cercanías	2,1%	2,3%	2,2%
Tranvía	0,3%	0,3%	0,3%
Otros	1,1%	1,1%	1,1%
Total transporte público	12,6%	17,4%	15,1%
Coche conductor	40,4%	24,3%	32,2%
Coche acompañante	3,2%	7,1%	5,2%
Moto	5,6%	1,8%	3,7%
Otros	2,4%	0,1%	1,3%
Total transporte privado	51,6%	33,3%	42,4%
Total	100%	100%	100%

Fuente: ATM, DPTOP y IERMB. Enquesta de mobilitat quotidiana de Catalunya 2006. Autoritat del Transport Metropolità i Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat de Catalunya.

Otro aspecto interesante que considerar es el cruce de las dos principales variables de los desplazamientos, el motivo y el medio de transporte, a fin de conocer si la razón que genera el desplazamiento lleva implícita el tipo de transporte que se escoge.

De manera general, el vehículo privado es la forma de transporte más empleada en los desplazamientos ocupacionales (57,0 %), mientras que la forma más utilizada en los motivos personales es el transporte no motorizado (56,6 %). Es un reparto modal que explica que los lugares donde se desarrollan las actividades cotidianas y familiares están más próximos al lugar de residencia. Una proximidad que a menudo es querida y escogida por la población. En cambio, el lugar donde se trabaja es más incierto y menos optativo, a menudo situado en los polígonos industriales de las periferias urbanas, donde el transporte colectivo es bastante deficiente. Por lo tanto, parece lógico que si las mujeres hacen más desplazamientos personales y los hombres hacen más ocupacionales, se justifique el hecho de que ellas realicen más desplazamientos a pie y ellos, en cambio, más desplazamientos en vehículo privado. Sin embargo, cuando solo se consideran los desplazamientos ocasionados por el trabajo y los estudios, las mujeres continúan siendo más usuarias del transporte público y también acostumbran a ir más a menudo a pie que los hombres. Así, el 43,8 % de los desplazamientos ocupacionales de las mujeres se efectúan en vehículo privado, mientras que los hombres lo usan en un 66 %. Lo mismo pasa con la movilidad peatonal, donde el peso de uso de la forma a pie y el transporte público en las mujeres crece aún más, hasta el 56,2 %. Los hombres también disminuyen en el número de movimientos hechos en vehículo privado, aunque continúan situándose por encima de los valores de las mujeres, con un 38 %.

Estas cifras expresan y reafirman algunas consideraciones ya mencionadas en los capítulos precedentes [de la publicación original]. El uso diferencial de los medios de transporte, especialmente entre no motorizado y público frente al privado, se debe no solo a las actividades en relación con el lugar donde se ejercen. Es más fácil, por ejemplo, ir a pie o en transporte público a comprar que no al trabajo, a que las localizaciones de uno y otro facilitan más o menos el uso de diferentes medios de transporte. Más allá de esto, la diferencia también radica en las condiciones de partida de un sexo y del otro. Como se ha mencionado hay elementos más estructurales que modulan estas diferencias como tener carné de conducir o no, la posibilidad de utilizar un recurso familiar de forma cotidiana, o tener más o menos tiempo para dedicar en desplazamientos, entre otras razones.

Aunque en todos los ámbitos territoriales de Cataluña, la mujer utiliza más la forma a pie y el transporte público, las diferencias entre sexos se ven condicionadas por las pautas de movilidad de cada uno de los ámbitos territoriales. Pautas que a la vez están determinadas por el nivel de oferta en transporte público.

Tabla 4. Ámbito territorial de residencia según la forma de transporte y el sexo

(Día laborable. Población a partir de 16 años)

	Ámbito de residencia	Hombre	Mujer	Total
Ámbito metropolitano	No motorizado	36,2%	49,0%	42,8%
	Transporte público	16,9%	22,7%	19,9%
	Transporte privado	46,8%	28,2%	37,3%
	Total	100%	100%	100%
Comarcas gerundenses	No motorizado	33,7%	46,0%	39,8%
	Transporte público	3,3%	4,1%	3,7%
	Transporte privado	63,0%	49,9%	56,5%
	Total	100%	100%	100%
Campo de Tarragona	No motorizado	37,1%	51,1%	44,1%
	Transporte público	4,6%	6,7%	5,6%
	Transporte privado	58,3%	42,2%	50,3%
	Total	100%	100%	100%
Tierras del Ebro	No motorizado	33,4%	49,3%	41,1%
	Transporte público	2,0%	3,0%	2,5%
	Transporte privado	64,6%	47,7%	56,5%
	Total	100%	100%	100%
Comarcas centrales	No motorizado	33,2%	48,3%	40,7%
	Transporte público	3,9%	5,0%	4,5%
	Transporte privado	62,9%	46,7%	54,8%
	Total	100%	100%	100%
Ámbio de Poniente	No motorizado	35,0%	54,1%	44,3%
	Transporte público	3,4%	6,7%	5,0%
	Transporte privado	61,6%	39,1%	50,7%
	Total	100%	100%	100%
Alto Pirineo-Arán	No motorizado	39,6%	56,5%	47,7%
	Transporte público	2,6%	3,0%	2,8%
	Transporte privado	57,8%	40,4%	49,5%
	Total	100%	100%	100%

Fuente: ATM, DPTOP y IERMB. Enquesta de mobilitat quotidiana de Catalunya 2006. Autoritat del Transport Metropolità i Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat de Catalunya.

Así, teniendo en cuenta que en Cataluña los residentes que más utilizan los medios de transporte público son los del Ámbito Metropolitano de Barcelona, justamente es la población femenina de la RMB (Región Metropolitana de

Barcelona) quien hace más uso del transporte público (22,7 %), y también es donde hay más oferta de este tipo de transporte. En cambio, en las comarcas gerundenses y en las Tierras del Ebro es donde se da un uso más elevado del vehículo privado y, en consecuencia, son las mujeres residentes en estos ámbitos las que más utilizan el vehículo privado en Cataluña.

UNOS TIEMPOS DE DESPLAZAMIENTOS DESIGUALES

Como ya se ha visto en el capítulo segundo de este libro [en referencia a la publicación original], el tiempo es una de las variables más importantes en cuanto a los desplazamientos de la población. El tiempo de la movilidad forma parte del tiempo social y es en relación con el tiempo dedicado a otras actividades cuando obtiene todo su valor. La EMQ06 permite analizarlo desde dos perspectivas, la del tiempo transcurrido en relación con la forma de transporte y los motivos, y la que indica el volumen de desplazamientos según las diferentes horas del día. El primero tiene un valor de cantidad de tiempo; el segundo, de la distribución horaria de la movilidad.

Los valores medios no son los que faciliten información de las diferencias de sexo. El tiempo medio de los desplazamientos por trayecto de los hombres y las mujeres no es especialmente desigual: los hombres utilizan un total de 22 minutos, mientras que las mujeres se sitúan por debajo de los 20 minutos de media. Estas medias cambian cuando se relacionan con los motivos y con las formas de transporte. La diferencia más notable se encuentra en la movilidad personal, donde los hombres tienen de media más de 20 minutos, y las mujeres no llegan a los 18 minutos. Unas cantidades que ponen de manifiesto que las mujeres realizan más actividades personales de tipo doméstico o familiar y que estas actividades las hacen más cerca de casa. Más interesante, en el sentido en que nos ofrece más información en cuanto a los matices de las peculiaridades de un sexo y del otro, es conocer cuál es la distribución de los desplazamientos según diferentes intervalos de tiempo. El *gráfico 1* muestra que los desplazamientos de las mujeres están localizados en los intervalos más cortos, entre los que no superan los 25 minutos, y los de los hombres, en los más largos, a partir del cuarto de hora y pasada la media hora. Y es especialmente relevante que el 25 % de los trayectos de las mujeres no superen los 5 minutos. Estos micro-desplazamientos informan cuantitativamente de la importancia de la proximidad en la vida cotidiana.

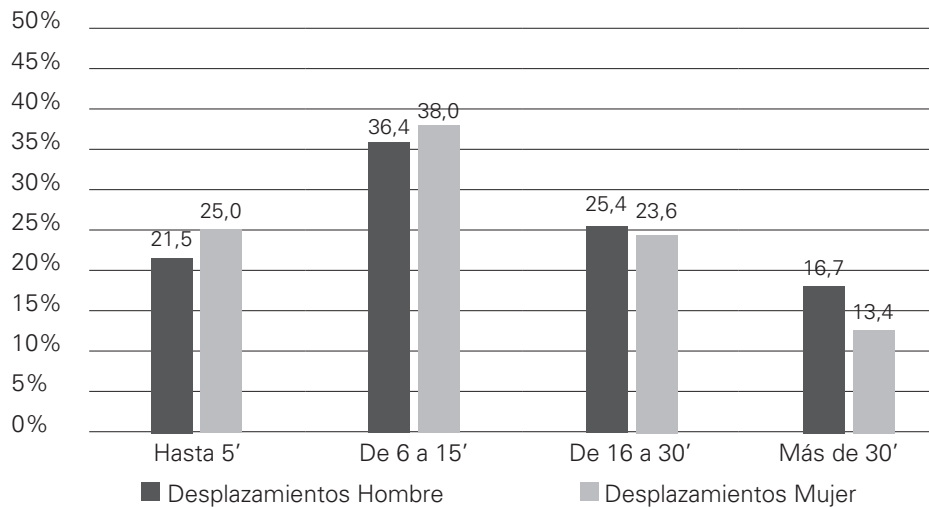
Unos desplazamientos de menos duración implican hacer unos movimientos de menos distancia y de carácter urbano. Obviamente, este tipo de movimientos se hacen en el ámbito cercano o de barrio, y se relacionan en muchos casos con la movilidad personal (especialmente las compras cotidianas, acompañar a otras personas o hacer gestiones personales) en la medida que, en general, la duración media de los desplazamientos por motivos ocupacionales acostumbra



a ser ligeramente superior a la de los desplazamientos personales. Si por un lado las mujeres realizan más desplazamientos de carácter intramunicipal,³ es decir, en los hombres se hace a través de unas pautas mucho más lineales y homogéneas a lo largo del día, cosa que puede indicar las entradas y salidas del trabajo, correspondientes a los diferentes turnos, y a la vez una participación más baja en los desplazamientos motivados por compras y gestiones personales.

Gráfico 1. Distribución desplazamientos según intervalos de tiempo y el sexo

(Día laborable. Población a partir de 16 años)



Fuente: ATM, DPTOP y IERMB. *Enquesta de mobilitat quotidiana de Catalunya 2006*. Autoritat del Transport Metropolità i Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat de Catalunya.

Si por un lado las mujeres realizan más desplazamientos de carácter intramunicipal,³ es decir, en el municipio donde se reside, y a la vez hacen más desplazamientos de carácter personal, esto implica que las mujeres hacen más desplazamientos de menor duración. La distribución modal —qué medio de transporte se utiliza y el tiempo medio para cada desplazamiento también es un buen indicador de las sutiles y no tan sutiles diferencias por razón de género. En general, se puede afirmar que la forma de transporte utilizada influye en la duración de los desplazamientos, y que los realizados en transporte público son los que tienen una duración media más elevada (38,6 minutos). En este sentido

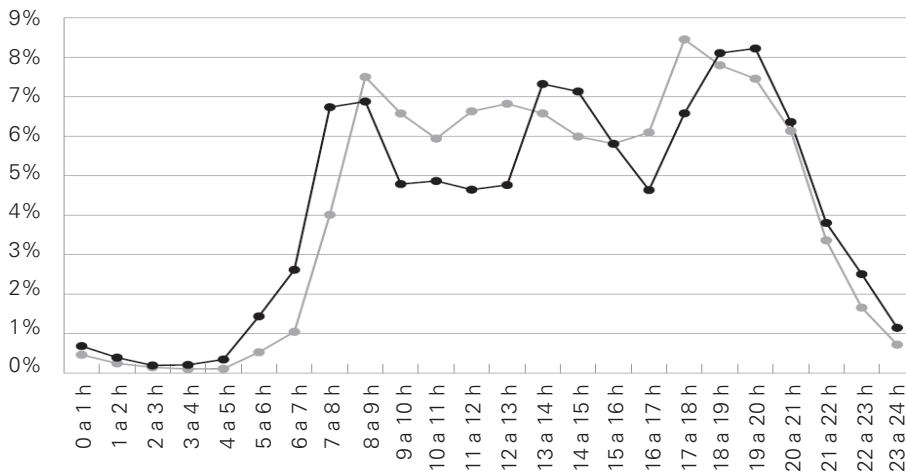
³ En relación con el origen y la destinación de los desplazamientos, estos se pueden dividir en intramunicipales (dentro el mismo municipio) e intermunicipales (con destino a un municipio diferente del de origen). El porcentaje de los primeros sobre el total de desplazamientos es la autocontención municipal. Como consecuencia, las mujeres presentan un índice de autocontención municipal del 72,9 % situado en más de 10 puntos por encima de los hombres (61,3 %).

y teniendo en cuenta que las mujeres son más usuarias del transporte público, sus desplazamientos quedan penalizados en tiempo.

Otro elemento por destacar es la distribución de los desplazamientos a lo largo de un día laboral. Aunque en la actualidad los conceptos de hora punta y hora valle tienden a perder utilidad, en términos generales y para el conjunto de la población los desplazamientos en día laborable se concentran entre las 8 y las 9 de la mañana, entre las 14 y las 15 del mediodía y entre las 17 y las 20 de la tarde. La distribución según el sexo muestra como, en la mañana, en el inicio de las actividades cotidianas, las mujeres tienen un decalaje respecto a los hombres. Podríamos decir que es a partir de las 8 de la mañana que la población femenina empieza los desplazamientos, mientras que los hombres lo hacen a partir de las 7 de la mañana. La distribución horaria de los desplazamientos de los hombres se hace a través de unas pautas mucho más lineales y homogéneas a lo largo del día, cosa que puede indicar las entradas y salidas del trabajo, correspondientes a los diferentes turnos, y a la vez una participación más baja en los desplazamientos motivados por compras y gestiones personales.

Gráfico 2. Distribución horaria de los desplazamientos según el sexo

(Día laborable. Población a partir de 16 años)



QUÉ PIENSAN, ELLAS Y ELLOS, DE LOS DESPLAZAMIENTOS

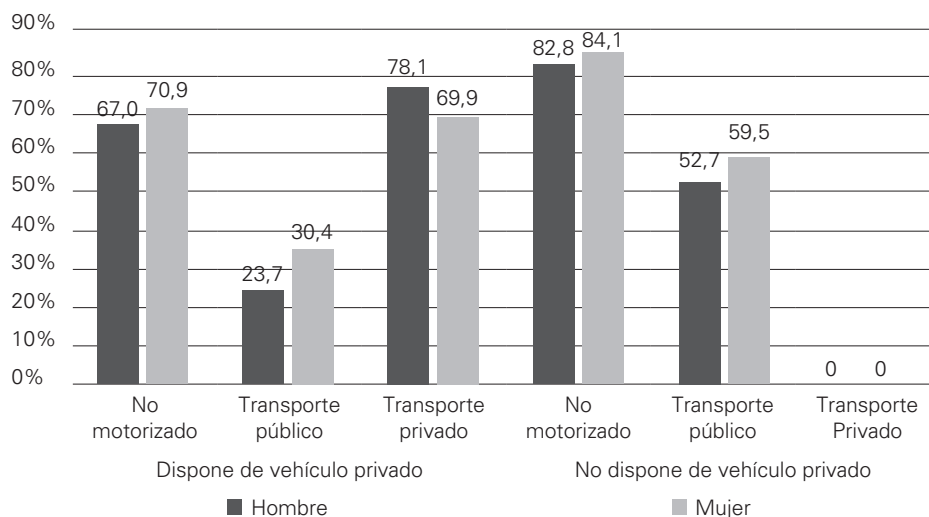
En la dimensión subjetiva de la movilidad, una vertiente importante es la detección de cuál es el medio de transporte que la ciudadanía considera que utilizan más, y así se les clasifica según sean no usuarios, usuarios esporádicos o usuarios habituales.

Entre el 70 y el 75 % de los hombres y las mujeres se declaran usuarios frecuentes de los medios no motorizados, especialmente de ir a pie. Si estas cifras se comparan con las que realmente se observan, en los hombres un 35 % del total de sus desplazamientos se ve como la percepción o la voluntad de ir a pie y en bicicleta es mucho más alta que la realidad. Siguiendo con lo que ya se ha visto antes, los hombres se declaran, con un 60 %, usuarios habituales del transporte privado, y las mujeres, tan soloso en un 32 %. Respecto al transporte público, casi el 40 % de las mujeres se declaran usuarias habituales, frente a un 30 % de los hombres. Las diferencias más acusadas se dan en la declaración del autobús urbano y en el coche como conductor. En el primer caso las mujeres declaran que son significativamente más usuarias, mientras que en el caso del coche conductor son los hombres los que predominan como usuarios habituales.

Por otro lado, el hecho de que los ciudadanos y ciudadanas dispongan de un vehículo privado comporta lógicamente una tendencia más acusada a ser usuario habitual de los medios privados. Aun así, en el *gráfico 3* se constata que cuando las mujeres disponen de un vehículo privado obtienen unos porcentajes más bajos en su uso habitual. El hecho de disponer de un vehículo en el caso de los hombres comporta usarlo más a menudo que en las mujeres, ya que la disponibilidad del coche como recurso familiar es más acusada en los hombres.

Gráfico 3. Nivel de uso de las formas de transporte según disposición de vehículo privado y el sexo

(Día laborable Población a partir de 16 años)



Fuente: ATM, DPTOP y IERMB. Enquesta de mobilitat quotidiana de Catalunya 2006. Autoritat del Transport Metropolità i Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat de Catalunya.

Estas valoraciones diversas de los medios de transporte para sexos se han ido viendo repetidamente a lo largo de las diferentes consultas que se han hecho a la población. Así, una de las primeras diferencias es que en las preguntas sobre transporte colectivo, los hombres entrevistados señalan más respuestas del tipo “no lo sabe, no contesta” o “este tipo de transporte no existe en mi barrio”. En cambio, las mujeres se inclinan más por responder que los servicios están y a la vez los valoran de manera más negativa que ellos. Estas diferencias en las respuestas son indicativas de la diferencia de uso de unos y otros; mientras que ellas como usuarias más frecuentes de estos servicios pueden valorar más exactamente la situación, ellos, como no los usan, sencillamente dicen que no los hay.



¿Qué aporta la perspectiva de género al urbanismo?

Col·lectiu Punt 6



Col·lectiu Punt 6 (2004) es una cooperativa de arquitectas, sociólogas y urbanistas de procedencias diversas. Desde el 2005 trabajan en talleres, creación de guías, trabajos de docencia, desarrollo de investigaciones, consultorías urbanas, auditorías y muchos proyectos, acciones y actividades, con un único objetivo: lograr que las ciudades sean más inclusivas y que las personas que las habitan se conviertan en las especialistas de los espacios que les rodean. Han realizado diversas publicaciones sobre urbanismo inclusivo. En 2019 publican el libro *Urbanismo feminista*.

Fragmento seleccionado de Col·lectiu Punt 6 (2011). “¿Qué aporta la perspectiva de género al urbanismo?”. *Feminismo/s*, nº. 17 (pp. 105-129). <<https://doi.org/10.14198/fem.2011.17.06>>

¿Qué significa un urbanismo con perspectiva de género? ¿Cómo hacer planificación urbanística y proyectos urbanos que tengan en cuenta la perspectiva de género? Habitar es mucho más que la sumatoria de la residencia, el trabajo, las tareas del hogar, el ocio, el transporte, la educación, la cultura, los deportes y la sanidad. Habitar es poder desarrollar las diferentes esferas de la vida en igualdad de oportunidades, con intensidad e integridad. Por ello consideramos necesario pensar y, sobre todo, repensar las ciudades y los barrios guiados por esta idea. Poner en primer plano la vida y las necesidades de las personas es una tarea compleja, no exenta de complicaciones.

Por lo tanto, ¿qué significa repensar un barrio con perspectiva de género?

¿Significa trabajarla solo para las mujeres, es decir, en oposición a la de los hombres? No; se trata de pensar un barrio y una ciudad con todos sus detalles y a través de todas las escalas desde la complejidad y la diversidad, sin dar prioridades exclusivas a consideraciones económicas alejadas de las personas. Se trata de construir, o reconstruir, barrios que no perpetúen las diferencias y las desigualdades de género, clase, raza o edad. Se trata de ponerse las gafas lila¹ y volver a estudiar, analizar y registrar la realidad para conseguir entornos urbanos más adecuados.

El objetivo del urbanismo debería ser poder disfrutar de ciudades inclusivas que tengan en cuenta la diversidad real que caracteriza a los espacios urbanos, y así poder hacer posible que el derecho a la ciudad sea un derecho humano para todas las personas. ¿Qué quiere decir hoy el derecho a la ciudad? ¿Es todavía vigente denominar de manera universal los sujetos de derecho? ¿Puede existir el sujeto universal como homogeneizador de las necesidades, derechos y voluntades?

¿Es aceptable que el sujeto universal, enmascarado en el masculino, englobe de manera genérica hombres y mujeres? Los espacios físicos condicionan el derecho a la ciudad, entendida según el artículo I de la Carta Europea de Salvaguarda de los Derechos Humanos en la Ciudad como espacio colectivo que pertenece a todos los habitantes, los cuales tienen derecho a encontrar las condiciones para su realización política, social y ecológica, asumiendo deberes de solidaridad.

La universalidad esconde el sujeto real de derecho, que es quien ha conformado con sus necesidades la falsa neutralidad. Según Cristina Carrasco,² el universalismo es una forma de enmascarar que el sujeto de los derechos de ciudadanía es masculino. El problema de fondo es que la ciudadanía, y por lo tanto el

1 Gemma Lienas (2001). *El diari lila de la Carlota*. Barcelona: Editorial Empúries.

2 Cristina Carrasco; Mònica Serrano (2006.). *Compte satèl·lit de la producció domèstica (CSPD) de les Ilars de Catalunya 2001*, col·lecció Estudi 1, Institut Català de les Dones, Generalitat de Catalunya, octubre.

derecho a la ciudad y las prioridades en la definición de esta, se ha construido tomando como referencia el mundo público, la participación en el mercado y los espacios asignados a los hombres. El espacio doméstico-femenino-no está incluido en la categoría de ciudadanía. Pero, como dice Anna Bofill:

La gestión de la vida cotidiana no se produce solamente en el interior de las paredes que conforman la vivienda. Es también un conjunto de actividades, comportamientos, sensaciones y experiencias que se producen en el espacio público, en el espacio hasta ahora considerado masculino.³

Hay que reconocer la importante aportación a la economía y la sociedad de las tareas de atención y cuidados, tanto físicos como psíquicos, tradicionalmente asignadas a las mujeres, contribuciones que no han sido reconocidas. El urbanismo y la planificación tienen que considerar las necesidades derivadas de estas tareas como puntos imprescindibles para diseñar una ciudad inclusiva.

Hay que prescindir de falsas mitificaciones que quieren construir un pasado idílico de personas iguales y asumir la complejidad de la realidad que vivimos a comienzos del siglo XXI. Como dice Saskia Sassen, la ciudadanía no siempre aporta cumplidos e iguales derechos a todas las personas. A pesar del reconocimiento formal de la igualdad, miembros de grupos oprimidos por razones de etnia, religión, género u orientación sexual se enfrentan de forma cotidiana a diferentes formas de exclusión que los imposibilitan de la plena participación en la vida pública.

APLICAR LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL URBANISMO

La perspectiva de género aplicada al urbanismo significa poner en igualdad de condiciones las exigencias derivadas del mundo productivo y las derivadas del mundo reproductivo, es decir, las necesidades cotidianas de atención a las personas. Los dos mundos tienen que situarse en el mismo nivel de importancia en las decisiones para evitar ampliar o mantener las diferencias.

Cuando analizamos la ciudad como un todo, en una escala lejana, obtenemos datos de distribución de los equipamientos, de transportes, de conectividad y accesibilidad, así como las posibilidades de relación entre áreas, etc. Estos datos siempre se tienen que confirmar desde la proximidad. La cuantificación numérica y las proporciones según las necesidades de equipamientos y áreas verdes son un primer peldaño en la planificación y la organización territorial. Aun así, una vez hemos cumplido y demostrado que numéricamente se resuelven todas las necesidades, tenemos que acercarnos y entender cada uno de estos elementos dentro del funcionamiento de las redes cotidianas. La creación de

3 Anna Bofill Levi (2005). "Planejament urbanístic, espais urbans i espais interiors des de la perspectiva de les dones". *Quaderns de l'Institut / 6*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, Institut Català de les Dones, Departament de Política Territorial i Obres Públiquesp. 30.

sectores de suelo, de polígonos no cualificados que esperan la construcción de los equipamientos u otros servicios no son mecanismos suficientes para garantizar el desarrollo de la vida cotidiana de las personas.

Los equipamientos se tienen que entretrejer con los recorridos de cada día, es decir, no se tienen que colocar en los límites de las áreas urbanizadas puesto que generaran calles sin vida y con falta de seguridad. Con la expulsión de los equipamientos a las afueras de nuestras ciudades perdemos una de las máximas ventajas de la mezcla y la proximidad: conseguir que los recorridos representen tiempos útiles. Es decir, poder utilizar el tiempo eficientemente si los diversos itinerarios cotidianos nos permiten satisfacer las necesidades cotidianas. En cambio, el uso del tiempo no es eficiente cuando cada recorrido es exclusivo para una función.

En la ciudad lo mejor que puede pasar es la “promiscuidad” de funciones, es decir, hacer una planificación que nos permita la mezcla de usos, no solo en parcelas contiguas sino en las mismas parcelas. La ciudad tiene que ser como una cebolla con miles de hojas iguales y diferentes a la vez: iguales en relevancia e imprescindibilidad y diferentes en los usos, en los usuarios y usuarias y en los tiempos de utilización, de este modo garantizaremos, como diría Jane Jacobs,⁴ una danza urbana constante.

La perspectiva de género aplicada al urbanismo se entiende desde la experiencia y, por lo tanto, la escala próxima, pero esto no excluye la lectura analítica de la estructura general, que nos permitirá hacer recomendaciones en otros momentos de la planificación, más generales y lejanos, como puede ser un plan general.

No tenemos que olvidar que muchas decisiones quedan hipotecadas en esta etapa de la planificación donde las personas son, en el mejor de los casos, datos estadísticos incompletos porque no tenemos suficientes datos segregados o porque estas se basan en áreas censales que distorsionan la distribución territorial de las personas y, por lo tanto, de las necesidades.

La planificación urbana tendría que enfocarse de forma que nos permita hacer un constante trabajo transversal, transescalar e interdisciplinario. Transversal entre las personas profesionales que trabajan y entre las áreas del mismo ayuntamiento, otras instituciones y también poblaciones implicadas, es decir, transversalidad vertical y horizontal.

Transescalar significa trabajar verificando las propuestas siempre desde la proximidad. Los departamentos de urbanismo y vivienda deciden las formas, esto significa un gran poder y una gran responsabilidad; a pesar de esto hay que tener

4 Jane Jacobs (1967). *Muerte y Vida de las grandes ciudades*. Barcelona: Edicions 62.

en cuenta que el conocimiento urbano es compartido pero diferente en las diferentes áreas de trabajo y conocimiento.

En la sociedad actual, los roles de género tienden a difuminarse y las tareas asignadas tradicionalmente a las mujeres dejan de ser exclusividad suya. Sin embargo, en el proyecto urbano, las decisiones sobre las viviendas y los equipamientos (horarios, características, localización, etc.) se siguen pensando desde la división de roles, como si existiera una persona que tuviera un horario liberado para dedicarlo a la atención a las personas dependientes o para el cuidado del hogar.

La Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres, llamada ley de igualdad, ha sido redactada para hacer posible el derecho a la igualdad real entre mujeres y hombres, el cual ya se proclama en el artículo 14 de la Constitución española y es un principio jurídico universal reconocido en varios textos internacionales sobre derechos humanos, y así se recoge en el preámbulo de dicha ley:

El pleno reconocimiento de la igualdad formal ante la ley, a pesar de haber comportado, sin duda, un paso decisivo, ha resultado insuficiente. La violencia de género, la discriminación salarial, la discriminación en las pensiones de viudedad, el hecho que haya más desocupación femenina, la todavía escasa presencia de las mujeres en lugares de responsabilidad política, social, cultural y económica, o los problemas de conciliación entre la vida personal, laboral y familiar, demuestran que la igualdad plena, efectiva, entre mujeres y hombres, la “perfecta igualdad que no admite poder ni privilegio para unos ni incapacidad para otros” en palabras escritas por John Stuart Mill hace casi 140 años, hoy todavía es una tarea pendiente que necesita nuevos instrumentos jurídicos.

Como la Ley busca la prevención, entiende que la construcción del medio que habitamos no es neutral, por eso hace referencia al impacto de género de diferentes actuaciones de relevancia económica, social, cultural y artística. Con anterioridad a esta Ley, en las disposiciones adicionales del Decreto Legislativo 1/2005, de 26 de julio, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de urbanismo,⁵ la disposición adicional decimocuarta lleva como título “Incorporación de la perspectiva de género” y dice:

El Departamento de Política Territorial y Obras Públicas tiene que incorporar la perspectiva de género en el desarrollo de esta Ley para garantizar la promoción de la representación paritaria en la composición de los órganos urbanísticos colegiados y de la evaluación del impacto de la acción urbanística en función del género.

5 Texto refundido de la Ley de urbanismo y de su Reglamento aprobado por el Decreto 305/2006, de 18 de julio.

La Ley de igualdad también determina en su articulado una serie de cuestiones que pueden ser de gran utilidad para confirmar la pertinencia de llevar a cabo un urbanismo que incorpore la perspectiva de género como herramienta esencial. Lo encontramos en el artículo 20, Adecuación de las estadísticas y estudios; el artículo 22, Acciones de planificación equitativa de los tiempos, y, especialmente, el artículo 31, Políticas urbanas, de ordenación territorial y vivienda. En resumen:

1. Las políticas y los planes de las administraciones públicas en materia de acceso a la vivienda tienen que incluir medidas destinadas a hacer efectivo el principio de igualdad entre mujeres y hombres. Del mismo modo, las políticas urbanas y de ordenación del territorio tienen que tener en consideración las necesidades de los diferentes grupos sociales y de los varios tipos de estructuras familiares, y favorecer el acceso en condiciones de igualdad a los diferentes servicios e infraestructuras urbanas.
2. El Gobierno, en el ámbito de sus competencias, tiene que fomentar el acceso a la vivienda de las mujeres en situación de necesidad o en riesgo de exclusión, y de las que hayan sido víctimas de la violencia de género, especialmente cuando, en los dos casos, tengan hijos menores exclusivamente a su cargo.
3. Las administraciones públicas tienen que tener en cuenta en el diseño de la ciudad, en las políticas urbanas, en la definición y ejecución del planeamiento urbanístico, la perspectiva de género, utilizando para hacerlo, especialmente, mecanismos e instrumentos que fomenten y favorezcan la participación ciudadana y la transparencia.

RECOMENDACIONES PARA LA APLICACIÓN DE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Las recomendaciones se basan en la convicción de la necesaria incorporación de la perspectiva de género en el conocimiento de los mecanismos de la planificación y los proyectos de urbanización, así como en la observación de las características físicas y sociales para lograr el cumplimiento efectivo de la Ley orgánica 3/2007 según la cual:

La mayor novedad de esta Ley radica, con todo en la prevención de estas conductas discriminatorias y en la previsión de políticas activas para hacer efectivo el principio de igualdad. Esta opción implica necesariamente una proyección del principio de igualdad sobre los diversos ámbitos del ordenamiento de la realidad social, cultural y artística en que se pueda

generarse o perpetuarse la desigualdad. De aquí la consideración de la dimensión transversal de la igualdad, seña de identidad del moderno derecho antidiscriminatorio, como principio fundamental de este texto.

La Ley se refiere a la generalidad de las políticas públicas en España, tanto estatales como autonómicas y locales:

Artículo 15. Transversalidad del principio de igualdad de trato entre mujeres y hombres.

El principio de igualdad de trato y oportunidades entre mujeres y hombres tiene que informar, con carácter transversal, la actuación de todos los poderes públicos. Las administraciones públicas lo tienen que integrar, de forma activa, en la adopción y ejecución de las disposiciones normativas, en la definición y presupuestos de políticas públicas en todos los ámbitos y en el desarrollo del conjunto de todas las actividades.

Un análisis diferenciado e integrado

La legislación urbanística divide la problemática del territorio según escalas, segregando problemas y necesidades que tendrían que plantearse en conjunto. Es imprescindible intervenir en esta división puesto que las relaciones y actividades cotidianas no se encuentran segregadas en la vida de las personas, especialmente en la vida de las mujeres, en quienes recae todavía de manera mayoritaria la responsabilidad de hacer encajar esferas y tiempos diferentes. Según la encuesta demográfica del 2007, en Cataluña⁶ el 47 % de las mujeres asume la práctica totalidad de los trabajos no remunerados del hogar mientras que el porcentaje de hombres que se responsabilizan de casi todos los trabajos domésticos es solo del 8,8 %. Los porcentajes de no participación en el cuidado de los hijos en el hogar son más altos en hombres (23,9 %) que en mujeres (9,4 %). La atención compartida de las criaturas es la situación más frecuente, de forma que en torno al 43,5 % de los hombres y de las mujeres dicen repartir el trabajo de cuidar los niños y niñas con al menos otra persona del hogar. Un 38,6 % de las mujeres asume en su práctica totalidad el cuidado de las criaturas, lo cual indica que conviven con personas que no participan o que tienen una mínima participación en los trabajos de atención a los pequeños de la casa, incluyendo también las situaciones de familias monoparentales, que representan el 19 % de los núcleos con hijos. En el 85 % de los núcleos monoparentales la persona progenitora presente es la madre.

La segregación de decisiones según la escala de trabajo ha generado una falta de coherencia en muchos territorios que se manifiesta especialmente en los

6 <<http://www.idescat.cat/cat/idescat/serveis/premsa/ed2007ds.pdf>> Consultado el 07-02-2011.

barrios y en sus entornos, en la falta de redes de proximidad para el desarrollo de la vida cotidiana.

Por eso, la aplicación de la perspectiva de género en los proyectos urbanos necesita como punto de partida una nueva forma de análisis, diferente a las empleadas habitualmente. Este análisis tiene que introducir de una forma exhaustiva criterios físicos y sociales en todas las escalas y fases del planeamiento de manera transversal. No se puede entender y estudiar un territorio o un entorno específico sin entender y estudiar las personas que viven en él, sus especificidades y sus necesidades diversas.

Aunque estudiamos el detalle no se pueden dejar de atender las consecuencias que repercuten en el entorno próximo y más amplio, y a la inversa, el planeamiento general tiene que atender a la particularidad de cada calle y de cada línea que se dibuja. Por lo tanto, es necesario un análisis diferenciado de cada circunstancia o problema a resolver en cada proyecto, pero es fundamental que estén integrados, es decir, que cada variable esté entrelazada con el resto.

El cambio fundamental que propone la aplicación de la perspectiva de género en la construcción de las ciudades y los pueblos es priorizar los seres humanos concretos y sus necesidades en todos los niveles de planeamiento, teniendo como objetivo principal hacer barrios y ciudades con redes adecuadas para la vida cotidiana de todas las personas que conviven en un territorio.

Variables de análisis de la realidad

El entorno cotidiano es un complejo tejido de variables. Para poder facilitar el estudio de esta red las hemos dividido en seis.⁷ Los espacios públicos o de relación, los equipamientos, la movilidad y la vivienda son las variables que definen el apoyo físico sobre el cual se desarrolla la red cotidiana. La participación y la seguridad son conceptos que influirán a su vez en la definición física. Las seis variables no pueden entenderse sino como temas a trabajar necesariamente de manera transversal.

Espacios públicos de relación

Los espacios de relación pensados para la equidad de género favorecen la autonomía y la socialización de las personas puesto que han sido pensados priorizando en su diseño y trazado las necesidades de mujeres y hombres.

7 Zaida Muxí Martínez y COL·LECTIU PUNT 6; *Recomanacions per la implementació de polítiques de gènere a l'urbanisme*. Entidad financiadora: Institut Català de les Dones, expediente U-62/06. Convenio de colaboración con la Universitat Politècnica de Catalunya, grupo de investigación I-00868. 2006-2007.

Para conseguirlo son imprescindibles estos elementos: aceras anchas y activas que favorezcan la realización de diferentes actividades, con diferenciación de materiales, colores y texturas en los cambios de nivel; alcorques al mismo nivel de la acera; barandillas y rampas en las zonas con pendiente; pasos de peatones muy diferenciados y con semáforos que tengan en cuenta los tiempos lentos; bancos con sombras que generen zonas de descanso en los recorridos urbanos y en las áreas de estancia; espacios intermedios de relación entre los interiores y exteriores; señalización que facilite la orientación, la identificación y la apropiación. Se tienen que trabajar los espacios de relación de manera inclusiva, pensando en todas las edades y condiciones de las personas que lo usarán, incorporando espacios específicamente pensados para grupos concretos de usuarios y usuarias.

El reconocimiento de la importante tarea de las mujeres en la sociedad tiene que hacerse visible en el espacio público y uno de los mecanismos más inmediatos para conseguirlo es denominarlos en femenino, es decir, dar a los parques, plazas y calles nombres de mujeres y explicar cuál fue su aportación a la sociedad. Tal como señala el *Manual práctico para una señalización urbana igualitaria*⁸ de la Federación Española de Municipios y Provincias, se tienen que trabajar las señalizaciones urbanas para hacer visible la igualdad de hombres y mujeres en el derecho a la ciudad y a sus espacios públicos. La carencia de figuras femeninas en las señales es una dimensión más que nos revela que, bajo la apariencia de universalidad en la concepción de la ciudad, hay un orden androcéntrico que se reproduce con la falsa neutralidad.

Equipamientos y servicios

La oferta de equipamientos se amplía cuando la sociedad en la que se inscriben reconoce, asume y valora el trabajo derivado de los roles de género. El espacio de los equipamientos necesita entretenerse al espacio público de la ciudad con la máxima permeabilidad y flexibilizando su utilización para maximizar la utilización de los espacios. Su distribución en el territorio en relación con los usos y las redes de movilidad garantiza la calidad de vida, porque los convierte en estrategias para fomentar redes sociales, generar intercambio de servicios y posibilitar diferentes tiempos de uso acercando su funcionamiento a la complejidad de la vida cotidiana.

Movilidad

La oferta de medios de transporte y las características de los espacios soportes de la movilidad determinan formas y calidades de vida. La movilidad ha de

8 <http://femp.femp.es/files/566-187-archivo/Manual%20pr%C3%A1ctico%20para%20una%20se%C3%B1alizaci%C3%B3n%20igualitaria.pdf> Consultado el 09-12-2021.

ofrecer la máxima cantidad de variedad de opciones privilegiando los recorridos peatonales que se apoyan en un tejido urbano funcionalmente variado.

Los transportes públicos tienen que dar respuesta a la variedad de horarios del mundo reproductivo que genera recorridos no lineales ni uniformes.

Se debe pensar la movilidad respondiendo a la diversidad y a la seguridad en todos sus aspectos, para facilitar la planificación de todas las actividades de la vida cotidiana y haciendo posible la igualdad de oportunidades en el acceso a la ciudad.

Vivienda

El espacio representa los valores sociales que lo han creado, por ello las viviendas han de reconocer las tareas de cuidado del hogar y las personas dándoles un espacio. Las tareas del hogar han de ser compartidas, no se deberían esconder ni dejar la responsabilidad de las mismas en una sola persona. Es necesario aprovechar los edificios de viviendas para generar espacios de relación entre vecinos, haciendo un uso compartido de servicios y construyendo espacios de tránsito entre lo privado y lo público. Es importante que en las plantas bajas se ofrezcan actividades variadas en relación directa con el espacio público favoreciendo la seguridad del mismo.

Seguridad

La percepción de seguridad está vinculada a la capacidad de las mujeres de apropiarse del espacio adquiriendo autonomía. Entre los factores espaciales que colaboran en la percepción de seguridad están la visibilidad, la claridad y alternativa de recorridos, la variedad de usos y actividades y la presencia de gente diversa. Para favorecer el sentimiento de pertenencia y seguridad en los espacios públicos se tiene que cuidar especialmente la iluminación de los espacios para peatones y se han de evitar muretes, vallas y escaleras que generen rincones de difícil accesibilidad y escondidos. Todos los estudios sobre seguridad realizados, tanto en el ámbito local como mundial, nos hablan de una percepción de miedo más importante por parte de las mujeres que de los hombres. Según estudios hechos en Gran Bretaña, la sensación de inseguridad que sufren las mujeres hace que muchas eviten salir por la noche, que modifiquen su recorrido a pie por la ciudad:

[...] estadísticamente las mujeres son generalmente más pequeñas y menos fuertes que los hombres. Las mujeres son las acompañantes de gente mayor o criaturas dependientes lo que hace que sus movimientos estén más restringidos [...] las mujeres tienen menos acceso al vehículo privado, y en general cargan con las compras [...] Las circunstancias que hacen que

las mujeres tengan miedo a los espacios públicos en orden de importancia estadística son: la poca luz, la oscuridad, los jóvenes, los hombres solos, las drogas y el alcohol, el vandalismo, el encontrarse perdida, los perros y los medios de comunicación [...].⁹

Participación

La participación es imprescindible para comprender y visibilizar lo que ocurre en un espacio, para poner sobre el papel todo el conocimiento que acumula una comunidad sobre su propio territorio y, concretamente, la experiencia de las mujeres en su vida cotidiana. Entendemos la participación como un proceso interdisciplinar y transversal, que es necesario que esté presente y sea vinculante desde la diagnosis de la planificación urbanística a la evaluación de la misma.

PARTICIPACIÓN DESDE LA EXPERIENCIA: LA EXPERIENCIA DE LAS MUJERES COMO CONOCIMIENTO URBANO

Entendemos que cualquier intervención en el territorio se tiene que hacer con la participación de las personas que viven en él, que además serán usuarios del espacio resultante. La participación de la ciudadanía en las cuestiones urbanas significa la implicación y la corresponsabilidad en el devenir del entorno que habitan y aumenta el sentimiento de pertenencia al lugar. La experiencia de las mujeres en la ciudad no ha sido tenida en cuenta como conocimiento dentro de la planificación y el proyecto urbano. El rol del género femenino ha abocado históricamente a las mujeres, y todavía hoy en día a una mayoría, a la realización casi exclusiva de las tareas derivadas del cuidado y atención de los hogares y las personas. Las tareas derivadas del trabajo reproductivo han provocado que las mujeres utilizaran los barrios y las ciudades de forma diferente a la establecida puesto que para los planificadores este conocimiento ha sido invisible o inexistente.

Hoy en día, por ejemplo en Cataluña, las mujeres siguen realizando un 70 % de los trabajos derivados del hogar y la familia, a pesar de que la incorporación al mercado laboral remunerado ha llegado a cotas similares a las masculinas. Estas actividades han dado a la mujer un conocimiento diferencial, un conocimiento no tenido en cuenta hasta hoy. Esto lo hemos podido comprobar en los resultados

9 Women's Design Service in collaboration with Anne Thorne Architect's Partnership. *What to Do About Women's safety in Parks*. From A to Y. Londres: Women's Design Services, 2007, pp. 7, 18-19.

de más de 80 talleres enmarcados en *La experiencia de la mujeres en el entorno cotidiano*,¹⁰ realizados en los últimos 6 años.

Para poder conocer las experiencias múltiples de las mujeres —múltiples en cada una de ellas y múltiples en la diversidad del grupo— es necesario extraer esta experiencia como dato, como por ejemplo, realizando talleres de participación con los diferentes grupos femeninos que habitan el territorio sobre el cual se trabajará.

Como exponen Susan Fainstein y Lisa Servon:

Para la mayor parte de la historia de la planificación urbana las diferencias de género han sido invisibles. [...]La utilización del género como categoría de análisis nos permite deshacer los supuestos que han marcado la teoría y la práctica. Como resultado podemos cuestionar y modificar estos supuestos y alterar la manera que teoría, decisiones y políticas se hacen, para alcanzar y considerar un amplio rango de conocimiento. Para lo cual es necesario hacer diferentes grupos de preguntas, ampliando el rango de métodos que usamos y revaluando el tipo de información que incluimos en el análisis.¹¹

No hay duda que los procesos de participación son un paso adelante imprescindible en la democratización de la sociedad. Y es dentro de estos procesos que se tiene que trabajar especialmente con las mujeres. Esta exclusividad está justificada al reconocer la situación de invisibilidad vivida por ellas que les ha traído una falta de seguridad en el autoconocimiento, y, por lo tanto, se hace difícil la participación en igualdad de condiciones cuando el grupo es mixto. Es por este motivo que, a pesar de que en etapas más avanzadas del proceso se reúnen grupos mixtos, es necesario el trabajo en exclusividad solo con mujeres para generar la confianza necesaria en su conocimiento sobre el hecho urbano.

Si los habitantes de un determinado lugar tienen un saber difícilmente alcanzable exclusivamente desde la observación exterior y los planos, este se hace todavía más evidente cuando son las mujeres quienes participan. Sus experiencias reúnen las de otros grupos, debido precisamente a que son y han sido ellas las encargadas de las personas que necesitan atenciones especiales.

En términos generales un proceso de participación comporta el aprendizaje, la sensibilización y la toma de conciencia crítica para cuestionar el modelo impe-

10 El taller *La experiencia de las mujeres en el entorno cotidiano*, dinamizado por las autoras de este artículo, forma parte de las Herramientas de participación que el Institut Català de les Dones ofrece a las asociaciones y entidades de mujeres en Cataluña desde el año 2005.

11 Susan Fainstein y Lisa Servon (ed.) (2007).). *Gender and Planning: A Reader*. *Journal of the American Planning Association*, pp. 1 y 4.

rante tanto por parte de la ciudadanía como de técnicos, técnicas, y políticos y políticas. Un proceso de participación tiene que tener objetivos estratégicos, transversales y a largo plazo.

METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS URBANO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Diversos autores y autoras han discutido intensamente durante años sobre la existencia de una metodología propia feminista, sobre si las investigaciones y trabajos que se enmarcan dentro de la teoría feminista utilizan una metodología particular o no. En este artículo no se quiere entrar en este debate, sin embargo, lo que parece evidente es la existencia de unas características específicas cuando se trabaja aplicando la perspectiva de género.

La primera de estas características sería el uso del género como categoría analítica básica, que traspasa el planteamiento teórico del trabajo y se introduce en el diseño metodológico del mismo. Usar la categoría de género obliga a adaptar la metodología de manera que sea capaz de recoger la diversidad de experiencias y necesidades de la población.

La filósofa Sandra Harding, citada por María Prats,¹² ha sido una de las autoras que ha tomado parte en estas discusiones, y aunque defiende que no existe un método propio feminista, reconoce las características metodológicas de la investigación sobre género. Por ejemplo, el hecho de que los problemas se plantean desde la perspectiva de la experiencia de las mujeres o el hecho de que se tenga en cuenta el contexto social en el que se realiza la investigación.

Tener en cuenta la experiencia y realidad particular de las mujeres es importante por ejemplo cuando se realizan trabajos participativos, donde para que sea posible la participación en igualdad de condiciones, además de atender las diferentes disponibilidades horarias, tienen que existir facilidades para las personas responsables del cuidado y atención de las personas dependientes.

Otra particularidad de aplicar metodología con perspectiva de género tiene que ver con que la finalidad última de los trabajos va dirigida a influir en el cambio de las relaciones de género. Esta implicación política de los trabajos

tiene una repercusión directa en la manera en la que se utiliza la metodología y los resultados que se quieren obtener de ella. Este posicionamiento político teórico desde la fase inicial del trabajo hace que en ocasiones estos trabajos sean tildados de sesgados y poco rigurosos. Estos calificativos podrían entenderse

12 María Prats Ferret (1998). "Geografía feminista i metodologia: Reflexió sobre un procés d'aprenentatge paral·lel". *Cuadernos de Geografía*, n.º 64, València, pp. 313-323.

si realmente la ciencia y la praxis pudieran desarrollarse de manera completamente autónoma con respecto a las determinaciones sociales, y sin presencia de valores preconcebidos. Aunque, como diversas investigaciones históricas y sociológicas han demostrado, los valores prácticos socialmente dominantes (morales o de otro tipo) acaban repercutiendo en los métodos y los contenidos de la ciencia, bien contribuyendo a seleccionar los objetivos epistémicos que predominan en una determinada fase de la actividad científica, bien suplantando a estos en el proceso de resolución de los debates científicos.¹³

Por último, otra especificidad del uso de la perspectiva de género está relacionada con la visibilización de la vida cotidiana, independientemente de la escala de aplicación del trabajo. El concepto de vida cotidiana hace referencia a las actividades desarrolladas por las personas en su día a día indistintamente de la esfera a la que pertenezcan, pública o privada. Por esto, para evidenciar la complejidad de las prácticas llevadas a cabo en la cotidianidad, es necesario utilizar una metodología que no invisibilice la realidad cotidiana de parte de la población.

En los trabajos que hemos desarrollado se han empleado estos puntos como base y además se ha empleado la estrategia de la triangulación múltiple: multidisciplinariedad, y diversidad de métodos y datos para desarrollar el trabajo. La diversidad de disciplinas aporta al trabajo variedad de enfoques y puntos de vista. La utilización de distintas técnicas pertenecientes a diversas metodologías (cualitativa, cuantitativa, análisis bibliográfico) aporta al trabajo representatividad y, al mismo tiempo, información detallada.

A continuación se detallan las metodologías utilizadas generalmente y la manera en la que se aplican.

Primero se hace una aproximación cuantitativa al área de estudio. Se extraen datos estadísticos de diferentes fuentes y posteriormente se analizan. Estos datos son muy útiles para hacer un marco general de la situación, o para trabajar con una escala municipal o metropolitana, sin embargo, cuando se intenta hacer un estudio más pormenorizado, a una escala de barrio o de sección censal, son recurrentes las incoherencias y las deficiencias de los datos, siendo necesario que estos datos vayan acompañados de otro tipo de técnicas que verifiquen y contrasten la información.

A pesar de esto, esta aproximación cuantitativa al área de estudio ofrece la posibilidad de contextualizar la zona y es un buen punto de partida para poder implementar el resto de técnicas de investigación.

13 Francisco Javier Rodríguez Alcázar (1997). "Esencialismo y neutralidad científicas". *En Ciencia, Tecnología y Sociedad. Contribuciones para una cultura de la paz*. Francisco Javier Rodríguez Alcázar, Rosa María Medina Doménech y Jesús Sánchez Cazorla, ed., pp. 49-84.

La utilización de herramientas cualitativas en los análisis urbanos nos permite incorporar datos no cuantificables dentro de los datos estadísticos y trabajar a una escala de detalle para la que no existen datos. Para desarrollar la parte cualitativa de la investigación se emplean diferentes técnicas que intentan dar respuesta a una serie de cuestiones básicas: quién usa o quién vive, con quién, por qué, y cómo.¹⁴ La primera es la observación participante. Esta técnica permite la verificación de los datos cuantitativos así como obtener información primaria de fenómenos difícilmente cuantificables en estadísticas. Está compuesta por una serie de técnicas de obtención y análisis de datos y permite aproximarse a la realidad social intentando observarla de modo directo, entero y en su complejidad, sin artificios ni simplificaciones y en el momento en que sucede el fenómeno que se quiere estudiar. Posibilita una visión total de la realidad, teniendo en cuenta el contexto y sin fragmentar lo real. Ningún fenómeno social puede ser entendido fuera de sus referencias espaciotemporales y de su contexto.¹⁵

La observación consta de un análisis secuencial en distintos espacios para cada uno de los contextos seleccionados a diferentes horas del día (mañana, tarde, noche) y en días distintos (laborable, sábado, festivo).

Para recoger la información de las observaciones se utilizan una serie de fichas (Col·lectiu punt 6¹⁶) que clasifican la información según dos dimensiones (física y social), lo que facilita su posterior análisis. La utilización de las fichas de recogida de datos sistematiza la información, lo que permite comparar diferentes contextos espaciales y temporales.

Durante las observaciones se hacen entrevistas espontáneas a personas usuarias de los espacios públicos. Estas entrevistas no son estructuradas y se pretende obtener información de primera mano acerca de las percepciones que tienen las personas de los espacios.

Por último, se realizan entrevistas en profundidad que aportan información adicional a la conseguida mediante las observaciones y las entrevistas espontáneas, además de corroborar las dinámicas observadas.

Durante la realización del trabajo de campo se toman fotografías y se realizan diagramas y dibujos para complementar la información obtenida y como medio para depurarla.

14 Liliana Rainero y Maite Rodigou (2001). *Indicadores urbanos de género. Instrumentos para la gobernabilidad urbana*. Córdoba, Argentina CÍCSA.

15 Miguel Valles (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid, Editorial Síntesis.

16 Zaida Muxí Martínez y Col·lectiu Punt 6; 2006-2007.

CONCLUSIONES

Por todo lo expuesto entendemos que una sociedad que aspire a estar formada por seres humanos en igualdad, sin factores discriminatorios por sexo, clase, capacidades físicas, raza o edad, tiene que planificar sus ciudades —incluyen do todas las escalas y todos los ámbitos desde la visibilidad y la igualdad en importancia de las dos esferas en las cuales se han dividido los trabajos de las personas tradicionalmente. Es imprescindible reconocer que la manera como se construyen las ciudades no es neutral. Afectará de diferente manera a las personas si no se han tenido en cuenta las heterogéneas necesidades de la población, poniendo en primer plano los requerimientos del trabajo reproductivo. Por eso, pensar el espacio urbano para todos y para todas es hacerlo desde la diferencia pero no desde la desigualdad: una diferencia entre hombres y mujeres, entre clases, entre orígenes, culturas, religiones, etc. posicionando en igualdad de condiciones todas las demandas, sin decisiones *a priori*, que excluyan la experiencia de las personas como fuente fundamental de conocimiento en las decisiones urbanas.

→ 4 ARQUITECTURA





Poderosas resonancias. Legados y preguntas hacia una arquitectura de la descategorización

Marta Serra Permanyer

El futuro de la Tierra puede depender
de la capacidad de las mujeres para identificar
y desarrollar nuevas definiciones del poder
y nuevos modelos de relación entre las diferencias.

Audre Lorde¹

Las autoras de los nueve textos que siguen esta reflexión introductoria son mujeres que comparten el interés por la arquitectura y las políticas del espacio. Les unen sus orígenes en la cultura occidental y su principal producción científica se produjo, salvo alguna excepción, en la década de los años noventa. No es casual que todas ellas pertenezcan a la tercera ola feminista y que, en consecuencia, cuestionen una práctica arquitectónica que progresivamente se había ido desvinculando de la transformación social. Mientras sus voces rompen un silencio, el silencio de la omisión de la denuncia, sus palabras invocan un cambio, el cambio hacia la perspectiva de género. Lo que nos interesa de los textos es la oportunidad que ofrecen para revisar y debatir conjuntamente los vínculos que nos unen y nos separan con las ideas de esas autoras, y preguntarnos cómo nos podemos identificar con sus propuestas. ¿Qué reproducimos y qué heredamos de sus contribuciones? ¿Qué trasladamos a nuestras formas de sentir, pensar, actuar o proyectar? ¿Qué es lo que está en juego y cuáles son los aspectos aún no superados? Cruzando estos interrogantes con las lecturas presentadas, Alice, Denise, Beatriz, Leslie, Diana, Patricia, Mary, Labelle, Anna, Isabel, Rosa María y Carmen, vosotras, nosotras, tú e incluso yo, y todas aquellas personas que ni siquiera podremos nunca conocer o nombrar, exploramos recordatorios necesarios, legados e interrogantes que, como si se tratara de profundas resonancias, pueden llegar a fomentar una arquitectura catalizadora de crítica y de equidad.

Así, y lamentablemente vigentes, estas autoras ponen de relieve una arquitectura que invoca otras formas de relación con el poder. Un *poder* —del latino

1 Audre Lorde (2003). "Edad, raza, clase y sexo: las mujeres redefinen la diferencia". *La hermana, la extranjera: artículos y conferencias*. Madrid: Ed. Horas y horas, pp. 121-135. Traducción de María Corniero. Texto original en Audre Lorde (1984). *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Trumansburg: NY Crossing Press.



pot re que alude a la posibilidad y capacidad— que se manifiesta en los textos a través de dos elementos fundamentales: el esfuerzo por la descategorización y el reconocimiento de la diferencia. Como si se tratase de una concatenación, el poder se convierte en el actor generador de categorías normalizadoras que, a su vez, promueven la diferenciación por exclusión.

Alice T. Friedman² lo ejemplifica de manera demoledora cuando investiga el papel de las clientas de arquitectos canónicos. La autora pone de manifiesto la originalidad e innovación del espíritu creativo que animaba los encargos de mujeres y que desafiaban las convenciones del patriarcado desde el ámbito doméstico. Es el caso de la Casa Dana (1902-1904), un proyecto de Frank Lloyd Wright que procura materializar los valores ideológicos de su clienta promotora a favor de la reforma social. Para conseguirlo, la arquitectura moderna se convirtió en un vehículo capaz de alterar las jerarquías espaciales y físicas y de proponer nuevos sistemas constructivos que permitieran nuevas formas de distribución del espacio capaces de romper la vida tipificada de la mujer de finales de siglo XIX y principios del XX. Es muy significativa la pregunta que se hace la autora: “¿Quién era una mujer corriente para Wright?”. Esa pregunta deja al descubierto los riesgos que implicaba proyectar con estereotipos, categorías identitarias y supuestos culturales que encorsetaban a las mujeres y, a su vez, simplificaban la calidad y el potencial del espacio, especialmente en términos de vivienda. El texto también permite abrir la mirada a los conflictos y dificultades que se dan en los procesos de negociación entre arquitectos y clientas de nuestros días, o a la inversa, entre arquitectas y clientes. Incluso nos hace repensar los problemas con la figura del constructor y con los hombres que no corresponden al estereotipo que la sociedad ha normalizado.

Afortunadamente cada vez son más los proyectos que subvierten y desmontan tales generalizaciones, pero todavía sigue siendo necesaria una revisión del uso del lenguaje y de las formas de componer, comunicar, construir y representar desde la arquitectura misma. Otra cuestión derivada es el coste de la renuncia implícita en la aceptación de los supuestos categóricos. ¿Cómo curar y subsanar los daños causados por la experiencia de una arquitectura tipificada? ¿A quiénes corresponde la responsabilidad de paliar tales efectos?

Un término central relacionado con el juicio es el daño, un daño que en muchas ocasiones es causante de autopercepciones alienantes. Esta cuestión es el *leitmotiv* que subyace en el artículo que Denise Scott Brown publicó con el título *Room at the top? Sexism and the Star System in Architecture*, un escrito original de 1975. Scott Brown desvela la presión que sufre por parte de la crítica arquitectónica y el esfuerzo que requiere sobreponerse a la discriminación por

2 Alice T. Friedman (1998). *Women and the Making of the Modern House: a Social and Architectural History*. New Haven, Conn. Londres: Yale University Press.

género en cuestiones de autoría. La arquitecta explica la demora de la publicación debido a que “fuertes sentimientos sobre feminismo en el mundo de la arquitectura le asegurarían a mis ideas una recepción hostil, que dañaría mi carrera y las expectativas de mi despacho.”³ Así anticipa la recepción hostil por parte del mundo de la crítica liderada por hombres pero con la complicidad de un gran número de mujeres con actitudes sexistas. En un gesto provocativo Denise reclama: “¡Escriban de mi trabajo!”, ya que de lo contrario lo que está en juego es la calidad de su producción arquitectónica desplazada por la condición de mujer o mujer ‘de’.

En nuestro mundo contemporáneo estas dinámicas siguen vigentes en muchos de los despachos liderados por parejas de arquitectos, pero también en las propias estructuras jerárquicas de organización de la plantilla de trabajadores y trabajadoras ¿Dónde queda el reconocimiento a la mujer colaboradora, a las becarias o contratadas en prácticas bajo la única y principal figura del arquitecto?

¿Cómo toda esta constelación de personas no nombradas se refleja en las formas de citar y divulgar proyectos? ¿Cómo los concursos de instituciones públicas y privadas pueden contribuir a fomentar la visibilización?

Un caso que ejemplifica esta omisión de autoría en la propia obra de arquitectas se dio con el proyecto E.1027 de Eileen Gray, una casa situada en la costa entre Niza y San Remo. Beatriz Colomina⁴ explica cómo la casa llegó a ser atribuida a su pareja y colaborador J. Baldovici e incluso, en varias ocasiones, a Le Corbusier, por parte de prestigiosas revistas. Además, Colomina desgrana minuciosamente las razones por las que Le Corbusier intervino en las paredes de la casa como acto de apropiación y deseo de control. Añade el episodio de la construcción de Le Cabanon.

Buscar causas que expliquen las razones por las que la crítica ha actuado como agente tergiversador de la historia en detrimento del reconocimiento de muchas arquitectas implica identificar las herencias que los propios críticos recogieron de su experiencia en pleno siglo xx, un período atravesado por una lenta y tímida introducción de la mujer en la profesión de arquitectura.⁵

3 Denise Scott Brown (2009 [1975]). “Sexismo y el *star system* en arquitectura”.arquitectura. Denise Scott Brown; Alejandro Hernández Gálvez; Cristina Guadalupe Galvá (eds.). *Armada de palabras (Having Words): provocaciones arquitectónicas*. México, D.F.: Arquine, pp. 96-110.

4 Beatriz Colomina. “Frentes de Batalla E.1027”. *Zehar: Espacio, género y crítica*, n.º 44, pp. 20-25.

5 En este sentido, una lectura recomendada no incluida en este compendio es Joan Rothschild y Victoria Rosner (1999). *Design and Feminism. Revisioning spaces, places and everyday things*. New Brunswick: Rutgers University Press. Las autoras elaboran un profundo análisis de las arquitectas que emergieron en el mundo anglosajón durante la segunda ola feminista de los años setenta.



Dicho esto, regresemos a la cuestión de los estereotipos y a la categorización de la mujer como principal usuaria del espacio de la vivienda. ¿Pueden las personas sobreponerse a arquitecturas que tipifican o bien puede ser la misma arquitectura la que transforme comportamientos estereotipados de usuarias en las prácticas del espacio doméstico? Leslie Kanes Weisman⁶ se inclina por la segunda opción, pero para ello reclama la necesidad de superar las políticas que perpetúan los privilegios de los hombres cabeza de familia. Además, traslada esta reflexión a escala urbana para analizar cómo las técnicas de zonificación y de segregación urbana colaboran con estas visiones simplificadoras. La misma autora introduce el tema de la participación activa en el proyecto moderno en el libro *The sex of architecture*,⁷ esta vez junto con Diana Agrest y Patricia Conway. Como editoras nos proveen de una secuencia de lecturas que servirán para la libre asociación de ideas con el fin de desmontar algunos mitos sobre los cuales se ha construido la noción de arquitectura. Su libro nos invita a rescatar luchas sociales inspiradoras para activar propuestas de diseño orientado hacia una ciudad más justa en términos de derechos y equidad de género.

La violencia sobre el cuerpo de la mujer desprotegida por los aparatos de gobernanza es otra de las preocupaciones desarrolladas en la obra. Como hilo discursivo coincide con "Everyday and 'Other' Spaces" de Mary McLeod,⁸ donde la autora pone en primer plano la necesidad de una aproximación feminista rupturista frente a una interpretación más bien representativa del uso del espacio cotidiano por parte de la línea marxista de la sociología urbana. Aparece de nuevo la categorización machista impregnada en la lucha de clases que elabora tesis por oposición, por rebelión, y nos invita a relacionarnos con esta línea de pensamiento con cautela, con distancia crítica. Parafraseando la autora podemos preguntarnos si existen posiciones política y estéticamente constructivas más allá de la pura negación. Me pregunto cuáles podrían ser. Y nos invita a buscar indicios de creatividad y resistencia en otros territorios, otros espacios más mundanos pero también más comunes, alejados del elitismo cultural.

Para McLeod, el significado de *otredad* no es tanto una diferencia o transgresión, un elemento fuera de, sino más bien algo potencialmente contenido, sobre lo cual podemos generar una consciencia que rastree este linaje, esta participación inevitable con la otredad. Esta es una visión muy próxima a la consciencia de un

6 Leslie Kanes Weisman (1992). *Discrimination by Design. A feminist Critique of the Man-Made environment*. Urbana: University of Illinois Press.

7 Diana Agrest; Patricia Conway; Leslie Weisman (1996). *The sex of architecture*. Nueva York: Harry N. Abrams.

8 Mary McLeod (1996) "Everyday and 'Other' Spaces". Debora Coleman, Elizabeth Danzey Carol Henderson (eds.). *Architecture and feminism*. Nueva York: Princeton Architectural Press, pp. 13-37.

“yo soy porque tú eres”,⁹ un valor fundamental para muchas culturas no occidentales. Las comunidades nómadas, como los tuareg en los territorios magrebíes u otras culturas subsaharianas, ejemplifican esta condición interdependiente entre el *tú* y el *yo*. Desde esta perspectiva, Labelle Prussin abre la mirada a la habitabilidad efímera como escenario de creatividad de la mujer. A pesar de una clara división de género en las tareas de gestión de los campamentos que analiza, destaca la responsabilidad y control total del entorno construido por parte de la mujer a la hora de mover, montar, mantener y desmontar los componentes espaciales de arquitecturas tradicionales nómadas del norte del continente africano, unas prácticas sostenibles solamente a través de las formas de solidaridad entre ellas. Esta realidad descrita en *African Nomadic Architecture: space, place and gender*¹⁰ se podría vincular con otros colectivos actuales que practican el nomadismo, por ejemplo, la comunidad gitana. Otro caso para analizar el rol de la mujer en las estructuras organizacionales del espacio lo podríamos encontrar en las arquitecturas de emergencia en campamentos de personas refugiadas y desplazadas. Tal como apunta la autora, también podemos preguntarnos sobre el papel de la tecnología a la hora de encontrar espacios de liberación de una carga de responsabilidad total en las tareas productivas y reproductivas.

Esta ambivalencia que comprende el control autónomo y la carga de responsabilidad absoluta es la causa que ha definido y sigue definiendo la idea de “casa como refugio o casa como prisión”, una dualidad entre casa como espacio opresivo y casa como espacio de resistencia cuando la supremacía patriarcal de raza blanca excluía a las mujeres afrodescendientes del espacio público y encontraban en lo privado un resguardo para la autoorganización.¹¹

Otra evidencia de la vulnerabilidad de la mujer queda explicada en el texto de Ana Bofill, Isabel Segura y Rosa María Dumenjó.¹² Las tres autoras propusieron un manual de recomendaciones producto de un programa de acción comunitaria para la igualdad y oportunidades entre hombres y mujeres para la Administración pública. El manual recoge reflexiones y consultas a mujeres acerca de la ade-

9 Expresión explicada en Mungi Ngomane (2020). *Ubuntu. Lecciones de sabiduría africana para vivir mejor*. Random House Mondadori.

10 Labelle Prussin (1995). “The Creative Process”. *African Nomadic Architecture: Space, Place and Gender*. Washington-Londres: Smithsonian Institution Press - The National Museum of African Art, pp. 44-64.

11 Una lectura no incluida en esta colección de textos es Linda McDowell (1999). “La casa como refugio y/o prisión. Cuando la casa no existe. Conclusión: el significado de la casa”. *Género, Identidad y Lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra, pp. 134-143. Es una contribución recomendable por el análisis sobre la construcción social de la feminidad asociada a los orígenes del universo doméstico y su separación espacial con la esfera pública en las sociedades industriales.

12 Anna Bofill, Isabel Segura, Rosa María Dumenjó (1998). *Las mujeres y la ciudad: manual de recomendaciones para una concepción del entorno habitado desde el punto de vista del género*. Barcelona: Fundació Maria Aurèlia Capmany.



cuación de espacios físicos de la ciudad con el objetivo de impactar las políticas urbanas de varios municipios. El texto, que despliega cifras que constatan la representatividad de otras unidades de convivencia más allá de los matrimonios heterosexuales con hijos, merece ser evaluado veinte años después, actualmente, para constatar la evolución de la diversidad convivencial y su protagonismo o no en el mercado de la vivienda de protección oficial.

Este ejercicio comparativo sería similar al que elaboraron el colectivo inglés Matrix Feminist Design Collective,¹³ un grupo fundado en 1981 por arquitectas, docentes, investigadoras y madres organizadas como cooperativa de trabajo. Juntas reflexionaron sobre el contexto sociopolítico del diseño urbano desde una óptica teórico-práctica. Plantearon una crítica a la arquitectura moderna que solamente podía ser discutida activando la consciencia sobre la invisibilidad y vulnerabilidad de la vida y práctica profesional de las mujeres en la planificación de las ciudades. En alusión a sus palabras, es pertinente preguntarse qué seguimos arrastrando de estos fracasos acumulados y cuáles han sido superados:

Hemos tratado de evitar asumir que nuestras experiencias y puntos de vista son universales. Aunque esperamos hablar de la experiencia de todas las mujeres, estamos directamente limitados por nuestra propia historia. Todos hemos llegado a la educación superior, en su mayoría con una formación en arquitectura, y por lo tanto encajamos en la definición convencional de la clase media blanca. Todos nos hemos sentido enojados por la dominación masculina en el trabajo y en las ciudades y creemos que nuestra experiencia es común para las mujeres. (Matrix, 1984:9)

La influencia del contexto, de nuevo la cristalización del poder por clase u origen, fomenta que figuras de arquitectas de culturas distintas difícilmente lleguen a cruzarse y que muchas sigan estando en la sombra de sus colegas independientemente de la orientación de género. Por consiguiente, me pregunto de nuevo ¿Qué arquitectas quedan fuera de nuestro alcance? ¿Qué significa que un alcance sea 'nuestro'? En "Dos cromosomas X en la arquitectura modernomoderna" Carmen Espejel¹⁴ recompone un escenario de arquitectas que quedaron eclipsadas por los hombres que estuvieron delante, al lado o detrás de ellas. Todas ellas comparten la noción de casa como metáfora espaciotemporal que expresa estados de discriminación, racismo, exclusión de la diferencia o identificación de la diferencia con una categoría inmutable.

13 Esta contribución, aunque no esté publicada en el libro que tenéis entre manos, se puede encontrar en Matrix (1984). *Making space: women and the man made environment*. Londres: Pluto Press Limited.

14 Carmen Espejel (2006). "Dos cromosomas X en la arquitectura moderna". *Heroínas del espacio: mujeres arquitectos en el movimiento moderno*. Valencia: Ediciones Generales de la Construcción, pp. 73-95.

De nuevo, Leslie Kanes Weisman (1981) denuncia la fragmentación y segregación de las esferas público-privadas según roles sexuales que impiden una comprensión más completa del reconocimiento del otro. Para concretar algunas formas de exclusión, Weisman apunta que en 1973, el 76 % de las mujeres cabeza de familia con una edad superior a los 65 años vivían solas. Hoy día, en la población de Barcelona, los datos de mujeres que viven solas equivalen al 44 % sobre el total de mujeres de 80 años o más, según los datos de 2020.¹⁵ Es decir, prácticamente la mitad de mujeres en situación de fuerte dependencia viven solas. ¿Cómo la arquitectura acompaña esta realidad para una población que envejece progresivamente? ¿Contamos con referentes arquitectónicos que nos faciliten soluciones espaciales?

Finalmente, Weisman propone que cada mujer debe convertirse en su propia arquitecta y “debe tomar conciencia de su capacidad para dar su opinión en materia de entorno y toma de decisiones sobre las características de los espacios en los que vive y trabaja.”¹⁶ Ello refuerza la necesidad de dar significado a las experiencias que vivimos, de saberlas interpretar y relacionar con el espacio construido. Se trata de crear marcos de pensamiento para no seguir favoreciendo una misma forma de comprender.

En definitiva, esta lectura trenzada de textos y contribuciones es una propuesta para movilizar la arquitectura y sacarla de su zona de confort. Pero también es una oportunidad para sacarnos a nosotras mismas del espacio cómodo y conocido. Porque son muchas las fronteras infranqueables que hacen difícil permitir otras maneras de pensar y de estar en el mundo participando del diseño del espacio. Ya sea como arquitecta, usuaria, clienta, crítica, investigadora, estudiante o profesora, sigamos el camino de las ideas, experiencias y reflexiones de arquitectas feministas que nos precedieron. Como si se tratara de semillas cultivadas, es hora de recoger y digerir sus poderosas resonancias.

15 Datos obtenidos por el Instituto de Estadística de Cataluña

16 Leslie Kanes Weisman (2000). *El derecho de la mujer a un entorno propio: Manifiesto*. Zehar: espacio, género y crítica, n.º 43, pp. 36-39. Texto original publicado en 1981.



El derecho de la mujer a un entorno propio. Manifiesto

Leslie Kanes Weisman



Leslie Kanes Weisman (1945) es educadora de arquitectura, activista y funcionaria del departamento de planificación comunitaria estadounidense. Fue profesora asistente en la Universidad de Detroit de 1968 a 1975. Se unió a la facultad del Instituto de Tecnología de Nueva Jersey en 1975 como profesora asociada de arquitectura. Se desempeñó como decana asociada de 1984 a 1985 y fue ascendida a profesora de arquitectura en 1998. Fue profesora visitante de estudios de la mujer en el Brooklyn College en 1980. Estuvo involucrada en *Heresies II: Haciendo espacio: mujeres y arquitectura*. Ha sido una de las fundadoras de la Women School of Planning and Architecture, un programa educacional sobre arquitectura, planeamiento, medioambiente y diseño que realizó simposios y jornadas entre 1976 y 1981.

Fragmento seleccionado de Leslie Kanes Weisman (2000). “El derecho de la mujer a un entorno propio. Manifiesto”. *Zehar: Revista de Arteleku*, n.º 43, Diputación Foral de Gipuzkoa, pp. 36-39. (Versión original publicada en 1981).



MANIFIESTO

Admitámoslo: los entornos construidos por el hombre refuerzan las definiciones patriarcales convencionales sobre la función de la mujer en la sociedad y van dejando grabados mensajes sexistas en las mentes de nuestros hijas e hijos. Estos espacios nos han condicionado a poseer una miopía espacial que limita el concepto que tenemos de nosotros mismos... que limita nuestra manera de ver las cosas y la elección de nuestro modo de vida y trabajo... que nos limita privándonos de los espacios que necesitamos para satisfacer nuestra autonomía o impidiéndonos el acceso a ellos. ¡Éste es el momento de abrir los ojos y observar la naturaleza política de esta opresión espacial!

El arquitecto Louis Sullivan, más conocido como “el padre de los rascacielos”, realizó la siguiente definición de su colega Henry Hobson Richardson:

Aquí tenéis a un hombre para que lo observéis, una fuerza viril, todo un símbolo de la masculinidad. Se alza como hecho físico, como un monumento al comercio, al espíritu de los negocios, al poder, al progreso de la época, a la resistencia y capacidad individual y a la fortaleza de carácter. Por ello, en un mundo de estéril mezquindad, me he referido a él como un hombre porque evoca el poder creador, mientras que otros han cantado al mestizaje.¹

LA ARQUITECTURA COMO ÍCONO

El entorno construido es una creación cultural. La intención e intervención humana le dan forma y se convierte en arqueología viviente, mediante la cual podemos deducir las prioridades y los valores de los individuos que toman las decisiones en nuestra sociedad. Tanto el proceso de construcción como las formas mismas expresan valores culturales y conllevan normas de comportamiento que nos afectan a todos.

Desde las torres empresariales de los magos de la industria a la Ciudad Esmeralda del *Mago de Oz*, los hombres han creado el entorno construido a su imagen y semejanza. El rascacielos urbano de siglo xx, apogeo de la simbología patriarcal, tiene sus raíces en la mística masculina de lo grande, lo erguido, lo fuerte: el globo lleno del inflado ego masculino. Los rascacielos de nuestras ciudades compiten por el reconocimiento y dominio individual al tiempo que empobrecen la identidad humana y la calidad de vida.

El hogar, lugar con el que las mujeres siempre han estado estrechamente relacionadas, es un ícono arquitectónico tan venerado como el rascacielos. Desde la

¹ Louis Sullivan (1901). *Kindergarten Chats*New York, Wittenborn, Schultz

infancia, las mujeres han sido educadas para asumir el papel de “ama de casa”, “empleada del hogar” y “madre de familia”. El hogar, durante mucho tiempo considerado como el ámbito específico de la mujer, refuerza los estereotipos sobre el papel a desempeñar por cada sexo y mantiene sutilmente la visión tradicional de la familia. Desde la habitación principal a la presidencia de la mesa, al “hombre de la casa / sostén de la familia” se le adjudican espacios de autoridad, de privacidad (su estudio) y de ocio (un espacio para sus aficiones, una butaca especial). Un ama de casa no dispone de un espacio propio inviolable y está estrechamente unida a los espacios de servicio. En la anfitriona en el salón, la cocinera en la cocina, la madre en la habitación de los niños, la amante en el dormitorio, el chófer en el garaje. La casa constituye una metáfora espaciotemporal de los papeles convencionales desempeñados por cada sexo.

La aceptación y expresión de estos roles y actitudes culturales tradicionales todavía persisten en el diseño, si bien no en el uso, de la mayor parte de la arquitectura doméstica. Las mujeres, identificadas exclusivamente con el hogar, están asociadas a cualidades como la crianza, la educación, la colaboración, la subjetividad, la emotividad y la fantasía, mientras que el “mundo del hombre” —el mundo público de los acontecimientos y del trabajo “importante”— está ligado a valores como la objetividad, la impersonalización, la competición o la racionalidad.

Esta fragmentación, esta segregación de las esferas pública y privada según roles sexuales refuerza un estereotipo emocional monolítico para la mujer y para el hombre. La fragmentación excluye a cada sexo del contacto mutuo y, en consecuencia, impide una comprensión más completa del otro. Además, limita a cada sexo, al aprendizaje de ciertas habilidades e influye en nuestro concepto de nosotros mismos y del otro. En mi opinión, uno de los más importantes objetivos del feminismo arquitectónico sería remediar este cisma espacial esquizofrénico y configurar un nuevo lenguaje arquitectónico en el que las “palabras”, la “gramática” y la “sintaxis” sintetizan trabajo y juego, intelecto y sentimiento, acción y compasión.

EL ENTORNO COMO BARRERA

La vida de las mujeres se ve profundamente afectada por el diseño y el uso de los espacios y edificios públicos, los sistemas de transporte, los barrios y la vivienda. Las leyes discriminatorias, los reglamentos del gobierno, las actitudes culturales, las prácticas no oficiales y la falta de concienciación por parte de los profesionales han creado condiciones que reflejan y refuerzan el estatus de segunda categoría de la mujer.

Las mujeres son consideradas como personas que tienen poco que ver con el espacio público. En los edificios y espacios públicos, las barreras físicas y culturales excluyen a las mujeres con niños. Una mujer con un coche de niño



intentando pasar por una puerta giratoria o por el tornillo del metro es una persona “discapacitada”. Los lugares públicos rara vez ofrecen un sitio donde se pueda dar el pecho a un niño o cambiarle los pañales, lo que da a entender que las madres y los niños deben estar en casa, el lugar que les corresponde.

El transporte público es utilizado por las personas con menor acceso a automóvil propio, principalmente los jóvenes, las personas mayores, las minorías y los trabajadores con pocos ingresos. Aunque también los hombres encajen en estas categorías, el número de mujeres que dependen del transporte público para acudir a su trabajo en las 12 áreas metropolitanas más grandes del país se duplican en relación con el de los hombres. La ubicación de las industrias y del trabajo doméstico en las afueras de las ciudades, donde el transporte público suele ser escaso o nulo, limita enormemente las posibilidades de empleo tanto para las mujeres cabeza de familia de bajos ingresos que viven en la ciudad como para las mujeres que viven en las afueras y no disponen de coche.

Las mujeres de todas las clases socioeconómicas han sido víctimas de una gran discriminación en el alquiler y venta de viviendas y en la obtención de seguros y financiación hipotecaria. La Sección 8, un programa de viviendas subvencionado por el Estado, no admite las solicitudes de personas solas que sean de edad avanzada o estén discapacitadas, ni tampoco de personas —del mismo o distinto sexo— que vivan juntas pero no estén unidos por lazos de sangre o matrimonio. Este tipo de normas niega la igualdad en el acceso a la vivienda de bajo coste para los más necesitados al creciente número de viudas y amas de casa marginadas, muchas de las cuales probablemente disponen de unos ingresos bajos o muy limitados. Dicho programa también discrimina claramente en función de la preferencia sexual o del estado civil. Sin embargo, en los últimos 12 años, los hogares con “individuos primarios” (los que viven con personas con las que no tienen parentesco) han aumentado cuatro veces más que los hogares conformados por un núcleo familiar. En 1973, el 76 % de las mujeres cabeza de familia con una edad superior a los 65 años vivían solas. La creciente longevidad de las mujeres y los innegables cambios que se están produciendo en la estructura familiar constituyen razones importantes para promover una amplia variedad de tipos, ubicaciones y precios de viviendas que atiendan a la diversidad de una población que está envejeciendo y reconozca la existencia de diferentes niveles de dependencia.

Un entorno con sentido resulta necesario y esencial para una existencia con sentido. Las mujeres debemos exigir edificios y espacios públicos, transporte y viviendas que se adapten a nuestros estilos de vida y a nuestros ingresos, y que respondan a la realidad de nuestras vidas, no a las fantasías culturales que existan en torno a ellas.

En la Nochevieja de 1971, 75 mujeres ocuparon un edificio abandonado en la Calle 5 perteneciente al ayuntamiento de Nueva York. El 29 de enero, hicieron pública la siguiente declaración:

Porque queremos desarrollar nuestra propia cultura, porque queremos superar los estereotipos, porque nos negamos a disfrutar la “igualdad de derechos” en una sociedad corrupta, porque queremos sobrevivir, crecer, ser nosotras mismas [...]. Ocupamos este edificio para poner en práctica nosotras mismas cosas que son esenciales para las mujeres: asistencia sanitaria, cuidado de los niños, preparación de alimentos, intercambio de ropa y libros, un hogar para las mujeres, un centro para los derechos de las lesbianas, un centro de reuniones, una escuela feminista, un centro para rehabilitación de drogadictas. Sabemos que la ciudad no nos ofrece lo que necesitamos. Ahora somos conscientes que la ciudad no nos permitirá acceder por nosotras mismas a lo que necesitamos. Por esta razón nos han atacado. Nos han atacado porque somos mujeres que actuamos de forma independiente a los hombres, al sistema [...]. En otras palabras, somos mujeres revolucionarias.

EL ESPACIO COMO PODER

La apropiación del uso del espacio constituye actos políticos. Los tipos de espacio que tenemos, los que no tenemos o aquellos a los que se nos niega el acceso pueden darnos poder o hacer que nos sintamos importantes. Los espacios pueden realzar o restringir, educar o empobrecer. Debemos exigir el derecho a marcos arquitectónicos que satisfagan las necesidades fundamentales de todas las mujeres.

El tipo de espacios exigido por las mujeres que ocuparon el edificio de la Calle 5 ilustra con agudeza los espacios que faltan en nuestras vidas. Guarderías infantiles, instalaciones para amas de casa marginadas y centros de recursos para mujeres son de vital necesidad si pretendemos eliminar las barreras laborales existentes y potenciales y promover el empleo de todas las mujeres. Los centros para mujeres maltratadas son esenciales si deseamos ofrecer a las mujeres y sus hijos un refugio seguro que les proteja de sus agresores y un lugar que les permita volver a plantearse sus vidas, su futuro y el bienestar de sus hijos. Se necesitan alojamientos de emergencia para mujeres fugitivas y víctimas de violación. Deben existir centros de reinserción social para prostitutas, alcohólicas, drogadictas y presidiarias. También es necesario construir clínicas para abortar que sean seguras y estén a disposición de todas las mujeres. La existencia de centros de parto llevado por comadronas es crucial si deseamos tener un control sobre nuestro cuerpo y recuperar nuestros “derechos al parto”. Todos estos lugares y espacios representan nuevos mar-



cos arquitectónicos que reflejan los cambios radicales en nuestra sociedad así como la clara evidencia de la opresión y falta de derechos de la mujer.

¿QUÉ PODEMOS HACER ANTE ESTA SITUACIÓN?

Las mujeres constituimos más del 50 % de los usuarios de nuestros entornos; sin embargo, hemos tenido una influencia poco significativa sobre las formas arquitectónicas que configuran nuestros entornos. En los casos en que existen una legislación o una política de subvenciones ligadas a nuevos espacios para mujeres, estas se han conseguido principalmente gracias a la acción de las mujeres, de las organizaciones del movimiento de la mujer y del trabajo de las pocas feministas —que son elegidas y nombradas para cargos políticos. Para que la futura visión sobre la construcción y planificación de entornos satisfaga todas las necesidades espaciales de las mujeres, casa mujer debe convertirse en su propia arquitecta, es decir, debe tomar conciencia de su capacidad para dar su opinión en materia de entorno y tomar decisiones sobre las características de los espacios en lo que vive y trabaja. Las mujeres deben actuar de forma consciente y con una perspectiva política. Debemos preguntarnos a nosotras mismas quién resultará beneficiado o perjudicado por las decisiones adoptadas acerca de nuestros barrios, hogares y lugares de trabajo, y aportar todas aquellas propuestas que faciliten nuestras vidas y las de los colectivos menos favorecidos.

Afirmémoslo: el entorno construido es, en su mayor parte, obra de la subjetividad blanca y masculina. Ni está exento de valores ni es humano de manera no discriminatoria. El feminismo implica reconocer, pensar y actuar a partir de dicho reconocimiento.

Una de las tareas más importantes del movimiento de las mujeres es hacer visible todo el significado de nuestras experiencias y, a partir de ahí, reinterpretar y reestructuras el entorno construido. No vamos a crear entornos que atiendan y faciliten los modos de vida de las mujeres hasta que nuestra sociedad valore aquellos aspectos de la experiencia humana que se han infravalorado debido a la opresión de las mujeres; debemos, pues, trabajar conjuntamente para conseguir este objetivo.

Estas son preocupaciones feministas que tienen dimensiones críticas tanto sociales como espaciales. Para garantizar una solución son necesarios el activismo feminista y la pericia arquitectónica.



Sexismo y el 'star system' en arquitecturaarquitectura

Denise Scott Brown



Denise Scott Brown (1931) es arquitecta, urbanista, escritora y profesora. Experta en planificación urbana y docente en universidades como Berkeley, Yale y Harvard, coautora en 1972 con Robert Venturi y Steven Izenour de *Aprendiendo de Las Vegas: el simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*, uno de los libros más influyentes en arquitectura en la segunda mitad del siglo xx. Ha trabajado junto a Robert Venturi desde 1969; sin embargo, en 1991 fue excluida del premio Pritzker lo que provocó su protesta y el debate sobre las dificultades de las mujeres arquitectas para ser reconocidas en su profesión. A lo largo de su carrera ha dedicado esfuerzo y tiempo para luchar por el reconocimiento de la contribución de las mujeres en la arquitectura.

Fragmento seleccionado de Denise Scott Brown (2009). *Armada de palabras*. Ed. Arquine, pp. 98-110. (Versión original publicada en 1989).



La mayor parte de las mujeres profesionistas pueden contar historias de horror sobre la discriminación que han padecido durante sus carreras. La mía incluye trivialidades sociales así como grandes traumas. Pero algunas formas menos comunes de discriminación se cruzaron en mi camino cuando, a media carrera, me casé con un colega y unimos nuestras vidas profesionales, justo cuando la fama (aunque no la fortuna) le golpeaba. Vi como fue manufacturado como gurú arquitectónico frente a mis propios ojos y, hasta cierto punto, a partir de nuestro trabajo conjunto y del trabajo en nuestro despacho.

Cuando Bob y yo nos casamos, en 1967, yo era profesora adjunta. Había dado clase en las universidades de Pensilvania y Berkeley, y había iniciado el primer programa en la nueva escuela de arquitectura en UCLA. Era profesora titular. Tenía un historial respetable de publicaciones; mis estudiantes eran entusiastas. Mis colegas, la mayor parte mayores que yo, me mostraban el mismo respeto que se mostraban mutuamente y había andado por los mismos pasillos del poder que ellos (o eso pensaba).

La primera indicación de mi nuevo estatus vino cuando un arquitecto cuyo trabajo había reseñado dijo "en la oficina pensábamos que era Bob el que escribía usando tu nombre". Para cuando escribimos *Aprendiendo de Las Vegas*, nuestra creciente experiencia con atribuciones incorrectas motivó a Bob a incluir una nota al principio del libro, pidiendo que ni el trabajo ni las ideas se le atribuyeran solo a él y describiendo la naturaleza de nuestra colaboración y los roles de cada individuo en nuestra oficina. Su petición fue ignorada casi por completo. Aparentemente un cuerpo de teoría y diseño en arquitectura debe ser asociado por los críticos a un individuo; entre más emocional sea su crítica, más fuerte es su enfoque en una persona.

Para evitar atribuciones erróneas, nuestra oficina proporciona una hoja con información describiendo nuestras formas preferidas de atribución: la obra a nuestra oficina, los textos a la persona que ha firmado el artículo o libro. El resultado es que ahora algunos críticos hacen una atribución pro forma en alguna parte poco visible y luego, en el cuerpo del texto, el diseño de la obra y las ideas en los libros son atribuidos a Robert Venturi.

En la revista japonesa *Architecture and Urbanism*, por ejemplo, Hideki Shimizu escribió:

Una revisión de su plan para la comunidad de Crosstown sugiere que Venturi no está permitiendo nuevos desarrollos de su teoría tanto como dándole forma clara a las fuentes de su método arquitectónico, en una actitud fundamental hacia la planificación urbana [...]. La posición de Venturi en relación con la planificación urbana es lo que le permite desarrollar su postura básica con respecto a la arquitectura. El barrio de Crosstown revela un profundo estado de ánimo de afectada emoción.¹

1 Hideki Shimizu (1974). "Criticism", *A+U*, 47, noviembre, 3.

Lo anterior sería correcto si no fuera porque la comunidad de Crosstown era mi trabajo y así era atribuido en nuestro libro; dudo que, en un período de dos años, Bob haya trabajado más de dos tardes en él.

Cuando Praeger publicó una serie de entrevistas con arquitectos, mi nombre se omitió en la cubierta.²Nos quejamos y Praeger agregó mi nombre, aunque objetando que eso arruinaría el diseño de dicha portada. Sin embargo en la solapa se mencionan “ocho arquitectos” y a “los hombres detrás” de la arquitectura moderna. Como en la cubierta se mencionan nueve, deduje que seguía quedando fuera.³

Hay excepciones. Ada Louise Huxtable nunca ha dado un paso en falso conmigo. También trabaja duro presentando correctamente nuestras ideas. Algunos críticos han cambiado sus métodos de atribución de obras en respuesta a nuestras peticiones, pero al menos uno, en 1971, desenvainó la espada con el objetivo contrario, para probar que el Gran Arte solo puede ser hecho por un hombre y que Robert Venturi (léase Howard Roark) se deja engañar cuando “se une a su esposa Denise Scott Brown en el elogio de ciertas prácticas suburbanas”. Y la consorte y colaboradora de un famoso arquitecto me escribió que, aunque se reconoce en el trabajo de él, la obra debe su calidad al talento individual del arquitecto y no a la colaboración con ella. Cuando los artistas verdaderos colaboran, me decía, sus identidades separadas se mantienen; y me daba como ejemplo los lieder de Schubert y Goethe. Respondimos con los Beatles.

Las trivialidades sociales (lo que los africanos llaman *petty apartheid*⁴) también continúan: cenas de esposas (“Querida, dejaremos a los arquitectos reunirse entre ellos”); entrevistas de trabajo donde la presencia de “la esposa del arquitecto” incomoda a la junta directiva; cenas a las que no debo ir pues un influente miembro del grupo de clientes quiere que “el arquitecto” lo acompañe como su cita; periodistas italianos que ignoran la petición de Bob para que se dirijan a mí pues entiendo italiano mejor que él; la visión limitada de los estudiantes, centrada en Bob; el “¡Así que usted es el arquitecto!” dirigido a Bob y el bien intencionado “¿Con que también usted es arquitecta?” dirigido a mí. Una vez recibí una llamada telefónica del director de una escuela de arquitectura de Nueva York porque Bob no estaba disponible: “Denise, me appena llamarte, pero daremos una fiesta para QP y estamos invitando a Bob y a ti no. Verás, ya sé que eres amiga de QP y que también eres arquitecta, pero también eres la esposa y no estamos invitando a esposas”.

2 John W. Cook y Heinrich Klotz (1973). *Conversations with Architects*. Nueva York, Praeger.

3 Los arquitectos incluidos en la lista originalmente eran Philip Johnson, Kevin Roche, Paul Rudolph, Bertrand Goldberg, Morris Lapidus, Louis Kahn, Charles Moore y Robert Venturi. También quedó fuera de la cubierta Alan Lapidus, entrevistado junto con su padre, Morris. Alan no se quejó, al menos él está ahí junto con esos hombres detrás de la arquitectura.

4 Pequeño apartheid (N. del T.).



Estas experiencias me han hecho luchar, sufrir la duda, la confusión y gastar demasiada energía. “Yo estaría complacida si mi trabajo fuera atribuido a mi esposo”, dice la esposa diseñadora de un arquitecto. Y un colega me pregunta “¿Por qué te preocupan estas cosas? Sabemos que eres buena. Conoces tu verdadero papel en la oficina y la academia. ¿No basta con eso?”. Dudo que fuera suficiente para mis colegas varones. ¿Qué haría Peter Eisenman si su más reciente artículo fuera atribuido a su coeditor, Kenneth Frampton? ¿O Vincent Scully si el libro sobre casas en Newport fuera atribuido a su coautora, Antoinette Downing?, añadiendo quizás un paréntesis para explicar que no se pretende menospreciar la contribución de otros.

Así que me quejo con el editor que habla de “los patos de Venturi”, informándole que yo inventé el “pato”; publicó mi carta con el título “Less is a Bore”, una cita de mi esposo. Pero mis quejas hacen que los críticos se enfaden y algunos, en virtud de ello, han desarrollado hostilidades duraderas contra ambos. Los arquitectos no pueden permitirse críticos hostiles y de cualquier manera me empieza a desagradar mi propio personaje hostil.

Ahí es cuando la duda hacia uno mismo y la confusión surgen. “Mi esposo es mejor diseñador que yo. Y yo soy una pensadora más bien floja”. Lo primero es cierto, lo segundo probablemente no. Intento contraatacar con otras preguntas: “¿cómo es que entonces trabajamos tan bien juntos completando las ideas de cada uno tanto en el diseño como en la teoría? Y si mis ideas no son buenas, ¿por qué las elogian los críticos (aun cuando se las atribuyan a Bob)?

Nosotros mismos no podemos separar nuestras contribuciones. Desde 1960 hemos colaborado en el desarrollo de ideas y desde 1967, también, en la práctica de la arquitectura. Como diseñador en jefe Bob tiene la responsabilidad final en el diseño. En algunos proyectos me involucro muy de cerca y veo muchas de mis ideas en el diseño final; en otros, casi nada. En algunos la idea básica (lo que Louis Kahn llamaba el “qué”) es mía. Todo el trabajo de planificación urbana de nuestra oficina y el diseño urbano relacionado con él es mi responsabilidad; Bob prácticamente no está involucrado en ello, aunque otros arquitectos del despacho sí lo están.⁵

Como en cualquier despacho, nuestras ideas son traducidas y enriquecidas por nuestros colaboradores, en especial por nuestros asociados más antiguos. Los

5 El enfoque intelectual de Bob viene principalmente de las artes y de la historia de la arquitectura. Él es más un especialista que yo. Mis intereses artísticos e intelectuales se formaron antes de conocer a Bob (y, de hecho, antes de venir a Estados Unidos), pero fueron la base para nuestra amistad como colegas en la academia. Como planificadora, mi alcance profesional incluye las ciencias sociales y otras disciplinas relacionadas con la planificación que he tratado de fundir en nuestra crítica y teoría de la arquitectura. Como arquitecta mis intereses varían ampliamente, pero probablemente soy más útil en las etapas iniciales del diseño, mientras trabajamos desarrollando el partido.

jefes de taller y asistentes pueden alternar su papel de creadores y críticos. El *star system* que ve al despacho como una pirámide con un diseñador en la cima, tiene poco que ver con las complejas relaciones que hoy se dan en la arquitectura y la construcción. Pero, así como el sexismo me define como escritora, mecanógrafa y fotógrafa de mi marido, del mismo modo el *star system* define a nuestros asociados como segundones y a nuestro equipo como lápices.

A menos que se sienten bajo la mesa de dibujo, los críticos no tienen modo alguno de separarnos. Quienes más me hieren personalmente, pero también a otros en el despacho, reducen el alcance de Bob para ajustarlo a los límites de su percepción, ignorando aspectos de nuestro trabajo en los que Bob ha interactuado con otros, como si no tuvieran importancia.

Aunque me había preocupado mi papel como mujer años antes de renacer el movimiento, mi experiencia como la esposa del arquitecto fue lo que finalmente me obligó a actuar. En 1973 di una charla sobre el sexismo y el *star system* en la Alliance of Women in Architecture de Nueva York.⁶ Pedí que el encuentro solo estuviera abierto a mujeres, erróneamente quizá, pero por las mismas razones emocionales (incluyendo el orgullo herido) que hace que los movimientos nacionalistas al principio sean separatistas. Sin embargo, vinieron unos seis hombres. Se escondieron al fondo y a los lados del auditorio. Las ciento y pico mujeres se identificaron enfáticamente con mi experiencia: “¡Yo también”, “¡Dios, tú también!” —se oía por todas partes. Pronto, nos movía nuestro infortunio compartido y el apoyo que sentíamos de cada una. Más tarde, me sorprendió ver cómo mientras los hombres parecían cada vez más desanimados, nosotras crecíamos en entusiasmo. Parecían incapaces de entender lo que nos afligía.

Desde entonces he hablado en varias conferencias sobre las mujeres en la arquitectura. Ahora recibo peticiones acerca de mi interés en decanatos y cátedras departamentales varias veces al año. Me he visto en comités en los que soy la única mujer y hay solo un hombre negro. Ambos simbólicos, nos damos la bienvenida irónicamente. Con frecuencia me invitan a hablar en escuelas de arquitectura, “para ser un modelo para nuestras chicas”. Me alegra hacerlo por sus jóvenes mujeres, pero preferiría que me invitaran porque mi trabajo es interesante.

Finalmente, redacté mi propia interpretación del sexismo y el *star system* en arquitectura. Budd Schulberg define la “calidad de estrella” como una “misteriosa amalgama de amor propio, vivacidad, estilo y promesa sexual”.⁷ Aunque su definición atrape el espíritu de estrella de la arquitectura, omite el hecho de que el estrellato es algo que los otros le hacen a la estrella. Las estrellas no pueden

6 Alianza de Mujeres en Arquitectura (N. del T.).

7 Budd Schulberg (1973). “What Price Glory?”. *New Republic*, 168, 6 y 13 de enero, pp. 27-31.



crearse a sí mismas. ¿Por qué los arquitectos necesitan crear estrellas? Creo que porque la arquitectura trata con inconmensurables. Aunque la arquitectura es tanto una ciencia como un arte, los arquitectos triunfan o fracasan en su propia estima y en la de sus coetáneos por ser “buenos diseñadores”, y los criterios para su juicio están mal definidos o son indefinibles.

Frente a lo inconmensurable, la gente se deja guiar por la magia. Antes de que se inventaran los instrumentos de navegación, una bella dama era labrada en la proa del barco para ayudar a los marinos a cruzar el océano; y los arquitectos, luchando cuerpo a cuerpo con aquello que es intangible en el diseño, eligen a un gurú cuyo trabajo les ofrece una ayuda personal en áreas en las que hay pocas reglas que seguir. El gurú, como figura paterna arquitectónica, está sujeto a amor y odio intensos; de cualquier modo, la relación es personal y necesariamente de uno a uno. Esto da cuenta de la actitud intensamente *ad hominem* de algunos críticos de “Venturi”. Si la atribución fuera correcta, el tono sería más parejo: uno no puede fácilmente ser emotivo acerca de varias personas al mismo tiempo. Sospecho también que, para arquitectos del género masculino, el gurú debe ser un hombre. No puede haber gurús papi y mami en la arquitectura. Las *prima donnas* arquitectónicas son todas hombres.

Más tarde, una colega que tenía sus propias dificultades en un departamento de estudios americanos trajo a mi atención la obra de Lionel Tiger. En *Men in Groups (Hombres en grupos)* escribe que los hombres operan en manadas y que las mujeres ambiciosas deben entender eso.⁸ Recordé, también, la exclamación del arquitecto francés Lionel Schein, escribiendo en *Le Carré Bleu* en 1950: “el llamado espíritu de estudio no es más que el espíritu de una casta”. Esto nos hace recordar los orígenes de clase alta de la profesión arquitectónica en Estados Unidos, las diferencias entre las actitudes de las clases media y alta hacia las mujeres y las fuertes similitudes que aún hoy existen entre la profesión de arquitecto y el club para caballeros.

La educación arquitectónica en Estados Unidos se modeló de acuerdo con la École des Beaux-Arts en el cambio de siglo. Era un lugar excitante lleno de diversión, pero su organización era totalmente autoritaria, especialmente su sistema para juzgar el trabajo de los estudiantes. Las personalidades autoritarias y la cultura de nosotros-los-privilegiados generada por Beaux-Arts se mantuvieron en la arquitectura moderna mucho después de que esta filosofía hubiera sido abandonada; pero el club de arquitectura todavía excluye a las mujeres.

El heroico revolucionario arquitectónico moderno original, con su tecnología de vanguardia, quien salvará a las masas con su producción en masa, es una imagen del macho como no hay otra. Curiosamente se asienta entre los reacciona-

8 Lionel Tiger (1969). *Men in Groups*. Nueva York, Random House.

rios maduros que siguen usando hoy esa túnica. Una visión más conservadora y protectora (¿femenina?) es recomendada a la profesión por planificadores urbanos y ecologistas, en nombre de la justicia social y para salvar al planeta. Puede que las mujeres se sumen a esta tendencia.

El crítico de arquitectura es a menudo el escriba, historiador y hacedor de reyes de un grupo en particular. Estas actividades le permiten unirse a los “elegidos”, aunque los pinchen un poco. Su otra satisfacción viene de hacer historia a su propia imagen y a la del grupo. El crítico-hacedor de reyes es, por supuesto, varón; aunque pueda escribir del grupo como grupo, sería un pobre iluso a sus propios ojos y a los de ellos si intentara coronar a todo el grupo como rey. Hay incluso menos recompensa psíquica al coronar a un rey hembra.

En estas deducciones mi pensamiento corre paralelo al de Cynthia F. Epstein, quien escribe que el ascenso dentro de la profesión se les niega a las mujeres por razones que incluyen al “sistema de colegas”, al que describe como un club de caballeros, y “la relación mecenas-protegido que determina el acceso a los más altos niveles en la mayoría de las profesiones”. Epstein sugiere que el mecenas de alto nivel, como el crítico-hacedor de reyes, parecería un loco si patrocinara a una mujer y, en cualquier caso, su mujer se opondría.⁹ Una pensaría que el último elemento de la definición que da Schulberg de una estrella, la promesa sexual, no tendría nada que ver con la arquitectura. Pero me preguntaba por qué me sonaba familiar el tono —hostil, lúgubre con aires de superioridad, al tanto que envidioso— de las cartas al editor que seguían a cualquier cosa que publicara nuestro despacho, hasta que reconocí el tono que la América rural usa en las cartas al editor de pornografía. Los arquitectos que escriben furiosas cartas sobre nuestro trabajo aparentemente piensan que somos proxenetes arquitectónicos, o que al menos nos permitimos libertades que ellos se niegan, pero quizás envidian. Aquí hay una, de un instructor de arquitectura inglés: “Venturi tiene un nicho, de acuerdo, pero ahí debajo junto al flagelador, al fetichista del látex y al violador *amateur* desnudo de Blagdon”. Están escritas por hombres y tratan únicamente de Bob o van dirigidas a él.

He sugerido que el *star system*, injusto para muchos arquitectos, es doblemente duro con las mujeres en un ambiente sexista y que, en los más altos niveles de la profesión, la arquitecta que trabaja con su marido será sumergida en la reputación de este. Mis interpretaciones son especulativas. No tenemos una sociología de la arquitectura. Los arquitectos están acostumbrados al análisis social y desconfían de él; los sociólogos tienen mejores cosas que hacer. Pero recibo apoyo para mis tesis de mujeres arquitectas de algunos miembros de mi oficina y de mi marido.

9 Cynthia F. Epstein (1970.). “Encountering the Male Establishment: Sex-Status Limits on Women’s Careers in the Professions”. *American Journal of Sociology*, 75, mayo, pp. 965-982.



¿Debería existir un *star system*? Es inevitable, pienso, debido al prestigio que concedemos al diseño en arquitectura. Pero las escuelas pueden y debieran reducir la importancia del *star system* ampliando la visión de los estudiantes sobre la profesión, mostrando el valor en otros aspectos. Sabe Dios que hay otras habilidades además del diseño, importantes para la supervivencia de los despachos de arquitectura. Las escuelas deberían combatir también el sentimiento de deficiencia en el diseño de los estudiantes, en vez de, como ahora, aumentarlo mediante equivocadas técnicas pedagógicas autoritarias y moralistas. Con estos cambios los arquitectos sentirían menos necesidad de gurús y los necesitarían distintos, más responsables y humanos que lo que hoy se espera de un gurú.

En la medida en que los gurús son inevitables y el sexismo es desenfrenado en la profesión arquitectónica, mi problema personal con la sumersión en el *star system* es insoluble. Podría mejorar mis posibilidades de reconocimiento como individuo si regresara a la enseñanza o abandonara la colaboración con mi marido. Lo último ha sucedido en cierta medida al crecer nuestro despacho y al ver que nuestras responsabilidades individuales en el mismo nos toman ahora más tiempo. Ciertamente pasamos menos tiempo en la mesa de dibujo juntos y, en general, menos tiempo escribiendo. Pero esto es una pena pues nuestro trabajo conjunto nos alimenta a ambos.

En un panorama más amplio, no todo está perdido. No todos los arquitectos son parte de ese club de caballeros; hay cada vez más arquitectos mujeres, algunos críticos están aprendiendo, el AIA¹⁰ quiere ayudar activamente y la mayoría de los arquitectos, al menos en teoría, no discriminarían más si alguien les prueba que lo han hecho y les enseña cómo dejar de hacerlo.

Lo anterior es un resumen de un artículo que publiqué en 1975. Decidí no publicarlo en su día, porque juzgué que fuertes sentimientos sobre feminismo en el mundo de la arquitectura le asegurarían a mis ideas una recepción hostil, que dañaría mi carrera y las expectativas de mi despacho. Sin embargo compartí el manuscrito con amigos y, por *samizdat*,¹¹ llegó a tener ciertos seguidores. A lo largo de los años he recibido cartas solicitando copias.

En 1975 relaté mi primera experiencia sobre el nuevo aumento de mujeres en arquitectura. La relación entre hombres y mujeres ya es de uno a uno en muchas escuelas. El talento y el entusiasmo de estas jóvenes han brotado creativamente en la profesión. En conferencias hoy en día encuentro muchas mujeres participando; algunas llevan diez años o más en el campo.

10 Instituto Americano de Arquitectos (N. del T.).

11 Forma de disidencia en la Rusia soviética que principalmente consistía en reproducir y distribuir textos para evitar la censura (N. del T.).

La arquitectura también ha cambiado desde que escribí este ensayo por primera vez. Sin embargo, mi esperanza de que los arquitectos atendieran las sugerencias de los planificadores sociales no se vio cumplida y las mujeres no se sumaron a esa tendencia. El posmodernismo sí cambió el punto de vista de los arquitectos, pero no de la manera que había esperado. En vez de ello, el culto a la personalidad aumentó. Los arquitectos perdieron su interés en problemas sociales y el arquitecto como macho revolucionario fue sustituido por el arquitecto como *dernier cri* del mundo del arte. Esto empeoró las cosas para las mujeres, en la arquitectura, el *dernier cri* es tan masculino como la *prima donna*.

El aumento de mujeres en las escuelas y el movimiento a la derecha en arquitectura parecen tendencias en direcciones opuestas, pero de hecho no están relacionadas, pues ocurren en cada extremo del espectro de la jerarquía. Las mujeres participantes son jóvenes; el culto a la personalidad se da en la cima. Las dos tendencias todavía han de encontrarse y cuando lo hagan será fascinante ver qué ocurre. Mientras, programas de discriminación positiva han ayudado a pequeños despachos de mujeres a empezar, puede que quizá hayan también dificultado la absorción de las mujeres en lo más establecido de la profesión, pues aquellas que se integran en los grandes despachos existentes no ganan ninguna discriminación positiva permanente, a menos de que cuenten con el 51 % de la firma.

Durante los años 80 ha aumentado gradualmente el número de arquitectas en la academia (sospecho que el crecimiento ha sido más lento que en otras profesiones). Ahora recibo menos ofertas para decanatos, probablemente porque hay más candidatas mujeres que antes y porque ha corrido la voz de que estoy demasiado ocupada para aceptar. Tengo poco tiempo para dar conferencias. Al crecer nuestra oficina, Bob y yo hemos encontrado más, y no menos, oportunidades de trabajar juntos, ya que algunas responsabilidades han sido delegadas a los socios *senior* y directores de proyecto que forman el núcleo de nuestro despacho.

Durante este período hemos dejado de ser vistos como agitadores y hemos ganado más aceptación por nuestras ideas de la que jamás hubiéramos soñado. Irónicamente, una cita honorando a Bob por su "descubrimiento del entorno americano cotidiano" fue escrita en 1979 por el mismo crítico que, en 1971, lo juzgó deficiente por compartir mi interés en el paisaje cotidiano.

Para mí, las cosas son muy similares en la cima a como eran antes. La discriminación continúa a un promedio de un incidente por día. Los periodistas que se acercan a nuestro despacho parecen creer que no valdrán su salario si no "entregan a Venturi". La batalla por el territorio y la carrera por el estatus entre los críticos siguen requiriendo el rechazo a las mujeres. En los últimos 20 años, no puedo recordar un artículo importante de un sumo sacerdote de la crítica



sobre una arquitecta. Mujeres jóvenes críticas al entrar en la cofradía se vuelven tan machos como los hombres y por las mismas razones: sobrevivir y ganar en el competitivo mundo de los críticos.

Por unos años, quienes escribían de arquitectura se interesaron por el tema del sexismo y el movimiento feminista, y querían discutirlo conmigo. En una entrevista conjunta, le preguntaban a Bob sobre el trabajo y a mí sobre mi “problema de las mujeres”. “Escriban de mi trabajo”, pedía, pero rara vez lo hicieron.

Algunas jóvenes mujeres en arquitectura cuestionan la necesidad del movimiento feminista, aduciendo que no han sufrido discriminación alguna. Mi preocupación es que, aunque la escuela no está libre de discriminación, es probablemente el ambiente menos discriminatorio en el que se encontrarán en sus carreras. Por lo mismo, los primeros años de práctica profesional presentan pocas diferencias entre hombres y mujeres. Es conforme avanzan que aumentan las dificultades, cuando compañías y clientes rehúyen darle responsabilidades de gran nivel a las mujeres. Al ver a sus colegas hombres adelantarse frente a ellas, las mujeres que carecen de una consciencia feminista pueden pensar que su fracaso es culpa de ellas.

A lo largo de los años, lentamente me he dado cuenta de que quienes causan mis experiencias dolorosas son ignorantes y vulgares. Son los críticos que no han leído lo suficiente y clientes que no saben por qué acuden a nosotros. Me ha ayudado a entenderlo el darme cuenta de que los académicos cuyo trabajo más respetamos, los clientes cuyos proyectos nos intrigan y los mecenas cuya amistad nos inspira, no tienen ningún problema entendiendo mi papel. Ellos son los sofisticados. En parte, a través de ellos he ganado valor y me doy cuenta de que, durante los últimos 20 años, he logrado hacer mi trabajo y, a pesar de algunos resbalones, he llegado a alcanzar el respeto por mí misma.



El proceso creativo

Labelle Prussin



Labelle Prussin es arquitecta e investigadora asociada en el Museo Nacional de Arte Africano, Smithsonian Institution. Ha enseñado en la Universidad de Michigan, en la Universidad de Washington y en la Universidad de Ciencia y Tecnología en Kwame Nkrumah en Kumasi, Ghana. Ocupó cargos docentes en varias instituciones en América del Norte y Asia, mientras realizaba trabajo de campo en Ghana, Níger, Nigeria y Kenia. En Ghana, también ha trabajado como arquitecta y planificadora en varios proyectos gubernamentales. Pevio a la publicación de *Arquitectura nómada africana: espacio, lugar y género*, Prussin había estado investigando prácticas de construcción en diversos contextos africanos durante casi treinta años.

Fragmento seleccionado de Labelle Prussin (1995). *Arquitectura nómada africana: espacio, lugar y género*. Ed. Washington & London: Smithsonian Institution Press & The National Museum of African Art., pp. 44-66.
Trad. Luciana Pellgrino.



VALOR LABORAL, PRODUCTIVIDAD Y TRABAJO DE MUJERES

La mayor parte, si no todos, de mis años de trabajo de campo en África los había pasado en compañía de hombres. Los hombres eran los guardianes, los custodios tanto de la estructura social como de los medios de vida aceptables; eran los sabios portadores de la historia, las tradiciones orales, la literatura. Fueron ellos quienes otorgaron permiso para hacer preguntas, fotografiar, registrar información. Las tradiciones de construcción que estaba registrando parecían estar principalmente en sus manos.

Posteriormente, mientras examinaba la literatura bastante elusiva pero vasta sobre los nómadas africanos, me sorprendió la cantidad de observadores tempranos que comentaron sobre los roles de construcción de las mujeres, en el curso de sus viajes, en contraste con la escasez de tales comentarios en los relatos más recientes. El primer relato europeo de los nómadas mauritanos en los alrededores de Isla de Arguin (cerca de Nuadibú, Mauritania) ya mencionaba el hecho de que las tiendas de campaña son obra de mujeres.¹ Un siglo después, el trabajo realizado por las mujeres Zenaghe también suscitó comentarios.² Más cerca en el tiempo, Douls³ escribió: “Inmediatamente después de las oraciones de la mañana [...] las mujeres y las muchachas se ocuparon de armar la tienda y cargar los camellos. Los hombres inspeccionaron la operación”.

Duveyrer, el primer europeo en dar un relato académico la comunidad Tuareg, Kel Ahaggar, quedó igualmente impresionado con la extensión del trabajo de las mujeres tuareg.⁴ Incluso antes, Pallme, que viajaba por la región de Kordofan en Sudán, había comentado cuánto más trabajadoras eran las mujeres que los hom-

1 Labat escribió: “es obra de las mujeres; hilan el pelo y la lana que compone esta tela, la trabajan en el telar y hacen todos los demás trabajos de la casa, incluido el curado de los caballos, la búsqueda de leña y agua, la preparación del pan y la carne”. Posteriormente agregó que “todas las mujeres en general trabajan mucho [...] en una palabra, están encargadas de todo el trabajo de la casa”. Véase Père Jean-Baptiste Labat (1728). *Nouvelle Relations de l’Afrique Occidentale*, 5 vols. París: Cavelier, p. 262.

2 Caillié escribió: “Las mujeres Zenague, laboriosas por necesidad, hilan y tejen el pelo de las ovejas y los camellos para formar la cubierta de sus tiendas; también los cosen juntos; curtan cuero, hacen los varros [los grandes velums de cuero de las pieles de oveja curtidas que se utilizan durante la temporada de invierno] y todo, excepto el trabajo del hierro”. Véase René Caillié (1830). *Journal d’un Voyage à Tembouctou et à Senné dans l’Afrique Colgante centrale les années 1824-8*. 4 vols. Reimpresión de 1965, París Editions Anthropos, p. 154.

3 Camille Douls (1888). “Cinq mois chez les Maures nomades du Sahara occidental”. *Le Tour du Monde*, 55, pp. 204.

4 Duveyrer señaló: “Las mujeres se ocupan de tejer burnous, y durante el gran calor del día, a la hora en que los hombres hacen la siesta, se oye, en casi todas las casas, el ruido de lanzaderas en movimiento”. Véase Henri Duveyrer (1864). *Les Touareg du Nord*. París: Chattamel Ainé, p. 187.

bres.⁵ Más al este del continente, los somalíes provocaron la misma reacción: “Entre los somalíes, todo el trabajo recae en las mujeres: el cuidado y la educación de los bebés, el mantenimiento de la casa, la preparación de alimentos, el corte de madera, el suministro de agua, hasta la construcción de la casa está en sus competencias”.⁶

En general, con pocas excepciones, los economistas tienden a descartar la producción nacional y las industrias nacionales como marginales. En el caso de las sociedades nómadas, los estudios económicos y, por extensión, los estudios políticos se centran en las economías de pastoreo y su gestión por parte de los hombres. El pastoreo es una ocupación masculina. En su mayor parte, el tiempo de trabajo de la mujer es parte del ciclo reproductivo y no del ciclo productivo del tiempo de trabajo. La creación de una casa matrimonial, el trabajo de la mujer, se percibe culturalmente como parte del proceso reproductivo de la mujer, no como un proceso tecnológicamente productivo. En general, aquellas partes del entorno construido creadas por mujeres a menudo se consideran prescindibles, perecederas y menos valiosas. Cuando una puerta es fabricada por un carpintero con elementos de madera tallada, se reconoce que tiene valor, mientras que cuando la puerta está hecha de cuerda trenzada por una cestería, tiene poco valor arquitectónico. Sin embargo, casi todo el trabajo necesario para la creación, mantenimiento y transporte de la arquitectura y sus artefactos relacionados continúa, hasta el día de hoy, en manos de mujeres.

Descuidar la asignación del trabajo basada en el género es un reflejo (o un resultado) del sistema de valores culturales que se acumula en el trabajo: es igualmente un reflejo de la posición social y política del género involucrado en su creación. Un Gabra me dijo: “Estar de pie es trabajar, sentarse es descansar”. La implicación es que cualquier cosa que se haga mientras estás sentado no es trabajo. Entonces, pastorear, por supuesto, es trabajo, trabajo duro, porque uno está todo el día fuera, y quizás lanzar y golpear la caza, cargar y descargar camellos, también es trabajo. Pero cuando la fabricación de cada mobiliario o la transformación de cada materia prima en un componente arquitectónico o de artefacto terminado la realizan las mujeres mientras están “sentadas”, entonces la percepción del trabajo de las mujeres conlleva una connotación negativa: las mujeres no trabajan.

5 Según Pallme: “Por regla general, las mujeres son mucho más trabajadoras que los hombres: porque, además de ocuparse de sus ocupaciones domésticas, se dedican más especialmente a trenzar esterillas de paja, hacer cestas para guardar la leche y embudos para filtrar merissa [leche fermentada]. Realizan, además, otros asuntos que deberían considerarse más propiamente como deber de los hombres. Incluso las he visto curtiendo cuero, mientras sus maridos miraban tranquilamente, fumando en pipa y disfrutando de la ociosidad”. Véase Ignatius Pallme (1844). *Travels in Kordofan*, Londres: J. Madden and Co, p. 63.

6 E. H. Erikson (1968). *Identity, Youth and Crisis*. Nueva York: W. W. Norton; C. G. Feilburg (1944). *La Tente noire*. Copenhagen: Glydendalske Boghandel; Charles M. Guillan. (1865). *Documents sur l'histoire, la géographie et le commerce de l'Afrique* Paris, Arthus Bertrand, ed, p. 427.



LA ARQUITECTURA DE LA DOTE Y LA REPRODUCCIÓN

La creación de una casa y su mobiliario en una sociedad nómada es parte de la institución de la dote: ocurre en el contexto del matrimonio. Considerada por muchos como simplemente un medio de asegurar el derecho de la mujer a heredar una parte de la propiedad patrimonial, la institución requiere un replanteamiento considerable a la luz de la condición nómada en la que una parte tan importante del trabajo de la mujer entra en su creación. La distinción importante a considerar radica en la naturaleza de la herencia. Mientras los animales que se heredan se reproducen y aumentan los rebaños, la casa y su mobiliario, heredados de madre a hija, tienden a disiparse y desintegrarse con el tiempo. ¿Es entonces la dote nómada, propiamente hablando, una herencia? En la medida en que otorgue a las mujeres poder y control sobre el domicilio, lo es. La cuestión clave, como ha señalado Moore,⁷ es la relación entre los roles productivo y reproductivo de la mujer. Dado que el rol productivo, es decir, la producción del domicilio, es integral con el rol reproductivo en el trabajo doméstico, de la mujer, el rol creativo arquitectónico y artístico que involucra tiende a ser ignorado o descuidado.

La primera vez que llegué a un campamento nómada, me sorprendió descubrir que casi no había hombres aparte de los venerables ancianos tumbados bajo el único árbol de sombra en la distancia. Los hombres adultos y los adolescentes varones estaban ausentes. Los hombres y los niños pasan la mayor parte del día fuera del campamento; las mujeres y las niñas permanecen dentro de él, aunque el "trabajo" de cada género puede ser igualmente necesario para la productividad y el mantenimiento de la estructura social.

Las tareas diarias involucradas en el trabajo productivo se dividen igualmente en reinos masculinos y femeninos, como es el caso en gran parte de África rural y en el mundo en general. El trabajo se lleva a cabo por separado y las habilidades se transmiten dentro de la interacción social estrictamente definida de género. La división sexual del trabajo y la naturaleza del trabajo, la productividad y la creatividad diferenciadas por género en la sociedad nómada son, de alguna manera, mucho más evidentes y obvias que en las sociedades agrícolas sedentarias. Las responsabilidades se definen más específicamente a lo largo de líneas de género: quién hace qué, quién es responsable de proporcionar qué, quién habla con quién y qué género ocupa qué espacio en el transcurso del día. La misma división de los espacios dentro de una carpa refleja y se hace eco, como ya se señaló, de esta división del trabajo social.

Pero hay dos partes del trabajo productivo: la producción de materias primas (es decir, su recolección) y el procesamiento de estos materiales. Aquí, también, la

7 Henrietta L. Moore (1988). *Feminism and Anthropology*. Oxford: Polity Press, pp. 52-53.

“producción” de materiales en sí misma a veces define la responsabilidad de género con respecto a las responsabilidades de procesamiento. Por ejemplo, el trabajo de los metales pertenece exclusivamente al dominio masculino y, por extensión, el trabajo de la madera con herramientas de metal especializadas es igualmente un trabajo de hombres. Pero la madera y sus productos (por ejemplo, corteza, fibra, hojas) se utilizan de muchas otras formas. Como resultado, la tala de madera pesada y el tallado de madera, que están en manos de los hombres, y el doblado de la madera, que se relaciona con los tallos y raíces y está en manos de las mujeres, son igualmente responsabilidades de procesamiento, pero están definidas por categorías. Uno de los fenómenos sorprendentes que surgió con tanta claridad del panorama general de la tecnología de la construcción y el transporte es que la madera que se recolecta o aprovecha, en particular las raíces subterráneas, es responsabilidad de las mujeres; es parte de las actividades de recolección más generales en las que participan los partidos de mujeres.

El proceso de peletería (es decir, costura y sastrería) es igualmente una función de su producción. El curtido está relacionado con el pastoreo: las mujeres curtieron pieles de cabra y oveja, mientras que los hombres curtieron pieles de camellos y animales salvajes (antílope y jirafa). Al mismo tiempo, el propio curtido está relacionado con la recolección de corteza de acacia (obtenida por mujeres) de la que se obtiene el tanino. Los diversos tipos de procesos de acabado que resultan de esta división del trabajo tienen un impacto directo en los materiales terminados utilizados en la creación de la arquitectura nómada, así como en su “estilo”.

Al distinguir el proceso de peletería de su producción, el registro histórico se vuelve más fácil de desentrañar. Siglos atrás, Ibn Khaldun⁸ hizo la distinción entre hilado, tejido y sastrería cuando enumeró las “artes nobles y necesarias de la civilización”. Si bien el hilado y el tejido son necesarios para todos, la sastrería (y el bordado) es una función de la “civilización” sedentaria.⁹ Así, el bordado sobre cuero, que es equivalente al bordado de seda e implica “sastrería”, es bastante distinto de meramente curtirlo, y tradicionalmente en el Cercano Oriente el bordado siempre estuvo en manos de hombres. Pero cuando la “nobleza”, la palabra escrita y la herencia eran funciones de la matrilinealidad, los roles de género tanto en el proceso como en la producción asumían una dimensión diferente.

8 Ibn Khaldun (1927). *Histoires des Berbères*, trans. Baron de Slane, 4 vols. París: Imprimerie Nationale, pp. 366.

9 Rio (1961): hace lo mismo en su discusión sobre los trabajadores del cuero en el oasis de Tamentit, en el sur de Argelia, una capital histórica de la región de Touat. Los pocos peleteros allí, en comparación con los muchos que se encuentran entre los nómadas, se dedican casi exclusivamente al bordado en cuero. El término por el que se les conoce deriva de la palabra seda. Véase Capitaine Rio (1961). *L'Artisanat à Tamentit*. Institut de Recherches Sahariennes, pp. 135–83.



La producción de fibra hilada y el proceso de tejido son otro caso que, si se analiza en detalle, seguramente arrojaría luz histórica sobre el uso preferencial, así como la disponibilidad cambiante de tejidos en preferencia a los terciopelos de cuero entre poblaciones nómadas particulares. Daría mayor relevancia a la clara distinción hecha por el “antepasado de los árabes del desierto” cuando le dio a uno de sus hijos una tienda negra de pelo de animal y al otro una tienda redonda (*kubba*) de cuero rojo.

En última instancia, la distinción se puede aplicar a las tecnologías de construcción y transporte. La sustitución de postes rectos por arcos curvos implica más que una simple alternativa estructural, más que la mera disponibilidad de recursos naturales; implica una diferenciación discreta de género entre producción y proceso. La sustitución de las raíces flexibles recogidas, dobladas y moldeadas por las mujeres por los postes rectos cortados y tallados por herreros y carpinteros es una explicación igualmente fuerte de los estilos de transición entre los tuareg como la sustitución de las esteras por *velums* de cuero. El estilo tecnológico tiene más que ver con cambios en las responsabilidades discretas de género durante la interacción cultural que con la simple “difusión”.

Igualmente relacionada con la distinción entre producción y proceso está la naturaleza colectiva de uno en contraste con el otro. La recolección de plantas y granos silvestres, de raíces y ramas, el procesamiento de materiales implica verdaderas expediciones de mujeres nómadas. La posterior producción de artefactos, así como la creación de la casa y el mobiliario, también implican trabajo colectivo. El trabajo de mantener y transportar todo el entorno construido es también un proceso colectivo.

En el mundo nómada, el pastoreo y la domesticidad, el ritual y la creatividad están separados y discretos en el espacio. Por lo tanto, las prescripciones y prácticas laborales en cada uno de los dos mundos separados de género también deben considerarse en términos de espacio. El acceso a los recursos, las condiciones de trabajo y la distribución de los productos del trabajo, todos los cuales reflejan este patrón de ocupación discreto y engendrado, tienen un componente tanto espacial como temporal. La consideración de la relación de producción y procesamiento con el espacio del “lugar de trabajo” (es decir, el arbusto, el campamento) sugiere que el domicilio es tan importante como la naturaleza colectiva del proceso creativo porque representa el “control” sobre el espacio. De ello se deduce lógicamente que, dado que gran parte de la creatividad de la mujer está dirigida a establecer los requisitos físicos para un hogar, y dado que el domicilio es el escenario tanto de su creatividad como de su control, gran parte del trabajo involucrado en la transformación del entorno natural en un entorno construido está en sus manos.

RITUAL Y CELEBRACIÓN

La arquitectura nómada africana surge en el contexto del ritual del matrimonio: el proceso arquitectónico es experimentado por la sociedad de mujeres; los hombres miran. El proceso de construcción es un proceso ritual, un proceso ritual femenino que excluye rigurosamente a parientes masculinos, un ritual que modela la vida de las mujeres desde el nacimiento hasta la muerte. Al observar el ritual del matrimonio, podemos centrarnos en el descubrimiento de las experiencias de las mujeres a diferencia de la percepción que tienen los hombres de la experiencia de las mujeres. Podemos descubrir ese mundo de intimidad, amor y vínculos exclusivamente femeninos que une a las mujeres durante cada etapa de sus vidas, desde la niñez hasta la adolescencia, pasando por el noviazgo, el matrimonio, el parto, la crianza de los hijos, la muerte y el duelo. Es durante el ritual del matrimonio que las mujeres revelan sus sentimientos más profundos entre sí. Más importante aún, es este componente de la ceremonia de matrimonio nómada el que otorga a las mujeres el control.

Los historiadores rara vez consideran a la arquitectura como un espacio al servicio de la ceremonia y el espectáculo, excepto en situaciones religiosas o emocionales muy cargadas como la catedral gótica, en la que el ritual relacionado con las Estaciones de la Cruz establece el plan, o la Kaaba en la que las siete circunvalaciones a su alrededor establecen el ideal de la plaza. En el ritual, el movimiento está muy ordenado y estructurado. Por ejemplo, es solo al caminar y tocar las superficies que articulan el espacio (por ejemplo, la Kaaba en La Meca), al inhalar sus buenos y malos olores, que lo aceptamos, lo conocemos y poseemos, lo hacemos nuestro.

La tienda nómada es igualmente un espacio que permite la ceremonia y el espectáculo, y el movimiento en el espacio es inherente al ritual del matrimonio: el movimiento de las personas, de sus actores clave y de todo su mundo construido. La creación de la carpa es un espectáculo conmovedor. No hay mejor ilustración en respuesta a la súplica de Turner por la necesidad de ver los símbolos de celebración en acción, en movimiento, en devenir, como esencialmente involucrados en el proceso¹⁰ que la tienda del nómada.

No solo los movimientos en sí mismos están estrictamente prescritos; las ubicaciones y posiciones en el espacio se prescriben para secuencias particulares del ritual, de modo que es posible concebir el ritual del matrimonio como una peregrinación, particularmente cuando uno recuerda el papel de la litera (o palanquín) en él.¹¹ Si, como sugiere Turner, la peregrinación es un fenómeno liminal con

10 Victor Turner (1974). *Dramas, Fields and Metaphors*. Ithaca, NY y Londres: Cornell University Press,

11 *Ibid.*



mayor intensidad, hay aspectos espaciales vitales en la liminalidad del proceso de matrimonio-peregrinación.

El ritual del matrimonio Gabra proporciona una ilustración conmovedora de lo que caracteriza, de una forma u otra, a todos los matrimonios nómadas. En lugar de ocurrir como un evento culminante, ceremonial y único, el matrimonio se lleva a cabo en etapas lentas y progresivas en varios lugares y espacios. Ninguna carpa matrimonial, inicialmente montada, permanece en el mismo sitio. En la primera etapa del matrimonio, la llegada de la familia del novio al campamento de la novia supuso inicialmente un desplazamiento espacial. El intercambio de componentes de la dote y el matrimonio, que es la obertura de la ceremonia de cuatro días, también implica el movimiento entre familias y a través del espacio abierto y el *kraal* de camellos de cada una, al igual que los demás intercambios obligatorios en el curso de la ceremonia relacionados con el creación de la carpa nupcial y un nuevo *kraal*. Pero el ritual no termina con la ceremonia de cuatro días o la consumación del matrimonio; se extiende a lo largo de un mes lunar. Cada siete días, la carpa nupcial se arma y se carga en los camellos, y la novia más su carpa con palanquín son conducidas en un círculo alrededor del campamento. Volviendo al *kraal*, la tienda se vuelve a montar dentro de él, pero no en el mismo lugar. La ubicación en sí gira dentro del círculo del *kraal*. La liminalidad del ritual matrimonial, expresada en el desplazamiento espacial de la carpa nupcial, termina solo después de un mes lunar, cuando la familia recién constituida rompe el campamento y regresa al campamento del novio.

El aspecto de género del movimiento ritual en el espacio, tan evidente en el proceso de matrimonio-peregrinaje de la ceremonia nupcial de Gabra, está presente en los entornos de todos los rituales de Gabra, los que involucran a hombres y mujeres, como una de sus fiestas de transición (*kolompte*) revela claramente. La fiesta, que acompaña la transición de los grupos generacionales masculinos (*luba*), se lleva a cabo en el campo que posee los poderes religiosos y políticos de la fraternidad de Gabra. Estos pueblos siempre contienen un recinto especial (*nabo*) donde siempre se guarda el fuego y los símbolos sagrados (el tambor, el cuerno y los palos de fuego), y en el que se realizan las ceremonias solemnes.¹²

Esta fiesta en particular era celebrada en dos recintos especiales de arbustos espinosos (*nabo*) alineados a lo largo de un eje norte-sur. Las casas y *kraals* de camello de las dos mitades que componen esta fraternidad se alineaban paralelas a los recintos alargados, con sus entradas todas orientadas hacia el oeste. Un análisis de los complejos detalles de la ceremonia seguramente arrojaría información adicional, pero lo que es particularmente relevante para el tema de la

12 Paolo Tablino (1978). . "The Traditional Celebration of Marriage among the Gabbra of Northern Kenya". Africa (Rome), 33 (4), pp. 568–78.

peregrinación es la naturaleza espacial, direccional y de género de las procesiones promulgadas en y alrededor de estos dos recintos.

El recinto del norte era el recinto “viril”; los hombres jóvenes cantaban en las aperturas del norte y las mujeres cantaban en las del sur. El sacrificio (*sorio*) de animales machos tenía lugar en la apertura norte del recinto de los jóvenes, mientras que el sacrificio de las hembras en la del sur (en realidad, al norte del recinto de los ancianos [que se están “convirtiendo en mujeres”]). Los movimientos procesionales (todos con participación de hombres) se producían a lo largo de los ejes cardinales: el de los jóvenes trasladándose a una nueva generación establecida de sur a norte, la de los ancianos, de este a oeste. El norte es masculino y el sur es femenino.

Los participantes en el ritual (todos hombres) que ocupan el espacio dentro del *nabo* se encuentran en un estado de transición; se están “convirtiendo”, tal como le sucede a la novia en su tienda nupcial. En términos espaciales, el movimiento de cada género en el ritual del matrimonio es paralelo a sus movimientos en este ritual de generación masculina. Como consecuencia, si se compara el espacio interior de una carpa Gabra, las procesiones de personas, carpa y camellos nupciales involucrados en la ceremonia nupcial, y la configuración espacial de la fiesta *kolompte*, el movimiento y la ocupación del espacio por ambos sexos están unidos.

Otro aspecto del comportamiento ritual que influye en su calidad arquitectónica es que persiste en el tiempo de una manera que otras costumbres y comportamientos no lo hacen. ¿Quién de nosotros no puede recordar la antigua retención de costumbres particulares para la ceremonia, mucho más allá de sus comparables pero profanos hábitos cotidianos? Esta dimensión conservadora del ritual tiene implicaciones particulares para la arquitectura nómada creada en el contexto de un ritual matrimonial. La resistencia al cambio agrega una dimensión de “permanencia” a lo que normalmente sería una estructura fácilmente desmontable, más sensible a las condiciones cambiantes en virtud de su calidad procesual. La permanencia arquitectónica lograda a través del comportamiento ritual realza y cosifica el proceso abstracto de renovación, nacimiento y renacimiento que una mujer experimenta con cada movimiento.

MNEMÓNICA, LA ADQUISICIÓN DE HABILIDADES Y EL JUEGO COMO TRABAJO INFANTIL

La envolvente polivalencia que, en el mundo occidental, hemos atribuido a la arquitectura adquiere un nuevo significado en el contexto nómada como la memoria misma. De todas las facultades, escribió Rykwert, “la memoria tiene más que ver con la arquitectura: la memoria, a quien los griegos personificaron



como *Mnemosyne*, madre de todas las musas, es su verdadera patrona”.¹³Las mujeres nómadas usan sus cuerpos como la primera medida primaria para la creación de su espacio cerrado y acotado. Como individuos, llegan a conocer y apropiarse de su entorno a través del hábito sensorial, pero el hábito requiere repetición, y la repetición rítmica es la clave de un mnemotécnico que sirve en lugar del plano y la instrucción escrita o guía para la reconstrucción. La carpa del matrimonio es una mnemotécnica por excelencia porque también está envuelta en emoción e impregnada de contenido emocional. Las viviendas sin memoria son viviendas sin habitantes.

Los científicos saben desde hace mucho tiempo que el juego está muy extendido en el reino animal, pero solo últimamente se han dado cuenta de lo profundamente importante que debe ser el juego para el crecimiento físico, mental y social de un animal. Los científicos creen que la intensa estimulación física y sensorial que acompaña al juego es fundamental para el desarrollo motor adecuado; algunos biólogos han descubierto que los movimientos vigorosos del juego ayudan en la maduración del tejido muscular.

A través del juego, los animales pueden ensayar muchos de los movimientos que necesitarán cuando sean adultos, y el juego sirve para facilitar la transición a la comunidad. El juego socializa a un individuo y el juego está sexualmente segregado, como señaló Erikson (1968) en su primer estudio sobre las preferencias espaciales y arquitectónicas relacionadas con el género en el juego de los niños.

De una cultura a otra, las niñas a menudo ensayan elementos de la maternidad: entre las nómadas, jugar con muñecas se traduce en jugar a las casitas y en cómo moverse. La adquisición de habilidades relacionadas con las tareas domésticas no se limita a las que solemos asociar con la vida doméstica, como la cestería, atender el fuego, cargar leña, barrer y criar hijos. Jugar a las casitas para las jóvenes nómadas implica desarrollar las habilidades de la construcción de tiendas de campaña y el transporte de las mismas.

Los juegos de simulación no son una simulación en absoluto. Cuando las niñas construyen sus carpas en miniatura con ramas y ramitas, utilizando hojas como esteras, están desarrollando una mayor percepción de su entorno, así como adquiriendo y desarrollando las habilidades de construcción que serán esenciales para su éxito como mujeres adultas.

Finalmente, cuando lo mnemotécnico está envuelto en emoción, se revela otra faceta del juego y la transmisión del conocimiento. Si el proceso de adquisición de las habilidades de construcción está envuelto en la anticipación de la

13 Joseph Rykwert (1982). *The Necessity of Artifice*. Nueva York: Rizzoli.

emoción, en el curso del juego durante el cual los movimientos controlados voluntariamente son reemplazados por los automáticos y habituales, entonces el escenario está listo para el estrecho acuerdo de las facultades imaginativas y emocionales que subyacen a la creatividad y los logros arquitectónicos en el mundo nómada, y que convierten los estilos arquitectónicos nómadas en metáforas.



El sexo de la arquitectura. Introducción

Diana Agrest, Patricia Conway, Leslie Kanes Weisman



Diana Inés Agrest (1945) es arquitecta, ensayista y documentalista argentina-estadounidense. Ha impartido clases en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Princeton (1972-1976), siendo la primera mujer arquitecta en enseñar allí. También ha enseñado en las universidades de Columbia y Yale. Desde 1977 es profesora de arquitectura en la Escuela de Arquitectura Irwin S. Chanin de The Cooper Union for Advancement of Science and Art.

Patricia Conway es arquitecta y planificadora urbana por la Universidad de Columbia. Fue miembro de Loeb Fellow en la Universidad de Harvard para la Escuela de Posgrado en Diseño de 1986 a 1987. Fue la primera decana de la escuela de diseño de la Ivy League en la Escuela de Graduados de Bellas Artes de la Universidad de Pensilvania, de 1991 a 1994.

Leslie Kanes Weisman (1945) es educadora de arquitectura, activista y funcionaria del departamento de planificación comunitaria estadounidense. Fue profesora asistente en la Universidad de Detroit de 1968 a 1975. Se unió a la facultad del Instituto de Tecnología de Nueva Jersey en 1975 como profesora asociada de arquitectura. Fue profesora visitante de estudios de la mujer en el Brooklyn College en 1980.

Fragmento seleccionado de Diana Agrest, Patricia Conway y Leslie Kanes Weisman (eds.) (1996). *The sex of Architecture*. Ed. Harry N. Abrams, pp. 11-13. Trad. Magda Melara.



Sexo. La palabra está llena de significado y provocación. Esta palabra denota lo corpóreo y lo carnal, la sensualidad y el deseo, lo masculino y lo femenino, la reproducción humana. La inscripción del cuerpo sexualizado es un tema central y recurrente en la arquitectura occidental, pero ese cuerpo no es inocente ni andrógino. Es una reificación del anhelo masculino de apropiarse de un privilegio exclusivamente femenino: la maternidad. De ahí la insistencia, en el discurso antiguo y contemporáneo, de que los arquitectos varones “den a luz” a sus edificios. Implicado en el inevitable estado de falta de hijos del hombre, lo que da lugar a una obsesión con la “reproducción de sí mismo”, es la eliminación sistemática de la mujer y sus contribuciones.

Si el sexo condensa las nociones de cuerpo y poder que han impregnado la crítica arquitectónica desde el resurgimiento renacentista del clasicismo, un análisis de género en la crítica arquitectónica moderna revela un sistema social que históricamente ha funcionado para contener, controlar o excluir a las mujeres. Es desde estas perspectivas que las veinticuatro autoras de este libro, todas mujeres, reexaminan en profundidad algunas sospechas sostenidas desde hace mucho tiempo en torno a algunas “verdades”: que el hombre construye y la mujer habita; que el hombre está afuera y la mujer está adentro; que el hombre es público y la mujer es privada; que la naturaleza, tanto en su aspecto más amable como en el más cruel, es femenina y cultural, pero el triunfo final sobre la naturaleza es masculino. Estos y otros supuestos basados en el género — en particular los que asocian a los hombres con la producción económica, los salarios y la ciudad, y a las mujeres con el consumo, el trabajo doméstico no asalariado y el hogar— son los temas de muchos de los ensayos contenidos en este volumen.

Quizás un nuevo examen de tales “verdades” podría comenzar con el concepto de “alteridad” originado por Simone de Beauvoir hace más de cincuenta años y aquí explorado filosóficamente por Mary McLeod en su crítica de Foucault.

Esther da Costa Meyer considera el mismo concepto, pero desde un punto de vista psicoanalítico, en su investigación de la agorafobia, ese desconcertante trastorno que afecta principalmente a las mujeres, a lo que Laretta Vinciarelli responde con algunas observaciones sociológicas. De hecho, casi todos los ensayos en este libro identifican, explícita o implícitamente, la mujer como “otra”, y es en esta posición marginada desde la que las mujeres actualmente escriben sobre arquitectura, exploran la historia, los usos del espacio público, el consumismo y el papel de la domesticidad en la búsqueda de “formas de” arquitectura, a menudo a través de maneras alternativas de práctica y educación. Ahora estamos en una era donde el discurso es tan importante como el diseño, a menudo más importante, y varias autoras abordan sus temas desde esta perspectiva. Catherine Ingraham, por ejemplo, confronta el sesgo predominante y claramente de género a favor de las imágenes sobre las palabras, una opinión

con la que Diane Lewis discrepa enfáticamente; y Jennifer Bloomer escribe con anhelo nostálgico sobre el espacio doméstico para examinar importantes cuestiones arquitectónicas de materia, materialidad y gravedad en la era de la comunicación electrónica no física.

A lo largo de muchos de estos ensayos hay una corriente de lucha: la lucha por la participación activa en el proyecto moderno. En ninguna parte esa lucha se hace más vívida que en esos ensayos que tratan sobre la ciudad. La propuesta de M. Christine Boyer como alegoría urbana en el *film noir* es particularmente intrigante a este respecto, como lo es la extensión de Margaret Crawford en el argumento para incluir el género de la novela de detectives. Es a través de la obra griega que Ann Bergren nos lleva de vuelta a un texto antiguo, *Ecclesinziisae* de Aristófanes, en el que las mujeres se rebelan contra la arquitectura clásica de la casa y la ciudad. Mirando un pasado más reciente, Diana Agrest reexamina críticamente el urbanismo modernista y el discurso científico para explicar la ausencia de la naturaleza del discurso urbano en los últimos cincuenta años. Todavía sobre el tema de la naturaleza, Diana Balmori nos da una narración que revela otro personaje perdido, Cultura.

Guerra, ocupación y violencia, incluida la violencia de la pobreza y la ruptura de los valores culturales tradicionales —que afecta a millones de mujeres que ya no están protegidas por las estructuras sociales tradicionales— también son temas recurrentes.

Del mismo modo que el ensayo Zeynep Çelik sobre el Argel colonial traza la subversión de los espacios masculino/público versus femenino/privado en una guerra por la independencia, Susana Torre narra la transformación de la plaza principal en Buenos Aires por parte de las madres en su lucha por dar cuenta de miles de personas que “desaparecieron” durante la represiva dictadura militar argentina. Beatriz Colomina documenta la invasión del espacio privado de Eileen Gray, la casa que diseñó para sí misma en Roquebrune-Cap Martin, por el acto esencialmente público de Le Corbusier de pintar murales en sus paredes, un acto por el cual muchos historiadores más tarde le atribuyeron a Le Corbusier el diseño de la casa de Gray. Sylvia Lavin responde a la tesis de Colomina analizando la casa de Gray y *Le cabanon* de Le Corbusier construido para controlar la casa al tiempo que ser un espacio para el deseo de escapar.

El concepto de *hogar* es explorado de una manera diferente por Joan Ockman, quien desarrolla una crítica a la redomesticación de las mujeres estadounidenses después de la Segunda Guerra Mundial. Denise Scott Brown responde con una discusión sobre las estrategias arquitectónicas que acompañaron los roles de consumo definidos en ese momento por las mujeres. Alice T. Friedman analiza el papel formativo de las mujeres como clientes de casas “de firma” diseñadas por arquitectos “estrella” (hombres), mientras Ghislaine Hermanuz se



enfoca en las mujeres como proponentes del programa doméstico en un marco político de raza y clase.

Otras autoras discuten los usos de la arquitectura y el discurso para confrontar intolerancia y prejuicio, marginalidad e impotencia. Lynne Breslin, por ejemplo, analiza exposiciones sobre antisemitismo y racismo para ilustrar cómo el museo puede ser diseñado para servir como un instrumento de educación pública y transformación personal, mientras que Diane Favro resume la historia de las mujeres estadounidenses como cronistas de la profesión de la que eran en gran medida excluidas. Marion Weiss documenta un proyecto —Memorial de las Mujeres y Centro de Educación en el Cementerio Nacional de Arlington— sobre el reconocimiento de los logros de las mujeres y lo sintomático de ello. Leslie Kanes Weisman describe una visión feminista de la educación y práctica arquitectónica dedicada a fomentar la equidad humana y la integridad ambiental, y Sharon E. Sutton responde a Weisman relatando los costos personales y profesionales de la enseñanza y práctica profesional al servicio de la justicia social.

Un poco sobre la estructura de este libro. El emparejamiento de ciertos ensayos con respuestas no solo hace eco del formato de diálogo de la conferencia titulada “Ideologías heredadas” sino también ayuda a iluminar temas comunes que se ejecutan a través de una estructura notablemente diversa. Sin embargo, también es posible hacer estas conexiones de maneras diferentes. Por ejemplo, el ensayo

de Bergren puede leerse tan útilmente con los de Ockman y Friedman sobre domesticidad como con los de Boyer, Crawford y Çelik sobre la ciudad, o con los de Ingraham y McLeod en el discurso; Agrest también puede ser leída con Ingraham y McLeod, así como con Balmori sobre la naturaleza, o con otros ensayos sobre la ciudad; y así. Por esta razón, no se ha hecho ningún intento por agrupar textos en categorías rígidas. Por el contrario, se alienta a quienes leen este documento a construir sus propias secuencias, para explorar las múltiples formas de dar lectura a este libro que cambiará continuamente sus significados.



Vida cotidiana y “otros” espacios

Mary McLeod



Mary McLeod es arquitecta y doctora en Arquitectura por Princeton University. Es profesora de arquitectura en Columbia, donde enseña historia y teoría de la arquitectura. También ha enseñado en la Universidad de Harvard, la Universidad de Kentucky, la Universidad de Miami y el Instituto de Arquitectura y Estudios Urbanos. Sus investigaciones y publicaciones se han centrado en la historia del movimiento moderno y en la teoría de la arquitectura contemporánea, examinando cuestiones relativas a las conexiones entre arquitectura e ideología. Es editora y colaboradora del libro *Charlotte Perriand: An Art of Living*. Sus artículos han aparecido en *Assemblage*, *Oppositions*, *Art Journal*, *AA Files*, *JSAH*, *Casabella*, *Art Journal*, *Harvard Design Magazine* y *Lotus*, así como en otras revistas y antologías, como *The Sex of Architecture* y *Architecture and feminism*.

Fragmento seleccionado de Debora Coleman, Elizabeth Danze, Carol Henderson (eds.) (1996). *Architecture and feminism*. “Everyday and Others Spaces”. Princeton Architectural Press, pp. 13-37. Trad. Mar Bartolomé Narbón.



LA VIDA COTIDIANA

La seducción y el poder de los escritos de Derrida y Foucault, y su propio dominio en la vida intelectual académica estadounidense, puede haber alentado a arquitectos y teóricos a dejar sin explorar otra posición que vincula el espacio y el poder: la noción de *vida cotidiana* desarrollada por el filósofo francés Henri Lefebvre desde la década de 1930 hasta la de 1970 y por el teórico cultural Michel de Certeau poco después.¹ Una síntesis peculiar de las nociones surrealistas y marxistas, el concepto de vida cotidiana de Lefebvre podría entenderse mejor como una serie de paradojas. Si bien es el “objeto de la filosofía”, es inherentemente no filosófico; aunque transmite una imagen de estabilidad e inmutabilidad, es transitorio e incierto; aunque insoportable en su monotonía y rutina, es festivo y lúdico. Es a la vez “sustento, ropa, muebles, hogares, vecindarios, medio ambiente —vida material— pero con una “actitud dramática” y “tono lírico”. En resumen, la vida cotidiana es “la vida real”, el “aquí y ahora,” no la verdad abstracta.² En su libro *La práctica de la vida cotidiana* (*The Practice of Everyday Life, L'Invention du quotidien*, 1980¹), De Certeau da a la noción de vida cotidiana un tono algo más particularista, menos marxista, destacando las cualidades localizadas y transitorias de la existencia cotidiana.

A diferencia de Foucault, estos dos teóricos no solo analizan la tiranía y los controles que se han impuesto a la “vida cotidiana,” también exploran las libertades, las alegrías y la diversidad —lo que De Certeau describe como “la red de la antidisciplina” dentro de la vida cotidiana.³ Su preocupación no es solo representar el poder de la tecnología disciplinaria, sino también revelar cómo la sociedad se resiste a ser reducida por él, no solo en los lugares inusuales

1 Michel de Certeau, Pierre Mayol y Luce Giard (1980) *L'Invention du quotidien*. Paris : Union générale d'éditions.

2 La noción de vida cotidiana puede ser un concepto frustrantemente amorfo, y el enfoque intencionalmente dialéctico de Lefebvre, combinado con su rechazo del racionalismo filosófico tradicional (“verdad sin realidad”), hace que sea aún más difícil de descifrar. Su visión abarcadora de la vida cotidiana contrasta marcadamente con el concepto de Foucault de las heterotopías como espacios aislados y apartados. Aunque las nociones de vida cotidiana de Lefebvre y De Certeau contrarrestan la visión más paranoica y sombría de Foucault de los controles disciplinarios, también debe reconocerse que existen diferencias importantes entre los dos teóricos que se hacen más pronunciadas después de 1968. Más que De Certeau, Lefebvre reconoce tiranías, monotonías e inercias de la existencia cotidiana, así como sus momentos espontáneos de invención y festividad. Aunque en los inicios de 1968 De Certeau aludió con frecuencia al “cuadrilátero” y la vigilancia disciplinaria de la sociedad de masas, en 1980 su visión era más optimista — de hecho idealista— al ver la vida cotidiana principalmente como infinitamente creativa, útil y eficaz. Véase Henri Lefebvre (1984). *Everyday Life in the Modern World*, trans. Sacha Rabinovitch. New Brunswick, N.J. y Londres: Transaction Publishers; Henri Lefebvre, *The Production of Space*; Michel de Certeau (1984). *The Practice of Everyday Life*, trans. Steven Rendall, Berkeley: University of California Press; Michel de Certeau (1986). *Heterologies: Discourse on the Other*, trans. Brian Massumi, Minneapolis: University of Minnesota Press.

3 De Certeau, *The Practice of Everyday Life*, XV. Cuando utiliza esta frase, De Certeau cita en una nota al pie el trabajo de Lefebvre sobre la vida cotidiana como “recurso fundamental”.

o alejados, sino en los más comunes. Y aquí, ponen el énfasis en el consumo sin verlo únicamente como una fuerza negativa, como lo entienden algunos izquierdistas, sino también como un escenario de libertad, elección, creatividad e invención. De Certeau, que dedicó su obra fundamental *La práctica de la vida cotidiana* al “hombre común”, guarda un extraño silencio sobre el tema de las mujeres (a excepción de una mujer *flâneur* en su capítulo “Caminando la ciudad”).⁴ Lefebvre, sin embargo, a pesar de los momentos de exasperante sexismo y de una retórica inquietantemente esencialista, parece tener una aguda comprensión del papel de lo cotidiano en la experiencia de la mujer y de cómo el consumo ha sido su demonio pero también su liberador, y ofrece un escenario de acción que le otorga la entrada y el poder en la esfera pública. Este argumento ha sido desarrollado por varias teóricas feministas contemporáneas, incluidas Janet Wolff, Elizabeth Wilson, Anne Friedberg y Kristin Ross.⁵ Lo que comparten estas críticas, a pesar de sus muchas diferencias, es un énfasis en el placer, la intensificación de las impresiones sensoriales, la libertad y los excesos positivos del consumo como experiencias que contrarrestan las redes de control y monotonía de la vida diaria. Aquí, “otro” no es tanto una cuestión de lo que está fuera de la vida cotidiana —eventos caracterizados por ruptura, transgresión, diferencia— sino de lo que está contenido, y *potencialmente* contenido, dentro de ella. En resumen, su énfasis es populista, no vanguardista.⁶ Expresan el deseo de brindar felicidad y placer a muchos, en lugar de simplemente sacudir a aquellos que tienen la sofisticación textual o arquitectónica para comprender que se ha iniciado una nueva ruptura formal. Por supuesto, estos dos objetivos no tienen por qué ser exclusivos.

4 En su introducción también hay una referencia entre paréntesis a un ama de casa comprando en un supermercado (*ibid.*, XIX). Aunque De Certeau analiza muchas actividades en las que las mujeres son el centro —ocio, consumo, cocina—, rara vez considera estos temas en términos de sus implicaciones particulares para las mujeres. No obstante, su interés por la resistencia y las posiciones minoritarias, y su insistencia en la especificidad del lugar y la particularidad de las posiciones de los sujetos hacen que su escritura sea especialmente relevante para aquellos grupos cuyas actividades creativas y tácticas de resistencia han sido tradicionalmente oscurecidas.

5 Véase Janet Wolff (1990). *Feminine Sentences: Essays on Women and Culture*. Berkeley: University of California Press, pp.34-50; Elizabeth Wilson (1991). *The Sphinx in the City: Urban Life, the Control of Disorder, and Women*. Berkeley: University of California Press; Anne Friedberg (1993). *Window Shopping Cinema and the Postmodern*. Berkeley: University of California; Kristin Ross (1992). “Introducción” a Emile Zola *The Ladies’ Paradise*, Berkeley: University of California Press; Kristin Ross (1995), *Fast Cars, Clean Bodies*, Cambridge, MIT press. De las críticas aquí citadas, Ross es la más relacionada con Lefebvre y, al igual que Lefebvre, enfatiza la naturaleza de doble cara del consumo. Para un análisis profundo del consumo y el papel de las mujeres con respecto a la arquitectura, véase Leila Whittemore, “Women and the Architecture of Fashion in 19th-century Paris,” *a/r/c*, Architecture, Research and Criticism. Vol. Toronto (1994-1995), pp. 14-25.

6 En contraste con un linaje de teóricos franceses antes de 1968, no opongo la cultura popular a la cultura de masas; más bien, como De Certeau, las veo cada vez más sinónimas



ARQUITECTURA COTIDIANA Y DE OTRO TIPO

Esta noción de una “intensificación de lo cotidiano” —e incluso una apreciación de los placeres del consumo— no es algo totalmente nuevo para la arquitectura o la crítica de la arquitectura. Grupos e individuos tan diversos como los Situacionistas, el Independent Group, Denise Scott Brown y Robert Venturi, y Jane Jacobs han abordado todos estos problemas. Sin embargo, rastrear este linaje requiere una distancia crítica. Si bien algunos de los intentos de abrazar lo “cotidiano” han tenido éxito, o al menos han sugerido estrategias prometedoras, otros ahora parecen ineficaces o regresivos, con frecuencia con tintes de rebelión adolescente y machismo. Especialmente en el caso de los Situacionistas, las diferencias entre ciertas posiciones —en particular, la celebración del *shock*, la transgresión y la violencia— y la teoría deconstructivista no son tan claras.

Los Situacionistas, en deuda con Lefebvre y con quien el mismo Lefebvre estaba en deuda, propusieron una complicada mezcla de prácticas vanguardistas prolongadas que implican la negación y estrategias innovadoras que enfatizan el placer cotidiano y su intensificación.⁷ Estrenado formalmente en julio de 1957, el proyecto Situacionista podría resumirse como “la liberación de la vida cotidiana”. Esto implicaba estudiar toda la gama de sensaciones diversas que “uno encuentra por casualidad en la vida cotidiana” y luego proponer actos, situaciones y entornos que transformaron el mundo en esos mismos términos.⁸ Una de las principales técnicas Situacionistas fue la *dérive* —literalmente, “deriva”—, una especie de deambular sin sentido en la ciudad que abriría el entorno existente a nuevas consideraciones. Las *Mémoires* de Guy Debord, publicadas en 1959, evocan, a través de un montaje de citas variadas, la naturaleza de estas nuevas percepciones. Las investigaciones de encuentros urbanos casuales, locales cotidianos (calles, cafés, bares), y los deseos y técnicas latentes de la cultura de masas (cómic, cine, publicidad) —todos con fines radicales y nuevos— transmiten un entorno más accesible y literalmente heterotópico que los “otros” espacios de Foucault. Los Situacionistas atacaron tanto al arte burgués (alto modernismo) como a los movimientos vanguar-

7 A pesar de la obvia deuda de los Situacionistas con Lefebvre, a mediados de 1960 eran con frecuencia críticos con Lefebvre, acusándolo de presentar una “apariciencia” de libertad en lugar de una “auténtica” experiencia. Lefebvre continuó elogiando los proyectos de Constant en sus escritos, pero en 1960 el propio Constant había dejado a los Situacionistas debido a sus diferencias con Debord sobre el papel de la producción artística. La mejor descripción general de los Situacionistas se puede encontrar en el catálogo de una exposición patrocinada por el Institute of Contemporary Art in Boston, *On the Passage of a few people through a rather brief moment in time: The Situationists International 1957-1972*, ed. Elisabeth Sussman (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1989). El ensayo de Peter Wollen “Bitter Victory: The Art and Politics of the Situationists” es especialmente útil. Véase también Sadie Plant, *The Most Radical Gesture: The Situationist International in a Postmodern Age* (Londres y Nueva York: Routledge, 1992) y Ken Knabb, ed. y trad., *Situationist International Anthology* (Berkeley: Bureau of Public Secrets, 1981 [fecha original de publicación, sin copyright]; 2a edición, 1989).

8 Ivan Chitchevlov (1953)., “Formulary for a New Urbanism”. *Situationist International Anthology*,

distas anteriores, denunciando explícitamente el “optimismo tecnológico” de los futuristas, la “ostentosa rareza” de los surrealistas y las “rebeliones de juego” de Duchamp.⁹ Pero tanto como en sus predecesores, sus visiones del placer están impregnadas de sexismo, un sexismo inextricablemente entrelazado con su repulsión por la vida familiar burguesa. Ignoran categóricamente temas como la domesticidad, el cuidado de los hijos y la reproducción, de hecho, todos los aspectos de la situación de la mujer en la sociedad; insistentes alusiones al sexo, el libertinaje, la violencia, la crueldad y la locura sugieren una especie de vanguardia pueril, que lamentablemente puede haber dejado su herencia en el movimiento deconstructivista.¹⁰ Las *Mémoires* se sienten, como señala el crítico Greil Marcus, “como una hojeada de borracho por la enciclopedia del conocimiento común”.¹¹ (Una cita que aparece en el primer collage es “nuestra charla está llena de alcohol”.¹²) Debord llama a las mujeres “chicas”; y entre sus “chicas” se encuentran una modelo llamada Sylvie, una “hermosa esposa”, y la “pobre” Ann —la joven prostituta en *Confessions of an English Opium Eater* de Thomas De Quincey. Aquí, “otro” parece ser nuevamente en beneficio de la identidad masculina. Los pocos proyectos de arquitectura del pintor y arquitecto holandés Constant se encuentran entre las visiones estéticas más evocadoras y estimulantes de la década de 1950, anticipando el vocabulario formal de gran parte del trabajo deconstructivista.¹³ Los diseños de los situacionistas, en contraste con los de sus herederos formales, son asertivamente constructivos. Debord afirmó una vez que su objetivo era negar la negación.¹⁴ Sin embargo, su programa presenta otras dificultades.

9 Guy Debord (1957). “Report on the Construction of Situations and on the International Situationist Tendency’s Conditions of Organization and Action”. *Situations International Anthology*, 18, 19.

10 Algunos de los temas de los primeros escritos y proyectos de Bernard Tschumi (transgresión, lujuria, violencia, asesinato) recuerdan los de las obras situacionistas. Véase, por ejemplo, *Space: A Thousand Words* (Londres: Royal College of Art Gallery, 1975); *The Manhattan Transcripts* (New York and London. St. Martin’s Press/Academy Editions, 1981); *Questions of Strace*, Text 5 (Londres: Architectural Association, 1990). También debe tenerse en cuenta que Tschumi reconoce a Lefebvre como una fuente en sus escritos de principios y mediados de la década de 1970.

11 Greil Marcus (1989) en *On the Passage of a Few People through a Rather Brief Moment in Time The Situationist International, 1957–1972 Cambridge, MIT Press*, pp 127.

12 *Ibid.* 128.

13 El nombre completo de Constant era Constant Nieuwenhuys. En 1953 colaboró con el arquitecto holandés Aldo Van Eyck en una instalación de espacio de color. El relato más completo de Constant, incluyendo una selección de sus escritos, es Jean-Clarence Lambert, *Constant: Les Trois Espaces* (París: Editions Cercle d’Art, 1992). A pesar de la influencia obvia del trabajo de Constant en Tschumi y otros supuestos deconstructivistas, los situacionistas no se mencionan en el catálogo *Deconstructivist Architecture* del Museum of Modern Art.

14 En un artículo escrito con Gil J. Wolman, Debord afirma: “Es necesario ir más allá de cualquier idea de escándalo. Dado que la negación de la concepción burguesa del arte y el genio artístico se ha convertido en algo bastante viejo, el dibujo [de Duchamp] de un bigote en la *Mona Lisa* no es más interesante que la versión original de esa pintura. Ahora debemos llevar este proceso hasta el punto de negar la negación”. Guy Debord y Gil J. Wolman (1956)., “Methods of Detournement”. *Les Lèvres nues*, n.º 8, mayo, reimpr. En Ken Knabb (1995), ed., *Situationist International Anthology*, Berkeley, Bureau of Public Secrets.



Aunque el esquema utópico de Constant New Babylon, dedicado a una sociedad de juego posrevolucionaria, propone un uso comunal y festivo del espacio, también tiene connotaciones peculiarmente conductistas en su intento de fabricar emociones.¹⁵ Lo que él llama refugios del sector amarillo albergan una zona de juego completa, que incluye casas laberínticas para aventuras sin fin; y también hay una sala sorda, una sala de gritos, una sala de eco, una sala de reflexión, una sala de descanso y una sala de juego erótico. Se supone que los muros de posición flexible y los modos fluidos de circulación del proyecto permitirán a los habitantes cambiar su entorno, pero la correlación de la psicogeografía entre el entorno físico y la emoción, y la sensación sofocante de que “no hay salida” de este mundo feliz, parecen matar la libertad misma de descubrimiento y azar tan celebrado por el grupo. De hecho, la indeterminación programada de New Babylon elimina la privacidad, la vida doméstica, las obligaciones sociales y la lealtad a los lugares —la mayor parte de la vida cotidiana como la conocemos. Las nociones de deriva, tan difíciles de hacer arquitectónicas, se reducen a un proyecto para un “campamento gitano” ciertamente seductor. Menos abiertamente revolucionario y menos arraigado en la filosofía, pero con una mayor comprensión de la vida diaria como la experimenta la mayoría, es el trabajo del Independent Group (IG) en Londres. En contraste con la fascinación de los situacionistas por los vagabundos y los bares, los participantes del IG examinaron las condiciones más “normativas” de la vida doméstica y comercial de la clase trabajadora y de la clase media baja. Abrazaron la cultura de masas estadounidense como un contraste tanto de las privaciones de la Gran Bretaña de la posguerra como de la esterilidad de la abstracción modernista, y se sintieron especialmente atraídos por un aspecto de la cultura de masas que había sido en gran parte descuidado en la primera fase del movimiento moderno: la publicidad. Esta ruptura con las imágenes de la producción de los Años de la Máquina fue una postura autoconscientemente proclamada por Alison y Peter Smithson en su manifiesto de 1956: “Gropius escribió un libro sobre silos de grano, Le Corbusier uno sobre aviones, [...]. Pero hoy recopilamos anuncios”.¹⁶ Tampoco los Smithson pasaron por alto los matices femeninos de esta nueva visión de la cultura de masas cuando aludieron a la “esposa

15 Constant (1970.). “New Babylon”..*Programs and Manifestoes on 20th-Century Architecture*, ed. Ulrich Conrads, trad. Michael Bullock. Cambridge, Mass: MIT Press, pp. 177 - 78; Constant (1960.). “Description de la zone jaune”.. *Internationale situationniste*, n.º 4, junio, 23-26. Véase también el sugerente comentario de Anthony Vidler, “Vagabond Architecture”, en *The Architectural Uncanny: Essays in the Modern Unhomely*, pp. 212-213, y Hilde Heynen, “New Babylon: The Antinomies of Utopia”, *Assemblage*, n.º 29 (abril de 1996), pp. 24-39.

16 Alison y Peter Smithson, “But Today Collect Ads”, *Ark* 18 (noviembre de 1956), reimpr. en David Robbins, ed. *The Independent Group: Postwar Britain and the Aesthetics of Plenty* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1990), p. 185.

del mecenas que hojea las revistas”.¹⁷ Los escritos y diseños del Independent Group comienzan a sugerir la doble naturaleza del consumo como opresión y liberación, y su significado particular para las mujeres.

La arquitectura de los Smithson encarna claramente una crítica temprana del elitismo de vanguardia y su abandono de las preocupaciones “cotidianas”. Por más inclusivos que fueran los objetivos iniciales del movimiento moderno, en la década de 1950 representaba el formalismo estilístico y el funcionalismo abstracto alejados de las necesidades humanas reales. Reyner Banham calificó la obra de los Smithson como un *architecture autre*, —no por su marginalidad iconoclasta, sino por su insistencia en la banalidad y el realismo.¹⁸ La vivienda, la calle (no solo el corredor de tráfico) y el patio de recreo eran escenarios para explorar; y si su sensibilidad por el humor pop significó incluir imágenes de Joe Dimaggio y Marilyn Monroe en un fotomontaje de la calle aterrazada de Golden Lane, las vistas exteriores de este complejo de viviendas sin construir mostraban la ruina urbana existente con un realismo conmovedor. Las fotografías de sus pocos proyectos construidos incluían habitantes reales (niños, ancianos), no vagabundos de vanguardia. Los diseños de los Smithson lograron un delicado equilibrio entre la invención y la apreciación de lo ordinario —un equilibrio que sin duda fue apreciado por arquitectos más que por la población en general. Si bien su negativa al compromiso puede tener connotaciones elitistas, su visión inclusiva comenzó a abordar (al menos en la esfera de su profesión) lo que Andreas Huyssen ha llamado “la Gran Brecha” entre el movimiento moderno y la cultura de masas.¹⁹ Sin embargo, la aceptación del Independent Group de la cultura consumista no estuvo exenta de su propia ambigüedad política. Como señaló Banham, “Nos gusta el pop que es cultura de aceptación, capitalista y, sin embargo, en nuestra política formal, si se me permite la expresión, la mayoría de nosotros pertenecemos firmemente al otro lado”.²⁰

Denise Scott Brown (una de las herederas ambivalentes de los Smithson) y Robert Venturi rompen aún más definitivamente con el dogma modernista en su defensa de la cultura consumista. En sus publicaciones, exposiciones y ense-

17 *ibid.*, 186. Quizás no sea una coincidencia que las mujeres desempeñaran un papel activo, aunque no abiertamente público, en el Independent Group. Mary Banham escribió: “Las mujeres, todas jóvenes y algunas con niños, creyeron más firmemente que todos. Pusimos nuestros mejores esfuerzos en la discusión en curso; abrimos nuestras casas para proporcionar los lugares; trabajamos en publicidad; diseñamos e instalamos exhibiciones; y hablamos, escuchamos y escribimos”. Mary Banham (1990). “Retrospective Statements”.. *The Independent Group*, 187.

18 Reyner Banham utilizó por primera vez el término *une architecture autre* en su ensayo “The New Brutalism”, *Architectural Review* 118, n.º 708 (diciembre de 1955): 361.

19 Andreas Huyssen (1986). *After the Great Divide. Modernism, Mass Culture, Postmodernism*. Bloomington: Indiana University Press.

20 Reyner Banham (1963). “The Atavism of the Short Distance MiniCyclist”.. *Living Arts* reimpr. en *The Independent Group*, 176. En el párrafo anterior, Banham dejaba en claro que “el otro lado” está “de alguna manera orientado a izquierdas, incluso a la protesta”.



ñanzas de la década de 1970 (más notablemente, *Learning from Las Vegas* y la exposición *Signs of Life*²¹ del Smithsonian Institution), aluden a un mundo olvidado tanto en la arquitectura moderna como en el paisaje heterotópico de Foucault: el supermercado A & P, Levittown, casas móviles, tiendas de comida rápida —el medio de la gente común de clase media y baja. *Learning from Las Vegas* contiene una sobredosis de moteles de luna de miel y casinos de juego, pero en contraste con los espacios heterotópicos de Foucault o los ejemplos de lo siniestro de Anthony Vidler, este paisaje no es privilegiado por su diferencia o extrañeza, sino que se toma como parte de un continuo de la existencia diaria. Al igual que Independent Group, Scott Brown y Venturi otorgan al mundo de las mujeres, los niños y las personas mayores —la cultura doméstica— un lugar en la cultura estética. Incluso el Dr. Seuss recibe homenaje en el ensayo *Casabella* de 1971 de Scott Brown, con su lema *Hop on pop*.²²

Lo que se ha observado con menos frecuencia es que Scott Brown también ofrece una de las críticas más agudas e ingeniosas del machismo que subyace a la arquitectura moderna y la profesión en general. En *Learning from Las Vegas*, los autores caracterizan el movimiento moderno como “heroico y original”, “violento de alta aventura”, “un grupo de jóvenes enojados menores de 30 años”, “imponiendo en todo el paisaje representaciones heroicas de las creaciones singulares de los maestros”. No menos mordaces son sus comentarios sobre la arquitectura contemporánea en 1970. Mientras que los incondicionales arquitectos modernos de esa época son “revolucionarios de la arquitectura envejecidos que manejan los foros de revisión y que han logrado certeza estética”, los diseñadores de vanguardia como Archigram son los “últimos jadeos megalómanos” de un león rebelde pueril: “mira mamá, no hay edificios”.²³ La crítica de Scott Brown y Venturi a los heroicos diseños gestuales de la década de 1960 podría aplicarse igualmente bien a obras deconstructivistas más recientes:

21 Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour, *Learning From Las Vegas*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1981 (orig. 1972, 2d. ed. 1977); *Signs of Life, Symbol! in the American City*, Smithsonian Institution, Renwick Gallery, 26 febrero - 30 septiembre, 1976. Si bien Scott Brown y Venturi enfatizan la naturaleza intensamente colaborativa de sus escritos (Denise Scott Brown y Robert Venturi, entrevista de Mary McLeod y Stanislaus von Moos, 18 de marzo de 1996, Filadelfia), las tensiones populistas y los pasajes polémicos más agudos que atacan el machismo de los arquitectos y las posturas heroicas recuerdan más a los escritos independientes de Scott Brown que a los de Venturi. Uno nunca caracterizaría estos pasajes como parte de un “manifiesto gentil” (la propia descripción de Venturi de *Complexity and Contradiction*).

22 Denise Scott Brown, “Learning from Pop,” *Casabella*, n.º. 359-360 (diciembre 1971); reimpr. en *A View from the Campidoglio* de Robert Venturi y Denise Scott Brown (Cambridge: Icon Editions, Harper and Rowe, 1984), 32. Muchos han argumentado que el populismo de Scott Brown y Venturi se ve comprometido por su ironía y su sensibilidad “pop”, especialmente en un proyecto como Guild House, donde el simbolismo a veces parece más producto de una provocación estética que de una sensibilidad hacia las sensibilidades o necesidades de los ocupantes. No obstante, la apreciación de Scott Brown y Venturi por la cultura de masas y la atención al gusto de la clase media y baja ha servido como un antídoto importante contra las restricciones estéticas del movimiento moderno.

23 Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour, *Learning from Las Vegas*, pp. 165, 149.

Nuestros símbolos heroicos y originales, desde *careci* hasta Cape Kennedy, alimentan nuestros egos románticos tardíos y satisfacen nuestra sed de espacio expresionista y acrobático para una nueva era en la arquitectura.²⁴

A lo largo de *Learning from Las Vegas*, Scott Brown y Venturi transmiten una comprensión intuitiva de los problemas de la subjetividad universal, una idea que algunos teóricos de la arquitectura actuales quisieran reclamar como propia. Usan el término *Hombre* con sarcasmo, por ejemplo, aludiendo a los expertos en estética que “construyen para el Hombre más que para las personas”.²⁵

Sin embargo, el populismo de Scott Brown y Venturi, que parece tan alejado del iconoclasta *epater la bourgeoisie* de tanto vanguardismo, plantea otras cuestiones políticas. Si bien desafían la postura de originalidad heroica incrustada en gran parte del modernismo, su misma preocupación por lo cotidiano se vuelve a veces precariamente cercana a un respaldo del *statu quo*. ¿Debe la afirmación de aquellos grupos tradicionalmente descuidados por las vanguardias excluir necesariamente una invención y un cambio sustanciales? ¿Y “ordinario” debe ser necesariamente entendido como feo o mundano? En definitiva, se anhela un poco más de “otro” —otro, una nueva visión que surge de su propia sensibilidad por lo cotidiano.

Podría decirse que el crítico más influyente en enfatizar los temas del “día a día” en la arquitectura fue una no-arquitecta, Jane Jacobs, cuyo libro de 1961, *The Death and Life of Great American Cities* (publicado casi una década antes que *Learning from Las Vegas*), tuvo un poderoso impacto en toda una generación de críticos sociales y de arquitectura que surgieron en los años 1960 y 1970.²⁶ Si bien el libro precedió al advenimiento del feminismo moderno en los Estados Unidos y no hace del género un tema específico, el paisaje urbano de Jacobs surge, como ha argumentado Elissa Rosenberg, explícitamente a partir de la experiencia de la mujer.²⁷ Una perspectiva doméstica es fundamental para el desarrollo de la idea de Jacobs sobre la mixticidad de usos. Esta propuesta no es solo un ataque a la segregación funcional de la arquitectura moderna, sino un desafío implícito a la división tradicional entre vida doméstica y pública.²⁸ Jacobs rechaza deliberadamente los modelos teóricos y se basa en la observación empírica para examinar cómo se utiliza realmente el espacio. De los indivi-

24 *Ibid.*, 148.

25 *Ibid.*, 154.

26 Jane Jacobs (1961). *The Death and Life of Great American Cities*. Nueva York: Vintage Books. Jane Jacobs es citada en *Learning from Las Vegas*, p. 81.

27 Elissa Rosenberg (1994)., “Public and Private: Rereading Jane Jacobs”. *Landscape Journal* 13, n.º 2 (otoño), pp. 139-44. Estoy en deuda con la lectura perspicaz de Rosenberg de Jacobs por varios puntos importantes en mi análisis de *Muerte y vida de las grandes ciudades*

28 *Ibid.*, 139.



duos discutidos en este ensayo, ella se acerca más a comprender la petición de De Certeau de una descripción de las ciudades, no desde la vista de pájaro, sino desde la experiencia del peatón, del usuario cotidiano. Y el terreno que describe es muy diferente al que atraviesan los *flâneurs* de Baudelaire, a las cárceles y burdeles de Foucault, o los bares situacionistas y campamentos gitanos. Lo que se evoca en sus descripciones del West Village de Nueva York y el North End de Boston es una vida pública informal: el mundo de la escalinata, la panadería del vecindario, la tintorería y, lo más importante, la calle; y con estos vienen nuevos temas —madres en el parque, niños, tenderos y quiosqueros. En contraste con Foucault y Mike Davis, quienes están preocupados por la vigilancia y el control (un reflejo, diría yo, de su propia subjetividad no dicha como hombres, hombres relativamente fuertes), Jacobs se preocupa por la libertad y la seguridad de los niños, las personas mayores y los más vulnerables a los ataques. Jane Jacobs otorga un sentido público a la vida doméstica, uno que rechaza la segregación de sexos y funciones.

Se trata de una visión que comparte mucho con el pensamiento posmoderno: un interés por difuminar categorías, por la diversidad, por comprender y disfrutar de un medio genuinamente heterotópico. La imagen detallada y vibrante de Jacobs de la vida urbana cotidiana abre la puerta a una reevaluación crítica de las divisiones sociales y funcionales que se materializan en la forma física del desarrollo económico moderno. Pero también hay una nostalgia y una dimensión conservadora en su interpretación de Hudson Street como un orden natural. Su descripción de la ciudad como un “sistema autorregulado” pasa por alto el potencial positivo de la acción humana y la transformación cultural y, a pesar de su agudo análisis de muchos aspectos de la vida diaria, el libro ofrece pocas ideas para confrontar las conexiones entre el espacio y el poder.²⁹

“OTRAS” ARQUITECTURAS

Lo que he intentado hacer en este breve estudio es señalar otra serie de preocupaciones que de alguna manera se han olvidado en la plétora de escritos teóricos recientes sobre el deconstructivismo. Estos ejemplos se citan no como respaldo sino como territorio para repensar. En el lado positivo, ofrecen modelos de producción arquitectónica que contrarrestan las nociones de elitismo cultural y rebelión artística aislada, encontrando un estrato de creatividad e invención en terrenos más familiares. Exploran —con diferentes grados de éxito— la brecha entre la arquitectura y lo que las personas hacen de ella, viendo a sus ocupantes ya no simplemente como consumidores pasivos o víctimas, sino también como actores vitales que aportan una multiplicidad de nuevas imágenes y modos de ocupación. Aunque estos grupos e individuos no

29 *Ibid.*, 143-44. Véase también Thomas Bender (1984). .“Jane in the Cities”. *The Nation* 238, n.º 21 (2 de junio).

pueden proporcionar un marco para la acción política (ni ninguno lo pretende explícitamente, excepto los Situacionistas), articulan una gama de preocupaciones desatendidas en los análisis políticos tradicionales y las críticas teóricas. De manera más optimista, estas posiciones arquitectónicas encarnan nuevas formaciones sociales y culturales. Sin embargo, también debe afirmarse que cualquier rehabilitación superficial de lo “ordinario” se vuelve fácilmente problemática. Por supuesto, no existe un “hombre común”, como tampoco hay un “otro” universal. A pesar del reconocimiento de Lefebvre y De Certeau de la fluidez polimorfa de lo “cotidiano”, los principios populistas con frecuencia homogeneizan y subsumen estratificaciones de poder, como clase, género y raza, en deterioro de la práctica y polémica de la arquitectura contemporánea. Lo “ordinario” se convierte en una racionalización de las fuerzas del mercado y el consumo pasivo; el “sentido común” se convierte en un medio para evitar los rigores de la crítica ideológica. Por progresivas y radicalmente generativas que fueran las propuestas de Scott Brown y Jacobs en sus inicios, la historia posterior de la arquitectura posmoderna, y su fácil cumplimiento con las fuerzas del auge de la década de 1980, invita a la cautela. De hecho, la descarada mercantilización del posmodernismo alimentó la atracción por las pretensiones subversivas del deconstructivismo.

Pero ese tiempo ha pasado y ahora el deconstructivismo mismo se enfrenta a la cooptación. La transgresión y la conmoción se han convertido en sí mismos en parte de la mercantilización de la cultura (grunge, ropa deconstruccionista, el aspecto *junky*, exposiciones del MoMA, libros de mesa de café Decon); los practicantes deconstructivistas son miembros firmemente arraigados del establecimiento cultural. En este ambiente, parece que una reconsideración de la vida cotidiana podría servir como antídoto no solo contra el solipsismo y los sesgos implícitos en gran parte de la teoría de la arquitectura contemporánea, sino también para la mercantilización de la rebelión “de vanguardia”. Recientemente, ha habido algunos signos de un cambio de mentalidad en la arquitectura estadounidense. La “política” —feminismo, cuestiones de identidad de gays y lesbianas, raza, etnia— han comenzado a adquirir cierta capacidad de moda en los círculos académicos, aunque a menudo en el marco de las corrientes derridianas anteriores. Parecería que estos desarrollos también podrían ganar en vitalidad y amplitud si se reconsideraran temas como el consumo, la cultura de masas y el gusto popular. ¿Existen posiciones política y estéticamente constructivas más allá de la pura negación? ¿Pueden los edificios y el espacio urbano verse también en términos de placer, comodidad, humor y emoción? ¿Hay “otras” arquitecturas para explorar, menos herméticas y más comprometidas con la vida emocional y física de los individuos?



EPÍLOGO

Siempre es más seguro para un crítico de arquitectura evitar mostrar imágenes ejemplares o instrumentales; no solo salva al crítico de la vergüenza (los ejemplos rara vez parecen estar a la altura de las grandiosas afirmaciones), sino que también invita al cierre. Sin embargo, quisiera proponer —con modestia— dos lugares urbanos que creo que escapan a los mecanismos de la disciplina, y no principalmente a través de la negación o la transgresión. No se citan aquí ni como prescripciones sociales ni como modelos formales, sino simplemente como lugares que podrían sugerir otras tácticas urbanas. Ambos sitios, quizás no por casualidad, fueron diseñados en parte por mujeres, mujeres que no estaban exactamente al frente de la cultura de vanguardia (una al principio de su carrera, la otra más tarde). Ambos sitios son populistas y muy populares entre la gente común. Uno es gracioso, ingenioso; el otro es profundamente contemplativo e implica participación. El primero es la Fuente Stravinsky de Niki de Saint-Phalle y Jean Tinguely, adyacente al Centro Pompidou de París. El segundo es el Monumento a los Veteranos de Vietnam de Maya Lin, en Washington, D.C. Ambos presentan posibilidades de espacio arquitectónico más allá de la conformidad o la disrupción, tanto cotidiana como de otro tipo.



Las mujeres y la construcción de la casa moderna: una historia social y arquitectónica (introducción)

Alice T. Friedman



Alice T. Friedman (1950) es historiadora norteamericana de la arquitectura y profesora de Historia del Arte estadounidense en el Wellesley College, donde se centra en la arquitectura moderna y la historia del diseño, particularmente interesada en la historia social y cultural de la arquitectura, con énfasis en cuestiones de género, mecenazgo e historia del gusto, tanto en Estados Unidos como en Europa, desde 1750 hasta la actualidad. Es directora fundadora del Programa de Arquitectura en Wellesley, donde ha construido un enfoque distintivo y reconocido internacionalmente para la educación arquitectónica. También dirige el Programa McNeil de Estudios de Arte Estadounidense. Ha escrito los libros *House and Household in Elizabethan England* (1989) y *American Glamour and the Evolution of Modern Architecture* (2010).

Fragmento seleccionado de Alice T. Friedman (1998). *Women and the Making of the Modern House: a Social and Architectural History* (Introducción). Yale University Press, pp. 8-31. Trad. Luciana Pellegrino.



Cuando Frank Lloyd Wright se sentó a escribir su autobiografía a finales de la década de 1920, dedicó parte de su prosa más apasionada e irregular a dejar las cosas claras sobre dos clientas: Aline Barnsdall y Alice Millard. Al contar cómo había diseñado y construido sus casas en el área de Los Ángeles durante la década de 1920, Wright explicó que la belleza romántica del paisaje de California lo había inspirado a vuelos sin precedentes de imaginación artística. Para él, la extensa casa de Barnsdall en Olive Hill, en Hollywood (una casa con patio destinada a ser la pieza central de una nueva comunidad teatral), era “una romanza californiana”, y comparó su “poética de la forma” con una pieza musical que ofrece al músico “forma libre o libertad para hacer la propia forma”. La “casa-estudio” de Millard en Pasadena, diseñada como hogar y sala de exposición para su negocio de libros raros y antigüedades, la llamó La Miniatura; declaró que iba a ser “nada menos que una expresión claramente genuina de California en términos de la industria moderna y la vida estadounidense”.¹ Estas casas establecieron nuevos estándares para la arquitectura estadounidense, insistió Wright, pero hubo serios problemas con ambas, y él quería explicar por qué.

Como clientes mujeres, se quejó Wright, Barnsdall y Millard eran particularmente susceptibles a las manipulaciones de los constructores cuyo objetivo era desviar su dinero mientras socavaban su confianza en el arquitecto. Además, como mujeres “solas” (Barnsdall no estaba casada y Millard era viuda), estaban rodeadas de “amigos” y asesores, y una brigada “*te lo dije*” decidida a “protegerlas” y robarles su lealtad.² ¿Qué pasaba con un contratista, preguntó Wright, “que inspira confianza en el cliente, especialmente si el cliente es una mujer?”.³ Barnsdall y Millard depositaron su confianza en sus constructores “como un seguro contra lo que podría resultar una devoción mental a una idea por parte del arquitecto”.⁴ El último punto fue particularmente difícil de entender: nunca importó que los techos goteen, ¿no habían venido estas mujeres a él para realizar sus sueños?⁵

El desafío, como sugirió Wright, era equilibrar las duras realidades del programa y el presupuesto con las fantasías desbocadas que estos proyectos le inspiraban. Había inventado un nuevo sistema de construcción de bloques de hormigón

1 Frank Lloyd Wright (1992). *An Autobiography*, Bruce Brooks Pfeiffer (ed.), *Frank Lloyd Wright: Collected Writings*, vol. 2, Nueva York: Rizzolipp. 267-76, 279-89; De “La Miniatura”, véase Neil Levine, *The Architecture of Frank Lloyd Wright* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1996), pp. 154-56, y Ward Ritchie, “Alice Millard as I Remember Her,” *Bookman’s Weekly*, feb. 13, 1995, pp. 648-66. Agradezco a Charles Vood por alertarme sobre esta última referencia.

2 *Ibid.*, pp. 273, 288.

3 *Ibid.*, p. 284.

4 *Ibid.*

5 *Ibid.* Wright escribió que “toda idea [...] entra y encuentra la vida, como lo hace un niño recién nacido”; y que estaba “en manos del autor de su ser defenderlo [...] salvar su vida continuamente”.

para La Miniatura y estaba decidido a hacerlo funcionar, pero tuvo que confesar que los amigos de Millard probablemente tenían razón: para él, La Miniatura se había convertido en “mucho más que una simple casa”, fue “equivalente a una pasión”.⁶ Describió cómo se llamaba a sí mismo “el tejedor” cuando la soñaba:

Surgieron visiones de una nueva arquitectura para una nueva vida, la vida de la romántica y hermosa California, la reacción de un pueblo que hasta ahora no había despertado. Otros edificios surgieron plenamente en mi mente desde ese humilde comienzo en una asombrosa variedad y belleza. Gradualmente, todas las complicaciones y los gastos innecesarios del sistema de construcción traicionero y derrochador de todo un país se fueron echando por la borda [...]. Y debo admitirlo: olvidé por completo que este pequeño edificio pertenecía a Alice Millard. ¡Palladio! ¡Bramante! ¡Sansovino! ¡Escultores todos! Aquí estaba yo, el “tejedor”. ¿Qué no podría surgir ahora de este pequeño lugar común?⁷

Millard, a quien Wright describió como “leve pero inexorablemente captada por los destinos arquitectónicos y utilizada como gran ejemplar”, se aferró con valentía a su proyecto mientras el arquitecto y el constructor luchaban a su alrededor.⁸ Su determinación fue recompensada: porque ella había “luchado por ello y ganado”. Wright concluyó que La Miniatura era “el hogar de Millard en más de su sentido ordinario”.⁹

Wright tenía mucho más que decir sobre Barnsdall (la historia de su casa se cuenta en el primer capítulo de este libro) y está claro en su autobiografía que tenía sentimientos intensos y conflictivos hacia ella, no solo como clienta sino como una mujer. Ella era, escribió, “un espíritu inquieto”, cuyo amor por el teatro la mantuvo lejos de casa durante meses, era “tan doméstica como una estrella fugaz”.¹⁰ Sin embargo, estaba claro que Wright la respetaba: era ambiciosa y tenía una visión, al igual que él. No es de extrañar que chocaran a cada paso. Al final, fue su incapacidad para tomar el control de la “California Romanza” de Barnsdall, incluso después de usar todas las tácticas en su amplia bolsa de trucos, lo que más lo irritó. En su autobiografía, puso en duda su identidad como mujer: “La señorita Barnsdall no quería un hogar ordinario”; Wright declaró, “porque no era una mujer común”, “si hubiera podido negar que lo era, podría haberlo hecho. Pero el hecho continuamente la angustió y la confundió de sus grandes objetivos”.¹¹

6 *Ibid.*, p. 285.

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*, pp. 282, 286.

9 *Ibid.*, p. 288.

10 *Ibid.*, p. 271.

11 *Ibid.*, pp. 269-270.



Empiezo este libro con Frank Lloyd Wright y sus clientas por varias razones. Wright claramente tenía opiniones sólidas sobre las mujeres (y sobre los clientes en general), y debido a que fue tan franco, su autobiografía abre un abanico de preguntas. Por ejemplo, ¿qué era “una mujer corriente” para Wright, un hombre del medio oeste nacido en 1867 y que escribía a finales de la década de 1920? ¿Qué era “una casa ordinaria” y qué no lo era? ¿Por qué las luchas por la propiedad y el control, entre arquitecto y cliente, o entre arquitecto y constructor, eran tan frecuentes y tan amargas? Wright tenía una amplia experiencia en estos asuntos, habiendo completado docenas de casas durante sus años en Oak Park y luego en California, y habiendo hecho un estudio particular de la vivienda unifamiliar a lo largo de su carrera.¹² Además, los clientes de Wright incluían bastantes mujeres de voluntad fuerte: además de Millard y Barnsdall, Wright diseñó casas para Susan Lawrence Dana, Queene Ferry Coonley, Mamah Borthwick Cheney (quien se convertiría en su compañera y amante), Alma Goetsch y Kathrine Winkler, todas las cuales tenía creencias profundamente sentidas sobre la reforma social, la vida doméstica y los nuevos roles de la mujer en la sociedad estadounidense.¹³

Estas clientas acudieron a Wright con sus proyectos debido a su reputación como arquitecto que, como ellas, valoraba mucho la casa como fuerza de cambio en la sociedad estadounidense.

Las casas que Wright diseñó para sus clientas se encuentran entre sus obras más interesantes e innovadoras. Un arquitecto que aprovechó cada nuevo encargo como una oportunidad para experimentar —uno piensa inmediatamente en la Casa de la Cascada o el Museo Guggenheim. Wright a menudo soñaba con edificios dramáticos y originales para sus clientes y luego se vio obligado a defender sus ideas frente a la oposición escéptica, como dijo en el caso de los proyectos de Millard y Barnsdall. Inspirado por sitios difíciles y materiales de construcción desconocidos, estaba en su mejor momento cuando se enfrentaba a nuevas circunstancias y problemas aparentemente insolubles. El desafío de diseñar casas para clientas no convencionales cuyos programas eran híbridos de actividades domésticas tradicionales e inusuales, aunque fuera una ocurrencia mucho más rara para Wright o cualquier otro arquitecto, tuvo un efecto similar.

12 Véase Levine, *Frank Lloyd Wright*, cap. I, 2. De “Wright’s clients”; Leonard K. Eaton (1969). *Two Chicago Architects and Their Clients: Frank Lloyd Wright and Howard Van Doren Shaw*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

13 Para Coonley, véase Theodore Turak (1991). “Mr Wright and Mrs. Coonley”. Richard Guy Wilson y Sidney Robinson (eds.). *Modern Architecture in America: Visions and Revisions*. Ames: Iowa State University Press, pp. 144-63. Para el feminismo de Cheney y su influencia en Taliesin, véase Anthoni Alofsin (1993). *Frank Lloyd Wright: The Lost Years, 1910-1922*. Chicago: The University of Chicago Press pp. 26-28, 44-46, 91-100; Levine, *Frank Lloyd Wright*, cap. 4.

La casa de Susan Lawrence Dana de Wright de 1902-1904, en Springfield, aunque no es tan conocida o documentada como las casas estudiadas en detalle en los capítulos siguientes, sugiere algunas de las razones de este fenómeno. Construida para una viuda adinerada de poco más de cuarenta años, era “una casa diseñada para albergar la colección de arte de su propietaria y para entretenimiento en gran medida” Sin embargo, era evidente que tenía muy poco de la casa convencional.¹⁴ Extendiéndose horizontalmente en un terreno largo y plano de casi media cuadra de la ciudad, con paredes de ladrillos transparentes y techos altísimos, la Casa Dana incluía una galería de arte y una biblioteca, así como una sala de estar de doble altura con una fuente, comedor de doble altura con una galería de juglares, sala de estar y suites de tres recámaras, ocupadas por Dana, su madre y una prima. Muchas de estas salas tienen el carácter monumental de espacios públicos, lo que sugiere un nuevo nivel de formalidad e importancia para las actividades de las mujeres que las habitaban.

La decisión de Dana de construir su casa se produjo rápidamente después de la muerte de su esposo, Edwin, en 1900, y de su padre, Rheuna D. Lawrence, en 1901.¹⁵ La casa estaba destinada, en parte, a servir como un monumento a Lawrence, cuyo legado había permitido a su hija construirla y así asumir un lugar muy visible en la sociedad de Springfield como filántropa y anfitriona. Miembro fundador del Club de Mujeres de Springfield y líder en organizaciones benéficas locales, Dana usó su casa como un lugar de exhibición de su activismo social, entreteniéndolo a políticos prominentes y visitantes de fuera de la ciudad (incluida una delegación encabezada por Jane Addams, que fue a Springfield en 1909 para hacer campaña por el sufragio femenino) y albergar espléndidas recepciones para mujeres y niños locales (se alentó a estos últimos a tomar prestados libros de la biblioteca).¹⁶ Con numerosos niveles de cambios, iluminación teatral, amplias vistas y salas de planta abierta, el diseño de Wright enmarcó y puso en primer plano las actividades de Dana, reforzando sus propósitos a través del

14 Frank Lloyd Wright (1911). *Ausgefilterte Bauten und Entwürfe von Frank Lloyd Wright*. Berlín: Wasmuth; citado en Donald Hoffmann (1996). *Frank Lloyd Wright's Dana House*. Mineola, N. Y.: Dover, pp. 13-14.

15 Para conocer la historia del proyecto, véase Hoffmann, *Dana House*, 3-28. No se conserva ninguna correspondencia de la oficina relacionada con el proyecto. Véase también James R. Allen, Donald P. Hallmark y Richard S. Taylor, *Dana-Thomas House* (Springfield, Ill: Dana-Thomas House Foundation, 1989). Para Dana, véase Richard S. Taylor, “Susan Lawrence Dana, Feminist”, en Mark Heyman y Richard S. Taylor, *Frank Lloyd Wright and Susan Lawrence Dana: Two Lectures* (Springfield, Ill: Dana-Thomas House Foundation, 1985), pp. 1-17; “Susan Lawrence” de Taylor, manuscrito inédito, Office of Research and Publications, Historic Sites Division, Illinois Department of Conservation, 1982. Agradezco a Richard S. Taylor por poner este estudio a mi disposición.

16 Richard S. Taylor, “Susan Lawrence Dana, Feminist”, en Mark Heyman y Richard S. Taylor, *Frank Lloyd Wright and Susan Lawrence Dana: Two Lectures* (Springfield, Ill: Dana-Thomas House Foundation, 1985) pp. 3-4, 10-12, y “Susan Lawrence,” manuscrito inédito, Office of Research and Publications, Historic Sites Division, Illinois Department of Conservation pp. 31, 43-44, 52-53, 57-58.



drama arquitectónico. De esta manera, la Casa Dana sirvió como un centro cultural y comunitario semipúblico con Dana como su directora, ocupando el centro del escenario, literalmente, ya que la galería podría usarse como un pequeño teatro.

La Casa Dana centra la atención en cuestiones de género, supuestos culturales y convenciones arquitectónicas que son elementos críticos de la historia y el análisis de casas diseñadas y construidas para clientas mujeres. Pero también plantea una pregunta más fundamental, con la que comenzó mi investigación para este proyecto: ¿Por qué las clientas independientes fueron catalizadoras tan poderosas para la innovación en proyectos domésticos? Si uno mira no solo la carrera de Wright, sino también el trabajo de Le Corbusier, Ludwig Mies van der Rohe y otros, queda claro que las casas que estos arquitectos diseñaron para mujeres jefas de hogar se encuentran entre sus obras más significativas, y muchas han de convertirse en monumentos de la historia de la arquitectura del siglo xx. Dado que los hogares encabezados por mujeres son atípicos en cualquier período, ¿por qué un número inesperadamente grande de las casas más significativas y originales construidas en Europa y América en el siglo xx, casas que se destacan no solo como ejemplos de diseño moderno sino también por sus enfoques innovadores del espacio doméstico, fueron encargados por clientas? Este libro se centra en seis de los ejemplos más conocidos, combinando la historia social y arquitectónica para investigar los roles desempeñados tanto por arquitectos como por clientes, y explorar los procesos de colaboración y negociación a través de los cuales se tomaron decisiones sobre el programa y el diseño.¹⁷

Durante los últimos veinte años, los historiadores de la arquitectura han estado utilizando enfoques interdisciplinarios para analizar la evolución de la arquitectura doméstica en Europa y América en el contexto de comportamientos y valores sociales cambiantes, especialmente entre la clase media. Utilizando cartas, manuales de consejos, libros de etiqueta y otros documentos como evidencia, los historiadores han demostrado cómo las actitudes sobre fenómenos tales como la vida familiar, la privacidad, el comportamiento social y la educación de los niños han contribuido a cambios en el diseño de viviendas unifamiliares y hogares suburbanos en Europa y Estados Unidos.¹⁸ La historia de las mujeres

17 Un indicio de la importancia de estas casas es la frecuencia con la que se discuten e ilustran en estudios de arquitectura moderna: véase, por ejemplo, William R. Curtis, *Modern Architecture Since 1900*, 3.^a ed. (Nueva York: Prentice Hall, 1996), donde se ilustran cinco de las seis casas analizadas en este libro; Kenneth Frampton, *Modern Architecture: A Critical History*, 3.^{aa} ed. (Nueva York: Thames y Hudson, 1992), donde se ilustran tres; y Manfredo Tafuri y Francesco Dal Co, *Modern Architecture*, 2 vols. (Nueva York: Rizzoli, 1986), donde se ilustran tres casas y se discute una cuarta (la Casa Farnsworth).

18 Los mejores ejemplos de este tipo son Mark Girouard (1977). *Life in the English Country House: A Social and Architectural History*. New Haven: Yale University Press; Clifford Edward Clark (1986). *The American Family Home, 1800-1960*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

ha sido un foco particular en el trabajo de escritoras como Gwendolyn Wright y Dolores Hayden: porque los roles de las mujeres han estado tradicionalmente ligados al ámbito doméstico y, desde mediados del siglo XIX, se formula el “culto a la domesticidad”, a su aptitud particular para sus deberes como esposas, madres, administradoras del hogar y cuidadoras: estas historiadoras han enfatizado la importancia del trabajo doméstico, la economía doméstica y las teorías de la reforma doméstica para dar forma a los conceptos de la hogar y familia ideales.¹⁹

Dadas estas conexiones bien documentadas, no es descabellado esperar que un cambio significativo en el pensamiento sobre la familia, el género o los roles de las mujeres de clase media encontrarían expresión en el diseño de las casas, ni que algunas mujeres privilegiadas, si tuvieran la oportunidad de actuar como clientas por derecho propio, buscarían nuevas soluciones arquitectónicas para acomodar formas de vida poco convencionales.²⁰ Sin embargo, hay otra explicación de por qué las clientas individuales demostraron ser catalizadoras tan efectivas para la creatividad en la arquitectura doméstica moderna: la convicción compartida por los arquitectos modernos y sus clientas de que la esencia de la modernidad era la alteración completa de la casa: su construcción, sus materiales y sus espacios interiores.²¹ La vivienda era una prioridad para muchos arquitectos modernos, que estaban preocupados por cuestiones de eficiencia doméstica, salud, estandarización, nuevos materiales y tecnología. Los ejemplos descritos en este libro muestran cómo los objetivos de las clientas independientes estaban profundamente entrelazados con las teorías de estos diseñadores: las mujeres encargaron a arquitectos de vanguardia que les proporcionaran casas en las que vivir sus visiones de una nueva vida, pero estas visiones descansaban en una redefinición de la domesticidad que era fundamentalmente espacial y física. Una poderosa fusión del feminismo con las fuerzas del cambio en la arquitectura impulsó estos proyectos a lugares inexplorados de originalidad.

19 Véase Gwendolyn Wright (1981), *Building the Dream: A Social History of Housing in America*. Cambridge, Mass.: MIT Press; Dolores Hayden (1976). *Seven American Utopias: The Architecture of Communitarian Socialism, 1790-1975*. Cambridge, Mass.: MIT Press; (1981) *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods and Cities*. Cambridge, Mass.: MIT Press; (1984) *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work and Family Life*. Nueva York: Norton.

20 Para una discusión amplia sobre género e historia, véase Joan W. Scott, “Gender: A Useful Category of Historical Analysis” (1986), reimpresso en Joan W. Scott, ed., *Feminism and History* (Nueva York: Oxford University Press, 1996), pp. 152-80; para género y la tipología doméstica, véase Alice T. Friedman, “Just Not My Type: Gender, Convention and the Uses of Uncertainty”; en Karen A. Franck y Lynda H. Schneekloth (eds.), *Ordering Space: Types in Architecture and Design* (Nueva York: Van Nostrand Reinhold, 1994), pp. 331-44.

21 Véase Peter Rowe (1993). *Modernity and Housing*. Cambridge, Mass.: MIT Press; William J. R. Curtis (1986). *Le Corbusier: Ideas and Forms*. Oxford, England: Phaidon; Richard Pommer y Christian Otto (1991). *Weissenhof 1927 and the Modern Movement in Architecture*. Chicago: University of Chicago Press.



El enfoque de las mujeres en el hogar se basaba en la experiencia histórica y en el reconocimiento de que, para bien o para mal, su poder residía allí.²² Aunque había quedado claro mucho antes de finales del siglo XIX que las verdaderas sedes del poder económico y político fueron las oficinas de urbanismo y las salas de juntas donde los hombres llevaban a cabo su trabajo, muchas mujeres reconocieron que al tomar el control del ámbito doméstico y al reclamar su experiencia en todos los asuntos relacionados con él, podrían ganar un poco de independencia en sus propias vidas. El hogar de clase media fue el escenario en el que se representó el drama de la diferenciación social: organizado para mostrar los bienes materiales, así como la eficiencia y el decoro del hogar, las casas unifamiliares no solo ocultaban el trabajo doméstico y la intimidad familiar, sino que reforzaban las jerarquías de poder, controlando el acceso a los espacios privados para el entretenimiento y el ocio.²³ Como guardianas del ámbito doméstico, se pidió a las mujeres de clase media que desempeñaran un papel difícil y contradictorio: “naturalmente” adecuado tanto para las tareas domésticas como para los refinamientos de la sociedad educada —el primero se basaba en el trabajo manual y en el conocimiento de las necesidades físicas del cuerpo, y el segundo, en la delicadeza de mente y espíritu— en última instancia, se enfrentaron a un dilema que, para muchas de ellas, solo podía resolverse buscando nuevos roles para las mujeres y redefiniendo los términos de la domesticidad misma.²⁴

Estas contradicciones moldearon el curso del activismo de las mujeres entre las décadas de 1880 y 1920 en Europa y Estados Unidos.²⁵ Las mujeres reformadoras pueden dividirse a grandes rasgos en dos amplias categorías. Un grupo se dedicó a expandir la influencia de las mujeres concentrándose en los valores y objetivos tradicionalmente asociados con la gentileza en el hogar: a través de clubes de mujeres, grupos de libros y trabajo caritativo, en pueblos pequeños, ciudades y suburbios, estas mujeres se unieron para compartir su experiencia y desarrollar nuevas habilidades como lectoras, oradoras públicas y

22 Véase Nancy F. Cott (1977). *The Bonds of Womanhood: “Women’s Sphere” in New England, 1780-1835*. New Haven: Yale University Press. Para las casas suburbanas y el “culto a la domesticidad”, véase Gwendolyn Wright (1980). *Moralism and the Model Home: Domestic Architecture and Cultural Conflict in Chicago, 1873-1913*. Chicago: University of Chicago Press. esp. part I.

23 Para obtener una descripción general de este tema, véase Richard L. Bushman (1993). *The Refinement of America: Persons, Houses, Cities*. Nueva York: Vintage, cap. 1-4; for women, véase pp. 299-312, 440-447.

24 Para la historia del feminismo norteamericano, véase Nancy F. Cott (1987). *The Grounding of American Feminism*. New Haven: Yale University Press; Rosalind Rosenberg (1982). *Beyond Separate Spheres: intellectual Roots of Modern Feminism*. New Haven: Yale University Press; John d’Emilio y Estelle Freedman (1988). *Intimate Matters: A History of Sexuality in America*. Nueva York: Harper and Row, esp. parte 2, 3.

25 Para obtener una descripción general de los roles de género en el período, véase Peter Gabriel Filene (1986). *Him/ Her/ Self Sex Roles in Modern America*, 2.ª ed. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 5-39; para Europa, véase Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinzer (1988). *A History of Their Own: Women in Europe from Prehistory to the Present*. Nueva York: Harper and Row, vol. 2, pp. 129-196.

organizadoras.²⁶ Las reuniones del club de mujeres podrían dedicarse a debates sobre cocina, decoración del hogar o cuidado infantil, pero podrían centrarse fácilmente en una conferencia sobre un tema especializado, presentado por un forastero o elaborado por una de las propias mujeres; de esta manera, las mujeres se educaron a sí mismas como amas de casa, padres y consumidoras.²⁷ Además, a través de las actividades de los clubes de mujeres y las organizaciones caritativas, o simplemente a través de las redes en expansión de amistad femenina que se desarrollaron en los vecindarios y comunidades, las mujeres de clase media se volvieron cada vez más conscientes de la vida más allá del hogar. Las nuevas actividades urbanas (ser voluntaria en una casa o una escuela, visitar un museo, ir de compras, asistir a conferencias, obras de teatro o conciertos, o incluso pasar unas horas en el cine) no solo agudizaron las mentes de las mujeres sino que también abrieron un mundo desconocido de personas, lugares y experiencias.²⁸ Un segundo grupo de reformadoras, generalmente una generación más joven que las mujeres discutidas anteriormente, se centró en la educación superior, las oportunidades profesionales y el activismo político.²⁹ Buscando un mayor reconocimiento y poder económico, hicieron campaña por el sufragio femenino, se organizaron por los derechos de las trabajadoras y presionaron para el avance profesional en campos como la enseñanza, la medicina y el derecho. Para estas mujeres en particular, de hecho, para cualquier mujer que dedicó gran parte de su tiempo y energía a actividades fuera del hogar, el matrimonio era difícil o imposible. Dado que entre el 40 y el 60 % de las mujeres graduadas universitarias de este período no se casaron (en comparación con solo el 10 % de la población femenina en su conjunto), y dado que la tasa de divorcios estaba aumentando en todas las clases de la sociedad, más mujeres comenzaron a buscar alternativas: nuevas libertades sexuales, nuevos métodos de control de la natalidad y relaciones a largo plazo con otras mujeres.³⁰ También descubrieron los placeres y desafíos de la ciudad, alejándose cada vez más de

26 Véase Kathleen D. McCarthy (1991). *Women's Culture: American Philanthropy and Art, 1830-1930*. Chicago: University of Chicago Press, parte 2, 3; Lois Rudnick (1915). "The New Woman". Adele Heller y Lois Rucknick (eds.) (1991). *The Cultural Moment*. New Brunswick: Rutgers University Press, pp. 69-81.

27 Para los clubs de mujeres, véase Karen J. Blair (1980). *The Clubwoman as Feminist: True Womanhood Redefined, 1868-1914*. Nueva York: Holmes and Meier; (1994) *The Torchbearers: Women and the Amateur Arts Associations in America, 1880-1930*. Bloomington: Indiana University Press. Véase también Robyn Muncy (1991). *Creating a Female Domination: American Reform, 1890-1935*. Nueva York: Oxford University Press.

28 Para la importancia del espacio cinematográfico para las mujeres, véase Giuliana Bruno (1993). *Streetwalking on a Ruined Map: Cultural Theory and the City Films of Elvira Notari*. Princeton, N.J.: Princeton University Press; Griselda Pollock (1988). "Modernity and the Spaces of Femininity" .. *Vision and Difference: Femininity, Feminism and Histories of Art*. Nueva York: Routledge, pp. 50-90.

29 Carroll Smith Rosenberg (1985). "The New Woman as Androgyne: Social Disorder and Gender Crisis, 1870-1936". *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Victorian America*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 245-296.

30 Carroll Smith Rosenberg (1985), p. 253.



la esfera tradicional de las mujeres. Entonces, para un número considerable de mujeres de clase media, los espacios familiares del hogar comenzaron a sentirlos restrictivos, y buscaron nuevos entornos en los que vivir una vida más libre, más útil y más moderna.

Los objetivos y expectativas de las clientas discutidos en este libro fueron moldeados por el amplio movimiento por la reforma feminista descrito anteriormente. Al llegar a la mayoría de edad entre 1890 y 1930, estas mujeres (se consideraran feministas o no) llevaban dentro de sí las categorías y contradicciones que su cultura había construido, y buscaron en la arquitectura moderna y en los arquitectos una ayuda para proporcionarles los espacios en los que vivir, así como nuevos roles y relaciones: la arquitectura, pensaban, les proporcionaría literalmente a ellas y a sus hogares un lugar en el mundo moderno. Al hacerlo, se enfrentaron a dos áreas de preocupación. Primero, enfrentaron el conflicto entre la expectativa de matrimonio y las vidas independientes que habían elegido; como mujeres jefas de hogar, ya sean solteras, viudas, divorciadas, lesbianas o en otros tipos de arreglos de vida no convencionales, redefinieron el espacio doméstico para crear espacio para una variedad de relaciones que cruzaban los límites prescritos por edad, clase, género y sexualidad. Al optar por construir para sí mismas sus hogares hicieron una declaración radical sobre el valor de sus vidas como mujeres independientes. En segundo lugar, reexaminaron la separación entre el hogar individual y la comunidad, y reemplazaron las divisiones tradicionales con un espectro más amplio de alternativas. Si bien este nuevo enfoque a menudo condujo a un intercambio más fluido entre el espacio público y privado, y a más actividades comunitarias, es significativo que muchas clientas buscaran un equilibrio entre la familia y la privacidad, o eligieran vivir solas.

En cada una de las casas revisadas en los siguientes capítulos, la arquitectura moderna se utilizó para alterar las convenciones de la vida doméstica en algunas o todas de las siguientes formas: ampliando la definición de hogar para incluir varios tipos de trabajo y actividades de ocio, cambiando la forma de vida y el balance entre espacio público y privado; remodelando la composición del hogar y acomodando a sus miembros en espacios no convencionales; creando espacios residenciales/laborales compactos y bien diseñados para mujeres solteras —validando así la decisión de no casarse—; poniendo en primer plano la historia y la memoria, con especial atención al papel de las mujeres como historiadoras y coleccionistas de la familia; y destacando la importancia del espectáculo y del hogar como representación (tanto en términos estilísticos como espaciales) de las actividades y valores de sus ocupantes.

Estos temas se repiten a lo largo de los estudios de caso, vinculando las distintas viviendas de formas inesperadas. Por ejemplo, un cambio en el equilibrio entre las actividades y espacios públicos y privados fue la primera prioridad en

la mayoría de los proyectos. Aunque cada clienta conceptualizó este cambio de manera individual, Barnsdall, Millard, Truus Schroder (el tema del capítulo 2) y Constance Perkins (el tema del capítulo 5) enfatizaron la importancia de romper los límites entre sus hogares y las comunidades en las que vivían, proponiendo que las actividades laborales y las personas ajenas a la familia se acomodan dentro del hogar. Para Barnsdall, estos cambios dependieron de la decisión de convertir su residencia en el punto focal de un parque público y una comunidad teatral; al igual que Dana, no solo veía su hogar como un centro cultural, sino que proporcionaba un espacio para actividades no domésticas (producciones teatrales, específicamente) dentro de la casa y en sus jardines. Para Millard, Schroder y Perkins, la casa estaba pensada como un espacio para trabajar y vivir, con espacio para reuniones que eran algo más informales que las reuniones de negocios convencionales o los compromisos sociales. Sus casas utilizaron dispositivos como contrastes en escala para diferenciar entre varias funciones y emplearon plantas libres, particiones deslizantes y pantallas para establecer límites entre áreas. Los nuevos tipos domésticos híbridos que se crearon en el proceso se destacan en la historia de la arquitectura del siglo xx debido a estos experimentos de diseño.

La redefinición del hogar y sus actividades es otro elemento crítico en muchos de estos proyectos. Por ejemplo, el compromiso de Schroder con una nueva apertura entre padres e hijos —como la decisión de Vanna Venturi de permanecer en su propia casa y planificar un ama de llaves residente (véase el capítulo 6 del libro original)— fue una de las ideas fundamentales detrás del concepto y el diseño de su casa; necesitaba flexibilidad y estratificación de espacios para un mayor acceso y facilidad de comunicación entre los miembros del hogar. Además, la eliminación de las jerarquías convencionales alteró la disposición de las habitaciones y la circulación entre áreas de formas innovadoras. Esto también es particularmente evidente, como veremos, en Villa Stein-de Monzie de Le Corbusier (el tema del capítulo 3), donde el programa pedía un equilibrio entre dos dormitorios en suite, uno de los cuales estaría ocupado por una pareja, Michael y Sarah Stein y el otro era para su amiga y copropietaria de la casa, Gabrielle de Monzie y su hija.

Uno de los nuevos tipos domésticos más inusuales que buscaban las clientas independientes era el hogar para un grupo de amigas o una pareja de mujeres. Aunque no son tan conocidos o tan significativos desde el punto de vista arquitectónico como las casas que constituyen el tema principal de este libro, los proyectos que respondían a esta redefinición particular del hogar eran a menudo diseños innovadores. Estos incluyen las obras de Eleanor Raymond como la remodelación de una casa en la 112 de Charles Street en Boston (1923); su propia casa Raymond-Kingsbury House (1931) y la casa de Natalie Hammond



en Gloucester, Massachusetts (1941); la residencia Elizabeth Van Patten de Rudolph Schindler (1934); y la casa Goetsch-Winckler de Wright (1940).³¹

Aunque eran muy diferentes en significado social y político, los hogares de las parejas de lesbianas y de las mujeres que vivían juntas como amigas eran, desde el punto de vista del diseño, bastante similares. Esto se debió a dos factores: primero, estas mujeres casi siempre eran profesionales que trabajaban tanto dentro como fuera del hogar; y en segundo lugar, sus relaciones se representaban con frecuencia como asociaciones de iguales que requerían privacidad y comunidad. Los proyectos de este tipo generalmente incluían dos o más dormitorios grandes o estudios de aproximadamente el mismo tamaño, una cocina compacta y una gran sala de estar común; los espacios privados tenían que estar completamente cerrados, mientras que los espacios comunes eran abiertos y accesibles. Por ejemplo, en 112 Charles Street, que Eleanor Raymond diseñó como residencia para un grupo de mujeres (incluidas ella misma y su pareja, Ethel Power), la casa se dividió en tres suites de apartamentos, cada uno con sus propios dormitorios, cocina y sala de estar; un área común estaba ubicada en el sótano y el jardín.³² La casa Van Patten sigue el mismo esquema, pero en una escala menor: cada uno de sus tres dormitorios, apilados en dos pisos de una casa en la ladera, ofrece suficiente espacio privado para trabajar y vivir, así como su propio balcón y acceso a un jardín común. También aquí, como en todos los proyectos de este tipo, la cocina es compacta y eficiente y el comedor es mínimo. En un artículo sobre su apartamento dúplex, publicado en *House Beautiful* en 1924, Ethel Power explicó por qué era así:

Para apreciar y comprender la casa, es necesario tener en cuenta su hogar, que es enteramente no-masculino [...]. Las necesidades eran muy definidas y algo inusuales [...]. Estos pisos deben planificarse para la conveniencia de tres mujeres; mujeres de negocios que, por lo tanto, exigían no solo

31 Los trabajos de Eleanor Raymond se encuentran en la Biblioteca Loeb, School of Design, Harvard University. Para Raymond, véase Doris Cole (1981). *Eleanor Raymond, Architect*. East Brunswick, N.J.: Associated University Presses; una disertación de doctorado reciente sobre Raymond por Nancy Gruskin (Universidad de Boston) proporciona más información. Un artículo sobre Raymond presentado por Lisa Reitzes en una conferencia sobre arquitectos gays y lesbianas en Nueva York en junio de 1994 describía su carrera y su red de clientes en el contexto de la subcultura lesbiana; su perspectiva ha sido invaluable para mí. Para Schindler, véase David Gebhard (1972). *Schindler*. Nueva York: Viking Press; la correspondencia relacionada con la Casa Van Patten se encuentra en los documentos de R. M. Schindler, Architectural Collections, University of California en Santa Barbara. Para la Goetsch-Winkler House de Wright, véase Susan J. Bands (ed.) (1991). *Affordable Dreams: The Goetsch-Winkler House and Frank Lloyd Wright*. Kresge Art Museum Bulletin 6 (special issue). Una casa moderna poco conocida de una arquitecta afroamericana: Azurest South, de Amaza Lee Meredith (Ettrick, Va; 1939), es descrita por Charles L. Rosenblum en "Modernism in Black and white: Amaza Lee Meredith's Azurest South", artículo no publicado, University of Virginia, 1995.

32 Doris Cole, *Eleanor Raymond*, p. 23.

una casa cómoda y atractiva, sino que, en la medida de lo posible, fuera autónoma.³³

Lo que la reducción del espacio de la cocina y el comedor significó, en la práctica, no fue que estas mujeres no cocinaran —Alma Goetsch, por ejemplo, era una chef entusiasta, y ella y Kathrine Winkler enfatizaron la distribución de la cocina en el programa que le presentaron a Wright— pero ellas comían y se entretenían informalmente. Esta era la esencia del hogar “no-masculino”: algunos elementos de etiqueta y modales, comportamientos sociales tan profundamente estructurados por jerarquías de clase y género podían prescindirse, ya que las mujeres de estos tipos de hogares solo tenían que cuidar de sí mismas y de las otras, y lo hacían como iguales.

En estos casos, el motivo principal de las clientas para encargar una casa diseñada por un arquitecto fue crear un entorno en el que vivir de una manera poco convencional con otras mujeres. Pero también tenían otra razón para construir casas modernas: una identificación de sus propias vidas poco convencionales con la arquitectura de vanguardia. En la Raymond-Kingsbury House, uno de los primeros edificios de estilo internacional en los Estados Unidos, la elección fue particularmente atrevida: aunque la casa estaba construida en madera, sus formas en bloques, sus grandes ventanales y su techo plano la marcaron de inmediato, tan diferente como sus dueñas. En 1931, era inaudito que dos mujeres se encargaran de las tareas del hogar en los suburbios de Boston en una casa moderna, diseñada a medida para ellas mismas. Quizás por eso, cuando escribió sobre su casa en *House Beautiful* en 1932, Edith Kingsbury la llamó “nuestro experimento en el campo”.³⁴

Si la definición ampliada del hogar y sus actividades es un rasgo característico de muchas casas arquitectónicamente significativas construidas para mujeres, también lo es el fenómeno opuesto: el estrechamiento del programa doméstico para centrarse en una vivienda para una sola persona. El ejemplo más extremo y conocido de este tipo es la casa diseñada por Mies van der Rohe para la doctora Edith Farnsworth [...] al tratarse de una casa de fin de semana, su programa se redujo y simplificó hasta tal punto que la casa se convirtió prácticamente en una composición abstracta en vidrio, acero y espacio abierto, para consternación de la clienta que tuvo que vivir en ella. Otros ejemplos incluyen la casa Perkins de Richard Neutra y la propia casa de Eileen Gray,

33 *Ibid.*

34 Edith Kingsbury (1932). “Spring Pasture: Our Experiment in the Country”. *House Beautiful* (oct) citado en Doris Cole, *Eleanor Raymond*, p. 46.



Tempe a Pailla.³⁵ De interés por muchas razones, estos proyectos para clientes individuales también arrojan luz sobre la naturaleza excepcional del logro arquitectónico de Mies en la Casa Farnsworth, y subrayan la severidad de su representación de la domesticidad.

Si bien el diseño de Mies para la casa Farnsworth celebró la modernidad de manera inequívoca, varios clientes, incluido Farnsworth (que insistió en amueblar su nuevo hogar con antigüedades y reliquias familiares), se mostraron ambivalentes en cuanto a romper por completo con el pasado. Algunos, como Barnsdall, conmemoraron explícitamente a un padre u otro pariente; otros, como los Stein o Vanna Venturi, utilizaron muebles y pertenencias personales para establecer una conexión con el pasado, aunque esto iba en contra de uno de los principios básicos de la modernidad. Quizás el ejemplo más extremo es el de Dana, quien mantuvo un vínculo físico y espiritual con el pasado al hacer que Wright incorporara a su casa una sala de estar, completa con mármol y muebles antiguos, de la antigua casa de la familia Lawrence, que había sido demolida para liberar el sitio para una nueva construcción. Este gesto no fue puramente simbólico; Dana creía en el espiritismo y usaba su casa para sesiones de espiritismo, en las que intentaba ponerse en contacto con su esposo y su padre y buscar asesoramiento sobre una variedad de asuntos personales y comerciales.³⁶

Finalmente, todos los ejemplos discutidos en este libro abordan el tema del hogar como un teatro de representación, un lugar en el que se muestran e interpretan la apariencia física, el comportamiento social y la privacidad personal. Un caso extremo, en el que, sin embargo, no se construyó una casa moderna, dramatiza el alcance del problema y los posibles puntos de conflicto entre arquitecto y cliente sobre las cuestiones de identidad, sexualidad y placer visual que conlleva la creación de una imagen, o imágenes, de la domesticidad. Mucho se ha escrito sobre la casa que Adolf Loos diseñó en 1928 para Josephine Baker, la bailarina afroamericana y estrella del escenario de París.³⁷ A estas alturas está bastante claro que el proyecto sin construir, que existe solo en un modelo y

35 Véase Caroline Constant (1996). "Tempe a Pailla" ..Caroline Constant & Wilfried Wang (eds.), *Eileen Gray: An Architecture for All Senses*. Tübingen: Wasmuth, pp. 136-45; Eileen Gray. "E.1027: The Non-heroic Modernism of Eileen Gray" .. *Journal of the Society of Architectural Historians* 53, n° 3, pp. 265-79. La mejor descripción general del trabajo de Gray es de Peter Adam (1987). *Eileen Gray: Architect/Designer*. Nueva York: Abrams.

36 Richard S. Taylor, "Susan Lawrence Dana, Feminist". p. 5.

37 Para el proyecto, veáse Beatriz Colomina (199). "The Split Wall: Domestic Voyeurism". .". Beatriz Colomina (ed.). *Sexuality and Space*. Nueva York: Princeton Architectural Presspp. 73-130; Paul Groenendijk y Piel Vollaard (1985). *Adolf Loos: Huis voor Josephine Baker*. Rotterdam: Uitgeverij 010; Fares el-Dahdah y Stephen Atkinson (1995). "The Josephine Baker House: For Loos's Pleasure/ A Sequential Reconstruction". *Assemblage* 26 (Apr. 1995), pp. 72-87. Para la vida de Baker, veáse Jean-Claude Baker y Chris Chase (1993). *Josephine, The Hungry Heart*. Nueva York: Random House; Phyllis Rose (1989). *Jazz Cleopatra: Josephine Baker in Her Time*. Nueva York: Doubleday.



un conjunto de dibujos, tenía todo que ver con los deseos de Loos y nada que ver con los de Baker. Habiendo conocido a Baker en Chez Joséphine, su club nocturno de París, el arquitecto se jactó de que podría diseñar una hermosa casa para ella: el resultado fue un apasionado desplazamiento del deseo, una ensoñación arquitectónica en la que Loos imaginó una serie de espacios en los que Baker se exhibía para su entretenimiento privado, incluida una piscina interior profunda con ventanas por debajo del nivel del agua. Para Loos, las rayas ornamentales en el exterior de la casa y el sueño del cuerpo oscuro de Baker en el agua reluciente eran imágenes emparejadas en una fantasía de superioridad racial y sexual; la casa y el cuerpo de ella eran uno, y eran suyos porque podía satisfacer su deseo de mirar y disfruta de ellos.

Los gustos de Baker en arquitectura eran bastante diferentes. Se había ganado una reputación gracias a su genio para crear imágenes de sí misma que la gente quería ver; después de todo, así es como una mujer negra estadounidense nacida en East St. Louis podía transformarse en un poderoso símbolo de África tan convincente que fue nombrada Reina de la Exposición Colonial en París en 1931 —y sabía que las estrellas vivían en enormes mansiones llenas de muebles y objetos de arte.³⁸ Habiendo vivido en una casa así en Le Vésinet, un suburbio de París, durante la década de 1920, Baker adquirió Les Milandes, un castillo del siglo xv en Dordoña en 1947.³⁹ En su mayor triunfo como creadora de imágenes, transformó el castillo en una combinación de hotel resort y parque temático donde ofreció espectáculos nocturnos al aire libre.⁴⁰ Pero los esfuerzos de Baker en Les Milandes no fueron simplemente un espectáculo: a partir de 1950, convirtió la casa y el pueblo circundante en un *village du monde*, un centro de confraternidad mundial dedicado a la lucha contra el racismo. Con su esposo, Jo Bouillon, adoptaron a doce niños de diferentes países para crear su “Tribu Arco Iris” una familia que fue una vívida demostración visual de sus principios.⁴¹

Según su biógrafo, Baker había discutido sus ideas para un pueblo modelo con Le Corbusier muchos años antes.⁴² Como Barnsdall, imaginaba su hogar como el centro de una comunidad extendida, y como Schröder tenía una visión que incluía una vida compartida por adultos y niños. Al final, no iba a ser ni mecenas de la arquitectura moderna ni una madre ideal. Sin embargo, el proyecto reformista de Baker en Les Milandes revela que ella era verdaderamente una hija de la Era Progresista, y muestra cuán distante permaneció su propia imagen de la

38 Para la casa de Baker en Le Vésinet, véase Baker y Chase, *Josephine*, pp. 169-170, 180-181, 185; Rose, *Jazz Cleopatra*, pp. 152-153.

39 Baker y Chase, *Josephine*, p. 276.

40 Rose, *Jazz Cleopatra*, pp. 209, 231-241.

41 Baker y Chase, *Josephine*, pp. 327-341, appendix 1. Véase también Jean-Claude Bonnal (1992). *Josephine Baker et le village des enfants du monde en Périgord*. Le Bugue: PLB Editeur.

42 Baker y Chase, *Josephine*, p. 164.



obra de su vida de la casa soñada de “teatro sexual” de Loos. Uno solo puede preguntarse acerca de la arquitectura que podría haber producido una colaboración de Baker-Le Corbusier.

Al centrarse en sus propios hogares, las clientas buscaban no solo implementar el cambio, sino también participar en un proceso creativo. Por lo tanto, debe quedar claro que la preocupación especial de las mujeres por el ámbito doméstico en este siglo no provino de ninguna cualidad esencial en ellas mismas como mujeres, sino más bien una respuesta a los roles sociales de género de la cultura en la que vivían. Pero, ¿qué pasa con otros tipos de clientes que comparten algunas de las características de las mujeres mencionadas anteriormente? ¿Mujeres casadas, por ejemplo, o solteras? Ambos grupos difieren en formas fundamentales como clientas de las mujeres independientes descritas aquí. Aunque las mujeres casadas a veces actuaron como representantes de sus hogares al trabajar con arquitectos en el diseño de casas modernas e innovadoras: Wright Coonley House, en Riverside, Illinois (1906-1909), o Villa Mairea de Alvar Aalto, en Noormarkku, Finlandia (1938-1941), me vienen a la mente: los programas que presentaban seguían con mayor frecuencia las convenciones en materia de planificación doméstica y, salvo en casos raros como el de la familia Stein-de Monzie, sus casas pertenecían a sus maridos y reflejaban en gran medida los valores dominantes y relaciones de poder de la sociedad en general. En tales circunstancias se han producido grandes obras de arquitectura doméstica, pero quedan fuera de las categorías sugeridas aquí.

La cuestión de los clientes masculinos solteros es aún más compleja. En el período al que se refiere este libro, las presiones sociales ejercidas sobre los hombres para casarse fueron tan grandes o incluso mayores que las que enfrentan las mujeres, ya que el espectro de la homosexualidad era mucho más amenazante para los solteros que para las mujeres solteras.⁴³ Pero los hombres no solo tenían más motivos para casarse, sino que también tenían más oportunidades, tanto sociales como económicas, que las mujeres: como adultos independientes que poseían propiedades, trabajaban en empleos productivos y se movían libremente por los espacios públicos de las ciudades y pueblos, a los hombres se les ofrecieron opciones que las mujeres nunca tuvieron. A diferencia de las mujeres, incluso cuando los hombres permanecían solteros, no se les consideraba marginados del orden social. Además, sin mujeres en sus hogares, se consideraba que los solteros estaban exentos de las exigencias del trabajo doméstico y de los rituales de la vida familiar.

43 Para “el imperativo heterosexual”, veáse George Chauncey (1994). *Gay New York: Gender, Urban Culture and the Making of the Gay Male World, 1890-1940*. Nueva York: Basic Books, pp. 111-127; E. Anthony Rotundo (1993). *American Manhood: Transformations in Masculinity from the Revolution to the Modern Era*. Nueva York: Basic Books. Véase también Beth L. Bailey (1988). *From Front Porch to Back Seat: Courtship in Twentieth Century America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Los hombres actuaban como principales clientes de todo tipo de edificios; no estaban limitados, como las mujeres, por su identificación con el hogar. Además, como clientes de casas, los hombres solteros eran comparativamente raros; los hombres a menudo esperaban hasta casarse para planificar viviendas permanentes.⁴⁴ Sin embargo, un puñado de ejemplos sugiere que cuando los hombres solteros contratan arquitectos para diseñar sus usos, se concentran en crear espacios para el placer o el entretenimiento en lugar de para el trabajo, los niños o la comunidad. Estas casas incluyen San Simeon, diseñada por Julia Morgan para William Randolph Hearst (quien estaba separado de su esposa) en San Luis Obispo (1922-1930); la Villa en Auteuil para Raoul La Roche, que formaba la mitad de La Roche-Jeanneret House, de Le Corbusier (1924); la Casa Malaparte, en la isla de Capri, de Adalberto Libera y Curzio Malaparte (1941); el complejo Glass House / Guest House de Philip Johnson, en New Canaan, Connecticut (1949; véase capítulo 4); y Zimmerman House de John Lautner, en Studio City, California (1968).⁴⁵ Aún queda mucho por aprender acerca de estos proyectos notables — en mi análisis de la Johnson's Glass House / Guest House se sugieren algunos vínculos temáticos y conexiones con la Farnsworth House—, pero este análisis es tema de otro libro.

En 1924, justo antes de que se terminara su casa, el banquero y coleccionista de arte Raoul La Roche le escribió a su buen amigo Le Corbusier: "Al encomendarte la construcción de mi casa, supe que producirías algo maravilloso; mis esperanzas se han superado con creces. Mi forma de vida independiente hizo que te dejara solo para crear este proyecto, y dado el resultado, me elogio a mí mismo por haberlo hecho de esa forma".⁴⁶ Como veremos, es poco probable que alguna de las clientas aquí consideradas habría escrito tal carta; incluso la más independiente de ellas estaba ligada a padres, hijos y amigos en cuanto a la forma en que configuraban el diseño de su hogar, y nadie podía desvincularse de la responsabilidad doméstica de la manera que La Roche sugirió para sí mismo.

44 La información sobre este tema es limitada. Se sugieren algunos hallazgos preliminares en "Confirmed Bachelorhood: It May Be a State of Mind". *The New York Times*, Aug. 28, 1991, C: 1, p. 10.

45 Para la casa San Simeon, véase Sara Holmes Boutelle (1988). *Julia Morgan, Architect*. Nueva York: Abbeville, cap. 7; para la Villa La Roche, véase Jacques Sbriglio (1997). *Le Corbusier: Les Villas La Roche-Jeanneret*. Basel: Birkhauser with Fondation Le Corbusier; para la Casa Malaparte, véase Marida Talamona (1992). *Casa Malaparte*. Nueva York: Princeton Architectural Press; para la Zimmerman House y otras tres casas para hombres solteros de Lautner, véase Frank Escher, ed., *John Lautner, Architect* (Londres: Artemis, 1993), pp. 40-47 (Carling), pp. 82-85 (Bergren), pp. 124-129 (Wolff), pp. 144-147 (Zimmerman). Deben agregarse a esta lista: proyectos sin construir, como el apartamento para una sola persona, en la exposición de Berlín de 1931 *The Dwelling in Our Time* (véase Matilida McQuaid (1996). *Lily Reich: Designer and Architect*. Nueva York: The Museum of Modern Art, pp. 29-33; los "bachelor pads" destacados en la Revista *Playboy* en los años 50 y 60 (véase George Wagner (1966). "The Lair of the Bachelor". Debra Coleman, Elizabeth Danze y Carol Henderson (eds.). *Architecture and Feminism*. Nueva York: Princeton Architectural Press, pp. 183-220).

46 Sbriglio (1997), p. 62.



Además, la idea de que dejarían al arquitecto “solo para crear”, o se elogiarían a sí mismos por haberlo hecho, iba en contra de sus objetivos: como clientas, más que mecenas de la arquitectura, cada una de ellas tenía una visión de la vida doméstica y se veía a sí misma como parte de una colaboración creativa que le daría forma.



Manual de recomendaciones para una concepción del entorno habitado desde el punto de vista del género

Anna Bofill, Rosa Maria Dumenjó, Isabel Segura



Anna Bofill Levi (1944) es doctora en arquitectura y compositora. Referente ineludible del feminismo en arquitectura, ha trabajado para incorporar la perspectiva de género en el urbanismo. En 1980 presentó la conferencia “Mujer y arquitectura” en las Jornadas de Feministas Independientes de Cataluña proponiendo la mirada diferente de las mujeres sobre el entorno urbano.

Rosa Maria Dumenjó Martí es socióloga, experta en temas de conciliación y nuevos usos del tiempo. Es asesora en Cataluña y miembro del Patronato de la Fundación para la Diversidad. Ha sido directora de la Fundació Maria Aurèlia Capmany.

Isabel Segura Soriano (1954) es historiadora, investigadora y ensayista especializada en historia de la mujer y el feminismo. Licenciada en Historia por la Universidad de Barcelona en 1977. Uno de sus intereses ha sido conocer cómo vivían y qué hacían las mujeres en la historia urbana, especialmente en la ciudad de Barcelona. En 2019 publicó el libro *Barcelona feminista 1975-1988*.

Fragmento seleccionado de Anna Bofill, Rosa Maria Dumenjó Martí e Isabel Segura (1998). *Las mujeres y la ciudad: manual de recomendaciones para una concepción del entorno habitado desde el punto de vista del género*. Ed. Fundació Maria Aurèlia Capmany, Barcelona, pp. 7-8; 13-18.



INTRODUCCIÓN. ¿QUÉ ES EL MANUAL DE RECOMENDACIONES?

El *Manual de recomendaciones* es uno de los resultados del proyecto *Las mujeres y la ciudad*, incluido en el IV Programa de acción comunitaria a medio plazo para la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres de la Comisión Europea, que pretende recoger las reflexiones hechas en torno a la adecuación de los espacios físicos de la ciudad a la vida cotidiana de las mujeres.

¿Por qué de las mujeres? Porque la ciudad, cuyo mayor crecimiento se ha producido durante el siglo xx, se ha configurado y organizado según el supuesto de que el hombre trabaja y la mujer se queda en casa. Es decir, según el reparto de roles que ha asignado al hombre la esfera pública y a la mujer la esfera doméstica. Y esto ha hecho que las mujeres hayan sido excluidas del desarrollo y del crecimiento de los asentamientos humanos.

También porque las mujeres, en su trabajo como cuidadoras de las personas de la sociedad, viven más la ciudad en todos sus espacios domésticos y públicos, especialmente los de servicios, y realizan desplazamientos con mayor frecuencia y distinto horario que los hombres, lo que hace que experimenten la ciudad de otra manera, manera que no está contemplada en los planes, proyectos urbanos, diseños de viviendas y servicios.

El *Manual de recomendaciones* recoge los resultados de las consultas efectuadas a grupos de mujeres como habitantes de la ciudad, grupos pertenecientes a las localidades que son *partners* del proyecto europeo.

La *metodología* para la realización de esta consulta ha sido la de participación en seminarios de reflexión, análisis, conocimiento, autoafirmación, concienciación, síntesis, propuesta y evaluación sobre cómo las mujeres viven, desean, experimentan, se mueven, ocupan, se organizan diariamente en los espacios físicos de la ciudad.

El *Manual de recomendaciones* refleja también la experiencia profesional de las expertas, tanto de las que han dirigido el proyecto como de las que han participado en la elaboración de la metodología, y de las técnicas y políticas que han participado en los foros de información y debate realizados a lo largo del desarrollo del proyecto.

El *Manual de recomendaciones* tiene el propósito de proponer unas *recomendaciones* a tener en cuenta en las políticas y las prácticas municipales relacionadas con la configuración de los espacios físicos. Propuesta que no tiene pretensiones de exhaustividad, sino que desea ser una primera etapa de un proceso hacia la implementación de la planificación y proyección de género, como acción imprescindible en las prácticas municipales del hacer ciudad.

Las propuestas y reflexiones se sitúan dentro del ámbito de la economía planificada de un país industrializado y abarcan los distintos niveles dimensionales, desde el espacio individual a la ciudad entera, sin considerar el nivel territorial de área o región.

La *movilidad* y la *seguridad* son cuestiones pertenecientes al funcionamiento de los espacios físicos y que influyen en el carácter de los espacios urbanos, por lo tanto deberían estar incluidos dentro del capítulo “Espacio urbano y ciudad”. Los hemos puesto como capítulos aparte por ser dos cuestiones tratadas de manera insuficiente en el urbanismo y en el diseño de la ciudad. La *movilidad*, porque generalmente ha sido y es objeto de estudio del ámbito de la ingeniería de tráfico, desde un punto de vista estrictamente técnico, para hacer que las personas se desplacen de un sitio a otro lo más rápidamente posible, y según unos valores predeterminados sobre los tipos y formas de desplazamiento que dan prioridad al desplazamiento casa-trabajo sobre los desplazamientos necesarios para realizar las tareas relacionadas con las responsabilidades domésticas.

La *seguridad*, porque, por ser un tema que afecta principalmente a las mujeres, y porque se ha considerado relacionado con medidas de mantenimiento y control que implican coste económico, se ha tenido menos en cuenta a la hora de diseñar.

Estas consideraciones hacen que los capítulos en los que se ha dividido el *Manual* se interrelacionen y se solapen, y que algunas recomendaciones puedan repetirse en distintos capítulos.

En el capítulo II se ofrece un somero estado de la cuestión para presentar el contexto y los presupuestos generales de los que partimos, y que ponen de manifiesto que el entorno en el que se desarrolla la vida cotidiana no se adapta a la sociedad actual, y aún menos al colectivo constituido por mujeres.

En los capítulos III, IV, V, VI y VII se analizan en particular los ámbitos en los que hemos dividido nuestra investigación: la vivienda, el espacio urbano y la ciudad, la seguridad, la movilidad y la accesibilidad, y la participación en la toma de decisiones.

Por último, y como anexo, hemos querido presentar el resumen de los resultados de la consulta a las mujeres efectuada a través de los seminarios taller realizados en cada una de las localidades que han participado en el proyecto.



ESTADO DE LA CUESTIÓN

La ciudad, por lo general, ha sido construida y continúa construyéndose sobre un imaginario que pretende que el hombre trabaje y la mujer se quede en casa, realizando un trabajo no remunerado. Pero estos presupuestos no corresponden hoy a la realidad, ya que el 37,79 % de la población constituida por mujeres en el Estado español tiene un trabajo remunerado. La población activa constituida por hombres es un 63,06 % (Encuesta de Población Activa 1997, 4.º trimestre).

Desde 1990 la tasa de actividad del colectivo constituido por hombres ha bajado un 3,42 % y la tasa de actividad del colectivo de mujeres se ha incrementado un 4,28 %.

Así pues, la tendencia de los últimos años, a pesar de que el colectivo femenino presenta un índice de desempleo más elevado, es la del *aumento de la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado*, que viene facilitada por el incremento progresivo del acceso y la participación de las mujeres en los distintos niveles de enseñanza.

De la población activa constituida por mujeres, *dos de cada tres hacen una doble jornada laboral*: el trabajo remunerado o de producción y el trabajo doméstico o de reproducción.

A pesar de todo esto, a partir de la práctica de políticas económicas y sociales se continúa planificando la ciudad para un modelo de hábitat que no se corresponde con las transformaciones que está experimentando la sociedad actual, ni con la multiplicidad de experiencias que se viven en esa ciudad. Esto provoca un desfase cada vez mayor entre las ciudades y las personas o grupos humanos que las habitan.

Las empresas de planificación, urbanización, diseño, ingeniería, construcción y planificación que han planeado, proyectado y construido las ciudades europeas han sido casi exclusivamente compuestas por hombres. En los debates del trabajo técnico diario que se mantienen en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo para decidir la configuración de los espacios y que determinan su calidad y funcionalidad, no suele haber ciudadanos ni ciudadanas, ni se tiene en cuenta el punto de vista de las mujeres como una parte importante de la población.

Los espacios que se usan a diario son muchas veces barrera o impedimento para las oportunidades de encuentros entre las personas. Existen espacios en el entorno urbano que producen disturbios, espacios de la prisa, espacios inaccesibles, espacios del peligro, espacios de la inseguridad.

VIVIENDA

Roles de género en la vivienda.

Entre las mujeres existen muchas diferencias de opinión sobre el valor y significado de la casa como espacio doméstico, como lugar de ritos, de costumbres, de tradiciones, representación de la familia, “reposo del guerrero” y “de la guerrera”, o hábitat comunitario. No existen necesidades ni deseos generalizados. Por un lado, la casa es, como la propia mujer, una construcción cultural, y, por el otro, la vivienda es, para la inmensa mayoría, la prolongación del vestido, es el espacio íntimo más inmediato que te rodea, es la cueva, la guarida, el refugio, es el lugar donde lo íntimo y lo común, lo privado y lo público, se encuentran. Por ello es tan personal como lo que atañe al propio cuerpo, y el discurso desde el género sobre la vivienda debe primero deconstruir el concepto cultural y, después, tener en cuenta todos y cada uno de los aspectos relacionados con la mujer y su dignidad, su respetabilidad, su intimidad, su actividad, su ocio.

Sobre la casa y la vida de la intimidad y de la privacidad se han escrito muchos libros. Ya en el año 1898 en los Estados Unidos, la economista feminista Charlotte Perkins Gilman nos ofrece sus escritos en los años del triunfo del *home sweet home*, o la casa como refugio y nido de amor:

La casa ha sido cuna de la ciencia, el arte, el gobierno, la educación y la industria. Solo viviendo, sintiendo, pensando y trabajando fuera de casa, nos volvemos humanamente desarrollados, civiles y socializados [...]. La mujer dándose cuenta de que su deber de procurar la alimentación y la limpieza de la casa es un deber social y no un deber sexual, se enfrentará con lo que exige la situación y preparará sus aptitudes para ejercitar bien su profesión. Hace cien años esto no hubiera sido posible, hoy ocurre porque los tiempos han madurado [...]. Si existiera en alguna de nuestras ciudades una casa bien construida, cómoda y bien servida, con apartamentos para las mujeres que ejercen una profesión y para sus familias, esta se llenaría enseguida. Los apartamentos no tendrían cocina, pero habría una cocina perteneciente a la casa desde donde los platos cocinados se servirían directamente a las familias en sus estancias o en un comedor común. Sería una casa en donde la limpieza estaría hecha por trabajadores capaces, remunerados directamente por el director del establecimiento, y un jardín cubierto, una sala ancha en donde los niños pasarían las horas del día, un jardín de infancia bajo el cuidado de señoras instruidas y maestras profesionales garantizarían a los niños los cuidados oportunos. La demanda de un tipo de casa así aumenta cada día, y se le deberá dar una rápida respuesta, no con la creación de restaurantes, hoteles o pensiones, sino con una Institución que provea permanentemente a las necesidades que tienen las mujeres y los niños de la intimidad de la casa combinada con las ventajas y las necesidades colectivas [...]. Además, en



una casa así la comida sería mucho más barata y mejor, así como el servicio y todas las necesidades comunes [...]. La limpieza socializada sería mucho más fácil [...]. Al no tener cocina las estancias serían mucho más limpias [...].

Las familias podrían ir a comer juntas o separadamente igual como van a bañarse o van a concierto [...]. El sentimiento nos confirma que el afecto de una familia, la unidad de la familia y quizás la existencia misma de la familia depende de estar juntos en la mesa. Verdaderamente la unidad de la familia que esté relacionada solo por un mantel es de un valor discutible. [...] Limpiar la casa es un trabajo útil y digno. Es muy divertido observar cómo hasta ahora esta ínfima y poco deseable ocupación haya sido considerada tan inocentemente un trabajo, o mejor un deber natural de las mujeres. Es la mujer, nuestra madre reverenciada, la exquisita, la guapa, la querida y amada esposa, la hermana ingenua, a la que se le ha asignado en común consenso la reordenación de las estancias y limpiar los objetos de la cocina y toda otra suciedad. Todo lo que es más bajo y más sucio debe pasar por sus manos: ella es la que todo lo debe limpiar y sacar, grasas, cenizas, polvo, paños sucios [...]. Cuando socializamos las funciones de la vivienda estas pasan a manos de los hombres. La limpieza de una ciudad se vuelve una profesión de hombres.

Charlotte Perkins Gilman (1902). *Donne e economia*. Firenze, Giunti Barbera, cap. 11, pp. 256-262.

Algunas de las consideraciones de Charlotte Perkins Gilman todavía pueden estar vigentes hoy para algunos sectores de la población, ser deseos no realizados de muchas mujeres o sueños imposibles para otras. La independencia económica social-sexual de las mujeres en América del Norte es ahora bastante amplia, pero en el Estado español solo tiene un trabajo remunerado un tercio del colectivo constituido por mujeres en edad de trabajar.

LAS Y LOS HABITANTES DE LAS VIVIENDAS

En estos momentos, tanto la iniciativa privada como la pública contemplan prácticamente en exclusividad un solo tipo de vivienda: la de la familia nuclear.

El censo de población de 1991 del Instituto Nacional de Estadística indica que solo un 47,7 % de viviendas están ocupadas por matrimonio con criaturas; el resto, un 52,3 %, tiene otras estructuras grupales, de los que los hogares uninucleares simples (matrimonio o pareja con hijos e hijas) son un 47,7 %. Los uninucleares extensos (matrimonio, más otras personas), un 5,8 %. Los monoparentales y monomarentales simples, un 6,9 % (5,7 % con madre y 1,2 % con padre). Los monoparentales o monomarentales extensos, un 1,2 % (madre sola un 1,0 %, padre solo un 0,2 %). Los de una persona sola son el 13,3 %. Los de grupos sin núcleo familiar, un 3 %. Los plurinucleares, un 3,2 %. Sin embargo, las viviendas se siguen concibiendo mayoritariamente para el primer tipo de ocupantes.



Además, la oferta de la vivienda es rígida y no contempla una variedad suficiente de dimensiones, distribuciones y organizaciones de los espacios respecto a:

- El número de personas que las ocupan.
- La diversidad de las situaciones a lo largo de la vida de una persona o grupo.
- Los trabajos que en ellas se realizan:
 - domésticos sin remuneración
 - remunerados (artesanales, manufacturas, teletrabajo...)

OFERTA ACTUAL DE TIPOS Y DIMENSIONES DE LAS VIVIENDAS

El tipo de vivienda que se usa como modelo genérico es el que va dirigido a un modelo de familia tradicional (padre, madre y dos hijos), con el padre que trabaja y la madre que cuida la casa o ejerce el doble trabajo, el profesional y el familiar.

Este modelo tipológico se usa tanto para la vivienda social como para la de iniciativa privada, y consta por lo menos de un recibidor, una sala comedor, una cocina, una habitación de matrimonio, un baño, dos habitaciones individuales y un aseo. A veces (y según el criterio del arquitecto o del promotor) tiene un lavadero-tendedero, y a veces el comedor se agrupa con la cocina en vez de con la sala (aunque raramente).

La *vivienda social* siempre se ha planteado como imitación en pequeño de la vivienda burguesa, teniendo esta mucha más superficie útil, lo que puede justificar una repartición del espacio en más habitaciones. La vivienda social, al querer tener el mismo número básico de habitaciones, correspondientes a las funciones tradicionales del habitar, pero en una superficie más reducida, suele acabar teniendo habitaciones tan pequeñas que según en qué circunstancias puede provocar situaciones conflictivas para sus habitantes.

Por otro lado, ni la vivienda social ni la burguesa contemplan programas y distribuciones adecuadas a otros tipos de personas ni de grupos domésticos diferentes del modelo de familia tradicional.

Tampoco se adapta la vivienda a las diferentes etapas por las que pasa el grupo que la habita durante toda la vida, ni por el número de personas que crece, disminuye, vuelve a crecer, etc., ni por el uso que hacen de ella las personas adultas, criaturas pequeñas, adolescentes, jóvenes, personas mayores, familiares u otras personas. Así, los habitantes de una vivienda de concepción rígida deben ingeniárselas para adaptársela a sus necesidades y a su psicología en cada momento.



ACCESO A LA VIVIENDA

La Constitución española dice que toda persona tiene derecho a una vivienda. Las políticas de la vivienda en el Estado español vienen diseñadas por la Administración estatal mediante planes que tratan aspectos muy elementales y proporcionan los recursos económicos. La Administración autonómica diseña el plan de la vivienda para su comunidad, establece las dotaciones presupuestarias y los objetivos a cumplir durante la vigencia del plan. La Administración local no tiene posibilidad de incidencia en el diseño del plan de la vivienda, cuando precisamente la Administración local es la más cercana a la ciudadanía y la que podría proporcionar una vivienda más adecuada a las necesidades de sus vecinos y vecinas. Este es pues el primer escollo para la ciudadanía; entre sus necesidades y la satisfacción de las mismas media la Administración autonómica y el Estado, que difícilmente puede tener un contacto directo con la población, considerándola solo a través de los datos estadísticos.

El que el sistema de ayuda pública sea el subsidio significa que los planes de la vivienda se orientan hacia la persona que compra, así que en lo que se refiera a recursos los municipios tampoco pueden disponer de partidas presupuestarias para ofrecer vivienda social. La política municipal solo puede determinar, a través de los planes de urbanismo, la localización de las viviendas y la ordenación de las mismas, y al no tener recursos económicos suficientes, dejan el campo abierto a la iniciativa privada que es la que en definitiva promueve la construcción de viviendas, dirigida más a sectores económicamente medios y altos que a los bajos.

Además, lo poco que se realiza en vivienda social suele estar destinado a la venta, y no al alquiler. La promoción privada también prefiere la venta. El precio actual de los alquileres de vivienda es muy elevado, resultando al final muy similar al recibo mensual de la hipoteca de una vivienda de compra. La única diferencia es que para comprar hay que pagar la entrada, que es bastante elevada, y para alquilar no.

En el Estado español, la relación entre las viviendas de propiedad y las de alquiler es la más baja de Europa. Y solo un porcentaje muy pequeño de este pequeño número de viviendas de alquiler es de la Administración pública. Tanto la Administración como la promoción privada actúan con criterios de rentabilidad y de facilidad de gestión. Por un lado, con la inversión en el alquiler se obtiene una rentabilidad a medio y largo plazo, y, por otro lado, alquilar significa administrar durante muchos años no exentos de problemas. Las promotoras, tanto públicas como privadas, prefieren vender, tener una rentabilidad inmediata y despreocuparse.

Existen muchos otros factores que hacen que hoy estas viviendas de compra no sean accesibles a una gran parte de la población, y entre ella a las mujeres. La juventud, sean hombres o mujeres, no dispone de recursos económicos para pagar la entrada para una vivienda de compra, por no tener empleo, por tener un empleo temporal o provisional, o en un área donde no hay viviendas a precios asequibles, o por estar todavía estudiando. Mujeres en proceso de separación, en las mismas condiciones, agravadas muchas veces porque sin una renta fija o sin ninguna propiedad a su nombre (las propiedades suelen estar siempre a nombre de los maridos) no pueden tener acceso a una hipoteca, son personas para las que la compra de una vivienda no tiene sentido. El estar atrapadas muchos años en el pago de una hipoteca por un piso que seguramente al cabo de poco tiempo no van a necesitar es completamente absurdo.

En resumen, el poder tener derecho a una vivienda en el Estado español se resuelve de una manera muy rígida y costosa, que obliga a quedarse con la misma durante toda la vida, además de significar un porcentaje muy alto de los ingresos de muchas personas. Todo esto hace que la *emancipación de las mujeres y de los y las jóvenes sea muy difícil*.

SITUACIÓN DEL PARQUE DE VIVIENDAS

España es el estado de la Unión Europea que tiene más viviendas desocupadas y la gran mayoría en mal estado.

Empieza a haber políticas municipales que enfocan este tema clasificando las viviendas e impulsando la recuperación de algunas de ellas. Pero son acciones muy complejas, difíciles de gestionar y que necesitan suficientes recursos económicos, por lo que todavía estas acciones son muy deficitarias y áreas enteras de cascos urbanos se están viniendo abajo.

RECOMENDACIONES

En cuanto a la vivienda hay que tener en cuenta:

1. La elección de la ubicación geográfica de los grupos de viviendas, por la topografía y las características geológicas del terreno y por su proximidad a las redes conectivas del transporte público.
2. La necesidad de hacer un diseño que estimule el compartir de las tareas y responsabilidades domésticas y la vida colectiva del grupo de habitantes.
3. Que ese mismo diseño sea capaz de transformarse según las necesidades cambiantes de la familia o de las personas usuarias (suprimir habitaciones, cambiar los usos, etc.). Pensamos que la vivienda cambiante



disminuye el riesgo de segregación y refuerza la estabilidad social del barrio.

4. Que se cuide el tamaño de las habitaciones, es mejor menos habitaciones y más grandes que más habitaciones pero tan pequeñas que sea imposible aprovecharlas debidamente.
5. Que las tipologías en el diseño de las viviendas sean más amplias, que haya un mayor abanico de posibilidades para dar cabida a una mayor variedad de grupos domésticos.
6. La introducción del concepto de *flexibilidad* en el diseño, que tiene que hacer posible la transformación de la vivienda:
 - i) Según las necesidades del grupo doméstico en las distintas etapas de su desarrollo.
 - j) Según el número de habitantes y tipo de personas que ocupen la vivienda (se recomienda una habitación para cada persona integrante del grupo).
 - k) Según las actividades diversas, sean de ocio o trabajo remunerado, como el teletrabajo, que se hagan en la vivienda.
7. El funcionamiento de la vivienda para el grupo, por lo que recomendamos que los espacios puedan ser multifuncionales.
8. El replanteamiento del uso y la ubicación de los lugares domésticos que comuniquen con el exterior, como balcones, terrazas, galerías.
9. El replanteamiento de la distribución de las habitaciones de la vivienda para conjugar los espacios individuales con los espacios colectivos de encuentro y relación entre las personas del grupo. Para ello, es primordial volver a pensar las funciones de:
 - a) estar
 - b) descansar
 - c) trabajar
 - d) ocio y recreo
 - e) aseo personal
 - f) cocinar y comer
 - g) lavado, tendido y planchado de la ropa
 - h) almacenamiento de víveres y enseres

10. El replanteamiento del diseño de los muebles y enseres de la casa con medidas ginecomórficas y adaptables a personas con problemas de comunicación o movilidad (por ejemplo, los muebles de cocina y baño de altura variable).
11. La mejora de la percepción del espacio doméstico en lo que se refiere a los distintos factores de agradabilidad, como la existencia de:
 - a) luz diurna
 - b) ventilación
 - c) vistas al exterior
 - d) aislamiento térmico, acústico y olfativo
12. La sostenibilidad y la tecnología en cuanto al uso de las energías alternativas, las tecnologías que ahorren energía y eviten el aumento del CO₂ atmosférico.
13. La renovación de la normativa vigente sobre la vivienda de protección oficial con el fin de adaptarla a las necesidades actuales.
14. El cambio de los aspectos políticos en el concepto actual de vivienda para hacer posible el acceso a la misma a mujeres, jóvenes y otros colectivos que en el estado actual no pueden acceder a la vivienda (por ejemplo, ofrecer viviendas de alquiler subvencionadas).
15. La reestructuración del mercado de la vivienda en todo lo que se refiere a la oferta-demanda, las políticas de ocupación y rehabilitación.



Frentes de batalla E.1027

Beatriz Colomina



Beatriz Colomina (1952) es arquitecta y doctora arquitecta por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. Teórica y crítica de arquitectura. Ha escrito extensamente sobre cuestiones de arquitectura, arte, tecnología, sexualidad y medios de comunicación. Es directora fundadora del Programa Interdisciplinario de Medios y Modernidad en la Universidad de Princeton, y profesora y directora de estudios de posgrado en la Escuela de Arquitectura de la misma universidad. Entre sus libros publicados se incluyen *Are We Human? Notes on an Archeology of Design* (2016), *Manifiesto Architecture: The Ghost of Mies* (2014), *Domesticity at War* (2007), *Privacy and Publicity: Modern Architecture as Mass Media* (1994) y *Sexuality and Space* (1992).

Fragmento seleccionado de Beatriz Colomina (2000). “Frentes de batalla E.1027”. *Zehar: Revista de Arteleku*, n.º 44, Diputación Foral de Gipuzkoa, pp.20-25 (versión original publicada en 1980).



E.1027. Una casa moderna dispuesta sobre las rocas, a treinta metros sobre el Mediterráneo, en un remoto lugar, Roquebrune-Cap-Martin, en Francia. El lugar es "inaccesible y oculto a la vista desde cualquier punto de los alrededores".¹ No hay un camino que lleve a la casa. Fue diseñada y construida entre 1926 y 1929 por Eileen Gray, para Jean Baldovici y para ella misma. Gray llamó a la casa E.1027: E por Eileen, 10 por la J (la décima letra del alfabeto), 2 por la B y 7 por la G. Gray y Baldovici vivían allí en los meses de verano, hasta que Gray se construyó su propia casa en Castellar en 1934. Tras la muerte de Baldovici en 1956, la casa fue adquirida por la arquitecta suiza Marie Louise Schelbert. Ella la encontró con las paredes acribilladas a balazos. La casa había sido claramente el escenario de una violencia considerable. En una carta de 1969 describió el estado de la casa: "Corbu no quiso que se reparara nada, y me insistió en que lo dejara como estaba, como un recordatorio de la guerra".² Pero, ¿Cuál guerra? Se refería, probablemente, a la Segunda Guerra Mundial. Los agujeros de las balas eran las heridas de la ocupación alemana. ¿Pero qué otra violencia había tenido lugar en la casa, anterior a las balas, e incluso anterior a la inevitable relación entre la arquitectura moderna y el militarismo? En cualquier caso, y en primer lugar, debemos preguntarnos qué hacía allí Le Corbusier. ¿Qué le trae a este lugar aislado, a esta casa remota que, finalmente, será el escenario de su propia muerte?

"Cuando era joven viajó a los Balcanes y al Medio Oriente, realizando bocetos de lugares y escenas extrañas e inaccesibles. Quizá fue una reacción natural y antirromántica propia de la madurez la que, más tarde y como purista, le impulsó a pintar aquello que se podía duplicar y que era cotidiano".³ Tendremos que volver atrás, a los primeros viajes de Le Corbusier, a aquellas "extrañas e inaccesibles escenas y lugares" que había conquistado por medio del dibujo. Y, al menos, deberemos retroceder hasta el viaje de Le Corbusier a Argel en 1931, primer encuentro de una serie que dará lugar a una larga relación con esta ciudad o, en sus propias palabras, "doce años de estudios ininterrumpidos sobre la ciudad de Argel".⁴ De cualquier modo, en que lo miremos, estos estudios se iniciaron con los dibujos de mujeres argelinas. Le Corbusier dijo años más tarde que "le había seducido profundamente un tipo de mujer particularmente bien construida", de la cual realizó numerosos estudios del natural.⁵ También adquirió una extensa colección de postales en color de mujeres desnudas, rodeadas de los objetos típicos del bazar oriental. Jean de Maisonseul (más tarde nombrado director del Museo de Bellas Artes de Argel), de diez y ocho años de edad

1 Peter Adam (1987). *Eileen Gray: Architect/Design*. Nueva York: Harry N. Abrams Inc

2 Carta de Marie Louise Schelbert a Stanislaus von Moos, 14 de febrero de 1969, mencionada en Stanislaus von Moos (1980). "Le Corbusier as Painter". *Oppositions*, pp. 19-20.

3 James Thrall Soby (1948). "Le Corbusier, Muralist". *Interiors*.

4 Le Corbusier (1960.). *My Work*. Londres.Londres: The Architectural Press.

5 Samir Rafi (1968). "968). Le Corbusier et 'Les Femmes d'Alger'". *Revue d'histoire et de civilisation du Maghreb*, Argel, enero.

en aquel entonces, guió a Le Corbusier por la Casbah, y recuerda así la visita: “Nuestras andanzas por las calles laterales nos llevaron, al final del día, a la calle Kataroudji, donde él [Le Corbusier] quedó fascinado por la belleza de dos jóvenes, una española y otra argelina. Nos llevaron arriba por una estrecha escalera, a su habitación; allí realizó numerosos bocetos del natural de las dos jóvenes desnudas —para mi sorpresa en un cuaderno escolar y con lápices de colores; bocetos de la joven española sola, recostada en la cama, así como junto con la argelina. Los bocetos eran hermosos y realistas, pero él insistía en que no eran buenos y se negó a enseñármelos”.⁶

Le Corbusier completó tres cuadernos de bocetos en Argel, los cuales él mismo aseguraba habían sido robados más tarde de su estudio de París. Sin embargo, Ozenfant no lo creía así, aseverando que el propio Le Corbusier los había destruido o escondido, por considerarlos un *secret d’atelier*. Los bocetos y las postales de Argel son un instante conocido en el habitual proceso de apropiación fetichista de la mujer, del Este o del “Otro”. Sin embargo, Le Corbusier, tal y como Samir Rafi y Stanislaus von Moos han puesto de manifiesto, transformó este material en “los estudios preparatorios y la base para una composición monumental de figuras, la cual parece haber preocupado Le Corbusier durante muchos años e incluso durante toda su vida”⁷

Desde los meses posteriores a su regreso a Argel hasta su misma muerte, Le Corbusier realizó cientos y cientos de bocetos sobre papel calco amarillo, superponiéndolo sobre los bocetos originales y redibujando los contornos de las figuras (Ozenfant afirma que Le Corbusier había rehecho sus propios bocetos con la ayuda de postales y fotografías).⁸ Además, estudió exhaustivamente el famoso cuadro de Delacroix *Les Femmes d’Alger dans leur Appartement*, realizando una serie de bocetos del contorno de las figuras del cuadro, desprovistas de sus “vestiduras exóticas” y de su “decoro Oriental”.⁹ Pero pronto ambos proyectos se solaparon: Le Corbusier modificó los gestos de las figuras de Delacroix, haciéndolas coincidir gradualmente con las figuras de sus propios bocetos. Le Corbusier afirmó que pensaba titular la composición final *Femmes de la Casbah*.¹⁰ Sin embargo, nunca la acabó. La rehízo una y otra vez. El proceso continuo de dibujo y corrección de la composición, convertido en la obsesión de toda una vida, pone de manifiesto que algo estaba ocurriendo. Esto se hizo más evidente aún en 1963-1964, poco antes de su muerte, cuando Le Corbusier,

6 Carta de Jean de Maisonseul a Samir Rafi, 5 de enero de 1968. Mencionada en Stanislaus von Moos. *Op. cit.*

7 Diversas conversaciones de Le Corbusier y Ozenfant con Samir Rafi en 1964. Mencionado en Samir Rafi. *Op. cit.*

8 Stanislaus von Moos. *Op. cit.*

9 Conversación de Ozenfant con Samir Rafi, 8 de junio de 1964, mencionada en Samir Rafi. *Op. cit.*

10 Stanislaus von Moos. *Op. cit.*



disgustado con el visible envejecimiento del papel calco amarillo, hizo una copia de veintiséis de los dibujos sobre papel transparente y, curiosamente en alguien que lo guardaba todo, prendió fuego al resto.¹¹

Pero el proceso de dibujo y corrección de *Femmes de la Casbah* alcanzó su momento de mayor intensidad, incluso de histeria, cuando los bocetos de Le Corbusier encontraron su camino hasta un mural realizado en 1938 en E.1027. Le Corbusier se refería a este mural como *Sous les Pilotis* o *Graffite a Cap Martin*, aunque algunas veces lo llamó *Tres Mujeres*.¹² De acuerdo con Schelbert, Le Corbusier “explicó a sus amigos que Badou (Baldovici) aparecía en el lado derecho, su amiga Eileen Gray en el izquierdo y el contorno de la cabeza y el pelo de la figura sentada en el centro, decía, era “el niño deseado y nunca nacido”.¹³ Esta escena extraordinaria, además de una mutilación de la arquitectura de Gray, significaba un encubrimiento de su sexualidad. Gray era abiertamente homosexual, no habiendo ninguna prueba de su relación con Baldovici. Y en tanto que Baldovici está representado como una de las tres mujeres, el mural puede revelar tanto como oculta. Es, claramente, “un asunto para un psiquiatra”, tal y como dice Le Corbusier en *Hacia una nueva arquitectura* al referirse a las pesadillas con las que las gentes llenan sus casas, especialmente si tenemos en cuenta la relación obsesiva de Le Corbusier con esta casa.¹⁴ Esto se pone de manifiesto en su forzada ocupación del lugar después de la Segunda Guerra Mundial (y este es un solo ejemplo dentro de una compleja patología), cuando se construyó para sí mismo un pequeño cobertizo de madera en el límite mismo de la propiedad adyacente (el *Cabañon*), justo detrás y por encima de la casa de Gray. Al imponer su visión desde arriba estableció su dominio sobre el lugar de la casa de Gray. El *Cabañon* no era más que una plataforma de observación, algo así como una caseta para el perro guardián.

La imposición de esta mirada invasora es más brutal si cabe cuando recordamos que Gray había elegido el lugar, en palabras de Adams, “por ser inaccesible y oculto a la vista desde los alrededores” Pero la violenta ocupación ya se había iniciado en el momento en el que Le Corbusier pintó los murales de la casa (de los que había ocho) sin el consentimiento de Gray (ella se había mudado para entonces). Gray lo consideró un acto de vandalismo; desde luego, tal y como dijo Adams, “fue una violación. Un compañero de profesión, un hombre al que ella admiraba, había desfigurado su obra sin su consentimiento”.¹⁵

11 Samir Rafi. *Op. cit.*

12 *Ibid.*

13 Carta de Marie Louise Schelbert a Stanislaus von Moos, 14 de febrero de 1969. Mencionada en Stanislaus von Moos. *Op. cit.*

14 Le Corbusier (1923). *Vers une architecture*. París.: Crès. El fragmento al que se hace referencia está omitido en la versión inglesa de este libro.

15 Peter Adam. *Op. cit.*

La mutilación de la casa y la anulación de Gray como arquitecta ocurrieron simultáneamente. Cuando Le Corbusier publicó los murales en su *Oeuvre complète* (1946) y en la revista *L'Architecture d'aujourd'hui* (1948), se hace referencia a la casa de Gray como “una casa en Cap Martin”, y su nombre ni tan siquiera se menciona.¹⁶ De hecho, la casa se le atribuyó a Le Corbusier más adelante, e incluso parte del mobiliario. Hoy la confusión persiste, y muchos críticos le atribuyen la casa a Baldovici en solitario o, con suerte, a Baldovici y a Gray conjuntamente, y todavía algunos sugieren que Le Corbusier colaboró en el proyecto. El nombre de Gray no figura ni tan siquiera en una nota a pie de página en la mayoría de las historias de la arquitectura moderna, incluyendo las más recientes o las más ostensiblemente críticas.

“Que estrecha prisión me has construido a lo largo de los años, y particularmente este último, solo por tu vanidad”,¹⁷ le escribió Baldovici a Le Corbusier en 1949 en referencia a este episodio (en una carta que Adams cree pudo ser dictada por la misma Eileen Gray). La respuesta de Le Corbusier está claramente dirigida a Gray: “Quieres una declaración mía, basada en mi autoridad mundial, para hacer público —si es que he comprendido tus pensamientos más profundos—, y para demostrar que ‘la cualidad de la arquitectura pura y funcional’ que tú has puesto de manifiesto en la casa de Cap Martin ha sido destruida por mis intervenciones pictóricas. De acuerdo, mándame algunos documentos fotográficos de esta manipulación del funcionalismo puro [...]. También envíame algunos documentos sobre Castellar, ese *U-boat* del funcionalismo; entonces presentaré este debate en todo el mundo”.¹⁸

Ahora Le Corbusier amenaza con llevar esta batalla desde la casa a las revistas especializadas de todo el mundo. Pero esta manifestación pública contradecía absolutamente lo que había expresado en privado. En 1938, el mismo año en que se decidiría a pintar el mural *Graffite a Cap Martin*, y después de disfrutar de varios días en E.1027 con Baldovici, Le Corbusier escribió a Gray poniendo no

16 *Ibid.* En ningún pie de foto de las fotografías de los murales publicadas en *L'Architecture d'aujourd'hui* se menciona a Eileen Gray. En publicaciones posteriores, a la casa o se la describe simplemente como *Maison Baldovici* o se atribuye su creación directamente a él. El primer reconocimiento de Eileen Gray en la arquitectura posterior a los años 20 vino de la mano de Joseph Rykwert (1972). “Eileen Gray: Pioneer of Design”. *Architectural Review*, December .

17 Por ejemplo, en un artículo titulado “Le Corbusier, muralist”, publicado en *Interiors* en junio de 1948, el pie de la reproducción de los murales de Cap-Martin dice: “Murales, interiores y exteriores, ejecutados en técnica de grafito sobre yeso blanco, en una casa diseñada por Le Corbusier y P. Jeanneret, Cap-Martin, 1938”. Y aún en 1981, en *Casa Vogue* 119, Milán, se describe la casa como “firmata Eileen Gray-Le Corbusier”, y un sofá de Eileen Gray como “pezzo único di Le Corbusier”. Mencionado por Jean-Paul Rayon y Brigitte Loye (1982). “Eileen Gray architetto 1879-1976”. *Casabella*, 480, mayo.

18 “Quelle réclusion étroite que m'a faite votre vanité depuis quelques années et qu'elle m'a faite plus particulièrement cette année”. Carta de Baldovici a Le Corbusier, 30 de diciembre de 1949, Fundación Le Corbusier. Mencionada en Brigitte Loye (1983). *Eileen Gray 1879-1976: Architecture Design*. París: Analeph/J. P. Viguier. Versión en inglés en Peter Adam. *Op. cit.*



solo de manifiesto que ella era la única autora de la casa sino también cuánto le había gustado: “Estoy tan contento de poder decirte que los pocos días que he pasado en tu casa me han permitido apreciar el espíritu particular que ha dictado la organización, dentro y fuera, y que le da al mobiliario moderno —el equipamiento— tal dignidad formal, tan encantadora y llena de espíritu”.¹⁹

¿Por qué, entonces, asaltó y agredió Le Corbusier la misma casa que admiraba? ¿Pensó que los murales la iban a favorecer? Ciertamente no. Le Corbusier había afirmado numerosas veces que, en arquitectura, la función de las pinturas murales es la de destruir las paredes, al desmaterializarlas. En una carta a Vladimir Nekrassov de 1932, Le Corbusier dice: “Admito que la función de la pintura mural no es la de potenciar el muro; por el contrario significa una destrucción violenta del mismo, haciéndole perder sus valores de estabilidad, peso, etc.”.²⁰ El mural, a los ojos de Le Corbusier, es un arma contra la arquitectura, una bomba. “¿Por qué entonces pintar sobre las paredes... a riesgo de asesinar la arquitectura?”, se pregunta en la misma carta, y él mismo se contesta: “Ocurre cuando uno persigue algún otro objetivo, aquel de contar historias”. ¿Cuál es, por tanto, la historia que Le Corbusier necesitaba contarnos con *Graffiti a Cap Martin*?

Una vez más, tenemos que volver a Argel. De hecho, la carta de alabanza de Le Corbusier a Eileen Gray, mandada desde Cap-Martin el 28 de abril de 1938, lleva el encabezamiento del *Hotel Aletti Alger*. La violación de la casa y de la identidad de Eileen Gray es consistente con su fetichización de las mujeres argelinas. Se podría incluso inferir que el niño en este mural reemplaza el falo ausente (materno) cuya ausencia, dice Freud, constituye el fetichismo. En estos términos, el incesante dibujar y redibujar es la escena de una sustitución violenta que en Le Corbusier parece necesitar la casa, el espacio doméstico, como decorado. La violencia se establece en la casa y por medio de la casa. En las dos ocasiones (Argel y Cap-Martin), la escena comienza con una intrusión, con la ocupación muy cuidadosamente orquestada de la casa. Pero la casa, al final, es destruida (borrada en los dibujos de Argel, mutilada en Cap-Martin).

Es significativo que Le Corbusier haya descrito el dibujar como la ocupación de una “casa de un extraño”. En su último libro, *Creation is a Patient Search*,

19 [...] Vous réclamez une mise au point de moi, couverte de mon autorité mondiale, et démontrant [—si je comprends le sens profond de votre pensée— ‘la qualité diarchitecture fonctionnelle pure’ manifesté par vous dans la maison de Cap-Martin et anéantie par mon intervention picturale. D’ac (sic), si vous me fournissez les documents photographiques de cette manipulation fonctionnelle pure: ‘entrez lentement’; ‘pyjamas’; ‘petites choses’; ‘chaussons’; ‘robes’; ‘pardessus et parapluies’; et quelques documents de Castellar, ce sous-marin de la fonctionnalité: Alors je m’efforcerai d’étaler le débat au monde entier [...]”. Carta de Le Corbusier a Badovici, Fundación Le Corbusier. Mencionada en Brigitte Loye. *Op. cit.*

20 Carta de Le Corbusier a Eileen Gray, Cap-Martin, 28 de abril de 1938. Mencionada en Peter Adam. *Op. cit.*

escribe: “Trabajando con las manos, dibujando, entramos en la casa de un extraño, nos enriquecemos con la experiencia, aprendemos”.²¹ Dibujar, como se ha señalado a menudo, juega un papel crucial en el proceso de Le Corbusier para apropiarse del mundo exterior. Repetidamente opone su técnica de dibujar a la fotografía: “Cuando viajas y trabajas en cosas visuales —arquitectura, pintura o escultura—, usas los ojos y los dibujos, para así poder fijar profundamente en la propia experiencia lo que ves. Una vez que la impresión ha quedado grabada por el lápiz, permanece para siempre: ha entrado, se ha registrado, se ha inscrito.

La cámara es una herramienta para vagos que usan una máquina para que vea por ellos”.²² Evidentemente, son afirmaciones como esta las que han dado a Le Corbusier la reputación de tener una fobia por la cámara, a pesar del papel crucial de la fotografía en su obra. Pero ¿Cuál es la relación específica entre fotografía y dibujo en Le Corbusier?

Los dibujos de las mujeres argelinas no eran solamente reproducciones de modelos al natural, sino también reproducciones de tarjetas postales. Se podría incluso argumentar que la presencia de mujeres argelinas en las postales francesas, muy difundidas en esa época,²³ habrían influenciado los dibujos de Le Corbusier, de la misma manera que, como señala Zeynep Çelik, Le Corbusier reconstruye imágenes de ciudades extranjeras (Estambul o Argel, por ejemplo) tomadas de postales y guías turísticas cuando entra en esas ciudades utilizando el medio (barco, etc.) desde el que se han obtenido tales vistas. En estos términos, él no solo “sabía lo que quería ver”,²⁴ como dice Çelik, sino que veía lo que ya había visto (en fotos). “Entraba” en esas imágenes. Habita las fotografías. Como señala von Moos, los dibujos de *Femmes d’Alger* parecen más bien hechos a partir de postales y reproducciones, más que del cuadro original que está en el Louvre.²⁵ Entonces, ¿cuál es el papel específico de la imagen fotográfica como tal en la escena fetichista del proyecto de *Femmes de la Casbah*?

El fetiche es “pura presencia” escribe Victor Burgin “y ¿Cuántas veces se me ha dicho que las fotografías ‘carecen de presencia’, que los cuadros deben valo-

21 Le Corbusier (1960). *Creation is a Patient Search*. Nueva York: Frederick Praeger.

22 *Ibid.*

23 Sobre postales francesas de mujeres argelinas en circulación entre 1900 y 1930, véase Malek Alloula (1986). *The Colonial Harem*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

24 Zeynep Çelik (1992). “Le Corbusier, Orientalism, Colonialism”. *Assemblage*, 17.²⁵ Stanislaus von Moos. *Op. cit.*

25 Stanislaus von Moos. *Op. cit.*

rarse debido a su presencia?”.²⁶ Obviamente, esa separación entre pintura y fotografía es lo que hace comprender la relación de Le Corbusier con la fotografía.

De hecho, toda la mentalidad de los dibujos de *Femmes de la Casbah* es fotográfica. No solo están sacados de fotografías. Se han desarrollado de acuerdo a un proceso repetitivo en el que las imágenes se reproducen sistemáticamente en papel transparente, de modo que la cuadrícula del papel gráfico original permite que la imagen sea reproducida a cualquier escala. Esta sensibilidad fotográfica se hace más obvia en los murales de Cap-Martin. Tradicionalmente, se ha entendido como paradigma de Le Corbusier el pintor, el artesano desligado de la reproducción mecánica, una interpretación a la que el mismo Le Corbusier ha contribuido con la famosa fotografía de él, desnudo, pintando uno de los murales (hay que hacer notar que esta es la única imagen nudista de Le Corbusier de la que tenemos noticia. Que sea precisamente en esa escena, es suficientemente elocuente). Pero lo que normalmente se omite es que *Graffite a Cap Martin* no fue concebido en la pared. Le Corbusier usó un proyector eléctrico para ampliar la imagen de un pequeño dibujo en la pared blanca de 2,50 x 4 metros donde grabó el mural en negro. Se dice que el uso del negro le viene a Le Corbusier del *Guernica* de Picasso realizado el año anterior, y que Picasso, a su vez, quedó tan impresionado con el mural de Cap-Martin que le llevó a realizar sus propias versiones de *Femmes d'Alger*. Al parecer, Picasso pintó el cuadro de Delacroix de memoria y se quedó sorprendido (*frappé*) al enterarse posteriormente de que la figura que había pintado en el centro, reclinada, con las piernas cruzadas, no estaba en el cuadro de Delacroix²⁷. Por supuesto, era *Graffite à Cap Martin* lo que él recordaba, la mujer reclinada con las piernas cruzadas (tentadora pero inaccesible), la representación sintomática que hizo Le Corbusier de Eileen Gray. Pero si el mural de Le Corbusier le había impresionado tanto, ¿Cómo es posible que Picasso no viera que había una esvástica inscrita en el pecho de la mujer de la derecha? Tal vez la esvástica sea un signo más del oportunismo político de Le Corbusier (hay que recordar que el mural se hizo en 1938). Pero los soldados alemanes que ocuparon la casa durante la Segunda Guerra Mundial, tal vez tampoco vieran la esvástica, porque fue esa misma pared la que quedó agujereada por las balas, como si allí hubiera tenido lugar una ejecución.

El mural era una fotografía en blanco y negro. El fetiche de Le Corbusier es fotográfico. Después de todo, la fotografía también ha sido interpretada en términos de fetiche. Víctor Burgin escribe: “El fetichismo, así pues, logra la separación entre conocimiento y creencia característica de la representación; su motivo es la unidad del sujeto. La fotografía se presenta ante el sujeto/ observador del mismo modo que el objeto fetiche. [...] Sabemos que estamos ante una super-

26 Victor Burgin (1986). “The Absence of Presence”. *The End of Art Theory: Criticism and Postmodernit*. Atlantic Highlands, New Jersey: Humanities Press International, Inc

27 Samir Rafi. *Op cit*.

ficie bidimensional, pero creemos ver a través de ella dentro de un espacio tridimensional; no podemos hacer ambas cosas al mismo tiempo, hay un ir y venir entre el conocimiento y la creencia".²⁸

Entonces, si Le Corbusier "entra en la casa de un extraño" por medio del dibujo, ¿podría "la casa" estar aquí en lugar de la fotografía? Al dibujar, Le Corbusier entra en la fotografía que es, de por sí, la casa de un extraño, ocupando y reterritorializando, al rehacer la imagen, el espacio, la ciudad y la sexualidad del otro. Dibujar sobre dentro de la fotografía es el instrumento de la colonización. Entrar en la casa de un extraño siempre constituye un allanamiento de morada: no hay acceso sin ejercicio de la fuerza, no importa cuántas invitaciones hayan mediado. La arquitectura de Le Corbusier depende en cierto modo de determinadas técnicas de ocupación que a la vez suprimen gradualmente el espacio doméstico del otro.

Como todos los colonizadores, Le Corbusier no pensó en ello como invasión, sino como regalo. Es sintomático que, recapitulando el trabajo de su vida cinco años antes de morir, escriba sobre Argel y Cap-Martin en los siguientes términos: "Desde 1930, LC dedicó 12 años a un estudio ininterrumpido de Argel y su futuro. [...] Durante dichos años, preparó *sin ningún coste (free of charge)* siete grandes propuestas (siete enormes estudios)". Y más adelante escribe, "1938-1939. Ocho pinturas murales realizadas *sin ningún coste (free of charge)* en la casa de Badovici y Helen Gray en Cap Martin".²⁹ Eileen Gray se sintió traicionada: ahora le habían desfigurado hasta el nombre. Y renombrar es, después de todo, el primer acto de la colonización. Tales regalos no pueden devolverse.

28 Victor Burgin (1976). "Modernism in the Work of Art". *20th Century Studies*, 15-16, diciembre. Reimpreso en *The End of Art Theory*. Véase. véase también Stephen Heath (1974). "Lessons from Brecht". *Screen*, vol. 15, n.º 2.

29 Le Corbusier, *My Work*.



Dos cromosomas X en la arquitectura moderna

Carmen Espegel



Carmel Espegel (1960) es doctora en Arquitectura por la Universidad Politécnica de Madrid, catedrática de Proyectos Arquitectónicos en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid y coordinadora del Máster en Proyectos Arquitectónicos Avanzados. Docente invitada, entre otros, en el programa de doctorado de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Oporto (Portugal) y en el Máster Housing de la Universidad de Roma III (Italia). A lo largo de los últimos veinte años su investigación se ha centrado en tres líneas fundamentales: vivienda colectiva, crítica arquitectónica, mujer y arquitectura.

Fragmento seleccionado de Carmen Espegel (2006). *Heroínas del espacio. Mujeres arquitectos en el movimiento moderno*. Ediciones Generales de la Construcción (pp. 76 - 97).



El espíritu que gobierna el mundo es un espíritu femenino

E. Bloch

La incorporación activa de la mujer como profesional a la sociedad es, tal vez, el parámetro más importante de la modernidad en el siglo pasado. El género femenino ha estado constreñido a la artesanía, a la domesticidad; en resumen, al mundo interior y del interior. El paso de la mujer como objeto de la industria a sujeto de la misma ha sido un exponente de dicha modernidad. Margaret MacDonald (Charles Rennie Mackintosh), Anna Muthesius (Hermann Muthesius), Lilly Reich (Mies van der Rohe), Truus Schröder (Gerrit Thomas Rietveld), Marlene Poelzig (Hans Poelzig), Grete Schütte-Lihotzky (Ernst May), Charlotte Perriand (Le Corbusier y otros), Eileen Gray (Jean Badovici), Rashel Moiseevna Smolenskaya (Nikolai Ladovsky), Karola Bloch¹ (Auguste Perret), Aino Marsio Aalto (Alvar Aalto), Lotte Stam-Beese² (Mart Stam), Alison Smithson (Peter Smithson), Ray Eames (Charles Eames), Kaija Siren (Heikki Siren), Carmen Portiño (Eduardo O'Reidy), Franca Helg (Franco Albini) o Clara Porset (Luis Barragán)³ han sido algunas de las escasas mujeres que han intervenido como sujetos históricos de la industrialización arquitectónica, aunque sus trabajos hayan resultado eclipsados, sin excepción, por los prestigiosos nombres de sus compañeros o mentores, aquí señalados entre paréntesis.

Tal como las conocemos hoy en día, las escuelas de arquitectura fueron una innovación de finales del siglo XVIII. En la historia europea anterior al siglo XX, el único ejemplo de mujer arquitecto que podemos encontrar es el de la monja Plautilla Bricci (o Brizio), llamada Plautilla Romana, que trabajó en Roma alrededor de 1650.⁴

- 1 Nacida en Lodz y casada con el filósofo Ernst Bloch, estudió en la Universidad Técnica de Berlín en Charlottenburg hacia los años treinta con los profesores Hans Poelzig y Bruno Taut. No pudo terminar sus estudios en Berlín debido a la llegada de los nazis al poder en 1933. Obtuvo su diploma en la ETH de Zúrich y vivió en Viena, París y Praga hasta 1938. Intentó trabajar en el estudio de Le Corbusier, no siendo posible por la gran lista de espera que entonces había, por lo que colaboró con Auguste Perret. En Praga decidió trabajar por su cuenta y colaboró con el pintor y arquitecto Friedl Dicker. En 1938, ella y su marido decidieron emigrar a Estados Unidos. En 1949 volvieron a Europa, y residieron en Leipzig y Tübingen.
- 2 Creemos que se trata de la misma Lotte Beese (1903-1988), alumna de la Bauhaus entre los años 1925 y 1929, que fue compañera sentimental de Hannes Meyer y madre de uno de sus hijos, Peter. Trabajó como arquitecto en Checoslovaquia y en la Unión Soviética. En 1935 se casó con Mart Stam y en 1946 llegó a ser arquitecto jefe de la Oficina de Urbanismo de Rotterdam.
- 3 Arquitecto cubana (1895-1981) exiliada durante la dictadura de Batista. Residió la mayor parte de su vida en Méjico donde colaboró, como interiorista y diseñadora de mobiliario, con los mejores arquitectos del país. Véase al respecto la biografía escrita por Oscar Salinas Flores (2001). *Clara Porset: una vida inquietante, una obra sin igual*. Ed. Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México, Méjico.
- 4 *The History of Women Architects. About the history of women architects and designers in the twentieth century. A first survey*. Catálogo de exposición editado por Union Internationale des Femmes Architectes, Sektion Bundesrepublik e.V., UIFA Berlín, 1986.

La teoría arquitectónica ha estado influenciada al menos por la filosofía, la sociología y otras ciencias. Todas estas áreas generalmente estaban dominadas por hombres y aunque las mujeres poseían dotes intelectuales y creativas, la sociedad determinaba su papel y cometido. Rita Levi-Montalcini, Premio Nobel de Medicina en 1986, ironiza en su autobiografía que resulta inaudito “[que] la presunta diferencia de las capacidades intelectuales entre los sexos masculino y femenino de nuestra especie, se deba al hecho de que el individuo tiene, en el primer caso, un cromosoma X y uno Y, y en el segundo, dos cromosomas X”.⁵ Como la educación femenina estaba confinada a la casa y a la familia, las mujeres no tuvieron acceso a “profesiones masculinas” durante mucho tiempo. Por tanto, no vamos a realizar aquí una compilación exhaustiva de todas las arquitectos que trabajaron durante el período heroico de las vanguardias ya que no existe tal documentación, aunque sí hablaremos de las más conocidas. Las enciclopedias profesionales y los catálogos de arte en bibliotecas especializadas raramente citan a mujeres arquitectos, ni siquiera cuando su prestigio es bien conocido entre los expertos en la profesión, y si las nombran lo hacen como si de varones arquitecto se tratara.⁶

Elizabeth Eleanor Siddal es la única mujer nombrada en la historia del diseño y de la arquitectura en el siglo XIX. Nació en Londres en 1829 y fue la modelo favorita de los prerrafaelistas. En aquella época, las mujeres debían ser exclusivamente grandes damas, musas,⁷ amantes, novias, madres, obreras o sirvientas. El crítico de arte más conocido del siglo XIX, Ruskin, aunque convencido de la superioridad del género femenino, sin embargo afirmaba: “La educación no debe ir encaminada al desarrollo de la mujer, sino a la renuncia a sí misma. Mientras que el hombre debe esforzarse por profundizar sus conocimientos en todos los campos de lo cognoscible, la mujer ha de limitarse a adquirir unas nociones generales de literatura, arte, música o naturaleza. Esto le servirá para darse cuenta de la inmensa pequeñez de su horizonte y de su nulidad ante el Creador. [...] El hombre es sobre todo un creador, un defensor. Su intelecto le predestina para la especulación y la invención; su energía, para la aventura, la

5 Rita Levi-Montalcini (1989). *Elogio de la Imperfección*. Ediciones B, Barcelona, pp. 35-36.

6 “La ultra eficiente cocina tipo laboratorio, la *Frankfurter Küche*”, así denominada por Kenneth Frampton, en su libro *Historia crítica de la arquitectura moderna*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona 1987, es atribuida por el autor a “el arquitecto G. Schütte-Lihotzky”. Ahora sabemos que G. es la inicial del sobrenombre de una de las mejores arquitectos de los años veinte, colaboradora incesante de Ernst May, Grete (Margarete) Schütte-Lihotzky. Si revisamos la versión original del citado libro editada por Thames & Hudson, Frampton emplea “the architect G...”. No le otorga la dignidad de un nombre como a Lilly Reich o Charlotte Perriand. También pudiera ser que la propia Grete se refugiase en la inicial como las escritoras P. D. James, J. K. Rowling han hecho conscientemente ante el posible prejuicio hacia su obra.

7 Véase al respecto el libro del excorresponsal de Pravda en París, Volf Sedij, titulado *Musas rusas de franceses ilustres*. Trata sobre las mujeres que sirvieron de fuente de inspiración para Henri Matisse, Fernand Léger, Louis Aragon y Romain Rolland. Ellas fueron, respectivamente, Lidia Delektorskaya, Nadia Jodosevich, Elza Triole Kagan y Maria Mijailova. Sus vidas fueron extrañas y fascinantes.



guerra y la conquista. Las tendencias de la mujer se desarrollan, en cambio, en el mantenimiento del orden, no en la batalla; su lugar está en la casa, donde ella es la reina”.⁸

Hasta principios del siglo xx a las mujeres se les vetaba el ingreso a la universidad. Son las luchas sociales de carácter nacional e internacional y, entre ellas, las lideradas por los colectivos feministas, las que consiguieron que la mujer accediera a la enseñanza oficial, aunque no existían reglas generales en las universidades porque la educación femenina de grado superior seguía siendo un asunto privado de ellas mismas y de sus familias. Mientras que en los Estados Unidos, la primera estudiante de arquitectura obtiene su título en la Cornell University en 1880, y se alcanzan las 39 graduadas como arquitectos a principios de siglo, en Alemania hay que esperar hasta 1908 para que les sea permitido estudiar. En España esto no sucede hasta los años treinta, con el triunfo de la República.

Rita Levi-Montalcini comenta al respecto que “en el siglo pasado (xix) y en las primeras décadas del nuestro (xx), en las sociedades más avanzadas —si se acepta el concepto, tan erróneo como profundamente arraigado, de que es válida la ecuación entre industrialización y progreso—, dos cromosomas X constituían una barrera insuperable para entrar en las escuelas superiores y realizar los propios talentos.”⁹

La cantante alemana Anna Muthesius, nacida en Aschersleben en 1870, fue considerada un referente en materia de gusto y moda en Berlín. Su actividad se desarrolló en distintos campos. Diseñó “ropa reforma”, fenómeno del siglo xix caracterizado por varios intentos organizados para cambiar los estilos de vestuario imperantes, principalmente por razones de salud.¹⁰ Asimismo, escribió un libro acerca de la indumentaria de la mujer¹¹ y trabajó para los Grandes Almacenes Gerson, uno de los más importantes de moda y mobiliario para el hogar en Berlín. Fue, además, la asesora artística de su marido, el arquitecto y espía industrial Hermann Muthesius.

8 John Ruskin (1960). “Sesame and Lilies”. *Sesame and Lilies: The Two Paths and The King of the Golden River*. E. P. Dutton, Nueva York, pp. 59-65.

9 Rita Levi-Montalcini, *op. cit.*, p. 36.

10 Antes de 1914 recayó sobre los ricos y la clase media-alta la reforma de la ropa. Defendieron unas vestimentas más anchas que permitieran respirar y criticaron la relación directa del vestuario con los constantes cambios propios de la moda. Aunque la “ropa reforma” nunca fue aceptada totalmente, sus ideas relativas a la salud y practicidad fueron incorporadas con rapidez a la indumentaria confeccionada tras la Primera Guerra Mundial. Brigitte Stamm, *Das Reformkleid in Deutschland* (1976), citado en Magdalena Droste (1996). “Lilly Reich: her career as an artist”. Matilda McQuaid Ed., *Lilly Reich: Designer and architect*, The Museum of Modern Art, Nueva York, p. 47.

11 Anna Muthesius (1903). *Das Eigenkleid der Frau*. Kramer & Braun, Krefeld.

Después de 1900, bajo los auspicios de las conquistas en materia de integración social, las mujeres también desempeñaron un papel importante. Las escocesas Margaret y Frances MacDonald trabajaron como interioristas junto con Charles Rennie Mackintosh y Herbert MacNair. Formaron un grupo que estableció los primeros impulsos para el renacimiento del diseño y la arquitectura en todo el mundo y tuvieron considerable influencia en la renovación de las Arts and Crafts de principios de siglo.¹²

Dos excepcionales mujeres alemanas de la generación de la Primera Guerra Mundial merecen ser reseñadas aquí. La primera, Emilie Winkelmann, nacida en 1875, tuvo su propio despacho en Berlín desde 1908. Fue seguramente la primera alemana arquitecto en la profesión libre antes de la Gran Guerra. Winkelmann apuntaba: “Como una excepción, me fue permitido estudiar en la Real Universidad Técnica de Hanover entre 1901 y 1905 (las mujeres no eran generalmente admitidas en universidades técnicas). Ninguna otra mujer, ninguna extranjera ha estudiado arquitectura antes que yo. Las dos mujeres arquitectos francesas, y las otras 100 que estudiaron en los Estados Unidos al mismo tiempo eran artistas comerciales; al igual que los artistas comerciales alemanes, dibujaban interiores, mobiliario, papel pintado, tejidos. En 1908, comencé a trabajar independientemente como arquitecto. Había ganado el concurso para la construcción de una sala en el n.º 10 de Blumenstrasse en Berlín. Entonces construí casas unifamiliares cerca de Berlín; [...] En 1914, en la Exposición Internacional de Leipzig, recibí la medalla de oro. No estaba relacionada con ningún edificio del Tercer Reich porque no quise unirme al partido nazi [...]”.¹³ Incluso estando relativamente confundida respecto a sus colegas americanas, Emilie Winkelmann fue seguramente la primera estudiante de arquitectura en Europa.

La segunda, Elisabeth von Tippelskirch-Knobelsdorff, nacida en 1877, fue la primera funcionaria en un servicio civil de la República de Weimar, como Arquitecto del Gobierno Provincial de Potsdam hasta 1923.

El cambio de siglo impulsó los primeros signos de apreciación del trabajo femenino en actividades creativas, y así los llamados de modo tópico y erróneo “felices años veinte” marcaron un hito. Aunque se asuma generalmente que los “dorados años veinte” pertenecieron ante todo a la mujer, todos sabemos que solo le correspondieron en determinados clichés: como el de vampiresa fumando un cigarrillo en los anuncios publicitarios, como “*Girl*” en los cabarets o como intrépida piloto al volante de un coche de última tecnología.

12 Muthesius, al visitar a *the Mackintoshes*, como él los llamaba, comentó: “Los dos miembros femeninos del pequeño grupo unidos en matrimonio con los dos miembros masculinos del grupo, trabajan ahora juntos”. Hermann Muthesius (1902). “Die Glasgower Kunstgewerbebewegung: Charles Rennie Mackintosh & Margaret MacDonald Mackintosh”. *Dekorative Kunst*, IXp. 201, 204. Citado en *The History of Women Architects*, op. cit., p. 5.

13 Texto citado en *The History of Women Architects*, op. cit., pp. 13-16.



Entre 1920 y 1930, cincuenta mujeres estudiaron arquitectura en la Universidad Técnica de Berlín con dos profesores: Hans Poelzig desde 1923 y Heinrich Tessenow desde 1926. La mayoría de mujeresarquitectos provenían del campo del diseño, de la pintura o de la escultura, en los que estaban mejor consideradas. En la escuela Bauhaus, los estudios comprendían un gran número de asignaturas colaterales a la arquitectura. Sabemos que tras las mujeres Art Nouveau, las mujeres Déco y, después de estas, las mujeres Bauhaus,¹⁴ todas jugaron un destacado papel en la historia del diseño y de la arquitectura, aunque fueran diseñadoras de tejidos o fotógrafas, como Anni Albers, Gertrud Arndt, Otti Berger, Katja Rose, Ida Kerkovius, Gunta Stölzl y Grete Stern, o diseñadoras, como Alma Buscher, Marianne Brandt, Margarete Marks y Sophie Täuber-Arp, las que dominaran.

A muy pocas alumnas provenientes de la escuela Bauhaus se les permitió dedicarse a la arquitectura: Vera Meyer-Waldeck, Friedl Dicker y Lotte Gerson. Es necesario comentar que la política interna de la Bauhaus respecto a las mujeres, tanto profesoras¹⁵ como alumnas, resultó muy tradicional y convencional. La única joven docente de la Bauhaus fue Gunta Stölzl como directora del Taller de Tejidos. “Si la Bauhaus hubiera definido su posición en cuanto a la cuestión femenina, hubiera sido posible discutir sobre la política del Consejo de Maestros. En lugar de esto, las mujeres debieron vivir su paso por la escuela como una experiencia individual, ya que la política de la institución y los sutiles métodos de camuflaje hicieron casi imperceptible la discriminación de su sexo”.¹⁶ Por derecho propio, las alumnas podían elegir libremente cualquier taller ya que los estatutos de la Bauhaus de 1919 aceptaban “a toda persona sin antecedentes, independientemente de la edad y el sexo, cuya formación previa sea estimada suficiente por el Consejo de Maestros de la Bauhaus”.¹⁷ Pero la realidad era diferente y en 1920 se fundó un taller específico para el género femenino. Los profesores argumentaron la falta de aptitud para reconducir a las féminas hacia el taller de tejidos. Marianne Brandt, una de las pocas mujeres que tuvo acceso al taller de metalurgia, comenta en una carta a la joven generación: “Al principio no me aceptaron exactamente de buena gana: el lugar de una mujer no es el taller del metal, opinaban. Es algo que admitieron más adelante y que supieron expresar encargándome principalmente tareas cansadas y aburridas. ¡Cuántas bolitas de frágil alpaca he martilleado con gran perseverancia, pensando que

14 El número de mujeres se estima en la tercera parte de los alumnos de la Bauhaus.

15 ¹⁵ Una de las escasas mujeres que accedieron al nivel de directora de Taller de la Bauhaus fue Gunta Stölzl (primera y única “joven maestra”, o sea alumna que llega a liderar un taller), tras seis largos años de trabajo en la escuela. Más tarde, en enero de 1932, Lilly Reich accederá a la dirección de los talleres de interiorismo y tejidos hasta la desaparición de la escuela un año más tarde.

16 Jeannine Fiedler y Peter Feierabend (ed.), *Bauhaus*, Könemann Verlagsgesellschaft mbH, Colonia, 2000. Anja Baumhoff, “La coartada Stölzl”, pp. 356.

17 Fiedler y Feierabend (ed.), *op. cit.*, Anja Baumhoff, “Las mujeres en la Bauhaus: un mito de la emancipación”, p. 102.

tenía que ser así, que ‘todo principio es difícil!’.¹⁸ Brandt pudo conseguir tal puesto porque estuvo avalada como un talento excepcional por el director del taller de metalurgia, László Moholy-Nagy. Incluso hoy en día se pueden adquirir los abstractos objetos vanguardistas de esta diseñadora.

Para la mujer el taller de tejidos fue una forma de acceso a la sección de Arquitectura de la Bauhaus, tras conseguir después de tres años la licenciatura previa.¹⁹ De cara a la opinión pública, esta medida progresista e igualitaria no fue tan cierta en realidad, pues el mismo Gropius se mostró siempre reticente al acceso de las diplomadas a los estudios de arquitectura.²⁰ Además, en general, los maestros de la Bauhaus despreciaron el taller de tejidos y lo transformaron en un reducto femenino. Bajo la dirección de Hannes Meyer, el taller textil fue revisado en profundidad enfocándose hacia la relevancia social del tejido o bien hacia la preponderancia de paños de gran utilidad pero con escaso valor decorativo. Como, por ejemplo, un material textil que diseñó Anni Albers para la obra estatal de Hannes Meyer en Bernau, que reflejaba la luz al mismo tiempo que amortiguaba el sonido.²¹

En contraste con Alemania, la participación de la mujer en la nueva sociedad soviética quedó reflejada en un alto número de alumnas que siguieron los cursos de arte, arquitectura e ingeniería en los años veinte. En la Unión Soviética, aunque la educación artística se reorganizó totalmente en otoño de 1918, no fue hasta la creación de Vkhutemas en el año 1920 cuando aparece la combinación de arquitectura, producción (madera, metales, textiles, cerámica, poligrafía) y arte (pintura y escultura). La importancia de esta escuela en el desarrollo for-

18 Fiedler y Feierabend (ed.), *op. cit.*, p. 107.

19 “Tras este último examen [...] se podrá continuar con el mismo trabajo o, si la candidata está capacitada y siente inclinación a ello, [...] podrá considerarse su incorporación a la sección de arquitectura” (Dirección de la Bauhaus), “Arbeitsplan der Weberei”. Citado en Fiedler y Feierabend (ed.), *op. cit.*, p. 473.

20 “Según nuestra experiencia no es aconsejable que las mujeres trabajen en los talleres de artesanía más duros, como el de carpintería, etc. Por esta razón, en la Bauhaus se va formando cada vez más una sección de carácter marcadamente femenino que se ocupa principalmente de trabajar con tejidos. Las mujeres también se inscriben a encuadernación y alfarería. Nos pronunciamos básicamente en contra de la formación de arquitectas”. Carta a Annie Weil del 23 de febrero de 1921. Citada en Fiedler y Feierabend (ed.), *op. cit.*, pp. 96-107.

21 “La sección de tejidos constituye un óptimo ejemplo. Disponía de unos 25 telares (desde el simple telar a mano hasta el complicado telar Jacquard) y estaba por lo tanto perfectamente preparada para la producción, en amplia escala, de materiales para tapicería, cortinas, cubrecamas, alfombras y otros prototipos. El tejido realizado para el gran hall de la primera Escuela Sindical Alemana en Bernau-Berlín constituye una prueba evidente de la influencia del conocimiento científico en la manera de abordar los productos textiles. En lugar de aquellas alfombras decorativas y de aquellos tapices, tan populares hasta entonces, símbolo de las fantasías artísticas de las señoritas de buena familia, se realizaron varios tejidos experimentales, en los que se entretejan materiales nuevos como plástico, aluminio, aleaciones ligeras, vidrio, etc.”. Hannes Meyer (1972). “Bauhaus Dessau 1927-1930. Experiencias sobre la enseñanza politécnica”. *El Arquitecto en la lucha de clases y otros escritos*. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, pp. 203-204.



mal de la arquitectura moderna del siglo xx ha sido más que notable, incluso de mayor profundidad que la Bauhaus de Dessau. Entre los estudiantes de Vkhutemas, renombrada en 1927 Vkhutein, podemos destacar las arquitectos miembros del grupo racionalista Asnova (Asociación de Nuevos Arquitectos): Nadezhda Alexandrovna Bykova; Mariya Grigorevna Kruglova; Militsa Ivanovna Prokhorova (colaboradora de Lissitzky); Irina Nikolaevna Tikhomirova, que junto con otros miembros de Asnova se presentó al concurso para el Palacio de las Artes de Moscú en 1930; Lyubov Sergeevna Zalesskaya (colaboradora de Ladovsky); Lidiya Konstantinovna Komarova, colaboradora de Alexander Vesnin y miembro del equipo OSA (Unión de Arquitectos Contemporáneos); o quizá la más conocida de todas, Rashel Moiseevna Smolenskaya, cuya propuesta para el concurso del Palacio de Congresos de la Unión Soviética, realizado en 1928 dentro del estudio de Ladovsky, anticipa una extrema modernidad, aún hoy en desarrollo, por su planteamiento de masas oblicuas en la sección vertical. Otras, como Mariya Vasilevna Gaken, Lyubov Stepanovna Slavina y Olga Alexandrovna Yafa, llegaron a construir algunas obras de gran calidad arquitectónica.

La dirección tomada en la Unión Soviética después de la Revolución fue considerar que el arte era un todo. Artistas como Malevich, Tatlin, Lissitzky, Alexander Vesnin, Lavinsky, los hermanos Stenberg y, entre ellos, sus colegas femeninos, Alexandra A. Exter, Lyubov S. Popova y Varvara F. Stepanova, practicaron simultáneamente pintura, arquitectura, diseño gráfico, interiorismo y arte teatral.

Exter, que estudió en la Escuela de Bellas Artes de Kiev, fue, junto a El Lissitzky, una de las grandes emisarias entre las vanguardias soviéticas y la Europa occidental. A partir de 1907 vive entre París y Moscú. Su labor experimental comienza con las escenografías que realiza junto al director Alexander Tairov en el Teatro de Cámara de Moscú, destinadas a señalar el inicio de la hegemonía del teatro soviético en esos años: *Thamira Khytharedes*, de Innokentii Annensky (1916), *Salomé*, de Oscar Wilde (1917) y *Romeo y Julieta* de William Shakespeare (1921). “Un desfile de cubismo”, así describía el crítico Abram Efros las representaciones diseñadas por Exter, que fue la primera en trasladar el cubismo a los espectáculos rusos. Exter transformó el concepto del escenario y del vestuario al añadir a su función puramente utilitaria el movimiento, para que se convirtieran en una extensión y complemento de la trama. Su talento artístico trascendió a otros muchos campos, además de la pintura y el teatro, como el diseño de interiores (el apartamento de Kriuger en Berlín en la década de 1920), de exposiciones (la Exhibición para la Unión Sindical Agrícola de Moscú en 1923), de ropa (para el Atelier de modas de Moscú en 1923), de libros (para los poemas de Ivan Aksenov) o de decorados para el cine (como la secuencia marciana de *Aelita*, la película dirigida por Yakov Protazanov en 1924).²²

22 John E. Bowlit y Matthew Drutt ed. (2000). Amazonas de vanguardia: Exter, Goncharova, Popova, Rozanova, Stepanova, Udaltsova. Catálogo de exposición editado por Museo Guggenheim Bilbao, pp.130-153.

Hacia 1920 Popova fue contratada por la Escuela de Arte y Teatro Vkhutemas, donde compartió estudio con su amigo Alexander Vesnin dentro del Departamento de Pintura. Durante sus últimos cinco años de vida se dedicó a investigar nuevos géneros como la escenografía y el diseño de carteles y de libros. Al igual que Exter, aplicó el enfoque constructivista a los decorados y vestuarios teatrales. Aunque, sin la previa y rigurosa investigación formal de Popova en sus “composiciones arquitectónicas” y “dinámico-espaciales”, no habrían sido posibles sus espectaculares obras de principios de la década de 1920, como las escenografías para *El estupendo cornudo* o *El mundo insurgente*, ambas producciones de Vsevolod Meierkhold. Además, junto a Alexander Vesnin, Popova diseñó un intrincado montaje al aire libre para la reunión masiva de Khodynskoe (Moscú), en honor del Tercer Congreso del Komintern de 1921.²³

Varvara Stepanova, miembro del grupo Constructivista y compañera sentimental de Rodchenko, produjo junto a él, además de valiosas esculturas y montajes, innumerables diseños textiles y de ropa. Junto con Popova pasó a formar parte del Teatro de la Revolución de Vsevolod Meierkhold en calidad de escenógrafa donde diseñó los decorados y vestuarios de la obra *La muerte de Tarelkin*.²⁴

No solo las arquitectos, sino también los ingenieros como Tatyana Mikhailovna Makarova, trabajaron para la industria de la edificación. A ella se deben los estudios realizados en 1929 sobre paraboloides hiperbólicos para su utilización como novedosas cubiertas suspendidas²⁵ que luego tendrían tanta influencia en arquitectos como Le Corbusier, Félix Candela o Frei Otto.

Dentro de la Europa oriental encontramos también a grandes mujeres arquitectos. Entre las checas, Hana Kucerová-Záveská (1902-1944), que construyó en el barrio de Dejvice en Praga, para la Exposición de Vivienda Baba, dos viviendas unifamiliares: la Villa Ballinger (1931-32) y la Villa Suk (1932), con una arquitectura funcional de gran calidad.²⁶

El alto índice de paro masculino repercutía en el difícil desarrollo del talento de las graduadas universitarias en sus profesiones y, en cualquier caso, su incierto futuro personal fue anulado por el ascenso nazi. Dentro de este panorama, quizá las más importantes creadoras en el campo de la arquitectura, del interiorismo y del diseño en los años veinte fueron Lilly Reich, Charlotte Perriand, Grete

23 Bowlt y Drutt (ed.), *op. cit.*, pp. 184-211.

24 Bowlt y Drutt (ed.), *op. cit.*, pp. 240-269.

25 Selim O. Khan-Magomedov (1987). *Pioneers of Soviet Architecture*. Thames and Hudson Ltd., Londres.

26 Véase Rostislav Svácha (ed.) (1994). *Od/K Moderny Funkcionalismu. Promeny Prazské Architektury První Poloviny Dvcatého Století*, pp. 328, 334, 412, 517, 520; (1987) y Vladimír Šlapeta (1987). *Czech Functionalism 1918-1938*. Architectural Association, Londres, pp. 102, 160.



Schütte-Lihotzky, Martina Richter²⁷ Marlene Poelzig, Ella Briggs, Kattina Both, Martha Willings, Edith Dinkelman y Eileen Gray.

Al final de estos años, algunas profesionales ya habían tenido una significativa participación en la construcción de grandes edificios y en proyectos de diseño industrial. Así, por ejemplo, Lilly Reich trabajó para la oficina de la Feria Internacional de Frankfurt am Main, y en la *Werkbund* en asociación con Mies van der Rohe; Ella Briggs participó en los desarrollos de viviendas de Berlín y Viena; Grete Schütte-Lihotzky cooperó con las Autoridades de la construcción de Edificación de Frankfurt dentro del equipo de Ernst May, y en dos viviendas para los asentamientos vieneses de la *Werkbund*; Kattina Both colaboró en la oficina de Otto Haesler en Celle y posteriormente trabajó para las Autoridades de la Edificación en Kassel hasta 1965; Martha Willings diseñó el parque para la Siedlungen de Onkel-Tom en Berlín; Edith Dinkelman proyectó y construyó para el *Mitteldeutsche Heimstätte* en Magdeburgo desde 1925 hasta 1931, y a partir de 1945 fue supervisora municipal en la reconstrucción de Dresde.

El tenebroso período posterior destrozaría tan alentadores comienzos.²⁸ Grete Schütte-Lihotzky, que había estado en 1930 en Moscú con el grupo de Ernst May y en 1933 en Viena como miembro de la resistencia contra el fascismo, fue sentenciada a 15 años de prisión ya que, excepcionalmente, se libró de la pena de muerte. Otti Berger, estudiante de diseño textil en la Bauhaus entre 1927 y 1933, fue asesinada en un campo de concentración en 1945. Otra alumna de arquitectura de la Bauhaus entre 1919 y 1923, Friedl Dicker, que siguió el curso preparatorio de Johannes Itten en Weimar, murió en 1944 en Auschwitz. Ella Briggs emigró a Londres. Charlotte Perriand, en 1940, a causa de la invasión alemana en Francia, huyó a Japón donde continuó sus investigaciones. La gran arquitecta italiana Lina Bo Bardi colaboró en la resistencia partisana bajo la ocupación alemana, y terminó exiliándose en Brasil a partir del año 1946, tras la decepción sufrida ante la llegada al poder de la Democracia Cristiana y con ella el regreso de los viejos fantasmas previos a la guerra. En Brasil, donde reencontró las esperanzas fraguadas en las noches de guerra, desarrollará lo más notable de su arquitectura, que se encuentra a la altura de las mejores producciones del siglo.

La discriminación femenina en el acceso a la profesión de arquitecto ha continuado a lo largo del siglo xx y es interesante recordar aquí que, hace tan solo cuarenta años, concretamente en 1963, se funda en París la *Union Internationale des Femmes Architectes* porque la *International Association of Architects* no

27 Construyó su propia casa, un magnífico edificio racionalista, en Berlín en 1928. Estudió en la *Ittenschule*.

28 En 1938, había solo 7 mujeres entre los 11.825 miembros de la Asociación Alemana de Arquitectos.

admitía a mujeres arquitectos, aunque existieran y, como tan reiteradamente hemos visto, trabajaran “a la sombra” de colegas masculinos.

Cuando Madame Curie muere, a causa de la radiación absorbida durante tantos años de investigación en el Instituto de Física de París, se coloca sobre su tumba un contador Geiger. Este mecanismo, que sirve para medir la radioactividad, seguirá durante otros cien años emitiendo la cantidad de energía residual que aún está presente en los restos de la científica. A pesar de todos los agravios y menosprecios que estas arquitectos han sufrido a lo largo de sus carreras, las obras de todas ellas funcionan como el contador de radioactividad que aún mantiene viva la memoria de Marie Slodowska Curie. Emanan tanta calidad arquitectónica que lo menos importante es si el autor ha sufrido una postergación a un segundo plano.

Contemporáneas aunque no coetáneas, las cuatro arquitectos [...] forman una parte importante de la pléyade más radical de la arquitectura del siglo xx. Tal vez un rasgo común a las cuatro heroínas es la íntima relación que en sus respectivas existencias hubo entre su obra y su vida.

→ 5 ANEXO



El recorte temporal de los textos seleccionados en esta publicación se encuadra dentro de un proceso histórico de luchas e impertinencias imprescindibles. Desde la primera ola basada en el reclamo de la igualdad y de los derechos universales de ciudadanía; la segunda ola marcada por la larga e infatigable lucha de las sufragistas por los derechos civiles y políticos. Acciones que derivaron en mucho más que el voto ya que abrió el camino para el acceso a la educación, el uso y goce de lugares públicos entre otros reclamos que doblegaron al sistema patriarcal económico y político, que no concedía el derecho a la propiedad ni sobre sus propios hijos e hijas. La breve pero intensísima tercera ola iniciada en los años sesenta, con obras que marcaron el camino como las de Simone de Beauvoir (1949) y Betty Friedan (1963), fue la gran divulgadora de las desigualdades desde todos los ámbitos: las artes, la academia y la calle. Se denunció, teorizó, creó y luchó por los derechos sociales, sexuales y reproductivos; en espacios de la cultura no institucionalizados y, con muchas dificultades, en las universidades. Porque recordemos que los estudios de las mujeres y de género en los setenta tuvieron que enfrentarse al demérito académico, como en la actualidad, entre otras cosas por incluir la interdisciplina.

La línea de tiempo 1, *Hitos y olas de los feminismos* nos recuerda que las olas nacen, crecen y terminan, ya que el movimiento feminista ha sido históricamente neutralizado de diferentes maneras, ya que al ser un movimiento emancipador es molesto. Así, a la segunda ola, una vez conseguidos algunos derechos terminada la Segunda Guerra Mundial le siguió el vacío y la desarticulación propulsadas por el sistema político y económico. A los reclamos de los años 60 y 70 les acallaron las políticas y economías neoliberales. A cada ola, a cada avance, le ha sucedido una contra respuesta. Cada movimiento social, no solo los feminismos, ha recibido una fortísima respuesta del poder con la intención de mantener el statu quo anterior. Grupos de intelectuales, políticos o el propio sistema que desde el poder impulsan la vuelta al “orden natural de las cosas”. Los textos aquí seleccionados son producto de estas luchas en las que muchas mujeres desde distintos espacios, académicos o no, siguieron produciendo conocimiento desde los feminismos muy a pesar de los contextos sociopolíticos.

La línea de tiempo 2, *Genealogía bibliográfica* dibuja, de manera sintética, el recorte temporal escogido para esta compilación de textos, de 1961 a 2011, siendo Muerte y vida de las grandes ciudades de Jane Jacobs el texto con que se inicia este arco temporal por considerarlo tan imprescindible como denostado



en el ámbito de nuestra profesión. Asimismo, este segundo gráfico busca visibilizar y dar referencia de numerosos textos sobre la temática que no forman parte de la selección antológica¹.

Por último, la línea de tiempo 3, *Antología cronológica*, reúne, de manera gráfica, los libros de donde provienen los aportes escogidos y los organiza de forma cronológica de acuerdo con la fecha de su 1ª edición publicada. Cada uno de estos aportes fueron categorizados para estructurar los 4 capítulos de esta Antología: Concepto y marco; Historia; Urbanismo y Arquitectura.

La exclusión y el borrado, una y otra vez, de las huellas de las mujeres en las historiografías es un tema más dentro de la compleja trama de reivindicaciones. Aspirar a una genealogía propia implica honrar, recoger y aprender de las experiencias del pasado. Como sociedad, en nuestras manos está.

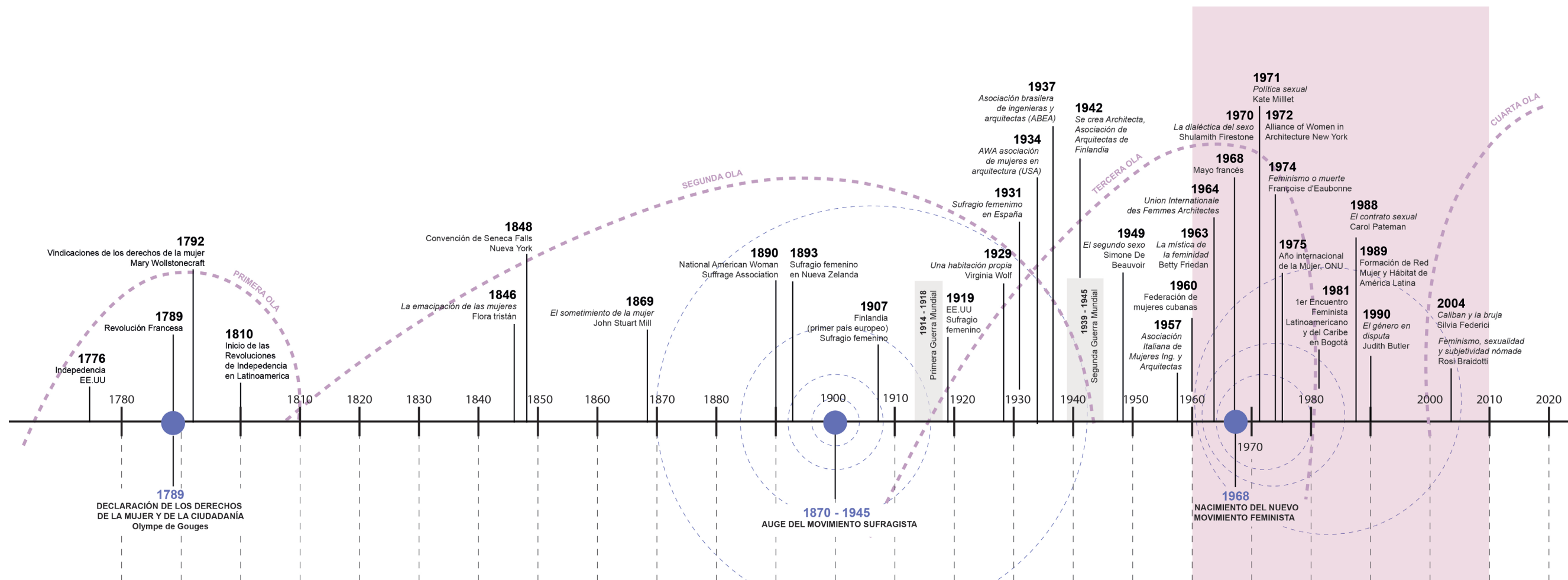
Daniela Arias Laurino

1 Los treinta y siete títulos resaltados en color son los que conforman el cuerpo de esta publicación. Los criterios de esta selección de textos estuvieron enfocados en aportar pluralidad temática y equilibrio de voces de las autoras desde la interseccionalidad. Somos conscientes de que existen aportaciones que también quedan fuera de esta genealogía por razones operativas, de recursos a la investigación, derechos de autoría, etc.

Línea de tiempo 1: Hitos y olas de los feminismos

Daniela Arias Laurino y Luciana Pellegrino

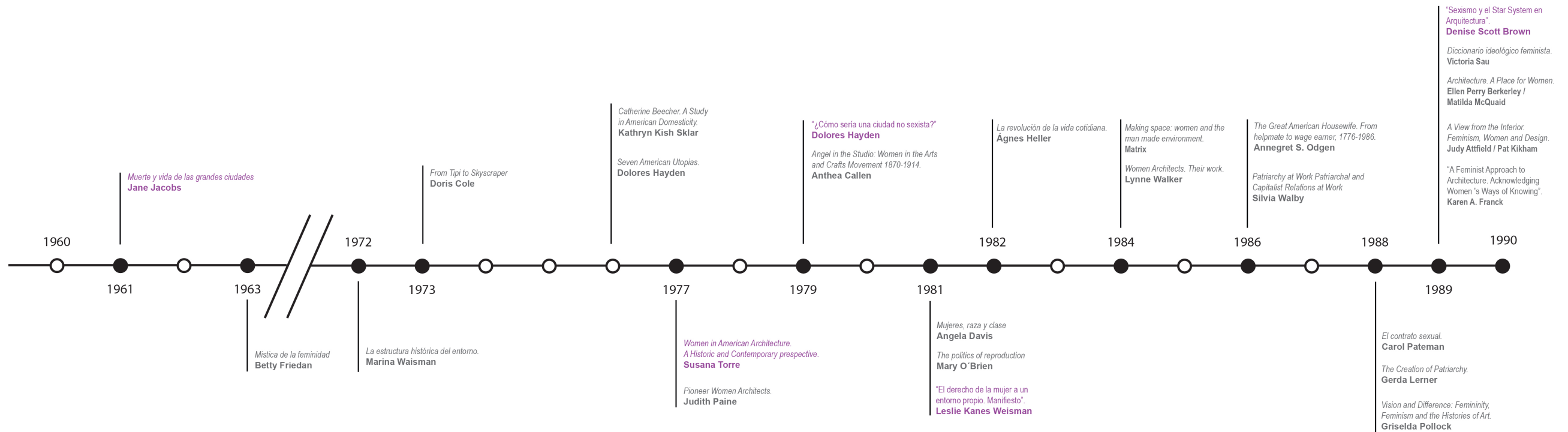
Recorte Temporal de la Publicación 1960 - 2010

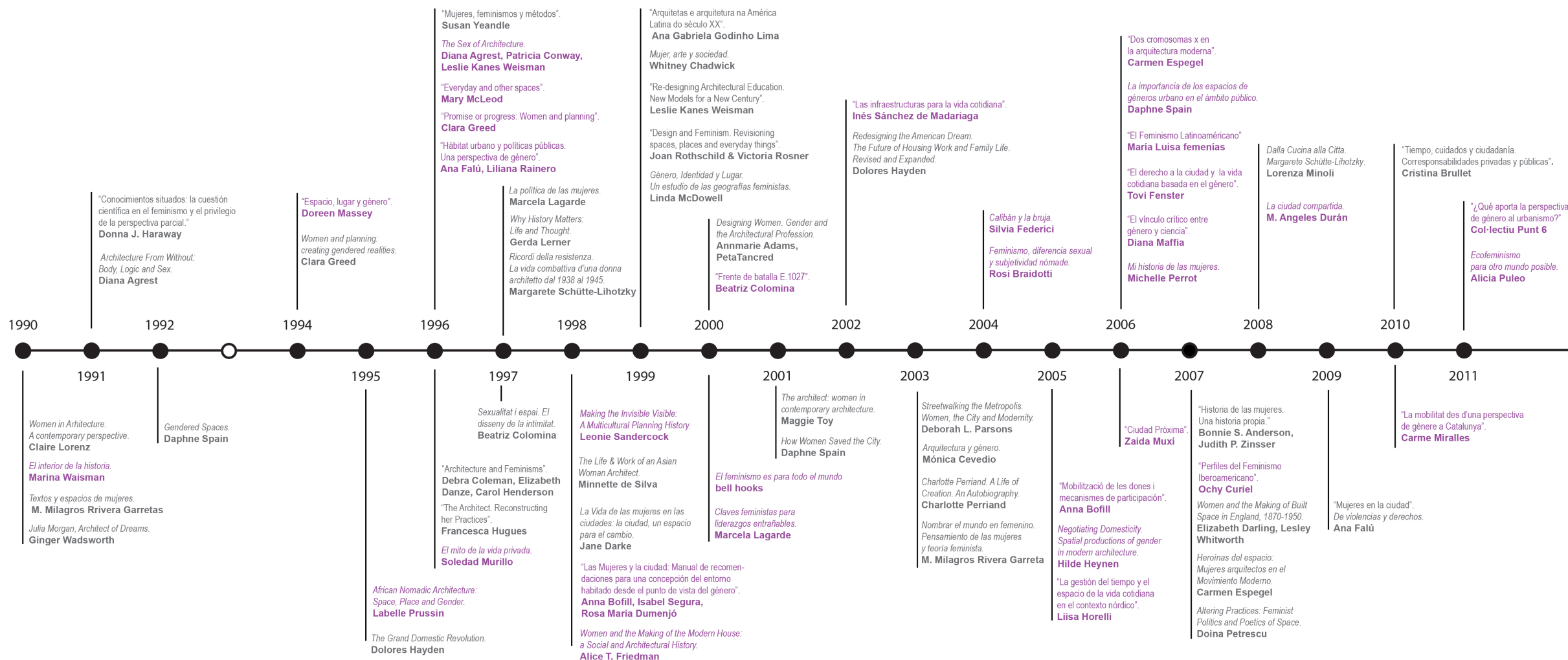




Línea de tiempo 2: Genealogía bibliográfica

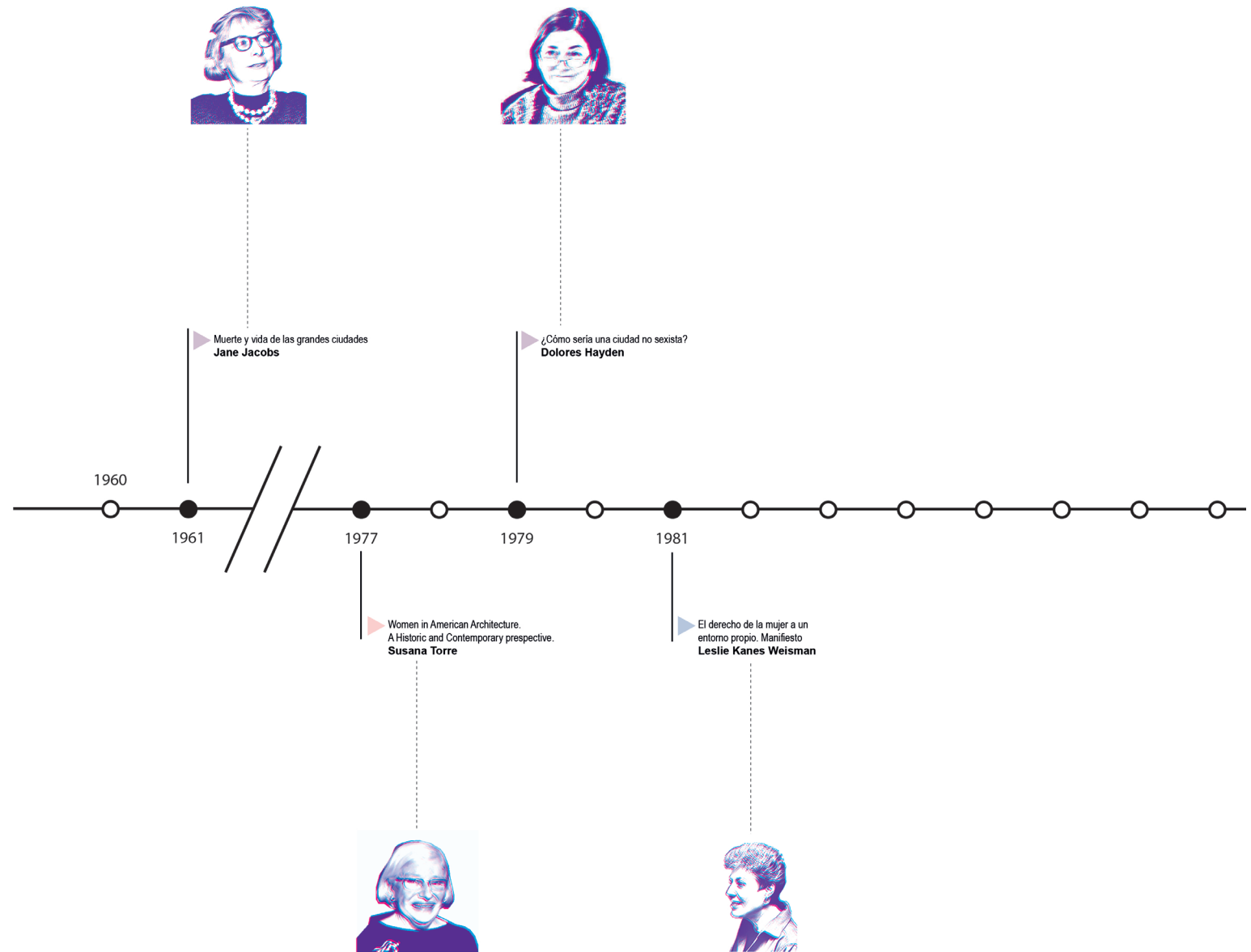
Daniela Arias Laurino y Luciana Pellegrino





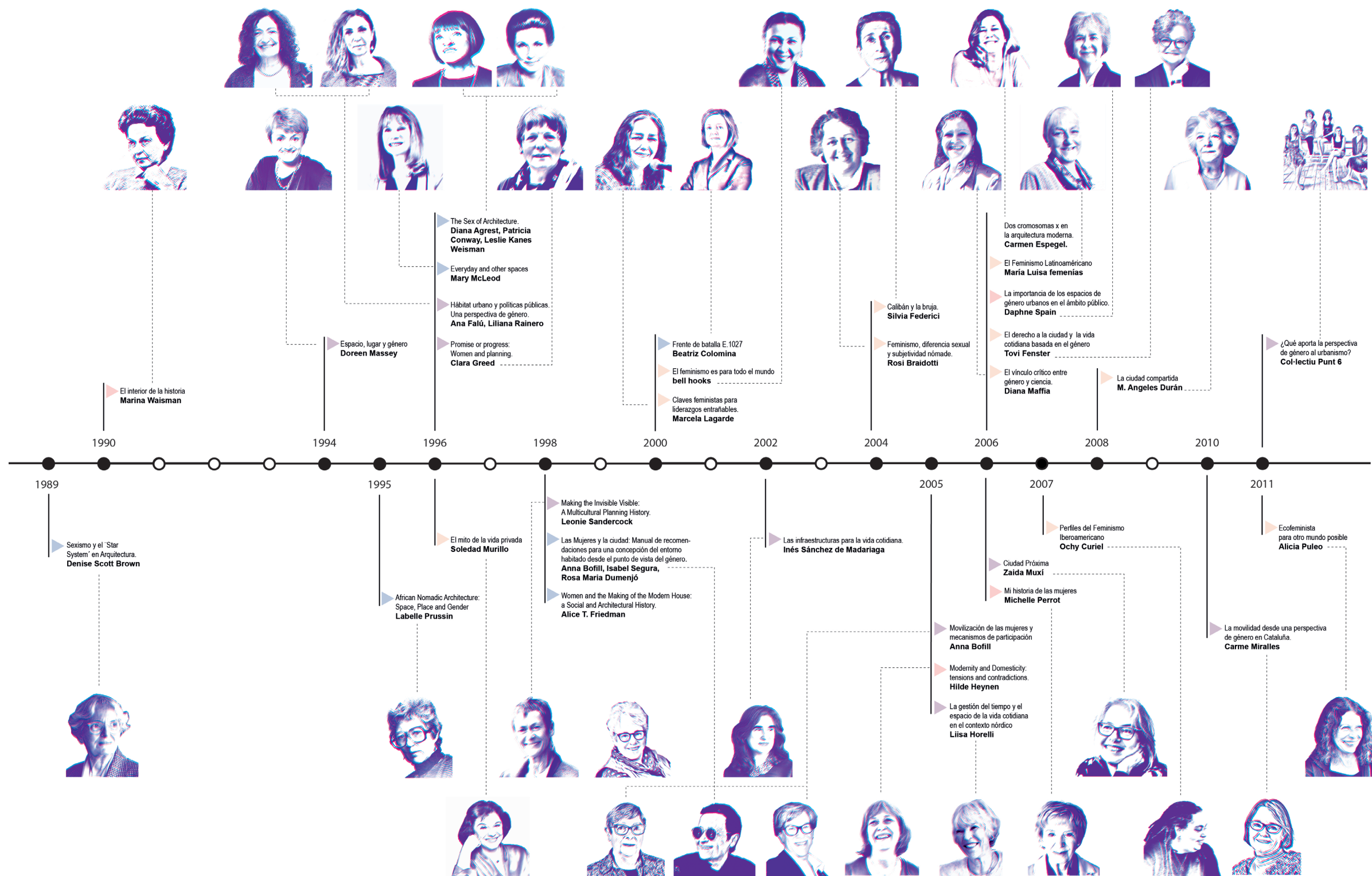


Línea de tiempo 3: Antología cronológica



CAPÍTULOS - TEMÁTICA:

-  CONCEPTO Y MARCO
-  HISTORIA
-  URBANISMO
-  ARQUITECTURA



Bibliografía sugerida complementaria (2011- actualidad)

FEMINISMO

- DESPENTES Virginie (2018). *Teoría King Kong*. Barcelona: l'altre editorial.
- FEDERICI, Silviai (2013.). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- HARAWAY, Donna (2013). *Simians, cyborgs, and women: The reinvention of nature*. Routledge.
- HERRERO, Yayo (2017). *Economía ecológica y economía feminista: Un diálogo necesario*. Ed. Entrepobles.
- LAUFER, Lairie; ROCHEFORT, Florence (dirsd.) (2014). *¿Qué es el género?* Barcelona: Icaria Editorial.
- PULEO, Alicia (2019). *Clavesecofeministas Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Editorial Plaza y Valdés.
- RICHARD, Nelly (2013). "Multiplicar la(s) diferencia(s): género, política, representación y deconstrucción". Grimson, Alejandro; BidasecaB, Karina (ed.). *Hegemonía cultural y políticas de la diferencia*. Clacso, pp. 135-146.
- SEGATO, Rita (2016.). *La guerra contra las mujeres*. Madrid. Ed. Traficantes de Sueños.
- SWAN, Laura (2014). *The Wisdom of the Beguines. The forgotten Story of a Medieval Women's Movement*. Katonah. Nueva York: Blue Bridge.
- SVAMPA, Maristella Noemi (2015). "Feminismos del Sur y ecofeminismos". *Revista Nueva Sociedad* (n.º 256)
- VARELA, Nuria (2014). *Feminismo para principiantes*. Ediciones BB.
- VARELA, Nuria (2019). *Feminismo 4.0. La cuarta ola*. Ediciones B.

HISTORIA

- ARIAS LAURINO, Daniela (2020.). "Arquitectas de la modernidad. Los relatos historio-gráficos hegemónicos y aquellos "otros"". *Revista PLOT* #52.
- BALLÓ, Tania (2016.). *Las sin sombrero. Sin ellas, la historia no está completa*. Madrid: Espasa.
- BEAR, Mary (2018). *Mujeres y poder. Un manifiesto*. Barcelona: Crítica.



DÍEZ JORGE, María Elena (ed.) (2015). *Arquitectura y mujeres en la historia*. Madrid: Editorial Síntesis.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Ana María; FRANCHINI, Caterina; GARDA, Emilia; SERAZIN, Helena (2016). *MoMoWo. 100 works in 100 years. European Women in Architecture and Design. 1918-2018*. Liubianai y Turín: France Stele Institute of Art History.

HERVÁS Y HERAS, Josenia (2015). *Las mujeres de la Bauhaus: de lo bidimensional al espacio total*. Madrid: Diseño Editorial.

LEWIS, Anna M. (2014). *Women of Steel and Stone. 22 Inspirational Architects, Engineers, and Landscape Designers*. Chicago: Chicago Review Press.

MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida; SERRANO ESTRELLA, Felipe (eds.) (2016). *Matronazgo y arquitectura. De la Antigüedad a la Edad Moderna*. Granada: Universidad de Granada.

MOISSET, Inés (2017). "Cien arquitectas en Wikipedia". *Dearq*. Revista de Arquitectura, n.º 20, pp. 20-27.

PEPCHISKI, Mary; BUDDE, Christina; VOIGT, Wolfgang; CACHOLA SCHMAL, Peter (2017). *Frau Architekt. Over 100 years of Women in Architecture*. Frankfurt am Main: DAM.

STRATIGAKOS, Despina (2016). *Where Are the Women Architects?* Princeton and Oxford: Princeton University Press.

URBANISMO

ARIAS LAURINO, Daniela; MUXÍ, Zaida (eds.) (2018). "Aportaciones feministas a las arquitecturas y las ciudades para un cambio de paradigma". *Revista Hábitat y Sociedad*, n.º 11.

CIOCCOLETTO, Adriana; GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ, Blanca (coord.) (2012). *Estudios Urbanos, Género y Feminismos. Teorías y experiencias*. Barcelona: UPC, ICD y Col·lectiu punt 6.

COL·LECTIU PUNT 6 (2019). *Urbanismo feminista*. Barcelona, Virus editorial.

MUXÍ MARTÍNEZ, Zaida (2017). "Memorias, espacio público y mujeres: (in)mujeres: invisibilidad y construcción". *Polítiques de memòria, gènere i ciutat*, pp. 77-103. Barcelona: ICPS

SÁNCHEZ DE MADARIAGA, Inés; ROBERTS, Marion (2013). *Faire Shared Cities. The impact of Gender Planning in Europe*. Farnham, Ashgate.

SCHUBERT, Dirk (2014). *Contemporary Perspectives on Jane Jacobs. Reassessing the Impacts of an Urban Visionary*. Londres: Routledge.

SPAIN, Daphne (2016). *Constructive Feminism. Women's Spaces and Women Rights in the American City*. Uthaca, Cornell University Press, Sage House.

ARQUITECTURA

ÁLVAREZ LOMBARDERO, Nuria (2015). *Arquitectas, redefiniendo la profesión*. Málaga: Recolectores urbanos.

BOHM, Martha; HWANG, Joyce; PRINTZ, Gabrielle (eds.) (2015). *Beyond Patronage. Reconsidering Models of Practice*. Nueva York: Actar Publishers.

BONILLO, Jean-Lucien (ed.) (2015). *L'Architecture vivante. Eileen Gray. Jean Badovici. E.1027. Maison en Bord de Mer*. (Reedición) Marseille: Imbernon Editions.

HEYNEN, Hilde (2012). "Genius, gender and architecture: The star system as exemplified in the pritzker prize". *Architectural Theory Review*, vol. 17, n.º 2-3, pp. 331–345.

MUXI, Zaida (2018). *Mujeres, casas y ciudades. Más allá del umbral*. Barcelona, dpr-barcelona.

SEGURA SORIANO, Isabel (2018). *Cuines de Barcelona: El laboratori domèstic de la ciutat moderna*. Barcelona: Comanegra.W